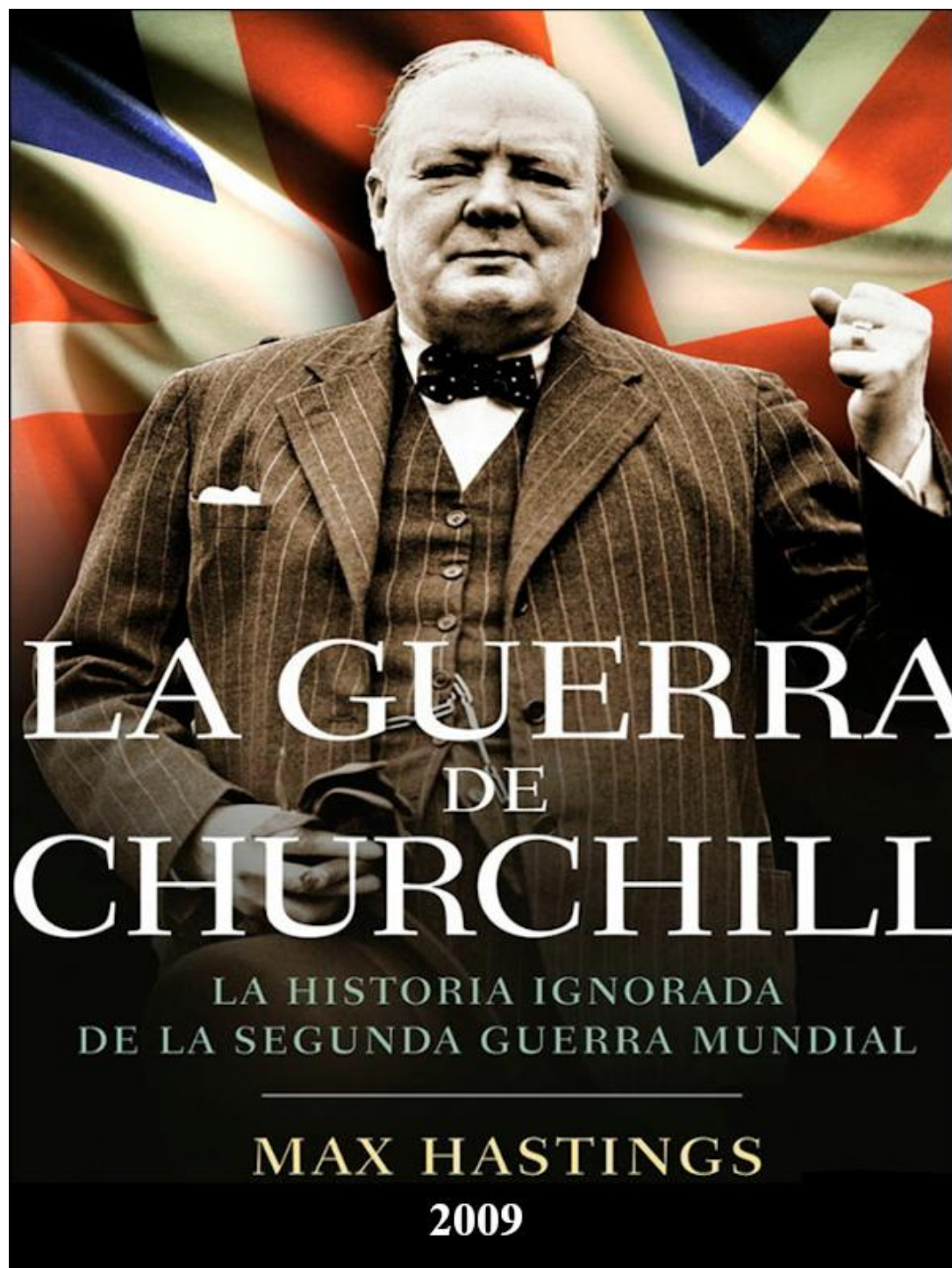




## **Reseña**

Max Hastings, nos ofrece una sorprendente reinterpretación de lo que fue la Segunda Guerra Mundial, vista desde Gran Bretaña y a través de la actuación personal de Winston Churchill. Basándose en documentación hasta ahora no utilizada, Hastings nos hace vivir los acontecimientos desde el nivel en que se tomaban las grandes decisiones, y nos descubre unas realidades que el propio Churchill se esforzó en ocultar en sus memorias.

Revivimos así la verdad de lo que fue «su guerra», desde su soledad en los años de humillación y derrota, cuando era poco menos que el único que se negaba a negociar una paz con Hitler, hasta una victoria que relegaba a su país a un lugar secundario, pasando por sus difíciles relaciones con Roosevelt y con Stalin. Hastings puede corregir así muchos aspectos de la versión políticamente correcta de esta historia y poner al descubierto algunas de las miserias y de los errores que se nos han ocultado.

## Índice

### Introducción

1. [La batalla de Francia](#)
2. [Los dos Dunkerques](#)
3. [Fiebre de invasión](#)
4. [La batalla de Inglaterra](#)
5. [Fuego griego](#)
6. [Camaradas](#)
7. [La batalla de América](#)
8. [Una visión de Arcadia](#)
9. [«El valle de la Humillación»](#)
10. [Soldados, jefazos y «gandules»](#)
11. [«¡Segundo frente ya!»](#)
12. [Los camellos y el oso](#)
13. [Cambio de fortuna](#)
14. [Lejos del desierto](#)
15. [Hundido en el Egeo](#)
16. [Teherán](#)
17. [Europa en llamas](#)
18. [«Overlord»](#)
19. [Negociar con la cartera vacía](#)
20. [Atenas: «heridos en casa de nuestros amigos»](#)
21. [Yalta](#)
22. [Último acto](#)

### Agradecimientos

Fotografías

Autor



## Introducción

*En memoria de Roy Jenkins, nuestra amistad de un verano en la India.*

*Es muy probable que los capítulos más gloriosos de nuestra historia no hayan sido escritos todavía. En efecto, los numerosos problemas y peligros de los que nosotros y nuestro país estamos rodeados deben hacer que los ingleses y las inglesas de esta generación se llenen de satisfacción por estar aquí en un momento como éste. Debemos regocijarnos ante las responsabilidades con las que el destino nos ha honrado, y sentirnos orgullosos de ser los guardianes de nuestro país en una época en la que está en juego su supervivencia.*

WSC, abril de 1933

*La historia, a la luz temblorosa de su farol, camina dando tumbos por la senda del pasado, intentando reconstruir sus escenas, revivir sus ecos y suscitar con pálidos destellos la pasión de otros tiempos.*

WSC, noviembre de 1940

Winston Churchill fue el inglés más grande y de hecho uno de los hombres más grandes del siglo XX, por no decir de todos los

tiempos. Pero más allá de esa mera afirmación hay infinitos matices a la hora de considerar su gestión de la guerra en Gran Bretaña entre 1940 y 1945, que es el tema del presente libro. Los orígenes del mismo se remontan nueve años atrás, cuando Roy Jenkins estaba escribiendo su biografía de Churchill. Roy me halagó enormemente solicitando mis comentarios al borrador manuscrito, capítulo por capítulo. Algunas de mis sugerencias las aceptó, y muchas otras tuvo el buen acuerdo de ignorarlas por completo. Cuando llegamos a la Segunda Guerra Mundial, su paciencia se agotó. Exasperado por la profusión de mis reparos, dijo: «Lo que intentas es obligarme a hacer algo que deberías escribir tú mismo, si quieres». Por entonces su salud empezaba a flaquear. Estaba impaciente por acabar su libro, que alcanzó un éxito clamoroso.

Durante los años siguientes pensé mucho en Churchill y en la guerra, recordando ciertas palabras de Boswell acerca de Samuel Johnson: «Concibió en un momento dado la idea de escribir la vida de Oliver Cromwell... Finalmente abandonó el proyecto, al descubrir que todo lo que podía decirse de él ya había sido publicado; y que era imposible encontrar información auténtica aparte de la que ya se posee». Entre la vasta bibliografía churchilliana, a mí me daba miedo aventurarme a seguir las huellas del libro extraordinariamente original y perspicaz de David Reynolds *In Command of History* (2004).

El autor diseccionaba en él los sucesivos borradores de las memorias de guerra de Churchill, exponiendo los contrastes entre los juicios acerca de personas y acontecimientos que el anciano

estadista se había propuesto hacer en un principio, y los que finalmente consideró oportuno publicar, Andrew Roberts ha pintado en *Masters and Commanders* (2008) un curioso retrato de las relaciones angloamericanas durante la guerra y especialmente durante las grandes reuniones en la cumbre. Se han dicho más cosas sobre Winston Churchill que sobre cualquier otro ser humano. Decenas de millares de personas de numerosos países han recordado hasta los más triviales encuentros con él, anotando cualquier palabra que le oyeran pronunciar. El recuerdo más vivo que tenemos es el de un soldado del VIII Ejército británico y corresponde a un día de 1942 en que se encontró al primer ministro de vecino en una letrina en el desierto del norte de África. Los discursos y los escritos de Churchill ocupan numerosos volúmenes. Sin embargo, hay muchas cosas que siguen estando oscuras, porque él así lo quiso. Consciente en todo momento de su papel como actor estelar en el escenario de la historia, llegó a serlo y de manera extraordinaria a partir del 10 de mayo de 1940. No llevaba diario, observó, porque hacerlo habría supuesto exponer sus locuras y sus incoherencias ante la posteridad. Al cabo de unos meses de su ascensión al cargo de primer ministro, sin embargo, dijo al personal a sus órdenes que ya había planeado los capítulos del libro que pensaba escribir en cuanto acabara la guerra. El resultado fue una obra despiadadamente parcial en seis volúmenes que como historia es bastante mala, aunque su prosa a veces sea incomparable. Nunca sabremos con absoluta seguridad lo que pensaba de muchas personalidades —por ejemplo, de Roosevelt, de Eisenhower, de Alan

Brooke, del rey Jorge VI, o de sus colegas de gabinete— porque tuvo mucho cuidado de no decírnoslo.

La relación de Churchill con el pueblo británico durante la guerra fue mucho más compleja de lo que a menudo se admite. Pocos se opusieron a sus pretensiones de ocupar el puesto de primer ministro. Pero entre el fin de la batalla de Inglaterra en 1940 y la segunda batalla de El Alamein en noviembre de 1942, no sólo muchos ciudadanos corrientes, sino también alguno de sus colegas más próximos, quisieron que le quitaran el control operativo de la maquinaria de guerra, y que fuera nombrado cualquier otro personaje para su puesto de ministro de Defensa. Cuesta trabajo disimular el bochorno e incluso la vergüenza del pueblo británico al comprobar que los rusos estaban desempeñando un papel heroico en la lucha contra el nazismo, mientras que su ejército parecía incapaz de ganar una sola batalla. Para entender la experiencia de Gran Bretaña durante la guerra parece esencial reconocer, cosa que no hacen muchos libros, la sensación de humillación que se abatió sobre Gran Bretaña al ver los fracasos de sus soldados, comparados —aunque a menudo a partir de unas informaciones descaradamente falsas— con los logros de los de Stalin.

Churchill se sintió decepcionado constantemente por la actuación del ejército británico, incluso cuando empezaron a llegar las victorias a finales de 1942. Él era un héroe y esperaba que los demás se mostraran también como héroes. En 1940, el pueblo de Gran Bretaña, junto con su marina y su fuerza aérea satisficieron a la perfección sus esperanzas. Luego, sin embargo, la historia del

papel de Gran Bretaña en la guerra es, a mi juicio, la de un primer ministro que pretendía de su nación y de sus combatientes más de lo que la mayoría podía dar de sí. La incapacidad del ejército de responder a las aspiraciones del primer ministro es uno de los temas centrales del presente libro.

Gran parte de los estudios acerca del esfuerzo bélico de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial se centra en la relación de Churchill con sus generales. En mi opinión, ese interés es exagerado. La dificultad de luchar contra los alemanes y los japoneses iba mucho más allá de lo que hubiera podido solucionar un cambio de altos mandos. Los británicos fueron derrotados una y otra vez entre 1940 y 1942, y después continuaron teniendo dificultades en el campo de batalla, como consecuencia de las deficiencias de su táctica, su armamento, su equipamiento y su cultura, más significativas que la falta de efectivos humanos o de una autoridad inspirada. El abismo existente entre las aspiraciones de Churchill y la realidad afectaba también a los pueblos de la Europa ocupada, de ahí su fe en «poner a Europa en llamas» a través de las actividades de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés), que tuvieron unas desgraciadas consecuencias que no supo anticipar. La SOE armó a los habitantes de muchos países ocupados para que lucharan unos con otros en 1944-1945 con más saña de la que habían empleado antes contra los alemanes.

Es un error habitual suponer que los que dominaron la escena durante aquellos momentos transcendentales eran gigantes,

personalidades absolutamente fuera de lo que es habitual en nuestra sociedad vulgar. En otros libros anteriores ya he sostenido que deberíamos considerar los años 1939-1945 más bien como un período cuyos hombres y mujeres, no demasiado distintos de nosotros, se esforzaron por abordar unas tensiones y unas responsabilidades que pusieron a prueba sus capacidades hasta el límite. Churchill fue uno más del pequeñísimo número de actores que se mostraron dignos del papel que el destino les asignó. Los que trabajaron para el primer ministro, es decir, el pueblo británico en guerra, fueron personajes secundarios, que intentaron desempeñar su papel de manera honrosa, aunque a veces inadecuada, siguiendo las huellas de un titán.

Sir Edward Bridges, por entonces secretario del gabinete, escribió acerca de Churchill entre 1940 y 1942 en los siguientes términos: «Todo dependía de él y sólo de él. Sólo él tenía la energía necesaria para hacer creer a la nación que podríamos vencer». Esa sigue siendo la opinión de la mayor parte del mundo, casi setenta años después. Pero tampoco han faltado iconoclastas. En una biografía reciente, el profesor de Cambridge Nigel Knight dice en tono despectivo de Churchill: «No estaba loco ni era un mentecato; sus decisiones equivocadas fueron fruto de su personalidad, una mezcla de arrogancia, emotividad, autocomplacencia, testarudez y una fe ciega en sus propias capacidades». Otro biógrafo moderno, Chris Wrigley, sugiere que el tributo que rinde sir Edward Bridges a Churchill «quizá exagere su condición de hombre indispensable».

Todas esas reservas nos parecen ociosas a los que estamos convencidos de que, sin él, Gran Bretaña habría llegado a un pacto con Hitler después de lo de Dunkerque. Además, al margen de su gesta en el ámbito nacional como líder guerrero, desempeñó un papel diplomático del que sólo él era capaz: el de pretendiente de Estados Unidos en nombre de la nación británica. Para llevarlo a cabo, se vio obligado a superar unos prejuicios muy arraigados a uno y otro lado del Atlántico. Tan extravagante fue durante la guerra la retórica de Churchill —y de Roosevelt— acerca de la alianza angloamericana, que a menudo incluso hoy día se resta excesiva importancia a la profundidad de la suspicacia, por no decir aversión mutua existente entre ambos pueblos. La clase dirigente británica, en particular, trató a los americanos con una condescendencia asombrosa.

En 1940-1941 Winston Churchill se dio cuenta con una claridad que no tuvieron muchos compatriotas suyos de que sólo la beligerancia de los americanos podría abrir la senda de la victoria. Pearl Harbor, y no los poderes de seducción del primer ministro, acabó atrayendo hacia la guerra a la nación de Roosevelt. Pero ningún otro político habría dirigido la política británica hacia Estados Unidos con una habilidad tan consumada, ni habría logrado una influencia personal tan grande sobre el pueblo americano. Siguió siendo así hasta 1944, cuando su reputación en Estados Unidos empezó a decaer estrepitosamente, para mejorar de nuevo cuando el desencadenamiento de la guerra fría hizo que muchos americanos lo consideraran un profeta. Su grandiosidad,

que había llegado a parecer excesiva a su propio país empobrecido, pasó a ser percibida como un tesoro común de los angloamericanos. A partir de junio de 1941, Churchill vio con mucha más claridad que la mayoría de los militares y políticos británicos que había que acoger a Rusia como aliada. Pero convendría dejar a un lado las leyendas en torno a la ayuda prestada a la Unión Soviética, y lo pequeña que fue ésta durante el período transcendental de 1941-1942. El país de Stalin se salvó a sí mismo con muy poca ayuda de los aliados occidentales. Sólo a partir de 1943 las ayudas destinadas a Rusia alcanzaron grandes proporciones, y las operaciones terrestres angloamericanas absorbieron una parte significativa de la atención de la Wehrmacht. La enorme popularidad de la Unión Soviética en Gran Bretaña durante la guerra fue motivo de consternación, e incluso de exasperación para el reducido grupo de personas de las esferas más altas que conocían la verdad acerca de la barbarie del régimen de Stalin, de su hostilidad hacia Occidente, y de sus intenciones imperialistas hacia la Europa del Este.

La grieta que separaba los sentimientos del pueblo y los del primer ministro hacia la Unión Soviética se convirtió en un abismo en mayo de 1945. Uno de los actos más sorprendentes de Churchill durante sus últimas semanas como primer ministro fue ordenar al Centro de Planificación del Estado Mayor Conjunto la elaboración del proyecto de una operación denominada «*Unthinkable*». El documento resultante consideraba las posibilidades prácticas de lanzar una ofensiva angloamericana contra la Unión Soviética, con cuarenta y



siete divisiones reforzadas con lo que quedara de la Wehrmacht de Hitler, con el fin de restaurar la libertad de Polonia. Aunque el propio Churchill reconocía que se trataba de una eventualidad muy remota, llama la atención que hiciera que los jefes del Estado Mayor se la plantearan.

Me sorprende que sean tan pocos los historiadores que, al parecer, se han dado cuenta de que muchas de las cosas que británicos y americanos creían haber ocultado a los soviéticos —por ejemplo, el desciframiento por parte de Bletchley Park de los códigos secretos del Eje y las discusiones angloamericanas en torno al lanzamiento de un segundo frente— eran bien conocidas por Stalin, a través de los buenos oficios de los simpatizantes comunistas y de los traidores existentes en Whitehall y en Washington. Los soviéticos sabían mucho más acerca de los planes políticos secretos de sus aliados que lo que sabían americanos y británicos acerca de los de Rusia.

Resulta fascinante analizar los cambios de las corrientes de opinión publicados durante la guerra en los periódicos ingleses, americanos y soviéticos, y perceptibles en los diarios particulares de muchos ciudadanos corrientes. A menudo éstos nos proporcionan una imagen muy distinta de la que ofrecen los historiadores, con su conocimiento privilegiado de cómo acabaron las cosas. En cuanto a las opiniones existentes en las altas esferas, la aportación de algunos individuos que como políticos o altos mandos fueron intrascendentes, fue mucho mayor en su faceta de cronistas de la época. Los diarios de personajes como Hugh Dalton, Leo Amery o el

teniente general Henry Pownall hacen que sus autores sean más valiosos para nosotros como testigos oculares de lo que, al parecer, lo fueron para sus contemporáneos como actores del drama.

El general de división John Kennedy, durante gran parte de la guerra jefe de Operaciones Militares del ejército británico, llevó un diario que es considerado por muchos sólo inferior al del general sir Alan Brooke por su conocimiento de las interioridades del alto mando militar de los ingleses. El 26 de enero de 1941, en los momentos más oscuros del conflicto, Kennedy expresaba sus temores de que el uso selectivo de las actas de las reuniones de los líderes británicos indujera a la posteridad a error:

*A través de una selección engañosa o distorsionada de los testimonios, sería fácil dar la impresión, por ejemplo, de que la política estratégica del primer ministro estuvo siempre equivocada y que sólo debido a los terribles esfuerzos realizados se mantuvo en las líneas adecuadas; y cabría hacer lo mismo con todos los jefes de Estado Mayor. El historiador que tenga que enfrentarse a la voluminosa documentación de esta guerra tendrá ante sí una tarea tremenda. Me temo que no ha habido ninguna guerra tan bien documentada. Pero los documentos a menudo no revelan las opiniones individuales. Tenemos esencialmente un gobierno de comisiones... Winston es, por supuesto, la personalidad dominante y en su entorno y entre sus asesores inmediatos no hay ninguna personalidad realmente fuerte. Sin embargo, las opiniones de Winston no siempre prevalecen si van en contra de la tendencia general del*

*parecer de sus comisiones asesoras. La mecanógrafa de Winston saca continuamente informes sobre todo tipo de asuntos imaginables. Su imaginación estratégica es inagotable y muchas de sus ideas son una locura, disparatadas e impracticables... pero al final son desechadas si no resultan aceptables.*

Estas observaciones, realizadas en plena efervescencia de los acontecimientos, merecen el respeto de cualquier historiador que estudie este período. Otra puntualización banal, pero al mismo tiempo transcendental, que debemos hacer es que las circunstancias y las actitudes variaron. El primer ministro cambió a menudo de opinión, y por su predisposición a hacerlo merece más crédito del que a veces se le da. En cambio, las ideas de otros acerca de él oscilaron. Algunas personas, que adoraron a Churchill durante sus primeros meses en el cargo de primer ministro, se mostraron luego tristemente escépticas, y viceversa. Tras lo de Dunkerque, la clase media británica mostró una firmeza considerablemente mayor que algunos miembros de su casta dirigente tradicional, en parte porque tenían un conocimiento menor de la horrorosa situación del país. La historia considera transcendental el hecho de que Gran Bretaña lograra sobrevivir en 1940, de modo que a menudo son subestimados el cansancio y el cinismo que se adueñaron del país en 1942, en medio de las continuas derrotas. El malestar de la industria, manifestado a través de las huelgas especialmente en las cuencas mineras, y en el sector de la construcción aeronáutica y

naval, puso de manifiesto unas fisuras existentes en el edificio de la unidad nacional que, por asombroso que parezca, son reconocidas muy pocas veces.

El presente libro no pretende volver a contar toda la historia de Churchill durante la guerra, sino más bien ofrecer un retrato de su mandato desde el día en que fue nombrado primer ministro, el 10 de mayo de 1940, situado en el contexto de la experiencia nacional británica. Se da mayor peso a la primera mitad del conflicto, en parte porque la contribución de Churchill fue en ese momento mayor de lo que lo sería luego, y en parte también porque he intentado poner de relieve temas y acontecimientos sobre los que aparentemente hay cosas nuevas que decir. En el libro se habla relativamente poco de la ofensiva estratégica aérea. Este tema lo traté ya en mis libros *Bomber Command* y *Armageddon*. Aquí me he limitado a estudiar el papel personal del primer ministro en la toma de las decisiones más trascendentales sobre la realización de bombardeos. No he descrito los detalles de la campaña naval y terrestre, pero en cambio he analizado las culturas institucionales que influyeron en las actuaciones del ejército británico, de la marina real y de las reales fuerzas aéreas, y en la relación de estos tres cuerpos con el primer ministro.

Para mantener la coherencia, es preciso abordar algunos temas y episodios que son bien conocidos, aunque algunos aspectos concretos merecen ser considerados de nuevo. Hubo, por ejemplo, lo que yo he llamado el segundo Dunkerque, no menos milagroso que el primero. El principal error de juicio de Churchill en 1940 fue la

decisión de enviar más tropas a Francia en junio tras el rescate de las Fuerzas Expedicionarias Británicas (BEF por sus siglas en inglés) en las playas de Francia. Sólo la obstinada insistencia de su comandante en jefe, el teniente general sir Alan Brooke, permitió superar los precipitados impulsos del primer ministro y evacuar a casi doscientos mil hombres que, de lo contrario, se habrían perdido.

El relato analiza algunos temas y sucesos secundarios en los que el papel del primer ministro fue transcendental, como el de la contribución estratégica de la SOE —no el de las románticas gestas de sus agentes—, la campaña del Dodecaneso y la aventura de Churchill en Atenas en diciembre de 1941. No he abordado una investigación directa y exhaustiva de sus papeles, pero, en cambio, he estudiado bastante a fondo la impresión que causó en otros: generales, soldados, ciudadanos, americanos y rusos. El cierre a los investigadores extranjeros de la mayoría de los archivos rusos ordenado por las autoridades de Moscú ha puesto punto final a la maravillosa bonanza del período inmediatamente posterior al término de la guerra fría. Pero antes de que Vladimir Putin nos diera con la puerta en las narices fueron publicados materiales muy importantes en algunas colecciones documentales rusas. Me parece que es un error abstenerse de citar a Alan Brooke, a Jock Colville y a Charles Wilson (lord Moran) sólo porque sus notas son ya desde hace tiempo del dominio público. Las investigaciones efectuadas recientemente acerca de los manuscritos de lord Moran indican que, más que ser un conjunto de documentos verdaderamente

contemporáneos de los hechos, fueron escritos en su mayoría con posterioridad. No obstante, casi todas sus anécdotas y observaciones parecen creíbles. Los diarios del jefe militar de Churchill, de su secretario particular y de su médico, a pesar de las limitaciones que pueda tener cada uno de ellos, nos proporcionan el testimonio más íntimo que podamos llegar a tener de la vida del primer ministro durante la guerra.

Naturalmente él es el que domina el relato con todo su risueño esplendor. Incluso en sus momentos más negros, cuando sus ánimos flaquearon, se le escaparon destellos de exuberancia que alegraron a sus colegas y contemporáneos, pero que hicieron también que algunos se apartaran de él. Les consternaba, les repugnaba incluso el hecho de que estuviera tan contento a todas luces por el papel que estaba desempeñando en el conflicto más grave de la historia de la humanidad. « ¿Por qué miramos la historia como si fuera cosa del pasado y nos olvidamos de que estamos haciéndola?», exclamó lleno de júbilo ante el primer ministro australiano, Robert Menzies, en 1941. Era esa alegría lo que hizo que un hombre como el esteta y diarista James Lees-Milne escribiera en tono de disgusto una vez que hubo acabado todo: «Churchill se lo pasó a todas luces tan bien en la guerra que nunca llegó a resultarme agradable. Simplemente reconozco que, como Gengis Khan, fue grande».

Lees-Milne y otros críticos con mentalidad parecida a la suya no supieron ver un aspecto importante de la actitud de Churchill ante el conflicto en general, y ante la Segunda Guerra Mundial en

particular. Le encantaba el rugido de los cañones y le divertía tenerlos cerca. Pero ni por un momento perdió nunca los sentimientos de consternación por la muerte y la destrucción que la guerra causó entre los inocentes. « ¡Ah, guerra horrible, asombrosa mezcla de lo glorioso y lo sórdido, de lo lastimoso y lo sublime!», escribió cuando era corresponsal en Sudáfrica en enero de 1900. «Si los hombres ilustres y con poder vieran de cerca tu rostro, la gente sencilla no la vería nunca». Hitler era indiferente a los sufrimientos que su política causaba a la humanidad. Churchill no se arredró nunca ante la necesidad de pagar con sangre por la derrota de la tiranía nazi. Pero su único propósito fue hacer callar a los cañones, y que las personas de todo el mundo recuperaran su vida pacífica. Sus ganas de pelea fueron una de las credenciales más convincentes de Churchill para alzarse con el liderazgo de la nación en mayo de 1940. Neville Chamberlain tuvo muchos defectos como primer ministro, pero entre ellos destaca sobre todo su repugnancia por un conflicto en el que su país se había visto comprometido, compartida por muchos miembros de su gabinete. Uno de ellos, Rob Bernays, dijo: « ¡Ojalá tuviera veinte años! No puedo soportar esta responsabilidad». Una nación que se hallaba comprometida con una lucha a vida o muerte contra una de las tiranías más despiadadas de la historia fue sin duda lo bastante sabia para confiar su liderazgo a un hombre deseoso de asumir el papel, y no a uno que se encogía ante él. El presente libro estudia las locuras y los errores de juicio de Churchill, que fueron muchos y variados. Pero son como simples granitos de arena en la inmensa mole de su hazaña.

Se ha dicho a veces que el pueblo británico y el pueblo americano están hoy todavía, en pleno siglo XXI, indecorosamente obsesionados con la Segunda Guerra Mundial. No hace falta ir muy lejos para encontrar el motivo. Sabemos que fue algo que nuestros padres y nuestros abuelos hicieron bien, una causa noble que será identificada siempre con la figura de Winston Churchill, líder guerrero extraordinario.

Max Hastings

Chilton Foliat, Berkshire, mayo de 2009



## **Capítulo 1**

### **La batalla de Francia**

Durante los siete meses siguientes al estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, muchos británicos quisieron engañarse pensando que las cosas probablemente se calmarían antes de que llegara a producirse un baño de sangre en Europa occidental. El 5 de abril de 1940, mientras seguía en pie en la frontera franco-alemana el enfrentamiento armado, aunque pasivo, que se había mantenido desde la caída de Polonia, el primer ministro Neville Chamberlain dijo en una reunión del Partido Conservador: «Hitler ha perdido el tren». Sin embargo, apenas cinco semanas más tarde, el 7 de mayo, tuvo que dirigirse a la Cámara de los Comunes para explicar el resultado funesto de la campaña británica emprendida para frustrar la ocupación alemana de Noruega. Tras empezar su discurso con un homenaje a las tropas británicas que habían «llevado a cabo su misión con magnífica gallardía», adoptó un tono más vacilante y añadió:

*Espero que no hayamos exagerado el alcance o la importancia del revés que hemos sufrido. La retirada del sur de Noruega no es comparable con la retirada de Gallípoli... No participó un gran contingente. Apenas una división... No obstante, soy bastante consciente... de que entre nuestros amigos ha crecido una sensación de desánimo, y de que nuestros enemigos están exultantes... Quisiera pedir a los honorables miembros de esta cámara que no se formen una opinión precipitada acerca del*

*resultado de la campaña de Noruega hasta ahora... De un ministro que se muestra seguro se dice siempre que está satisfecho de sí mismo. Y si no lo hace, se le tacha de derrotista. Por mi parte intentaré mantenerme en una línea intermedia — [interrupción] —, ni levantando expectativas indebidas [diputados: «Hitler ha perdido el tren»], que difícilmente puedan hacerse realidad, ni poniéndole a nadie la carne de gallina con imágenes absolutamente tenebrosas. En muchísimas ocasiones algunos honorables diputados han repetido la frase «Hitler ha perdido el tren» [diputados: «Usted la dijo»]... Aunque mantenga mi absoluta confianza en nuestra victoria final, no creo que las gentes de este país se hayan dado cuenta aún del alcance o la inminencia de la amenaza que se nos viene encima [un diputado: «Eso lo dijimos hace cinco años»].*

Cuando el debate finalizó al día siguiente por la noche, treinta y tres *tories* votaron contra su propio partido en la moción de aplazamiento, y otros sesenta se abstuvieron. Aunque Chamberlain mantuvo la mayoría parlamentaria, era evidente que su gobierno conservador había perdido la confianza de la nación. No era simplemente la consecuencia del fracaso de la expedición británica a Noruega, sino que se debía al hecho de que durante ocho torpes meses había demostrado su falta de agallas para enfrentarse a una guerra. Era imprescindible que se creara una coalición de todos los partidos. Los laboristas no iban a estar dispuestos a ponerse al servicio de Chamberlain. La tarde del 9 de mayo de 1940 Winston

Churchill se convirtió en primer ministro de Gran Bretaña tras una reunión a la que asistieron Chamberlain, lord Halifax, secretario de Asuntos Exteriores, David Margesson, *chief whip*<sup>1</sup> de los *tories*, y él mismo, en la que Halifax reconoció no ser la persona indicada para ocupar el cargo que en aquellos momentos ocupaba, pues como miembro de la Cámara de los Lores se vería en la obligación de delegar la gestión de la guerra en Churchill en la Cámara de los Comunes. A decir verdad, habría podido encontrarse algún expediente que permitiera al secretario de Exteriores regresar a la Cámara de los Comunes. Pero Halifax se conocía demasiado bien a sí mismo para saber que no tenía más madera de líder de guerra que Neville Chamberlain.

Aunque buena parte de la clase dirigente no lo veía con buenos ojos y desconfiaba de él, el nuevo primer ministro era el que quería una abrumadora mayoría del pueblo británico. Con un instinto extraordinariamente seguro, los británicos se dieron cuenta de que si tenían que ir a la guerra era necesario el liderazgo de todo un guerrero. David Reynolds ha señalado que tras el fracaso de la campaña de Gallípoli en 1915, mucha gente quiso echarle las culpas a Churchill —por aquel entonces primer lord del Almirantazgo como en 1940—, mientras que después del revés sufrido en Noruega nadie intentó responsabilizarle de lo ocurrido. «Fue maravilloso», escribió Churchill en un borrador inédito de sus memorias, «realmente no sé cómo sobreviví y conservé mi posición y

---

<sup>1</sup> En el sistema parlamentario británico, nombre que recibe el diputado jefe encargado de la disciplina de partido. (N. del T.)

el afecto del pueblo mientras todas las culpas iban a parar al pobre señor Chamberlain». Es probable que también percibiera la suerte que había tenido por no haber ocupado el puesto de máxima responsabilidad del país en años anteriores, o incluso en los primeros meses de la guerra. De haber sido así, es muy posible que en marzo de 1940 la gente se hubiera ya hartado de los excesos que sin duda habría cometido al verse impotente como Chamberlain de frenar la funesta amenaza que se cernía sobre el continente. Allá por 1935, Stanley Baldwin había explicado su reticencia a que Churchill formara parte de su gobierno: «Si va a haber un conflicto bélico —y quién dice que no vaya a haberlo—, debemos conservar su vigor para que pueda ser nuestro primer ministro en la guerra». Baldwin lo dijo en tono jocoso y de superioridad, pero al final resultaría que en sus palabras había algo de verdad.

En mayo de 1940 solamente los generales y los almirantes sabían hasta qué punto Churchill era responsable del desafortunado despliegue británico en Escandinavia. No obstante, la opinión habitual de que él fue el único arquitecto del desastre, parece exagerada. De haber estado mejor entrenadas, motivadas y dirigidas, las tropas británicas habrían tenido una actuación más brillante contra las fuerzas de Hitler, que una y otra vez demostraron su superioridad en Noruega, siendo en muchos casos inferiores en número. El fracaso del ejército británico reflejaba décadas de negligencia, así como una debilidad institucional que tendría sus repercusiones en la suerte de las armas británicas durante los años siguientes. Todo esto fue atestiguado

simbólicamente por un coronel que observó entre el equipaje de los oficiales desembarcados en Namsos, en la costa central de Noruega, «varias cañas de pescar y muchas armas deportivas». A ningún oficial alemán se le habría ocurrido ir a una guerra con unos pertrechos tan frívolos.

Por aquel entonces Halifax escribió con gran desdén estas palabras en una carta dirigida a un amigo: «No creo, sin embargo, que WSC [Winston S. Churchill] vaya a ser un muy buen PM [primer ministro]... el país pensará que servirá de estímulo». El secretario de Exteriores hizo el siguiente comentario a su subsecretario R. A. Butler en el curso de una conversación acerca de su negativa a presentarse para ocupar el puesto de primer ministro: «Todo esto es muy penoso. Conoces mis razones, es inútil hablar de ello, pero lo cierto es que en poco tiempo los gángsters van a tener el control absoluto». La gente sencilla tenía otra visión. Nella Last, un ama de casa de Lancashire, escribió el 11 de mayo en su diario que «si tuviera que pasar toda mi vida al lado de un hombre, elegiría a Chamberlain, pero creo que no tardaría en cambiarlo por Churchill si se desatara una tormenta y estuviera a punto de naufragar. Tiene una cara divertida, como la de un bulldog que vive en nuestra calle y que ha hecho más por echar a los perros y gatos descamados... que todas las quejas y protestas de los vecinos». Mollie Panter-Downes, corresponsal en Londres, decía a sus lectores de *New Yorker*. «Las cosas se suceden con tanta rapidez que Inglaterra tiene ya un nuevo primer ministro prácticamente sin haberse dado cuenta... Es paradójico, pero cierto, que los británicos, pese a su

sospechoso desagrado por todo lo que brilla, están empezando a creer que estarían más seguros con un poco de dinamita alrededor». El diputado laborista Harold Nicolson, poco distinguido como político, pero notable como periodista y lúcido redactor de su diario, escribió en *Spectator* lo siguiente a propósito de Churchill: «Su entusiasmo isabelino por la vida... su ingenio... se eleva hacia el cielo con el ímpetu de un potente surtidor, extendiéndose con los rayos del sol y renovándose con ráfagas y chorros cada vez más constantes de imágenes y asociaciones».

Aunque, en lugar de ser elegido en un proceso electoral, Churchill fue nombrado primer ministro por el rey, siguiendo el consejo de Chamberlain, lo cierto es que fue la aclamación popular la que lo llevó al alto cargo, así como a desempeñar también las funciones de ministro de Defensa, cargo del que se apropió. Entre los que mostraban su escepticismo respecto a la capacidad de Churchill de desempeñar tantas funciones figuraba el diputado *tory* Leo Amery: «Cómo piensa Winston que será capaz de ejercer a la vez de primer ministro, de coordinador de la defensa y de líder de la Cámara es una verdadera incógnita, y confirma mi creencia de que en realidad pretende que esta situación actual sea temporal. Es evidente que nadie puede coordinar adecuadamente una defensa si no está preparado para dirigir de manera activa a los tres jefes de Estado Mayor y, de hecho, ser directamente responsable de la planificación». Las voces críticas seguirían manifestando su preocupación por el hecho de que Churchill todavía desempeñara las funciones de líder de la nación y ministro de Defensa tres años

después. Pero esta situación no era fruto de su arrogancia personal, sino de la desesperación por la pasmosa falta de coordinación entre las distintas fuerzas armadas que caracterizó la campaña militar en Noruega. Y la posteridad percibe, como percibió el propio Churchill en aquellos momentos, que, por encima de su afán por controlar la maquinaria bélica de Gran Bretaña, está el hecho de que no había otro político o militar más indicado en el que delegar tanto poder.

\* \* \* \*

En uno de los pasajes más célebres y conmovedores de sus memorias, Churchill cuenta que el 10 de mayo fue «consciente de tener una profunda sensación de alivio. Por fin tuve la autoridad de impartir las órdenes pertinentes en todos los ámbitos. Sentí que caminaba con el destino y que toda mi vida pasada no había sido más que una preparación para ese momento y esa prueba». Sentía el estremecimiento que le provocaba su ascenso a líder de Gran Bretaña. Tal vez se permitiera un pequeño gesto espontáneo de satisfacción al pensar que en los consejos de ministros por fin habría podido fumar con impunidad sus puros, costumbre que había disgustado a sus predecesores. Sin embargo, si pensaba que iba a estar en sus manos la creación de las estrategias, los acontecimientos no tardarían en desengañosarlo.

A primera hora de la mañana del 10 de mayo, poco antes de que Churchill fuera convocado al palacio de Buckingham, los ejércitos de Hitler cruzaban la frontera de tres países neutrales, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El capitán David Strangeways, que prestaba sus servicios en la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF por sus

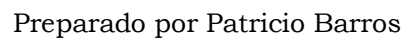
siglas en inglés) destacada cerca de Lille, en el lado francés de la frontera, se sintió ofendido por el descaro de un oficinista que irrumpió en el barracón en el que descansaba gritando, «¡David, señor, David!». Luego el oficial reaccionó y se dio cuenta de que el oficinista transmitía la orden para poner en marcha la operación «David», el avance de la fuerza expedicionaria británica —desde la línea fortificada que había venido defendiendo desde el otoño del año anterior— en dirección a Bélgica para detener a los alemanes. Aunque los belgas se habían declarado neutrales en 1936, en su planificación de la guerra los aliados se sintieron obligados a anticiparse a la necesidad imperativa de prestarles ayuda en el caso de que los alemanes violaran su territorio.

«David» cumpliría a la perfección las expectativas y los deseos de Hitler. El 10 de mayo los británicos, conjuntamente con el I y el VII Ejército francés, se apresuraban a abandonar unas posiciones defensivas que habían sido preparadas con mucha fatiga. Montados en sus camiones y sus vehículos blindados, partieron formando largas columnas hacia el este, directos al «capote del torero», en palabras de Liddell Hart, para entrar al trapo que les tendían los alemanes desde Bélgica. Más al sur, en el bosque de las Ardenas, unas columnas de carros blindados alemanes avanzaban para llevar a cabo lo que sería una de las grandes sorpresas de la guerra, asestar una estocada en el corazón del frente aliado, que había quedado en una situación inexcusablemente precaria debido a los despliegues ordenados por el comandante supremo aliado, el general francés Maurice Gamelin. Los tanques de Guderian y



Reinhardt, en rápido avance hacia el Alosa, rechazaron sin mayores problemas los ataques de la caballería francesa que encontraron en su camino. Los paracaidistas de la Luftwaffe y las fuerzas aerotransportadas alemanas cayeron sobre las fortalezas fronterizas de holandeses y belgas. Stukas y Messerschmitts lanzaron bombas y abrieron fuego contra las desconcertadas formaciones de cuatro ejércitos.

El primer ministro no se dio cuenta de la velocidad con que se avecinaba la catástrofe antes que su propia nación. Los líderes aliados creían encontrarse al inicio de una larga campaña. Ya se habían cumplido ocho meses de guerra, pero hasta entonces ni uno ni otro bando había demostrado impaciencia por llegar a un enfrentamiento decisivo. La incursión alemana sobre Escandinavia era el preámbulo del verdadero espectáculo. El ataque de Hitler contra Francia parecía brindar la oportunidad de que británicos y franceses midieran la potencia de sus legiones con las alemanas de tú a tú, o al menos esto es lo que pensaban los aliados. Sobre el papel, las fuerzas de los dos bandos en el oeste eran similares: unas ciento cuarenta divisiones cada uno, de las que sólo nueve eran británicas. Las autoridades y los comandantes aliados pensaban que pasarían semanas, si no meses, antes de que se produjera el choque decisivo. Churchill se acostó la noche del 10 de mayo sabiendo que la apurada situación estratégica de los aliados era realmente grave, pero en su cabeza bullían muchas ideas y planes, y creía que tenía tiempo para ponerlos en marcha.



Los acontecimientos que destacan en nuestra percepción posterior tuvieron que competir por aquel entonces con otros asuntos baladíes que pretendían robarles atención. El locutor radiofónico de la *BBC* que comunicó a la nación la invasión de Bélgica y Holanda por parte de los alemanes, siguió informando diciendo que «las tropas británicas han desembarcado en Islandia», como si esta segunda noticia compensara la primera. El 11 de mayo de 1940, *The Times* hablaba del caso de un autor teatral, un tal Walter Hackett, contra quien el tribunal de quiebras de Brighton había dictado una orden de prisión, y del que se decía que había huido a América. También se contaba el juicio, por parte de un tribunal militar, de un coronel acusado de «familiaridad indebida» con un sargento de su unidad de reflectores antiaéreos. Qué iban a pensar los soldados, decía la acusación, al oír a un comandante dirigirse a un sargento diciendo, « ¿Eric?». Los anuncios de los cigarrillos Player incitaban a los fumadores: «Cuando esté en peligro su buen humor, enciéndase un Player... Unas cuantas caladas pondrán los problemas en su sitio». La Sociedad de Turismo de Irlanda prometía que «Irlanda te espera». En primera página aparecía un anuncio en el que se vendía un gato persa azul por dos libras y diez chelines: «no ensucia, está enseñado; nieto de Laughton Laurel; siete semanas de edad. Bachelor, Orove Place, Aldenham». Entre las ofertas de empleo podía leerse el anuncio de un «caballero con amplia experiencia desea participar en un negocio en marcha, ciudad o campo, se dispone de capital». Una noticia sobre golf en la

página deportiva llevaba el siguiente título: «Lo que el público desea». Había un poema de Walter de la Mare:

«¡Oh, hermosa Inglaterra, cuya paz ancestral  
los tristes peligros de la guerra violentan e inquietan!»

Por supuesto, donde dice «peligros» debía haber dicho peligros.

La campaña de los alemanes aparecía en las noticias de cabecera a doble columna: «Hitler ataca los Países Bajos». Diversos comentarios hacían afirmaciones como las siguientes: «Los belgas están seguros de su victoria; son diez veces más fuertes que en 1914», «Los aspectos de la vida económica de Holanda que más interesan a Hitler son, sin duda, su agricultura y sus actividades con los aliados» o «La opinión de los militares: Esta vez no ha habido sorpresas». En su editorial *The Times* declaraba que «puede tenerse la seguridad de que todo está estratégicamente preparado para responder de inmediato... Con gran firmeza se está organizando la Gran Alianza de nuestros tiempos que destruirá a las fuerzas de la traición y la opresión».

En la página 6, una columna que aparecía a la derecha de las noticias principales proclamaba: «Tenemos nuevo primer ministro. El señor Churchill ha aceptado». En la sección de cartas del periódico dominaba la discusión acerca del debate sobre lo sucedido en Noruega, que había tenido lugar en el Parlamento tres días antes y que había precipitado la caída de Chamberlain. Geoffrey Vickers insistía en que lord Halifax era, con mucho, el ministro mejor cualificado para dirigir el gobierno de la nación, con la colaboración

de un líder laborista de los Comunes. Quintin Hogg, diputado *tory* por Oxford, señalaba que muchos de los que habían votado contra el gobierno eran oficiales en activo. Henry Morris-Jones, diputado liberal por Denbigh, deploraba la votación que había tenido lugar, indicando con orgullo que él se había abstenido. La importancia de las noticias de Francia se vio empequeñecida por un hermoso día primaveral en el que reinaban las campanillas y las primulas en flor.

El millonario «Chips» Channon, diputado de los *tories* y un imbécil consumado, nos ha legado su diario en el que el 10 de mayo escribió las siguientes líneas: «Tal vez el día más tenebroso de la historia de Inglaterra... Todos estábamos tristes, enfadados; nos sentíamos estafados y burlados». Su consternación se debía a la caída de Chamberlain, no al ataque lanzado contra Francia. El propio Churchill sabía mejor que nadie que le habían ofrecido la dirección del gobierno a regañadientes, y era perfectamente consciente de que su autoridad pendía de un hilo. La mayoría de los conservadores lo odiaban, sobre todo porque a lo largo de su vida había «desertado» en dos ocasiones, había cambiado de bando en la Cámara de los Comunes. Era recordado como el arquitecto de la desastrosa campaña de Gallípoli en 1915, como el promotor de la guerra contra los bolcheviques de Rusia en 1919, como el gran opositor al autogobierno de la India en 1933-1934, como el defensor del rey Eduardo VIII durante la crisis de la abdicación en 1936 y como el crítico más furibundo desde los escaños tanto de Baldwin

como de Chamberlain, primeros ministros durante sus «años salvajes».

\* \* \* \*

En mayo de 1940, aunque pocos personajes influyentes ponían en tela de juicio la capacidad o las dotes oratorias de Churchill, percibían su carrera como un cúmulo de despropósitos. Robert Rhodes-James subtuló la biografía de Churchill antes de ser nombrado primer ministro, publicada en 1970, *A Study in Failure*. Ya en 1914, el historiador A. G. Gardiner hizo una valoración extraordinariamente perspicaz y admirable de Churchill, que, sin embargo, finalizaba con una conclusión errónea: «No perdamos de vista a Churchill» debería ser la contraseña hoy día. No nos olvidemos de que en primer lugar es un soldado, y lo será en último lugar y siempre. Escribirá su nombre en la posteridad con mayúsculas. Vigilemos que no lo haga con sangre».

En aquellos momentos, en medio de la crisis que se había precipitado por el ataque de Hitler, la gente de la época de Churchill no podía olvidar que éste se había equivocado en muchas cosas, incluso en un pasado reciente, e incluso en asuntos de ámbito militar en el que se suponía que era un experto. Durante los años previos a la guerra, calificó la presencia de la aviación en el campo de batalla de pura «complicación adicional». Declaró que las armas antitanque modernas neutralizaban la potencia de «los pobres tanques», y que «los submarinos se verán metidos en un puño... Se sufrirán pérdidas, pero nada que vaya a afectar la magnitud de los acontecimientos». El día de Navidad de 1939 escribió a sir Dudley

Pound, primer lord del Mar, diciéndole: «Creo que, en comparación con 1914, podríamos calificar nuestra posición actual de muy favorable». Había puesto en duda que los alemanes fueran a invadir Escandinavia. Cuando lo hicieron, Churchill se dirigió a los miembros de la Cámara de los Comunes el 11 de abril en los siguientes términos: «En mi opinión, que comparten mis consejeros cualificados, *Herr* Hitler ha cometido un grave error de estrategia al llevar la guerra tan lejos hacia el norte... Tomaremos ahora lo que se nos antoje de la costa de Noruega, lo que facilitará aún más nuestro bloqueo, que verá aumentado su eficacia». Aunque la opinión pública no tuviera conocimiento de algunas de ellas, lo cierto es que los ministros y comandantes estaban perfectamente al corriente de todas las falsas profecías y las equivocadas manifestaciones de absoluta seguridad expresadas por Churchill. Su reivindicación del liderazgo de la nación no se basaba en su contribución a la guerra desde septiembre de 1939, que era bastante equívoca, sino en su temperamento y en su historial como voz crítica con la política de apaciguamiento. Era un guerrero desde lo más profundo de su alma, un hombre que se sentía realizado en el campo de batalla. Era uno de los pocos primeros ministros británicos que había matado hombres con su propia mano, en Omdurmán en 1898. En aquellos momentos, aunque ya no fuera físicamente, empuñaba la espada de manera simbólica, en medio de un estado Británico dominado por hombres de papel, por criaturas de comités y salas de conferencias. «Es muy probable», había dicho pletórico de entusiasmo seis años antes de la guerra, «que los

capítulos más gloriosos de nuestra historia no hayan sido escritos todavía. En efecto, los numerosos problemas y peligros de los que nosotros y nuestro país estamos rodeados deben hacer que los ingleses y las inglesas de esta generación se llenen de satisfacción por estar aquí en un momento como éste. Debemos regocijarnos ante las responsabilidades con las que el destino nos ha honrado, y sentirnos orgullosos de ser los guardianes de nuestro país en una época en la que está en juego su supervivencia». Leo Amery escribió el siguiente comentario en marzo de 1940: «Empiezo a considerar que Winston, con todos sus defectos, es el único hombre con un verdadero sentido de la guerra y amor por la batalla». Y lo era, desde luego. Pero muchos seguían temiendo que aquel genio errático podía abocar precipitadamente a Gran Bretaña a un verdadero desastre militar.

De los ministros a los que invitó a formar parte de su gobierno de coalición de todos los partidos, pocos estaban a la altura de la magnitud de su misión. Aunque este hecho se dé en todos los gobiernos de todas las épocas, en aquellos momentos fue una verdadera desgracia. Veintiuno de los treinta y seis altos cargos eran, al igual que Halifax, David Margesson, Kingsley Wood y el propio Chamberlain, veteranos del anterior gobierno, que había acabado tan desacreditado. «Winston no ha demostrado tener agallas suficientes a la hora de realizar sus cambios, tiene demasiado miedo del Partido [Conservador]», escribió Amery, que había encabezado la oposición a Chamberlain en la Cámara de los Comunes.



De los laboristas, entre los que cabe destacar a Clement Attlee, A. V. Alexander, Hugh Dalton, Arthur Greenwood y Ernest Bevin, sólo este último era una figura de primera fila, aunque Attlee supondría un sólido baluarte como viceprimer ministro. Sir Archibald Sinclair, el líder liberal que en 1916 había prestado servicios como oficial a las órdenes de Churchill en Francia y que acababa de ser nombrado secretario del Aire, era calificado por los que sentían desprecio por su servilismo hacia el nuevo primer ministro de «el esclavo del director de escuela». Los partidarios de Churchill que recibieron cargos o ascensos, principalmente Anthony Eden, lord Beaverbrook, Brendan Bracken y Leo Amery, no estaban muy bien vistos no sólo por los fieles a Chamberlain, sino también por mucha gente sensata y enterada que deseaba brindar su apoyo al nuevo primer ministro, pero era escéptica respecto a sus colaboradores más estrechos.

Casi toda la clase política pensaba que el gobierno de Churchill iba a tener una vida muy corta. «Así pues, ese hombre ha conseguido por fin lo que más ambicionaba», comentó amargamente un anciano diputado *tory*, Cuthbert Headlam. «Nunca imaginé que lo lograría. Bueno, esperemos que lo haga bien. Jamás he creído en él. Mi única esperanza es que mi juicio... se revele equivocado». El famoso especialista en historia militar, el capitán Basil Liddell Hart, escribió con pesimismo el 11 de mayo que «el nuevo gabinete de guerra parece un grupo dedicado a la “victoria” sin tener en cuenta su posibilidad en la práctica». Lord Hankey, vieja eminencia gris de Whitehall y miembro del nuevo gobierno, pensaba que era un

gobierno «perfectamente inútil para la guerra» y que Churchill no era más que un «elefante avisado».

Mientras las columnas de tanques alemanas se dirigían hacia Sedán y se adentraban en Holanda y Bélgica, Churchill estaba realizando nombramientos para puestos gubernamentales intermedios, entrevistas con ministros nuevos y reuniones con oficiales. La tarde del 10 de mayo, sir Edward Bridges, el tímido y austero secretario del gobierno, fue convocado a Admiralty House, donde Churchill seguía ocupando el despacho desde el que había ejercido sus funciones de primer lord. Bridges consideró que sería impropio de un oficial público que hasta aquella misma tarde había estado al servicio de un primer ministro depuesto dar la bienvenida al nuevo demostrando un exceso de adhesión. Se limitó a decir con la máxima cautela: «¿Puedo desearle toda la suerte posible?». Churchill hizo un pequeño gruñido, miró con determinación fijamente a Bridges durante un instante y luego exclamó: «¡Uf! ¡Toda la suerte posible!». ¡Me gusta eso! Los demás no han parado de felicitarme. ¡Toda la suerte posible!».

\* \* \* \*

El 11 de mayo, durante su primera entrevista en calidad de primer ministro con los jefes de Estado Mayor, Churchill hizo dos intervenciones, ambas poco significativas: preguntó si la policía debía ir armada cuando fuera a detener a extranjeros enemigos, y barajó la posibilidad de que Suecia se uniera a la guerra en el bando aliado. Ni siquiera él, el más belicoso de los hombres, intentó de inmediato abordar resueltamente los problemas de movimiento del

ejército británico en el continente. Cuando Eden, nuevo secretario de Guerra, visitó aquel mismo día al primer ministro, lo encontró «bastante satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos», según anotaría más tarde en su diario. Aunque estas palabras reflejaran la incapacidad de su autor de percibir las dudas más profundas del primer ministro, ni que decir tiene que éste tampoco percibía la inminencia del desastre. Churchill tenía mucha fe en la grandeza de Francia, en el poderío de sus fuerzas armadas; una fe que resultaba sumamente sorprendente en un estadista de la nación que tradicionalmente se había mostrado siempre precavida con su vecino galo. «A ojos de Winston», escribiría más tarde su médico, «Francia es civilización». Incluso tras ser testigo de la conquista de Polonia y Escandinavia por parte de los alemanes, Churchill no sabía apreciar la disparidad existente entre el poder de combate de la Wehrmacht y la Luftwaffe de Hitler y el de los ejércitos y las fuerzas aéreas de franceses y británicos. Al igual que a la mayoría de sus asesores, le parecía inconcebible que los alemanes lograran abrir una brecha en la línea Maginot de los franceses y en el frente formado por la combinación de fuerzas francesas, británicas, holandesas y belgas.

En los días siguientes a su establecimiento el 10 de mayo en Downing Street, Churchill se propuso estimular al gobierno y la maquinaria bélica británicos con el fin de prepararlos para un largo camino. Como líder de guerra, esperaba dirigir la parcela de Gran Bretaña en un enfrentamiento masivo y prolongado en el continente. Su gran esperanza era que esta confrontación no

supusiera una carnicería parecida a la vivida en la guerra de 1914-1918. Aunque no creía en una rápida victoria, no tenía la menor duda de que iba a infringirse una derrota decisiva. El 13 de mayo los titulares de *The Times* aseveraban pletóricos de confianza:

LAS FUERZAS BRITÁNICAS AVANZAN POR BÉLGICA  
LOS CHOQUES CON EL ENEMIGO SE HAN SALDADO  
CON NUESTRA VICTORIA  
LA RAF GOLPEA DE NUEVO

En el discurso que pronunció ese mismo día en la Cámara de los Comunes, el primer ministro se disculpó por su parquedad: «Espero que... mis amigos... se harán cargo, se harán plenamente cargo de la falta total de ceremonial con la que ha sido necesario actuar... Tenemos ante nosotros una prueba durísima, una prueba sumamente penosa. Tenemos ante nosotros muchos, muchos largos meses de combate y sufrimiento. Pero asumo mi misión lleno de confianza y esperanza. Estoy convencido de que no se permitirá que nuestra causa se malogre en medio de los hombres. En este momento me siento autorizado a reclamar la ayuda de todos, y digo: “Venid, pues. Avancemos juntos con nuestras fuerzas unidas”».

Los discursos de guerra pronunciados por Churchill suelen aparecer citados de manera aislada. Este hecho oscurece el anticlímax que supusieron los comentarios realizados desde el estrado por los diputados a continuación de los del primer ministro. El 13 de mayo el comandante sir Philip Colfox, de West Dorset, dijo

que, a pesar de que el país debía buscar en aquellos momentos la unidad nacional, él personalmente lamentaba muchísimo que Neville Chamberlain se hubiera visto obligado a dejar su cargo de primer ministro. Sir Irving Albery, de Gravesend, recordó la declaración del nuevo primer ministro: «Mi política es una política de guerra». También dijo que le parecía justo elogiar el compromiso de su predecesor con la causa de la paz. El coronel John Gretton, de Burton, inyectó una extraña dosis de realismo en la Cámara al instar a sus colegas a no perderse en palabras cuando «el enemigo está a punto de abatir nuestras puertas». La señal más desoladora del estado de ánimo que reinaba entre los miembros del Partido Conservador la encontramos en el hecho de que la llegada de Neville a la Cámara se produjo en medio del entusiasmo de los asistentes, mientras que la aparición de Churchill fue acogida con el silencio del resentimiento por parte de los *tories*.

En aquélla su primera declaración importante, Churchill recibió más aplausos del extranjero que de algunos diputados británicos. El *Philadelphia Inquirer* dijo en su editorial: «En este breve discurso ha demostrado que no teme afrontar la verdad y exponerla. Ha demostrado ser un hombre honesto y un hombre de acción. Gran Bretaña tiene razones para sentirse exultante por la parquedad, la franqueza y la valentía de este hombre». La revista *Time* publicó lo siguiente: «Ese hombrecillo regordete, inteligente y duro, el primer ministro Winston Churchill, sabe cómo enfrentarse a los hechos... El viejo e infatigable agitador de Gran Bretaña ha adoptado ahora el papel de belicista aliado».

\* \* \* \*

Ese día, el 13 de mayo, la amenaza de un ataque aéreo alemán contra Gran Bretaña llevó a Churchill a tomar su primera decisión militar importante: se opuso al envío a Francia de más escuadrones de cazas como refuerzo de los diez ya presentes en la nación vecina. Sin embargo, aunque las noticias del continente eran por supuesto demoledoras, declaró que no estaba «en absoluto seguro de que la gran batalla sea inminente». Todavía abrigaba la esperanza de que la suerte cambiara en Noruega, y el 14 de mayo hizo la siguiente observación al almirante conde de Cork y Orrery: «Espero que despeje el puerto de Narvik lo antes posible, y que luego se dirija al sur con paso firme».

Pero los alemanes ya estaban tendiendo puentes sobre el Mosa a su paso por Sedán y Dinant, al sur de Bruselas, para sus columnas de blindados que iban cruzando el bosque de las Ardenas. Comenzaba a abrirse una gran brecha entre el IX Ejército francés, que estaba derrumbándose, y el II Ejército situado a su izquierda. Aunque la BEF en Bélgica no se veía todavía seriamente comprometida, su comandante en jefe, lord Gort, pidió refuerzos aéreos. Gort inspiraba una confianza limitada. Al igual que todos los generales británicos, carecía de la preparación y el instinto necesarios para controlar un contingente considerable de hombres. Uno de los oficiales de Estado Mayor más inteligentes, el coronel Ian Jacob de la secretaría del gabinete de guerra, escribió: «Durante veinte años hemos prestado muy poca importancia a cómo coronar con éxito grandes empresas militares por tierra; hemos permanecido

inmersos en nuestras actividades políticas cotidianas como imperio». Este problema, la falta de comandantes con credibilidad para librar «grandes batallas», perseguiría a las armas británicas durante toda la guerra. Gort era un valiente oficial, famoso por haberse ganado la Cruz Victoria en la primera guerra mundial, y seguía conservando su entusiasmo de juventud. El comandante John Kennedy, que al poco tiempo se convertiría en director de Operaciones Militares del Departamento de Guerra, describió al comandante en jefe de la BEF como «un buen soldado en el combate», lo que sin duda constituye una recomendación muy útil para un comandante de sección. Para ser más francos, al general le faltaba cerebro, como suele faltarle a la mayoría de hombres que tienen la temeridad necesaria para ganarse la Cruz Victoria o una Medalla de Honor. Un perspicaz americano dijo de Gort y del jefe del Estado Mayor General del Imperio Británico, sir Edmund Ironside, que eran «unos meros soldados, en el sentido estricto de la palabra, que no tenían cabida en puestos de tan alta responsabilidad». Sin embargo, ni sir Alan Brooke ni sir Bernard Montgomery habrían sido más capaces de prevenir el desastre de 1940 con las poquísimas fuerzas de las que disponía la BEF. A diferencia de la mayoría de los países del continente, Gran Bretaña no tuvo en tiempos de paz el servicio militar obligatorio hasta 1939, y de ahí que fueran escasas sus reservas potenciales en caso de movilización. El ejército a las órdenes de Gort constituía, en espíritu, el cuerpo policial del imperio de los años de entreguerras, privado de recursos durante una generación.

\* \* \* \*

El 14 de mayo Churchill atisbó por primera vez la inmensidad del peligro que amenazaba a los aliados. Paul Reynaud, primer ministro de Francia, telefoneó desde París para informar del avance alemán y solicitar el envío inmediato de otros diez escuadrones de cazas de la RAF. El comité de jefes de Estado Mayor y el gabinete de guerra, que se reunieron sucesivamente a las seis y a las siete, acordaron que las defensas nacionales de Gran Bretaña no podían verse debilitadas de aquella manera. A las siete de la mañana del día siguiente, el 15 de mayo, Reynaud telefoneó personalmente a Churchill. Cargado de emoción, dijo en inglés: «La batalla se ha perdido». Churchill lo instó a no perder la moral, señalando que sólo se veía comprometida una pequeña parte del ejército francés, mientras que las tropas de vanguardia alemanas se encontraban en aquellos momentos más desplegadas, lo que las hacía vulnerables a un ataque por los flancos.

Cuando Churchill informó a sus jefes militares y políticos sobre la conversación que acababa de mantener, volvió a ponerse sobre la mesa la cuestión de enviar o no más refuerzos aéreos. Por un momento Churchill estuvo a punto de acceder a los ruegos de Reynaud. Pero Chamberlain se puso de parte del jefe del Estado Mayor del Aire, el mariscal sir Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza de la RAF, que con gran visceralidad se negó a ello. No fueron enviados más cazas. Ese mismo día, Jock Colville, el joven secretario privado de veinticinco años de Churchill y aspirante a convertirse en todo un Pepys, anotó en su diario las



preocupaciones que angustiaban al general de división Hastings «Pug» Ismay, jefe de Estado Mayor de Churchill en su calidad de titular de defensa. Ismay no estaba «demasiado satisfecho con la situación militar. Dice que los franceses no combaten bien: son — señala— una raza volátil, y es probable que tarden algún tiempo en adoptar una actitud propiamente bélica».

La lentitud de reflejos no hacía más que ocultar la terrible realidad. Churchill mandó un cablegrama al presidente estadounidense Franklin Roosevelt, diciendo: «Creo personalmente que la batalla en tierra acaba simplemente de comenzar, y me gustaría ver que las masas participen. Hasta la fecha, Hitler opera con unidades especializadas de tanques y aéreas». Rogaba la ayuda de Estados Unidos, y por primera vez pedía cincuenta viejos destructores en préstamo. Washington ya había vetado la solicitud de que un portaaviones británico pudiera atracar en un puerto americano para proceder al embarque de cazas, listos para entrar en combate. El presidente estadounidense alegó que este acto supondría una violación de la Ley de Neutralidad aprobada por su país. Al igual que lo haría, en su opinión, el envío de destructores.

El día 15, en Francia, los ya obsoletos bombarderos Battle y Blenheim de la RAF sufrieron unas pérdidas devastadoras cuando intentaron destruir los puentes de pontones que habían tendido los alemanes sobre el Mosa. Un oficial del cuerpo de blindados alemán que estuvo presente escribió: «El paisaje estival con las aguas del río discurriendo silenciosamente, el verde claro de los prados bordeados a lo lejos por las cumbres más oscuras de los montes,

enmarcadas por un cielo azul brillante, retumba con el estrépito de la guerra... Una y otra vez, un avión enemigo cae derribado desde el cielo, dejando tras de sí una negra estela de humo... De vez en cuando, de los aparatos derribados salen uno o dos blancos paracaídas que descienden despacio hasta llegar a tierra». En cualquier caso, el sacrificio de la RAF llegó demasiado tarde. El grueso de las fuerzas acorazadas alemanas ya había cruzado el Mosa y avanzaba rápidamente hacia el oeste.

\* \* \* \*

La mañana del día 16 Londres tuvo conocimiento de que los alemanes habían abierto una brecha en la línea Maginot. El gabinete de guerra acordó el envío de otros cuatro escuadrones de cazas al escenario de los combates. A las tres de la tarde de ese mismo día, el primer ministro voló a París, acompañado de Ismay y el general sir John Dill, vicejefe del Estado Mayor General del Imperio Británico a las órdenes de Ironside. Tras aterrizar en Le Bourget, todos ellos pudieron percibir por primera vez la desesperación de su aliado. Los generales y políticos de Francia esperaban la derrota. Mientras los líderes de las dos naciones se entrevistaban en el Quai d'Orsay, en el jardín unos oficiales quemaban montones de documentos. Cuando Churchill preguntó por las reservas francesas para emprender una contraofensiva, le comunicaron que, poco a poco, ya habían sido utilizadas todas las disponibles. Los colaboradores de Reynaud no ocultaron su rencor por la negativa de Gran Bretaña al envío de más cazas. Durante toda la reunión los franceses no dejaban de encoger los hombros.

Aquella noche, desde la embajada británica, Churchill envió un cablegrama al gabinete de guerra instando al envío de otros seis escuadrones de cazas. «Hago hincapié en la gravedad mortal de la situación», dijo. El jefe del Estado Mayor del Aire, sir Cyril Newall, propuso una solución intermedia: otros seis escuadrones intervendrían en Francia desde sus aeródromos británicos. A las dos de la madrugada Churchill se dirigió en automóvil a la residencia de Reynaud para comunicarle la noticia. Después el primer ministro regresó a la embajada, durmió profundamente a pesar del ruido ocasional producido por los disparos de lejanos cañones y luego voló de vuelta a Inglaterra, aterrizando en el aeródromo de Hendon a las 9 de la mañana del día 17.

Llegó con una sonrisa dibujada en los labios, pero sin tener ya la menor duda de la magnitud de la catástrofe que se cernía sobre los aliados. Se dio cuenta de que era imprescindible que la BEF se retirara de sus posiciones en Bélgica, pues habían sido rebasadas por el enemigo. Ya en su despacho de Downing Street, tras informar al gabinete de guerra, se puso a preparar más nombramientos de puestos auxiliares de su gobierno y, pegado al teléfono, habló con los posibles candidatos, ese día doce en total. Harold Nicolson recogería una de esas conversaciones típicas:

*—Harold, creo que sería una buena idea que te unieras al gobierno y ayudaras a Duff [Cooper] en el Ministerio de Información.*

*—Nada me gustaría más.*

—*Bien, pues mañana a formar. La lista estará preparada esta misma noche. ¿De acuerdo?*

—*Totalmente de acuerdo.*

—*Perfecto.*

Sir Edward Bridges y otros oficiales de Whitehall quedaron impresionados por la «magnífica confianza» de Churchill, la «calma parsimoniosa con la que se puso a formar su gobierno». Al principio, esa actitud no fue más que un reflejo del no saber percibir la inmediatez del desastre. Al cabo de unos días, sin embargo, cambió por la majestuosa determinación de que su propia conducta debía considerarse que encajaba con la magnitud del desafío al que se enfrentaban él y su nación. Desde el momento en que fue nombrado primer ministro, Churchill demostró una disciplina de la que claramente había adolecido a lo largo de casi toda su carrera. Con pequeños detalles como con grandes decisiones, se ganó el corazón de los que estuvieron más cerca de él en Downing Street. «¡Qué hermosa caligrafía!», exclamó cuando su secretario privado, Jock Colville, le mostró un telegrama que acababa de dictarle. «Pero, hijo mío, cuando diga “stop” debes escribir “stop” en vez de dibujar simplemente un garabato». Consideró a los miembros de su personal una extensión de su familia, y nunca se le ocurrió recordarles que no debían hablar de sus temas confidenciales o de su intimidad. Daba por hecho que no lo harían, y no le fallaron.

\* \* \* \*

El 17 de mayo Churchill tuvo un almuerzo en la embajada japonesa. Incluso en circunstancias como aquéllas pudieron más los imperativos diplomáticos. El expansionismo de los nipones era evidente y manifiesto. Debía hacerse todo lo humanamente posible por lograr que Japón permaneciera tranquilo. Aquella tarde envió al exilio al antiguo secretario de Asuntos Exteriores, sir Samuel Hoare, el más detestado de todos los viejos partidarios de la política de apaciguamiento, nombrándolo embajador en España. También creó los comités económicos para dirigir el comercio, los alimentos y los transportes. Una serie de telegramas llegaron de Francia informando del avance alemán. Churchill pidió a Chamberlain, como lord presidente, que valorara las implicaciones que supondrían la caída de París, así como una posible retirada de la BEF del continente por los puertos del canal de la Mancha. Su jornada, iniciada en París, acabó con una cena en Admiralty House en compañía de lord Beaverbrook y de Brendan Bracken.

Poco debe la posteridad al hijo de Churchill, el rebelde Randolph, aunque sí hay que agradecerle el relato acerca de la visita que realizó a Admiralty House la mañana del 18 de mayo:

*Subí a la alcoba de mi padre. Lo encontré de pie frente al lavabo, afeitándose con su anticuada maquinilla Valet...*

*—Siéntate, hijo, y lee el periódico mientras termino de afeitarme. Hice lo que me dijo. Al cabo de dos o tres minutos, después de unas cuantas enérgicas pasadas de cuchilla, se volvió hacia mí.*

*—Creo que ya veo cómo salir de ésta —exclamó, y continuó afeitándose.*

*Quedé estupefacto.*

*— ¿Quieres decir que podemos evitar la derrota? —cosa que parecía posible—, ¿o quieres decir que vamos a darles una buena zurra a esos bastardos? —cosa que parecía imposible.*

*Echó su maquinilla de afeitar Valet en la pila del lavabo, la agitó y dijo:*

*—Por supuesto que quiero decir que podemos darles una buena zurra.*

*—Bien, es lo que más me gustaría, pero no veo cómo puedes lograrlo.*

*Ya se había enjuagado y secado la cara cuando, volviéndose, me dijo con gran convencimiento:*

*—Haré entrar a la fuerza a Estados Unidos.*

He aquí una muestra de los golpes de clarividencia característicos de Churchill. La perspectiva de que Estados Unidos entrara en guerra era más que remota. Durante años, Neville Chamberlain había estado dando la espalda repetidas veces, de hecho con suma descortesía, a los intentos de acercamiento de Roosevelt. Pero el nuevo primer ministro ya se daba cuenta de que sólo la ayuda americana podría dar la victoria a los aliados. Aquel día Eden escribió: «Esta mañana las noticias no han sido peores, pero me parece que es demasiado pronto para decir que han sido mejores. El primer ministro y el jefe del Estado Mayor General del Imperio han presentado, sin embargo, un análisis optimista de la situación ante el gabinete de gobierno». Independientemente de lo que Churchill

dijera a sus colegas, lo cierto es que en aquellos momentos se veía obligado a admitir la posibilidad —aunque, a diferencia de los generales franceses, se negara a rendirse a lo que parecía inevitable— de una victoria alemana en el continente. Los informes que llegaban del campo de batalla eran cada vez más graves. Churchill instó a los jefes de Estado Mayor a que consideraran el envío de fuerzas de refuerzo desde la India y Palestina, así como la retención de algunas unidades de carros de combate que en aquellos momentos se dirigían desde Gran Bretaña al continente para apoyar a la BEF. La amenaza de una incursión repentina de los alemanes sobre Inglaterra, iniciada por paracaidistas, comenzaba a obsesionarlo, por irreal que pareciera.

En un informe de los servicios de inteligencia nacionales se advirtió al gobierno de que la moral de la nación estaba por los suelos: «Hay que recordar que la defensa de los Países Bajos ha sido ampliamente difundida por la prensa... Ni una persona entre mil podía imaginarse a los alemanes avanzando y entrando en Francia... El nombramiento del señor Churchill como primer ministro supuso un alivio y llevó a la gente a creer que un cambio de líder resolvería los problemas derivados de la política del señor Chamberlain. Los informes llegados ayer y esta mañana ponen de manifiesto que vuelven a reinar la inquietud y el miedo».

Aquella tarde del 18 de mayo el gabinete de guerra acordó que Churchill debía dirigirse a la nación y exponer la gravedad de la situación. Se comunicó a los ministros que Mussolini se había negado a proclamar la neutralidad de Italia propuesta por los

británicos. Esta noticia hizo que el ministro de la Marina A. V. Alexander requiriera la ocupación inmediata de Creta como centro de operaciones contra Italia en el Mediterráneo. Churchill descartó directamente esta idea, alegando que Gran Bretaña ya tenía demasiados frentes abiertos como para embarcarse en aventuras innecesarias.

En la mañana del domingo 19 de mayo se supo que la BEF había evacuado Arras, lo que aumentaba el peligro de que quedara aislada del grueso de las tropas francesas. Tras abandonar una reunión, Ironside le dijo a Eden que «esto es el fin del imperio británico». El secretario de Guerra haría la siguiente observación: «Desde el punto de vista militar, lo que dijo era innegable». Sin embargo, cuando un líder sabe mantener su buen criterio, es difícil que sus colegas sucumban a la desesperación. Aquel mismo amargo domingo, el primer ministro comentó con Eden: «Ya va siendo hora de que salga el 17, ¿no le parece?». En 1938, en la ruleta del casino de Cannes, los dos habían apostado por ese número y habían ganado dos veces. A mediodía, cruzando el condado de Kent, Churchill se trasladó a Chartwell, su amada residencia familiar que permanecería cerrada durante la guerra. Buscaba un remanso de paz en el que preparar su discurso a la nación. Pero no llevaba más que unos pocos minutos dando de comer a sus peces de colores cuando una llamada telefónica lo interrumpió. Desde Francia, Gort pedía autorización para emprender una retirada por mar en Dunkerque si la situación empeoraba. Sin embargo, al comandante en jefe se le indicó que intentara restablecer contacto con las tropas francesas



que se encontraban a su derecha, de las que lo separaban las avanzadillas alemanas. A los franceses se les pediría, a su vez, que contraatacaran para acercarse hacia él. Los belgas solicitaron que la BEF situara su frente avanzado más al norte, junto a sus tropas. No obstante, el gabinete de guerra decidió que lo prioritario era el restablecimiento de un frente común con el grueso del ejército francés. Los belgas tenían que ser abandonados a su suerte, y las fuerzas británicas debían reorganizarse para dirigirse hacia el suroeste, en dirección a Arras y Amiens.

Aquella noche, en su discurso radiofónico al pueblo británico, Churchill mostró una seguridad y confianza que no sentía, diciendo que el frente de Francia iba a afianzarse, pero advirtiéndolo también del peligro que amenazaba a la nación. «Éste es uno de los períodos más estremecedores de la larga historia de Francia y Gran Bretaña. Sin duda, también es el más sublime. Siglos atrás se escribieron unas palabras para que fueran un llamamiento y estímulo de los leales servidores de la Verdad y la Justicia: “Armaos y sed hombres de coraje... pues es preferible perecer en el campo de batalla que ser testigos del ultraje de nuestra nación y de nuestro altar. Pues la voluntad de Dios se hace en el Cielo, aun así dejemos que se cumpla”».

Éste fue el primer gran llamamiento que dirigió a la nación. No puede exagerarse el impacto que tuvo en el pueblo británico y, de hecho, en la audiencia del resto del mundo. Defendió su determinación, y los oyentes reaccionaron. Aquella noche envió un mensaje a Ismay, reafirmando su negativa a trasladar más

escuadrones de la RAF a Francia. Era imprescindible disponer de todos y cada uno de los cazas, en el caso de que «sea necesario evacuar a la BEF». Evidentemente, esta decisión no iba a ser muy bien recibida por los franceses, y no todos los subordinados de Churchill estaban de acuerdo con ella. Su asesor científico y financiero personal, Frederick Lindemann —«el Profe»— redactó una nota de protesta.

Las fuerzas británicas podían influir únicamente de manera marginal en el resultado de la batalla por Francia. Incluso en el supuesto de que se hubieran enviado todos los aparatos aéreos de la RAF al continente, semejante empresa no habría bastado para evitar la derrota aliada. Simplemente habría comportado el sacrificio de los escuadrones que más tarde obtendrían la victoria en la batalla de Inglaterra. En mayo de 1940, sin embargo, las cosas no parecían tan sencillas como podemos verlas ahora. Francia estaba al borde del colapso, con cinco millones de fugitivos aterrorizados que inundaban las carreteras en su éxodo enfebrecido hacia el sur, y la desolación de sus políticos y generales se transformó en cólera contra un aliado que combinaba una retórica extravagante con su negativa a suministrar la única ayuda importante que tenía en sus manos. Es cierto que los líderes de Francia respondieron con muy poca determinación al ataque relámpago de Hitler. Pero su rencor hacia Gran Bretaña es comprensible. La percepción de Churchill de los intereses británicos ha sido ampliamente reivindicada por la historia, pero no puede decirse que mereciera la gratitud de los franceses.

Churchill envió un mensaje descaradamente desesperado a Roosevelt, lamentando la negativa de Estados Unidos a prestar sus destructores. Aún más, le advirtió de que, aunque su gobierno no se rendiría nunca, tal vez una administración posterior acabara parlamentando con Alemania, utilizando a la marina real como su «única baza en la mesa de negociaciones... Si este país fuera abandonado a su suerte por Estados Unidos, nadie tendría el derecho de responsabilizar a esos hombres, si al final llegan al mejor acuerdo posible para la población sobreviviente. Perdóneme, señor presidente, si le expongo esta pesadilla de una manera tan franca». En manos de Hitler, la flota de Gran Bretaña habría supuesto una grave amenaza para Estados Unidos.

Aunque parezca brutal, esa perspectiva que puso ante Roosevelt no tenía nada de farol. En aquellos momentos Churchill no podía saber que el Parlamento y el pueblo británico permanecerían fieles a él hasta el final. Chamberlain seguía siendo el líder del Partido Conservador. Antes incluso de la crisis de Francia, una parte significativa de la clase dirigente de Gran Bretaña no era contraria a llegar a una paz de compromiso. Si se producía una catástrofe militar, era muy posible que cayera el gobierno de Churchill, del mismo modo que anteriormente había caído el de Chamberlain, y que fuera sustituido por una administración que intentara alcanzar un acuerdo con Hitler. Solamente en los meses siguientes el mundo y el propio Churchill se darían cuenta paulatinamente de que el pueblo británico estaba dispuesto a arriesgar el todo por el todo al lado de su líder.

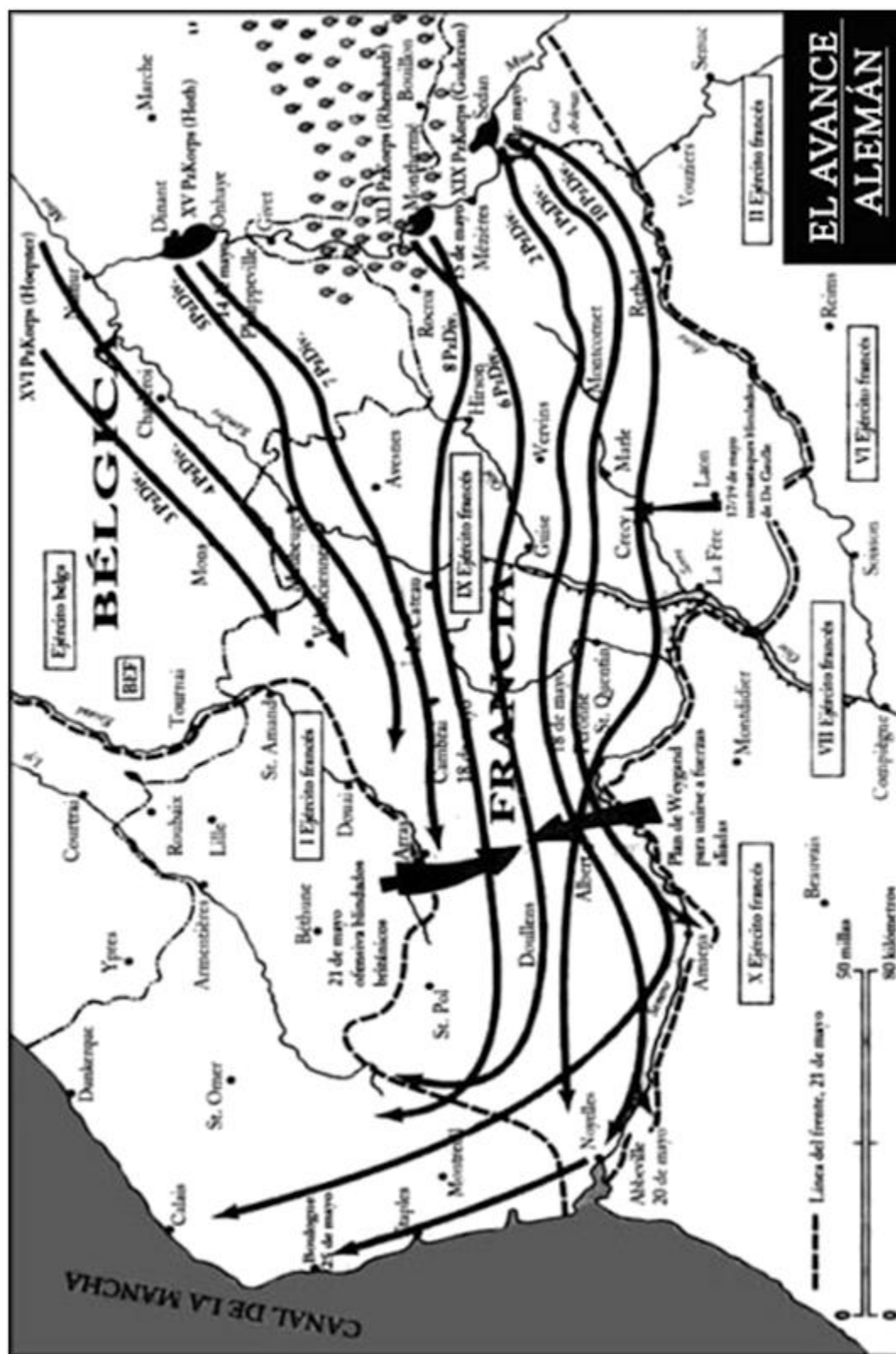
\* \* \* \*

El día 20 dijo a los jefes de Estado Mayor que había llegado la hora de considerar si era conveniente mantener operaciones aisladas en los alrededores de Narvik, en Noruega, cuando era necesaria la intervención de tropas y barcos en otros lugares. En el continente los alemanes avanzaban hacia el sur y el oeste con tanta celeridad que parecía muy dudoso que la BEF pudiera volver a contactar con los principales ejércitos franceses. Gort persistía en su intento denodado de retirar las fuerzas del río Escalda. Aquella noche diversas unidades alemanas cruzaron Amiens por la polvorienta y árida carretera de Abbeville, aislando a la BEF de sus centros de suministro. Sin embargo, Churchill no quiso desesperarse. Más tarde, el 21 por la mañana, comunicó al gabinete de guerra que «la situación era más favorable de lo que a primera vista parecían revelar algunos de los indicios más sintomáticos». En el norte, los británicos seguían teniendo superioridad numérica. Los temores recaían en la pusilanimidad que se percibía entre los franceses, tanto en sus políticos como en sus soldados. Aquel día, un ataque de blindados británicos al sur de Arras no consiguió su objetivo. La BEF estaba aislada junto con elementos del I Ejército francés. Calais y Boulogne seguían en manos de los británicos, pero eran inaccesibles por tierra.

El 20 de mayo la Cámara de los Lores, con esa especie de inspirada locura que contribuyó a crear la leyenda de 1940, debatió un proyecto de ley de asistencia a las colonias. Muchos británicos no llegaban a percibir todo el horror de la difícil situación en que se

encontraban los países aliados. Los lectores de los periódicos seguían recibiendo mensajes esperanzadores. El *Evening News* proclamaba en sus titulares del 17 de mayo: «ÉXITO DE LAS TROPAS BRITÁNICAS». El 19, el *Sunday Dispatch* declaraba en su titular: «BAJA EL ÍMPETU DE LOS ATAQUES». Incluso dos días después, el *Evening News* decía en su primera página: «RECHAZADOS LOS ATAQUES ENEMIGOS». Un editorial del *New Statesman* instaba al gobierno a «resolver de una vez por todas el problema secundario, pero no por ello menos importante, que plantean las relaciones entre Gran Bretaña y México».

El 20 de mayo, el jefe del Estado Mayor de Gort, el teniente general Henry Pownall, se quejó amargamente de la falta de instrucciones claras por parte de Londres: «A nadie le asusta tener que combatir, pero los numerosos y largos días de indigencia y, últimamente, la ausencia absoluta de órdenes superiores... han provocado graves estragos en el ánimo de todos nosotros». Pero cuando llegaron al cabo de tres días las órdenes del primer ministro —para que toda la BEF lanzara una contraofensiva hacia el sureste—, Pownall se puso todavía más furioso: «¿Es que no hay nadie que pueda impedir que trate de dirigir personalmente las operaciones como si fuera un super comandante en jefe? ¿Cómo piensa que vamos a reunir ocho divisiones para atacar según nos indica? ¿Es que no tenemos un frente que defender? No tiene ni idea de nuestra situación ni de las condiciones en las que nos encontramos... Está loco».



Sólo el puerto de Dunkerque seguía ofreciendo una vía de escape para salir del continente, un escape que en aquellos momentos parecía ser para la BEF lo más conveniente, y su máxima aspiración. Los días 22 y 23 los británicos esperaban noticias acerca de la prometida contraofensiva de los franceses para avanzar hacia el noreste, hacia Gort. El general Maxime Weygand, que había sustituido al defenestrado Gamelin como comandante supremo de los aliados, comunicó que la iniciativa estaba en marcha. Debido a la ausencia de movimientos visibles, Churchill seguía escéptico. Si el contraataque de Weygand fracasaba, a los británicos no les quedaría más remedio que proceder a la evacuación. Y de eso fue de lo que informó Churchill al rey la noche del 23 de mayo, mientras se llevaba a cabo la evacuación de Boulogne. Al día siguiente, por la noche, en conversación con Ismay, echó pestes de Gort por no haber conseguido que una parte de sus fuerzas avanzara hacia Calais para unirse a su guarnición, preguntándose de qué manera había que utilizar a los hombres y los cañones para alcanzar los resultados esperados. Y terminó diciendo lo que serían las primeras palabras claramente amargas e histriónicas utilizadas contra soldados británicos desde que iniciara la campaña: «Ni que decir tiene que si un bando pelea y el otro no, es muy probable que la guerra acabe siendo desigual». Ironside, el jefe del Estado Mayor General del Imperio Británico, dijo aquella tarde ante el Comité de Defensa que si la BEF terminaba siendo evacuada de Francia por mar, se corría el riesgo de perder a muchos de sus hombres.

En aquellos momentos tres cuestiones preocupaban a Churchill: el rescate de los hombres de Gort en Dunkerque, el envío de otras unidades del ejército británico para proseguir con la batalla en Francia tras la retirada de la BEF y la defensa de las islas británicas de cualquier intento de invasión. El día 24 Reynaud envió a Londres un mensaje lleno de resentimiento, en el que denunciaba la retirada de los británicos hacia el mar, echándole la culpa al fracaso de la contraofensiva de Weygand, la cual, en realidad, nunca se produjo. «Todo es un caos absoluto», escribía el día 25 en su diario sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, «no se reciben noticias, y nadie sabe lo que ocurre, excepto que la situación está más negra que nunca».

Churchill envió un cablegrama a los primeros ministros de los antiguos dominios del imperio británico advirtiéndoles de la probable inminencia de una invasión de Gran Bretaña. Se congratulaba de la llegada de refuerzos del imperio y manifestaba su confianza en que la marina real y la RAF serían capaces de frustrar un ataque, tras el cual «la defensa de nuestro país se encargará de dar el merecido castigo a las fuerzas transportadas por mar que sobrevivan a los duros enfrentamientos». Rechazaba la idea de hacer un llamamiento público a Estados Unidos. Temía, seguramente con razón, que un mensaje semejante tendría muy poco eco en una nación predispuesta ya a descartar el envío de ayudas a Gran Bretaña por considerarlo una pérdida de tiempo y de energías. En este sentido, como en su plan de cambiar la postura de los americanos en los meses siguientes, demostró una gran perspicacia.



Una encuesta Gallup revelaba que la inmensa mayoría de los estadounidenses, en una proporción de trece a uno, se oponían a la participación de su país en el conflicto bélico europeo.

\* \* \* \*

El 25 de mayo Churchill envió un mensaje personal a Claude Nicholson, el general de brigada que estaba al mando de las fuerzas británicas en Calais, ordenándole que sus hombres lucharan hasta el final. Los belgas estaban viniéndose abajo. Gort anuló el último contraataque que había planeado para avanzar hacia el sur, y envió al norte las dos divisiones destinadas a esa empresa para tapar el agujero que separaba a las fuerzas británicas de las belgas. A última hora de aquella tarde, en una reunión del Comité de Defensa, Churchill aceptó la conclusión a la que había llegado Gort, que en aquellos momentos no podía comunicarse con Londres, y empezó a actuar en consecuencia. La BEF debía retirarse hacia la costa para comenzar a evacuar la zona. La orden del comandante en jefe, emitida con anterioridad a la aprobación de Gran Bretaña, supuso su aportación más notable a la campaña, y no fue en absoluto baladí. El primer ministro ordenó que seis divisiones, cuyas dotaciones eran por entonces extremadamente elementales, fueran preparadas con la máxima urgencia para el servicio activo, pero los medios para ello eran más que escasos. Faltaban equipos de artillería, armamento antitanque, medios de transporte e incluso armas pequeñas. Churchill estaba dándose cuenta de que las autoridades francesas, resignadas a la derrota, probablemente depusieran a Reynaud para entablar negociaciones con Hitler. A

partir de este momento, el futuro de la flota francesa sería como una especie de obsesión. En manos de los alemanes, los barcos de guerra de Francia podrían influir drásticamente en el desarrollo de los acontecimientos, favoreciendo una posible invasión de Gran Bretaña. Aquella noche, Ironside dimitió como jefe del Estado Mayor General del Imperio Británico para asumir la dirección de las Fuerzas de Defensa de la nación. El general nunca había gozado de la confianza de Churchill, mientras que sir John Dill, su segundo, sí. Al día siguiente Dill, un hombre inteligente y responsable de cincuenta y nueve años, aunque con una salud algo precaria, pasó a ser el jefe del ejército de Gran Bretaña.

A las 9 de la mañana del día 26, Churchill informó al gabinete de guerra de que había la posibilidad de lograr la evacuación de «una parte considerable de la Fuerza Expedicionaria Británica [BEF]». Paul Reynaud llegó a Londres. Durante el almuerzo, advirtió al primer ministro de que era muy probable que, si Alemania ocupaba una gran extensión de territorio francés, el viejo héroe de la nación, el mariscal Philippe Pétain, firmara un armisticio. Reynaud descartó la idea, tan temida por los británicos, de que los alemanes se inclinaran por una invasión inmediata de Inglaterra. Hitler irá a por París, afirmó, y es evidente que no se equivocó. Churchill dijo a Reynaud que, ocurriera lo que ocurriese, Gran Bretaña combatiría hasta el final. Tras una interrupción de la entrevista, durante la cual el primer ministro se reunió con su gabinete de guerra, los dos líderes reanudaron su conversación. Churchill insistió en que Weygand emitiera la orden de que la BEF debía emprender una

retirada hacia la costa. Con ello pretendía que no pudiera acusarse a los británicos de traición. Reynaud solicitó efectivamente que se transmitiera dicho mensaje, como ratificación de lo que ya estaba ocurriendo en realidad.

Tras la marcha de Reynaud, y en el curso de una reunión de cuatro horas que mantuvo aquella misma tarde el gabinete de gobierno, se habló de las ventajas de llegar a un acuerdo con Hitler. Churchill esperaba que Francia alcanzara un pacto que excluyera su ocupación por parte de los alemanes. Halifax, secretario de Exteriores, expresó su deseo de buscar la mediación de Italia con Hitler, con el fin de garantizar unas condiciones favorables para Gran Bretaña. Ya había mantenido diversas conversaciones preliminares en este sentido con el embajador de Mussolini en Londres. Churchill mostró su escepticismo al respecto, alegando que ello supondría la devolución a Alemania de sus antiguas colonias y numerosas concesiones en la zona del Mediterráneo. «Esta opción era inviable para nosotros», comentaría el primer ministro.

Sir Alexander Cadogan, que se sumó a la reunión media hora más tarde, vio a Churchill «excesivamente inconexo y romántico, sentimental y temperamental». Es una observación bastante cruel.

El primer ministro tenía encima muchas responsabilidades. Le tocaba a él mostrarse circunspecto al abordar cualquier cuestión con los antiguos partidarios de la política de apaciguamiento que había entre sus colegas. Había individuos en Whitehall que, en vez de sentirse estimulados por los llamamientos de Churchill a

reconocer el gran momento histórico que les tocaba vivir, hacían muecas de desprecio. A las vibrantes palabras de una de las misivas del primer ministro, Arthur Rucker, secretario privado de Chamberlain, reaccionó desdeñosamente diciendo: «Parece que siga pensando en sus libros». Eric Seal, el único secretario privado de Churchill que no mantuvo una relación estrecha con él<sup>2</sup>, las tachó de «maldita retórica».

Desde septiembre de 1939, un sector importante de la clase dirigente británica, formado por diputados y pares indistintamente, no creía en la posibilidad de alcanzar una victoria militar. A pesar de su condición de aristócrata, Churchill no gozaba de la confianza de los de su clase. Después de la revolución rusa de 1917, muchos nobles británicos, desde importantes duques, como el de Westminster, el de Wellington y el de Buccleuch, hasta otros blasonados de menos rango, como lord Phillimore, habían mostrado mayor hostilidad hacia el comunismo soviético que hacia el fascismo europeo. Su patriotismo era incuestionable. Sin embargo, no podía decirse lo mismo de su entusiasmo por un enfrentamiento a muerte con Hitler, que temían que acabara en desastre. A comienzos de mayo, antes de pronunciar un discurso en la Cámara de los Lores, lord Hankey comentó sarcásticamente que estaba a punto de dirigirse «a la mayoría de los miembros de la Quinta Columna».

Poco antes de convertirse en duque de Bedford, lord Tavistock, partidario de la política de apaciguamiento y probable

---

<sup>2</sup> Seal abandonó Downing Street en 1941. (N. del T.)

colaboracionista, escribió al antiguo primer ministro David Lloyd George que el poderío de Hitler era «tan grande... que es una locura suponer que podemos derrotarlo en una guerra en el continente». El 15 de mayo, lo instó incluso a firmar la paz «ahora, sin dilación... Si los alemanes recibieran unas propuestas de paz justas, ni una docena de Hitlers podrían volver a empezar una guerra aduciendo un pretexto... inadecuado». Del mismo modo, algunos magnates de las finanzas de la City mostraban su escepticismo respecto a la posibilidad de una victoria británica, y por lo tanto respecto a Churchill. Harold Nicolson escribía: «No son los descendientes de la antigua clase dirigente los que muestran mayor entusiasmo por su líder... El señor Chamberlain es el ídolo de los hombres de negocios... No manifiestan la misma simpatía personal por el señor Churchill... Se producen momentos de gran tensión cuando les parece que el señor Churchill no los tiene en consideración».

También había derrotistas en sectores inferiores de la escala social. Muriel Green, que trabajaba en el garaje de su familia en Norfolk, recordaba la conversación que mantuvieron el 23 de mayo el repartidor de una tienda de comestibles y un maestro de escuela durante un encuentro de tenis local: «Creo que nos van a dar una paliza, ¿no le parece?», comentó el repartidor. «Sí», replicó el maestro, y luego añadió que, como los nazis eran muy buenos deportistas, esperaba que «al menos podamos seguir jugando al tenis si ganan». Muriel Green contaba que «J. dijo que el señor M. decía que debíamos prepararnos y pintar una esvástica debajo de la aldaba. Todos coincidimos en que no sabríamos qué hacer si nos

invadían, tras lo cual jugamos a tenis —una partida muy dura y apasionante que duró dos horas— y nos olvidamos de todo lo relacionado con la guerra».

Durante aquellos últimos días del mes de mayo de 1940 el primer ministro tuvo que percibir la posibilidad real, o al menos la probabilidad, de que si se mostraba irracionalmente intransigente, los viejos grandes aristócratas conservadores se reafirmarían en sus ideas. En una situación como aquélla, en la que decaían todas las esperanzas de que Gran Bretaña pudiera salir airosa de su conflicto militar con Hitler, no era absurdo suponer que la postura favorable a la firma de un tratado de paz consiguiera imponerse en Gran Bretaña. Algunos historiadores han dado excesiva importancia al hecho de que, en esa reunión del gabinete de guerra, Churchill se equivocó al descartar sin más la idea de recurrir a Mussolini. El primer ministro no contradijo terminantemente a Halifax cuando el secretario de Exteriores dijo que si el Duce ofrecía unas condiciones para la paz «que no postularan la destrucción de nuestra independencia... estaríamos locos de no aceptarlas». Antes bien, confesó que «si pudiéramos salir del paso con la cesión de Malta y Gibraltar y de alguna colonia de África, se agarraría a ello». En la reunión del gabinete de guerra del día siguiente, señaló que si Hitler estaba dispuesto a firmar la paz a cambio de recuperar sus antiguas colonias y el control absoluto de Europa central, se podía negociar. Es imprescindible que consideremos las palabras de Churchill en su contexto. En primer lugar, fueron pronunciadas en el curso de largos y enojosos debates, durante los cuales puso todo su empeño

en mostrarse razonable. Halifax habló desde la lógica. En medio de una derrota militar demoledora, ni siquiera Churchill se atrevía a ofrecer a sus colegas la visión de una victoria británica. En aquellos días de Dunkerque, el director del Servicio de Inteligencia Militar dijo a un corresponsal de la *BBC*: «Estamos acabados. Hemos perdido al ejército, y nunca tendremos la capacidad de construir otro». Churchill no puso en entredicho la opinión de los que daban por hecho que la guerra acabaría, tarde o temprano, con la negociación de un acuerdo en vez de con el avance del ejército británico hacia Berlín. Bajó el tono de su discurso porque no le quedó otra alternativa. Una demostración de exceso de seguridad habría resultado ridícula. El primer ministro se basó únicamente en el argumento de que no iba a perderse más por seguir combatiendo que por arrojar la toalla.

¿Cómo habrían juzgado los colegas de Churchill, e incluso la posteridad, su postura, de haber intentado éste ofrecer en aquellas reuniones la perspectiva de un triunfo militar? Para entender lo que ocurría en Gran Bretaña en el verano de 1940 es imprescindible comprender lo lógico que era pensar que iba a producirse una derrota inminente. Esta idea fue la causa de la contradicción entre el corazón y la cabeza de muchos británicos, hasta de los más leales y patriotas. La mayor esperanza que esas gentes, y su primer ministro, podían abrigar era sobrevivir hoy con firme determinación, y rezar por un mañana mejor. Las reuniones del gabinete de guerra celebradas entre el 26 y el 28 de mayo tuvieron lugar mientras

seguía sin saberse con seguridad si se lograría rescatar o no a una parte considerable de la BEF destacada en Francia.

En la sesión del 26 de mayo, con el apoyo de Attlee y de Greenwood, y al final también de Chamberlain, Churchill lograría imponer su teoría de que no iba a perderse nada por seguir combatiendo, pues ningún acuerdo que pudiera ofrecer Hitler en un futuro podría ser peor que aquél que se les planteaba en aquellos momentos. Tras analizar la cuestión, el primer ministro descartó la posibilidad de solicitar una tregua, a pesar de la oposición de Halifax. Aquella misma tarde, a las siete, una hora después de que concluyera la reunión del gabinete, el Almirantazgo indicó al vicealmirante Bertram Ramsay, oficial superior de la marina en Dover, la siguiente orden: «Que empiece la operación “Dynamo”». Los destructores de la marina real británica, con la ayuda de una flota de pequeñas embarcaciones, comenzaron la evacuación de la BEF en Dunkerque.





Aquella noche Churchill se vio obligado a emitir otra orden sumamente dolorosa. Los hombres destacados en Calais, una pequeña fuerza británica formada por miembros de la Brigada de Fusileros, tenían poco valor estratégico. Pero debía hacerse todo lo posible para distraer a las fuerzas alemanas y alejar su atención del perímetro de Dunkerque, había que resistir hasta el final. Ismay escribió: «La decisión nos afectó a todos profundamente, tal vez de manera especial a Churchill. Aquella noche se mostró insólitamente silencioso durante la cena, y comió y bebió con evidente desgana». Pidió a un secretario privado, John Martin, que le buscara un pasaje de la oración de 1843 por Inglaterra de George Borrow. Martin identificó esas líneas al día siguiente: «No temas el resultado, pues su finalidad puede ser majestuosa y envidiable, o Dios perpetuará su reino en las aguas».

El día 27 por la mañana, mientras las tropas británicas estaban siendo evacuadas de Dunkerque, Churchill pidió a los jefes de las fuerzas armadas que prepararan un memorándum en el que se informara de las perspectivas de la nación de resistir a una invasión si Francia caía. En menos de dos horas los jefes de Estado Mayor entregaron una respuesta en once párrafos en los que se indicaban con notable intuición los puntos principales a tener en cuenta. Mientras la RAF siguiera «viva», decían, sus aviones junto con los barcos de guerra de la marina real deberían bastar para evitar una invasión. Si se perdía la superioridad aérea, sin embargo, la marina no podría salvaguardar indefinidamente el canal de la Mancha. Si los alemanes lograban establecer una cabeza de playa en el sureste

de Inglaterra, las fuerzas británicas serían incapaces de expulsarlos. Los altos mandos militares hacían especial hincapié en el combate aéreo, en la capacidad de Gran Bretaña de defender sus instalaciones clave, y especialmente las fábricas de aviones, como factor decisivo para determinar el curso de la guerra en el futuro. Terminaban su informe con las siguientes palabras de aliento: «La prueba de fuego es comprobar si la moral de nuestros combatientes y de la población civil constituirá un verdadero contrapeso a las ventajas numéricas y materiales de las que disponen los alemanes. Creemos que lo será».

Tras analizarlos profundamente, el gabinete de guerra aceptó por fin los informes de las autoridades militares. Acordó realizar un nuevo esfuerzo para inducir a los americanos a prestar ayudas importantes. Llegó un valioso mensaje de lord Lothian, el embajador del Reino Unido en Washington, sugiriendo que Gran Bretaña debía proponer a Estados Unidos que le arrendara instalaciones en Trinidad, Terranova y las Bermudas que sirvieran de centro de apoyo. Churchill se opuso a una proposición tan unilateral. Estados Unidos apenas había «prestado su ayuda en la guerra», dijo. «Ahora que veían las verdaderas dimensiones del peligro, su postura consistía en conservar para su propia defensa todo aquello que podría servirnos de ayuda». Y así seguirían las cosas hasta finalizar la batalla de Francia. Era evidente que Roosevelt deseaba colaborar, pero se veía atado de pies y manos por las constricciones que suponía la Ley de Neutralidad aprobada por el Congreso. El 17 de mayo, el general George Marshall, jefe del Estado Mayor del ejército

de Estados Unidos, expuso al secretario del Tesoro de su país, Henry Morgenthau, sus objeciones al envío de armamento americano a los aliados, alegando que esos pertrechos no supondrían más que «un grano de arena en la playa al otro lado [del Atlántico], siendo de vital importancia a este lado [del océano], y no hay más que decir. Por trágico que parezca, así son las cosas». Entre el 23 de mayo y el 3 de junio, el secretario de Guerra americano, Harry Woodring, apasionado defensor de la política de aislacionismo, retrasó deliberadamente el envío a Gran Bretaña de material bélico que había sido clasificado como excedente. Insistió en que había que publicarlo previamente en un anuncio oficial antes de que ese equipamiento pudiera ser vendido a los aliados. El 5 de junio, el Comité de Asuntos Exteriores del Senado rechazó la propuesta del gobierno de proceder a la venta de barcos y aviones a Gran Bretaña. El Departamento de Guerra americano se negó a suministrar las bombas para los bombarderos en picado que los franceses ya habían comprado y pagado.

A finales de mayo se fue al traste la posibilidad de que Gran Bretaña comprara a los americanos veinte lanchas torpederas de patrullaje, cuando la noticia llegó a oídos de David Walsh, un senador por Massachusetts partidario del aislacionismo. Como presidente del Comité de Asuntos Navales del Senado, Walsh denunció el plan al fiscal general del Estado, quien lo declaró ilegal. A mediados de junio, los jefes de Estado Mayor norteamericanos recomendaron que no se procediera al envío de más material bélico a Gran Bretaña, y que no se permitiera que algún contratista privado aceptara un

pedido de los ingleses que pudiera comprometer las necesidades de las fuerzas armadas estadounidenses. Ninguno de estos hechos tuvo una influencia directa en la campaña de Francia. Pero constituyen testimonios muy significativos —y muy mal recibidos en Londres y París— acerca de la postura adoptada en aquellos momentos por Estados Unidos respecto a la guerra que estaba desarrollándose en Europa.

El hecho de que otras poderosas voces del otro lado del Atlántico se hicieran eco de la causa de Gran Bretaña suponía solamente una pequeña consolación. El *New York Times* atacaba al coronel Charles Lindbergh, el héroe del aire americano que encabezaba a los aislacionistas más acérrimos, haciendo hincapié en los intereses comunes que unían a Estados Unidos y Gran Bretaña. Según el *Times*, Lindbergh era «un joven sumamente ignorante si se cree su premisa de que a nosotros no nos afecta que desaparezca del océano Atlántico la histórica defensa del poderío naval británico». Un periódico tan republicano como el *New York Herald Tribune* dejó atónitos a muchos estadounidenses cuando declaró clara y llanamente que «la solución menos costosa tanto en vidas humanas como desde el punto de vista del bienestar de la nación es declarar inmediatamente la guerra a Alemania». Pero el presidente Roosevelt, aunque había deseado hacer caso a las voces favorables a ese intervencionismo y ofrecer su ayuda a los aliados, tenía en mente el ejemplo de Woodrow Wilson, en cuya administración había servido. Wilson vio cómo sus posturas fueron rechazadas por su propia Asamblea Legislativa en 1919, tras haber establecido en el

extranjero unos compromisos —en el tratado de Versalles— que iban más allá de lo deseado por el pueblo americano. Roosevelt no tenía la más mínima intención de seguir sus pasos.

El 27 de mayo Chamberlain comunicó que el día antes había mantenido por la tarde una conversación con Stanley Bruce, alto comisionado de Australia en Londres, quien sostenía que la posición de Gran Bretaña se vería seriamente comprometida si Francia acababa por presentar la rendición. Bruce, astuto y respetado portavoz de su gobierno, insistía en la necesidad de que Estados Unidos o Italia mediaran con Hitler. Por fortuna, el primer ministro australiano, Robert Menzies, tenía bastante más carácter. Desde Canberra, Menzies se limitó a preguntar qué tipo de ayuda podían proporcionar las tropas de su país. En el otoño fueron desplegadas tres divisiones australianas en Oriente Medio. Churchill dijo a Chamberlain que le dejara bien claro a Bruce que la rendición de Francia no influiría en la férrea determinación de Gran Bretaña de seguir luchando. Instó a los ministros —e hizo hincapié en el mensaje unos días más tarde por escrito— a presentar su lado más temerario ante el mundo. Del mismo modo, poco después ordenó que las misiones británicas en el extranjero se prodigarán en divertimentos, lo que dio lugar a la celebración de diversas fiestas en embajadas como la de Madrid o Berna. En la residencia de Churchill los semblantes serios no tendrían cabida ni siquiera en medio de las situaciones más catastróficas.

En otra reunión del gabinete de guerra celebrada aquella tarde, Halifax vio cómo se quedaba sin apoyos cuando volvió a plantear

este asunto, del que se había hablado el día anterior, buscando llegar al acuerdo de que Gran Bretaña solicitara la ayuda de Mussolini para tratar de llegar a un pacto con Hitler. Churchill dijo que en aquellos momentos el prestigio de Gran Bretaña en Europa estaba bajo mínimos. Sólo podía ser recuperado presentando una postura de absoluto desafío. «Si en dos o tres meses pudiéramos demostrar que seguimos imbatidos, no estaríamos peor de lo que estaremos si ahora decidimos deponer las armas. No permitamos, pues, dejarnos arrastrar cuesta abajo junto con Francia». Si se ofrecía un tratado, estaría dispuesto a considerar sus condiciones. Pero si se invitaba a los británicos a enviar un delegado a París que se uniera a los franceses en su petición de paz a Alemania, la respuesta tenía que ser «no». El gabinete de guerra estuvo de acuerdo.

Halifax escribió la siguiente nota en su diario: «Pensé que Winston dijo la tontería más espantosa. Expresé con claridad lo que pensaba [de los que se oponían al secretario de Exteriores en el gabinete de guerra], añadiendo que si ésa era realmente su opinión, nuestros caminos debían separarse». Más tarde, en el jardín, cuando volvió a amenazar con su dimisión, Churchill intentó calmarlo con tiernas palabras. Halifax termina diciendo en su diario: «Resulta verdaderamente desesperante ver cómo se excita y alcanza un elevado grado de exaltación cuando debería utilizar su cerebro para pensar y razonar». Tanto él como Chamberlain retrocedían ante la «teatralidad» de Churchill, según la expresión de Cadogan. Fríos como eran, no supieron percibir en aquellas circunstancias la

necesidad de demostrar al menos cierta actitud de valentía. Pero el apoyo final de Chamberlain a la postura de Churchill fue determinante para eludir las propuestas del secretario de Exteriores.

Sean cuales sean las fuentes que se consulten, los hechos parecen bien claros. Halifax pensaba que Gran Bretaña debía considerar y estudiar los términos de una paz. Churchill tuvo que sentirse realmente alarmado ante la posibilidad de que el secretario de Exteriores, el hombre al que apenas tres meses antes querían como primer ministro la mayoría de los miembros del Partido Conservador, pudiera abandonar su gobierno. En aquel momento de máxima crisis era esencial que Gran Bretaña presentara una única postura ante el mundo. Churchill ya no iba a poder confiar nunca más en Halifax. No obstante, seguiría soportándolo en calidad de colaborador, pues necesitaba conservar el apoyo de los *tories*. El hecho de que pasaran siete meses antes de que se sintiera lo suficientemente fuerte como para mandar al «zorro sagrado» al exilio es una prueba del recelo que le provocaban las posibles decisiones de la clase dirigente británica.

La leyenda de que en el verano de 1940 Gran Bretaña constituía una nación unida ante la amenaza de Hitler se cimienta en hechos reales. No se ve menoscabada cuando se asevera que de haber contado con otro primer ministro, la facción política resignada a alcanzar una paz negociada con Alemania probablemente habría impuesto su postura. Lo que Churchill supo comprender, al contrario de Halifax entre otros, fue que el simple gesto de estudiar



unas condiciones de paz habría tenido unas consecuencias nefastas para la posición de Gran Bretaña. Aun cuando la respuesta de Hitler fuera inaceptable para un gobierno británico, la clara y rotunda postura churchilliana de rechazar cualquier negociación con las fuerzas del mal se habría visto irremediablemente comprometida.

Resulta imposible indicar con seguridad en qué momento del verano de 1940 Churchill consiguió asegurarse el férreo control del poder, así como la confianza y la lealtad del pueblo británico. Lo que es evidente es que en los últimos días del mes de mayo no se sentía a salvo de los posibles ataques de enemigos internos. Logró permanecer en el cargo no porque supiera superar las dudas que suscitaba entre los individuos más escépticos del cuerpo ministerial y de las fuerzas armadas, cosa que no consiguió, sino por la desafiante postura de valentía que ofreció ante la nación. Alejándose de la comprensión de los que sabían demasiado, lanzó un llamamiento a todos aquéllos que querían mantenerse visceralmente tenaces. «Su mundo se basa en la primacía de las relaciones públicas por encima de las privadas», escribió el filósofo Isaiah Berlin en un estupendo ensayo acerca de su persona, «en el valor supremo de la acción, de la lucha entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte; pero siempre en la lucha. Nunca ha dejado de combatir». La simplicidad del compromiso de Churchill, acompañada de la grandeza del lenguaje con el que se expresaba, encandiló la imaginación popular. En la prensa, en los *pubs* y en todos los lugares en los que apareció durante sus viajes a lo largo y

ancho del país, el pueblo británico recibió con una apasionada ovación su terca posición de desafío. Llenos de resentimiento, pero impotentes, los conservadores que apostaban por la tregua vieron cómo se quedaban solos y aislados.

Guy Crouchback, el meticuloso oficial del Real Cuerpo de Alabarderos de una novela de Evelyn Waugh, habría sido uno de los numerosos miembros de la clase alta británica que tardaron en dejar de manifestar su desdén por el primer ministro, mostrando una actitud habitual entre personajes de la vida real de sus mismas características, como el propio Waugh:

*Algunos de los discursos del señor Churchill se habían podido escuchar en la radio del comedor. En opinión de Guy, eran tremendamente petulantes, y la mayoría de ellos habían venido seguidos de las noticias de algún desastre... Guy sólo conocía a Churchill como político profesional, un maestro de la prosa pseudo augusta, defensor del Frente Popular en Europa, asociado a los magnates de la prensa y a Lloyd George. Cuando le preguntaron: «Tío, ¿qué clase de sujeto es este Winston Churchill?», respondió: «Como Hore-Belisha [el secretario de la Guerra destituido, considerado por muchos un verdadero charlatán], sólo que, por alguna razón, sus sombreros tienen fama de originales»... Fue entonces cuando el comandante Erskine, apoyándose sobre la mesa, exclamó: «Probablemente Churchill sea el único hombre que nos puede salvar de perder esta guerra». Era la primera vez que Guy oía a un alabardero*

*sugerir que era posible otro resultado que no fuera una victoria aplastante.*

Unos años antes del estallido de la guerra, el diplomático lord D'Abernon había comentado, con esa complacencia propia de los patricios británicos, que «el cerebro de un inglés funciona mejor cuando ya es prácticamente demasiado tarde». Es probable que en mayo de 1940 percibiera que Churchill constituía el ejemplo que confirmaba sus palabras.

## **Capítulo 2**

### **Los dos Dunkerques**

El 28 de mayo Churchill recibió la noticia de que los belgas se habían rendido al amanecer. Reprimió para después su ira y amargura, aunque fueran injustificadas, pues era evidente que los belgas no tenían ninguna posibilidad de seguir en combate. Simplemente se limitó a comentar que no era él quien debía juzgar la decisión del rey Leopoldo. Durante la noche habían sido evacuados de Dunkerque unos pocos miles de soldados británicos, pero Gort era pesimista en lo concerniente al destino de los más de doscientos mil que seguían en el continente, expuestos al abrumador poder aéreo de Alemania. «Y aquí estamos de nuevo, en las costas de Francia en las que hace ocho meses desembarcamos con tantas esperanzas», escribió ese día Pownall, jefe del Estado Mayor de Gort. «Creo que somos un grupo valeroso, cuyos esfuerzos no merecen este aciago final... Aunque tal vez no tengamos la misma destreza, sin duda superamos a los alemanes en coraje y resistencia». El ejercicio de autocrítica que supone este comentario de Pownall sobre la escasa profesionalidad del ejército británico estuvo en la mente de sus inteligentes soldados hasta el fin de la guerra en 1945.

Aquella tarde, en el curso de una reunión del gabinete de guerra celebrada en el despacho de Churchill en la Cámara de los Comunes, el primer ministro volvió a rechazar, por última vez, los planteamientos de Halifax en el sentido de que el gobierno podía

conseguir unas condiciones de paz más favorables antes de que Francia se rindiera y las fábricas aeronáuticas británicas fueran arrasadas. Chamberlain, tan indeciso como siempre, se decantó entonces por apoyar al secretario de Exteriores en su exigencia de que Gran Bretaña debía considerar cualquier «propuesta de paz digna si ésta llegaba». Churchill replicó que la probabilidad de que Hitler mostrara tanta generosidad era una entre mil, y les advirtió que «las naciones que perdían combatiendo volvían a resurgir, pero que las que se rendían sumisamente estaban acabadas». Los laboristas Attlee y Greenwood apoyaron la opinión de Churchill. Aquel debate supuso la última oposición de los viejos apaciguadores. En privado, siguieron pensando, al igual que el antiguo primer ministro Lloyd George, que antes o después sería imprescindible entablar negociaciones con Alemania. Incluso el 17 de junio el embajador sueco llegó a manifestar en un informe a Halifax y a su subsecretario, R. A. Butler, que no se permitiría que «intransigencia» alguna se interpusiera en el camino de una paz con «condiciones razonables». Andrew Roberts ha sabido defender de manera convincente que Halifax no fue partícipe directo de los comentarios realizados durante una conversación fortuita que mantuvieron Butler y el embajador. No obstante, sigue siendo insólito el hecho de que algunos historiadores hayan intentado enjuiciar las opiniones acerca de la actitud del secretario de Exteriores durante el verano de 1940. Ésta no fue deshonrosa; un espíritu tan elevado nunca habría podido actuar así. Pero fue cobarde.

Inmediatamente después de la reunión del 28 de mayo, otros veinticinco ministros —todos los que no estaban incluidos en el gabinete de guerra— entraron en el despacho del primer ministro para que éste les informara. Churchill describió la situación en Dunkerque, les advirtió de la rendición de Francia y expresó su convicción de que Gran Bretaña debía seguir resistiendo. «Estuvo realmente magnífico», escribió Hugh Dalton, ministro de Economía de Guerra, «era el hombre, y el único hombre que teníamos, para un momento como ése... Estaba firmemente decidido a preparar a la opinión pública para las malas noticias... Era evidente que intentarían invadirnos». Churchill dijo a los ministros que había considerado la posibilidad de negociar con «ese hombre», y la había descartado. La posición de Gran Bretaña, con su flota y sus fuerzas aéreas, seguía siendo sólida.

Terminó su discurso con una espléndida arenga: «Estoy convencido de que cada uno de ustedes estaría dispuesto a saltar de su silla para apartarme de mi puesto si yo llegara a contemplar por un momento la posibilidad de parlamentar o de presentar la rendición. Si la larga historia de nuestra isla está por llegar a su fin, que acabe sólo cuando cada uno de nosotros yazca en el suelo ahogado por su propia sangre».

Era recibido con una gran ovación en todas las asambleas de ministros. No se oían voces de disenso. Aquella reunión supuso para él un triunfo personal absoluto. Informó de sus resultados al gabinete de guerra. Aquella noche el gobierno británico comunicó a Reynaud en París su rechazo a la mediación de los italianos para

llegar a un acuerdo de paz. Se descartó la idea de Halifax de lanzar un llamamiento directo a Estados Unidos. Una postura enérgica ante Alemania, repitió Churchill, resultaba mucho más significativa que un «servil llamamiento» en un momento como aquél. En la reunión del gabinete de guerra del día siguiente se discutieron las nuevas órdenes que Gort debía recibir. Halifax era partidario de dejar la capitulación a la discreción del comandante en jefe. Churchill no estaba ni siquiera dispuesto a oír hablar de ello. Gort recibió la orden de seguir peleando, al menos hasta que fuera imposible cualquier evacuación desde Dunkerque. Consciente de los posibles reproches por parte de los aliados, indicó al Departamento de Guerra que a los soldados franceses de la zona debía permitírseles el acceso a los barcos británicos. Comunicó a Reynaud su determinación de crear una nueva fuerza expedicionaria británica, con base en el puerto atlántico de Saint-Nazaire, para combatir junto al ejército francés en el oeste.

A lo largo de todos aquellos días se siguieron llevando a cabo operaciones de evacuación en puertos y playas; evacuaciones que se veían obstaculizadas por la falta de naves pequeñas que trasladaran a los soldados hasta los buques, deficiencia que el Almirantazgo se esforzó en superar pidiendo públicamente embarcaciones apropiadas. La historia ha revestido el episodio de Dunkerque de una dignidad que, a ojos de los que participaron en él, no fue tan evidente. John Horsfall, comandante de una compañía de los Reales Fusileros Irlandeses, comentó a unos de sus jóvenes oficiales: «Espero que se dé cuenta de la distinción de la que es objeto. En

estos momentos está siendo partícipe del mayor grado de caos militar jamás alcanzado por el ejército británico». Un gran número de soldados rasos regresó de Francia nutriendo mucho resentimiento hacia la jerarquía militar que los había expuesto a una situación tan peliaguda. Horsfall advirtió que en la última etapa de la marcha hacia las playas sus hombres se mostraban inconcebiblemente silenciosos: «Había un límite a lo que cualquiera de nosotros podía soportar, con todas aquellas rojas bolas de fuego llameantes que incendiaban el cielo una y otra vez, y supongo que habíamos llegado a ese punto en el que ya no hay nada que decir». Al grupo se le unió un comandante de artillería montada, elegantemente vestido con sus pantalones de montar —propios de una de las sastrerías de Saville Road— y su gorra escarlata y dorada, que dijo: «Yo ya estoy curado de espantos, muchacho. Estuve en Mons [en 1914]». A la espera de un barco, Edward Fox, un joven oficial de los Granaderos de la Guardia, pasó largas horas leyendo una copia de la traducción de George Chapman de las obras de Homero que encontró entre la arena. Hasta el final de sus días, Ford nunca dejó de preguntarse con insatisfecha curiosidad quién pudo haber abandonado su ejemplar de este clásico del célebre poeta y traductor inglés entre el detritus de la playa.

Aunque la marina real británica se ajustó a su mejor tradición para llevar a cabo la empresa de Dunkerque, muchos hombres sólo percibieron un caos absoluto. «Me parece increíble que la organización del trabajo en la playa haya sido tan nefasta», escribe el teniente Robert Hitchens del dragaminas *Niger*, a la vez que



manifiesta su admiración por la ausencia de pánico entre los soldados que debían embarcar.

*Se nos dijo que habría muchísimas embarcaciones y que el embarque de los soldados iba a estar perfectamente organizado... Ésa era la razón por la que se había procedido al traslado de todas aquellas pequeñas embarcaciones desde Inglaterra... La única conclusión a la que se podía llegar era que los civiles y las barcas habían zarpado rumbo a casa con unos cuantos hombres a bordo en vez de quedarse allí para cumplir su cometido, esto es, hacer los viajes de traslado a los buques. En cuanto a la organización en la playa, ésta simplemente brillaba por su ausencia... A cualquiera le pone bastante enfermo oír en la radio el bombo que se da a los organizadores del espectáculo de las playas y el modo con el que se les condecora con la Orden del Servicio Distinguido, pues jamás he visto un desorden más desafortunado y tanta falta de organización... De haber desembarcado a unos cuantos oficiales con un par de centenares de marineros... la evacuación de las playas se habría producido de manera bien distinta... Cuando por fin se izaron las barcas, me di cuenta de lo agotado y lo ronco que estaba, además de empapado. Luego bebí algo y me cambié. En mi camarote había un individuo muy interesante, oficial de artillería. Todos parecían muy impresionados por los bombarderos en picado y su elevado número, así como por la eficiencia en general de las fuerzas alemanas. Los soldados no es que levanten el ánimo precisamente, pues el cansancio ha*

*hecho mella en ellos, circunstancia que suscita cierto pesimismo, y han permanecido aislados durante bastante tiempo.*

Ese oficial de artillería ni siquiera tenía conocimiento de que Churchill había sustituido a Chamberlain como primer ministro.

Pownall se trasladó a Londres desde Francia con el fin de explicar el 30 de mayo ante el Comité de Defensa los planes de Gort para retener el perímetro de Dunkerque. «Ninguno de los presentes», escribió Ian Jacob, de la secretaría del gabinete de guerra, «creía que podían tener éxito si las divisiones blindadas alemanas, apoyadas por la Luftwaffe, presionaban con sus ataques». Ni que decir tiene que el hecho de que no se «presionara» con ningún ataque fue como un regalo llovido del cielo. Siempre que pudieron, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, los victoriosos ejércitos alemanes mostraron de manera mucho más consistente un mayor empeño por completar la destrucción de sus enemigos que lo que lo hicieron los aliados en circunstancias ventajosas similares. Dunkerque no fue una excepción. La mayoría de los hombres de la BEF logró escapar no por una pasividad de Hitler, sino gracias a una combinación de azar y error de juicio. El hecho en sí de salir airoso de aquella situación generó, más allá de lo que pudieran pensar los alemanes, enormes problemas. Los comandantes estaban obsesionados por completar la derrota de las fuerzas de Weygand, de las que un número importante seguía intacto. El paisaje roto de los alrededores de Dunkerque era apropiado para establecer una buena defensa. El I Ejército francés, situado al sur del puerto,

entretuvo a un notable contingente de fuerzas alemanas durante el período crítico de la huida de la BEF, factor que en su momento no fue valorado por los británicos como se debía.

\* \* \* \*

El 24 de mayo Von Rundstedt, al mando del Grupo de Ejércitos A, ordenó a sus tanques, cuya logística exigía hacer urgentemente un alto, que no cruzaran el canal de Aa y que acabaran con los «remanentes» británicos, que era cómo se percibía en aquellos momentos al ejército de Gort. Hitler apoyó su decisión. Compartía los deseos de Göring de demostrar que su aviación podía encargarse de completar la destrucción de la BEF. No obstante, en palabras de las voces más autorizadas de la historia de Alemania, «la Luftwaffe, extremadamente debilitada por operaciones anteriores, no estaba capacitada para satisfacer lo que se le exigía». Durante el mes de mayo las fuerzas aéreas de Göring perdieron mil cuarenta y cuatro aparatos, una cuarta parte de ellos cazas. Gracias a los esfuerzos realizados en Dunkerque por el Mando de Cazas de la RAF, en el diario de guerra del IV Ejército alemán se escribiría el día 25 la siguiente nota: «El enemigo ha mostrado su superioridad aérea. Para nosotros se trata de un hecho insólito en esta campaña». El 3 de junio las fuerzas aéreas alemanas se alejaron de Dunkerque para dedicarse a ejercer mayor presión sobre los franceses mediante el bombardeo de objetivos en los alrededores de París.

Casi toda la Fuerza de Ataque Aéreo de la RAF quedó reducida a chatarra a lo largo de la costa del norte de Francia. Da la impresión de que a los alemanes prácticamente no les importara que unos

pocos miles de soldados británicos lograran escapar con sus uniformes cubiertos de salitre mientras dejaban atrás los instrumentos propios de un ejército moderno (tanques, cañones, camiones, ametralladoras y equipos diversos). El hecho de que Hitler no lograra completar la destrucción de la BEF supondría un error histórico garrafal, pero un error que no sorprendió en medio de la magnitud de las victorias y dilemas de los alemanes en los últimos días de mayo de 1940. Cuando regresaran al continente para las campañas de 1943-1945, los aliados, con muchísima más superioridad, serían responsables de una serie de equivocaciones estratégicas mucho peores.

Ian Jacob fue uno de los que quedó impresionado por la calma con que Churchill recibió el informe de Pownall sobre la situación en Dunkerque el 30 de mayo. Fue entonces cuando el gabinete de guerra tuvo que discutir otra serie de peticiones de los franceses: tropas de ayuda en el frente del Somme, más aviones, concesiones a Italia y un llamamiento conjunto a Washington. Churchill interpretó que esas demandas iban a servir para establecer el contexto de la rendición de Francia cuando Inglaterra se negara a atenderlas. Se tomó la decisión de retirar a las últimas fuerzas británicas del norte de Noruega. El primer ministro quiso volar de nuevo a París para presionar a Francia a seguir en la guerra y para dejar bien claro que Gran Bretaña no participaría jamás en ninguna negociación de paz con Alemania que hubiera sido mediada por los italianos. A la mañana siguiente, cuando partió a bordo de su Flamingo desde

Northolt, Churchill ya sabía que 133 878 soldados británicos y 11 666 soldados aliados habían sido evacuados de Dunkerque.

El general sir Edward Spears, un viejo amigo del primer ministro al que sus compañeros de oficio consideraban un charlatán, estaba actuando de nuevo como oficial británico de enlace con los franceses, papel que ya había ejercido durante la primera guerra mundial. Spears, que esperó la llegada del grupo británico en el aeródromo de Villa-Coubray, quedó sorprendido ante la fingida alegría del primer ministro inglés. A modo de broma, Churchill dio un golpe en el estómago del oficial británico con su bastón, y parecía más entusiasmado que nunca de hallarse en el escenario de unos grandes acontecimientos. Con gran complacencia, sonrió a los pilotos de los Hurricanes que lo habían escoltado y que acababan de aterrizar, tras lo cual fue conducido hasta París para almorzar en la embajada británica, y luego fue trasladado al Ministerio de la Guerra francés para entrevistarse con Reynaud.

En medio de la pesadumbre que reinaba entre todos los líderes franceses, reunidos junto con su primer ministro, Pétain y el almirante Jean François Darlan parecían los más apesadumbrados. Como comentaría Ismay: «Un anciano de rostro abatido, vestido con ropas sencillas, avanzó cabizbajo hacia mí, extendió su mano y murmuró, “Pétain”. Costaba creer que se trataba del gran mariscal de Francia». Los que se consideraban racionalistas escucharon impasibles el retórico discurso de Churchill. El primer ministro inglés habló de las dos divisiones británicas que ya se encontraban en el noroeste de Francia, y que esperaba que pudieran verse

reforzadas para ayudar en la defensa de París. Describió en términos dramáticos lo acontecido en Dunkerque. En su extraordinario «franglès», reforzado por gestos, declaró que los soldados franceses y británicos partirían cogidos del brazo, «*partage; bras dessous, bras dessous*». Según órdenes del gobierno, Gort debía salir de Dunkerque aquella misma noche. Si, como se esperaba, Italia entraba en guerra, los escuadrones de bombarderos británicos atacarían inmediatamente las industrias de este país. El rostro de Churchill volvió a iluminarse con una sonrisa. Si Francia conseguía resistir durante el verano, dijo, se abriría todo un abanico de posibilidades. En un último arrebató de emoción, manifestó su convicción de que la ayuda de Estados Unidos no tardaría en llegar. Así fue como concluyó el orden del día de la decimotercera reunión del Consejo Supremo de Guerra aliado.

Reynaud y otros dos ministros fueron invitados a cenar aquella noche en la palaciega embajada británica de la rue Saint-Honoré. Churchill habló con gran vehemencia y pasión sobre la posibilidad de lanzar fuerzas de ataque contra las columnas de blindados alemanas. A la mañana siguiente abandonó París sabiendo que había hecho todo lo humanamente posible para dar aliento a los corazones de los hombres encargados de la salvación de Francia. Pero pocos tenían fe en sus palabras. La apurada situación militar de los aliados era terriblemente desastrosa. Visto el desánimo y el abatimiento de la nación francesa, era imposible concebir un escenario creíble en el que poder repeler a los ejércitos de Hitler.

Paul Reynaud fue uno de los pocos franceses que, al menos momentáneamente, fueron susceptibles a la verborrea de Churchill. Para cualquier mente lógica, casi todo lo que dijo el inglés a los ministros y comandantes de París rozaba el absurdo. El primer ministro de Gran Bretaña hizo gala ante su aliado de su extravagante sentido del honor. Prometió actuaciones militares que habrían podido debilitar todavía más a su propio país, y que era imposible que sirvieran para salvar a Francia. Dibujando castillos en el aire, se comprometió a prestar más ayuda militar, cuyo impacto habría sido insignificante. La presencia de dos divisiones británicas en el noroeste de Francia era irrelevante para el resultado final de la batalla, y se necesitaba desesperadamente a estas formaciones para la defensa de Inglaterra. Pero el 1 de junio Churchill comunicó al gabinete de guerra en Londres que debían enviarse más tropas al otro lado del Canal, junto con un componente aéreo en consonancia. Incluso mientras se seguía desarrollando el milagro de Dunkerque, el primer ministro continuaba barajando la posibilidad de trasladar más cazas al continente. Pregonaba el éxito obtenido por la RAF al evitar que la Luftwaffe frustrara la evacuación, hecho que veía como un magnífico augurio.

Chamberlain y Halifax se oponían con firmeza al envío de más hombres a Francia, pero Churchill discrepaba. Se sentía en la obligación de responder a los nuevos llamamientos de Reynaud. Concebía un enclave británico en Bretaña, una base desde la que los franceses se sintieran inspirados y apoyados para seguir «una

colosal guerra de guerrillas... Debe restablecerse de inmediato una BEF en Francia, de lo contrario los franceses no seguirán en la guerra». En medio de una acuciante escasez de soldados, prometió a Francia la 1.<sup>a</sup> División canadiense, que había llegado a Gran Bretaña sin haber recibido prácticamente instrucción alguna y pobremente equipada. El primer ministro dijo a uno de los generales británicos encargados de la defensa del noroeste de Francia que «no iba a poder contar con la artillería». En los alrededores de Rouen se improvisó una nueva «división» con personal del servicio de comunicaciones, equipado con unas cuantas ametralladoras Bren y escaso armamento antitanque que nunca habían utilizado, junto con una sola batería de artillería de campaña que carecía de alzas circulares para sus cañones. Hasta que el teniente general Alan Brooke, quien acababa de llegar de Dunkerque, no regresó a Francia el 12 de junio, las fuerzas británicas que se encontraban en este país permanecieron a las órdenes de franceses, sin ningún comandante en jefe de su nacionalidad sobre el terreno.

Con su obstinación por reanudar una campaña condenada al fracaso, Churchill cometió su peor error de 1940. No es de extrañar la desesperación de sus críticos en los círculos de poder. La carga de las emociones de Churchill era de admirar. Pero cuando su sentir lo impulsaba a realizar despliegues condenados al fracaso, horripilaba a sus generales, así como a los viejos caballeros «chamberlainscos» con paraguas. Casi todos los altos cargos civiles y militares de Whitehall se daban cuenta de que la batalla de Francia se había perdido. Cualquier compromiso británico más



amenazaba con negar el extraordinario rescate de soldados llevado a cabo en Dunkerque. El Estado Mayor del Aire cerró filas con Halifax, Chamberlain y otros para oponerse a las pretensiones de Churchill de enviar más cazas a Francia, como refuerzo de los tres escuadrones británicos que seguían operando en este país. En lo concerniente a la cuestión aérea, el propio Churchill vacilaba, y al final cedió a regañadientes. Ésta fue la primera de las muchas ocasiones en las que a Dios gracias subordinó sus instintos a los consejos de los jefes del ejército y de sus colegas. Chamberlain y Halifax no siempre estaban equivocados. La grandeza moral de los gestos de Churchill hacia su aliado en los primeros días de junio fue totalmente fruto de la magnitud de la tragedia de Francia y del peligro que corría Inglaterra.

La evacuación de Dunkerque concluyó el 4 de junio, después de haber trasladado a Inglaterra un total de 224 328 soldados británicos y otros 111 172 aliados, la mayoría de los cuales decidió posteriormente su repatriación a Francia en vez de proseguir la lucha en calidad de exiliados. Aquella tarde, durante treinta y cinco minutos, Churchill describió en la Cámara de los Comunes la operación llevada a cabo, finalizando su discurso con una de sus frases más célebres: «Combatiremos en las playas, combatiremos en los campos de aterrizaje, combatiremos en los campos y en las calles, combatiremos en las colinas, jamás nos rendiremos».

Más tarde, por la noche, encontró tiempo para enviar unas breves notas, una de ellas para agradecerle al rey que retirara sus objeciones al nombramiento de Brendan Bracken como miembro del

Consejo Privado del monarca por su temperamento, y otra dirigida al antiguo primer ministro Stanley Baldwin, en señal de reconocimiento por la carta que éste le había hecho llegar expresándole sus mejores deseos. Churchill pedía disculpas por haber tardado quince días en responderle: «Estamos atravesando tiempos muy difíciles, y creo que lo peor está todavía por venir», decía; «pero estoy bastante convencido de que llegarán mejores días; aunque ya no estoy tan seguro de si viviremos para verlo. No es que la carga de mi responsabilidad me resulte muy pesada, pero tampoco puedo decir que hasta el momento haya disfrutado mucho de mi cargo de primer ministro».

El avance alemán hacia París comenzó el 5 de junio. Las comunicaciones entre franceses y británicos durante los días sucesivos estuvieron dominadas por los emotivos llamamientos de Reynaud solicitando el envío de cazas. En Francia seguían teniendo su base de operaciones cinco escuadrones de la RAF, mientras que desde bases británicas operaban otros cuatro. El gabinete de guerra y los jefes de Estado Mayor eran unánimes en su determinación de no debilitar aún más las defensas de Gran Bretaña. El 9 de junio, Churchill envió un telegrama al primer ministro sudafricano, Jan Smuts, que había solicitado el envío urgente de más aparatos aéreos, diciendo: «Actualmente sólo veo un camino seguro posible, a saber, que Hitler ataque a este país, y destruir su aviación cuando lo haga. Si lo conseguimos, se verá obligado a afrontar el invierno con Europa pisándole los talones, y probablemente con Estados Unidos en contra una vez pasadas las elecciones presidenciales». La

marina real británica estaba preocupada por la suerte que podía correr la flota de Francia. El almirante sir Dudley Pound, primer lord del Mar, declaró que únicamente su hundimiento garantizaba que los alemanes no pudieran utilizarla.

Sin embargo, de manera obstinada e injustificada, Churchill siguió enviando tropas a Francia. El borrador de la orden en la que se establecía la puesta en marcha de la 1.<sup>a</sup> División canadiense, redactado cuando ésta embarcaba el 11 de junio, decía así: «El objetivo político de la reconstituida BEF es dar apoyo moral al gobierno de Francia mostrando la determinación del imperio británico de ayudar a su aliado con todas las fuerzas disponibles... La intención es... concentrarse... en la zona del norte y el sur de Rennes... Probablemente una división deba cubrir cincuenta millas [ochenta kilómetros] de frente». En una reunión de ministros celebrada en Londres ese mismo día, Dill fue informado de que se había emprendido un estudio sobre el mantenimiento de una cabeza de puente en Bretaña, «el reducto bretón». Ya el 13 de junio, el Real Cuerpo de Ingenieros estaba preparando puntos de llegada y campamentos de tránsito en la costa de Bretaña con el fin de recibir más refuerzos procedentes de Inglaterra.

Churchill reconocía que la rendición de Francia parecía un hecho más que probable, pero abrigaba la esperanza de mantener un pie firme al otro lado del canal de la Mancha. A sus ojos, era mucho más preferible afrontar las dificultades que suponía esta empresa que organizar desde Gran Bretaña el regreso a una costa totalmente en manos de alemanes. Trataba de mantener la fe de los franceses

en la alianza mediante el despliegue de tan sólo tres divisiones británicas. El 10 de junio se había mostrado impasible ante la declaración de guerra de Mussolini, por otro lado esperada desde hacía tiempo, limitándose a realizar el siguiente comentario a Jock Colville: «La gente que viaja a Italia para visitar ruinas ya no tendrá que bajar hasta Nápoles o Pompeya». El secretario privado del primer ministro se dio cuenta de que aquel día su jefe estaba de un humor de perros. La tarde del 11 de junio Churchill, acompañado de Eden, Dill, Ismay y Spears, voló hasta el nuevo cuartel general del ejército de Francia en Briare, junto al Loira, a unos ciento quince kilómetros de París, para volverse a entrevistar con las autoridades francesas. Según cuenta Spears, el coronel que los recibió al pie del avión habría podido estar saludando a unos pobres familiares en un funeral. En su destino, el Château du Muguet, no puede decirse que tuvieran una cálida acogida precisamente. Aquella tarde, en la reunión del Consejo Supremo de Guerra, después de que los franceses relataran una crónica de desgracias, Churchill se armó de todo su talento. Habló con pasión y elocuencia acerca de las fuerzas que Gran Bretaña podría desplegar en Francia en 1941; veinte, incluso veinticinco divisiones. Weygand se limitó a exclamar que el resultado de la guerra iba a determinarse en horas, no días ni semanas. En lo que cabría calificar de ofrecimiento patético, Dill invitó al comandante supremo a utilizar las fuerzas provisionales británicas que se encontraban en Francia cuando y como considerara oportuno.

A los franceses, con los alemanes a las puertas de París, difícilmente puede reprochárseles que se sintieran burlados. Eden cuenta lo siguiente: «Reynaud era inescrutable, y Weygand tuvo un comportamiento cortés, ocultando con dificultad su escepticismo. El mariscal Pétain mostró claramente su incredulidad. Aunque no dijera nada, su actitud era evidentemente la del que piensa “C’est de la blague”, “es una broma”». El enfrentamiento más duro se produjo cuando Weygand afirmó que se había llegado a la cuestión decisiva, que los británicos tenían que hacer entrar en acción todos los cazas disponibles. Churchill contestó: «Ésta no es la cuestión decisiva. Éste no es el momento decisivo. El momento decisivo llegará cuando Hitler lance a su Luftwaffe contra Gran Bretaña. Si podemos mandar en nuestro espacio aéreo —esto es todo lo que les pido—, recuperaremos el suyo». Gran Bretaña combatiría «por los siglos de los siglos».

Reynaud parecía emocionado. El recién nombrado ministro del Ejército, el general de brigada Charles de Gaulle, quedó mucho más impresionado por la representación que de sí mismo hizo el primer ministro como británico que como aliado: «El señor Churchill parecía imperturbable, lleno de confianza. Pero daba la impresión de que se limitaba a ocultar con cordialidad sus reservas hacia los franceses, pues ya se sentía sobrecogido —tal vez con una oscura satisfacción— ante la terrible y magnífica perspectiva de una Inglaterra totalmente aislada, con él liderando la lucha hacia la salvación». Los otros franceses presentes no sacaron nada en claro de las palabras del primer ministro inglés. Aunque se conservaron

las maneras a lo largo de la difícil cena que se celebró aquella noche, a la hora del brandy Reynaud comunicó al líder británico que Pétain consideraba esencial llegar a un armisticio.

En conversaciones con el personal que lo acompañaba, Churchill echó pestes contra la influencia que ejercía sobre Reynaud la esposa de éste, la condesa de Portes, partidaria acérrima de la rendición: «Esa mujer... deshará durante la noche todo lo que yo he hecho durante el día. Pero es evidente que ella puede proporcionarle unos servicios que yo no puedo darle. Puedo razonar con él, pero no puedo acostarme con él». Pese a todas las esperanzas depositadas por Churchill en la persona de Reynaud, el primer ministro francés nunca llegó a compartir, ni siquiera en sus momentos de mayor optimismo, el entusiasmo del inglés por una guerra *a l'outrance*. El subsecretario de Estado norteamericano, Sumner Welles, cuenta una conversación que mantuvo con el líder de Francia a comienzos de aquel verano en los siguientes términos: «M. Reynaud piensa que, si bien Mr. Churchill es un hombre brillante y sumamente ingenioso, con una gran capacidad de organización, su estilo ha perdido elasticidad. En su opinión, Mr. C es incapaz de concebir otra alternativa que la guerra hasta sus últimas consecuencias, aunque esto signifique el caos y la destrucción más absoluta. Eso — está convencido— no es propio de un verdadero estadista». Estas palabras parecen representar de manera convincente cómo veía Reynaud las cosas en junio de 1940. Al igual que un número importante de políticos británicos respecto a su propia sociedad, el primer ministro francés percibía, al contrario de Churchill, un límite

a los perjuicios que podían considerarse aceptables para las estructuras y el pueblo de Francia en la causa de seguir con firmeza la guerra contra el nazismo.

\* \* \* \*

Al día siguiente por la mañana, 12 de junio, Churchill dijo a Spears que se quedara con los franceses y que hiciera todo lo posible por ayudarlos: «Guiaremos a los que se dejen guiar». Pero Gran Bretaña no tenía ninguna autoridad para «guiar» a Francia. Pétain se ausentó de la subsiguiente reunión del Consejo Supremo de Guerra. Se había alcanzado su decisión. Churchill montó en cólera cuando se enteró de que la misión planeada por la RAF para bombardear Italia la noche anterior se había visto frustrada porque pilotos franceses habían bloqueado las pistas de despegue con carros de labranza. Reynaud dijo que, a partir de ese momento, cualquier misión parecida debía emprenderse desde Inglaterra. En el aeródromo de Briare, Ismay exclamó en tono alentador que sin más aliados de los que preocuparse, «ganaremos la batalla de Inglaterra». Con mirada severa, Churchill respondió: «En tres meses, usted y yo estaremos muertos». No hay razón para dudar de este intercambio de palabras. Más tarde, Churchill afirmaría que siempre había tenido el convencimiento de que Gran Bretaña lograría salir airosa. Es evidente que tenía una especie de fe mística en el destino, por vago que fuera su apego a una divinidad. Pero también es evidente que en el verano de 1940 vivió momentos muy crueles de racionalidad, en los que la derrota parecía mucho más plausible que la victoria, en los que el gran esfuerzo de voluntad necesario para

seguir con la guerra representaba una tarea demasiado ardua incluso para él.

Seis meses después, Eden revelaría al primer ministro que, durante el verano, él y Pound, primer lord del Mar, se habían confesado el uno al otro su sentimiento de desesperación. Churchill dijo: «Normalmente me levanto con ánimos para afrontar el nuevo día. Luego despierto con pavor en el corazón». En el ambiente enfebrecido del momento, el pánico hizo mella en varios miembros del parlamento. Harold Macmillan fue uno de los principales instigadores de la llamada «sublevación de subsecretarios» impulsada por los *tories* exigiendo que los viejos «hombres de Múnich» fueran expulsados inmediatamente del gobierno. «Todo ello», en palabras de Leo Amery, «en la creencia de que Francia está totalmente acabada y de que seremos derrotados». Los alborotadores fueron aplastados.

En un momento en el que morían tantos hombres, ni siquiera el propio Churchill podía sentirse totalmente a salvo. Una bomba alemana, un lanzamiento de paracaidistas sobre Whitehall o un accidente por tierra, mar o aire —como el que sufrieron otros personajes importantes durante la guerra—, podía poner fin a su vida en cualquier momento. Es evidente su valentía, y la de los que lo seguían y trabajaban para él, en el desafío permanente al azar, en su manera de dejar a un lado todo pensamiento sobre el resultado más probable de la guerra y en su forma de afrontar todos los días las batallas con el ánimo entero, sin dejarse quebrantar por las desgracias del día anterior. Volando a ras de tierra sobre los



hermosos campos de Bretaña, aquel miércoles 12 de junio por la mañana, su Flamingo lo conducía de vuelta a Inglaterra. Al llegar cerca del humeante puerto de Le Havre, el piloto se vio obligado de repente a descender en picado para no ser visto por dos aviones alemanes que atacaban a unas barcas de pesca. El Flamingo logró pasar desapercibido, aterrizando sano y salvo en Hendon, pero este episodio fue sin duda uno de los avisos más serios que recibió Churchill. Luego, por la tarde, comunicó al gabinete de guerra que era evidente que la resistencia francesa estaba llegando a su fin, y también habló con admiración de De Gaulle, cuya férrea determinación lo había impresionado.

Churchill llevaba en Londres apenas treinta y seis horas cuando Reynaud lo telefoneó, poco después de la medianoche, pidiéndole que se reuniera urgentemente con él en Tours, ciudad en la que acababa de refugiarse. A la mañana siguiente, el primer ministro británico, acompañado de Halifax y Beaverbrook, partió de su residencia en su automóvil, pasando por las calles de la capital, atestadas por una multitud de estrafalarios londinenses que hacían sus compras aprovechando la llegada del verano. A su llegada a Hendon le comunicaron que, debido al mal tiempo, había que posponer el viaje. « ¡Al infierno!», exclamó. « ¡Voy a ir pase lo que pase! ¡Estamos ante una situación demasiado crítica para preocuparse por el tiempo!». Aterrizaron en Tours, en medio de una tormenta, en un aeródromo que había sido gravemente bombardeado la noche anterior, y pidieron un pasaje a un tumultuoso grupo de exhaustos pilotos franceses. Churchill,

Beaverbrook y Halifax se montaron, no sin dificultad, en un pequeño automóvil que los condujo hasta la prefectura del lugar, donde estuvieron deambulando por sus pasillos sin ser reconocidos. Al final, un oficial de Estado Mayor los escoltó hasta un restaurante próximo para que tomaran un poco de pollo frío y queso. Parecía una broma de mal gusto. No es difícil imaginar cuán despechado debió de sentirse Halifax por el tormento que Churchill le había hecho pasar.

De vuelta en la prefectura, los británicos aguardaron impacientes a Reynaud. Era esencial que su avión despegara antes del atardecer, pues la falta de iluminación y los agujeros provocados por las bombas hacían que la pista del aeródromo fuera impracticable para operaciones nocturnas. Por fin llegó el primer ministro francés acompañado de Spears. Dijo al grupo británico que, si bien Weygand estaba dispuesto a capitular, cabía aún la posibilidad de que él consiguiera convencer a sus colegas de seguir en la lucha armada, siempre y cuando recibiera plenas garantías de que Estados Unidos entraría en guerra. Y si esto no podía ser, ¿estaba dispuesta Gran Bretaña a reconocer la imposibilidad de Francia de seguir en pie de guerra? Churchill respondió con expresiones de comprensión ante la agónica situación de Francia. No obstante, terminó simplemente diciendo que Gran Bretaña iba a seguir resistiendo, con un no rotundo a las negociaciones de paz, con un no rotundo a la rendición. Reynaud dijo que el primer ministro no había contestado a su pregunta. Churchill replicó que no podía aceptar una capitulación de Francia, e instó al gobierno de Reynaud

a hacer un llamamiento directo al presidente Roosevelt antes de dar cualquier otro paso. En el grupo británico se vivió con consternación el hecho de que no se dijera nada sobre la posibilidad de continuar la guerra desde el imperio francés en el norte de África. Sobrevolaba el temor de que la nación de Reynaud no sólo dejara de ser una aliada, sino que llegara a unirse a Alemania para convertirse en enemiga. Había el claro convencimiento de que, aunque al líder francés todavía le quedaba algo de arrojo, a sus generales, con la excepción de De Gaulle, no les quedaba ni un ápice.

En el patio de abajo, un tropel de políticos y de oficiales franceses, emocionados y abatidos, se apiñó alrededor de Churchill cuando éste abandonó el lugar. Acongojados, los galos sollozaban y se retorcían las manos. El primer ministro murmuró a De Gaulle: «*L'homme du destin*». No hizo caso de una apasionada intervención de la condesa de Portes que, abriéndose paso, gritó que su país estaba sangrando y que debían escucharla. Los militares franceses dijeron a los políticos presentes que, en aquella última reunión del Consejo Supremo de Guerra, Churchill había mostrado toda su comprensión por la situación de Francia y que se había resignado a su capitulación. Reynaud no invitó a Churchill a reunirse con sus ministros, como deseaban éstos, que, en consecuencia, se sintieron desairados, aunque aquella omisión no vendría a cambiar nada.

Tras un vuelo de dos horas y media de duración, Churchill estaba de nuevo en Hendon. Cuando llegó a Downing Street le comunicaron que el presidente Roosevelt había contestado a un

anterior llamamiento de los franceses con su promesa particular de más ayudas materiales, declarándose impresionado por el firme compromiso de Reynaud de seguir luchando. Churchill dijo al gabinete de guerra que, en su opinión, un mensaje como ése era lo más parecido a una declaración de guerra que podía ofrecer Estados Unidos sin contar con la aprobación del Congreso. Pero ni que decir tiene que este pensamiento no era más que un reflejo de lo que él mismo deseaba y anhelaba. Roosevelt, por consejo de Cordell Hull, su secretario de Estado, rechazó la petición de Churchill de publicar su telegrama.

\* \* \* \*

El 12 de junio, la 51.<sup>a</sup> División Highland, que se encontraba en Saint-Valery, fue obligada a adherirse a la capitulación en esta región de las tropas del X Ejército francés, al cual había sido agregada. De haberse dado unos días antes las órdenes pertinentes, es probable que los soldados hubieran sido evacuados a Gran Bretaña desde Le Havre. En cambio, fueron sacrificados en aras del afán de Churchill por demostrar que seguía adelante con la campaña. Aquel mismo día, el general sir Alan Brooke se presentó con la orden del envío de fuerzas británicas en ayuda de Francia. El día 13 seguían desembarcando tropas de refuerzo en los puertos de Bretaña.

Cuando Ismay sugirió la conveniencia de trasladar de manera paulatina a las unidades británicas destinadas a Francia, Churchill exclamó: «Ni hablar. La historia nos juzgaría muy mal si llegáramos a hacer semejante cosa». Estas palabras estuvieron en consonancia

con la respuesta que dio a su ministro de Hacienda, Kingsley Wood, cuando unas semanas más tarde éste propuso que, como Gran Bretaña estaba ayudando financieramente al gobierno holandés en el exilio, se debía pedir a cambio una participación mayor en la Royal Dutch Shell, la compañía petrolífera anglo-holandesa. «Churchill, que se negaba a aprovecharse de las desgracias de otros países, dijo que no quería oír nunca más sugerencias como ésa». Veía constantemente sus propias palabras y acciones bajo el prisma de la posteridad. Estaba firmemente determinado a que los historiadores comentaran: «Nada vulgar o mezquino hizo en aquel memorable lugar». De hecho, en aquellos días, tenía muy presentes los versos de Marvell sobre la ejecución del rey Carlos I. Los recitaba una y otra vez a sus colaboradores, y también en la Cámara de los Comunes. En el teatro de las cuestiones propias de la naturaleza humana, pocas veces un gran actor ha sido tan consciente del juicio de las generaciones futuras, aun cuando interpretara su propio papel y recitara sus propios versos.

\* \* \* \*

El 14 de junio los alemanes entraban en París sin encontrar resistencia. No obstante, en Londres se seguía soñando con poder mantener un reducto británico en el continente pese a las circunstancias.

Ese mismo día Jock Colville escribió lo siguiente desde Downing Street: «Si los franceses siguen combatiendo, deberemos replegarnos hacia el Atlántico, creando nuevas líneas de Torres Vedras tras las que poder concentrar a las divisiones británicas y los suministros

americanos. París no es Francia, y... no hay razones para creer que los alemanes logren someter a todo el país». Colville era por aquel entonces un jovencísimo funcionario, pero sus fantasías estaban alimentadas por figuras mucho más relevantes. Aquella noche Churchill habló por teléfono con Brooke en Francia. El primer ministro deploró el hecho de que las restantes formaciones británicas estuvieran en retirada. Quería que los franceses sintieran que se les estaba ayudando. Brooke, con una franqueza propia de sus orígenes norirlandeses de la que Churchill adquiriría muchísima experiencia a lo largo de la guerra, replicó que «era imposible hacer que un cadáver sintiera». Después de lo que a ojos del militar fue una discusión interminable y absurda, Churchill dijo: «Está bien, estoy de acuerdo con usted».

Con aquella conversación, Brooke salvó a unos doscientos mil hombres de la muerte o de la cautividad. Por la fuerza de su propio temperamento, dote que no era muy frecuente entre los generales británicos, convenció a Churchill de que sus hombres dejaran de estar bajo el mando de los franceses y fueran evacuados. El día 15 se envió una orden urgente a los canadienses que desde la costa de Normandía se dirigían por ferrocarril hacia lo que se consideraba el frente de batalla. Los trenes se detuvieron, y las locomotoras fueron enganchadas a la cola de los convoyes, que se pusieron de nuevo en marcha para regresar a los puertos. En Brest se mandó a las tropas que destruyeran todos los vehículos y el equipamiento. No obstante, algunos oficiales resueltos e imaginativos trabajaron denodadamente con gran afán con el fin de evacuar sus valiosas

piezas de artillería, cosa que consiguieron. En cuanto a los franceses, Weygand volvió a montar en cólera cuando tuvo noticia del nuevo repliegue de los británicos. Resulta sorprendente que sus compatriotas no hicieran nada por obstaculizar la operación, y que incluso llegaran a colaborar.

Mucho se ha escrito acerca de la prudencia de Churchill al negarse a agravar la derrota con el envío de más escuadrones de cazas a Francia en 1940. Pero a menudo se pasa por alto el error de juicio contrario. Alan Brooke comprendía las razones que movían al primer ministro, a saber, demostrar a los franceses que el ejército británico seguía en pie de guerra. Pero también supo deplorar con acierto la inutilidad de su pretensión. Si Dunkerque representó un milagro, apenas deberíamos considerarlo un milagrito si tenemos en cuenta que dos semanas después fue posible evacuar a casi todas las fuerzas de Brooke a Gran Bretaña desde los puertos del noroeste de Francia. Hubo, efectivamente, dos Dunkerques, aunque del segundo la historia se haya hecho mucho menos eco. Churchill logró evitar las consecuencias potencialmente catastróficas de aquella última oferta precipitada que hizo a Reynaud, gracias a la determinación de Brooke y a la obsesión de los alemanes por completar la destrucción del ejército francés. De no haber sido por la divina providencia, es probable que Gran Bretaña hubiera perdido a todos los hombres de Brooke, lo que habría significado un golpe verdaderamente demoledor para las perspectivas de reconstitución de su ejército.

El 15 de junio, siguiendo órdenes de Churchill, Dill llamó a Brooke a través de una débil línea telefónica llena de ruidos intermitentes para decirle que retrasara la evacuación de Cherburgo de la 52ª División. En Londres había nuevas esperanzas de mantener un reducto en Francia, aunque en realidad eran esperanzas infundadas. En cualquier caso, los franceses descartaban esa posibilidad. Brooke estaba exasperado. Dijo al jefe del Estado Mayor General del Imperio: «Es desesperante tener la misión de intentar la evacuación o el despacho de más de ciento cincuenta mil hombres y un montón de material, municiones, combustible y otros pertrechos, sin disponer de nada que cubra esta operación, con la excepción del despedazado ejército francés... Estamos perdiendo unas horas preciosas para el éxito de la evacuación». Al día siguiente, Londres autorizó a regañadientes que continuara la repatriación de la 52ª División. Pero el caos administrativo persistió. Algunos soldados fueron embarcados en Le Havre rumbo a Portsmouth, aunque acabaron en Cherburgo para ser subidos a un tren que los condujo a Rennes. La mañana del día 18, un barco llegó a Brest trayendo piezas de artillería y munición de Inglaterra. En una docena de puertos del noroeste de Francia se apiñaron caóticamente decenas de miles de soldados británicos, muchos de ellos sin órdenes precisas y sin oficiales que los dirigieran.

Sólo la obsesión que tenían los alemanes por el ejército francés permitió el traslado de aquellos hombres y de una pequeña cantidad de armamento pesado, en medio del caos y el desgobierno. Se produjeron algunas escaramuzas entre británicos y fuerzas



enemigas, pero ninguna con graves consecuencias. Entre el 14 y el 25 de junio, desde los puertos de Brest y Saint-Nazaire, desde el de Cherburgo y otras localidades menos importantes del oeste de Francia, 144 171 soldados británicos fueron rescatados con éxito y conducidos a Inglaterra, junto con 24.352 polacos y otros 42 000 soldados aliados. Se produjeron pérdidas, como la que supuso el hundimiento del crucero *Lancastria*, que acabó con la vida de al menos tres mil hombres<sup>3</sup>; pero fueron una minucia en comparación con las fuerzas que había en juego: el equivalente a dos tercios de los hombres evacuados en Dunkerque.

Es difícil exagerar el caos de organización de los mandos británicos que caracterizó las últimas tres semanas de campaña en Francia, incluso en zonas en las que las formaciones no estaban seriamente amenazadas por el avance alemán. Dos valiosos convoyes ferroviarios cargados de tanques británicos en perfectas condiciones fueron abandonados gratuitamente en Normandía. «Sin razón alguna se destruyó muchísimo equipamiento», comentó lleno de enojo el general de división Andrew McNaughton, al frente de la 1ª División canadiense. Aunque habían pasado casi nueve meses desde el inicio de la contienda, el teniente general Sir Henry Karslake, comandante en jefe en Le Mans hasta la llegada de Brooke, escribió el siguiente comentario en un informe: «La falta de adiestramiento previo de nuestras formaciones ha quedado patente de muchas maneras». En junio llegaron a Francia hombres de la 52ª

---

<sup>3</sup> Los cálculos que sitúan en ocho mil el número de muertos en el hundimiento del *Lancastria* se revelan inexactos a la luz del cómputo total de las bajas sufridas durante la campaña en Francia, que indica que sólo once mil británicos perdieron la vida. (N. del T.)

División con un equipamiento que les había sido entregado dos días antes, sin haber disparado nunca un cañón antitanque y, de hecho, sin haber visto nunca un tanque. Karslake estaba horrorizado ante la indisciplina que había visto en diversas unidades regulares, incluso antes de que entraran en servicio: «¡Su comportamiento era espantoso!». Habrían podido salvarse muchos más vehículos, provisiones y pertrechos, pero no fue así debido al caos administrativo reinante en los puertos, en los que varios barcos llegados de Inglaterra seguían con sus operaciones de desembarco, mientras que en otros muelles cercanos se estaba procediendo al embarque de los hombres que eran evacuados. Aquella forma de aferrarse obstinadamente a permanecer en el noroeste de Francia constituyó un grave error de valoración por parte de Churchill, pues los franceses no lo supieron agradecer, y pudo haber supuesto a los aliados una pérdida de soldados equivalente a la sufrida en los desastres de Grecia, Creta, Singapur y Tobruk juntos.

Aunque todos los altos cargos, y otros muchos de menor importancia, se daban cuenta con horror de lo terrible que era en realidad la apurada situación de Gran Bretaña, Churchill estaba visiblemente exaltado ante aquella perspectiva. En Chequers, durante la calurosa noche del 15 de junio, Jock Colville describiría cómo llegaban sin parar lúgubres noticias por vía telefónica, mientras los centinelas, con sus cascos de acero y las bayonetas enastadas, rodeaban la casa. El primer ministro, sin embargo, hacía gala de un magnífico estado de ánimo, «recitando poesía, extendiéndose en la narración de los dramáticos hechos de la

situación presente... ofreciendo puros a todo el mundo y murmurando intermitentemente: “Bang, bang, bang, dispara el granjero con su escopeta, corre conejo, corre conejo, corre, corre, corre”. A primera hora de la mañana, cuando Joseph Kennedy, embajador estadounidense, llamó por teléfono, el primer ministro le soltó un torrente de retórica acerca de la oportunidad de salvar al mundo que se les presentaba en aquellos momentos a Estados Unidos. Luego estuvo hablando largo y tendido con su Estado Mayor sobre las mejoras que experimentaba la capacidad de combate de los británicos, «contó un par de chistes verdes» y a eso de la una y media se marchó a acostar, diciendo, «Buenas noches, hijos míos». Es evidente que todo esto fue en parte una pequeña farsa, pero una farsa de imponente nobleza. En opinión de Eric Seal, su secretario privado, Churchill había experimentado un gran cambio a partir del 10 de mayo, mostrándose más sobrio, «menos violento, menos frenético, menos impetuoso». Tal vez exagere, pero lo cierto es que era innegable que el primer ministro había aprendido a ejercer un mayor control de sí mismo.

\* \* \* \*

El 16 de junio el gabinete de guerra envió un mensaje a Reynaud, que ya se encontraba en Burdeos, ofreciendo liberar a Francia de la obligación que tenía como aliada de renunciar a entablar conversaciones con Alemania, con una única condición, a saber, que la flota francesa fuera trasladada a puertos británicos. De Gaulle, que viajó a Londres, fue invitado a almorzar con Churchill y Eden en el Carlton Club. Dijo al primer ministro que sólo una

iniciativa dramática por parte de Gran Bretaña podría evitar la rendición de Francia. Instó a que se formalizara una propuesta de unión política de los dos países sobre la que el gabinete había estado meditando durante días sin llegar a conclusión alguna. En medio de la crisis, aquellos hombres desesperados sopesaron por un momento esa quimérica idea. Se envió a Reynaud el correspondiente mensaje, exponiendo la oferta en términos transcendentales. Churchill se preparó para desplazarse de nuevo a Francia, esta vez por mar, con el fin de discutir el borrador de una «Proclamación de Unión». Ya estaba en la estación de Waterloo, junto con Clement Attlee, Archibald Sinclair y los jefes del Estado Mayor, subidos todos en el tren que debía conducirlos hasta el puerto en el que les aguardaba un destructor, cuando llegó la noticia de que Reynaud no podría recibirlos. Con el corazón apesadumbrado, el primer ministro regresó a Downing Street. Lo ocurrido fue para bien. La propuesta de unión era totalmente absurda y poco realista, y no habría conseguido cambiar nada. La batalla de Francia había terminado. El gobierno de Reynaud prestó un último servicio a su aliado: aquel día, en Washington, todos los contratos de compra de armamento americano de la nación francesa fueron transferidos formalmente a Gran Bretaña.

Por la noche llegó a Downing Street la noticia de que Reynaud había dimitido como primer ministro, siendo sustituido por el mariscal Pétain, que pedía el armisticio. El prestigio del que gozaba Pétain entre los franceses se debía, en primer lugar, a su defensa de Verdún en 1916 y, en segundo lugar, a la creencia infundada de que

este mariscal poseía una humanidad insólita entre los generales, manifestada en su benevolente actitud con el ejército francés durante los motines militares de 1917. No cabe la menor duda de que en junio de 1940 el compromiso de Pétain con la firma de la paz a cualquier precio reflejaba los deseos de la mayoría de los franceses. Reynaud, sin embargo, probablemente cometiera un grave error histórico cuando aceptó renunciar a su cargo. De haber decidido junto con sus ministros marchar al exilio, como hicieron los gobiernos de Noruega, Bélgica y Holanda, habría podido impedir la entrega de la legitimidad democrática de su país, y habría podido establecer sobre bases sólidas en Londres una resistencia francesa contra la tiranía. Pero al final permitió que se impusiera la opción de los militares derrotistas, encabezada por Pétain y Weygand, e impidió así que su nombre figurara en la lista de los mártires políticos más famosos de la historia.

Un sargento británico llamado George Starr, que había sido evacuado de Dunkerque, no llegó a su casa en Yorkshire hasta el 18 de junio. Encontró a su padre escuchando por la radio la noticia de la rendición de Francia. La familia Starr había dirigido durante muchos años un circo ambulante en el continente. El padre de George apagó el aparato y, sacudiendo la cabeza, exclamó: «Los franceses nunca nos perdonarán por esto». Su hijo no supo entender a qué se refería el padre con sus palabras. Sin embargo, más tarde, George Starr pasó tres años de la guerra como espía británico con la Resistencia francesa y tuvo muchas oportunidades

de explorar el sentimiento de rencor hacia Gran Bretaña que tenían muchos franceses y que nunca llegó a desaparecer totalmente.

Prácticamente solo, De Gaulle, ministro del ejército de Reynaud, decidió instalar su tienda de campaña en Londres, y aseguró la evacuación de su esposa. El gabinete de guerra se opuso a su petición de autorizarle a dirigirse por radio a los franceses a través de los canales de la *BBC*. No obstante, Churchill, a instancias de Spears, insistió en que el renegado —pues así veían a De Gaulle muchos de sus paisanos— debía tener acceso a los micrófonos. El consejero legal del general, el profesor Cassin, preguntó a su nuevo jefe cuál era el estatus de su movimiento embrionario en Gran Bretaña. De Gaulle respondió con gran magnificencia: «¡Nosotros somos Francia!... Los derrotados son aquéllos que aceptan la derrota». El general también tuvo una respuesta para el problema que planteaba su propia condición: «Churchill me lanzará como a una nueva marca de sopas». En efecto, el gobierno británico contrató a una agencia de publicidad, Richmond Temple, para promocionar la Francia Libre. De Gaulle iba a necesitar toda la ayuda que pudieran prestarle. Había pocos franceses, incluso entre los evacuados a Gran Bretaña desde los campos de batalla, dispuestos a seguir combatiendo si su gobierno capitulaba. De Gaulle preguntó al capitán del destructor francés *Milán*, en el que cruzó el Canal, si estaba dispuesto a servir bajo los colores de Gran Bretaña. El oficial de marina dijo que no.

Y la mayoría de sus compatriotas pensaban igual. «El señor Churchill considera que el número de cadáveres de alemanes y

franceses no es satisfactorio», declaraba el titular del editorial del periódico parisino *Le Matin* en uno de sus primeros números después de la rendición. «Nos preguntamos si el primer ministro británico ha perdido la cabeza. Si es así, qué pena que nuestros ministros no lo percibieran antes». El artículo seguía lanzando acusaciones contra De Gaulle, y también contra los británicos por fomentar la sublevación en el imperio de ultramar francés.

En 1941 y 1942 el primer ministro se vería obligado a presidir muchas derrotas británicas y, de hecho, muchas humillaciones. Pero ningún trauma fue tan profundo, y ningún golpe tan fuerte, como el que le tocó vivir durante sus primeras semanas en el cargo, cuando el ejército alemán acabó con Francia como potencia militar y barrió a los británicos del continente. A partir de entonces, la guerra adquiriría una naturaleza básicamente distinta de la de 1914-1918. Serían descartadas todas aquellas previsiones en las que se había basado la política de guerra de los aliados, e incluso el desafío personal de Churchill a Hitler. Independientemente de la capacidad aérea y naval de Gran Bretaña, desde septiembre de 1939 se había dado por hecho que el ejército de tierra británico se enfrentaría al lado del francés contra las legiones nazis, desempeñando claramente el papel de subordinado propio de su inferioridad numérica (en el frente occidental disponía tan sólo de nueve divisiones, y Francia de noventa y cuatro). El ejército de tierra británico nunca podía aspirar a enfrentarse solo en el campo de batalla a la Wehrmacht, y la conciencia de este hecho dominó la estrategia de Inglaterra.

Para mucha gente, incluso para los más encumbrados del país, fue sumamente duro tener que digerir la magnitud del desastre sufrido por las fuerzas aliadas, que, además, en aquellos momentos amenazaba a Gran Bretaña. Alan Brooke quedó impresionado por un comentario de Churchill acerca de la naturaleza humana. El primer ministro dijo que la capacidad receptiva de la mente de un hombre era como la de un caño de tres pulgadas de una obra de paso. «Cuando se produce una inundación, el agua cubre la obra de paso, mientras que el caño sigue teniendo su capacidad de tres pulgadas. De manera similar, el cerebro humano registra las emociones hasta alcanzar su “tope de tres pulgadas”, y a partir de ese momento todas las emociones de más no son procesadas». Ésta era la sensación que tenía el propio Brooke, y otros muchos. Percibían que estaba a punto de producirse una catástrofe, pero sus corazones no latían al mismo ritmo con que su cerebro enviaba las señales que indicaban la magnitud del hecho. El 15 de junio Harold Nicolson escribió en su diario: «La razón me dice que en estos momentos es prácticamente imposible derrotar a los alemanes, y que lo más probable es que Francia se rinda y que nos bombardeen y nos invadan... Pero esas probabilidades no provocan en mí desesperación alguna. Me da la impresión de que soy inmune tanto al placer como al dolor. Por ahora todos estamos anestesiados».

Otro testigo ocular, el escritor Peter Fleming, por aquel entonces oficial del Estado Mayor del ejército de tierra, identificó esa misma confusión emocional: «En lo concerniente a la mayoría de la población civil, era un período de improvisaciones inconscientes.



Era como si todo el país hubiera sido invitado a un baile de disfraces, y todos preguntaran al otro, “Y tú, ¿de qué vas?”. Había una incredulidad latente, y el hecho de que prácticamente todos ya tuvieran más cosas que hacer de lo habitual contribuía a otorgar a los problemas relacionados con la invasión el estatus de absorbente digresión que apartaba de los principales asuntos de la vida... Los británicos, cuando su aliado fue desnucado a las puertas de su casa, quedaron más contentos y tranquilos de lo que habían estado desde que sonaran las primeras notas de la obertura de Múnich allá por 1937».

Las bajas británicas en Francia fueron bastantes si tenemos en cuenta el tamaño de la BEF, pero insignificantes en comparación con las de los franceses y con las de los enfrentamientos, infinitamente más intensos, que más tarde tendrían lugar en el curso de la guerra. El ejército británico perdió a 11.000 hombres, entre muertos y desaparecidos, frente a los 120.030 hombres de la BEF cayeron en manos de los alemanes. Las pérdidas en tanques, artillería y armamento en general fueron, por supuesto, cuantiosas. La historia de que la Fuerza Expedicionaria Británica de 1940 estaba mal equipada es un tópico habitual y sin fundamento. En realidad, estaba mucho mejor provista de vehículos que el enemigo, y disponía de buenos tanques, pero que no fueron utilizados con la imaginación pertinente. Cuando Fedor von Bock, mariscal de campo de Hitler, vio lo que había quedado en Dunkerque, escribió con asombro: «Aquí se encuentra el material de todo un ejército, tan increíblemente bien equipado que nosotros, pobres diablos, sólo

podemos admirarlo con envidia y estupor». La BEF fue evacuada de Dunkerque tras un combate no excesivamente arduo y una retirada muy difícil, pues carecía del volumen necesario para cambiar el resultado de la campaña cuando se rompió el frente francés, y se vio superada por unas formaciones alemanas mejor dirigidas, muy motivadas y magníficamente apoyadas desde el aire. En aquellos momentos el ejército británico estaba en la práctica desarmado. Y la RAF había perdido casi mil aviones, la mitad de ellos cazas.

Pero Gran Bretaña disponía del material humano necesario para forjar un nuevo ejército, pero un ejército que nunca podría ser lo bastante numeroso como para enfrentarse solo a los alemanes en una guerra en el continente. Bastaba que tuviera tiempo para ello antes de volver a entrar en combate. En uno de sus artículos, un corresponsal americano escribió que los londinenses habían recibido la noticia de la rendición de Francia con tristeza y en silencio, en lugar de manifestaciones irónicas o desafiantes declaraciones. Dirigiéndose al pueblo británico, Churchill dijo al día siguiente que la batalla de Francia había concluido. La batalla de Inglaterra estaba a punto de empezar. El 17 de junio la posición de Gran Bretaña no era en absoluto envidiable. Pero era mucho más halagüeña de lo que nadie habría pensado un mes atrás, cuando la BEF había estado a punto de ser aniquilada.

### **Capítulo 3**

#### **Fiebre de invasión**

Durante los meses posteriores a septiembre de 1939, Gran Bretaña se vio en la incómoda posición —de hecho, algunos la tacharían de absurda— de haber declarado la guerra a Alemania y carecer al mismo tiempo de medios para emprender cualquier iniciativa militar importante, por no hablar de salvar a Polonia. La pasividad que caracterizó a la llamada «guerra de broma» (*drôle de guerre*) minó profundamente la moral del pueblo británico. En cambio, los acontecimientos de mayo y junio de 1940 tuvieron al menos el mérito, brillantemente aprovechado por Churchill, de que lanzaron ante la nación un objetivo claro y fácil de comprender: defenderse del ataque de un enemigo extraordinariamente poderoso. Los Reales Fusileros Irlandeses, de vuelta de Dunkerque, montaron una ruidosa fiesta para celebrar la noticia de que los franceses se habían rendido. «Gracias a Dios que lo han hecho», dijo alegremente un oficial. «Ahora al menos podremos seguir con la guerra». Un taquígrafo de los juzgados de mediana edad llamado George King, que vivía en Surrey, escribió en su diario una carta dirigida a su hijo, soldado de artillería, que se había quedado en Francia y se dirigía a Alemania camino del cautiverio: «Winston Churchill nos ha dicho exactamente dónde estábamos. Estamos solos y tenemos que llegar en esto hasta el final; y podemos hacerlo, si somos guiados como es debido. Sabe Dios lo que intentarán esos cerdos, pero sea como sea tenemos que aguantar».

El oficial de marina Robert Hichens escribía el 17 de junio: «Ahora sabemos que sólo tenemos que mirar por nosotros; me da la impresión de que Inglaterra responderá maravillosamente a este revés. Siempre ha sido la más grande a la hora de asumir los reveses». Tras el discurso de Churchill ante los Comunes del día 18, un diputado laborista por Keighley, el doctor Hastings Lees-Smith, se levantó de su escaño y dijo: «Mis honorables amigos de estos bancos me han pedido que pronuncie en su nombre una o dos frases. Desean decir al primer ministro que en su experiencia entre las grandes masas del pueblo de este país nunca en su vida la nación ha estado más unida de lo que lo está hoy en su apoyo a las palabras del primer ministro cuando afirma que seguiremos hasta el final. Una sola frase puede resumir lo que sentimos. Sea lo que sea lo que se pida al país en los meses y, si fuera necesario, en los años venideros, el primer ministro puede tener la seguridad de que el pueblo estará a la altura de sus responsabilidades».

Pero, aunque los ánimos mostrados por King, Hichens y Lees-Smith fueran bastante sinceros, sería un error suponer que los compartía todo el mundo. No todos los escépticos respecto a las posibilidades de supervivencia de Inglaterra eran políticos u hombres de negocios de avanzada edad. Un piloto de los Hurricanes de la RAF, Paul Mayhew, escribía en una hoja informativa dirigida a su familia: «Supongo que ahora nos toca a nosotros y aunque mi moral es en estos momentos bastante buena..., no puedo creer que tengamos muchas esperanzas, por lo menos en Europa. Contra un ataque feroz y despiadado, el Canal no supone ningún obstáculo, y con el

ejército presumiblemente mal equipado, yo no apostaría mucho por nuestras posibilidades. Personalmente sólo veo dos cosas que me inspiren esperanza; la primera es que Churchill es más de fiar que Reynaud y que seguiremos luchando si Inglaterra es conquistada; y la segunda es que Rusia, a pesar de nuestras meteduras de pata, estará ahora lo bastante asustada para montar un ataque de distracción por el este. En América no tengo mucha fe; me figuro que cuando Dios quiera la Tierra del Señor se decidirá a luchar. Pero de momento su ejército es más pequeño que el de Suiza, su fuerza aérea es débil y como si dijéramos “de juguete”, y dudo que nos haga falta para nada su marina». Una semana más tarde, Mayhew se disculpaba con su familia por mostrarse «ridículamente derrotista». Pero lo que tenemos aquí es a un joven aviador proclamando unos temores que compartían muchos de los que eran más viejos que él.

\* \* \* \*

El verano y el otoño de 1940 fueron una época muy poco propicia para decir la verdad en Gran Bretaña. Es decir, incluso a los hombres buenos, valientes y honrados les resultaba difícil saber si el mejor servicio que podían prestar a su país era manifestar sus pensamientos íntimos, según lo que les dictaba la razón, o guardar silencio. La lógica afirmaba que Gran Bretaña no tenía la más mínima posibilidad de ganar la guerra en ausencia de la participación americana, que seguía siendo muy poco plausible. Churchill lo sabía tan bien como cualquiera. Pero tanto él como los que lo apoyaban creían que la causa de la libertad y el desafío a la

tiranía exigían que el pueblo británico continuara luchando a pesar de todo, dejando a un lado cualquier tipo de cálculo acerca de las fuerzas relativas de unos y otros o de sus desventajas estratégicas. La posteridad ha colmado de admiración la grandeza de ese compromiso. Pero en su momento exigió de los hombres y mujeres sensatos una suspensión de juicio que algunos se negaron a realizar. Por ejemplo, el capitán Ralph Edwards, director de operaciones navales del Almirantazgo, era un escéptico casi inamovible. El 17 de junio anotó en su diario: «[El capitán] Bill Tennant pasó a decirme que había contado a sir Walter Monckton todos nuestros recelos acerca de la dirección de la guerra». Y en otra ocasión, el 23 del mismo mes, escribió: «Nuestro gobierno, con ese idiota de Winston al frente, cambia de opinión cada veinticuatro horas... Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que somos tan ineptos que no merecemos ganar, y desde luego casi tengo la seguridad de que seremos derrotados. Nunca hacemos nada bien». Durante los solitarios dieciocho meses que habían de venir, Churchill se sentiría mortificado con los azotes que le propinaría, por ejemplo, el diputado Aneurin Bevan en la Cámara de los Comunes recordándole hechos desagradables de los que era plenamente consciente, o dolorosas realidades como aquéllas a las que debía enfrentarse a cada paso. Desde el primer momento, aunque siempre insistiera en que la victoria iba producirse, su prestigio personal se basó en la honestidad con la que reconoció ante el pueblo británico la gravedad de la prueba a la que se enfrentaba.

Churchill dijo a los diputados el 4 de junio: «Nuestro agradecimiento por la salvación de nuestro ejército y de tantos hombres, cuyos seres queridos han pasado una semana tan angustiosa, no debe cegarnos y hacernos olvidar el hecho de que lo que ha sucedido en Francia y en Bélgica ha sido un desastre militar de proporciones gigantescas. Yo tengo la plena seguridad de que si todos cumplen con su deber, si no se comete ninguna negligencia, y se hacen los mejores planes, como se están haciendo, demostraremos una vez más que somos capaces de defender nuestra isla, de capear el temporal de la guerra, y de sobrevivir a la amenaza de la tiranía, si es preciso durante años; y si es preciso, solos. Ésa es la determinación del gobierno de Su Majestad». Cuando el primer ministro volvió a ocupar su escaño, las réplicas y contrarréplicas de los diputados degeneraron como siempre en una sucesión de lugares comunes. El doctor Lees-Smith pronunció algunas palabras de aprecio. Un anticonformista de Glasgow, el diputado del Partido Laborista Independiente Jimmy Maxton, planteó una cuestión de procedimiento, que desembocó en un cruce de palabras y trivialidades. El capitán Bellenger, representante de Bassetlaw, refutó al señor Thorne, diputado por Plaistow, que, a juicio de Bellenger, había puesto en duda su valor: «No tiene usted derecho a hacer comentarios de ese estilo».

Clausewitz escribió en 1811: «Un gobierno no debe nunca dar por supuesto que el destino de su país y su existencia entera dependen del resultado de una sola batalla, por decisiva que sea». La conducta de Churchill tras la caída de Francia exasperó a algunos escépticos

que se consideraban a sí mismos pensadores lúcidos, pero respondía perfectamente a la máxima del militar prusiano. Su mayor hazaña en 1940 fue movilizar a los británicos partidarios de la guerra, hacer callar por vergüenza a los que dudaban de ella y espolear las pasiones de la nación, de modo que durante una temporada el pueblo de Gran Bretaña se enfrentó al mundo unido y exaltado. El «espíritu de Dunkerque» no fue espontáneo. Fue creado por la retórica y la postura de un solo hombre, que hizo gala de unos poderes que marcarían el liderazgo político durante el resto del tiempo. Con otro primer ministro, el pueblo británico, perplejo y desconcertado, habría podido ser llevado fácilmente en una dirección distinta. Semejante estado de ánimo tampoco duró mucho. Persistió sólo hasta el invierno, cuando se vio sustituido por un espíritu nacional más tenaz, más dubitativo y menos exuberante. Pero ese primer período fue decisivo: «Si podemos soportar los próximos tres meses, podremos soportar los próximos tres años», dijo Churchill en los Comunes el 20 de junio.

Kingsley Martin sostuvo en el número de esa semana del *New Statesman* que el «mejor momento» del discurso de Churchill retransmitido por radio el 18 de junio a toda la nación era demasiado simplista: «No supo entender los sentimientos [del pueblo británico] cuando dijo que éste era el mejor momento de su historia. Nuestros sentimientos son más complejos que eso. Hablar al pueblo llano, con uniforme o sin él, supone manifestar que la determinación de defender esta isla lleva aparejada la tristeza profunda y casi universal de que nos hemos visto reducidos a



semejante extremo». Sin embargo, el primer ministro supo juzgar el estado de ánimo predominante entre la población con más perspicacia que el veterano socialista. En 1938 los británicos no habían sido lo que Churchill quería que fueran. En 1941 y en los años siguientes a menudo defraudarían sus expectativas. Pero en 1940, el primer ministro fue capaz en una medida extraordinariamente grande de modelar la nación y elevarla hasta el punto de colmar sus aspiraciones.

Mollie Panter-Downes escribía en el *New Yorker* del 29 de junio:

*A un observador imparcial le costaría trabajo decidir hoy día si los británicos son el pueblo más valiente del mundo o simplemente el más estúpido. El modo en que están actuando en la situación presente podría ser utilizado para apoyar tanto una idea como otra. En el plano individual, el inglés parece singularmente poco impresionado por el hecho de que en estos momentos no haya nada entre él y una maquinaria de guerra nunca vista hasta la fecha en el mundo, que lo tiene puesto en su punto de mira. Posiblemente sea falta de imaginación; posiblemente sea a su vez el mismo tipo de resolución tenaz que en ocasiones produce una hazaña como la de Dunkerque. Millones de familias británicas, sentadas a la hora del desayuno ante mesas bien provistas, comiendo excelentes huevos con tocino británico, pueden seguir hablando tranquilamente de los horrores que suceden al otro lado del Canal, quizá sin entender del todo ni siquiera ahora que algo así*

*podría suceder un día en el verde y plácido paisaje de Inglaterra.*

Muchos americanos, en cambio, consideraban poco probable que Gran Bretaña sobreviviera. En Nueva York, «una cosa que me sorprende es la cantidad de conversaciones derrotistas», escribía el general estadounidense Raymond Lee, «la presunción casi patológica de que ya se ha acabado todo, excepto el griterío... de que es demasiado tarde para que Estados Unidos haga algo». Kay Pittman, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, invitó a Churchill a enviar la flota británica al Nuevo Mundo: «No es ningún secreto que Gran Bretaña no está en absoluto preparada para la defensa y que nada de lo que pueda hacer Estados Unidos significará más que retrasar el resultado... Cabe esperar que este plan no se vea también demorado en exceso por inútiles exhortaciones a continuar con la lucha. Es de todo punto evidente que el Congreso no autorizará la intervención en la guerra europea». La revista *Time* informaba el día 1 de julio: «Tan asustados estaban la semana pasada muchos ciudadanos americanos que quisieron impedir el envío de ayuda a Gran Bretaña por miedo a que Estados Unidos debilitara sus propias defensas, que quisieron que Estados Unidos se lavara las manos y no ayudara a Gran Bretaña, por miedo a verse envueltos en el bando perdedor».

Una encuesta de opinión de la revista *Fortune* demostraba que antes incluso de que cayera Francia, la mayoría de los americanos creía que Alemania iba a ganar la guerra. Sólo un 30,3 por 100 veía

alguna esperanza para los aliados. Un corresponsal llamado Herbert Jones escribió una carta al *Philadelphia Inquirer* que reflejaba el sentimiento generalizado: «La inmensa mayoría de los americanos no es pacifista ni aislacionista, sino que, tras la experiencia de la última guerra y de Versalles, no tiene el menor deseo de sacarle a Gran Bretaña las castañas del fuego bajo el eslogan de “Salvemos al mundo en aras de la democracia”. Piensan con razón que poco se puede ganar ofreciendo nuestro dinero y las vidas de nuestros jóvenes para defender la causa del opresor de los judíos y los checos o la del opresor de los irlandeses y la India...». Richard E. Taylor, de Apponaugh, Rhode Island, escribió a un amigo en Inglaterra invitándole a llamar la atención de las autoridades ante el peligro de que los alemanes abrieran un túnel por debajo del canal de la Mancha.

Pero algunos americanos no se desmoralizaron. Un comité de «ayuda a Gran Bretaña» reunió tres millones de firmas con peticiones a la Casa Blanca. La organización produjo un Comité de Historiadores encabezado por Charles Seymour, de la Universidad de Yale; un Comité de Científicos, presidido por el ganador del Premio Nobel de Química Harold Urey; y un Comité de Teatro presidido por el dramaturgo y autor de los discursos de Roosevelt Robert Sherwood. Se invitó a los americanos a olvidar su visión caricaturesca de Gran Bretaña como nación de gentes encopetadas y atolondradas, y verla más bien como el país de los aguerridos paladines de la libertad. Al llegar a Nueva York, el novelista Somerset Maugham predijo una Gran Bretaña de posguerra

totalmente distinta, y dio a entender que el país empezaría a mostrarse más favorable a la visión social de los americanos: «Tengo la sensación... de que en la Inglaterra del futuro el traje de noche será menos importante de lo que lo ha sido en el pasado». América estaba todavía lejos, muy lejos de la beligerancia, pero las fuerzas favorables a la intervención empezaban a alborotarse.

En 1941 Churchill dedicó una enorme energía a cortejar a Estados Unidos. Pero en 1940, cuando sus llamamientos del mes de junio a Roosevelt fracasaron, durante varias semanas dejó de escribir al presidente y rechazó las sugerencias de lanzar una ofensiva propagandística británica. «La propaganda está muy bien», dijo, «pero son los hechos lo que mueven el mundo. Si aplastamos a los hunos aquí, no hará falta ninguna propaganda en Estados Unidos... Ahora tenemos que vivir. El año que viene estaremos ganando. Y al año siguiente habremos vencido. Pero si podemos contener a los alemanes durante este próximo mes de julio... nuestra posición será muy distinta de la que tenemos hoy».

¿Pero cómo «contenerlos»? Un anglófilo como el general Raymond Lee, agregado militar en la embajada estadounidense en Londres, escribía: «Una cosa extraña de las actuales circunstancias es que estamos ante una situación que no ha sido estudiada nunca en la Escuela de Estado Mayor. Durante años [los oficiales británicos] han estudiado nuestra Campaña del Valle [durante la guerra de Secesión americana], operaciones en la India, Afganistán, Egipto y Europa, han efectuado desembarcos en costas hostiles, pero nunca se les había ocurrido que un día tuvieran que defender a los no

combatientes de un país en guerra». Un diputado contaba que Churchill había dicho por aquel entonces: «No sé con qué combatirlos... Tendremos que atizarles en la cabeza con botellas... vacías, desde luego». El chiste era casi con toda seguridad apócrifo, pero como el propio primer ministro observó acerca del modo en que se incrementaban las anécdotas churchillianas espurias, su persona se había convertido en una especie de «imán que atrae las limaduras de hierro».

\* \* \* \*

El 8 de junio, las Fuerzas de Defensa británicas tenían inventariados sólo 54 cañones antitanque de dos libras, 420 cañones de campaña con 200 cargas de munición por pieza, 613 cañones pesados y de medio calibre con 150 cargas cada uno; 105 tanques entre pesados y medios, y 395 ligeros. Disponían únicamente de 2300 ametralladoras ligeras Bren y 70 000 fusiles. El 26 de junio, en el curso de una visita a las defensas de playa de la bahía de St. Margaret, en Kent, el general de brigada del puesto dijo a Churchill que tenía tres cañones antitanque y seis cargas de munición por pieza. «No hay que desperdiciar ni una bala haciendo ejercicios», replicó el primer ministro. Rechazó la sugerencia de que Londres, como París, fuera declarada ciudad abierta. Las intrincadas calles de la capital británica, dijo, ofrecían oportunidades sin igual para la defensa local. Tan grave era la escasez de armas pequeñas que cuando el 10 de julio llegó de Estados Unidos una remesa de viejos fusiles de la primera guerra mundial, Churchill decretó que fueran repartidos en el plazo de

cuarenta y ocho horas. Rechazó la propuesta de que Gran Bretaña intentara disuadir a España de entrar en la guerra prometiendo iniciar conversaciones sobre la disputada soberanía de Gibraltar en cuanto se restaurara la paz. Los españoles sabrían perfectamente, dijo, que, si Inglaterra vencía, no habría trato alguno.

Su ingenio nunca flaqueó. Cuando oyó decir que seis personas habían sufrido episodios de insuficiencia cardíaca tras los avisos de ataques aéreos, comentó que lo más probable era que él muriera de un atracón de comida. Pero no quería abandonar este mundo todavía, «ahora que estaban ocurriendo tantas cosas interesantes». Cuando le contaron que la Luftwaffe había bombardeado unas fundiciones propiedad de la familia de Stanley Baldwin, el archiconciliador primer ministro de los años treinta, murmuró: «¡Qué poco se lo han agradecido!». Cuando su esposa, Clementine, le contó cómo había tenido que salir asqueada de unos oficios religiosos en St. Martin-in-the-Fields al oír al cura pronunciar un sermón pacifista, Churchill comentó: «Deberías haber gritado: “¡Qué vergüenza! ¡Profanar la casa de Dios con mentiras!”». A continuación se dirigió a Jock Colville diciendo: «Coménteselo al ministro de Información con el fin de que pongan a ese hombre en la picota». El general sir Bernard Paget exclamó junto a Colville: «¡Qué efecto tan tonificante tiene!».

Entre junio y septiembre de 1940, y en menor medida durante los dieciocho meses siguientes, la mente del gobierno y el pueblo británico siguió obsesionada con la amenaza de que Hitler enviara un ejército a invadir la isla. Siempre será una cuestión fascinante

determinar hasta qué punto fue real alguna vez ese peligro, o si sólo fue visto como tal por Winston Churchill. La caída de Francia y la expulsión del ejército británico del continente supusieron la destrucción de los fundamentos estratégicos en los que se basaba la política británica. Sin embargo, si la victoria alemana en Francia hubiera sido menos rápida y si los aliados se hubieran enzarzado en una lucha más larga, los costes en sangre británica y francesa habrían sido muchísimo mayores, mientras que cuesta trabajo imaginar que el resultado final hubiera sido distinto. John Kennedy estaba entre los militares británicos de alto rango que se dieron cuenta de ello: «Habríamos tenido que poseer un ejército enorme en Francia para seguir allí tiempo suficiente y, a pesar de todo, habríamos acabado perdiendo nuestros pertrechos». Sir Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Cazas, aseguraba que, al enterarse de la rendición de Francia, «me hincé de rodillas y di gracias a Dios», pues ya no hacía falta seguir destruyendo en vano más cazas británicos en el continente. Sólo la percepción que tenían los alemanes del papel marginal de la BEF permitió que tantos soldados ingleses escaparan del campo de batalla por mar no ya en una ocasión, sino en dos, en junio de 1940. Ninguna simulación de la Escuela de Estado Mayor habría permitido un resultado tan benigno. Aunque en aquellos momentos resultara difícil ver las cosas en esos términos, lo cierto es que la derrota de Francia había sido inevitable y que Gran Bretaña se libró de sus consecuencias con sorprendente facilidad.

En junio de 1940 los británicos creían que se cernía sobre ellos la amenaza de una invasión inminente seguida de su probable aniquilación. Como es natural, pensaban que eran el foco principal de las ambiciones de Hitler. Pocos se daban cuenta de la obsesión del *Führer* por el este de Europa. No podían saber que Alemania no estaba ni preparada militarmente ni comprometida psicológicamente con el lanzamiento de una gigantesca operación anfibia al otro lado del canal de la Mancha. La Wehrmacht necesitó meses para dirigir la conquista de Francia y los Países Bajos. La percepción que tenían los nazis de Gran Bretaña y de su clase dirigente se vio distorsionada por la familiaridad mantenida antes de la guerra con tantos aristócratas partidarios del apaciguamiento. En aquellos momentos esperaban confiadamente en la sustitución del gobierno de Churchill por otro que se hiciera cargo de la realidad. « ¿Están empezando a ceder los ingleses? Todavía no hay signos visibles de ello», escribía Goebbels en su diario el 26 de junio. «Churchill sigue lanzando baladronadas. Pero él no es Inglaterra». Algunos historiadores han expresado su sorpresa ante la idea de que Hitler se anduviera con tantos rodeos respecto a la invasión. Pero sus evasivas las imitarían más tarde los aliados. A pesar de toda la retórica agresiva de Churchill y Roosevelt, los británicos abrigaron durante años la esperanza de que Alemania se hundiera sin necesidad de un desembarco de los aliados en Francia. Los americanos se sintieron muy aliviados al ver que Japón se rendía sin ser invadido. Ningún país beligerante se arriesga a llevar a cabo una gran operación anfibia en tierra enemiga hasta que no se han



agotado todas las demás opciones. En 1940 Alemania no fue ninguna excepción.

El pueblo de Churchill habría dormido un poquito mejor aquel verano si se hubiera dado cuenta de que su isla estaba mucho mejor situada para resistir el asedio y los bombardeos que cualquier otro escenario estratégico imaginable. Su ejército se había librado de la necesidad de enfrentarse a la Wehrmacht en el campo de batalla, y de hecho no llevaría a cabo ninguna operación importante en el continente durante más de tres años. La marina real, a pesar de las pérdidas sufridas en Noruega y Dunkerque, seguía siendo una fuerza enormemente poderosa. Una flota alemana de barcasas a remolque cruzando el Canal a una velocidad de apenas tres o cuatro nudos habría permanecido al alcance de las baterías de los buques de guerra británicos durante varias horas. El 1 de julio, la marina alemana poseía sólo un crucero pesado y dos ligeros, así como cuatro destructores y algunas lanchas torpederas tipo *Schnellboot*, capaces de realizar labores de escolta. La Real Fuerza Aérea estaba mejor organizada y equipada para defender Gran Bretaña de un bombardeo que para cualquier otra operación bélica. Si un ejército alemán conseguía apoderarse de una cabeza de playa, las fuerzas terrestres de Churchill no estaban capacitadas para repelerlo. Pero en el verano de 1940, el foso que rodeaba Inglaterra, esas veintiuna millas de aguas turbulentas bordeadas por acantilados de caliza a uno y otro lado, representaba un obstáculo formidable y probablemente decisivo para el ejército de Hitler, poco familiarizado con el mar.

Una de las principales preocupaciones del gobierno era asegurarse de que Hitler no tuviera a su disposición la flota de la Francia de Vichy. Tras días de discusiones del gabinete sobre este tema, en un momento dado Churchill planteó la posibilidad de convencer a los americanos de que compraran los buques de guerra. A la hora de la verdad, sin embargo, fue escogida una opción más directa y brutal. Horace Walpole había escrito dos siglos antes: «Ningún gran país fue salvado nunca por hombres buenos, pues los hombres buenos no llegarán nunca a los extremos a los que tal vez sea necesario llegar». En Mers-el-Kebir, Orán, el 3 de julio, las autoridades francesas rechazaron el ultimátum del almirante sir James Somerville, comandante de la Fuerza «H» de la marina real anclada frente a la costa, que les instaba a hundir la flota o a salir del puerto y unirse a los británicos. El posterior bombardeo de los buques de guerra franceses fue uno de los actos más despiadados llevados a cabo por una democracia que conocen los anales de la historia. Fue fruto de una decisión como probablemente sólo Churchill habría podido tomar. No obstante, provoca el respeto de la posteridad, igual que provocó el de Franklin Roosevelt, como prueba de la férrea determinación de Gran Bretaña de no abandonar la lucha. Churchill dijo al día siguiente en la Cámara de los Comunes: «Esperamos hasta primera hora de la tarde que fueran aceptadas nuestras condiciones sin que se produjera derramamiento de sangre». En cuanto a la aprobación de la medida, es algo que dejó «con toda confianza al Parlamento. Se lo dejo también a la nación, y se lo dejo a Estados Unidos. Se lo dejo al mundo y a la historia».

Cuando los diputados se pusieron a aplaudir y a agitar los folletos con el orden del día en una manifestación de entusiasmo, que por lo demás denotaba un pésimo gusto, por una acción que, aunque fuera necesaria, había costado la vida a 1250 franceses, Churchill volvió a sentarse en su escaño con el rostro bañado en lágrimas. Él, tan francófilo, se daba cuenta de lo amargos que eran los frutos que se habían recogido en Orán. Más tarde, en confianza, comentaría: «Fue una decisión terrible, como quitarle la vida a un hijo para salvar al estado». Temía que la consecuencia inmediata fuera empujar al gobierno de Vichy a unirse a Alemania en armas contra Gran Bretaña. Pero en un momento en el que el Comité Conjunto de Inteligencia (QIC por sus siglas en inglés) avisaba de que la invasión parecía inminente, se negó en rotundo a admitir el riesgo de que los importantísimos barcos franceses sirvieran de escudo a la armada alemana.

El régimen de Pétain no declaró la guerra, aunque el rencor de los franceses por lo de Orán perduró durante los años siguientes. El bombardeo fue menos transcendental como acción estratégica de lo que pretendía Churchill, pues un crucero de batalla francés salió ileso y todavía seguía amarrada en Toulon una poderosa flota a las órdenes del gobierno de Vichy. Pero los actos tienen a veces unas consecuencias que permanecen desapercibidas durante mucho tiempo. Ése fue el caso del ataque contra Mers-el-Kebir, seguido por el fracaso dos meses después de un intento de la Francia Libre de conquistar Dakar, capital de la colonia africana de Senegal. Cuando el general Francisco Franco, el dictador español, presentó a Hitler

su lista de peticiones a cambio de unirse a las potencias del Eje, la primera exigencia fue que Hitler entregara a España las colonias francesas de África. Pero el rechazo por parte de la Francia de Vichy de las insinuaciones diplomáticas y de las amenazas militares británicas, junto con la negativa de la mayor parte de las colonias francesas de África a «unirse» a De Gaulle, persuadió a Hitler de que el país de Pétain se convertiría enseguida en su aliado en el combate. En consecuencia, se negó a complacer a Franco a expensas de Francia. El ataque contra Orán, que fue una necesidad dolorosa, y el aparente fiasco de Dakar contribuyeron significativamente a mantener a España fuera de la guerra.

Una parte de la Commonwealth británica no ofreció ayuda alguna a la «madre patria»: el Estado Libre Irlandés, enconadamente hostil a Gran Bretaña desde que obtuvo la independencia en 1921, mantenía una lealtad nominal en virtud de una sutileza constitucional según los términos del tratado de partición de la isla. Churchill había hablado con enorme desprecio de la entrega de los «Puertos del Tratado» al gobierno de Dublín realizada por Neville Chamberlain en 1938. En su calidad de primer lord del Almirantazgo, en 1939 contempló la realización de una acción militar contra Eire, como se denominaba el dominio británico de Irlanda del Sur. Sin embargo, en medio de las desesperadas circunstancias de junio de 1940, Churchill respondió con cautela a la sugerencia de Chamberlain —precisamente— de obligar a Irlanda a entregar sus puertos, que habrían desempeñado un papel transcendental para mantener abierta la línea de salvación de Gran

Bretaña por el Atlántico. Churchill prefirió oponerse por temor a una reacción hostil por parte de Estados Unidos. En vez de seguir el consejo de Chamberlain, el gobierno británico instó a lord Craigavon, primer ministro de la Irlanda del Norte protestante, que seguía formando parte del Reino Unido, a intentar reunirse con el primer ministro de Eire, Éamon de Valera, para discutir la defensa de la isla que compartían. Craigavon, como la mayoría de los habitantes del Ulster, odiaba a los católicos del sur. Y rechazó la idea sin más.

\* \* \* \*

Pero a finales de junio, Londres presentó a Dublín una propuesta secreta curiosamente radical: Gran Bretaña estaba dispuesta a comprometerse firmemente a crear una Irlanda unida cuando acabara la guerra a cambio de obtener acceso inmediato a los puertos y bases irlandeses. El embajador británico en Dublín comunicó a sus superiores la inflexible respuesta de De Valera. El Taoiseach estaba dispuesto a comprometerse firmemente sólo a la neutralidad de una Irlanda unida, aunque comentó de forma muy poco convincente que «quizá» entrara en la guerra cuando el gobierno británico hiciera una declaración pública de compromiso con la unificación de la isla.

No obstante, el gobierno británico instó a Dublín a entablar conversaciones con el régimen de Belfast acerca de una eventual unión respaldada por Gran Bretaña, a cambio de la beligerancia de Eire. Chamberlain comentó al gabinete: «No creo que el gobierno del Ulster se niegue a desempeñar su papel con tal de hacer realidad un

desarrollo tan favorable». De Valera se negó una vez más a aceptar el pago atrasado. MacDonald telegrafió a Londres, instando a Churchill a ofrecer garantías personales. El primer ministro escribió en el margen de este mensaje: «Pero todo depende de consentimiento Ulster y de entrada en guerra Irlanda S.».

El 26 de junio Chamberlain comunicó con retraso a Craigavon estas conversaciones, añadiendo: «Observará usted que el documento adopta sólo la forma de encuesta, pues no hemos considerado adecuado dirigirnos a usted oficialmente con una petición de beneplácito a menos que tuviéramos ya una seguridad vinculante por parte de Eire de que entrarían en la guerra, si se daba ese beneplácito. En consecuencia, si rechazan el plan, no está usted comprometido a nada en absoluto, y si lo aceptan, sigue siendo libre de hacer sus propios comentarios o de presentar las objeciones que considere oportunas». El político norirlandés contestó con el siguiente telegrama: «Me ha sorprendido y disgustado profundamente su carta, en la que se hacen unas sugerencias de tanto alcance a mis espaldas y sin consultarme previamente. Nunca participaré en semejante traición al Ulster leal».

Chamberlain, a su vez, respondió en unos términos igualmente airados a lo que consideraba el insufrible provincianismo de Craigavon. Y concluía diciendo: «Recuerde por favor la gravedad de la situación, que exige hacer todos los esfuerzos para estar a la altura».

El gabinete de guerra, evidentemente muy poco impresionado por el enfado de Craigavon, reforzó entonces su propuesta a Dublín: «Esta

declaración adoptaría la forma de una promesa solemne de que la Unión se convertirá en fecha temprana en un hecho consumado sobre el que no cabrá dar marcha atrás». Cuando Craigavon fue informado de todo, respondió: «Su telegrama no viene más que a confirmar mis informaciones confidenciales y mi convicción de que De Valera está a las órdenes de los alemanes y de que ya no se puede razonar con él. Puede que dilate las negociaciones a propósito hasta que el enemigo haya desembarcado. Abogo firmemente por la inmediata ocupación naval de los puertos y por el avance militar hacia el sur».

Craigavon aseguraba en una carta personal a Churchill que el Ulster sólo participaría en una Fuerza Defensiva Panirlandesa «si se impone en toda la isla la ley marcial británica». Los dos políticos se reunieron en Londres el día 7 de julio. No existe documentación alguna de sus conversaciones. Cabe presumir razonablemente que fue una entrevista gélida, pero en aquellos momentos Churchill pudo ya aliviar los temores del norirlandés. Dos días antes, De Valera había rechazado finalmente el plan británico. Como muchos irlandeses, tenía el convencimiento de que Gran Bretaña estaba condenada a perder la guerra. Dudaba de la sincera voluntad de Churchill de obligar a Craigavon a obedecerle. Si en algún momento contempló seriamente la posibilidad de aceptar las propuestas de Londres, es probable que también temiera que una vez comprometida con la beligerancia, Irlanda se convirtiera en una marioneta en manos de Inglaterra.

En sus memorias de la guerra Churchill no hace ninguna alusión a las negociaciones irlandesas. Como la oferta que hicieron los británicos a Dublín era algo extraordinario, ese silencio indica que su simple recuerdo no resultaba demasiado agradable al primer ministro. Dada la implacable hostilidad de De Valera, el desaire de Irlanda era inevitable. Pero supuso un enorme error de cálculo por parte del líder irlandés. Ernest Bevin escribía en tono confidencial a un profesor amigo suyo que instaba a llegar a un acuerdo en torno a una Irlanda unida: «Hay dificultades que de momento parecen casi insuperables. Como usted sabe, la política de De Valera consiste en seguir siendo neutral, aun cuando consiguiéramos [ofrecerle] una Irlanda unida. En eso es inamovible. De no ser por esa actitud, creo que sería fácil encontrar una solución... Puede usted tener la seguridad de que estamos atentos a cualquier oportunidad que pueda presentarse». Si Irlanda hubiera llegado a entrar en la guerra en el bando de los aliados, incluso después de que lo hiciera Estados Unidos en diciembre de 1941, cuando la victoria aliada estaba asegurada, el dinero americano habría inundado el país, adelantando quizá dos generaciones su despegue económico.

Con las conversaciones de julio no se acabó la historia. En diciembre de 1940, Churchill proponía en una carta al presidente Roosevelt que «si el gobierno de Eire mostrara su solidaridad con las democracias del mundo de habla inglesa... podría crearse un Consejo de Defensa de toda Irlanda del que después de la guerra probablemente surgiría de una forma u otra la unidad de la isla». Se trataba de una sugerencia mucho menos explícita que la del verano,



evidentemente modificada por la disminución del peligro al que se veía enfrentada Gran Bretaña. Es imposible saber si, de haber accedido De Valera a la propuesta británica de junio de 1940, Churchill habría obligado efectivamente a los protestantes recalcitrantes del Ulster a aceptar la unión con el sur. Teniendo en cuenta el despótico trato que dispensó a los otros dominios y colonias británicas a lo largo de la guerra —por no hablar de la entrega de las bases británicas de ultramar a Estados Unidos—, no parece ni mucho menos imposible que lo hiciera. Tan apurada era la situación de Inglaterra y tan vital era la importancia de los puertos y los aeródromos irlandeses en la guerra de submarinos, que se consideraba justo pagar casi cualquier precio con tal de garantizar su disponibilidad.

Churchill se puso manos a la obra con el fin de preparar a su isla para resistir la invasión. Ordenó que, si los alemanes desembarcaban, se emplearan contra ellos medidas de todo tipo, incluidos los gases tóxicos. El día 6 de julio realizó una visita de inspección a unas maniobras en Kent. «Winston estaba en una forma excelente», escribe Ironside en su diario, «y nos ofreció un almuerzo en su casa de campo de Chartwell. Llovía mucho, pero a nadie le importaba lo más mínimo». Llegó de América una remesa de doscientos cincuenta mil fusiles y trescientos cañones de campaña de 75 mm, armas viejas y bastante malas, pero que fueron muy bien venidas. Ironside esperaba que la invasión alemana tuviera lugar el 9 de julio, y se quedó muy sorprendido al ver que no se producía. En cambio, el día 10 la Luftwaffe lanzó su primer gran

ataque contra Gran Bretaña, con una incursión de setenta aviones contra los astilleros del sur de Gales. Churchill sabía que aquello no era más que un aviso del durísimo y prolongado ataque aéreo que estaba por venir. Dos días después visitó los escuadrones de Hurricanes de la RAF en Kenley, al sur de Londres. En su afán de aprovechar todo lo que pudiera servir para fortalecer la moral de la población, pidió que desfilaran bandas militares tocando por las calles. Destacó la importancia de las máscaras antigás, pues temía que Hitler recurriera a las armas químicas. Se opuso a que los niños fueran evacuados de las ciudades, y deploró que los retoños de los ricos fueran enviados para su salvaguardia a Estados Unidos. Se manifestó vigorosamente en contra del racionamiento excesivamente riguroso, y lamentó las expresiones de pesimismo siempre que se encontró con algún caso. Dill, al frente del ejército desde hacía menos de dos meses, había empezado ya a despertar su desconfianza; según dice en una carta a Eden, el jefe de Estado Mayor General del Imperio «me llama la atención por lo cansado, lo desanimado y lo excesivamente impresionado que está por el poderío de Alemania». A juicio de Churchill, durante los largos meses que siguieron, el derrotismo era el único delito que no tenía perdón.

\* \* \* \*

El 19 de julio, Ironside fue destituido como comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa, siendo sustituido por sir Alan Brooke. Ironside pretendía hacer frente a la invasión con una delgada línea de defensas costeras y apoyarse fundamentalmente en la creación

de líneas más fuertes tierra adentro. Brooke, en cambio, proponía la realización de contraataques rápidos con fuerzas móviles. Brooke y Churchill tenían indudablemente razón en su apreciación de que si los alemanes se aseguraban un emplazamiento fijo y aeródromos en el sureste del país, la batalla de Inglaterra estaría irremisiblemente perdida. Las defensas en el interior del país no valían para nada, excepto para confirmar la sensación de utilidad entre los responsables de su construcción.

Peter Fleming sostenía en la historia de este período que escribió más tarde que aunque los británicos previeron aparentemente la invasión, en realidad nunca creyeron en el fondo de su corazón que pudiera producirse semejante contingencia, porque no tenían experiencia histórica de nada parecido: «Admitieron la realidad, pero de boquilla. Tomaron las precauciones que el gobierno aconsejaba, hicieron los sacrificios que se les pedían y trabajaron como posesos... Pero..., por mucho que miraran cara a cara al futuro, les parecía imposible enfocar de un modo satisfactorio las terribles contingencias que se esperaba que acarrearía la invasión». Fleming añadía además una observación muy perspicaz: «La amenaza de invasión fue un tónico y a la vez una droga... la tremenda y descorazonadora desolación de sus perspectivas a largo plazo se veía oscurecida todavía más por el melodramático carácter de la situación en la que... los habían situado los azares de la guerra».

Churchill comprendió la necesidad de movilizar al pueblo británico para la acción sin más consideraciones, en vez de darle tiempo para contemplar las oscuras realidades que lo rodeaban y meditar sobre

ellas. Él mismo reflexionaba frenéticamente acerca de lo que podía ocurrir a medio plazo. «Cuando miro a mi alrededor para ver cómo podremos ganar la guerra», escribía a Beaverbrook el 10 de julio, «sólo veo una senda segura. No tenemos un ejército continental capaz de derrotar al poderío militar de Alemania. El bloqueo se ha roto y Hitler cuenta con Asia y probablemente también con África para apoyarse en ellas. Si fuera rechazado aquí o si no intentara llevar a cabo la invasión, recularía hacia el este y no tenemos nada para detenerlo. Pero hay una cosa que lo haría volver y lo traería de nuevo a la realidad, y es un ataque absolutamente devastador y de aniquilación lanzado desde este país con bombarderos pesados contra la patria del nazismo». Y de modo parecido anotó durante una estancia en Chequers el 14 de julio: «Hitler no tiene más remedio que llevar a cabo la invasión o se hundirá. Si no nos invade, se verá obligado a ir hacia el este, y se hundirá». Churchill no tenía ningún fundamento de los servicios de inteligencia para afirmar que los alemanes probablemente iban a arremeter contra Rusia. En aquellos momentos sólo lo guiaba un singularísimo instinto, que compartían muy pocos excepto el embajador británico en Moscú, famoso por su carácter excéntrico, el diputado del Partido Laborista Independiente sir Stafford Cripps. Hasta marzo de 1941, tres meses antes de que tuviera lugar el hecho, los servicios británicos de inteligencia no llegaron a la conclusión de que era probable que se produjera una invasión alemana de la Unión Soviética.

En cuanto a la producción aeronáutica, aunque la primera necesidad eran los cazas, el primer ministro instó a la creación de la fuerza de bombarderos más numerosa que fuera posible. Esta política, que era una medida desesperada, fruto de unas circunstancias igualmente desesperadas y de la absoluta falta de cualquier otra alternativa plausible, no alcanzaría su madurez destructiva hasta unos años más tarde, cuando la victoria estuviera ya asegurada por otros medios. Churchill decidió nombrar al almirante sir Roger Keyes, el alocado viejo héroe del ataque aéreo sobre Zeebrugge de 1918, jefe de las operaciones combinadas, con instrucciones de preparar la realización de incursiones aéreas en el continente. No quería fiascos desagradables, dijo, sino ataques de entre cinco y diez mil hombres. Ordenó la creación de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés), al frente de la cual estaba Hugh Dalton en su calidad de ministro de Economía de Guerra, con orden de «prender fuego a Europa». Apoyó a De Gaulle como portavoz y líder de la Francia Libre. Brooke, que estuvo con Churchill en Gosport el 17 de julio, lo encontró «de un humor estupendo y lleno de planes agresivos para el verano siguiente». La mayoría de los compromisos alcanzados durante aquellos días quedarían en agua de borrajas y no se llevarían a cabo durante los años siguientes. Pero representaban señales para el futuro que servirían de inspiración a los colegas de Churchill; y por supuesto, eso era exactamente lo que él pretendía.

Pero sobre todo, de aquellos días tenemos sus palabras. «Se nos ha dado la fe como ayuda y como consuelo para cuando nos sintamos

atemorizados ante el pergamino aún sin desenrollar del destino humano», dijo al pueblo británico en una alocución retransmitida por radio el 14 de julio, día de la toma de la Bastilla, en la que recordó que justo un año antes había asistido en París a un magnífico desfile militar. «Y yo proclamo mi fe en que algunos de nosotros viviremos para ver un 14 de julio en el que una Francia liberada disfrute una vez más de su grandeza y de su gloria». Y continuó diciendo:

*Aquí, en esta poderosa ciudad que guarda los títulos de propiedad del progreso humano y que tan profunda importancia tiene para la civilización cristiana; aquí, ceñidos por los mares y los océanos en los que impera nuestra marina; protegidos desde lo alto por las proezas y la entrega de nuestros aviadores, esperamos impávidos el ataque inminente. Quizá llegue esta noche. Quizá llegue la semana que viene. Quizá no llegue nunca. Debemos mostrarnos igualmente capaces de hacer frente a un golpe violento y repentino o —lo que quizá sea una prueba más dura— a una vigilia prolongada. Pero si la ordalía a la que nos enfrentamos es repentina o larga, o si es las dos cosas a la vez, no intentaremos llegar a acuerdos, no toleraremos negociaciones; tal vez mostremos compasión; pero no la pediremos.*

Un oyente del primer ministro escribió: «Los aparatos de radio no eran por entonces muy potentes y había siempre interferencias. Las familias debían sentarse junto al receptor y alguien tenía que estar

siempre toqueteando los botones. Era como estar sentado alrededor del hogar, con alguien encargado de atizar el fuego; y hasta ese hogar llegaba la voz cascada de Winston Churchill». Vere Hodgson, una londinense de treinta y nueve años, dice: «Poco a poco nos sentíamos hechizados por aquella voz y aquella inspiración maravillosa. Su estatura se hacía cada vez mayor, hasta llenar por completo nuestro cielo». Vita Sackville-West escribió a su esposo, Harold Nicolson, diciendo que uno de los discursos de Churchill la hizo «sentir escalofríos (pero no de miedo). Creo que uno de los motivos de que se sienta una conmovida por sus frases isabelinas es que se percibe todo el macizo sostén de poder y determinación que se oculta tras ellas, como si de una gran fortaleza se tratara: las suyas nunca son palabras dichas porque sí». Mollie Panter-Downes decía a los lectores del *New Yorker*: «El señor Churchill es el único hombre de la Inglaterra actual que habitualmente interpreta el sentir de la nación, callado, pero absolutamente resuelto».

Isaiah Berlin escribía: «Como un gran actor —quizá el último de su especie— sobre el escenario de la historia, pronuncia sus memorables frases con una entonación amplia, pausada y majestuosa en medio de una llamarada de luz, como corresponde a un hombre que sabe que su obra y su persona seguirán siendo objeto de escrutinio y de crítica durante muchas generaciones». El diputado *tory* Cuthbert Headlam escribió en su diario el 16 de julio: «Indudablemente es su momento, y la confianza en él aumenta en todos lados». La sublime hazaña de Churchill consistió en inspirar a las personas más corrientes percepciones extraordinarias de su

propio destino. Eleanor Silsby, una profesora de psicología de edad ya avanzada que vivía al sur de Londres, escribió a un amigo de Estados Unidos el 23 de julio de 1940: «No seguiré hablando de la guerra. Pero sólo quiero decir que estamos orgullosos de tener el honor de luchar solos por las cosas que son más importantes que la vida y la muerte. Me hace sentirme bien pensar no sólo que somos ingleses, sino que hemos sido escogidos para vivir este momento con la finalidad concreta de salvar al mundo... Nunca habría pensado que pudiera aprobar la guerra... Curiosamente en todo esto hay muy poca ira y muy poco odio; es simplemente una misión que debe ser cumplida... Estamos ante el fin del mundo». Churchill se sintió enormemente conmovido cuando recibió por correo una caja de puros de una joven trabajadora que decía que había ahorrado su sueldo para comprárselos. Una mañana, en Downing Street, John Martin se encontró saludando a una mujer que había llamado para donar al estado un collar de perlas valorado en sesenta mil libras esterlinas. Cuando se lo contaron, Churchill dijo citando a Macaulay:

*En las batallas de Roma los romanos  
no escatimaban ni tierras ni oro.*

Muchos periódicos alemanes publicaron editoriales acerca del discurso pronunciado por Churchill el 14 de julio calificándolo de «máximo caudillo de la plutocracia». La *Deutsche Allgemeine Zeitung* fue una de las publicaciones que sugirieron que su absurda determinación de luchar hasta el final haría que Londres corriera la



misma suerte que habían corrido otras ciudades conquistadas: «Las autoridades de Varsovia, totalmente carentes de escrúpulos, no se dieron cuenta de las consecuencias de su obstinación hasta que la ciudad quedó reducida a ruinas y a cenizas. Del mismo modo, Rotterdam pagó por no tomar una decisión razonable, como la que salvó a otras ciudades holandesas y —en el último momento— a París». Las fuerzas alemanas, se hizo saber al pueblo de Hitler, se sentían descansadas al término de la campaña de Francia, y en aquellos momentos estaban listas para lanzar un ataque contra Inglaterra, en cuanto el *Führer* diera la orden. Mientras tanto, las incursiones aéreas de la Luftwaffe contra el país de Churchill, que hasta entonces habían sido de poca envergadura, aumentarían de forma espectacular. Cabía prever una rápida victoria sobre Inglaterra. Las emisiones propagandísticas en inglés de la radio alemana transmitían el mismo mensaje de destrucción inminente.

\* \* \* \*

El 19 de julio Hitler pronunció una alocución al Reichstag y al mundo entero, ofreciendo públicamente a Gran Bretaña que eligiera entre la paz y «un sufrimiento y una ruina infinitos». Churchill respondió en los siguientes términos: «No pretendo decir nada en contestación al discurso de *Herr* Hitler, pues no me hablo con él». Instó a lord Lothian, embajador británico en Washington, a que presionara a los americanos para que satisficieran la petición presentada ya por Gran Bretaña de un «préstamo» de destructores viejos. El 1 de agosto propinó una magnífica reprimenda al Foreign Office por la elaborada formulación de la respuesta que le proponía

que diera al mensaje del rey de Suecia, en el que éste se ofrecía a actuar como mediador entre Inglaterra y Alemania. «El borrador en cuestión se equivoca», escribió, «al intentar pasarse de listo y entrar en sutilezas de política que no encajan con la trágica sencillez y la grandeza del momento y del asunto que está en juego». Ese mismo día, Hitler publicó su Directiva N° 17, en virtud de la cual se desencadenaría la campaña masiva de la Luftwaffe contra Inglaterra.

## **Capítulo 4**

### **La batalla de Inglaterra**

Comenzaron así en el verano de 1940 los acontecimientos que definirán para la eternidad la imagen de Inglaterra. Densas formaciones de bombarderos alemanes acompañados de su escolta de cazas zumbaban por los cielos azules en dirección a Kent y a Sussex, para enfrentarse con los Hurricanes y los Spitfires que salían a interceptarlos, trazando blancas estelas de vapor en el aire. Los aviones estéticamente más hermosos que ha visto el mundo, cuya belleza ha aumentado a ojos de la posteridad debido al papel desempeñado como salvadores de la libertad, atravesaban las formaciones de bombarderos lanzándose en picado, girando en espiral, ladeándose y disparando sin cesar. Los observadores levantaban la cabeza, como hipnotizados por el espectáculo. Los dependientes de las tiendas y las amas de casa, los empleados de banca y los escolares, oían el estruendo de las ametralladoras; veían fragmentos de avión y cartuchos vacíos que caían tintineando en sus calles y ensuciaban los jardines de las afueras; a veces incluso encontraban aviadores abatidos de uno y otro bando, que llegaban dando tumbos hasta sus puertas.

Los aviones alcanzados se hundían en el suelo vomitando humo y levantando montones de polvo que luego caía en cascada cuando sus ocupantes tenían la suerte de estrellarse y caer a tierra, porque otros estallaban en el aire y se deshacían en mil fragmentos ígneos. Fue una contienda como no ha conocido otra la experiencia

humana, presenciada por millones de personas que siguieron adelante con su monótona vida cotidiana, encantadas del hecho de que los calentadores de agua hirvieran en la cocina, de que las flores brotaran en los setos de los jardines, de que se repartieran los periódicos y se sirviera miel a la hora del té a varios centenares de metros por debajo del escenario de una de las batallas más decisivas de la historia. Los pilotos que se enfrentaban al olvido eterno durante todo el día se pasaban la noche cantando en sus «locales de costumbre», cuando lograban sobrevivir. Su jerga propia de colegiales —«darse un tortazo estupendo», «estirar la pata»— pasó al lenguaje coloquial, haciendo realidad la observación de un escritor francés citado por el doctor Johnson: *«Il y a beaucoup de puerilités dans la guerre»*.

Cuando las bombas empezaron a caer sobre las ciudades británicas, las explosiones hacían que se depositara sobre cualquier superficie una densa capa de polvo, envolviendo todo el tejido urbano del país en una monótona tonalidad gris que persistía durante la totalidad del bombardeo. No obstante, seguía habiendo islas de belleza temporal. Jock Colville quedó sorprendido al ver unas mariposas de las ortigas revoloteando alegremente sobre el césped detrás de Downing Street: «Siempre asociaré con 1940 ese jardín en verano y la esquina del Tesoro recortándose sobre un cielo azul de porcelana». Churchill, intensamente vulnerable al sentimentalismo, presenció muchas escenas que lo hicieron desfallecer. Un día, yendo en coche a Chequers, divisó una fila de gente. Ordenó al chófer que se detuviera y pidió a un detective que investigara para qué estaban

haciendo cola. Cuando le dijeron que estaban esperando para comprar alpiste, el secretario particular de Churchill, John Martin, anotó: «Winston se puso a llorar».

\* \* \* \*

El 10 de julio fue designado después oficialmente como el primer día de la batalla de Inglaterra, aunque a los aviadores de uno y otro bando no les pareciera muy distinto de las jornadas que lo precedieron y que lo habrían de suceder. El mes siguiente se caracterizaría por las escaramuzas sobre el canal de la Mancha y la costa meridional de Inglaterra, donde la Luftwaffe nunca perdió más de dieciséis aparatos en un día de combate —el 25 de julio— y el Mando de Cazas de la RAF no más de quince. Churchill insistió en que los convoyes costeros siguieran navegando por los Narrows, en parte para reafirmar los derechos de navegación de los británicos, y en parte para hacer que la Luftwaffe entrara en acción en unas condiciones consideradas favorables para la RAF. El 11 de agosto aumentó notablemente el desgaste: fueron abatidos 30 aparatos ingleses y 35 alemanes. El mes siguiente, Göring lanzó su gran asalto contra el Mando de Cazas, sus aeródromos, centros de control y estaciones de radar. Entre el 12 y el 23 de agosto, la RAF perdió 133 cazas en combate, y otros 44 en accidente, mientras que la Luftwaffe perdió en total 299 aviones.

\* \* \* \*

A comienzos del otoño, las bajas británicas y los desperfectos sufridos por las instalaciones habían alcanzado unas proporciones críticas. Entre los jefes de escuadrilla de Dowding, 11 de 46

resultaron muertos o heridos entre julio y agosto, junto con 39 comandantes de vuelo de un total de 97. Un piloto del Mando de Cazas de veintiún años, George Barclay, de la 249ª escuadrilla, hijo de un clérigo de Norfolk, escribió tras los amargos combates del 7 de septiembre: «Nuestra desventaja ha sido hoy increíble (¡y estamos realmente abrumados!)... Hay bombas y cosas cayendo por todas partes esta noche y una cortina de fuego de artillería terrible. ¿Ha empezado el bombardeo? La frialdad del jefe de ala es asombrosa y contribuye muchísimo a mantener alta nuestra moral, cosa que es muy necesaria esta noche». Como en cualquier batalla, no todos los participantes demostraron tener madera de héroe. Tras los repetidos bombardeos alemanes sobre el aeródromo avanzado de la RAF en Manston, el personal de tierra permaneció hacinado en los refugios antiaéreos y se negó a salir de ellos y ocuparse del mantenimiento de los Hurricane. El trabajo tuvieron que hacerlo los tripulantes de los cazas nocturnos Blenheim, que todavía se encontraban fuera de servicio.

El primer ministro siguió atentamente el desarrollo de los enfrentamientos cada día. El Servicio Secreto de Inteligencia advirtió que estaba a punto de producirse un desembarco alemán en Gran Bretaña. Pero no resultaba fácil mantener al pueblo británico a un nivel tan alto de expectación. El 3 de agosto, Churchill se vio obligado a hacer una declaración: «El primer ministro desea hacer saber que la posibilidad de los intentos de invasión por parte de los alemanes sigue vigente». Llevó este espíritu a su propio hogar. Downing Street y las estancias subterráneas del gabinete de guerra

estaban protegidas por pensionistas de la marina real, y la mansión de Chequers por una compañía de la Guardia. El primer ministro se encargó personalmente de realizar varios simulacros de alerta ante la posibilidad de un lanzamiento de paracaidistas alemanes sobre St. James's Park. «Parecerá muy extraño hoy día, pero en el verano de 1940 nos lo tomábamos todos muy en serio», recordaba un funcionario de la secretaría del gabinete.

Churchill se ejercitaba con un revólver y con su propio rifle Mannlicher en un campo de tiro en Chequers, realizando los entrenamientos completamente en serio y no sin una agradable excitación. Era extraño que, después de utilizar fuerzas especiales con gran efectividad durante la guerra relámpago de mayo en el continente, los alemanes no mostraran luego demasiado interés en sus posibilidades. Un ataque directo contra Churchill en 1940, probablemente a manos de un comando de paracaidistas lanzados sobre Chequers, les habría producido muy buenos dividendos. Gran Bretaña tuvo suerte de que semejante tipo de acciones piráticas ocupara en la mente de Hitler y en la doctrina de la Wehrmacht un lugar mucho menor que en la imaginación de Churchill. En el verano de 1940, los alemanes no se habían dado cuenta todavía de lo primordial que era la figura del primer ministro para el esfuerzo de guerra de Gran Bretaña.

El suministro de aviones para el Mando de Cazas constituía un factor fundamental. Aunque la propaganda aplaudía las hazañas del Ministerio de Producción de Aparatos Aéreos, la gestión del mismo por lord Beaverbrook provocaba en Whitehall duras críticas.

Durante algunas semanas el ministro dirigió el departamento desde su residencia particular, Stornoway House, en Cleveland Row, detrás del hotel Ritz. Resulta fácil comprender por qué mucha gente, entre otros ni más ni menos que Clementine Churchill, deploraba la actitud del magnate de la prensa convertido en barón, por entonces de sesenta y un años. En otro tiempo había sido partidario de la política de apaciguamiento y antes de la guerra había subvencionado en secreto la carrera política de sir Samuel Hoare, el más brillante de los ministros de Chamberlain. En enero de 1940, Beaverbrook habló al duque de Windsor, el ex rey Eduardo VIII, acerca de una posible oferta de paz a Alemania. El 6 de mayo afirmó en el *Daily Express*, periódico de su propiedad, que Londres no sería bombardeada y que los alemanes no atacarían la línea Maginot. El ayudante del *Führer*, Rudolf Hess, dijo después a Beaverbrook: «A Hitler le gusta usted mucho». El historiador G. M. Young ha señalado que Beaverbrook parecía un médico expulsado de la carrera por haber llevado a cabo una operación ilegal. Se dijo en una ocasión de sus periódicos que nunca apoyaron una causa que fuera honrada ni que se viera coronada por el éxito. El rey se opuso a su inclusión en el gabinete, pero el 10 de mayo de 1940, fecha de su nombramiento como primer ministro, Churchill escogió precisamente a ese antiguo colega del gobierno de Lloyd George de 1917-1918 como compañero de mesa durante el almuerzo.

Beaverbrook logró atraer a Churchill con un hechizo que no llegó a romperse nunca a pesar de su petulancia de viejo amigo, su deslealtad y sus insultantes meteduras de pata. La riqueza que



poseía aquel magnate nacido en Canadá impresionaba al primer ministro de una manera casi mística. Churchill reconocía en el «querido Max» a otro personaje original como él, lleno de juguetona simpatía, rasgo muy difícil de encontrar aquel verano en Downing Street. A menudo se ha comentado que Churchill tenía muchos acólitos, pero pocos amigos íntimos. Más que cualquier otra persona, excepto su esposa, Beaverbrook calmaba la soledad provocada por la apurada situación y las responsabilidades del primer ministro. La fe de Churchill en la idoneidad de su antiguo camarada para el gobierno era excesiva. Pero entre los colegas de gabinete de Beaverbrook ¿quién estaba más dotado de dinamismo y determinación, rasgos que se consideraban tan fundamentales para hacer frente a los desafíos de 1940?

Como ministro, Beaverbrook trataba sin miramientos a los generales del ejército del aire, intimidaba a los magnates de la industria, desdeñaba los consejos, y prescindía de los debidos procedimientos con tal de obtener el simple objetivo de incrementar la producción de cazas. Mandaba a golpe de puñetazos en la mesa. Jock Colville sugirió en una ocasión que Beaverbrook le robaba a Churchill más tiempo que Hitler. El propio primer ministro comentó el parecido existente entre Beaverbrook y el actor de cine Edward G. Robinson, famoso especialmente por sus papeles de gángster. No cabe negar que Beaverbrook era una especie de monstruo. La RAF lo detestaba. Su éxito en el incremento de la producción de aviones se debió en gran parte a decisiones y compromisos alcanzados antes de que él tomara posesión de su cargo. Sin embargo, durante un

breve período de tiempo se hizo merecedor de agradecimiento por asignar a un área tan fundamental como la de la producción de armas la urgencia que requerían las necesidades del momento. Contó con el apoyo de tres grandes funcionarios —Eaton Griffiths, Edmund Compton y Archibald Rowlands—, junto con el de sir Charles Craven, antiguo director ejecutivo de Vickers Armstrong, y Patrick Hennessy, el director de Ford en Dagenham, de sólo cuarenta y un años. Su otro gran puntal, y a veces su adversario, fue el mariscal del aire sir Wilfred Freeman, que odiaba a Beaverbrook como hombre, pero que admitiría a regañadientes su rendimiento durante aquel verano. Las presiones que debía sufrir a diario el primer ministro eran tremendas. El gabinete de guerra se reunió ciento ocho veces en los noventa y dos días comprendidos entre el 10 de mayo y el 31 de julio. En su cartera ministerial se acumulaba un montón de papeles que parecía no disminuir nunca, «un revoltijo de asuntos operacionales, civiles, políticos y científicos». Desoyendo las objeciones del Departamento de Guerra, promocionó al general de división Millis Jefferis, militar astuto dedicado a la experimentación con nuevas armas, y ordenó que presentara sus informes directamente a Lindemann en el Cabinet Office. Insistió en que diera un destino en consonancia con sus capacidades al general Percy Hobart, inconformista y entusiasta de los acorazados, desestimando las objeciones de Dill con el comentario de que debía recordar que no sólo los niños buenos ayudan a ganar las guerras: «También sirven los chivatos y los canallas». Atormentó a los jefes del ejército apoyando una de las

iniciativas personales más absurdas «del Profe», el despliegue de cohetes aéreos contra la aviación enemiga. Sir Hugh Dowding, del Mando de Cazas, quería que sus hombres mataran a los pilotos alemanes que recurrieran al paracaídas. Churchill, rechazando una conducta que consideraba deshonrosa, no lo permitiría. En un viaje realizado a finales de julio con el almirante Roger Keyes, le dijo que tenía «muchos detractores» como jefe de Operaciones Conjuntas. Keyes le contestó ásperamente: «Tal vez los tenga. Pero, bueno, ahora está usted ahí a pesar de todo». Churchill comentó: «Ahora no tengo competidores para mi trabajo. No lo conseguí hasta que no se metieron en líos». Además de insistir en la urgencia de la producción de cazas, Churchill realizó pocas intervenciones tácticas durante la batalla de Inglaterra, pero una de las más famosas (y con razón) tuvo lugar el 21 de junio en la sala de juntas de Downing Street. Se produjo una acalorada controversia entre Lindemann y sir Henry Tizard, presidente del Comité de Investigación Aeronáutica, a propósito de una sugerencia del Servicio de Inteligencia del Aire en el sentido de que la Luftwaffe pretendía utilizar haces de luz electrónicos para guiar a sus aparatos hasta los objetivos británicos en el curso de sus ataques nocturnos. Tizard negó que semejante técnica fuera factible. Churchill lo convocó, junto con Lindemann y los oficiales de aviación de mayor rango, a una reunión a la que asistió un oficial de los servicios de inteligencia científicos de apenas veintiocho años, R. V. Jones. Pronto se puso de manifiesto que sólo él entendía el asunto. Aunque impresionado por hallarse en compañía de tan grandes personajes,

Jones dijo al primer ministro: « ¿Consideraría útil que les contara toda la historia desde el principio, señor?». Así de pronto la pregunta lo pilló por sorpresa, pero Churchill respondió enseguida: « ¡Bueno, sí, creo que resultaría útil!». Jones tardó veinte minutos en explicar cómo sus propias investigaciones, con la ayuda de los mensajes alemanes descifrados por los servicios Ultra de descripción de Bletchley Park —todavía rudimentarios en aquellos momentos de la guerra—, le habían ayudado a entender los sistemas de ayuda a la navegación de la Luftwaffe. Como era habitual en él, Churchill se vio a sí mismo parafraseando mentalmente unos versos de la colección de relatos folclóricos del siglo XIX llamada *The Ingoldsby Legends*:

*«Y ahora un tal señor Jones se presenta  
ante nos y nos cuenta  
que desde hace quince años  
viene oyendo una algarabía tremenda».*

Cuando Jones acabó sus explicaciones, Tizard expresó de nuevo su escepticismo. Churchill no le hizo caso y ordenó que el joven científico recibiera todo tipo de facilidades para estudiar los haces de luz germánicos. Profundamente consternado al principio por las revelaciones de Jones, se animó cuando el joven «cerebritito» le dijo que, una vez identificadas las longitudes de onda, las transmisiones podrían ser interceptadas. Jones se sintió encantado, como es natural, al ver la receptividad del primer ministro: «Allí había fuerza, determinación, humor, disposición a escuchar, a preguntar por las

investigaciones y, una vez convencido, a actuar». En efecto, los haces de luz fueron interceptados. Jones se convirtió en uno de los oficiales más destacados de los servicios de inteligencia británicos de la guerra. Por desgracia, la carrera de Tizard quedó prácticamente destrozada por su equivocación. Era un viejo enemigo de Lindemann, quien a partir de ese momento dispondría de munición para desacreditarlo. Aunque era un hombre excepcionalmente capacitado que había realizado aportaciones transcendentales para la creación de las defensas de Inglaterra por medio de los sistemas de radar, Tizard no volvió a gozar nunca más de influencia. Pero el episodio de las «luces» permitió ver las mejores cualidades de Churchill: como hombre accesible, imaginativo, perspicaz, decisivo y siempre abierto a las innovaciones tecnológicas.

\* \* \* \*

A partir del verano de 1940, el desciframiento de los mensajes alemanes asumió una importancia cada vez mayor para el esfuerzo de guerra británico. Algunas muestras seleccionadas, a las que se dio el nombre cifrado de «Boniface», eran entregadas diariamente a Churchill, en una caja especial de cuya llave no se permitía disponer ni siquiera a los secretarios particulares. Los jefes de Estado Mayor deploraban que el primer ministro tuviera acceso directo a Ultra, sosteniendo que a menudo se hacía falsas impresiones a partir de informaciones que no habían sido previamente filtradas, y que no entendía el significado de los comunicados del enemigo. Pero Ultra permitió al primer ministro

dirigir la guerra con unos medios con los que no había contado nunca ningún otro líder nacional de la historia. Los informes Ultra desempeñaron un papel transcendental para encauzar las concepciones estratégicas de Churchill, para bien y para mal, y reforzaron su confianza en los comandantes más influyentes.

Las actividades de desciframiento de Bletchley Park, todavía incipientes en 1940, fueron la hazaña más importante de los británicos durante la guerra, y a partir de 1941 se convirtieron en la piedra angular de sus operaciones secretas. El Servicio Secreto de Inteligencia (SIS por sus siglas en inglés) estaba dirigido por el general de brigada sir Stewart Menzies, «C», quintaesencia del oficial y caballero, antiguo presidente del Pop<sup>4</sup> y capitán del equipo XI de cricket de Eton, miembro de la Guardia Real y socio del club White's. Menzies debía su nombramiento a lord Halifax. Su historial resultaba más impresionante como intrigante de Whitehall que como jefe de espías, y el SIS no llegó nunca a disponer de «humint» —inteligencia humana, esto es, información obtenida por medio de agentes— acerca del alto mando del Eje. Antes de que Ultra cogiera ritmo, casi todas las valoraciones realizadas por Menzies, por ejemplo acerca de las intenciones de los alemanes en 1940-1941, fueron clamorosamente erróneas. Menzies tuvo muy poco que ver con el desarrollo de Bletchley Park antes de la guerra, pero gracias a un hábil golpe de mano se hizo con el control administrativo de sus actividades. Se encargaba de presentar personalmente al primer

---

<sup>4</sup> Una de las *Societies* u organizaciones de estudiantes de Eton con capacidad de aplicar la disciplina del centro. (N. del T.)

ministro los bocados más exquisitos preparados por los servicios de descripción, y en consecuencia era siempre bienvenido en Downing Street. Todos los líderes nacionales sienten un estremecimiento de placer cuando tienen acceso a la información secreta. Tal era el caso especialmente de Churchill (como, por lo demás, es natural que así fuera). Menzies, proveedor de los huevos de oro de Bletchley Park, obtuvo un crédito exagerado como propietario de la gallina que los ponía.

Junto con los grandes asuntos de la defensa nacional estaban las responsabilidades constitucionales, entre ellas las reuniones habituales con el monarca. El rey y la reina estaban «un poco soliviantados», según pudo saber Jock Colville, «por el modo displicente en que los trataba: dice que va a venir a las seis, avisa por teléfono de que se retrasará hasta las seis y media, y luego llega a las siete». Sólo un rey se atrevería a sentirse molesto por el retraso de su primer ministro cuando Churchill tenía que supervisar la creación de la ruta de transporte aéreo de Takoradi que llevaba desde el África ecuatorial a Egipto, visitar los aeródromos bombardeados, obligar al Tesoro a pagar las correspondientes indemnizaciones a las casas particulares destruidas por las bombas, y escribir personalmente largas misivas a Neville Chamberlain, víctima en aquellos momentos del cáncer que acabaría con su vida en sólo tres meses. Desde luego había dificultades, reconocía el primer ministro a su antecesor en una carta de 31 de agosto: «Sin embargo, en resumidas cuentas, debo decir que me siento bastante bien con esta guerra». Pero Churchill

se sintió exasperado el 10 de agosto, cuando sir Stafford Cripps, el embajador en Moscú, le presentó un informe detallándole las propuestas de reconstrucción de posguerra. Ya habría tiempo para esas cosas, pero no en el verano de 1940. Sólo a un loco se le habría ocurrido pensar de otra forma.

Mientras tanto, Gran Bretaña iba quedándose sin dinero. La guerra costaba cincuenta y cinco millones de libras a la semana, y Washington se mostraba implacable con sus exigencias de pago inmediato en efectivo por las toneladas de armas y suministros enviados al otro lado del Atlántico. El ministro de Hacienda, Kingsley Wood, propuso que se fundieran todas las alianzas matrimoniales de oro del país, expediente mediante el cual se habrían obtenido veinte millones de libras. El primer ministro respondió que el Tesoro no debía recurrir a una medida tan drástica, a menos que fuera preciso para presumir de ella y avergonzar así a Estados Unidos. El 16 de agosto visitó la Sala de Operaciones del Grupo 11 del Mando de Cazas, y observó atentamente el desarrollo de los combates de la jornada en la gran mesa de dibujo. Cuando regresaba a Chequers en su automóvil, «Pug» Ismay, su jefe de Estado Mayor, hizo cierto comentario. Churchill respondió: «No me hable. Nunca me he sentido tan conmovido». Tras unos minutos de silencio, se inclinó hacia delante y dijo: «En el terreno de los conflictos humanos nunca tantos han debido tanto a tan pocos». Ismay escribió: «Sus palabras se quedaron clavadas en mi cerebro». Aquel día, el Centro de Información Conjunta comunicó su creencia de que Hitler no



tomaría ninguna decisión respecto a la invasión hasta tener claro el resultado del enfrentamiento aéreo. El 24 de agosto cayeron las primeras bombas alemanas sobre la periferia de Londres, y los aeródromos del Mando de Cazas resultaron de nuevo gravemente dañados.

\* \* \* \*

El domingo 1 de septiembre, otro de los días en que los servicios de inteligencia sugirieron que podría tener lugar la invasión, pasó sin que se produjeran mayores incidentes. El día 3, el gabinete de guerra se reunió por segunda vez en la nueva Sala Central de Guerra subterránea. Churchill declaró que era «lamentable» que las fábricas británicas tuvieran previsto producir sólo quinientos mil fusiles hasta finales de 1941. El 5 de septiembre utilizó el mismo calificativo para deplorar la pasividad a la que, aparentemente, había quedado reducida la marina real tras negarse a bombardear las nuevas baterías alemanas de Cap Gris Nez, apenas a veinte millas de la costa del sur de Inglaterra. Dijo a Cunningham, comandante en jefe de las fuerzas del Mediterráneo, que la supuesta vulnerabilidad de su flota frente a la aviación italiana era «exagerada». Instó a la rápida construcción de lanchas de desembarco para facilitar las incursiones en las playas enemigas que tan ansioso estaba por lanzar.

Un bromista del Ministerio de la Guerra descubrió en el libro de Job una descripción de un caballo de guerra que los generales pensaron que encajaba perfectamente con la imagen de su superior político: «Piafa de contento en la llanura, se lanza con brío al encuentro de

las armas: se ríe del miedo y no se asusta de nada, no retrocede delante de la espada. Por encima de él resuena la aljaba, la lanza fulgurante y la jabalina. Rugiendo de impaciencia, devora la distancia, no se contiene cuando suena la trompeta. Relincha a cada toque de trompeta, desde lejos olfatea la batalla, las voces de mando y los gritos de guerra». Pero aunque Churchill no desdeñara nunca los gestos y los símbolos del guerrero, lo que le interesaba también era el fondo de las cosas. Cada noche, le dijo a Colville, «me someto a un verdadero consejo de guerra para ver si he hecho algo eficaz durante la jornada. Y no me refiero sólo a dar patadas en el suelo como hacen los caballos —cualquiera puede actuar mecánicamente—, sino a algo realmente eficaz».

A cualquier historiador, como a los contemporáneos de Churchill, le cuesta trabajo concebir cómo era para él soportar la responsabilidad de mantener viva la civilización europea. Harold Nicolson escribió acerca de la enorme distancia que separaba al primer ministro del común de los mortales. Sus ojos eran «opacos, vigilantes, airados, combativos, visionarios y trágicos... los ojos de un hombre que está muy preocupado y es incapaz de fijar su atención en cosas de poca importancia... Pero en otro sentido son los ojos de un hombre enfrentado a una verdadera ordalía o a una tragedia, unos ojos en los que se combinan la amplitud de miras, la truculencia, la resolución y una gran infelicidad». Durante toda la guerra hubo momentos en los que Churchill sintió la opresión de la soledad, una soledad que sólo la compañía de Beaverbrook parecía capaz de aliviar. Fue por decisión personal, por su determinación realmente

infatigable, por lo que delegó en otros tan pocas responsabilidades de mando. Pero la emoción y la exaltación que suponía representar su papel daban paso a veces a una sensación de abatimiento para superar la cual era necesaria toda su fuerza. En 1940 supo mantener perfectamente bien su ánimo, pero durante los siguientes años de la guerra se mostró propenso a arrebatos de autocompasión, a menudo acompañados de lágrimas.

La conciencia que tenía el personal particular del primer ministro de la carga de responsabilidad que pesaba sobre él hacía que le perdonara sus estallidos de falta de cortesía e intemperancia. Los ministros y los altos jefes de las fuerzas armadas se mostraron menos compasivos. Sus críticas al comportamiento de Churchill eran bastante humanas y objetivamente justas. Pero reflejan lapsos de imaginación. Pocos hombres en la historia de la humanidad han tenido que soportar una carga tan pesada, siempre presente en la primera línea de su conciencia e incluso de su subconsciente. Los sueños lo agobiaban cuando dormía, aunque rara vez revelara a otros su naturaleza. Lo asombroso es que en sus horas de vigilia conservara tanta jovialidad. Aunque era un hombre profundamente serio, desplegaba una capacidad de alegría tan notable como su poder de concentración y su memoria, o su infatigable compromiso con el trabajo duro. Pocas veces, si es que en alguna ocasión se ha dado el caso, un gran líder nacional ha desplegado una capacidad tan grande de entretener a su pueblo, haciéndole reír incluso en medio de las penalidades de la guerra.

Churchill no dudó nunca de su genio (a sus subordinados les habría gustado a menudo que lo hiciera). Pero hubo muchos momentos en los que su confianza en un resultado feliz se tambaleó ante las malas noticias provenientes del campo de batalla. Creía que el destino lo había señalado a él para entrar en la historia como salvador de la civilización occidental, y esa convicción se reflejaba en sus más mínimas palabras y acciones. Cuando un trabajador de Dover dijo a un compañero suyo al paso de Churchill: «Ahí va el maldito imperio británico», el primer ministro se sintió encantado. «¡Muy bonito!», susurró a Jock Colville, con la cara radiante. Pero, en profundo contraste con Hitler y Mussolini, conservó en todo momento una humanidad, una conciencia de que estaba hecho de barro mortal, que rara vez perdió su capacidad de conmover los corazones de los que estaban a su servicio, del mismo modo que la brillantez de su conversación provocaba la veneración que sentían por él.

No tenía miedo de nada excepto de la posibilidad de la derrota. Un día, yendo precipitadamente de Downing Street al Anexo con Colville, vestido con su habitual uniforme de levita corta negra, pantalones a rayas y pajarita azul con pintitas blancas, oyeron el silbido de las bombas al caer. El joven funcionario intentó cubrirse mientras a su alrededor resonaban las explosiones. Se levantó y vio cómo el primer ministro seguía avanzando a grandes zancadas por King Charles Street, con el bastón de pomo dorado en la mano.

Disraeli dijo en una ocasión: «Los hombres deberían ser siempre difíciles de tratar. No puedo soportar a los hombres que vienen a

cenar contigo cuando tú quieras». Churchill, con sus modales turbulentos y sus momentos de insociabilidad, desde luego habría satisfecho plenamente esa exigencia. Se suponía que las mecanógrafas del primer ministro debían entender de inmediato el significado de algunas órdenes apenas farfulladas, del tipo: «Pásame a “Pug”». Cuando se les dictaba, se les exigía que respetaran todos los matices de su lenguaje extraordinariamente preciso. En una ocasión Alan Brooke se sintió ofendido porque Churchill le gritó por teléfono: « ¡Largo de aquí, atontado!». Fue necesaria la intercesión del personal al servicio del primer ministro para calmar la susceptibilidad herida del general, explicándole que Churchill, que se hallaba en la cama cuando llamó Brooke, había dicho esas palabras a su gato negro, *Smokey*, que andaba mordisqueándole los dedos de los pies. Jock Colville y el auxiliar de secretario particular del rey, Tommy Lascelles, discutieron un día que almorzaron juntos «si en todos los grandes hombres solía haber un toque de charlatanismo», y naturalmente se referían al primer ministro. Algunas personas puntillosas rechazaban lo que percibían como crueldad de Churchill, aunque el agregado militar norteamericano Raymond Lee lo aplaudía calificándolo de «luchador pendenciero y sin escrúpulos... que está perfectamente cómodo a la hora de tratar con Hitler y Mussolini».

Churchill estaba obsesionado consigo mismo, pero mostraba ráfagas de interés por sus más íntimos justo con la frecuencia necesaria para evitar que se sintieran molestos por su egoísmo. Después de lanzar un exabrupto, de repente posó su mano sobre el

hombre de su secretario particular, John Martin, y le dijo: «Sabe usted, puede que le parezca muy raro, pero en realidad sólo soy rudo con un hombre: Hitler». Manifestó su disgusto por no haber tenido tiempo de conocer a Martin en los primeros momentos de su relación, allá por el mes de mayo.

Siempre estaba encantado de recordar cosas de sí mismo, pero no era amigo de charlatanerías, en el sentido de que quisiera mostrar un interés cortés por las cosas de los demás, excepto por aquéllas que pudieran ser importantes para el estado. Se mostraba reacio incluso a fingir prestar atención a gente que no atraía su interés. Leo Amery lo comparaba con el líder británico de la primera guerra mundial: «Lloyd George era puramente superficial y receptivo, a consecuencia de su relación con sus colegas, y en ausencia de ellos, era como si no existiera, mientras que Winston es literario y se expresa a sí mismo casi sin necesidad de contacto con la mente de los demás». «Pug» Ismay sacudió la cabeza disgustado en cierta ocasión en la que el primer ministro estuvo una hora entera esperando a la tripulación de un barco para lanzarles un discurso: «Ha estado muy feo por parte del primer ministro. Es por culpa de toda esa energía desenfrenada».

El médico de Churchill, sir Charles Wilson, hablaba de la «formidable muralla de indiferencia que muestra hacia las mujeres», y que sólo su esposa Clementine y sus hijas eran a veces capaces de escalar. Clementine —excitable, profundamente moralista y sensible a la vulgaridad— a menudo era desatendida, e incluso vapuleada, en la seguridad de que siempre estaba allí. No obstante, al margen

de su inquebrantable lealtad a su marido, conservó asombrosamente siempre una constante decisión a rechazar los excesos de éste y a arreglar los platos rotos en sus relaciones. El 27 de junio escribió una carta que se ha hecho justamente célebre:

*Querido Winston, uno de los hombres de tu entorno (un amigo devoto) ha venido a verme y me ha dicho que corres el riesgo de resultar desagradable en general a tus colegas y subordinados debido a tus modales rudamente sarcásticos y despóticos... Mi querido Winston: debo confesar que yo misma he notado un deterioro de tus modales, que no eres tan amable como solías. Tú eres el que da las órdenes y si éstas no se cumplen correctamente, puedes echar a la calle a todo el mundo, a excepción del rey, del arzobispo de Canterbury y del Speaker de la Cámara. Por consiguiente, teniendo como tienes un poder tan terrible, debes saber conjugar la urbanidad, la amabilidad y, si te es posible, una serenidad olímpica... No puedo soportar que las personas que sirven al país y que te sirven a ti no te amen tanto como te admiran y te respetan. Además no obtendrás los mejores resultados por medio de la irascibilidad y la grosería. Guardarán hacia ti animosidad o una mentalidad de esclavo... « ¡Y la rebelión en tiempos de guerra está fuera de todo lugar!». Por favor, disculpa a tu devota, atenta y amantísima.*

*Clemmie*

Esta nota, cuya firma iba decorada con el dibujo de un gato, fue hecha pedazos por su autora. Pero cuatro días después, la

recompuso y se la entregó a su esposo (es la única carta que sepamos que le escribiera en 1940). No sólo él, sino todo el país, debe mucho a semejante mujer. Más que cualquier otro ser humano, Clementine impidió que Churchill sucumbiera a la tentación de ejercer una autoridad casi absoluta sobre su país.

Churchill no tuvo prácticamente tiempo de leer ni un libro en 1940, pero dedicaba mucha atención a la prensa diaria, auténtica ventana abierta al sentir del pueblo británico. El hambre de información del primer ministro era insaciable. Con frecuencia llamaba por teléfono personalmente al *Daily Telegraph* o al *Daily Express* a medianoche para preguntar cuál era la «sensación» que iban a incluir en portada al día siguiente. Una noche, en Chequers, hizo que Colville llamara tres veces al Almirantazgo pidiendo noticias. A la tercera, el capitán de servicio que se encontraba al otro extremo del hilo telefónico, lleno de exasperación, cedió a la invectiva. El primer ministro, que oía el murmullo de la conversación desde el otro extremo, supuso que debía de haber sido hundido al menos un crucero. Quitó el auricular a Colville, «para verse sometido a una andanada de improperios malsonantes que claramente lo dejaron fascinado. Tras permanecer a la escucha uno o dos minutos replicó con gran humildad que sólo era el primer ministro y que simplemente preguntaba si había noticias de la marina».

Detestaba la actividad física gratuita, a diferencia de la que se realizaba con alguna finalidad, y le gustaba relajarse jugando a béciga o a backgammon, entretenimientos a los que podía uno entregarse sin abandonar la conversación. Sus compañeros de juego



se fijaron en su falta de destreza manual, evidente cada vez que sus dedos gordezuelos barajaban las cartas. «Tiene más ingenio que sentido del humor», señaló Charles Wilson. Colville comentó que, aunque sonreía e incluso se le oía a menudo lanzar una risita sofocada, Churchill no se reía abiertamente nunca, quizá por considerarlo una vulgaridad. La devoción que inspiraba a la mayoría de los que estaban a su servicio provenía de su actitud a la vez grandiosa y exenta de pomposidad. Un domingo, a primera hora de la mañana, en su dormitorio de Chequers, Colville notó que Churchill «se cayó entre la silla y el taburete, acabando por adoptar en el suelo una postura de lo más absurdo, con los pies por los aires. Al no tener un falso sentido de la dignidad, trató el incidente como una simple broma y lo repitió varias veces, “igual que un auténtico Charlie Chaplin”». Mostraba una falta de timidez por la propia desnudez característica de los antiguos alumnos de un colegio privado inglés, de los soldados y los patricios acostumbrados a mirar a los servidores como meras extensiones del mobiliario.

A sus ministros y a sus altos cargos les inspiraba unos sentimientos más ambiguos. Éstos se veían obligados a soportar sus monólogos, y a veces sus farragosos recuerdos, cuando mucho más útil habría resultado para él prestar atención a sus informes y —al menos eso creían ellos— a sus opiniones. «Winston se regodea con el sonido de sus adjetivos», escribía Charles Wilson. «Le gusta utilizar cuatro o cinco palabras, todas ellas con el mismo significado, igual que un viejo que le enseña a uno sus orquídeas; no para hacer ostentación de ellas, sino porque le encantan las flores. Los personajes de sus

anécdotas no vuelven a la vida; son enterrados en un gran sepulcro de palabras... Sucede así que sus oyentes, cansados de las fatigas de la jornada, no aguarden más que la mínima oportunidad de meterse en la cama, dejando a Winston hablando con los que no se atrevieron a levantarse e irse».

Su volubilidad, a veces en cuestiones de máxima gravedad, exasperaba a aquéllos que tenían grandes responsabilidades. Ian Jacob observaba: «Nadie podía prever cuál iba a ser su opinión sobre un problema». Para cualquier general o miembro de la administración exhausto, que no podía, como el primer ministro, escoger sus horas de trabajo, resultaba mortificante oír que Churchill no podía discutir ninguna cuestión de vital importancia a primera hora de la tarde, pues a la puerta de su dormitorio había colgado un cartelito que llevaba la sacrosanta palabra «Descanso». Y luego el infortunado oficial o ministro era convocado a trabajar a media noche o incluso más tarde.

La crítica más demoledora realizada contra Churchill por un personaje importante era que no toleraba ningún tipo de pruebas que no se adecuaran a su propio instinto, y que a veces mostraba una actitud caprichosa e irracional. Las demostraciones de sabiduría suprema se combinaban con estallidos de petulancia infantil. Pero una vez concluidas las disputas, una vez acabado el griterío, en las cuestiones importantes cedía habitualmente ante la razón. Más o menos de la misma manera, los subordinados a los que exasperaban sus excesos en los momentos «normales» —en la medida en que la guerra admitiera alguno— se asombraban ante el

modo en que el primer ministro era capaz de estar a la altura de la crisis. Las malas noticias sacaban de él lo mejor que tenía. Los desastres le inspiraban reacciones que obligaban a todo el mundo a reconocer su grandeza. Pocos colegas dudaban de su genio, y todos admiraban su inquebrantable compromiso con la guerra. John Martin habla del «fermento de ideas, la persistencia en realizar propuestas, en incitar a los altos mandos a atacar: todas ellas eran expresiones de una energía ardiente y explosiva sin la cual aquella enorme maquinaria, civil y militar, no habría podido ser movilizada de manera tan firme ni gobernada en medio de tantos reveses y dificultades». Churchill dirigía los asuntos de su país con una confianza en sí mismo que a veces quizá estuviera mal encauzada, pero que proporcionaba un elixir de esperanza a aquéllos que padecían la enfermedad crónica de los miedos racionales. En medio del mar de problemas en que se hallaba inmersa Gran Bretaña, él representaba un faro de calor y humanidad, de fuerza de voluntad y de valor supremo, virtudes por las cuales hasta sus compatriotas más exaltados y escépticos se mostraron agradecido

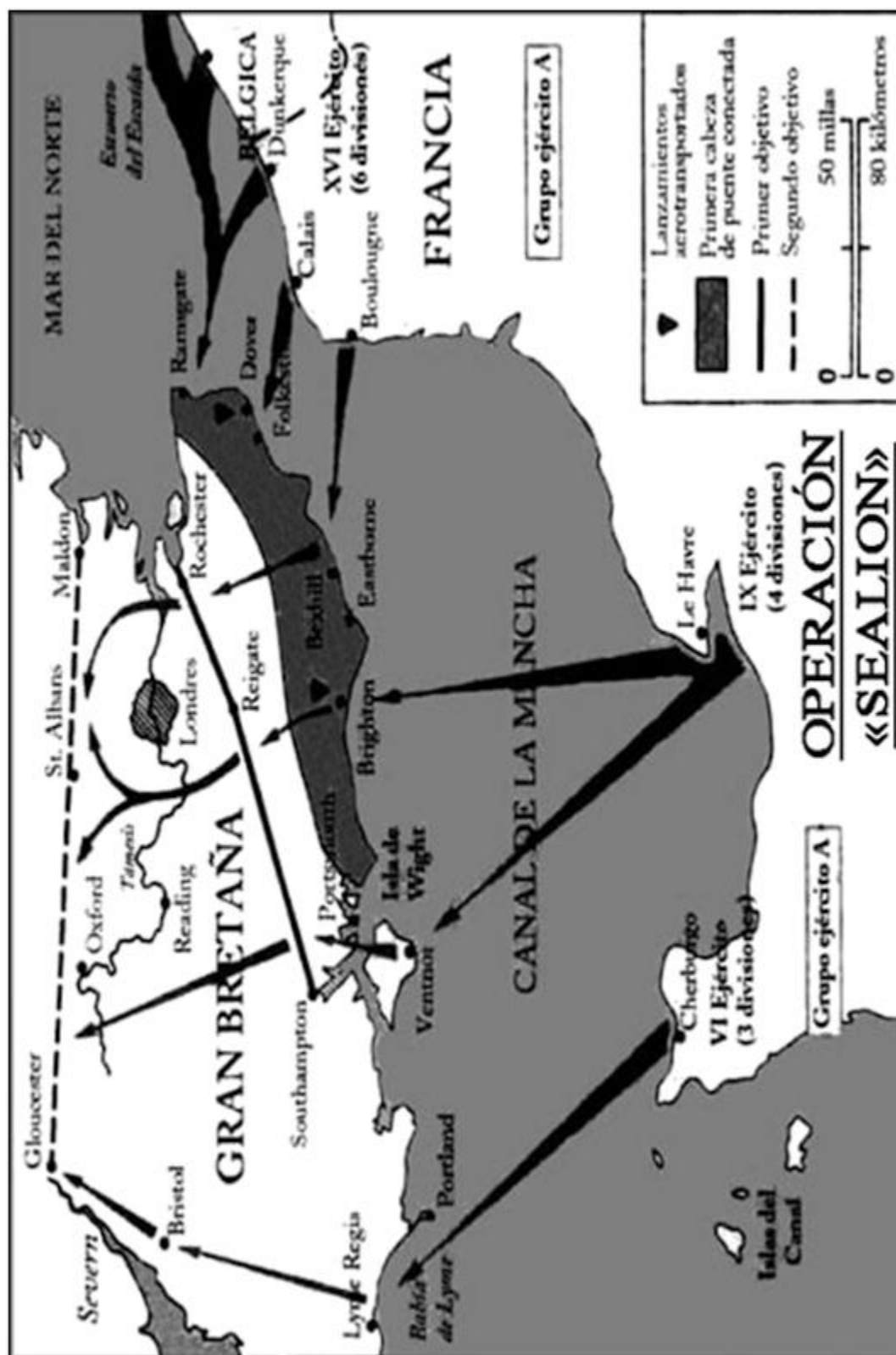
\* \* \* \*

Persiste la ilusión generalizada de que en 1940 Churchill realizó constantes alocuciones por radio al pueblo británico. En realidad pronunció sólo siete discursos a través de la *BBC* entre los meses de mayo y diciembre, apenas uno al mes. Pero el impacto de esas alocuciones fue tremendo sobre un país que en aquellos momentos estaba pendiente de los receptores de radio como en otro tiempo los marineros azotados por la tormenta se ataban a los mástiles de sus

naves. No había ningún ejército inglés avanzando cuyos pasos hubiera que seguir en el mapa, ni flotas que cosecharan victorias. Sin embargo, las agitadas frases del primer ministro, sus inquebrantables certezas en un mundo de tiranos enloquecidos, supieron mantener en su sitio a su pueblo y a su isla. Aquel verano pocas intervenciones suyas fueron más significativas que la que realizó el 23 de agosto, en el momento culminante del supuesto peligro de invasión alemana. Las gastadas defensas del país se vieron reducidas todavía más tras el envío al Comando de Oriente Medio, a las órdenes del general sir Archibald Wavell, de ciento cincuenta y cuatro tanques valiosísimos, con los que debía hacer frente al ataque previsto de los italianos contra Egipto. Además de los blindados, le mandaron cuarenta y ocho cañones de veinticinco libras, veinte Bofors, quinientas ametralladoras ligeras Bren y doscientos cincuenta fusiles antitanque. Ésta fue una de las decisiones más difíciles que tuvo que tomar Churchill durante la guerra. Debemos dar a Eden y a Dill el mérito que les corresponde por instarle a hacerlo, en vista de las dudas mostradas al respecto en un principio por el primer ministro. Es imposible que tomaran una decisión semejante sin tener la profunda creencia, un convencimiento casi perverso de que Hitler no iba a atreverse a realizar la invasión; y quizá también la certeza de que la defensa de Gran Bretaña se basaba fundamentalmente en el poderío de la RAF y de la marina real, y no en el ejército de tierra.

No es de extrañar que un paisano ignorante como «Chips» Channon escribiera el 16 de septiembre que aguardaba la «invasión casi

segura» del país. Más curioso es que los altos mandos militares y los jefes del Servicio de Inteligencia compartieran esos temores, suponiendo que pudiera producirse sin previo aviso una incursión alemana masiva. Las operaciones anfibias, a diferencia de los desembarcos allí donde no existen instalaciones portuarias, no requieren meros transportes mecánicos de tropas de mar a tierra. Son consideradas las operaciones bélicas más difíciles y complejas. Fueron precisos dos años de planes y preparativos antes del regreso a Francia de los ejércitos aliados en junio de 1944. Es cierto que en el verano de 1940, Gran Bretaña se hallaba casi en cueros, mientras que cuatro años después el Muro Atlántico de Hitler se encontraba terriblemente fortificado y guarnecido. En 1940, Gran Bretaña carecía del profundo conocimiento del sistema alemán de comunicaciones sin cable que se alcanzaría más tarde durante la guerra, de modo que los jefes de Estado Mayor tenían sólo una idea fragmentaria de los movimientos de la Wehrmacht por el continente.



Con todo, no deja de ser extraordinario que hasta finales del otoño, cada vez que se producían las mareas propicias, los altos mandos británicos temieran que llegara a las costas del sur o del este de la isla un gran ejército alemán. La marina advirtió —aunque el primer ministro no lo creyera nunca— que los alemanes podrían llevar a cabo un desembarco por sorpresa de cien mil hombres. Los preparativos más importantes del enemigo con vistas a una invasión fue la concentración de 1918 barcasas en la costa de Holanda. Los responsables de planificación militar de Hitler pensaron en trasladar a tierra una primera oleada de tres regimientos aerotransportados, nueve divisiones y ciento veinticinco mil caballos, entre Ramsgate y Lyme Bay, tarea para la cual las naves disponibles eran totalmente inadecuadas. Otro problema serio, que no llegó a resolverse nunca, era que para efectuar el desembarco al amanecer que en un primer momento habría deseado la Wehrmacht, habría sido preciso cruzar el Canal de la Mancha de noche. Habría sido casi imposible embarcar a las tropas y concentrar las lanchas sin llamar la atención de los británicos. La marina alemana, que nunca fue demasiado fuerte, se había visto gravemente debilitada por las pérdidas sufridas durante la campaña de Noruega. Los defensores habrían dispuesto al menos de seis horas de oscuridad para atacar a los convoyes invasores alemanes, sin peligro de que interviniera la Luftwaffe. La marina real desplegó alrededor de veinte destructores en Harwich, y un contingente similar en Portsmouth, junto con una importante cantidad de cruceros. Los convoyes invasores que cruzaran el Canal habrían

sufrido pérdidas enormes, probablemente fatales. Cuando se hiciera de día, los pilotos alemanes se habrían mostrado mucho más hábiles que los de la RAF y que los del Brazo Aéreo de la Armada lanzando ataques contra los barcos, y los buques de guerra defensores habrían salido bastante malparados. Pero para una flota anfibia alemana los riesgos de destrucción habrían sido enormes. La marina real británica, con una superioridad numérica de diez a uno respecto a la flota alemana, supuso el elemento disuasorio decisivo de la operación «León Marino».

Los británicos, sin embargo, casi con la única excepción del primer ministro, pensaban que todos los peligros los amenazaban a ellos. Dill, el jefe del Estado Mayor General del Imperio, parecía «como todos los demás militares... muy preocupado y lleno de ansiedad por la invasión, convencido de que las tropas no están bien entrenadas y de que quizá no sean muy fiables». En su calidad de comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa, Brooke escribía el 2 de julio acerca de «la debilidad de nuestras defensas». La marina real temía que, si daban comienzo los desembarcos alemanes, no pudiera contar con apoyo adecuado de la RAF. El almirante sir Ernie Drax, comandante en jefe del sector Norte, declaraba que «no [estaba] convencido de que... la cooperación de nuestros cazas esté asegurada».

Los temores de los máximos responsables de las distintas armas respecto a las consecuencias de que los alemanes logran establecer una cabeza de playa estaban justificados. Brooke creía, probablemente con razón, que si los invasores llegaban a la costa,



Churchill intentaría asumir personalmente el mando de la batalla en tierra firme... con unas consecuencias catastróficas. A falta de desembarco, el primer ministro pudo desempeñar, eso sí, su extraordinaria función moral. Los temores que abrigaban los generales británicos de que se produjera un ataque sin avisar reflejaban el trauma que les había causado la derrota sufrida en Francia. Esta experiencia ofuscaba su juicio acerca de los límites de lo posible, incluso en lo tocante a la Wehrmacht de Hitler. Churchill, en cambio, abrigó siempre dudas sobre si el enemigo llegaría por fin o no. Se dio cuenta de cuál era el problema fundamental: la invasión representaba una jugada mucho más importante que el ataque de Alemania contra Occidente del día 10 de mayo. La operación «León Marino» no podía salir bien sólo en parte. Debía de alcanzar un éxito total o ser un fracaso absoluto. Teniendo en cuenta el dominio que ejercía sobre el continente y la impotencia del ejército británico, Hitler no tenía necesidad de jugárselo todo a esa carta.

Pero el primer ministro se había comprometido en cuerpo y alma a seguir adelante con la guerra. En el verano y el otoño de 1940, preparar una defensa frente a la invasión no sólo era esencial, sino que representaba casi la única actividad militar de la que era capaz Gran Bretaña. Era fundamental para excitar los ánimos del pueblo británico. Si dejaban que la gente se instalara en la pasividad, contemplando con temor la magnitud del poderío alemán, capaz de conquistarlo todo al otro lado del canal de la Mancha, ¿quién podía asegurar que iba a mantenerse en pie su voluntad de defenderse?

Uno de los grandes logros de Churchill durante aquellos meses fue convencer a todos los hombres y mujeres del país de que tenían un papel que desempeñar en el drama más grande de su historia, aunque la utilidad práctica de sus acciones y de sus preparativos fuera a menudo ridículamente pequeña. Robert Hichens, joven teniente de la marina real, escribió: «Siento una alegría inmensa por ser británico, el único pueblo que se ha levantado contra el chantaje de la guerra aérea».

\* \* \* \*

Entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre, la Luftwaffe realizó seiscientas salidas diarias. Morían centenares de civiles británicos. La destrucción aumentaba de manera incesante. Pero el 7 de septiembre marcó un punto de inflexión en la batalla de Inglaterra. Göring cambió el objetivo de sus ataques, olvidándose de los aeródromos de la RAF y concentrándose en la ciudad de Londres. Sigue vivo un debate estéril sobre si fue Gran Bretaña o Alemania la primera que se dedicó a lanzar ataques contra las ciudades enemigas. El 25 de agosto, a raíz de las bajas causadas en la población civil por las bombas de la Luftwaffe caídas sobre Croydon, Churchill en persona ordenó que el Mando de Bombarderos de la RAF realizara una operación de represalia sobre Berlín. Algunos altos oficiales de la RAF opusieron resistencia, arguyendo que, teniendo en cuenta las fuerzas disponibles, el impacto de un ataque semejante no habría sido muy grande y que probablemente habría incitado a los alemanes a emprender acciones más destructivas contra zonas urbanas británicas. Churchill no les hizo caso y

respondió: «Han bombardeado Londres, de manera intencionada o no intencionada, y el pueblo británico y Londres especialmente deben saber que podemos devolver el golpe. Resultaría conveniente para la moral de todos nosotros». Fueron enviados unos cincuenta bombarderos británicos contra Berlín, y cayeron algunas bombas sobre la capital alemana. Si bien los daños materiales fueron escasos, las autoridades nazis se vieron inducidas a lanzar una respuesta devastadora contra Londres, aunque indudablemente ésta se habría producido de todos modos.

La noche del 7 de septiembre, doscientos aviones de la Luftwaffe sobrevolaron la capital de Inglaterra. El vice mariscal del Aire Keith Park, al mando del Grupo 11, escribió el 8 de septiembre: «La ciudad ardía a lo largo del río. Era una visión espantosa. Pero miré hacia abajo y me dije: “Gracias a Dios por permitir una cosa así”.». Al día siguiente, Churchill visitó el East End, que había resultado gravemente dañado. Vio la miseria y la destrucción, pero sabía que era cien veces preferible que las bombas cayeran en Bethnal Green o en Hackney que no en el aeródromo de Biggin Hill o en las instalaciones de radares de la costa sur. Los alemanes habían cometido un error estratégico decisivo. A partir de ese momento, los centros urbanos británicos pagarían un alto precio por los ataques de la Luftwaffe, primero a la luz del día y luego de noche. Los combates a la luz del día sobre el sur de Inglaterra continuaron hasta finales de octubre. Pero nunca más volvió a estar en peligro la supervivencia del Mando de Cazas. El 11 de septiembre, en una intervención por radio, Churchill dijo al pueblo británico que la

fuerza aérea alemana había «fracasado clamorosamente» en su intento de obtener el dominio aéreo del sur de Inglaterra. En cuanto a la invasión, «no podemos estar seguros de que no vayan a intentarlo». Pero el peligro persistía y había que tomar todas las precauciones.

El 12 de septiembre, cuando el primer ministro visitó Dungeness y North Foreland, en la costa de Kent, en compañía del comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa, Alan Brooke, éste escribió: «Su popularidad es asombrosa, en todas partes la multitud se agolpa y lo vitorea enfebrecida». El general estadounidense Raymond Lee notó una mejora del estado de ánimo incluso entre la clase gobernante, anteriormente tan escéptica respecto a las perspectivas británicas. El 15 de septiembre anotó en su diario: «Gracias a Dios... las opiniones derrotistas expresadas después de lo de Dunkerque no son ya las predominantes». El 17 de septiembre, Churchill dijo en la Cámara de los Comunes que en adelante sus sesiones no debían ser anunciadas de antemano: «No debemos halagarnos imaginándonos que somos insustituibles», dijo dirigiéndose a los demás diputados utilizando un lenguaje magistral que sugería que estaba haciendo confidencias a un grupo de hermanos, «pero al mismo tiempo no puede negarse que doscientas o trescientas elecciones parciales supondrían una complicación bastante innecesaria de nuestros asuntos en la actual coyuntura».

Una vez más, hizo gala de su serena confianza: «Estoy tan seguro como que el sol va a salir mañana, de que nos alzaremos con la victoria». Arengó a Dalton, ministro de Economía de Guerra, con lo

que este mismo, asiduo cultivador de su diario, califica de «su habitual buen sentido, vigoroso y retórico», paseándose mientras tanto arriba y abajo por la sala: «Es ésta una guerra de trabajadores... La voluntad pública lo aguantará todo menos el optimismo... El país no está encontrando la guerra tan desagradable como cabía esperar... Los ataques aéreos están causando menos daños de lo que se esperaba antes de que diera comienzo la guerra... No seáis como el caballero del cuento, que era tan lento poniéndose la armadura que el torneo se había acabado antes de que él saliera al palenque».

Las bombas, que ahora caían sobre las calles de la ciudad, además de hacerlo sobre las fábricas de aviones y los astilleros, causaron al principio cierta alarma en el gobierno. Las gentes humildes de Londres vitoreaban al primer ministro diciendo: « ¡Dale, Winnie!» o « ¡Nosotros podemos aguantar!», mientras él visitaba las zonas de la ciudad afectadas por los ataques. ¿Pero era sincero aquello? Decenas de millares de fugitivos procedentes de las ciudades se convirtieron en «excursionistas», saliendo al campo en cuanto anocheía para huir de los bombardeos nocturnos. Hay testimonios de que en algunas zonas bombardeadas estuvo a punto de producirse una quiebra social. El Mando de Cazas, con su primitivo sistema de radares de interceptación, no disponía de ningún medio eficaz de neutralizar los ataques de la Luftwaffe en la oscuridad. La producción industrial se vio gravemente afectada. La destrucción de viviendas y bienes materiales y el incesante temor a los bombardeos hicieron grave mella en el ánimo de mucha gente.

Sin embargo, aunque siguieran produciéndose incursiones aéreas, la nación aprendió a vivir y a trabajar con sus horrores y sus inconveniencias. Los temores de los ministros respecto a la moral de la población disminuyeron. Churchill llamó por teléfono al Mando de Cazas de la RAF una noche del mes de septiembre para quejarse, indignado, al oficial de guardia: «Estoy en Whitehall, al frente del Cabinet Office, y no puedo ni ver ni oír a un solo avión. ¿Por qué no quitan la Alerta Roja de Londres? Lleva demasiado tiempo tocándonos a nosotros». Los informes diarios de pérdidas infligidas al enemigo que suministraba la RAF alegraban a Churchill y a su pueblo, pero eran muy exagerados. El 12 de agosto, por ejemplo, dijeron a Churchill que habían sido abatidos 62 aviones alemanes, y sólo 25 ingleses. En realidad, la Luftwaffe había perdido únicamente 27. Del mismo modo, dos días después, el Mando de Cazas dijo que se habían producido 78 pérdidas de los alemanes por tres de los británicos, mientras que en realidad Göring había perdido 34 aparatos, y los británicos trece. La unidad Duxford llegó a decir en una ocasión que había destruido 57 aparatos de la Luftwaffe. Resulta que la cifra real fue ocho.

Este abismo entre lo que se decía y lo que sucedía en realidad continuó durante toda la batalla de Inglaterra, y de hecho durante toda la guerra. Alcanzó su punto culminante tras los enfrentamientos del 11 de septiembre, cuando la RAF indicó que el enemigo había perdido 89 aparatos frente a sólo 28 por su parte. En realidad, habían sido abatidos 22 aviones alemanes y 31 británicos. Pero las cifras infladas resultaban muy útiles para el ánimo de los

ingleses, y había una realidad que seguía siendo innegable: la aviación de Göring estaba sufriendo un número insostenible de pérdidas, a razón de dos a uno, frente a las de los escuadrones de Dowding. Ello se debía en parte a que casi todos los pilotos alemanes abatidos eran hechos prisioneros, mientras que los pilotos de la RAF que se lanzaban en paracaídas podían volver a combatir. Más importante aún es el hecho de que la producción de las fábricas aeronáuticas británicas superaba a la de las alemanas. En 1940, la Luftwaffe recibió un total de 3382 nuevos aviones de uno y dos motores, mientras que a la RAF le entregaron 4283 aparatos de un solo motor. La dirección de la industria de guerra británica se vio menoscabada por múltiples errores de juicio y numerosos fracasos. En este caso, sin embargo, obtuvo un éxito brillante y decisivo.

Sir Hugh Dowding, mariscal del aire, comandante en jefe del Mando de Cazas, era un hombre de carácter difícil; no por nada lo llamaban «Estirado». Cometió también sus errores en la batalla de Inglaterra, por ejemplo tardando en reforzar al Grupo 11 cuando se puso de manifiesto que la acometida alemana iba dirigida principalmente contra el sureste de Inglaterra. Casi toda la doctrina táctica inicial del Mando de Cazas resultó errónea. Pero Dowding demostró tener más amplitud de miras que el Ministerio del Aire, por ejemplo al comienzo de la guerra, cuando insistió en la necesidad de adquirir cazas nocturnos equipados con radar y aviones escolta de largo recorrido. Mostró una tenacidad notable en sus propósitos y cometió menos errores de bulto que la parte contraria, y así es justamente como se ganan todas las batallas.

Su contribución más determinante se debió a que supo ver que su finalidad era mantener vivo el Mando de Cazas, y no jugárselo todo a la destrucción de la aviación enemiga. Todos los días dosificaba sus reservas y las guardaba para el siguiente. Churchill no reconoció nunca este refinamiento suyo. La política de Dowding ofendía el instinto del primer ministro, que lo inducía a lanzar todas sus armas contra el enemigo. El militar, espiritualista austero, no podía ofrecer a Churchill una camaradería que resultara a éste de su agrado. El carácter distante de Dowding hacía que no fuera muy popular entre algunos de sus oficiales. Probablemente fuera acertado imponer su retiro, que ya estaba previsto, aunque se produjera más tarde de lo debido, una vez ganada la batalla. No obstante, el modo groseramente abrupto en que se llevó a cabo fue una ignominia según los altos mandos de la RAF. La prudente gestión que llevó a cabo Dowding de sus escuadrones contribuyó de manera decisiva a la victoria británica.

\* \* \* \*

Algunos historiadores afirman hoy día que Hitler no se tomó nunca en serio la idea de invadir Inglaterra. Esta tesis parece que es bastante errónea. Es cierto que los preparativos de las fuerzas armadas alemanas fueron muy poco convincentes, y que los temores británicos de que se produjera un ataque inminente estaban infundados y dicen muy poco a favor de los servicios de inteligencia del país y de los altos mandos de la defensa. Pero es indudable que, como buen oportunista, Hitler habría lanzado con toda seguridad una gran armada contra Inglaterra si la Luftwaffe se



hubiera hecho con el control del espacio aéreo del canal de la Mancha y del sur de Inglaterra. La experiencia mediterránea demostraría enseguida que en un ambiente aéreo hostil, la marina real se habría encontrado con muchos problemas.

La Luftwaffe fracasó, en primer lugar, porque el Mando de Cazas y las instalaciones de control y estaciones de radar asociadas con él estaban magníficamente organizados. Por otra parte, la RAF apenas tenía Hurricanes y Spitfires suficientes y disponía de un número muy justo de pilotos cualificados para enfrentarse a una cantidad superior de aviones enemigos, aunque no tan superior como diera a entender la leyenda en su época. La Luftwaffe empezó la campaña con setecientos sesenta cazas Messerschmitt Bf 109 —su aparato más importante— en buen estado, frente a los setecientos Hurricanes y Spitfires más o menos que tenía la RAF. Casi tan importante como ese dato es que los Bf 109 llevaban sólo combustible suficiente para sobrevolar Inglaterra durante un máximo de treinta minutos. La Luftwaffe poseía la tecnología necesaria para dotar a sus aviones de tanques de combustible de recambio, pero no la utilizó. En efecto, si los Bf 109 hubieran tenido capacidad de permanecer más tiempo en vuelo, el Mando de Cazas se habría encontrado en una situación mucho más apurada. Lo cierto es que los alemanes no pudieron hacer frente a unas fuerzas decididamente superiores en el campo de batalla, y se vieron perjudicados por errores de estrategia y de información. En las primeras fases de la batalla de Inglaterra, las tácticas de combate de la Luftwaffe fueron marcadamente superiores a las fijadas por el

Mando de Cazas. Pero los pilotos de Dowding aprendieron enseguida, y en septiembre igualaron las habilidades de sus adversarios.

La Real Fuerza Aérea (RAF), la más joven y audaz de las tres armas del ejército británico, fue la única que reconoció sin ambages el valor de la publicidad, y que lo explotó con un éxito notable. La batalla de Inglaterra hizo que el prestigio de los aviadores del país subiera como la espuma, y así siguió siendo durante los cinco años siguientes de guerra. La RAF consiguió una aureola y una estimación pública que no perdió nunca. Los altos mandos del ejército de tierra y de la marina, en cambio, desdeñaron a la prensa. «La publicidad es anatema para casi todos los oficiales de la marina», escribió malhumoradamente el almirante sir Andrew Cunningham, comandante en jefe de la flota del Mediterráneo, «y yo no fui una excepción. No veía cómo podía ayudarnos a ganar la guerra». A pesar de las constantes quejas del primer ministro, la marina y el ejército se expusieron sólo a regañadientes a la atención de los medios de comunicación.

La actitud altanera de Cunningham, habitual entre los oficiales de su arma, estaba equivocada. Como siempre supo reconocer Churchill, la guerra moderna se libra en parte en el campo de batalla y en parte también en las ondas, en los titulares de la prensa, y en el corazón de los hombres y las mujeres de un país. En un momento en el que las fuerzas de Gran Bretaña eran tan escasas, era fundamental crear una leyenda que sirviera de inspiración al país y al mundo. A ello contribuyó poderosamente la

RAF en 1940, a través de sus hazañas y de la información de las mismas. La RAF fue una creación del siglo XX, que se ganó la admiración de Churchill, aunque no la entendiera del todo. El primer ministro hizo gala de una emotividad constante ante el valor y los sacrificios de los aviadores. Los hombres del Mando de Cazas y del Mando de Bombarderos nunca fueron blanco de las acusaciones de pusilanimidad que el primer ministro lanzó regularmente contra los soldados del ejército de tierra británico, y a veces también contra los de la marina. Al igual que el pueblo británico, no olvidó nunca que, hasta noviembre de 1942, la RAF fue responsable de la única victoria decisiva conseguida por su país en el campo de batalla, a saber, la que obtuvo contra la Luftwaffe en 1940.

La noche del 2 de octubre, Churchill pasó algunas horas expuesto a la lluvia y al frío sin obtener resultados que merecieran la pena, visitando las posiciones antiaéreas de Surrey en medio de la infernal tiniebla del toque de queda. Ya en el coche, de vuelta a Downing Street en compañía del general sir Frederick Pile, al mando de las defensas antiaéreas, dijo de repente. « ¿Le gusta el Bovril?», pronunciando el nombre de esta marca de concentrado de carne. Eran las cuatro y media de la madrugada. Pile respondió que sí. El primer ministro se sumió en un silencio reconcentrado durante unos momentos y a continuación dijo: «El Bovril y las sardinas están muy buenos juntos... Veremos lo que puede hacer por nosotros el Comisariado en cuanto lleguemos al N° 10». Pile escribiría más tarde: «Muy poco después nos detuvimos a la entrada. El primer ministro llevaba consigo un bastón con el cual

golpeó ruidosamente la puerta. Cuando el mayordomo abrió, el primer ministro dijo: “Göring y Goebbels vienen a presentar sus informes”. Y añadió: “¡Yo no soy Goebbels!”.».

El 11 de octubre, en Chequers, Churchill comentó: «Los esfuerzos de ese hombre flaquean». Pero la Luftwaffe de Göring no era ni mucho menos una fuerza acabada. Los meses de bombardeos nocturnos que aún estaban por venir causaron mucho dolor y mucha destrucción, daños que el Mando de Cazas no pudo evitar debido a la falta de tecnología adecuada. Cuando John Martin llamó una noche al Reform Club desde Downing Street para preguntar en qué medida le había afectado la bomba caída en sus inmediaciones, el botones respondió tranquilamente: «El club está ardiendo, señor». Pero la RAF había impedido a los alemanes hacerse con el control del espacio aéreo británico a la luz del día y les infligió un número insostenible de pérdidas. La Luftwaffe carecía de contingentes suficientes para causar daños transcendentales a los británicos. Al no poder contar con una victoria fácil, Hitler no vio la necesidad de asumir más riesgos continuando con una guerra aérea generalizada. El país y el ejército de Churchill siguieron siendo incapaces de frustrar sus designios en el continente, o de poner en tela de juicio su dominio sobre los pueblos que lo habitaban. Como sospechaba Churchill, previendo un ataque contra Rusia, la atención de Hitler cambió de orientación y se dirigió entonces hacia el este.

La Luftwaffe continuó con sus bombardeos nocturnos sobre Inglaterra durante varios meses hasta bien entrado 1941, y mantuvo la presión sobre la obstinada isla con unos costes mínimos

en pérdidas de aviones. Faltaba de hecho todavía mucho para que los británicos se sintieran libres del peligro de invasión. Las Fuerzas de Defensa seguían preocupando a Churchill y a sus altos mandos. El primer ministro sufrió de nuevo espasmos de inquietud, que lo llevaron a llamar por teléfono al Almirantazgo preguntando por las condiciones del Canal las noches consideradas propicias para el asalto de los alemanes. Pero la llegada del otoño y el abandono de los ataques diurnos por parte de la Luftwaffe hicieron que Gran Bretaña se sintiera casi segura de que estaba libre de peligro hasta la primavera. Churchill había llevado las riendas de su país durante una temporada que él mismo consideró decisiva para su supervivencia.

Al otro lado del Atlántico, fueron muchísimos los americanos que se vieron sorprendidos por esta hazaña suya. La propaganda nazi intentó sacar provecho de una famosa fotografía de Churchill blandiendo un subfusil Thompson para presentar al primer ministro británico como un gánster. Pero la foto en cuestión proyectó una imagen totalmente positiva ante el país de Roosevelt. Allí lo que contaba era que aquella arma era de fabricación norteamericana. A los estadounidenses se les mostró al líder británico utilizando personalmente un arma importada de su país, y eso les encantó. El 30 de septiembre, una encuesta Gallup mostró que el 52 por 100 de los americanos estaban a favor de prestar ayuda al pueblo de Churchill, aún a costa de entrar en la guerra. En el artículo de *Time* titulado «La batalla de Inglaterra» se afirmaba que «Winston Churchill simboliza de un modo [tan] adecuado y encantador la

decisión de Gran Bretaña de no rendirse cuando aparentemente se halla acorralada... Hay algo extraordinario en la democracia inglesa; a saber, que en casi todo momento sale un líder inglés que se convierte en símbolo perfecto de su pueblo. En tiempos de la abdicación de Eduardo VIII, Stanley Baldwin se comportó como el típico inglés. En tiempos de la crisis de Múnich, Neville Chamberlain actuó de una forma lamentablemente típica. Pero por lo que respecta a la cuarta semana de septiembre de 1940, Winston Churchill fue la esencia de su país. Estos tres personajes son tan distintos como la niebla, la lluvia y el granizo, que en definitiva son agua. Pero el país que gobernaban ha cambiado. Esta Inglaterra es distinta... [Churchill] es un *tory*, un imperialista, y ha sido un reventador de huelgas y amigo de denunciar a los rojos; sin embargo, cuando recorre los suburbios de Londres, las mujeres mayores dicen: “¡Dios te bendiga, Winnie!”». Pocas semanas después, Churchill se convirtió por aclamación de los lectores americanos en el Hombre del Año de la revista *Time*.

Una noche, en Chequers, haciendo una metáfora irresistiblemente prosaica, se comparó a sí mismo con «un campesino que lleva por un camino a unos cerdos y va dándoles empujones todo el rato e impidiendo que se extravíen». Declaró que «no podía entender por qué era tan popular». A pesar de su indudable vanidad, lo cierto es que casi todo lo que tenía que contar al pueblo británico eran malas noticias. Su serena seguridad en público enmascaraba una incertidumbre en privado que basta para explicar su cautela en 1940 a la hora de hacer nombramientos gubernamentales y firmar

destituciones. Durante más de una década había sido un hombre repudiado, agarrado de manera harto precaria a un pequeño asidero en las barandillas del poder. Aunque desde mayo de 1940 desempeñó el papel de primer ministro con una extraordinaria convicción aparente, pasaron muchos meses hasta que se sintió seguro de su autoridad. «Durante casi un año después de tomar posesión de su cargo, Winston no tuvo la menor idea de cuál era su fuerza política entre los votantes, lo cual es una bendición», observó su asistente, el comandante Desmond Morton.

\* \* \* \*

Ivan Maisky, embajador soviético en Londres, haría gala en los informes enviados a su país de un entusiasmo cada vez mayor por Churchill: «Ahora puede decirse con seguridad», comunicaba a Moscú a finales de junio, «que la decisión del gobierno de seguir adelante con la guerra ha obtenido un apoyo popular abrumador, especialmente entre la clase trabajadora. La confusión y el abatimiento de los que hablaba yo en los primeros días de la guerra han desaparecido. Los discursos de Churchill han tenido mucho que ver con ello... Aunque hasta el momento Churchill cuenta con el apoyo de la clase trabajadora, la clase dirigente está a todas luces dividida... [La facción] encabezada por Chamberlain está terriblemente asustada y deseosa de firmar la paz con Alemania en unos términos aceptables, sean éstos los que sean... Estos elementos son la verdadera “Quinta Columna” de Inglaterra... El problema es que, pese a la determinación de Churchill de seguir con

la guerra, tiene miedo de dividir al Partido Conservador y de apoyarse en una coalición de trabajadores».

La teoría que tenía Maisky de las divisiones políticas de Gran Bretaña no era del todo fruto de su imaginación. Se equivocaba al atribuir a Chamberlain la dirección de una facción favorable a la paz, pero tenía razón cuando afirmaba que algunos antiguos partidarios de Chamberlain, así como unos cuantos diputados laboristas, seguían deseosos de entablar negociaciones. A finales de junio, el diputado laborista Richard Stokes figuró entre los integrantes de un grupo que se mostró a favor de llegar a un acuerdo negociado. En una carta a Lloyd George, Stokes afirmaba que hablaba como portavoz de un grupo pluripartidista de treinta diputados y diez lores. El 28 de julio, el diputado «Chips» Channon escribía deplorando la noticia de que Chamberlain padecía cáncer: «Se desvanece así la última esperanza de paz». Lord Lothian, embajador británico en Washington, telefoneó a Halifax más o menos por esa misma época suplicándole que no dijera en público nada que supusiera cerrar la puerta a un posible acuerdo negociado. Harold Nicolson expresó su alivio al enterarse de que Halifax no se había dejado impresionar, al parecer, por el «alocado» llamamiento de Lothian. Después de una conversación con cierto hombre de negocios, Raymond Lee escribió: «[El individuo en cuestión] estaba muy interesado por lo que pasaba en la City... vino... a confirmar mi creencia en que la City está dispuesta a aceptar el apaciguamiento en cualquier momento y que se halla un poquito irritada porque no tiene ascendiente alguno sobre



Churchill». David Kynaston, distinguido historiador especializado en la City de Londres, señala que Lee no aporta prueba alguna de esta afirmación. Pero Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, a finales de otoño de 1940 seguía aferrándose a la esperanza de que Neville Chamberlain «recuperara lo que le pertenecía». Una de las grandes personalidades de la City, sir Hugo Cunliffe-Owen, manifestó su deseo de que Churchill fuera sustituido por el laborista A. V. Alexander.

En privado, el primer ministro expresó su preocupación por la lealtad de la clase alta. Entre algunos miembros de la casta dirigente de Gran Bretaña la admiración por su oratoria indiscutiblemente espléndida no significaba la confirmación de su idoneidad para el cargo de primer ministro. En las cenas de algunas grandes casas, los árbitros tradicionales del poder murmuraban entre cucharada y cucharada de sopa acerca de las supuestas vulgaridades, las locuras y el egotismo del atontado gordinflón al que la suerte había colocado con tanta precipitación en Downing Street y le había confiado los destinos de Inglaterra. Algunos individuos de las altas esferas —oficiales de alto rango y políticos destacados— veían con malos ojos su popularidad entre el público. No supieron ver cuán desesperadamente necesitaba el país imaginarse que era dirigido por un superhombre. ¿Quién podía, si no, garantizar su supervivencia?

Durante todo el verano la Cámara de los Comunes se dejó arrastrar por el estado de ánimo de la nación y los deslumbrantes discursos de Churchill. George Lambert, diputado liberal desde 1891, dijo en

una sesión secreta de la Cámara celebrada el 30 de julio que no había escuchado una oratoria semejante desde la época de Gladstone. Pero los viejos chamberlainistas seguían llenos de resentimiento, retirando su confianza y su afecto al primer ministro. Un número considerable de *tories* seguía esperando que su gobierno de crisis durara poco, y hacían cábalas para identificar a un sustituto creíble. «Las opiniones en el Carlton Club están cada vez más en su contra», escribía «Chips» Channon el 26 de septiembre. Cuando Chamberlain murió en el mes de noviembre, se consideró inevitable, por lamentable que fuera, la elección en su lugar de Churchill como líder del partido *tory*. Hasta mucho después los diputados conservadores no mostraron al primer ministro el afecto que habían profesado a su antecesor.

Clementine le aconsejó una y otra vez que no asumiera el papel irremisiblemente parcial de líder de los conservadores. Rechazándolo habría fortalecido su figura de héroe nacional de la guerra. Pero la aceptación de dicho nombramiento venía a satisfacer la ambición de toda su vida. Y lo que es más importante, Churchill sabía perfectamente lo voluble que era el apoyo de la opinión pública y del Parlamento. No estaba dispuesto a soportar ningún otro posible foco de influencia, y mucho menos de poder, como el que pudiera representar la elección de otro hombre —con toda probabilidad Anthony Eden— como líder *tory*. Subsistía un pequeño peligro, desde luego intolerable, de que si Churchill rehusaba, la elección de los *tories* recayera en Halifax. Al primer ministro le parecía esencial asegurarse el control del bloque más numeroso de

votantes de la Cámara de los Comunes. La experiencia posterior hace pensar que probablemente tenía razón. Si se hubiera situado al margen del partido, en el período de estancamiento de 1942 se habría vuelto peligrosamente vulnerable a una sublevación de su partido.

\* \* \* \*

Cuando el otoño dio paso al invierno, el nivel de destrucción causado por los ataques de la Luftwaffe aumentó. Pero también aumentó la confianza del gobierno en los ánimos de la nación. Algunos británicos sentían un entusiasmo casi masoquista por la terrible racha que estaban atravesando. Un ama de casa londinense, Yolande Green, escribió en una carta a su madre: «Creo que es bueno haber sufrido todos los reveses que hemos tenido este año, pues han supuesto una sacudida capaz de hacernos salir de la presuntuosa complacencia que nos dominaba, y han sido más eficaces que las palabras de ánimo de nuestros políticos... el pasado fin de semana hemos tenido bastante tranquilidad a pesar de las seis alarmas [de bombardeo]. Se acostumbra una tanto a ellas que ahora casi no molestan». En el mes de octubre, mientras disfrutaba de un espléndido puro sentado a la mesa del comedor de Chequers, vestido con su flamante mono de bombardeo, Churchill no tuvo inconveniente en comentar con ecuanimidad que, en su opinión, aquél era «el tipo de guerra que le habría ido bien al pueblo inglés, una vez se acostumbrara a ella. Todo el mundo preferiría estar en el frente participando de la batalla de Londres antes que contemplar una matanza en masa como en Passchendaele».

Los bombardeos provocaban montañas de escombros, borraban del mapa monumentos históricos, mataban a miles de personas, causaban desperfectos en las fábricas y ralentizaban la producción. Pero Churchill y sus colegas fueron viendo cada vez con mayor claridad que el tejido industrial de Gran Bretaña era demasiado extenso para resultar vulnerable a la destrucción desde el aire. Los bombardeos aéreos nunca llegaron a amenazar la capacidad de continuar la guerra que pudiera tener Inglaterra. Los bombardeos de ciudades, que unos años antes habían sido considerados por muchos estrategas un arma potencialmente capaz de ganar cualquier conflicto bélico, se comprobó que no tenían unos efectos tan exagerados, a menos que fueran llevados a cabo con unas bombas de un calibre que la Luftwaffe no era capaz de lanzar (y durante muchos años tampoco lo sería la RAF). Millones de británicos llevaron una existencia compuesta a partes iguales de normalidad en el interior de sus hogares y de peligros que podían destruir en cualquier momento todas las cosas que los rodeaban y que pudieran considerar queridas. Casi noventa años antes, el novelista Anthony Trollope visitó Estados Unidos durante la guerra civil americana. Se fijó en las banalidades de la vida doméstica en medio de los combates, y sugirió, haciendo una curiosa premonición: «Enseguida... nos adaptamos a las circunstancias que nos rodean. Aunque tres cuartas partes de Londres estuvieran ardiendo, yo esperaría indudablemente que me sirvieran la cena, si viviera en la zona que hubiera quedado libre de las llamas». En 1940 lady Cynthia Colville parafraseaba a Trollope, comentando una

mañana durante el desayuno que «si pensáramos que ésta es la vida corriente de los civiles, sería realmente infernal, pero si pensáramos que se trata de un asedio, estaríamos desde luego ante uno de los más cómodos de la historia».

El propio Churchill se sentía a veces agotado, sobre todo después de tener que hacer de árbitro en más de diez asuntos inabordables, o de soportar la aparente petulancia de los diputados de la Cámara de los Comunes: «Malasia, la intransigencia del gobierno de Australia y el “latazo” de la Cámara son más de lo que se supone que un hombre es capaz de aguantar», farfulló enojado una noche a Eden. Pero su generoso espíritu rara vez se debilitó, incluso delante del enemigo. Pese a sus frecuentes pullas acerca de «los horribles hunos», lanzadas por otra parte en un momento en el que se veía amenazada la existencia misma de Gran Bretaña, no mostró una actitud vengativa a la hora de discutir el panorama de posguerra. «Hemos tenido que admitir que Alemania debía seguir formando parte de la familia europea», comentó. «Alemania existía antes de la Gestapo».

Su energía parecía inagotable. La misma noche que se comparó en Chequers con un porquero, estuvo conferenciando con dos generales acerca de las tareas de la Guardia Local («Home Guard») en caso de invasión. Luego estudió las tablas de la producción de aviones, lo que lo llevó a manifestar en voz alta su entusiasmo por el genio de Beaverbrook y también su «brutal crueldad». Llevó a sus invitados a dar un paseo a la luz de la luna por el jardín, y luego se entretuvo interrogando a un oficial recién llegado de Egipto acerca

de las tácticas en el desierto occidental. En Londres y en Buckinghamshire tenía que recibir una marea interminable de visitas. El primer ministro polaco en el exilio, el general Wladyslaw Sikorski, se presentó a pedir divisas extranjeras, y provocó una memorable salida churchilliana en francés teñido de inglés: «*Mon general, devant la vieille dame de Threadneedle Street je suis impotent*<sup>5</sup>». Para los americanos siempre tenía tiempo. Whitelaw Reid, corresponsal del *New York Herald Tribune* en Londres, de veintiocho años, se quedó de piedra al ver que había sido invitado a almorzar con el primer ministro en Downing Street. El contraalmirante Robert Ghormley, de la marina de Estados Unidos, de misión en Londres, recibió como regalo una copia firmada de la *Vida de Marlborough* de Churchill en cuatro volúmenes.

La muerte de Neville Chamberlain el 11 de noviembre provocó una de las muestras más notables de magnanimidad de Churchill. La opinión que tenía del antiguo primer ministro era muy desdeñosa: «Un hombre sumamente estrecho de miras, ignorante y carente de generosidad». Sentía agradecimiento a los leales servicios de Chamberlain como subordinado suyo a partir del 10 de mayo, y admiración por el valor con el que afrontó su enfermedad mortal, pero no desde luego por su actividad como primer ministro. En aquellas circunstancias, sin embargo, reunió sus mejores dotes de estadista para componer un último tributo a su persona. Sacó de la cama a su secretario particular, Eric Seal, para leérselo: «Sacad a la

---

<sup>5</sup> «Mi general, ante la vieja dama de Threadneedle Street soy impotente». Threadneedle Street es la dirección del Banco de Inglaterra, llamado a veces irónicamente «la vieja dama de Threadneedle Street». (N. del T.)

Foca [Seal] de su tímpano de hielo<sup>6</sup>». Al día siguiente, pronunció en la Cámara de los Comunes un elogio que no perdió ni un ápice de su fuerza ni de su dignidad por el hecho de haber sido escrito en memoria de un hombre con el que tan poco había congeniado:

*Al rendir tributo de respeto y consideración a un hombre eminente que nos ha abandonado, nadie está obligado a modificar las opiniones que se hubiera formado o que hubiera expresado sobre cuestiones que han pasado a formar parte de la historia; pero a la puerta del cementerio quizá todos sometamos nuestra conducta y nuestros juicios a una escrupulosa revisión. A los humanos no les es dado —por fortuna para ellos, pues, de lo contrario, la vida resultaría insoportable— prever ni predecir en gran medida el curso de los acontecimientos. En un momento dado los hombres parecen haber tenido razón, en otra haberse equivocado... La historia, a la luz temblorosa de su farol, camina dando tumbos por la senda del pasado, intentando reconstruir sus escenas, revivir sus ecos y suscitar con pálidos destellos la pasión de otros tiempos. ¿Cuál es el valor de todo eso? La única guía de un hombre es su conciencia; el único escudo frente a sus recuerdos es la rectitud y la sinceridad de sus acciones. Es muy imprudente caminar por la vida sin ese escudo, pues a menudo nos engañan la frustración de nuestras esperanzas y el fracaso de nuestros cálculos; pero con ese escudo, al margen de las*

---

<sup>6</sup> En inglés «Seal», el apellido del secretario particular de Churchill, significa entre otras cosas «Foca». De ahí la alusión al tímpano de hielo. (N. del T.)

*jugarretas del destino, avanzamos siempre en las filas del honor.*

A Neville Chamberlain le tocó, en una de esas crisis supremas del mundo, verse desmentido por los acontecimientos, frustrado en sus esperanzas y engañado y burlado por un hombre malvado. ¿Pero cuáles eran esas altas esperanzas suyas que se vieron decepcionadas? ¿Cuáles eran esos deseos suyos que se vieron frustrados? ¿Cuál era esa fe suya que fue violada? Seguramente fueran algunos de los instintos más nobles y benignos del corazón humano: el amor por la paz, el afán de paz, la lucha por la paz, la búsqueda de la paz, incluso en medio de grandes peligros, y, desde luego, con absoluto desdén de la popularidad y del aplauso.

Fue un acto político magistral mostrar tanta elegancia en memoria de un hombre que había fallado al pueblo británico y al que Churchill despreciaba con razón. Pero en noviembre de 1940 el primer ministro podía permitirse el lujo de hacer alarde de generosidad. Su dominio del país estaba asegurado. Su éxito al desafiar a Hitler despertaba la admiración de gran parte del mundo. Había demostrado que poseía unas dotes de autodisciplina y de dirección política como nunca lo había hecho a lo largo de su carrera. Sus discursos fueron reconocidos como ejemplo de los mejores pronunciados por un estadista, tanto en tiempos de guerra como en época de paz. Lo que le faltaba era encontrar los medios para hacer la guerra contra un enemigo cuyo dominio del continente era incuestionable y cuya superioridad sobre Gran Bretaña seguía



siendo apabullante. Para Winston Churchill, la parte más dura empezó cuando la hazaña de «los Pocos<sup>7</sup>» era ya tema de leyenda.

---

<sup>7</sup> «Los Pocos» («the Few») es el término usado para designar a los aviadores de la RAF que libraron la batalla de Inglaterra. Procede de la frase de Churchill: «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos».

## Capítulo 5

### Fuego griego

#### **Contenido:**

§. *En busca de acción*

§. *La maquinaria de guerra*

#### **§. En busca de acción**

En el otoño de 1940, incluso los enemigos de Churchill en Westminster y en Whitehall tuvieron que admitir que, desde que había tomado posesión de su cargo, había mostrado un notable aumento de su prudencia. No se había convertido en alguien distinto del personaje que había sido siempre, pero se había despojado del manto de inconformismo. Tenía el aspecto y el lenguaje de un rey. —« ¡Sí, un rey de pies a cabeza! —, eso sí, patéticamente consciente de que era un servidor de la democracia. En unos pocos meses había alcanzado un dominio personal del país que convertía a sus colegas en meros acólitos, casi invisibles a la sombra de su pedestal. Sólo Eden y Bevin causaban tanto impacto sobre la imaginación popular. Entre los políticos y altos cargos, sin embargo, seguía viva una incertidumbre generalizada, aunque se expresaran al respecto con discreción. Los alemanes no habían invadido Inglaterra, sí, pero ¿qué iba a pasar? ¿Qué posibilidades de victoria tenía Gran Bretaña? El capitán Basil Liddell Hart, famoso escritor de obras de doctrina militar, no veía más opciones que el empate y, por consiguiente, instaba a que se alcanzara una paz

negociada. En el mes de septiembre Dalton comunicaba que Beaverbrook era «muy derrotista», pues estaba convencido de que Gran Bretaña debía simplemente «esperar y defenderse hasta que Estados Unidos entre en guerra». Pero ¿llegaría a ocurrir esto alguna vez? Raymond Lee, agregado militar de la embajada estadounidense en Londres, era uno de los muchos americanos que se preguntaban qué había querido decir el presidente Roosevelt cuando prometió que su país iba a ayudar a Inglaterra «por todos los medios menos con la guerra». Lee buscó una respuesta consultando a los diplomáticos más veteranos de su embajada: «Dicen que no lo sabe nadie, que depende de lo que R. piense de un día para otro. Me pregunto si a los de Washington se les ocurrirá alguna vez que no tienen derecho a declarar la guerra por la gracia de Dios. Quizá un día se despierten y se encuentren de repente con que otros han declarado la guerra a Estados Unidos. Ésa es la forma en que actúan Alemania y Japón. ¿O tal vez es en ese sentido en el que está maniobrando Roosevelt?».

Una vez ganada la batalla de Inglaterra, el desafío más importante al que se enfrentaba Churchill era encontrar otro terreno en el que luchar. En julio de 1940, Lee se sentía lleno de admiración por la firmeza de Gran Bretaña ante la amenaza de invasión. Pero sugería irónicamente que si, por el contrario, Hitler lanzaba a sus ejércitos contra el este de Europa, «Inglaterra volvería a meterse en la cama tranquilamente». Del mismo modo, el diputado Harold Nicolson decía: «Si Hitler pospusiera la invasión y se dedicara a perder el tiempo en África y en el Mediterráneo, nuestra moral se debilitaría».

Mientras le pareció que Gran Bretaña iba a enfrentarse a una catástrofe inminente, su pueblo mostró una fortaleza notable. Pero un rasgo curioso del comportamiento de los británicos durante la guerra fue que a medida que fue alejándose el momento de peligro, muchos ciudadanos de a pie empezaron a abrigar la fantasía de que la terrible situación que estaban atravesando no tardaría en pasar, y el espectro de la guerra fue disipándose poco a poco. El soldado Edward Stebbing escribía el 14 de noviembre: «He oído decir a muchos miembros de esta unidad que desearían que la guerra acabara tanto si ganamos como si perdemos... Casi cada día oigo alguna variación de la misma idea, y la razón en todos los casos es que casi todos nosotros estamos hartos del asunto... El gobierno es criticado por su falta de agresividad».

Un corresponsal escribió a Ernest Bevin desde Portsmouth: «La pasada noche, durante nuestra reunión semanal de delegados, en representación de miles de trabajadores... los miembros se mostraron muy decepcionados por el hecho de que no dijera usted en público que el gobierno tenía intención de seguir adelante con la guerra de manera más enérgica, y de que pretendía emprender la ofensiva, en vez de estar siempre a la defensiva... Tenemos oficiales retirados que nos dicen que no tenemos líderes. Que no hemos ganado una batalla desde que empezó la guerra y que por ese motivo no se nos unirá ningún país, pues todos saben perfectamente que Alemania los atacaría y se los comería mientras nuestro gobierno debate la cuestión... En nuestras asociaciones de trabajadores hay unionistas, liberales y laboristas, todos unidos

para forzar al actual gobierno a dimitir a la primera oportunidad, y si no sucede algo enseguida, las autoridades no serán capaces de sujetar a los trabajadores».

Pero ¿cómo iba Inglaterra a mostrar agresividad y capacidad de hacer algo más que resistir las acometidas del Eje con sus bombarderos y sus submarinos? Clementine Churchill preguntó un día a su marido durante el almuerzo: «Winston, ¿por qué no desembarcamos un millón de hombres en la Europa continental? Estoy segura de que Francia se levantaría y nos ayudaría». Haciendo gala de una insólita paciencia, el primer ministro contestó que habría sido imposible desembarcar un millón de hombres de una vez, y que los que fueran en vanguardia habrían sido diezmados a tiros. Allá por 1915, cuando el teniente coronel Winston Churchill se disponía a capitanear un batallón de los Reales Fusileros Escoceses en las trincheras, dijo a sus oficiales: «Al principio iremos despacio: cavaremos un poquito e iremos familiarizándonos con la situación, y luego tal vez podamos intentar realizar alguna hazaña». Esta última frase despertó poco entusiasmo entre sus camaradas en aquella ocasión, y menos aún entre sus generales una generación más tarde. Pero en el invierno de 1940 Churchill sabía que había que intentar realizar alguna «hazaña» para mantener una apariencia de energía en el esfuerzo de guerra británico.

En el ámbito interno, no iba a poder producirse una invasión alemana antes de la primavera. Los habitantes de las ciudades tuvieron que soportar los bombardeos, mientras que la marina real se encargaba de mantener la línea de salvación del Atlántico frente a

los submarinos y las embarcaciones de superficie que atacaban a los mercantes. La flota había sufrido ya graves daños, y desde 1939 había perdido un acorazado, dos portaaviones, dos cruceros, veintiún submarinos y treinta y siete destructores. Estaban construyéndose más barcos, pero en 1941 las pérdidas serían aún más graves. Churchill tenía muchas esperanzas en la ofensiva de la RAF contra Alemania, pero, como él mismo observó el 1 de noviembre de 1940, «el número de bombas lanzadas es lamentablemente pequeño». Y seguiría siendo así durante mucho tiempo. Sir John Dill, jefe del Estado Mayor Imperial, dio instrucciones a su director de Operaciones Militares, el general de división John Kennedy, para que elaborara un informe estratégico sobre la forma en que podía ganarse la guerra. Kennedy dijo que lo mejor que podía ofrecer era un plan para evitar la derrota. Para que fuera posible la victoria, era indispensable la beligerancia de los americanos.

El teniente general Henry Pownall asistió a una reunión que mantuvo el primer ministro con el ejército en noviembre de 1940, y quedó impresionado por la solidez de su prudencia: «Mejor que nadie veía él con toda claridad cómo iba a ganarse la guerra, y nos recordó que durante cuatro años, de 1914 a 1918, nadie había podido prever la caída final de Alemania, que se había producido de forma tan inesperada... De momento, como sucediera durante la Gran Guerra, todo lo que podíamos hacer era seguir adelante con ella y ver qué sucedía... Habló tan bien como siempre, y quedé muy impresionado por la amplitud de miras y la paciencia con la que

hablaba de la guerra en general». Churchill expresó esas mismas ideas ante los altos oficiales de la RAF con los que conferenció en Downing Street: «Cuando el primer ministro se despidió de los mariscales del Aire, les dijo que tenía la seguridad de que íbamos a ganar la guerra, pero confesó que no veía con claridad cómo íbamos a poder hacerlo».

Un documento de los jefes de Estado Mayor acerca de la estrategia futura, con fecha 4 de septiembre de 1940, daba a entender que el objetivo de Gran Bretaña debía ser «pasar a la ofensiva general en todas las esferas y en todos los teatros de operaciones con la máxima fuerza posible en la primavera de 1942». Aunque incluso aquella lejana perspectiva era puramente imaginaria, ¿qué debía hacer mientras tanto el ejército? Con su brillante conocimiento intuitivo del pueblo británico, Churchill se percataba de la importancia de la actividad militar, cosa de la que a menudo no eran capaces sus oficiales de mayor rango. Puede que la cautela de los militares fuera prudente, pero gran parte del pueblo, individuos tan poco heroicos como, por ejemplo, Edward Stebbing y sus colegas, ansiaban sentir la acción, ver algún resultado, cualquier perspectiva que no fuese la mera actitud de víctima. Por aquel entonces, a raíz de los bombardeos aéreos, corría un macabro chiste acerca del Departamento de Guerra que decía que a los soldados británicos que estaban en las trincheras iban a ponerlos a hacer calcetines de punto para los civiles.

Es uno de los principios más importantes del liderazgo en tiempo de guerra, y Churchill lo entendió perfectamente, aunque a menudo se

equivocara a la hora de ponerlo en práctica. Se daba cuenta de que tenía que haber acción, aunque ésta no siempre resultara útil; tenía que haber éxitos, aunque fueran exagerados o incluso imaginarios; tenía que haber gloria, aunque fuera inmerecida. Attlee diría más tarde haciendo gala de una gran sagacidad: «De hecho, siempre estaba preguntándose: “¿Qué debería hacer ahora Inglaterra para que el veredicto de la historia fuera favorable?”... Siempre andaba buscando “los mejores momentos”, y si no tenía ninguno inmediatamente a mano, su primer impulso era fabricarlo».

Churchill abordaba la dirección de la estrategia con una seguridad que desesperaba a la mayoría de los generales británicos, pero que había ido evolucionando a lo largo de los años. Ya en 1909, decía en una carta a Clementine acerca de los generales británicos: «Estos militares muy a menudo son completamente incapaces de ver las simples verdades que se ocultan detrás de las relaciones existentes entre todas las fuerzas armadas... ¿Sabes? Me gustaría mucho tener algo de práctica en el manejo de grandes contingentes. Tengo mucha confianza en el juicio que me formo de las cosas, cuando las veo con claridad, pero me da la sensación de que sobre nada soy más consciente de la verdad que en lo tocante a las combinaciones tácticas». En 1932, hallándose Churchill de viaje por Norteamérica, Clementine leyó la célebre biografía de Stonewall Jackson escrita por G. F. R. Henderson. En una carta a su marido le decía: «El libro está lleno de denuestos contra los políticos que pretenden interferir en la actuación de sus generales en campaña... (¡Ejem!)». Su exclamación se debía, naturalmente, al recuerdo de las peleas de



Churchill con los jefes de Estado Mayor de las distintas armas durante la primera guerra mundial.

Churchill se consideraba excepcionalmente capacitado para dirigir los ejércitos de tierra, la marina y las fuerzas aéreas. No consideraba que constituyera ninguna barrera para el desempeño de ese papel el hecho de no poseer ni formación militar profesional ni experiencia en campaña como alto mando. En su historia de la primera guerra mundial escribía:

*En la opinión pública quedó grabada, acaso irremediablemente, una serie de convenciones absurdas. La primera y más monstruosa de ellas era que los generales y los almirantes eran más competentes a la hora de abordar las grandes cuestiones de la guerra que los hombres más capacitados que ellos en otros ámbitos de la vida. El general era, sin duda alguna, un experto en la forma en que debía mover a sus tropas, y el almirante lo era en la forma en que debía combatir con sus barcos... Pero fuera de ese aspecto técnico ambos actuaban como árbitros impotentes y engañosos en problemas para cuya solución se requería también la ayuda del estadista, del financiero, del fabricante, del inventor o del psicólogo... El liderazgo claro, la acción enérgica y la decisión rigurosa en un sentido u otro, constituyen la única senda no sólo hacia la victoria, sino hacia la seguridad e incluso la clemencia. El estado no puede permitirse el lujo de la división o la vacilación en su centro ejecutivo.*

El liderazgo de Churchill se caracterizaría por las tensiones entre sus instintos y el juicio de los altos mandos profesionales del ejército británico. Un oficial polaco que asistió en la Escuela del Estado Mayor británico a una conferencia acerca de los principios de la guerra, se levantó al término de la misma para decir que el conferenciante había omitido el dato más importante: «Hay que ser más fuerte». Pero ¿en qué terreno podía Gran Bretaña lograr esa superioridad? Como ministro de Defensa, Churchill publicó una importante directiva. Las limitaciones cuantitativas, afirmaba, «hacen que al ejército de tierra le resulte imposible desempeñar un papel primordial en la derrota del enemigo, excepto cuando se trata de resistir una invasión. Esa labor sólo puede ser llevada a cabo por el aguante de la marina y sobre todo a consecuencia del predominio aéreo. El ejército de tierra puede prestar servicios muy valiosos e importantes en ultramar en operaciones de carácter secundario, y es a esas operaciones especiales a lo que deberían adaptarse su organización y su carácter». Tras la incursión de un comando británico en las islas Lofoten, Churchill escribió al comandante en jefe de la Home Fleet<sup>8</sup>: «Estoy encantado de que lograrais encontrar los medios de ejecutar la operación “Claymore”. Esta admirable incursión ha causado graves daños al enemigo y ha producido una cantidad inmensa de inocente placer en nuestro país». Esta última frase era más plausible que la primera.

---

<sup>8</sup> Nombre dado en esta época a la flota de la marina real británica encargada de proteger las aguas territoriales del Reino Unido. (N. del T.)

Churchill y sus jefes militares renunciaron a toda perspectiva de entablar batalla con el grueso del ejército de Hitler. Adoptaron una estrategia basada en operaciones de menor importancia que se mantuvo, en gran medida, hasta 1944. Pantelleria, la pequeña isla italiana situada entre Túnez y Sicilia, ejerció una fascinación siniestra sobre el gabinete de guerra. Al término de una cena celebrada en Chequers en noviembre de 1940, Churchill fantaseó acerca de la eventualidad de un asalto «a manos de trescientos hombres resueltos, con la cara pintada de negro, con cuchillos entre los dientes y pistolas debajo de la chaqueta». En 1940-1941 Eden acariciaba ideas absurdas acerca de la conquista de Sicilia: «Los sicilianos siempre han sido antifascistas», afirmaba entusiasmado. Un plan del Departamento de Guerra con fecha 28 de diciembre defendía la realización de un ataque contra la isla por parte de dos brigadas de infantería. Se habló de Cerdeña y de las islas del Dodecaneso, ocupadas por los italianos. Los jefes de Estado Mayor aprendieron a no aludir al norte de Noruega cada vez que el primer ministro dejaba volar su imaginación.

Ninguno de estos planes fue llevado a la práctica, excepto una breve y embarazosa incursión en el Dodecaneso, pues las objeciones prácticas resultaron insuperables. Hasta el ataque más modesto requería el empleo de algún medio de navegación, por pequeño que fuera, y no era prudente correr semejante riesgo en una zona situada al alcance de la Luftwaffe, a menos que se dispusiera de cobertura aérea, circunstancia que habitualmente no se daba. Resultaba difícil identificar objetivos creíbles para la realización de

incursiones «cruentas por sorpresa» y reunir información suficiente para que tuvieran posibilidades razonables de éxito. Por mucho que el primer ministro presionara a las fuerzas armadas británicas para que desplegaran iniciativas y agresividad, los jefes de Estado Mayor se oponían resueltamente a llevar a cabo cualquier operación que entrañara riesgos de pérdidas cuantiosas a cambio de unos simples titulares efímeros.

\* \* \* \*

En otoño de 1940, África ofrecía las únicas oportunidades realistas que tenía Inglaterra de emprender una acción por tierra. Libia llevaba siendo colonia italiana desde 1911, y Abisinia desde 1936. Churchill tenía una perversa deuda de gratitud con Mussolini. Si Italia hubiera permanecido neutral, si su dictador no hubiera decidido buscar pelea, ¿en qué otra cosa se habría ocupado el ejército británico tras ser expulsado de Francia? Lo cierto es que de ese modo Gran Bretaña pudo lanzar las espectaculares campañas de África contra uno de los pocos grandes ejércitos del mundo a los que era capaz de derrotar. No todos los generales italianos eran incompetentes, ni todas las formaciones italianas combatían con desgana. Pero en ningún momento los guerreros de Mussolini demostraron estar hechos de la misma pasta que los de Hitler. El norte de África y la forzada pose de Mussolini como uno de los señores de la guerra del Eje proporcionaron a los militares británicos la ocasión de mostrar su valía. Aunque el ejército británico fuera incapaz de jugar en un estadio importante contra un adversario de primera, tenía la posibilidad de dar ánimos al país y

de impresionar al mundo con una demostración de poderío en un campo de segunda.

Los jefes de Estado Mayor del ejército británico, sin embargo, seguían mostrándose escépticos respecto al valor estratégico de una intervención importante en Oriente Medio, costara lo que costara. La ruta del canal de Suez hacia Oriente, en cualquier caso, no podía utilizarse, pues el Mediterráneo era demasiado peligroso para los buques mercantes, y siguió siéndolo hasta 1943. Los campos de petróleo iraníes suministraban combustible para las actividades militares británicas en el teatro de operaciones del comandante en jefe en Oriente Medio, sir Archibald Wavell, pero estaban demasiado lejos a través de la ruta del Cabo para aprovisionar de petróleo a Gran Bretaña, que tenía que depender de los suministros llegados de América. A menudo se ha pasado por alto el hecho de que en aquellos momentos Estados Unidos era el productor de petróleo más importante del mundo. Dill aconsejaba reforzar el Extremo Oriente frente a una probable agresión de los japoneses, y en su fuero interno siguió oponiéndose a la intervención en Oriente Medio durante todo el tiempo que permaneció en su puesto como máxima autoridad militar. El jefe del Estado Mayor General del Imperio comprendía los imperativos políticos a los que se enfrentaba Churchill, pero en su mente ocupaba un lugar primordial el temor de que la aceptación de nuevos riesgos innecesarios precipitara un nuevo desastre gratuito. El primer ministro lo desautorizó. Creía que las dificultades de la inercia en Oriente Medio pesaban más que los peligros que comportaba el hecho de tomar la iniciativa. En

plena guerra, ¿qué iba a decir el mundo de un país que enviaba un gran número de fuerzas a guarnecer sus posesiones en el otro extremo del planeta frente a un posible enemigo futuro, en vez de enfrentarse a un enemigo real que tenía mucho más cerca?

En septiembre de 1940 un ejército italiano a las órdenes del mariscal Graziani, formado por doscientos mil hombres y superior, por tanto, numéricamente a las fuerzas británicas de la zona en una proporción de cuatro a uno, cruzó la frontera oriental de Libia y se internó unos ochenta kilómetros en Egipto antes de que le cortaran el paso. Mientras tanto en África oriental, las tropas de Mussolini se apoderaron de la pequeña colonia de la Somalilandia británica y se adentraron en Kenia y Sudán desde sus bases de Abisinia. Wavell ordenó la evacuación de Somalilandia después de una corta resistencia. Permaneció impertérrito ante la cólera de Churchill por aquella nueva retirada.

Este primer «general del desierto» británico era muy querido en todo el ejército. Durante la primera guerra mundial, Wavell ganó una cruz militar y perdió un ojo en Ypres, y entre 1917 y 1918 estuvo en Palestina como oficial de Estado Mayor a las órdenes de Allenby, cuya biografía escribió posteriormente. Aficionado a leer obras de poesía y propenso a la introspección, Wavell pasaba entre los militares por un intelectual. Su limitación más notable era su taciturnidad, que perjudicó mucho sus relaciones con Churchill. Muchos de los que lo conocieron, impresionados acaso por su enigmática personalidad, pensaron que se hallaban en presencia de un gran hombre. Pero subsiste la incertidumbre sobre si su

grandeza tenía que ver también con el dominio de los campos de batalla, donde la fuerza de voluntad de un general tiene más importancia que sus proezas culturales.

El 28 de octubre de 1940, los italianos invadieron el noroeste de Grecia. En contra de lo que esperaban, tras una lucha feroz fueron derrotados por el ejército griego y obligados a regresar a Albania, donde las dos fuerzas enfrentadas languidecieron en una posición bastante incómoda durante los cinco meses siguientes. La estrategia británica durante este período se vio dominada por los dilemas del Mediterráneo, entre los cuales destacaban sobre todo la cuestión de la ayuda a Grecia y la de la ofensiva en Libia. Churchill incitaba constantemente a su comandante en jefe a tomar la iniciativa contra los italianos en el desierto occidental, utilizando los tanques que con tanto peligro le habían hecho llegar durante el verano. Wavell insistió en que necesitaba más tiempo. Pero en aquellos momentos a esta cuestión vino a sumarse la de Grecia, asunto sobre el cual Churchill cambió varias veces de opinión. El 27 de octubre, el día antes de que Italia invadiera el territorio griego, el primer ministro despachó en tono abrupto una propuesta de Leo Amery y lord Lloyd, secretarios de estado respectivamente de la India y de las colonias, sobre la necesidad de enviar más ayuda: «No estoy de acuerdo con sus propuestas de que en este momento deberíamos hacer más promesas a Grecia y a Turquía. Es muy fácil escribir en términos generales cuando no está uno obligado a tener en cuenta los recursos, el transporte, el tiempo y la distancia».

Pero en cuanto Italia invadió Grecia, dijo a Dill que era preciso enviar la «máxima ayuda posible». En marzo de 1939, Neville Chamberlain había dado a los griegos garantías de apoyo por parte de Gran Bretaña frente a una eventual agresión. Ahora Churchill se daba cuenta de que si no actuaban, causarían la peor impresión posible a Estados Unidos, donde muchos dudaban de que Gran Bretaña pudiera hacer la guerra de un modo eficaz. En un primer momento propuso enviar aviones y armas a Grecia, en vez de tropas británicas. Dill, Wavell y Eden —que por entonces estaba de visita en El Cairo— pusieron objeciones incluso a aquello. Churchill envió a Eden un severo aviso instándole a actuar con audacia, dictado a su mecanógrafa en presencia de Jock Colville:

*Estaba ahí, tumbado en su cama de cuatro columnas con colgaduras de cretona floreada, con la mesita auxiliar al lado. La señorita Hill [su secretaria] estaba sentada pacientemente frente a él, que mordisqueaba su puro, tomaba frecuentes sorbos de agua de soda helada, jugueteaba con los dedos de los pies por debajo de las sábanas y murmuraba entre dientes con una especie de gruñido lo que pretendía decir. Verlo componer un telegrama o una nota para luego dictarlo le hace a uno creer que está asistiendo a un parto: tan tensa es su expresión, tan inquietas son las vueltas que da de un lado a otro, tan curiosos los ruidos que emite al respirar. Entonces sale al fin una frase magistral y por último, lanzando un «Deme aquí», coge la hoja de papel mecanografiado y estampa en ella sus iniciales, o la*



*modifica con su estilográfica, que sostiene de un modo complicadísimo por la parte superior.*

El 5 de noviembre, Churchill se dirigió a los diputados de la Cámara, informándoles de las graves pérdidas sufridas en el Atlántico y describiendo la conversación mantenida cuando se dirigía a la Cámara de los Comunes, con los guardias provistos de armas y casco apostados a la puerta del edificio. Uno de los soldados proporcionó al primer ministro un cliché eterno de lo británico: «Qué bien se vive, si no se flaquea». Ésa, dijo Churchill a los diputados, era la consigna de Gran Bretaña para el invierno de 1940: «Ya pensaremos en algo mejor para el invierno de 1941». A continuación suspendió la sesión y se dirigió a la sala de fumadores, donde se entregó a un estudio atento del *Evening News*, «como si fuera la única fuente de información de la que disponía». Olvidemos por un momento el arte de su actuación en el Parlamento. ¿Qué dominio más brillante de la escena podría mostrar el líder de una democracia que leer un periódico en la sala común de los diputados de todos los partidos, estando en plena guerra y en medio de los ataques aéreos? « ¿Qué tal está usted?», dice en tono risueño al diputado más desconocido... «Su simple presencia nos transmite a todos alegría y valor», escribía un diputado. «La gente se congrega alrededor de su mesa sin el menor recato».

A pesar de las protestas de Wavell, Churchill insistió en enviar una fuerza británica a sustituir a las tropas griegas que estaban de guarnición en la isla de Creta para que pudieran ir a combatir en el

continente. El primer envío de material destinado a Grecia estaba formado por ocho cañones antitanque, doce Bofors y veinte mil fusiles americanos. A ellos se añadieron, a raíz de las nuevas exigencias del primer ministro, veinticuatro cañones de campaña, veinte fusiles antitanque y diez tanques ligeros. Estos sencillos materiales venían a reflejar la desesperada escasez de armas que padecían los militares británicos, por no hablar de la que sufrían los de otros países. También se enviaron algunos aviones caza del tipo Gladiator, capaces de enfrentarse a la fuerza aérea italiana, pero no desde luego a la Luftwaffe. Churchill se puso hecho una furia al leer el cable mandado por sir Miles Lampson, embajador británico en Egipto, en el que éste desdeñaba el envío de ayuda a Grecia calificándola de «completa locura». El primer ministro dijo al Foreign Office: «Espero estar protegido frente a las insolencias de este tipo». Y dictó una mordaz reprimenda a Lampson: «No debería usted mandar un telegrama a expensas del gobierno con una expresión como ésa de “completa locura”, que usted aplica a las graves decisiones de orden político que han tomado el Comité de Defensa y el Gabinete de Guerra tras considerar una variedad de requisitos y ventajas mucho mayor de lo que posiblemente llegue usted a imaginarse nunca».

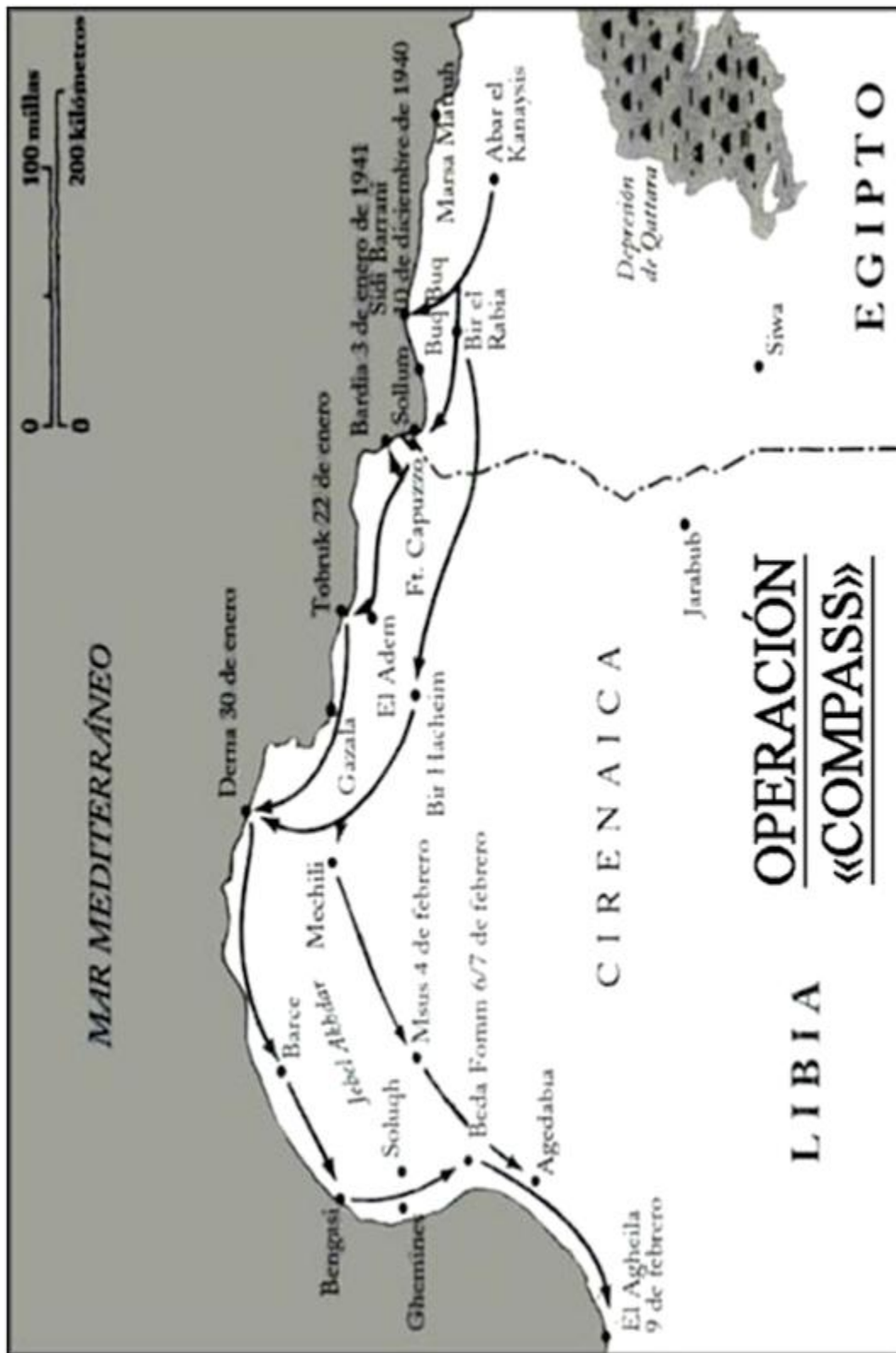
\* \* \* \*

La tarde del 8 de noviembre, sin embargo, volvió a cambiar de perspectiva. Eden regresó de El Cairo para comunicar al primer ministro las primeras noticias de la ofensiva que Wavell proponía lanzar en el desierto occidental para el mes siguiente. Era el

comunicado que Churchill ansiaba: «Me puse a ronronear de contento como lo harían seis gatos a la vez». Ismay lo encontró «entusiasmado y feliz». El primer ministro estaba exultante: «Por fin vamos a quitarnos de encima los intolerables grilletes de la posición defensiva. Las guerras las gana el que tiene mayor fuerza de voluntad. Ahora quitaremos al enemigo la iniciativa y le impondremos nuestra voluntad». Tres días después, cablegrafió a Wavell: «Puede usted... estar seguro de que tendrá en todo momento mi pleno apoyo en cualquier acción ofensiva que emprenda usted contra el enemigo». El mismo 11 de noviembre por la noche, veintiún torpederos biplanos Swordfish despegaron del portaaviones *Illustrious* y lanzaron un brillante ataque contra la flota italiana de Tarento, hundiendo tres acorazados o dejándolos mal parados. Gran Bretaña empezaba a actuar con fuerza. Churchill aceptó que la ofensiva en el norte de África asumiera la prioridad sobre cualquier otra consideración, y que no se reservaran tropas para Grecia. Una victoria en el desierto quizá convenciera a Turquía de que debía entrar en la guerra. La principal preocupación del primer ministro era que Wavell, cuyas palabras lacónicas y cuya comedida expresión no le inspiraban confianza, se decidiera a correr riesgos. Lleno de disgusto al enterarse de que la operación «Compass» había sido planeada como un «ataque» limitado, Churchill escribió a Dill el 7 de diciembre: «Si, teniendo en cuenta la actual situación, el general Wavell piensa asumir sólo pocos riesgos y no se lanza enérgicamente a la ofensiva con todas las fuerzas de las que dispone, no habrá sabido ponerse a la altura de las

circunstancias... Nunca me “preocupo” por la actividad, sino por la falta de actividad». Proponía incluso una idea disparatada, a saber, que Eden sustituyera a Wavell como comandante en jefe de Oriente Medio, citando el precedente de lord Wellesley en la India durante las guerras napoleónicas. Eden se negó absolutamente a considerar siquiera la posibilidad de aceptar semejante nombramiento.

El 9 de diciembre, llegó al fin el momento de que el «Ejército del Nilo», como Churchill lo había bautizado, lanzara su ataque. La 4.<sup>a</sup> División de la India y la 7.<sup>a</sup> División Acorazada que tenía Wavell a su disposición, al mando del teniente general sir Richard O'Connor, atacaron a los italianos en el desierto occidental. La operación «Compass» se vio brillantemente coronada por el éxito. Los generales de Mussolini pusieron de manifiesto que eran unos auténticos chapuceros. En los primeros tres días fueron hechos prisioneros 38.000 hombres, a costa sólo de 624 bajas entre indios y británicos.



«Parece demasiado bonito para ser verdad», escribía Eden el 11 de diciembre. Wavell decidió aprovechar el éxito y dar rienda suelta a O'Connor. El pequeño ejército británico, reforzado en aquellos momentos por 6ª División de Australia, se lanzó al asalto de Libia a través de la costa, tomando Bardia el 5 de enero. A las 05.40 del 21 de enero de 1941, unas bengalas rojas surcaron el cielo para anunciar el comienzo del ataque de O'Connor contra el puerto de Tobruk. Los torpedos Bangalore abrieron boquetes en las alambradas italianas. Una voz con acento australiano gritó: « ¡Adelante, hijos de puta!».

A las 06.45, empezaron a avanzar pesadamente los tanques británicos. Los italianos ofrecieron una feroz resistencia, pero al amanecer del día siguiente el cielo estaba iluminado por las llamas de sus depósitos de aprovisionamiento, miles de prisioneros entraban en las jaulas británicas, y los defensores estaban dispuestos a rendirse. O'Connor mandó precipitadamente sus tanques a través del desierto con el fin de cortar la retirada a los italianos, que habían emprendido la huida. El ejército del desierto se mostraba muy animoso y estaba contentísimo. «Atravesamos aquel país desconocido dando gritos», escribió Michael Creagh, uno de los jefes de sección de O'Connor. En una rara manifestación de emoción, O'Connor preguntó al jefe de su Estado Mayor: « ¡Dios mío! ¿Cree usted que saldrá todo bien?». Efectivamente, todo «salió bien». Los británicos llegaron a Beda Fomm por delante de los italianos, que acabaron rindiéndose. En dos meses, el ejército del desierto había avanzado más de seiscientos kilómetros y había hecho ciento

treinta mil prisioneros. El 11 de febrero otro contingente de Wavell avanzó desde Kenia penetrando en Abisinia y Somalilandia. Después de duros combates —mucho más duros que los de Libia— también aquí los italianos se vieron arrastrados inexorablemente a la rendición final.

Durante un breve período, Wavell se convirtió en un héroe nacional. Al final del invierno y el comienzo de la primavera de 1940-1941, para el pueblo británico, castigado por los bombardeos de la Luftwaffe, temeroso aún de la invasión y consciente de la fragilidad de la línea de salvación del Atlántico, el éxito cosechado en África fue valiosísimo. Sobre Churchill recayó la delicada tarea de equilibrar el júbilo por la victoria con la cautela sobre las perspectivas de futuro. En sus alocuciones radiofónicas y en sus discursos, subrayaría una y otra vez la larga duración de la prueba por la que iban a tener que pasar y la necesidad de trabajo constante. Con esta finalidad siguió haciendo hincapié en el peligro de un desembarco alemán en Gran Bretaña: en febrero de 1941 exigió una nueva evacuación de los civiles de las regiones costeras de las zonas de peligro.

Churchill sabía con qué facilidad podía la nación caer en la inercia. Las fuerzas del ejército dedicadas a la defensa del país consagraron mucha energía a las maniobras anti invasión, como la operación «Victor» de marzo de 1941. «Victor» se basaba en la hipótesis de que cinco divisiones alemanas, dos acorazadas y una motorizada, habían desembarcado en la costa de East Anglia. El 30 de marzo, cuando le presentaron el informe sobre estas maniobras, Churchill

anotó maliciosamente, pero con intención perfectamente seria: «Todos estos datos serían valiosísimos para nuestras futuras operaciones ofensivas. Me agradaría muchísimo que los mismos oficiales elaboraran un plan sobre un eventual desembarco de una fuerza nuestra exactamente igual en la costa francesa». Aunque en aquellos momentos no era ni remotamente practicable un desembarco en Francia, Churchill se esforzó en presionar una y otra vez a los generales británicos para que abandonaran la mentalidad de defensa a ultranza.

Pero el temor y la impaciencia pública siguieron siendo constantes. «Por primera vez a mucha gente —y a mí entre otros— se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de salir derrotados», escribía Oliver Harvey, secretario particular de Eden, el 22 de febrero de 1941. «El discurso del señor Churchill me ha tranquilizado bastante», escribió Vera Hodgson, dedicada a hacer obras de caridad en Londres, tras escuchar una alocución radiofónica del primer ministro ese mismo mes. «Empezaba a sentirme un poco optimista. Empecé incluso a pensar que tal vez no hubiera invasión..., pero, según parece, él cree que la habrá. Además tenía yo la sensación de que quizá el final estuviera ya a la vista; él, en cambio, parece que piensa en unos cuantos años más. Así que no sé lo que va a ser de nosotros. Parece que estamos esperando. Esperando no sabemos qué».

Churchill tenía respuesta para las preguntas de la Srta. Hodgson. «¡Aquí está la mano que va a ganar la guerra!», dijo una noche del mes de febrero a unos invitados a Chequers, entre los que se



encontraban Duff Cooper y el general Sikorski. Y extendió los dedos como quien muestra una jugada de póquer: «Escalera real: ¡Gran Bretaña, el mar, el aire, Oriente Medio y la ayuda americana!». Pero de momento todo eso no era más que palabrería. Los triunfos británicos en África generaron unas ilusiones que se hicieron añicos rápidamente. Lo que había llevado al pequeño contingente de O'Connor hasta Tobruk e incluso más allá, más que la fortaleza y el genio de los británicos, había sido la debilidad y la incompetencia de los italianos. Posteriormente, las fuerzas de Wavell habían chocado de nuevo con sus propias limitaciones, al enfrentarse a la enérgica intervención alemana.

En otoño de 1940 Hitler había declarado que no se gastaría «ni un hombre ni un céntimo» en África. Su atención estratégica se centraba en el este. Con su ambición de hacer del Mediterráneo «un lago italiano», Mussolini estaba ansioso en cualquier caso por llevar a cabo sus propias conquistas sin ayuda de Alemania. Pero cuando los italianos sufrieron aquella humillación, Hitler no quiso ver a su aliado vencido ni arriesgarse a contemplar cómo el Eje perdía el control de los Balcanes. En el mes de abril lanzó a la Wehrmacht contra Yugoslavia y Grecia. A Libia fue enviado un *Afrika Korps* formado por dos divisiones al mando de Erwin Rommel. Se inició así un nuevo capítulo de infortunios para los británicos.

La decisión de Churchill de enviar un ejército a Grecia en la primavera de 1941 sigue siendo una de las más controvertidas de su gestión como primer ministro durante la guerra. Cuando la misión fue propuesta por primera vez en el mes de octubre, casi

todos los militares se opusieron a ella. El 1 de noviembre, Eden, secretario de estado de guerra, cablegrafió desde El Cairo diciendo: «Con los recursos de Oriente Medio no estamos en condiciones de enviar suficientes refuerzos aéreos o terrestres para poder tener una influencia decisiva sobre el desarrollo de los combates... Enviar allí semejantes fuerzas... significaría poner en peligro toda nuestra posición en Oriente Medio y arriesgar los planes de operaciones ofensivas». Estos comentarios dieron lugar a toda una parrafada del primer ministro, y llevaron a Eden a escribir dos días después en su diario: «La debilidad de nuestra política radica en que nunca nos mantenemos fieles a los planes que hacemos».

Parecía sumamente inverosímil que sólo cuatro divisiones —todos los hombres que podían sustraerse de los recursos de Wavell— pudieran marcar la diferencia entre la victoria y la derrota de los griegos. Faltaban aviones. Con la amenaza de intervención alemana cerniéndose sobre el norte de África, semejante distracción de fuerzas suponía una seria amenaza para la campaña británica en el desierto. Kennedy dijo a Dill el 26 de enero que le habría gustado ver a los jefes de Estado Mayor presentar una resistencia mucho más firme a los planes sobre Grecia. «Estábamos al borde del precipicio... el jefe del Estado Mayor General del Imperio me dijo que no se oponía, y que consideraba que las limitaciones impuestas a los primeros refuerzos que iban a ofrecerse a los griegos constituían una garantía suficiente. A mí me parecía que aquello era terriblemente peligroso... Si los alemanes avanzan hasta Tesalónica, todo el tinglado se vendrá abajo, y no habría nada que fuera de

utilidad, excepto veinte divisiones y un numeroso contingente aéreo, sostenidos por unas fuerzas navales que no podemos permitirnos... Lo que deberíamos hacer es mantenernos a distancia protegidos por el agua. Todas las fuerzas que enviemos a Grecia se perderán si vienen los alemanes». Como ocurría a menudo con los consejos que daban los generales de Churchill, esta posición representaba la prudencia. Pero ¿qué habría dicho el pueblo británico, por no hablar de Goebbels, si el león británico se hubiera escondido lleno de temor detrás del Nilo?

Churchill cambió varias veces de parecer respecto a Grecia. Probablemente el indicio más significativo de su opinión más íntima podamos encontrarlo en los comentarios hechos al enviado de Roosevelt, Harry Hopkins, a comienzos de enero. El día 10 de ese mismo mes Hopkins envió a Washington el siguiente comunicado: «Piensa que Grecia está perdida, aunque ahora está enviando refuerzos a los griegos y debilitando a su ejército de África». Del mismo modo que su corazón indujo al primer ministro, en contra de toda lógica militar, a enviar más tropas a Francia en junio de 1940, también ahora lo llevó a creer que los griegos no podían ser abandonados a su suerte. Un imperativo moral básico, su habitual determinación de no hacer nada vulgar o mezquino, fue lo que impulsó el debate británico durante los primeros meses de 1941. Churchill abrigaba una ligera esperanza de que, tras el éxito de la operación «Compás», Turquía se uniera a los aliados si Gran Bretaña hacía gala de firmeza en los Balcanes.

Es probable que Churchill hubiera seguido su instinto de hacer ver que ayudaba a Grecia aunque en Oriente Medio Wavell mostrara su oposición. Lo cierto, sin embargo, es que el comandante en jefe dejó de una pieza a los militares de rango más elevado al cambiar de parecer. Cuando Dill y Eden llegaron a El Cairo a mediados de febrero en una segunda visita a la región, se encontraron con que Wavell estaba dispuesto a apoyar la intervención en Grecia. El día 19, el general dijo: «Se nos plantea una alternativa muy difícil, pero creo que seguiremos más el juego al enemigo si permanecemos inactivos que si emprendemos la acción en los Balcanes». Entonces fue cuando le tocó a Churchill mostrarse vacilante. «No se consideren obligados a emprender una campaña griega si en el fondo de su corazón piensan ustedes que va a ser otro fiasco como el de Noruega», comentó a Eden el 20 de febrero. Dill, sin embargo, dijo que creían que «había una posibilidad razonable de resistir al avance de los alemanes». Eden comentó a Wavell: «Es un asunto de militares. Son ustedes los que tienen que decidir». Wavell respondió: «La guerra consiste en elegir entre varias dificultades. Adelante». El día 24, Churchill dijo a sus hombres en El Cairo: «Aunque no nos hagamos ninguna ilusión, todos les mandamos la siguiente orden: “¡Adelante a toda máquina!”».

El compromiso con Grecia supuso una de las primeras pruebas que tuvo que superar Anthony Eden como secretario del Foreign Office, cargo al que había sido devuelto en el mes de diciembre, tras la marcha de lord Halifax para ocupar el cargo de embajador británico en Washington. A juicio de muchos de sus contemporáneos, Eden

mostraba un temperamento muy inquieto, bastante petulancia y una falta de solidez que inspiraba poca confianza. Oficial de infantería durante la primera guerra mundial, dotado de un célebre encanto y un gran atractivo físico, estableció sus credenciales como político contrario al apaciguamiento dimitiendo de su ministerio en el gobierno de Chamberlain en 1938. Durante toda la guerra, y aun después, abrigó una profunda ambición de suceder a Churchill en su cargo, lo que animaba al propio primer ministro. Churchill estimaba la inteligencia y la lealtad de Eden, pero los militares lo consideraban irremisiblemente «verde todavía», con unos modales afectados que ellos identificaban con los de los homosexuales. Sir James Grigg, subsecretario permanente del Departamento de Guerra y más tarde secretario de Guerra, consideraba a Eden un «pobre sarasa débil», aunque debemos recordar que Grigg casi nunca tenía buena opinión de nadie. Pero en un mundo en el que el talento pocas veces basta, si es que alguna es suficiente, para hacer frente a los desafíos del gobierno, sigue costando trabajo encontrar un candidato mejor para ocupar la Secretaría de Asuntos Exteriores durante la guerra. Eden estuvo a menudo a la altura de Churchill a unos niveles que merecen mucho respeto. Pero sus informes a Downing Street desde el Mediterráneo en 1940-1941 ponen de manifiesto una gran volubilidad de juicio y una tendencia a la vacilación.

Dill, el jefe del ejército, seguía profundamente disgustado por tener que enviar tropas a Grecia. Pero, en el teatro de operaciones de Oriente Medio, la voz decisiva era la de Wavell. Muchos

historiadores han expresado su asombro ante la idea de que este militar inteligente se comprometiera con una política que presagiaba el desastre. Pero no parece difícil explicar el comportamiento de Wavell. Durante meses, el comandante en jefe de Oriente Medio había sido espoleado y acosado por el primer ministro, que deploraba su supuesta pusilanimidad. Ya en agosto de 1940, cuando Wavell visitó Londres, Eden describió el disgusto del general ante la impaciencia que mostró Churchill con él: «Encontré a Wavell esperándome a las nueve de la mañana. Estaba a todas luces nervioso por los actos de la noche anterior y comentó que creía que debía de haber dejado bien claro que si el primer ministro no podía aprobar sus disposiciones y no tenía confianza en él, debía nombrar a otro». Aunque este primer rifirrafe se resolvió, los dos hombres no llegaron a establecer nunca una relación de amistad. Churchill escribió que Wavell era «un buen coronel mediocre... [que] quedaría muy bien como presidente de una asociación *tory*». El general mostró una notable torpeza social, por ejemplo sentando sus reales durante sus posteriores visitas a Londres durante la guerra en casa de «Chips» Channon, uno de los miembros más imprudentes del Parlamento, y desde luego el más rico. Durante todo el otoño de 1940, estuvieron yendo y viniendo de Downing Street a El Cairo y viceversa comunicados de tono displicente, fruto de la impaciencia del primer ministro ante la cautela de Wavell, y de la exasperación del comandante en jefe por la indiferencia de Churchill ante las realidades militares, tal como él las entendía.

Churchill presionó a Wavell, y de hecho a todos sus generales, una y otra vez, con el fin de que superaran su temor al enemigo, de que mostraran el espíritu de lucha que él apreciaba por encima de todas las cosas, y que era lo único, a su juicio, que permitiría sobrevivir a Gran Bretaña. Me parece que es necesario reconocer la soledad de los comandantes en tiempos de guerra, cuando son empujados al centro del escenario en medio del destello de los focos. A diferencia de los ministros, que en su mayoría habían sido hombres famosos en la cabina de mando de los negocios, hasta los militares, marineros y aviadores británicos de mayor rango habían desarrollado sus carreras en la más absoluta oscuridad, desconocidos para todo el mundo excepto para sus hombres. Ahora, de repente, un hombre como Wavell se veía a sí mismo convertido en foco de la atención y de las esperanzas de su país. Incluso tras los éxitos en el campo de batalla de Libia durante los últimos meses, el comandante en jefe establecido en El Cairo habría sido menos que humano si no se hubiera sentido escocido por las pullas de Churchill. En 1939 se había permitido que Polonia se enfrentara a la derrota sola, pues estaba fuera del alcance del ejército británico o del francés. En 1940 muchos franceses y belgas pensaron que habían sido traicionados por sus aliados anglosajones. En 1941, el primer ministro británico instaba casi a diario a los pueblos del mundo libre a unir sus fuerzas para disputar el dominio de los nazis. ¿Iba ahora un ejército inglés a permanecer ignominiosamente de brazos cruzados viendo cómo sucumbía Grecia?

\* \* \* \*

A comienzos de marzo, Eden y Dill volaron a Atenas para reunirse con el gobierno griego. Las instrucciones que les había dado el primer ministro eran acelerar el envío de ayuda a Grecia, donde empezaron a desembarcar tropas británicas el día 4, e incitar a los turcos a adoptar una postura beligerante. Churchill no se hacía demasiadas ilusiones respecto a los riesgos: «Hemos tomado una decisión grave y peligrosa, a saber: prestar ayuda a Grecia e intentar crear un frente balcánico», escribió a Smuts el 28 de febrero. Bulgaria se unió al Eje el 1 de marzo, y Yugoslavia se vio amenazada. Los turcos permanecían decididamente neutrales, aunque los jefes de Estado Mayor temían que, como aliada, Turquía resultara un estorbo. Pero ahora que Gran Bretaña se había comprometido con Grecia, y en medio de las graves dificultades políticas y diplomáticas, Eden y Dill se esforzaron en hacer efectivas las declaraciones de buena voluntad realizadas anteriormente. Los informes enviados a Londres eran en todo momento lúgubres. El mariscal del Aire sir Arthur Tedder, al mando de la Fuerza Aérea del Desierto, se mostraba desdeñoso respecto a la palabrería de casi todos los políticos y altos mandos que tomaban decisiones en Oriente Medio. «Wavell, creo yo, es un buen hombre», escribía, «pero ¿los demás? Oscilan a diario entre un optimismo facilón y el derrotismo desesperado, y viceversa».

En una reunión del gabinete de guerra celebrada en Londres el 7 de marzo, a la que asistió el primer ministro australiano, Robert Menzies, su entusiasmo por el compromiso alcanzado con Grecia llevó a Churchill, como tantas otras veces, a hablar a la pata la



llana acerca de la inconveniencia de las realidades materiales. Afirmó, por ejemplo: «Deberíamos disponer pronto de fuerzas aéreas numerosas en Grecia». En realidad, el débil contingente de la RAF — apenas unos cien aparatos— era abrumadoramente inferior a los mil trescientos cincuenta aviones del Eje. La subsiguiente campaña se vio dominada por la política de fachada. Los británicos bombardearon los depósitos del ferrocarril de Sofía en un intento de estorbar los movimientos de los pertrechos alemanes hacia Yugoslavia. Sin embargo, este ataque nocturno fue llevado a cabo sólo por seis Wellingtons, fuerza insuficiente a todas luces para interrumpir unas maniobras en las colinas de Aldershot. Los nueve escuadrones prometidos por la RAF estaban formados fundamentalmente por aparatos obsoletos y desacreditados, cazas biplanos Gladiator y bombarderos ligeros Blenheim. Tras los primeros triunfos obtenidos ante los italianos, aquellos modelos, enfrentados a los modernos cazas alemanes, no tenían nada que aportar. Su destrucción supuso también la pérdida de unos pilotos valiosísimos. A partir de enero, cuando la Luftwaffe extendió cada vez más su radio de acción por el Mediterráneo, la marina real se vio obligada a actuar casi sin cobertura aérea. Y pagó un alto precio por ello. El 14 de abril, la RAF tenía en Grecia sólo cuarenta y seis aviones operativos.

No existe ninguna prueba objetiva que permita medir los beneficios morales del intento de ayudar a Grecia aún a costa de condenar a otro ejército británico a la derrota. Los autores de la historia oficial de los servicios de inteligencia británicos durante la guerra han

puesto de relieve el error de juicio que se cometió durante la primavera de 1941: Churchill y sus generales no se dieron cuenta, porque las interceptaciones de los comunicados llevadas a cabo por Ultra no se lo advirtieron, de que el objetivo fundamental de Hitler en los Balcanes no era ofensivo, sino defensivo. Lo que pretendía era proteger los campos de petróleo de Rumanía y asegurarse su flanco sur antes de atacar Rusia. Es muy poco probable, sin embargo, que este detalle, aunque Londres se hubiera dado cuenta de él, indujera a Churchill a decantarse por permanecer de brazos cruzados. A lo largo de toda su historia, Gran Bretaña había intentado una y otra vez menospreciar la importancia de la cantidad de los efectivos en el campo de batalla, enviando fuerzas inadecuadas con el fin de reafirmar los principios morales o estratégicos. Ése fue también el sistema adoptado por Churchill en marzo de 1941. Se ha indicado que Wavell habría debido dimitir antes de enviar tropas a Grecia. Pero los comandantes de campo no tienen derecho a realizar esos gestos. Wavell hizo lo que pudo para apoyar los objetivos de su país, aunque sabía que, como comandante en jefe, tendría la responsabilidad de lo que ocurriera después. El 7 de abril, cuando el jefe del Estado Mayor General del Imperio partió de El Cairo con destino a Londres en compañía de Eden, Wavell dijo a Dill a modo de despedida: «Jack, espero que seas tú quien presida mi consejo de guerra».

El resultado fue tan rápido como inevitable. Los alemanes aplastaron la resistencia yugoslava durante dos días de combates en Macedonia entre el 6 y el 7 de abril, y luego emprendieron una

serie de espectaculares operaciones contra los griegos destinadas a rebasarlos por los flancos. El ejército griego estaba agotado y desmoralizado tras la campaña de invierno contra los italianos. El éxito inicial de su avance por Albania, que tanta impresión causara a los británicos, supuso el único esfuerzo del que fue capaz. Al cabo de unos días, los sesenta y dos mil soldados ingleses, australianos y neozelandeses enviados a Grecia se vieron emprendiendo desordenadamente la retirada hacia el sur, acosados en todo momento por la Luftwaffe. Una incursión aérea realizada sobre El Pireo el día 6 de abril se saldó con la voladura de un barco polvorín británico y la destrucción del puerto. El pequeño contingente de cazas enviado por la RAF fue aniquilado sin compasión.

Y lo que es peor, al mismo tiempo que los alemanes ocupaban Grecia, el *Afrika Korps* atacaba en Libia. El 3 de abril los británicos evacuaron Bengasi, y a continuación se vieron retirándose en tropel hacia el este por la carretera de la costa que habían utilizado en su avance triunfal dos meses antes. El 11 de abril, cuando Rommel llegó al límite de su cadena de aprovisionamiento, había hecho retroceder a los ingleses casi hasta el punto de partida de su operación «Compass». Fue una suerte que Hitler enviara a Libia un contingente demasiado pequeño y un apoyo logístico inadecuado para convertir la retirada británica en un auténtico desastre. Fueron tantos los errores de liderazgo, entrenamiento, armamento y táctica del ejército del desierto de Wavell que cabe preguntarse si habría sido capaz de repeler al *Afrika Korps* aún a falta de la diversión de

fuerzas que supuso la aventura griega. Sin embargo, Grecia fue considerada inexorablemente responsable de la derrota en Libia.

El fiasco del desierto hizo salir a la superficie lo mejor y lo peor de Churchill. Presentó propuestas tácticas absurdas. Se mostró irritado al comprobar que la marina no bombardeaba Trípoli, base de aprovisionamiento de Rommel, acción que habría supuesto un riesgo insoportable bajo la amenaza aérea alemana. Por tierra, planteó la siguiente exigencia absurda: «El general Wavell debería recuperar la ventaja de la unidad sobre el enemigo y acabar con sus pequeños grupos de ataque, en vez de permitir que los nuestros sean acosados y perseguidos por ellos. Las patrullas enemigas deben ser atacadas en todo momento y las nuestras deben ser usadas con audacia. Las partidas británicas de pequeño tamaño, en carros blindados, montadas en motocicletas, o, si se presenta la ocasión, a pie, no deberían dudar en atacar los tanques con bombas y bombardas, tal como está previsto para la defensa de Gran Bretaña». En cambio, el primer ministro dio lo mejor de sí cuando se saltó a la torera las objeciones de los jefes de Estado Mayor y asumió el enorme riesgo de enviar a Egipto un convoy de tanques de refuerzo, llamado en clave Tiger, directamente a través del Mediterráneo, en vez de utilizar la ruta mucho más segura, pero también mucho más larga, del Cabo.

Dill volvió de El Cairo sumido en el más absoluto pesimismo. John Kennedy, director de Operaciones Militares, intentó animarlo, pero el jefe del Estado Mayor General del Imperio rechazó las palabras tranquilizadoras que le dijo su colega acerca de las perspectivas

existentes. «Creo que son desesperadas. Y yo estoy terriblemente cansado». Al día siguiente Kennedy hizo la siguiente anotación: «El jefe del Estado Mayor General del Imperio está muy abatido y cree que ha perpetrado el hundimiento del imperio». Esa misma noche, en una cena con un amigo, Kennedy discutió la eventualidad de evacuar todo Oriente Medio. «Teniendo en cuenta todos los factores, era muy dudoso que pudiéramos ganar más de lo que perderíamos quedándonos allí. El prestigio y el efecto sobre los americanos quizá sean los argumentos más contundentes para quedarnos». Como muchos militares de alto rango, Kennedy se sintió aterrorizado por los acontecimientos de Grecia y por el papel desempeñado por Gran Bretaña en todo aquel desastre: «Los jefes de Estado Mayor, intimidados e influenciados enormemente por la apabullante personalidad de Winston... En estos momentos odio mi título, pues supongo que los que no están en el ajo piensan que realmente “dirijo” las operaciones y que soy en parte responsable de la absurda y desastrosa estrategia que están siguiendo nuestros ejércitos». La confianza en sí mismos de los militares británicos de alto rango se vio agotada por las sucesivas derrotas sufridas en el campo de batalla. Se sentían incapaces de oponerse a Churchill, pero también incapaces de apoyar con convicción muchas decisiones suyas. Se veían a sí mismos cargando con la responsabilidad de perder la guerra, y se daban cuenta de que no podían ofrecer ninguna propuesta alternativa para ganarla. De haber sido por ellos, los generales habrían aceptado entablar batalla sólo en los términos más favorables. El primer ministro, en cambio,

creía que la pasividad operativa significaba por fuerza la condena de sus esperanzas de lograr que el pueblo británico no sucumbiera a la inercia y de persuadir a los americanos de que debían entrar en la guerra.

Tras el suicidio del primer ministro griego, Alexandros Koryzis, el día 18 de abril, la voluntad de las autoridades de su país se vino abajo. En Londres, Robert Menzies escribió al término de una reunión del gabinete de guerra el 24 de abril de 1941: «Me temo que se produzca un desastre, y ahora entiendo menos que nunca por qué Dill y Wavell aconsejaron que la aventura griega tenía méritos militares. De sus méritos morales no me cabe duda. Mejor Dunkerque que Polonia o Checoslovaquia». Y dos días después añadió: «Gabinete de guerra. Winston dice: “Sólo perderemos quinientos hombres en Grecia”. En realidad perderemos al menos quince mil. W. es un gran hombre, pero cada día es más aficionado a hacerse ilusiones».

\* \* \* \*

Hacia finales de abril, un soldado joven que estaba de permiso en Lancashire y había ido a visitar a la señora Nella Last, se levantó y salió del cuarto de estar cuando la familia encendió la radio para escuchar un discurso del primer ministro. La señora Last dijo: «¿No quieres escuchar a Winston Churchill?». El invitado declinó la invitación, según anotó la mujer en su diario: «Torció la boca con gesto de desagrado y dijo: “No, lo dejo para aquéllos a los que les gustan los idiotas”. Yo respondí: “¡Eres un cascarrabias, compórtate! Nosotros creemos en Churchill... ¡Hay que creer en

alguien!”. Él añadió en tono sombrío: “Bueno, no a todo el mundo le afecta tan de cerca”. La señora Last, como la inmensa mayoría del pueblo británico, anhelaba confirmar su fe en el primer ministro. Pero parecía difícil poder hacerlo en noches como aquélla: «Me pregunto si no sentí hastío y... un oscuro desconcierto respecto al futuro en el discurso de Winston, o si quizá todo estaba en mi corazón cansado. En cualquier caso, no me aportó ninguna inspiración, ninguna banderita que coger entre las manos. Por el contrario, sentí que vislumbraba unas imágenes de horror y una carnicería en las que todavía no había pensado nunca... Cada vez estoy más convencida de que se trata del “fin del mundo”, o en cualquier caso del Viejo Mundo». La pobre mujer reconocía que se sentía triste y asustada. «Es curioso lo mala que puede ponerse una, hasta no poder comer... sólo por... miedo». Harold Nicolson, subsecretario parlamentario del Ministerio de Información, escribía: «En realidad todo lo que quiere el país es cierta seguridad sobre cómo va a lograrse la victoria. Está harto de las palabras acerca de lo justa que es nuestra causa y de nuestro triunfo final. Lo que quiere son hechos que indiquen cómo vamos a derrotar a los alemanes. No tengo ni la menor idea de cómo vamos a darle esas cosas convertidas en realidad».

En Grecia, el ejército en retirada se sintió conmovido por la forma en que se produjo su separación del pueblo afligido. «Éramos casi las últimas tropas británicas que iban a ver y los alemanes probablemente estuvieran pisándonos los talones», escribió el teniente coronel R. P. Waller acerca de la retirada de su unidad de

artillería por las calles de Atenas. «Pero la multitud se alineaba en las aceras y se acercaba a nuestros coches entre vítores y aplausos... Chicas jóvenes y hombres subían de un brinco al estribo de los vehículos para dar un beso o estrechar la mano a los artilleros, mugrientos y agotados. Nos tiraban flores y corrían junto a nosotros gritando: “¡Volved! ¡Tenéis que volver! ¡Adiós! ¡Buena suerte!”». Los alemanes tomaron la capital griega el 27 de abril. Se habían adueñado del país sufriendo sólo cinco mil bajas. Los británicos perdieron doce mil hombres, nueve mil de los cuales fueron hechos prisioneros. El resto de la fuerza expedicionaria de Wavell tuvo la suerte de escapar a Creta desde los puertos del Peloponeso.

Dill comunicó por radio su tristeza desde el Departamento de Guerra. «Él también tenía una idea pesimista de nuestras perspectivas en Libia, Siria e incluso Irak», señalaría lord Hankey tras una conversación con el jefe del Estado Mayor General del Imperio, «y dijo que las fuerzas acorazadas alemanas son superiores a las nuestras en número y en eficiencia... incluso en los propios tanques. Evidentemente estaba muy angustiado por la invasión, y parecía temer que Winston insistiera en despojar a este país de las fuerzas defensivas esenciales. Preguntó qué podía hacer un jefe del Estado Mayor General del Imperio si pensaba que el primer ministro estaba poniendo en peligro la salvaguardia del país». En tal caso debía dimitir, dijo Hankey, cada vez más resentido y crítico con el primer ministro. Dill farfulló en voz alta: « ¿Pero se puede acaso dimitir estando en guerra?». Es curiosísimo que el jefe de las fuerzas



armadas británicas se permitiera manifestar en voz alta esos sentimientos tan derrotistas en un momento como el que estaba atravesando el país, incluso ante un miembro del gobierno como Hankey. Pero pasarían otros seis meses antes de que Churchill se atreviera a destituir a Dill. Las limitaciones del general reflejaban una escasez crónica de capitanes guerreros mínimamente creíbles en la cúpula de las fuerzas armadas británicas. No era que Dill fuese estúpido, ni mucho menos. Más bien mostraba un exceso de racionalidad, unida a una falta de entusiasmo, cosa que irritaba profundamente al primer ministro.

\* \* \* \*

El 20 de mayo, tres semanas después de que fuera ocupada Grecia, los paracaidistas de Kurt Student, general de la Luftwaffe, empezaron a lanzarse sobre Creta para enfrentarse a una verdadera matanza a manos de los cuarenta mil defensores ingleses de la isla, al mando del general de división Bernard Freyberg. Gracias a Ultra, los británicos conocían de antemano todo el plan enemigo e incluso sus horarios. El primer día, la batalla resultó un desastre para los alemanes. La 14.<sup>a</sup> Brigada británica los derrotó en Heraklion, y los australianos obtuvieron otra victoria en Rethymnon. La infantería neozelandesa, quizá los mejores soldados aliados que combatieron en la Segunda Guerra Mundial, logró retener el aeródromo de Maleme. Pero aquella noche los comandantes neozelandeses cometieron un error fatal al retirarse de Maleme con el fin de reorganizarse para un contraataque al día siguiente. La tarde del 21 de mayo, a primera hora, un nuevo batallón de tropas alemanas de

montaña aterrizó dificultosamente en ese campo en aviones de transporte Junker. Una vez asegurado el aeródromo, acudieron nuevos refuerzos. Las fuerzas de Freyberg empezaron a retirarse hacia el este. La marina real infligió graves pérdidas al convoy aerotransportado de refuerzo alemán, pero sufrió también daños importantes. «Estábamos con el corazón en un puño por lo de Creta», escribió Vere Hodgson el 25 de mayo. «... Creo que a Churchill le pasaba lo mismo. Parece que no le importó la evacuación de Grecia, pero llevará muy a mal la pérdida de Creta».

Mientras los alemanes reforzaban su dominio sobre la isla y Freyberg recibía la autorización de Wavell para evacuarla, la Luftwaffe machacaba a la armada británica. Dos acorazados, un portaaviones y numerosos barcos menores sufrieron desperfectos, y cuatro cruceros y seis destructores fueron hundidos. La de Creta se convirtió en la campaña naval británica más costosa de toda la Segunda Guerra Mundial. En tierra, los defensores perdieron dos mil hombres, que resultaron muertos, y otros doce mil, que fueron hechos prisioneros. Dieciocho mil fueron rescatados y trasladados a Egipto por la flota. Freyberg convenció a Churchill de que en sus memorias de posguerra afirmara que la campaña costó a los alemanes quince mil bajas. La cifra real, por lo demás bien conocida por entonces, fue de seis mil, incluidos dos mil muertos. Unos diecisiete mil quinientos invasores alemanes habían derrotado a una fuerza conjunta de soldados británicos y de la Commonwealth que ascendía a más de dos veces esa cifra. El 1 de junio ya había acabado todo.

Desde el punto de vista estratégico, la caída de Creta supuso para los británicos una pérdida mucho menos grave de lo que habría sido la pérdida de Malta. El almirante Cunningham creía que si se hubiera retenido la isla, los británicos habrían pagado un precio muy alto para seguir abasteciéndola frente a la apabullante superioridad aérea alemana. Fue un error de Hitler permitir que Student desplegara su división paracaidista contra la guarnición de Freyberg, en vez de lanzar a los Fallschirmjäger contra Malta, la isla más importante de Gran Bretaña en el Mediterráneo, que probablemente habría caído en poder de los alemanes. Pero Churchill había prometido al pueblo británico y al mundo que Creta sería defendida con toda firmeza. Su pérdida supuso un duro golpe para su autoridad, e incluso más aún para su fe en la capacidad de combate del ejército británico. También los civiles más sensatos se daban cuenta de las limitaciones de sus fuerzas. «La diferencia entre la capacidad del ejército británico frente a los italianos y los alemanes está sin duda demasiado clara para que pueda escapársele a nadie», escribía a su marido destinado en el frente Elizabeth Belsey, una comunista residente en Huntington que tenía una opinión profundamente cínica acerca de los dirigentes del país. «Pueden detectarse aquí y allá, especialmente en los discursos de Churchill, signos de que Gran Bretaña se da cuenta de lo delicado de su situación».

El primer ministro se vio obligado a ofrecer unas explicaciones manidas del desastre del Mediterráneo, diciendo en la Cámara de los Comunes lo siguiente: «Gran cantidad de los cañones que

habrían resultado muy útiles si hubieran sido empleados en Creta han sido o están siendo montados en barcos mercantes para repeler los ataques de los aviones Focke-Wulf y Heinkel, cuya devastación se ha reducido de ese modo notablemente». Pero entonces se hartó de sus propias evasivas y dijo: «La derrota es amarga. Es inútil intentar explicar la derrota. A la gente no le gusta la derrota, ni le gustan las explicaciones que se dan de ella, por elaboradas y plausibles que sean. Para la derrota no hay más que una respuesta. La única respuesta para la derrota es la victoria. Si en tiempos de guerra un gobierno da la impresión de que a la larga no va a poder conseguir la victoria, ¿a quién le importan las explicaciones? Tiene que irse».

Churchill creía, seguramente con razón, que Creta habría podido ser retenida. Pero Freyberg había sido escogido personalmente por él para capitanear su defensa. El general neozelandés, que como Gort había recibido la Cruz Victoria en la primera guerra mundial, era el tipo de héroe que a Churchill le encantaba. Freyberg era un hombre magnífico y valeroso, pero en Creta demostró que no era apto para una responsabilidad de mando. Muchos de sus soldados eran fugitivos llegados de Grecia. El ejército británico nunca tuvo la habilidad que mostrarían más tarde los alemanes para juntar «churras con merinas» y convertir a unos elementos heterogéneos en grupos de combate improvisados, pero efectivos. La escasez de radios dificultó las comunicaciones de los británicos e impidió a Freyberg entender bien la batalla. Había pocos medios de transporte para llevar a las tropas de un sitio a otro, y la Luftwaffe hizo

estragos en las carreteras o lo más parecido a las mismas que pudiera existir en la isla. Cabría sostener que las unidades de combate británicas, australianas y neozelandesas de Creta —a diferencia de la gran «cola», que degeneró en una turbamulta durante la evacuación— lucharon bien. Se sintieron desconcertadas e irritadas cuando, tras diezmar a los paracaidistas de Student, se encontraron con la orden de que debían retirarse. El fracaso de Creta fue responsabilidad de los altos mandos británicos (y neozelandeses). Pero el veredicto final era ineludible: una vez más, un ejército imperial había sido vencido, en una batalla reñida en unos términos que habrían debido favorecer a los defensores.

Unos meses más tarde Churchill afirmaría que lamentaba la aventura griega, que calificó ante Colville del único error de juicio que había cometido su gobierno. Wavell habría debido establecer guarniciones en Creta, dijo, y aconsejar al gobierno de Atenas que alcanzara el mejor acuerdo con Alemania que pudiera. Pero era una opinión expresada mientras Gran Bretaña seguía luchando por sobrevivir. En el largo plazo de la historia, la nobleza de sus propósitos en Grecia merece respeto. Como supieron ver Robert Menzies y otros, la pasividad británica frente a la destrucción de la libertad de Grecia habría causado una impresión lamentable en todo el mundo, y en especial en Estados Unidos. No obstante, los acontecimientos del Mediterráneo decepcionaron a todos los enemigos del nazismo. Un judío de Bucarest, Mikhail Sebastian, escribió: «Una vez más Alemania da la impresión de ser una fuerza invencible, demoníaca, apabullante. La sensación general es de

perplejidad e impotencia». Un corresponsal de guerra alemán, Kurt Pauli, abordó a unos prisioneros británicos cerca de Corinto y adoptando una postura de condescendencia caballeresca dijo: «Habéis perdido la partida». «De eso nada», replicaron los cautivos: «Todavía tenemos a Winston Churchill».

¿Pero era suficiente con eso? Alan Brooke escribiría más tarde acerca de «la tiniebla absoluta de aquellos primeros días de calamidades, cuando ni un solo rayo de esperanza podía atravesar la profundidad del pesimismo». Resulta sorprendente que el primer ministro conservara su exuberancia. Robert Menzies escribe: «En el curso de una conversación el primer ministro se sumirá (y le sumirá a uno) en el pesimismo más absoluto respecto a algún que otro aspecto sombrío de la guerra... para inmediatamente ponerse a buscar una salida a toda costa dando paseítos con el fulgor de la batalla en la mirada. En todas las conversaciones llega inexorablemente a un punto en el que se alegra realmente de la guerra: “Fue una bendición vivir en aquel tiempo”, dice. “¿Por qué la gente considera un período como éste una serie de años perdidos de nuestra vida, cuando está fuera de duda que es el más interesante de ella? ¿Por qué consideramos la historia una cosa del pasado y olvidamos que estamos haciéndola nosotros?”».

\* \* \* \*

El Oriente Próximo fue sólo uno de los muchos teatros de operaciones desde los que llegaron malas noticias al primer ministro británico. El 30 de abril, las tropas iraquíes atacaron la base aérea de la RAF en Habbaniya, cerca de Bagdad, haciendo que Churchill y

Eden llegaron a la conclusión de que debían conquistar Irak para impedir que los alemanes se apoderaran del país. Los bombardeos de la Luftwaffe en Gran Bretaña continuaban de manera incesante, y en aquellos momentos ya habían causado la muerte de más de treinta mil civiles. El 10 de mayo, el enloquecido lugarteniente del *Führer*, Rudolf Hess, se lanzó en paracaídas sobre Escocia en una misión personal de paz que curiosamente sirvió a los intereses propagandísticos de los nazis mejor que a los británicos. Llena de perplejidad, la gente, especialmente en Moscú y en Washington, supuso que de hecho debía de ser inminente el inicio de conversaciones entre Alemania e Inglaterra. Subsistían los temores de que España se uniera al Eje. Aunque la escasez de divisas extranjeras era desesperante, no se sabe cómo el gobierno logró reunir la enorme suma de un millón de dólares para sobornar a los generales españoles y lograr que su país se mantuviera fuera de la guerra. Los pagos, acordados a través del banquero de Franco, Juan March, se efectuaron en bancos suizos. No hay pruebas de que esta generosidad influyera en la política española, pero sin duda constituye una clara señal de la preocupación británica por la neutralidad de Franco.

El 20 de mayo, los alemanes empezaron a aparecer por la Siria de la Francia de Vichy, haciendo que, una vez más contra el parecer de Wavell, Churchill decretara: «Debemos entrar». Poco después, tropas británicas, australianas y de la Francia Libre estaban librando una pequeña campaña, no por ello menos dura, contra los soldados de la Francia de Vichy, que opusieron resistencia. Churchill observó

con enfado que era una lástima que no hubieran mostrado la misma determinación contra los alemanes en 1940. Las tropas de Pétain fueron finalmente derrotadas. La ocupación de Irak y Siria por Gran Bretaña no atrajo demasiado entusiasmo popular en su momento, y después tampoco ha captado demasiado el interés ni el aplauso de los historiadores. Pero ambas iniciativas reflejan la osadía de Churchill en todo su esplendor. La acción de los británicos eliminó una peligrosa inestabilidad en el flanco oriental de Wavell. La diversión de tropas causó mucha angustia en El Cairo, pero representó un acto de sabiduría estratégica. Si los alemanes se hubieran salido con la suya en su intento de levantar al mundo árabe contra los británicos, la situación de éstos en Oriente Medio habría empeorado de modo espectacular. Los modernos especialistas alemanes en historia de la guerra más prestigiosos, los autores de la monumental serie del Potsdam Institut, consideran los éxitos británicos en Siria, Irak y Abisinia más importantes para el patrón estratégico de 1941 que la derrota de Creta. Churchill, dicen, «tenía razón cuando afirmó que, en general, la situación en el Mediterráneo y en Oriente Medio era mucho más favorable para Gran Bretaña de lo que era un año antes». Sin embargo, no le parecía lo mismo en su momento al pueblo británico, dolorosamente puesto a prueba por aquel entonces.

\* \* \* \*

El viernes 23 de mayo, el crucero de batalla *Hood* fue volado durante un breve enfrentamiento con el *Bismarck*. Los días siguientes, con el acorazado alemán suelto por el Atlántico Norte,



fueron terribles para el primer ministro. Su abatimiento no se alivió hasta el día veintisiete, cuando, justo mientras intervenía en la Cámara de los Comunes, recibió la noticia de que el *Bismarck* había sido hundido. Las pérdidas de convoyes en el Atlántico seguían siendo terroríficas. La ayuda americana distó mucho de responder a las esperanzas británicas, y a menudo Churchill manifestaría su tristeza por la crueldad de las condiciones financieras exigidas por Washington. «Hasta donde yo sé», escribía el ministro de Hacienda Kingsley Wood, «no sólo van a desplumarnos, sino que van a dejarnos pelados hasta el hueso».

Oriente Medio seguía siendo el principal campo de batalla de Gran Bretaña. Pese al éxito conseguido asegurando el flanco oriental en Siria y haciéndose con el control de Irak, la confianza de Churchill en su comandante en jefe en la zona, nunca excesiva, iba disminuyendo a pasos agigantados. «Dijo algunas cosas muy duras sobre Wavell, cuya exagerada cautela y cuya inclinación al pesimismo encuentra muy antipáticas». Durante unas cuantas semanas, flaqueó la confianza en una nueva ofensiva, la operación «Battleaxe». Dijeron al almirante Cunningham que si la operación tenía éxito y las fuerzas de Wavell llegaban a Trípoli, el siguiente paso sería un desembarco en Sicilia. Semejantes fantasías enseguida se vieron desmentidas. El 17 de junio se supo en Londres que la operación «Battleaxe» había fracasado, con la pérdida de cien tanques valiosísimos. Churchill se exasperó al oír decir que Wavell pretendía evacuar Tobruk. Se trataba de una medida razonable desde el punto de vista militar, pues el valor logístico del pueblo era

escaso, pero desde el punto de vista político se consideraba intolerable. En abril, en el curso de una transmisión radiofónica Churchill había calificado a Wavell de «ese magnífico comandante al que vitoreamos en los buenos momentos y al que volveremos a vitorear en los malos». Pues bien, el 20 de junio destituyó al comandante en jefe de Oriente Medio, sustituyéndolo por sir Claude Auchinleck, comandante en jefe de la India, cuya conquista de Irak había sido ejecutada con una eficiencia impresionante. A Wavell le dieron la comandancia de Delhi sólo porque Churchill temía que condenarlo al olvido causara mala impresión a la opinión pública, ante la cual el general había sido presentado como un héroe.

Clementine Churchill escribió en cierta ocasión a su marido en tono despectivo acerca del depuesto comandante en jefe de Oriente Medio: «Entiendo que posee un gran encanto personal. Eso es algo agradable en épocas civilizadas, pero no es muy útil en una guerra total». En el ejército británico había demasiados oficiales de alto rango que eran hombres agradables, carentes por completo del instinto asesino indispensable para la victoria. El autor de la mejor biografía de Wavell, Ronald Lewin, ha observado que parecía destinado a la grandeza en cualquier terreno salvo en el del alto mando en la batalla. Podría decirse de forma más brutal que Wavell valía menos de lo que su enigmática personalidad haría suponer a sus admiradores. En una ocasión dijo a Pownall: «Mi problema es que realmente no estoy interesado en la guerra». Se trataba de una limitación sorprendentemente habitual entre los militares británicos de mayor rango. Es algo que explica por qué Winston Churchill

estaba mucho mejor capacitado para interpretar su papel de lo que lo estaban algunos generales para interpretar el suyo.

### **§. La maquinaria de guerra**

En ocasiones se ha dicho que durante la Segunda Guerra Mundial no se dio entre los generales y los políticos, entre las «medallas» y las «levitas», la desconfianza que reinó entre la jerarquía británica durante el conflicto de 1914-1918. Es falso. Cuando era jefe del Estado Mayor General del Imperio en 1939, Ironside comentó despectivamente a un oficial de Estado Mayor en un momento en el que se disponía a asistir a una reunión del gabinete: «Ahora voy a perder una mañana educando a esos viejos caballeros en su propio oficio». Aunque Churchill no era por entonces primer ministro, era incluido entre los despreciados «viejos caballeros».

El teniente general Henry Pownall escribió acerca del gabinete de Churchill: «Son una buena pandilla de gángsters algunos de ellos... Bevin, Morrison y sobre todo Beaverbrook, que tiene una de las caras más desagradables que he visto nunca en un hombre». John Kennedy escribió más adelante, todavía en plena guerra: «Es un rasgo funesto de la actual situación el hecho de que exista semejante grieta entre los políticos y las fuerzas armadas. Desde luego Winston no consigue que sus hombres estén a gusto tirando juntos del carro. Es una equivocación por su parte seguir vituperando a las fuerzas armadas. Esos ultrajes los repiten otros políticos y es muy malo para los asesores de las fuerzas armadas que los hagan avergonzarse de su uniforme».

Pero la evidencia de los acontecimientos indica que las críticas del primer ministro hacia sus militares eran bien merecidas. Las deficiencias del ejército británico durante la guerra son el tema de otro capítulo de este mismo libro. Por una curiosa ironía, la maquinaria de la que disponía Churchill para dirigir el esfuerzo bélico era mucho más impresionante que los medios para hacer cumplir sus decisiones sobre el terreno. El gabinete de guerra era el principal organismo político ejecutivo de Gran Bretaña, y a él asistían regularmente los jefes de Estado Mayor, así como los ocho miembros que lo integraban: éstos eran en 1941 Churchill, Attlee, Eden, Bevin, Wood, Beaverbrook, Greenwood y sir John Anderson. A partir de él se desarrollaron unos cuatrocientos comités y subcomités, de diversa importancia e integrados por un diverso número de miembros. Los asuntos de cada arma eran dirigidos por los jefes de Estado Mayor en sus respectivas reuniones, habitualmente en ausencia de Churchill. De las 391 reuniones de jefes de Estado Mayor celebradas en 1941, Churchill presidió sólo 23, mientras que asistió a 97 de las 111 sesiones del gabinete de guerra. También dirigió 60 de las 69 reuniones del grupo operativo del Comité de Defensa de dicho gabinete, y a 12 de las 13 del grupo de abastecimientos.

Siempre se mantuvieron las formas, y el primer ministro se dirigió en todo momento a ministros y comandantes por sus títulos, y no por sus nombres. Cuando tenía un día malo, los subordinados de Churchill se asustaban al ver su intemperancia y su irracionalidad.

Pero cuando tenía el día bueno — ¡y cuán extraordinariamente alto fue el número de éstos!—, su conducta lograba que una guerra de supervivencia nacional resultara soportable para los encargados de dirigirla. «Cuando está de buenas, no hay entretenimiento que supere una reunión con él», escribía un general. «El otro día presidió una reunión sobre el suministro de equipamiento a los aliados y posibles aliados. Entró nerviosamente y dijo: “Bueno, supongo que es lo de siempre. Hay demasiados cerditos y la cerda no tiene suficientes tetas”».

Los jefes de Estado Mayor se reunían todos los días, menos los domingos, a las 10.30, en una sala situada debajo del Home Office y comunicada con las salas del gabinete de guerra. Las sesiones solían continuar hasta las 13.00. Por las tardes, los jefes trabajaban en sus propios despachos, y volvían después de cenar a menos que fueran convocados a otra sesión vespertina, como sucedía en los momentos de crisis, que fueron muy numerosos. Cada lunes por la noche los jefes asistían al gabinete de guerra. El conflicto de 1914-1918 precipitó el comienzo de un cambio histórico en el equilibrio de los procesos de toma de decisión, que pasó de los comandantes sobre el terreno al primer ministro y a los jefes de las fuerzas armadas en Londres. En la Segunda Guerra Mundial, esta situación se hizo mucho más pronunciada. Los generales al frente de los ejércitos y los almirantes en el mar siguieron siendo responsables de ganar las batallas. Pero los sistemas de comunicación modernos permitieron a los individuos que ocupaban los puestos más altos en materia de asuntos nacionales influir en la dirección de las

operaciones realizadas en escenarios lejanísimos, para bien o para mal, de un modo que habría sido imposible en épocas anteriores. Alan Brooke escribió más tarde: « ¡Es extraño el gran papel que tiene un comité en la dirección de la guerra y lo poco que se sabe de él o que se aprecian sus funciones! El hombre de la calle nunca ha oído hablar de él».

Para que cualquier ministro o jefe de Estado Mayor de un arma del ejército pudiera influir en el primer ministro, era esencial que fuera capaz de mantener una discusión. Churchill pensaba que, si los comandantes no tenían agallas para luchar con él, era muy poco probable que pudieran luchar con el enemigo. A pocos de ellos les resultaba fácil hacerlo. El almirante sir Dudley Pound, primer lord del Mar, era uno de los muchos oficiales de rango elevado que tenían una actitud ambivalente hacia Churchill: «A veces le besarías los pies, y en otros momentos te parece que podrías matarlo». Pound era un organizador muy capaz cuya presidencia de la junta de jefes de Estado Mayor, hasta mayo de 1942, se vio perjudicada, en un primer momento, por su repulsa a hacer valer su voluntad frente al primer ministro, y después por el deterioro de su salud. El capitán Stephen Roskill, autor de la historia oficial de la marina real durante la guerra, cree que Pound no fue nunca un hombre lo suficientemente grande para desempeñar el papel que le tocó en suerte. El almirante abrigaba dudas respecto a sus propias capacidades, y en una ocasión preguntó a Cunningham si no debería dimitir de su cargo. Churchill tuvo bastante culpa de que Pound siguiera ocupando su puesto cuando quedaron patentes su

mal estado de salud y su falta de carácter, totalmente inadecuada. Fue una suerte para la marina real que el almirante contara con algunos subordinados capaces y enérgicos.

El almirante sir Andrew Cunningham, comandante en jefe del Mediterráneo, que sucedió a Pound cuando éste sufrió una apoplejía mortal, se sentía frustrado por su falta de elocuencia: «Debo... confesar que tengo una dificultad innata a la hora de expresarme en las discusiones verbales, en las que nunca me he enzarzado excepto en ciertas ocasiones en que me sentía muy excitado... Me siento como una araña en medio de una tela que vibra de pura actividad». Poco después de que Cunningham asumiera su puesto en el Almirantazgo, sonó el teléfono un sábado por la tarde en su casa de Hampshire. El primer ministro deseaba hablar por el emisor de interferencias. Cunningham explicó que no tenía. Churchill dijo, con impaciencia, que irían a instalarle uno inmediatamente. El almirante y su esposa permanecieron en vela hasta que los técnicos acabaron su trabajo a la una de la mañana, cuando por fin le pasaron la conferencia con Downing Street. Para entonces el primer ministro estaba ya durmiendo. A Cunningham, considerablemente molesto, le dijeron que la emergencia ya había pasado.

El mariscal jefe del Aire, sir Charles Portal, que asumió la dirección de la RAF en octubre de 1940, era considerado por muchos el más listo de los jefes de Estado Mayor. «Peter» Portal desplegó unas dotes diplomáticas notables, sobre todo más tarde, en sus tratos con los americanos. Como muchos altos oficiales del aire, su principal preocupación eran los intereses del arma a la que pertenecía, y

sobre todo la ofensiva de los bombarderos. Su personalidad no tenía colores deslumbrantes, y su conducta no había generado el anecdotario que permite a un hombre brillar en las cenas y en la historiografía de la guerra, pero el principal subordinado de Ismay, el general de brigada Leslie Hollis, rindió tributo a la inteligencia incisiva de Pound y a su calma contagiosa: «Nunca lo vi con el ceño fruncido», dijo Hollis, «ni siquiera ante los ataques crueles y sin fundamento lanzados contra la fuerza aérea. Permanecía sentado escrutando friamente al crítico con sus ojos de espesas pestañas, sin levantar la voz ni perder la compostura, pero rebatiendo la retórica con los hechos». El ejército de tierra sentía envidia de la habilidad con la que Portal ejercía su influencia sobre el primer ministro, a menudo con más eficacia que el jefe del Estado Mayor General del Imperio. El general sir John Dill resultaba agradable y era respetado por sus colegas, pero en el verano de 1941 estaba profundamente afectado por los fracasos cosechados por su arma; su chispa iba apagándose y su confianza en sí mismo era cada vez menor. Las reuniones de los jefes de Estado Mayor celebradas a lo largo de 1941-1942 se vieron dominadas por la conciencia de que el ejército de tierra era incapaz de obtener victorias, y por la consiguiente desafección del primer ministro hacia sus líderes.

El general de división Hastings «Pug» Ismay, que fue el jefe de Estado Mayor de Churchill mientras éste fue primer ministro, en su calidad de ministro de Defensa, y representante personal del comité de jefes de Estado Mayor, fue criticado a veces y tildado de cortesano y de ser demasiado condescendiente con los caprichos de



su jefe. A John Kennedy, por ejemplo, no le gustaba Ismay: «Doy gracias por haber tenido tan poco que ver con él... Ismay es tan adepto del primer ministro que es un peligro. La otra noche dijo en el club que “si el primer ministro entrara y dijera que tenía ganas de limpiarse las botas encima de mí, me echaría al suelo y dejaría que lo hiciera. Es un hombre tan grande que habría que hacer cualquier cosa por él”. Es un rasgo peligroso en un hombre que tiene tanta influencia en los consejos militares».

Pero ésta era la opinión minoritaria. La mayoría de la gente — ministros, comandantes en jefe y oficiales— respetaba el tacto y la discreción de Ismay. Él mismo pensaba que su papel consistía en presentar los deseos del primer ministro ante los jefes de las distintas armas, y viceversa, y no actuar como principal motor. Nunca ofrecía consejos estratégicos porque creía, sin duda con razón, que ello suponía usurpar las funciones de los jefes de Estado Mayor. Era un diplomático excelente, que presidía una pequeña plantilla cuyos principales integrantes eran Hollis, que había prestado servicio como oficial de la marina real a bordo de un crucero en la batalla de Jutlandia en 1916, y el brillante y austero coronel Ian Jacob, con sus gafitas, hijo de un mariscal de campo. A menudo podía verse al propio Ismay en la antesala de Churchill, mientras que la secretaría se encontraba en Richmond Terrace, justo al lado de Downing Street, apenas doblando la esquina. Allí estableció Jacob el Registro de Defensa, que anotaba todos los comunicados procedentes de los comandantes en jefe sobre el terreno, incluidos los que iban dirigidos a los jefes de Estado Mayor.

Por muchos errores que cometiera el alto mando británico y por agudas que llegaran a ser las tensiones personales entre el primer ministro y sus generales, almirantes y mariscales del Aire, en todo el tiempo que Churchill ejerció de primer ministro durante la guerra lo que prevaleció entre Downing Street y los ministerios de las distintas armas del ejército fueron los niveles más altos de coordinación, disciplina del personal e intercambio de informaciones.

En la faceta civil, el primer ministro contó con los servicios de un grupo singular de funcionarios. El secretario del gabinete, sir Edward Bridges, conservó siempre su entusiasmo por las distracciones cerebrales, incluso en medio de los bombardeos aéreos. Presidía los debates tímidamente intelectuales celebrados a la hora de cenar en el comedor del personal de Downing Street, como el que se suscitó en torno a si «existe el mal más allá de la intención». Bridges tenía el mérito adicional de que estaba tan apasionadamente comprometido con la victoria a toda costa como el primer ministro, y en junio de 1940 rechazó de antemano las propuestas de establecer una mini estructura de los departamentos de Whitehall en Canadá, ante la eventualidad de una ocupación alemana de Gran Bretaña.

El personal de Downing Street se dio cuenta —como no supieron hacer algunos extraños— que, por inusual que pudiera ser el régimen de vida del primer ministro, era notablemente disciplinado. Las actas de las reuniones eran mecanografiadas y, una hora o dos después de que éstas se hubieran celebrado, aunque fuera después

de media noche, ya estaban en circulación. Los secretarios particulares —durante casi toda la guerra Leslie Rowan, John Martin, Tony Bevin y John Colville— trabajaban por turnos durante el día y buena parte de la noche. «La principal dificultad consiste en entender lo que dice», escribía Martin en los primeros días que estuvo a su servicio, «y se necesita mucha habilidad para interpretar los gruñidos inarticulados o algunas palabras lanzadas sin dar más explicaciones. Creo que es conscientemente raro en esto». Como joven patricio —era nieto de lord Crewe—, que además había asistido a Harrow, la vieja escuela de Churchill, Colville gozaba de la indulgencia paternalista de su jefe. Su seguridad en sí mismo, o en realidad su engrimiento social, le permitía chismorrear con los potentados en las cenas del primer ministro sin el menor empacho, aunque su papel fuera sólo el de un humilde funcionario. Como autor de un diario, Colville desempeñó un papel histórico valiosísimo como cronista de la rutina doméstica del primer ministro.

Los integrantes del entorno personal de Churchill inspiraban desconfianza fuera del «círculo secreto», y a veces también dentro de él. Eran frecuentes las críticas a la predisposición del primer ministro a tolerar que los viejos amigos y los parientes ocuparan puestos significativos. Más adelante, todavía durante la guerra, su yerno, Duncan Sandys, se hizo sumamente impopular como subsecretario del Ministerio del Ejército. Alan Brooke llegó a jurar que dimitiría si, como se rumoreaba, aunque los rumores nunca llegaron a hacerse realidad, Sandys era ascendido a secretario de la

Guerra. A menudo se ha afirmado que Beaverbrook, Cherwell y Brendan Bracken eran amigos íntimos poco recomendables del primer ministro, del mismo modo que algunos americanos importantes lamentaban la amistad de Harry Hopkins con Roosevelt. Pero a la hora de juzgar a los socios de Churchill escogidos por él mismo, la única cuestión relevante es si esos acólitos —los llamados «amigotes»— influyeron o no de manera inadecuada en sus decisiones.

Beaverbrook era el más terco y entrometido. Tanto en el cometido de sus funciones como fuera de ellas, ocupaba una sorprendente cantidad de tiempo y de atención del primer ministro. Parece que Churchill nunca se percató de la cobardía física de Beaverbrook, del todo inusual entre los integrantes de su círculo, y notada, en cambio, por la mayoría de sus colegas durante los bombardeos aéreos, cuando se retiraba siempre que podía al campo, o durante los largos viajes al extranjero realizados durante la guerra. El magnate de la prensa ejerció un poder considerable como ministro de Producción Aérea en 1940, y luego como ministro de Abastecimientos en 1941. Después siguió siendo uno de los pocos paisanos cuyas opiniones escuchaba Churchill. Beaverbrook hizo mucho daño a algunos personajes. Su desprecio abarcaba a todos los miembros de la Cámara de los Comunes de los tiempos de la guerra. «En verdad este Parlamento no es más que una farsa», decía en una carta enviada en mayo de 1941 a Hoare, que se hallaba en Madrid. «La primera fila de escaños forma parte de esa farsa. Ahí tenemos a Attlee y a Greenwood, un gorrión y un grajo, apalancados

a uno y otro lado de la brillante ave del paraíso». Resulta fácil identificar los asuntos en los que Beaverbrook instó al primer ministro a hacer lo que no debía, asunto sobre el cual hablaremos más adelante. Mucho más difícil resulta descubrir un caso en el que sus reclamaciones estuvieron acertadas.

\* \* \* \*

Brendan Bracken, inseparable de Churchill durante una década antes de la guerra, gozaba de un acceso fácil a su persona, cosa que disgustaba a sus rivales. Pero su influencia fue considerada mayor de lo que era en realidad, pues, debido a su afición a hablar demasiado, se jactaba mucho de ella. A los demás ministros y funcionarios les llamó a veces la atención el desparpajo con el que se dirigía al primer ministro llamándolo «Winston». Beaverbrook y él eran apodados los «caballeros del baño» en reconocimiento a los escabrosos encuentros que a veces tenían con Churchill. No obstante, aquel irlandés astuto y esquivo, con gafas de gruesas lentes y la cabeza coronada por lo que parecía una peluca de estopa rojiza, proporcionó a Churchill una utilísima fuente de información y chismorreos acerca de asuntos internos, y prestó un servicio excelente como ministro de Información desde julio de 1941 hasta mayo de 1945. Bracken, que en 1941 tenía cuarenta años, poseía una gran inteligencia y una notable capacidad de simpatía en privado. Como magnate también de la prensa de bolsillo, propietario de *The Economist* y presidente del *Financial News*, conocía perfectamente las necesidades de los medios de comunicación. Intervino a menudo para facilitar el acceso de los periodistas al

ejército, y para aplacar la cólera del primer ministro cuando se pensaba que los periódicos habían sobrepasado los límites de la crítica razonable. No ejerció ninguna influencia en materias de estrategia, y rara vez estuvo presente cuando se trataron estos temas.

El profesor Frederick Lindemann, el asesor científico personal del primer ministro, nombrado lord Cherwell en junio de 1941, era el que despertaba menos simpatías de los íntimos de Churchill. Nadie ponía en duda su inteligencia, pero su arrogancia intelectual y su afición a las vendettas llegaron a crearle muchos enemigos. Cherwell, que en 1941 tenía cincuenta y cinco años, había heredado una fortuna creada gracias a las depuradoras de agua en Alemania. Le encantaba alardear de su riqueza ante sus colegas científicos menos afortunados, presentándose a veces en las reuniones de Oxford montado en un Rolls-Royce con chófer. Su costumbre de cruzar las calles mirando al frente, sin atender al tráfico, reflejaba su manera de abordar los asuntos de estado y las cuestiones de la guerra. Soltero y vegetariano, de fuertes convicciones derechistas e incluso racistas, era un hombre excéntrico y tímido. Cuando tres subordinados suyos en el Cabinet Office insistieron en ser trasladados a la marina mercante para tener un papel más activo en la guerra, sintió alarma por los secretos que pudieran llevarse consigo al mar. Les dijo: «Si ven ustedes que van a ser capturados, deben suicidarse inmediatamente».

Cuando su opinión de científico estuvo equivocada, su obstinación hizo un daño considerable. Defendió de manera obsesiva la

utilización de minas aéreas como defensa frente a los ataques aéreos, dilapidando una cantidad significativa de trabajo de diseño y de producción. Su defensa de los «bombardeos de área» se basaba en una interpretación errónea de los datos, y lo llevó a perjudicar notablemente la causa de la marina real en la batalla del Atlántico. Como Churchill confiaba en Cherwell, los errores del «Profe» resultaron desproporcionadamente dañinos. El primer ministro abusó a veces de las estadísticas de Cherwell para proponer algunas tesis temerarias de su propia cosecha. Ian Jacob lo calificaba de «tábano con autorización». Teniendo en cuenta todos los factores, la contribución de Cherwell al gobierno de Churchill fue positiva. Permitió a éste sustentar con pruebas las discusiones en torno a una gran cantidad de temas.

Entre los personajes menores, el estruendoso comandante Desmond Morton era un oficial de inteligencia muy capaz, que suministró a Churchill importante información en sus años de travesía del desierto antes de la guerra, y que ejerció una influencia considerable sobre Downing Street en 1940. Más tarde, sin embargo, Morton se vio marginado, y su voz sólo sería significativa en los asuntos relacionados con Francia. Charles Wilson, el médico del primer ministro, titulado lord Moran en 1943, suscitó después de la guerra la cólera del personal de Churchill publicando los diarios íntimos de sus experiencias. Jock Colville escribió por entonces de aquel médico egoísta: «Moran raramente estuvo presente, si es que lo estuvo alguna vez, cuando se escribió la historia; pero después fue invitado a cenar con bastante frecuencia».

Este comentario es tan excesivo como disparar a un ratón con una escopeta para matar elefantes. Moran no fue nunca un personaje encargado de hacer política, ni siquiera ejerció demasiada influencia. Bastaría con que hubiera servido bien a Churchill como médico, y resultó un compañero aceptable en los grandes viajes del primer ministro.

Los «amigotes» eran considerados por los críticos de Churchill meros charlatanes. Pero cada uno de ellos tenía méritos reales, aparte de cerebro. No había ningún loco en el entorno del primer ministro, aunque la solidez del juicio de cada uno no esté tan segura. Ninguno de los socios que escogió Churchill era conformista. Todos eran solitarios que iban por su cuenta, por dispuestos que estuvieran a adoptar las relaciones sociales como medio de influencia. En Whitehall y en Westminster, hombres menos dotados, con o sin uniforme, denunciaron a los falsos profetas que supuestamente llevaron por el mal camino al primer ministro. Pero casi todos los planes más descabellados de Churchill fueron fruto de su imaginación fertilísima, no de la de ningún chico travieso de su círculo íntimo. «Conservó siempre una inflexible independencia de criterio», escribió Jock Colville. «Enfocaba un problema tal como él lo veía y de todos los hombres que he conocido él fue el menos propenso a dejarse arrastrar por las opiniones, ni siquiera de sus consejeros más íntimos». Del mismo modo, Churchill formaba sus propios juicios acerca de los hombres, unas veces favorables y otras no, y se resistía mucho a la influencia de otros a la hora de modificarlos.



La interpretación de la gestión del gobierno de Churchill hecha por muchos de sus contemporáneos, incluso algunos muy próximos a la sede del poder, deriva de la promiscuidad de las conversaciones del propio Churchill. Todos los días, ya estuviera en compañía de generales, ministros, visitantes o con su propio personal privado, daba rienda suelta a sus juicios sobre las personas o los planes de acción de manera impulsiva e intemperante. Dichos juicios a veces producían hilaridad, pero a menudo también alarma y terror, incluso entre aquéllos que lo conocían desde hacía tiempo. Pero sus íntimos, sobre todo los funcionarios de la secretaría del gabinete de guerra, sabían que nada de lo que dijera Churchill se pretendía que fuera el punto de arranque para la acción, a menos que luego se viera confirmado por escrito. Sabían que a menudo hablaba sólo para ayudarse a sí mismo a formular ideas. Se ha señalado a menudo que tenía una mente indisciplinada, fuente de una auténtica plétora de ideas, unas brillantes y otras absurdas. Ismay lo llamaba «un hijo de la naturaleza». Pero el aspecto más curioso de la maquinaria encargada de dirigir la guerra que poseía Gran Bretaña era que estaba mejor ordenada que la de cualquier otro país beligerante, incluida curiosamente la de la propia Alemania y más tarde la de Estados Unidos. Un cínico habría podido señalar que Churchill creó un sistema destinado a protegerlo de sus propios excesos. Y en un grado muy considerable, lo consiguió.

\* \* \* \*

A finales de la primavera de 1941, los británicos no estaban más cerca de ver la senda de la victoria de lo que lo habían estado seis

meses antes. Cuando el general Raymond Lee regresó a Londres tras un viaje a Washington en el mes de abril, escribió: «La gente me sorprende... porque se la ve mucho más seria que en enero». El entusiasmo de Churchill por las fuerzas especiales y las operaciones ofensivas era consecuencia de su conciencia de que era preciso esforzarse en todo momento por mantener una apariencia de fuerza y energía. Un general dijo que su hermano le había contado un chiste, que llegó a tener una circulación muy amplia en el Departamento de Guerra. De pequeño, el narrador había asistido como invitado a una cacería en Blenheim Palace, durante la cual Churchill intentó absurdamente hacer un disparo larguísimo para matar una liebre. El niño le preguntó que por qué había malgastado el cartucho. «Jovencito», respondió alegremente Churchill, «quería que la liebre se enterara de que tenía algo que ver con todo esto». Ese mismo espíritu, aplicado a cuestiones de transcendencia mucho mayor, fue el que impulsó la actuación de Churchill durante la primavera y el verano de 1941. El Departamento de Guerra consideraba inútil retener Tobruk una vez que Rommel lo había rebasado en el mes de abril. Sólo la insistencia de Churchill llevó al despliegue en la ciudad de una guarnición australiana que no tardaría en ser más numerosa que la fuerza alemana que la rodeaba. Pero en aquella temporada de derrotas, la epopeya de los soldados de la infantería australiana —los «diggers»— resistiendo el «asedio de Tobruk» fue elevada por la propaganda británica al rango de leyenda, por lo demás utilísima.

Sin embargo, el panorama militar tenía sus limitaciones. Churchill tenía una fe exagerada en el poder de la sola audacia para superar las deficiencias materiales y numéricas. «La guerra», escribía, «consiste en luchar, morder y hacer pedazos... El más débil o el más frágil ve cómo le quitan la vida mediante ese método. Las maniobras son un mero embellecimiento, muy agradable cuando sale bien. La lucha es la llave de la victoria». Pero los acontecimientos de 1940-1941 demostraron —y la experiencia posterior vino a confirmarlo— que las fuerzas británicas podían derrotar a las de la Wehrmacht sólo cuando eran notablemente superiores. Si Hitler hubiera enviado al norte de África otras dos o tres divisiones de su gigantesco orden de batalla, es probable que Gran Bretaña hubiera sido expulsada de Egipto en 1941. Muchos militares británicos de alto rango pensaron que ese resultado era probable, aunque subestimaban los problemas logísticos de Rommel. «Supongo que se da usted cuenta de que vamos a perder Oriente Medio», dijo Dill a Kennedy el 21 de junio, comentario que venía a subrayar su falta de idoneidad para el puesto que ocupaba. Kennedy, a su vez, incurrió en la cólera de Churchill sólo por mencionar esa eventualidad en su presencia. Los británicos se libraron en 1941 del desastre en el Mediterráneo porque las prioridades estratégicas de Hitler se situaban en otra parte. El 22 de junio, Alemania invadió Rusia.

## Capítulo 6

### Camaradas

La invasión alemana de Rusia el 22 de junio de 1941 supuso un cambio radical en la Segunda Guerra Mundial. Los británicos, gracias a las interceptaciones de Ultra, hacía tiempo que tenían conocimiento del inminente ataque de Hitler. Se convencieron a sí mismos de que su intervención en Grecia había supuesto la imposición de posponer la puesta en marcha de la *Unternehmen Barbarossa*. En realidad, un retraso en el deshielo y la escasez de equipamiento alemán constituyeron los factores decisivos de que el ataque tuviera lugar más tarde de lo previsto por Hitler. Incluso hoy día, el pueblo americano y el británico perciben su contribución a la guerra en el este en términos de convoyes, objeto de heroicas contiendas a través del Ártico hasta Murmansk, que transportaban un sinfín de ayuda de Occidente. Pero la realidad es mucho más simple. En 1941-1942, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos estaban desesperadamente faltos de material de guerra para suplir a sus propios ejércitos, y tenían muy poco que ofrecer al pueblo de Stalin. Durante los dieciocho meses que siguieron a la invasión, el período durante el cual la salvación de Rusia pendió de un hilo, la ayuda de Occidente fue mucho más marginal que lo que indicaba la retórica de Winston Churchill o Franklin Roosevelt y se hacía creer a la gente corriente de occidente.

En junio de 1941 el impacto inmediato que tuvo en Gran Bretaña la puesta en marcha de la operación «Barbarroja» fue

sorprendentemente silencioso. Las conmociones vividas durante los años precedentes habían tenido un efecto anestésico. La gente daba gracias por encontrarse sana y salva cada mañana sentada a la mesa para tomar su desayuno y por ver que su isla seguía intacta de la amenaza nazi, y recibía las noticias de aquel acontecimiento histórico con sorprendente despreocupación. Edward Stebbing, un soldado de veintiún años de cuya impaciencia con la guerra se ha hablado anteriormente, se sentía desconcertado: «No hay nada claro sobre esta guerra. En este laberinto de mentiras y traiciones resulta imposible hallar la verdad». Lex, columnista del *Financial Times*, escribía el 23 de junio: «Los mercados se han pasado la mañana intentando averiguar si la agresión alemana contra Rusia es alcista o bajista... La mayoría ha llegado a la conclusión de que, ocurra lo que ocurra, difícilmente estaremos peor a raíz de la última pirueta de Hitler». He aquí otro ejemplo de la teoría del «caño de tres pulgadas» de Churchill a propósito de las emociones humanas. En medio de un exceso de tragedias y peligros, muchos se refugiaban en proteger suficientemente su propia vida cotidiana, dejando que un torrente de noticias internacionales, buenas y malas, fluyera ante ellos hasta alcanzar el mar.

Buena parte de la clase dirigente británica, empezando por el primer ministro, abominaba de la Unión Soviética. Desde que estallara la guerra, los rusos habían hecho caso omiso de todas las iniciativas diplomáticas británicas, así como de las advertencias de Londres acerca de las verdaderas intenciones de los nazis. Hasta el día del ataque alemán, en virtud del pacto nazi-soviético de 1939 Stalin

estuvo suministrando a Hitler grandes cantidades de ayuda material. Apenas unos meses antes, Vyacheslav Molotov, ministro de Asuntos Exteriores soviético, estuvo negociando con los nazis, aunque sin éxito, la cesión de una parte de los despojos de la derrota de Gran Bretaña. La extravagancia de las pretensiones soviéticas supuso para Hitler el pretexto decisivo para la puesta en marcha de la operación «Barbarroja».

Cuando se aborda el estudio de la historia de la Segunda Guerra Mundial es imprescindible reconocer los enormes compromisos morales adquiridos por las naciones que combatieron bajo el estandarte de la democracia y la libertad. Gran Bretaña, y posteriormente Estados Unidos, lucharon por el triunfo de estos admirables principios allí donde pudieran quedar garantizados, con la vergonzosa excepción a veces de los imperios de ultramar europeos. Pero, una y otra vez, tuvieron que hacerse cosas muy duras que apartaron la fe de cualquier definición de bondad absoluta. Es algo que sucede con los políticos de todas las épocas, pero fue así especialmente entre 1939 y 1945. Ya fuera respecto a Francia, a Grecia, a Irak, a Persia, a Yugoslavia o a otras naciones, lo cierto es que por parte de los aliados se adoptaron unas actitudes y se tomaron unos derroteros que ningún filósofo moral podría calificar de impecables. El trato dispensado por los británicos a sus colonias durante la guerra, a Egipto y especialmente a la India, fue muy poco ilustrado. Pero si se reconoce la nobleza fundamental de los objetivos de Churchill, la mayoría de sus decisiones merecen nuestra benevolencia.

Gobernó según el principio de que todos los intereses y consideraciones debían subordinarse al gran objetivo, esto es, a la derrota de las fuerzas del Eje. Los que incluso hoy día sostienen que Churchill «habría podido salvar el imperio británico», pactando con Hitler y dejando que Rusia y Alemania se destruyeran la una a la otra, ignoran la dificultad práctica de llegar a un acuerdo sostenible con el régimen nazi, y adoptan, además, una actitud de absoluto cinismo, pues pasan por alto la vileza e infamia de ese gobierno alemán. El precio moral y material que supuso acabar con Hitler fue muy elevado, pero gran parte de la humanidad ha reconocido siempre que había que pagarlo. A lo largo de la guerra se pidió al primer ministro en repetidas ocasiones que indicara no ya qué partido, nación o política encarnaba la virtud, sino cuál debía ser tolerado o apoyado como mal menor. Este imperativo nunca quedó tan patente como durante las negociaciones de Gran Bretaña con la Unión Soviética.

\* \* \* \*

Entre 1917 y 1938, Churchill conservó la reputación de enemigo acérrimo del bolchevismo. Pero en los últimos años antes de su nombramiento como primer ministro cambió su mentalidad y mostró una voluntad sorprendente de llegar a los rusos. En octubre de 1938, en contra de la férrea opinión de Chamberlain, instó a establecer una alianza con Moscú y aconsejó a los polacos que alcanzaran un acuerdo con Stalin. Esta nueva postura hizo que subiera su popularidad entre los parlamentarios laboristas en la misma medida que hizo que bajara entre los parlamentarios *tories*.

En septiembre de 1939 instó a Chamberlain a considerar el avance soviético hacia Polonia como un hecho positivo: «Ninguno de estos hechos entra en conflicto con nuestro interés primordial, que no es otro que detener el avance alemán hacia el este y el sureste de Europa». En un discurso transmitido por la radio dos semanas después dijo: «Que los ejércitos rusos se mantuvieran en esa línea [en Polonia] era a todas luces de vital importancia para la salvaguardia de Rusia frente a la amenaza nazi». Es bien cierto que en enero de 1940 fue un entusiasta defensor de la causa de Finlandia ante el asedio al que ésta se veía sometida por parte de los soviéticos. En cierta ocasión llegó a preguntar incluso acerca de la posibilidad de bombardear los campos de petróleo rusos de Bakú, en el Cáucaso, para cortar el suministro de combustible a los alemanes. Con la excepción de este breve período de tiempo, sin embargo, Churchill se mostró normalmente dispuesto a hacer causa común con los rusos, siempre y cuando éstos tuvieran la determinación de compartir la carga que suponía derrotar a Hitler. Probablemente pensara así porque no veía otra manera de cumplir este objetivo.

La mañana de aquel domingo de junio el primer ministro se encontraba en Chequers cuando llegó la noticia de que los alemanes habían lanzado la operación «Barbarroja». De inmediato comunicó a Eden, que estaba allí en calidad de invitado, su firme propósito de recibir a la Unión Soviética como nación aliada en la contienda; luego pasó el resto del día yendo de aquí para allá bajo un sol abrasador, puliendo argumentos y frases del siguiente discurso que



iba a pronunciar por la radio. Estuvo charlando con Beaverbrook y con sir Stafford Cripps, embajador en Moscú que se encontraba en aquellos momentos en Gran Bretaña, pero no se preocupó por convocar al gabinete. Cuando por fin se sentó delante del micrófono de la *BBC* a última hora de la tarde, empezó reconociendo su anterior hostilidad hacia los soviéticos: «El régimen nazi no se distingue de los peores aspectos del comunismo. Al margen de su ambición y de su afán de dominación racial, carece de ideas y principios. En los últimos veinticinco años, no ha habido nadie que mostrara su oposición al comunismo con tanta determinación como yo. Y no voy a desdecirme de todo lo que he dicho al respecto». Pero a continuación manifestó, utilizando con energía unos términos brillantes, el propósito de Gran Bretaña de combatir codo con codo con la Rusia de Stalin:

*El pasado, con sus crímenes, sus locuras y sus tragedias, se olvida. Veo a los soldados rusos a las puertas de su patria, guardando los campos que sus padres han cultivado desde tiempos inmemoriales. Los veo defendiendo sus hogares en los que madres y esposas rezan —¡ah, sí, pues hay veces en las que todos rezamos!— por sus seres queridos, por el regreso de quien se gana el pan para alimentar a la familia, por el regreso de su adalid, de su protector. Veo las diez mil aldeas de Rusia en las que el medio de subsistencia se obtiene con el trabajo duro en los campos, pero en las que sigue habiendo esos momentos de alegría propios de la naturaleza humana, en las que las muchachas ríen y los niños juegan.*

*Y, avanzando hacia todo ello con su horrible embestida, veo la máquina de guerra nazi con sus oficiales prusianos marchando con paso firme a golpe de tacón, con sus astutos agentes expertos en intimidación y sometimiento de decenas de países. Veo también a las sombrías, obedientes y feroces masas de la soldadesca teutona, perfectamente adiestradas, avanzando como una plaga de voraces langostas. Veo cubriendo los cielos a los bombarderos y cazas alemanes, todavía escocidos por las numerosas derrotas sufridas a manos de los británicos, pero sonriendo satisfechos por haber encontrado lo que consideran una presa más fácil y segura.*

*Debo hacer pública la decisión del gobierno de Su Majestad... Cualquier hombre o cualquier nación que luche contra la dominación nazi recibirá nuestro apoyo... Tenemos que prestar a Rusia y al pueblo ruso toda la ayuda posible... Así pues, la amenaza que se cierne sobre Rusia es la misma que se cierne sobre nosotros, y sobre Estados Unidos de América, del mismo modo que la causa de todos los rusos que combaten por su hogar y su patria es la causa de todos los hombres y pueblos libres de cualquier rincón del mundo.*

No era la primera vez que durante la guerra las palabras de Churchill recibían la aclamación de la mayoría del pueblo británico, a la vez que suscitaban ciertas dudas entre algunos parlamentarios *tories* y altos oficiales. El sentimiento de rechazo hacia los soviéticos manchados de sangre corrió como la espuma entre miembros de la

clase alta británica. Leo Amery, secretario de Estado para la India, mostró su disconformidad ante la perspectiva de hacer causa común con los comunistas. El coronel John Moore-Brabazon, ministro de Producción Aeronáutica, fue lo suficientemente imprudente como para manifestar en público su deseo de ver cómo los alemanes y los rusos se exterminaban los unos a los otros. Jock Colville diría que se trataba de «un sentimiento muy extendido». El teniente general Pownall se quejó de la falta de firmeza que había percibido en las gestiones llevadas a cabo ante los rusos por el secretario de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y los diplomáticos de su departamento. «Creen que tratan con gente normal. Y no lo son. Los rusos son orientales, y deben ser tratados de manera muy distinta y sin tantos miramientos. No son antiguos alumnos de Eton». Cuthbert Headlam, diputado *tory*, comentó con curiosa frialdad: «No creo que la “conquista de Rusia” tarde mucho en materializarse. ¿Y luego? Pues es probable que o bien Hitler haga un propuesta de paz a cambio de que reconozcamos el “Nuevo Orden”, o bien apueste por invadirnos, o bien intente avanzar en el teatro de Oriente [Medio]». Headlam consideraba que la postura de Churchill era inteligente desde el punto de vista táctico, pero al igual que otros muchos no se sentía capaz de augurar un final feliz sin la participación de los americanos. Así las cosas, ponía sus esperanzas en manos más sublimes: «Se percibe que Dios está de nuestro lado, y esto es lo importante».

Sin embargo, entre la izquierda británica, y la población en general, el entusiasmo por la declaración de Churchill de apoyar a Rusia era

abrumador. El diputado laborista independiente Aneurin Bevan, crítico incansable de la gestión de Churchill, no dudó en felicitar al primer ministro por acoger a los rusos como compañeros de armas: «Fue una declaración sumamente inteligente, y muy difícil de hacer, pero realizada con gran sabiduría y bravura». George King, taquígrafo de los juzgados de Surrey, escribió: «Me enorgullezco de todo esto. Siempre he tenido cierta debilidad por los rusos, y nunca los he culpado de vernos con malos ojos. Les dimos buenos motivos para ello durante los años que siguieron a la última guerra... Doy gracias a Dios por Rusia. Este año [los rusos] nos han salvado de una invasión». Una londinense de nombre Vere Hodgson escribía el 22 de junio: «Los rusos no se han portado muy bien con nosotros en el pasado, pero ahora debemos ser amigos y ayudarnos unos a otros... Así pues, en esta guerra nos queda un aliado en Europa. Siento cómo me sube la moral». Y al mes siguiente añadía con mucha sagacidad: «En cierto modo creo que Stalin está más capacitado que cualquiera de nosotros para medirse con Hitler de igual a igual... parece un tipo muy desagradable». Y no se equivocaba en absoluto. Nunca hubo la más mínima probabilidad de que, para derrotar a Hitler, los británicos hubieran estado dispuestos a devorarse unos a otros. Pero los rusos no dudaron en hacerlo durante el sitio de Leningrado. De hecho, tuvieron que soportar muchas situaciones extremas entre 1941 y 1945, lo que libró a los aliados occidentales de verse obligados a tomar algunas decisiones que no habrían amedrentado al primer ministro británico, pero sí a su pueblo.

Los comunistas británicos, muchos de los cuales se habían mostrado hasta entonces indiferentes ante la guerra, cambiaron drásticamente su actitud. Algunos, como, por ejemplo, la señora Elizabeth Belsey, comenzaron a manifestar una apasionada admiración por la causa de la Madre Rusia junto con un profundo desprecio por los líderes británicos. En una carta dirigida a su esposo, un soldado, decía:

*Me ha sorprendido gratamente... que Churchill acoja a Rusia con tanta rapidez en nuestro círculo de valientes aliados. Pensé que iba a seguir con su propia guerra, ignorando la de Rusia, o que iba a quitarse de en medio y dejar que Rusia cargara con el muerto. Tras meditarlo detenidamente, me doy cuenta de que la única decisión realista que había es la que ha tomado. Su discurso me ha repugnado... ¡Ese retrato, terriblemente sensiblero, que ha dibujado de los rusos «defendiendo su tierra»! ¡Esa actitud de incluso-los-ateos-rezan-a-veces atribuida a las mujeres soviéticas! Y la manera en la que todos los que hablan de este asunto quieren dejar bien claro que si bien apoyamos a Grecia por los griegos, a Noruega por los noruegos, a Abisinia por los abisinios, etc., etc., ahora estamos apoyando a Rusia únicamente por nuestro propio interés... ¡Y qué me dices del historial personal de Churchill! ¿Quién se encargará de recordarle su declaración de que si tuviera que elegir entre comunismo y fascismo, no estaba seguro de que eligiera comunismo?*

El hecho de que el ataque de Hitler en el este pudiera significar que «algo había cambiado» provocó en Churchill cierta satisfacción propia de esos individuos optimistas que, a pesar de las desgracias, nunca pierden la esperanza. Pero el primer ministro compartía con sus generales un profundo escepticismo respecto a la capacidad de las fuerzas rusas de resistir a la Wehrmacht. Un año antes, la minúscula Finlandia había humillado al Ejército Rojo. El orgullo nacional británico hacía que pareciera muy poco probable que Rusia lograra repeler a las legiones de Hitler cuando en 1940 el combinado de fuerzas británicas y francesas no lo había conseguido. Pownall escribía el 29 de junio: «Resulta imposible determinar hasta cuándo resistirán los rusos. ¿Tal vez tres semanas? ¿Quizá tres meses?». Lo máximo a lo que aspiraban los jefes del Estado Mayor del ejército británico en este sentido era que, tras el inicio de la operación «Barbarroja», los rusos pudieran resistir hasta el invierno en el nuevo frente oriental. Las tropas británicas seguían realizando preparativos para una eventual llegada de los alemanes a las costas de la isla, en parte porque no tenían mucho más que hacer. Pownall expresaba su escepticismo al respecto: «No creo que Churchill piense sinceramente que este país vaya a ser invadido. Por supuesto, no puede decirlo, porque entonces todo el mundo dejaría inmediatamente de trabajar con empeño».

Buena parte del ejército británico —una parte mucho mayor que la desplegada en Oriente Medio— permanecía en Gran Bretaña, donde seguiría tres años más, para mortificación de los rusos y

posteriormente también de los norteamericanos. De las veinticinco divisiones de infantería y las cuatro blindadas que se encontraban en las islas, quizá sólo diez estaban suficientemente preparadas para entrar en combate. No había la más mínima intención de enviar formaciones a Oriente Medio, o al imperio británico de Oriente, hasta que no estuvieran equipadas con tanques, cañones antitanque, armas automáticas y artillería. Todos estos pertrechos seguían siendo escasos. Se estimó necesario mantener la producción de armamento y aviones ya obsoletos porque la introducción de nuevos diseños implicaba una serie de retrasos considerados inaceptables. Un sinfín de soldados británicos mal equipados, a medio entrenar y profundamente aburridos tuvieron que permanecer en su propio país durante meses, y en algunos casos durante años, mientras que un número muy inferior de sus camaradas combatía en el extranjero. Alan Brooke, comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa, se lamentaba de lo difícil que era entrenar a unidades para la batalla cuando los hombres carecían del estímulo de la acción.

Por otro lado, la inmensa mayoría de cazas de la RAF seguían siendo utilizados en el sur de Inglaterra, desde donde llevaban a cabo «barridos» en el norte de Francia considerados de gran importancia para la moral, pero que supusieron para la RAF unas pérdidas muy superiores a las de la Luftwaffe: 411 pilotos entre los meses de junio y septiembre, por 103 aviones alemanes abatidos (aunque la RAF afirmara que fueron 731). Generales y almirantes montaron en cólera por este uso de los recursos aéreos. Los cazas

tenían un valor incalculable para las operaciones en Oriente Medio y el mar Mediterráneo. Cuando el almirante Cunningham tuvo noticia de que iba a ser nombrado Caballero de la Gran Cruz del Baño, replicó ásperamente que prefería que le concedieran tres escuadrones de Hurricanes. «Me resultaba imposible comprender por qué las autoridades de nuestro país no podían ver aparentemente lo peligrosa que era nuestra situación en el Mediterráneo sin un apoyo aéreo adecuado», escribió este alto oficial de la marina británica. Pero había otra dificultad que perseguiría a la RAF durante el resto de la guerra: el Spitfire y el Hurricane eran unos magníficos interceptores, ideales para la defensa de la nación, pero de corto alcance debido a una capacidad muy limitada de combustible. A medida que avanzó la guerra, Gran Bretaña sufrió más severamente la falta de cazas de largo alcance. La marina real no tuvo buenos aviones embarcados hasta 1944-1945, cuando pudo disponer de los modelos americanos. Los jefes de Estado Mayor justificaban aquel gran despliegue de cazas en Inglaterra indicando que, si Hitler se decidía a invadir la isla, tocaría a la RAF desempeñar el papel más crucial en la defensa de la nación. Sin embargo, no deja de parecer un importante error estratégico el hecho curioso de que en 1941 y 1942 Gran Bretaña retuviera un importante número de fuerzas aéreas en los aeródromos del país — 75 escuadrones de cazas diurnos frente a los 34 que tenía en todo Oriente Medio a finales de 1941—, incluso después de que casi toda la Luftwaffe se hubiera trasladado al frente oriental. Gran Bretaña estuvo muy sobreprotegida de cualquier posible invasión hasta bien



entrado el año 1942, en grave detrimento de sus fuerzas destacadas en los campos de batalla de ultramar.

Si Hitler, en lugar de dirigir su atención hacia el este de Europa, hubiera preferido aumentar la presión sobre Gran Bretaña en 1941, incluso sin decidirse a invadir, habría intensificado los bombardeos nocturnos, ocupado Gibraltar y Malta, reforzado a Rommel y expulsado a la marina real de las aguas del Mediterráneo. De haber sido así, no es seguro ni mucho menos que Churchill hubiera podido mantenerse en el cargo. Pero lo cierto es que al final la providencia disipó la amenaza de una catástrofe inmediata en el oeste de Europa, aunque sólo pudieran mantenerse abiertas las rutas marítimas del Atlántico. En este sentido, el papel desempeñado por Ultra fue esencial a mediados de 1941. Un gran número de mensajes de la marina alemana, principalmente órdenes a submarinos en navegación, fueron descifrados en Bletchley Park en «tiempo real». A partir del mes de julio, diversos convoyes fueron alejados con éxito de zonas en las que se sabía que había una importante concentración de submarinos enemigos, reduciendo así sustancialmente las pérdidas.

Una de las decisiones más críticas a la que tuvo que enfrentarse Gran Bretaña después del 22 de junio de 1941 fue determinar hasta qué punto debía reducir su propio arsenal, por lo demás bastante pobre, para ayudar a los rusos. La experiencia de Creta no vino más que a aumentar la paranoia de los británicos por los paracaidistas. Se temía que un posible lanzamiento nocturno de fuerzas alemanas aerotransportadas en el sur de Inglaterra lograra poner en

entredicho todas las especulaciones acerca de la capacidad de la marina real y de la RAF de frustrar el ataque de una flota anfibia. El 29 de junio Churchill ofreció al Departamento de Guerra una de sus predicciones más fantásticas: «Debemos contemplar la posibilidad de que caigan del cielo quizá unos doscientos cincuenta mil hombres, entre paracaidistas y soldados aerotransportados que llegan en planeadores o en aviones que se han visto obligados a realizar un aterrizaje forzoso. Todos los individuos con uniforme, y todo el que quiera, tienen que lanzarse sobre ellos cuando se los encuentren y atacarlos con la mayor presteza: “¡Que cada uno, mate a un teutón!”».

Frente a semejante perspectiva, los ministros y los jefes de Estado Mayor de las fuerzas militares británicas se opusieron tenazmente al envío de aviones y tanques a Rusia. Semejante situación venía a reflejar el debate que se mantenía en Washington en torno a Gran Bretaña. Al igual que sus hermanos estadounidenses un año atrás, los soldados, los marineros y los aviadores de Churchill se mostraban reacios al envío de armas sumamente valiosas a una nación que podía acabar derrotada antes de poder utilizarlas.

Los rusos tampoco favorecieron mucho su causa. Por un lado, formularon al gobierno de Churchill unas peticiones absurdas: el envío de veinticinco divisiones británicas a Rusia, que un ejército escenificara un desembarco inminente en el continente para obligar a los alemanes a combatir en un «segundo frente», expresión que se oiría en muchas otras ocasiones. Por otro lado, atendían a los diplomáticos y militares británicos en Rusia levantando un muro de

silencio en todo lo relacionado con su lucha armada. Un invitado americano, que asistió en Londres a un almuerzo dominado por grandes figuras políticas, escribiría más tarde: «Era bastante evidente que todos los británicos desconfiaban muchísimo de los rusos. En realidad, nadie sabía muy bien qué estaba ocurriendo».

Hasta el final de la guerra los británicos siguieron enterándose de más cosas del frente oriental gracias a la interceptación de mensajes enemigos por parte de Ultra que por la información recibida de sus supuestos aliados de Moscú. No fueron pocos los comunicados sobre operaciones enemigas de los que Londres pudo disponer de inmediato. Unas rigurosas medidas de seguridad intentaban evitar que el enemigo supiera que Bletchley Park descifraba sus códigos. En cierta ocasión, Churchill se alarmó muchísimo por un artículo aparecido en el *Daily Mirror* titulado «Los espías se apoderan del sistema de codificación nazi». La historia empezaba así: «Los radioescuchas británicos trabajan todas las noches... captando los mensajes codificados en Morse que están en el aire... En manos de expertos pueden proporcionar un mensaje de vital importancia para nuestros servicios de inteligencia». El artículo en cuestión fue publicado sin que el periódico tuviera conocimiento de la existencia de Ultra, y simplemente contaba las actividades de algunos «radioaficionados» británicos. Pero Churchill escribió una nota a Duff Cooper, por aquel entonces todavía ministro de Información, deplorando la publicación de aquel artículo. Le preocupaba de manera enfermiza todo aquello que pudiera levantar la más mínima

sospecha de los alemanes y hacer que se fijaran en los sistemas de seguridad de sus transmisiones por radio.

Pero se produjeron algunas peligrosas indiscreciones, como, por ejemplo, cuando el 24 de agosto el propio primer ministro, en una alocución radiofónica, se basó en unas interceptaciones de Ultra para poner de relieve el número de civiles asesinados por la SS en Rusia. Los alemanes se enteraron. El máximo responsable de la policía de Hitler, el *SS-Oberstgruppenführer* Kurt Daluge, mandó el siguiente comunicado a todas sus unidades el 13 de septiembre: «El peligro de que el enemigo descodifique los radiogramas es enorme. Por esta razón sólo debería transmitirse información no confidencial». Fue una verdadera suerte que el alto mando alemán no supiera sacar de las palabras de Churchill una conclusión de mayor alcance.

\* \* \* \*

Las primeras semanas después de que los tanques alemanes cruzaran la frontera soviética, los servicios de inteligencia informaron de que los rusos estaban sufriendo unas pérdidas ingentes en hombres, carros de combate, aviones y territorio. Todas las noticias que llegaban al Departamento de Guerra venían a confirmar la predisposición de los generales a dar por hecho la derrota de Stalin. Sólo dos fuerzas importantes de Gran Bretaña presionaban para que se enviara ayuda a Rusia. La primera era la opinión pública. Lejos de la órbita de los oficiales de alto rango, los aristócratas y los hombres de negocios que detestaban a los soviéticos, lo cierto es que la operación «Barbarroja» provocó el inicio

de un sentimiento británico, en realidad de un sentimentalismo, a favor del pueblo ruso, que se prolongó hasta 1945. En las fábricas y los astilleros, donde los sindicatos comunistas habían mostrado hasta entonces un apoyo muy poco entusiasta a una «guerra de patrones», se produjo de repente una oleada de entusiasmo por Rusia. Subió el número de afiliados al Partido Comunista británico (sobre todo porque durante ese tiempo se dejó de hablar con claridad de las barbaridades del régimen soviético). El pueblo británico desarrolló un sentimiento de vergüenza por sus propias derrotas, un sentimiento de culpa porque parecía que su país contribuía poco y mal a la derrota de Hitler, un sentimiento que se expresaría de manera aún más estridente en los años por venir.

La segunda fuerza era el primer ministro. En la cuestión de Rusia, como en su desafío a Hitler un año antes, mantuvo una política totalmente en consonancia con el sentir del pueblo: todo tipo de ayuda para los nuevos compañeros de armas de Gran Bretaña. A Raymond Lee, agregado militar americano, le parecía muy gracioso ver cómo el embajador soviético, Ivan Maisky, que había sido «prácticamente como un paria en Londres durante muchos años», en aquellos momentos estaba en permanente comunicación con Churchill, Eden y el embajador estadounidense «Gil» Winant. La grandeza de Churchill en esta cuestión ponía de relieve la pequeñez de la mayoría de sus colegas. El primer ministro se daba cuenta de que, al margen de las dificultades, por pocas que fueran las perspectivas de éxito, no podía permitir que se dijera que Rusia había sido derrotada porque Gran Bretaña no había hecho lo que

podía por ayudarla. En un principio, cuando se puso en marcha la operación «Barbarroja», presionó a los jefes de Estado Mayor para llevar a cabo un desembarco en el norte de Noruega que permitiera abrir una vía de comunicación directa con el Ejército Rojo. Cuando vio rechazada su propuesta, principalmente debido a que Noruega estaba fuera del alcance de una cobertura aérea desde bases en tierra firme, ordenó que fueran enviados a Stalin todos los tanques y aviones posibles, incluidos unos adquiridos a los americanos. Sin embargo, seguiría habiendo un buen trecho, mucho más del que han venido diciendo la mayoría de historiadores, entre el dicho y el hecho, entre voluntad y ejecución efectiva. A lo largo del verano de 1941, mientras la salvación de Rusia pendía de un hilo, se procedió al envío de poquísimo material bélico.

En cuanto a Estados Unidos, este país no sabía muy bien al principio cuáles eran los pasos que debía dar en aquella nueva situación. Roosevelt parecía despreocupado, incluso poco serio, en una carta de fecha 26 de junio, dirigida al embajador norteamericano en Vichy, el almirante William Leahy: «Ahora toca esta diversión en Rusia. Si va a mayores, significará la liberación de Europa de la dominación nazi, y al mismo tiempo no creo que deba preocuparnos la posibilidad de una dominación rusa». Pero el aislacionista *Chicago Tribune* se preguntaba por qué Estados Unidos debía aliarse con «un carnicero asiático y su pandilla de impíos». El *New York Times* seguía mostrando sus dudas incluso en agosto: «Hoy Stalin está en nuestro bando. ¿Pero dónde estará mañana?». Bennet «Champ» Clark, senador por Missouri, comentó

encogiéndose de hombros: «Es como cuando un perro se come a otro perro». El senador Burton K. Wheeler, defensor acérrimo de la política de aislacionismo, declaró sentir el mismo desprecio por Stalin que por Churchill o por Roosevelt.

Los jefes de Estado Mayor norteamericanos se mostraron incluso mucho más reacios al envío de armamento a Rusia que a Gran Bretaña. Aunque el presidente expresó enérgicamente su determinación a ayudar al pueblo de Stalin, pasaron meses antes de que se procediera al embarque de material. A comienzos de agosto Roosevelt lanzó feroces críticas contra los departamentos de Estado y de Guerra por no haber sabido satisfacer sus deseos de prestar ayuda a la Unión Soviética: «Los rusos creen que sólo se les da largas y evasivas en Estados Unidos». A finales de septiembre sólo se había enviado material por un valor de veintinueve millones de dólares. Había una diferencia palmaria en el trato financiero dispensado por los americanos a los británicos y a los rusos. Cabe señalar, sin embargo, que en 1940-1941 Gran Bretaña se vio obligada a vender todos sus activos negociables para pagar las facturas de los estadounidenses antes de poder recibir ayuda en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo, y cuando Washington realizó una propuesta similar a Moscú, ésta fue rechazada de plano. Los rusos no quisieron soltar su oro. Roosevelt mostró una condescendencia que los británicos habrían querido para ellos. Estados Unidos suministró gratis su material a Rusia, en virtud de la misma Ley de Préstamo y Arriendo. Pero el envío de remesas

siguió siendo lento. Como en el caso de Gran Bretaña, había cierta reticencia y escasez de medios rápidos.

La ausencia de ayuda de Occidente hizo que fuera inaplazable la intervención de Gran Bretaña en el oeste de Europa, que de nuevo el ejército del desierto tuviera que emprender una ofensiva. Auchinleck, «un hombre terco y altruista», como cuenta Churchill en un borrador inédito de sus memorias de la guerra, insistía en que no podía lanzar ataque alguno antes del otoño. La operación «Crusader», nombre en clave que recibió la nueva ofensiva en el desierto, fue pospuesta una y otra vez. Hecho una furia, Churchill perdió la paciencia, llegando incluso a comentar —aunque sin mucho convencimiento— la posibilidad de sustituir a Auchinleck por lord Gort. No obstante, el mensaje que llegaba desde El Cairo seguía siendo el mismo. Lo más esperanzador en el norte de África era la firme defensa de Tobruk por la 9.<sup>a</sup> División australiana. Churchill se exasperaría a finales de ese mismo año, cuando el gobierno de Australia en Canberra, bajo la dirección del laborista John Curtin tras la caída de Robert Menzies, insistió en que esa formación debía ser evacuada del disputado puerto, y reemplazada por tropas británicas. El 25 de agosto las fuerzas británicas entraron en Persia después de que el gobierno pro nazi del Sha rechazara un ultimátum de Londres en el que se exigía la expulsión del país de varios centenares de alemanes. Churchill y Eden se sintieron turbados por la incursión en Persia, que se vio intensificada cuando fuerzas rusas entraron en el norte del país. Persia se convirtió en una importante vía de suministro de ayudas



para Stalin, pero los británicos eran conscientes de que la manera con la que se habían hecho con las riendas de esta nación tenía claras reminiscencias del método hitleriano de hacer negocios.

\* \* \* \*

En Inglaterra, Churchill instó al Mando de Bombarderos de la RAF a intensificar sus ataques nocturnos contra las fábricas alemanas. Pero estas incursiones no sólo resultaban muy poco efectivas, sino también sumamente costosas. Sólo entre el 1 y el 18 de agosto se perdieron ciento siete bombarderos británicos en los cielos de Alemania y Francia. Los ataques aéreos nocturnos contra Gran Bretaña habían supuesto para la Luftwaffe unas pérdidas inferiores al 1 por 100 en cada incursión, una parte importante de ellas debido a accidentes. Pero las pérdidas de bombarderos de la RAF eran de un 4 por 100 de media. Se trataba de un porcentaje bastante moderado para unos jóvenes pilotos obligados a realizar treinta salidas para completar una tanda de operaciones. Por otro lado, las heroicas y sangrientas batallas libradas por la marina real en aguas del Mediterráneo para defender Malta lograban centrar la atención mediática, pero no la alemana, que seguía concentrada en el frente oriental.

Los rusos retrocedían, y ejércitos enteros se desintegraban con el avance de la monstruosa máquina de guerra nazi. Stalin se puso hecho una furia cuando Eden y lord Moyne, líder del gobierno en la Cámara de los Lores, pronunciaron sendos discursos descartando la posibilidad de crear un incipiente segundo frente. La intención de los ministros era, por supuesto, acabar con las especulaciones en

Inglaterra, pero en Moscú sus comentarios fueron percibidos como absurdos. A ojos de los soviéticos, aquella renuncia explícita a amenazar la retaguardia alemana era una forma de complacer a Hitler. A finales de agosto, Stalin mandó a Maisky el siguiente mensaje: «El gobierno británico, con su política de espera y pasividad, está ayudando a los nazis. Los nazis quieren derrotar a sus enemigos uno a uno; hoy los rusos, mañana los británicos... ¿Acaso los británicos no lo entienden? Creo que sí. ¿Qué pretenden con todo esto? Quieren debilitarnos. Si mis sospechas son acertadas, tendremos que ser muy rígidos en nuestro trato con los británicos».

Los esfuerzos británicos por ocultar ciertos secretos a su nuevo aliado se vieron lamentablemente comprometidos por una plétora de simpatizantes comunistas, encabezados por Donald Maclean y John Cairncross, que tenían acceso a información privilegiada. Se pasó a los soviéticos más documentos, cablegramas, actas de asambleas y mensajes interceptados por Ultra que los que los servicios de inteligencia de Stalin podían traducir. El 28 de agosto de 1941, por ejemplo, Beria, jefe del espionaje soviético, informaba a su líder de lo siguiente: «Es nuestro deseo comunicarte el contenido de un telegrama del Ministerio de Asuntos Exteriores de Inglaterra, de fecha 18 de agosto de este año, dirigido al embajador inglés en Estados Unidos. El contenido de dicho telegrama ha sido obtenido por el Departamento de Inteligencia del NKVD de la URSS en Londres, utilizando a nuestros agentes. “En respuesta al párrafo 3 de su telegrama N° 3708 de 8 de agosto. Nuestra postura hacia

Rusia dependerá totalmente del principio de reciprocidad. Debemos conseguir que abran sus instalaciones militares y otros lugares de interés para los nuestros en Rusia. Hasta ahora, apenas hemos mostrado nada a los rusos. En un futuro no muy lejano, se les mostrará fábricas de armamento estándar. Sin embargo, no se permitirá su acceso a plantas experimentales. Los jefes de Estado Mayor han establecido un principio general para todas las instituciones, en virtud del cual a los rusos sólo se les puede entregar información que no pueda tener ninguna utilidad para los alemanes ni siquiera en el supuesto de que caiga en sus manos... Esperamos que las autoridades americanas no se excedan de los límites que nosotros nos hemos fijado». El conocimiento de la postura de los británicos no consiguió persuadir a los rusos de la conveniencia de acabar con el obsesivo secretismo que envolvía a sus actividades militares e industriales.

Lo cierto es que, pese a todas las apasionadas declaraciones de Churchill sobre el envío de material bélico desde Gran Bretaña, las cosas estaban muy paradas. Entre los miembros de su gobierno, sólo Eden y Beaverbrook apoyaban sinceramente los deseos del primer ministro británico en esta causa. Lord Hankey fue uno de los que abiertamente se opuso a ayudar a Stalin, instando a que se diera mayor prioridad a la batalla del Atlántico. El 9 de septiembre Churchill declaró en una transmisión de la BBC que «una gran cantidad de suministros va de camino» a la Unión Soviética. Tres semanas después diría en la Cámara de los Comunes que «para permitir que Rusia siga indefinidamente en la palestra como

potencia de primer orden en pie de guerra, será necesario que el pueblo británico realice importantes sacrificios y un esfuerzo extremo, y se tendrá que proceder a la creación en Estados Unidos de nuevas instalaciones enormes, o a la reconversión de plantas ya existentes, con todo el trabajo, el dinero y los inconvenientes para nuestra vida cotidiana que ello implica.

Pero las objeciones que ponían los jefes del Estado Mayor consiguieron retrasar incluso el envío de doscientos cazas Tomahawk fabricados en Estados Unidos y de otros tantos Hurricane que Churchill había prometido a Stalin. Estos aparatos aéreos llegaron a Rusia a finales de agosto. Por lo demás, la principal aportación de Gran Bretaña en otoño consistió en una remesa de caucho. El pueblo de Churchill estaba tan desconcertado como Moscú enfadada ante la pasividad de Gran Bretaña, que no desplegaba sus fuerzas en alguna acción rotunda de emergencia para distraer a los alemanes. George King, el taquígrafo de Surrey, escribía el 16 de septiembre: «Hitler está echando todo lo que tiene en el frente oriental. Creo que aquí todos compartimos el deseo de que se le ataque por algún lugar del oeste [de Europa], pero supongo que todavía no estamos preparados». Y unas semanas más tarde añadiría: «Estos maravillosos rusos siguen resistiendo al enemigo».

\* \* \* \*

A finales de septiembre el gobierno británico tomó una importante iniciativa. Lord Beaverbrook, que por aquel entonces ya estaba al frente del ministerio encargado de los abastecimientos, zarpó rumbo

a Rusia con una delegación británica formada por veintidós hombres —entre ellos H. L. Ismay, enlace de Estado Mayor de Churchill—, acompañada por otra de once americanos, encabezada por Averell Harriman, emisario de Roosevelt (hecho que es de destacar, pues Estados Unidos seguían siendo un país no beligerante). Antes de partir, Churchill dijo a Beaverbrook: «Asegúrese de que no nos dejen sin sangre». Pero Beaverbrook tenía el firme propósito de tender su mano a Stalin para demostrar buena voluntad y disposición, dejando al margen las recomendaciones del gobierno y los jefes de Estado Mayor. En las tres reuniones celebradas con Stalin, en las que el líder soviético mostró una curiosidad insaciable por la persona de Churchill, Beaverbrook utilizó todo su encanto y entusiasmo. Se tragó los insultos de Stalin (« ¿De qué sirve un ejército si no entra en combate?», «Su escasez de propuestas demuestra que quieren ver la derrota de la Unión Soviética», fueron algunas de las lindezas que le espetó el dictador). El lord de la prensa escrita intentó por un lado divertir, y por otro estimular, al señor de la guerra. Un funcionario público comentaría cínicamente que Beaverbrook y Stalin llegaron a entenderse porque los dos eran unos estafadores. Los británicos prometieron el envío de carros de combate, aparatos aéreos y equipamiento —en concreto, doscientos aviones y doscientos cincuenta tanques al mes—, y Harriman, en nombre de Estados Unidos, mostró una generosidad similar. La propuesta británica suponía entre un cuarto y un tercio de la producción nacional de cazas correspondiente al período 1941-1942, y más de un tercio de la de tanques. Ningún

ministro habría podido superar aquel ofrecimiento, pero los rusos lo consideraron una miseria en el contexto de la titánica contienda a la que estaban entregados en cuerpo y alma.

Beaverbrook regresó a Londres el 10 de octubre en una especie de estado mesiánico. En público, elogió hasta la saciedad a Stalin y su país. Y en un informe para el Comité de Defensa del gabinete de guerra, señaló: «En este momento sólo hay un problema militar: cómo ayudar a Rusia. Pero cuando se aborda esta cuestión, los jefes de Estado Mayor se contentan con decir que no puede hacerse nada». Defendió con tanta vehemencia y energía la causa de Rusia que Ian Jacob, del secretariado del gabinete de guerra, estuvo convencido de que aspiraba a sustituir a Churchill como primer ministro. Beaverbrook instó a que se llevara a cabo inmediatamente un desembarco de tropas en Noruega, y desde Moscú Cripps mandó un cablegrama proponiendo el envío de soldados británicos para reforzar al Ejército Rojo. A partir de entonces, Beaverbrook se convirtió en el máximo defensor de la creación de un segundo frente, utilizando sus propios periódicos en defensa de la causa. A veces se ha indicado que su única aportación importante al esfuerzo de guerra de Gran Bretaña la hizo en el verano de 1940, como ministro de Producción Aeronáutica. Pero su intervención en otoño de 1941 para exigir el envío de material a Rusia tuvo incluso mayor importancia. En un momento en el que en Londres muchos otros, militares de alto rango y ministros indistintamente, se limitaban a dar largas sin más, el celo apasionado del barón de la prensa escrita

marcó una diferencia en la postura de la opinión pública y en la actitud política.

La posterior campaña de Beaverbrook a favor de un segundo frente, sobre la que comentaremos más cosas, fue irresponsable y desleal. El magnate mediático demostró falta de intelecto y experiencia, por no decir algo peor, en sus extravagantes elogios a la Unión Soviética, pues ignoró, e incluso negó, la naturaleza despiadada y sangrienta de la tiranía de Stalin hasta un punto inimaginable para el propio Churchill. Alan Brooke fue uno de los que nunca le perdonó que llegara a aquellos compromisos con Moscú, pues los consideró de una generosidad irresponsable. Pero como ministro de Abastecimientos, Beaverbrook supo comprender una cuestión fundamental que otros políticos, generales y funcionarios británicos más quisquillosos no quisieron reconocer. Fueran cuales fuesen las deficiencias de Rusia como aliada, era evidente que el resultado de la guerra en el frente oriental iba a ser decisivo para determinar la suerte final de Gran Bretaña. Tal vez la campaña del norte de África fuera de gran relevancia para los planes y la propaganda de Gran Bretaña, pero lo cierto es que su importancia era nimia en comparación con la batalla que libraba Stalin. Si Hitler hubiera arrasado Rusia, habría podido convertirse en una fuerza invencible en Europa, por mucho que más tarde Estados Unidos entrara en la guerra.

Hasta marzo de 1942, cuando los alemanes se dieron cuenta de la importancia de cortar las líneas de abastecimiento aliadas, y mejoraron de manera considerable las condiciones de sus fuerzas

navales y aéreas del norte de Noruega, los convoyes que se dirigían a Rusia llegaban a su destino prácticamente sin problemas, y sólo se perdieron dos barcos británicos. Churchill nombró a Beaverbrook director de un nuevo Servicio de Abastecimientos Aliado, encargado de planificar y supervisar las entregas de material. Pero, incluso con su apoyo, los envíos siguieron realizándose con cuentagotas. Gran Bretaña mandó cazas Hurricane obsoletos y mal embalados, por lo que muchos de ellos llegaron gravemente dañados; cazas Tomahawk de fabricación americana que en opinión de los rusos eran poco fiables, y que por un tiempo dejaron en tierra; y carros de combate y fusiles antitanque Boys, cuya idoneidad había sido cuestionada por el propio ejército británico. El segundo convoy a Rusia de la serie llamada «PQ» no zarpó hasta el 18 de octubre de 1941, y el tercero partió el 9 de noviembre. Fue en esta fase de la guerra cuando los rusos, en su desesperación, mostraron lo que podría considerarse la actitud más parecida a una forma de agradecimiento. Un almirante soviético comentaría más tarde: «Todavía recuerdo con qué atención seguíamos el avance de los primeros convoyes a finales del otoño de 1941, con qué celeridad y vigor los descargábamos en Arcángel y Múrmansk».

Lord Hankey, sin embargo, escribió con maliciosa satisfacción acerca de la hipocresía que percibía en el entusiasmo de Beaverbrook por armar a Rusia, pues en su calidad de ministro de Abastecimientos era responsable de las deficiencias de la producción británica de tanques: «Ahora tendré que sacar a la luz el hecho de que no está fabricando nada más que una porquería de



tanques cuando, dando voces, insta a los operarios a trabajar todo el día y toda la noche para producir para Rusia un sinfín de tanques, una porquería de tanques». A los rusos les gustaba el Valentine, que, por las condiciones del frente oriental, resultaba mucho más práctico que el Matilda, modelo enviado también en grandes cantidades. Pero no tardaron en darse cuenta de que la mayor parte del armamento recibido era el que menos quería el ejército británico. Desde luego se hicieron un flaco favor rechazando con desdén las diversas ofertas de ayuda técnica de los británicos. La falta de familiaridad de los nuevos usuarios provocó daños, e incluso la pérdida, de buena parte de los equipos. Varios pilotos soviéticos se mataron al intentar despegar en su Tomahawk con los frenos puestos.

\* \* \* \*

Cuando en 1943-1944 comenzaron a llegar a la Unión Soviética grandes cantidades de provisiones y pertrechos americanos, este material influyó de manera espectacular en la alimentación y el transporte del Ejército Rojo. Los rusos perdieron enseguida su interés por los tanques y los aviones, máquinas que preferían fabricar ellos mismos, y su atención empezó a concentrarse en los camiones, las botas, los equipos técnicos, el aluminio y la carne en lata de los estadounidenses. Puede decirse que los suministros de alimentos casi evitaron que Rusia se muriera de hambre en el invierno de 1942-1943. En total, los americanos enviaron suministros por un importe de dos mil quinientos millones de libras esterlinas, frente a los cuarenta y cinco millones seiscientas mil

libras que costó el material enviado por los británicos. Se considera que la ayuda aliada aportó un 10 por 100 del esfuerzo de guerra de los soviéticos en 1943-1944, pero sólo un 5 por 100 en 1942, y una pequeñísima parte en 1941. Chris Bellamy, uno de los especialistas occidentales en historia de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial mejor informados, indica que, aunque esta contribución pueda parecer marginal, probablemente fuera determinante cuando la Unión Soviética estaba a punto de ser derrotada.

En realidad no puede culparse a los británicos y a los americanos de haber enviado tan poco material a Rusia en 1941-1942, pues en este período los sistemas de producción y transporte de armamento ni siquiera podían satisfacer sus propias necesidades. Lo importante aquí es simplemente que había un abismo entre la retórica de americanos y británicos y la verdadera aportación de Occidente. Durante el año siguiente al lanzamiento de la operación «Barbarroja», de los 2443 tanques prometidos por las potencias occidentales sólo 1442 llegaron a su debido tiempo, y de los 1800 aviones sólo 1323. En este mismo período los rusos estaban fabricando dos mil tanques al mes, en su mayoría de calidad muy superior a la de los recibidos en Múrmansk y Arcángel. Había semanas en que el Ejército Rojo llegaba a perder mil tanques en el campo de batalla.

En el otoño de 1941, la tensión existente entre el entusiasmo de las gentes corrientes de Gran Bretaña por el pueblo de Stalin y el desprecio hacia los rusos de algunos sectores de la máquina de

guerra ejerció una gran presión sobre el primer ministro. Un columnista del *Observer* comentó que la entrada de Rusia en la guerra venía a alimentar el instinto de complacencia de Gran Bretaña: «El efecto que tiene en nosotros es psicológicamente insano. Hemos encontrado un atajo hacia la victoria... Nos tranquilizamos volviendo a leer con satisfacción cómo nuestra ofensiva aérea contra Alemania está ayudando a nuestro gran aliado soviético. Con Rusia y Estados Unidos de nuestra parte, seguro que todo saldrá bien a partir de ahora». Edward Stebbing, un técnico de laboratorio ya licenciado del ejército, escribía en octubre: «Me corroe un sentimiento de rabia y amargura ante la inercia de nuestro gobierno... nuestra ayuda a Rusia ha sido prácticamente nula».

Mientras Stebbing anotaba sus tristes reflexiones, el primer ministro ya estaba advirtiendo al mando de Oriente Medio del «enfado cada vez mayor del pueblo británico por lo que considera nuestra pasividad». En una carta de fecha 31 de octubre dirigida a su hijo Randolph, que se encontraba en Oriente Medio, habla de las reacciones de sus críticos en el Parlamento y de las continuas amenazas de dimisión de Beaverbrook: «Las cosas son muy duras por aquí... Los comunistas se jactan de que son los únicos patriotas del país. Los almirantes, generales y mariscales del Aire entonan su majestuoso himno de “Lo primero es la seguridad”... En medio de esta situación, tengo que contener mi carácter belicoso mordiéndome la lengua. ¡Maldita sea!». En septiembre el general John Kennedy escribía en su diario el siguiente comentario: «La dificultad fundamental consiste en que, aunque ante todo queramos

la destrucción de los alemanes, la mayoría pensamos... que no sería una mala idea que también los rusos dejaran de ser una potencia militar... El CIGS [jefe del Estado Mayor General del Imperio] pone de manifiesto a todas horas su aversión por los rusos... Es evidente que, por su parte, los rusos sienten lo mismo por nosotros».

El segundo de Dill, Pownall, escribía en octubre: « ¡Ojalá esos dos repugnantes monstruos, Alemania y Rusia, se ahoguen juntos en un choque mortal en el lodo del invierno!». Oliver Harvey, del Ministerio de Asuntos Exteriores, quedó asombrado de lo profundo que era el encono hacia Moscú entre los miembros del gobierno: «Los ministros laboristas... están tan predispuestos contra los soviéticos como el primer ministro, por el odio y el temor que les inspiran los comunistas de nuestro país». Según este diplomático, al propio Churchill solían asaltarle las dudas y se preguntaba con frecuencia hasta qué punto era rentable prestar ayuda a Rusia: «Después de su entusiasmo inicial, ahora parece cada vez más resentido porque los rusos se están convirtiendo en un lastre, y dice que no podemos permitirnos el lujo de ayudarlos con hombres, sólo con material de guerra».

Pero Churchill se daba cuenta de la suerte que había tenido su país, que hasta entonces había hecho la guerra pagando un precio relativamente bajo en vidas humanas, en comparación con las pérdidas sufridas por Polonia y Francia, por no hablar de Rusia. Decía realmente maravillado: «Durante los dos años de contienda con la mayor potencia militar, armada con las armas más letales, apenas han muerto unos cien mil de los nuestros, de los cuales

aproximadamente la mitad eran civiles». Una valoración tan fría de lo que, en otros tiempos, habría sido considerado las espantosas «cuentas de un carnicero», ayuda a explicar su idoneidad como líder de la nación. Robert Menzies, siendo todavía primer ministro de Australia, hizo la siguiente observación: «La postura de Winston ante la guerra es mucho más realista que la mía. Yo estoy fijándome constantemente en las “pérdidas secundarias”, exclamando “hay algunas viviendas sin luz”. Pero él es muy sabio. La guerra es algo terrible, y sólo se puede ganar a costa de vidas humanas. Así las cosas, mejor no pensar en ellas».

Churchill, desesperado de nuevo ante el panorama militar, instó al Departamento de Guerra a que acelerara los planes de ataque en el continente. «El ejército debe actuar; la gente lo quiere», dijo a John Kennedy y al director del Servicio de Inteligencia Militar durante un almuerzo en Downing Street. «Sin duda [entra] dentro de nuestras posibilidades. Podría tener un gran efecto. Los alemanes están empantanados en Rusia; ahora [es] el momento». Kennedy escribiría: «Winston está en una posición difícil. Tiene muchas presiones políticas para que actúe mientras Rusia combate desesperadamente. No para de decir, “no puedo mantener la posición”. El problema está en que con un desastre probablemente cueste mucho más trabajo mantener la posición». Las noticias que llegaban del frente oriental eran constantemente lúgubres. Las pérdidas del Ejército Rojo eran espeluznantes. Un buen pedazo del imperio de Stalin ya había caído en manos de Hitler. El 11 de octubre, después de una reunión con sus generales, Churchill se

despidió de ellos y sacudió con pesimismo la cabeza. «Sí, creo que Moscú está acabada», dijo mientras tomaba lentamente el pasaje que lo conduciría a su residencia de Downing Street, donde esperaba poder echar su sueñecito de todas las tardes.

Desde el punto de vista moral, la Unión Soviética no podía reclamar nada a Gran Bretaña. Aunque Churchill hubiera dejado desguarnecidas a sus propias fuerzas armadas para enviar mucho más material a Múrmansk cuando comenzó la operación «Barbarroja», las repercusiones en las campañas iniciales del frente oriental habrían sido muy pocas. Así las cosas, los jefes de Estado Mayor estaban sumamente preocupados por el impacto que pudieran tener los préstamos de ayuda a los soviéticos en las fuerzas blindadas y aéreas de los británicos tanto de Oriente Medio como del Lejano Oriente, que, en cualquier caso, eran gravemente inadecuadas. Y lo que era peor: los envíos de equipamiento americano a Gran Bretaña se habían visto seriamente reducidos para que Roosevelt pudiera cumplir con sus obligaciones con Stalin. Conociendo la precaria situación del arsenal británico en 1941, era absurdo imaginar que Churchill pudiera haber hecho mucho más para ayudar a los rusos. Sin embargo, en 1942 se abrió un profundo abismo entre las iniciativas de británicos y americanos por un lado y las cantidades de material enviado a los rusos por otro. Desde luego resultó bastante irónico que unos tramposos a toda costa, los soviéticos, proclamaran de inmediato su indignación moral —que tal vez sentían sinceramente— ante la actitud de Gran Bretaña y Estados Unidos. Pero la realidad principal de las

posteriores operaciones militares es que los rusos se encargaron de llevar a cabo todas las matanzas necesarias para destruir el nazismo, mientras las potencias occidentales avanzaban a su paso perfectamente calculado hacia un enfrentamiento largamente pospuesto con la Wehrmacht.

Después de 1945, durante muchos años las democracias consideraron gratificante concebir la Segunda Guerra Mundial en Europa como una batalla por la supervivencia que libraron ellas y la tiranía nazi. Pero quien decidió rotundamente el resultado militar de la contienda fue el ejército de la tiranía soviética, y no el del combinado angloamericano. Curiosamente, muchos británicos de la época supieron entender mejor que sus descendientes esa realidad.

## Capítulo 7

### La batalla de América

#### **Contenido:**

§. *Exclusivamente en efectivo*

§. *La salida*

#### **§. Exclusivamente en efectivo**

Durante todo 1941, incluso cuando empezaron a correr ríos de sangre por las llanuras de Rusia, la principal prioridad de Churchill siguió siendo atraer a Estados Unidos como aliado a una actitud de beligerancia. Mientras seguía el desarrollo de los combates británicos en el desierto, la persecución del *Bismarck*, la lucha de los convoyes del Atlántico, la campaña de Grecia y la vacilante ofensiva de los bombarderos, el sueño americano dominaba su horizonte más lejano. Sólo si Estados Unidos entrara en la guerra, o cuando lo hiciera, Gran Bretaña lograría tal vez evitar la derrota, pero no podría aspirar a la victoria. Entre las valiosísimas aportaciones de Churchill estuvo la de empeñarse en cortejar a Estados Unidos, mientras que muchos compatriotas suyos fueron lo bastante imprudentes para guardar rencor a aquel país situado al otro lado del Atlántico al que consideraban estúpido y autocomplaciente. «Me pregunto si los americanos se dan cuenta de cuánto están retrasando su intervención», escribía John Kennedy en mayo de 1941, «de que, si esperan mucho más, van a pillarnos dando las boqueadas». En un curioso *lapsus linguae*, un locutor de



la *BBC* aludió en cierta ocasión a la amenaza de que cayeran sobre Gran Bretaña paracaidistas no ya «enemigos», sino «americanos».

Sería muy difícil ponderar la tristeza de muchos británicos, de clase alta y baja, por el hecho de que Estados Unidos se mantuviera fuera de la lucha. La retórica de Roosevelt y Churchill creó el mito, todavía vivo, de la generosidad americana durante 1940-1941. El secretario de Estado Cordell Hull escribió acerca del «enorme torrente de armas enviado a Gran Bretaña en el verano de 1940». En realidad, por grande que fuera la importancia simbólica de los primeros envíos estadounidenses, su utilidad práctica fue escasa. La artillería y las armas cortas suministradas por los americanos estaban obsoletas y supusieron una mínima contribución a la capacidad de combate de los británicos. Los envíos de aviones en 1941 fueron moderados, en cantidad y en calidad. Los cincuenta viejos destructores prestados por Estados Unidos a cambio del derecho a establecer bases en las colonias británicas apenas estaban en condiciones de navegar: sólo nueve de ellos se hallaban operativos a finales de 1940, y en el resto hubo que llevar a cabo largas reparaciones. Sólo a partir de 1942, cuando Gran Bretaña empezó a recibir tanques Grant y Sherman, cañones autopropulsados de 105 mm, bombarderos Liberator y muchos otros pertrechos, el material bélico americano supuso una mejora espectacular de la capacidad de las fuerzas de Churchill.

Además, lejos de ser una muestra de la generosidad de los americanos, los cañones, los tanques y los aviones llegados desde el otro lado del Atlántico fueron en su totalidad hasta finales de 1941

compras pagadas en efectivo. En virtud de la Ley de Neutralidad impuesta por el Congreso, no era posible conceder crédito a ningún país beligerante. Durante los dos primeros años de la guerra, los norteamericanos obtuvieron enormes beneficios de la venta de armas. «La administración de Estados Unidos sigue una política casi enteramente americana, y no una política basada en ofrecer toda la ayuda posible a Gran Bretaña», escribía Eden a Churchill el 30 de noviembre de 1940. Roosevelt previó la bancarrota británica y adoptó el concepto de «préstamo» de suministros, idea que se originó en la Century Association de Nueva York, antes de que Churchill se lo pidiera. Pero el presidente norteamericano se puso furioso cuando lord Lothian, que en octubre de 1940 seguía siendo el embajador británico en Washington, dijo a los periodistas americanos: «Bueno, chicos, Inglaterra está sin blanca. Lo que queremos es vuestro dinero». Hay dudas de que el embajador utilizara exactamente estas palabras, pero el meollo de sus comentarios era inequívoco.

Roosevelt dijo a Lothian que no cabía ni hablar de subsidios de los americanos hasta que Gran Bretaña hubiera agotado su capacidad de pagar en metálico, pues el Congreso no querría nunca oír hablar del asunto. En América estaba bastante generalizada la creencia en la opulencia de los británicos, idea bastante opuesta a la realidad. En plena batalla de Inglaterra, la administración norteamericana puso en duda que el gobierno de Churchill hubiera declarado sinceramente cuáles eran los bienes de los que seguía disponiendo. Washington exigió una cuenta auditada, requisito que los ministros británicos consideraron humillante. Churchill escribió a Roosevelt el

7 de diciembre de 1940 diciendo que si continuaba la sangría de efectivo británico hacia Estados Unidos, el país acabaría encontrándose en una posición en la que «después de obtener la victoria gracias a nuestra sangre y a nuestro sudor, y de salvar la civilización, dando a Estados Unidos tiempo para armarse completamente ante cualquier eventualidad, nos encontraríamos con los bolsillos vacíos. Semejante situación no ayudaría ni a los intereses morales ni a los intereses políticos de nuestros respectivos países».

Al responder a Churchill, Roosevelt no abordó nunca este punto, y sus evasivas fueron muy significativas. Reconocía que Estados Unidos tenía un profundo interés nacional en que continuara la resistencia británica —desplegando una energía y una imaginación extraordinarias en la movilización de la opinión pública y del Congreso—, pero no en su solvencia después de la guerra. Durante toda la contienda, la política americana hizo hincapié en la importancia que tenía el reforzamiento de su competitividad comercial frente a Gran Bretaña poniendo fin a la «preferencia imperial». Los británicos, en situación apuradísima, empezaron a recibir ayudas directas, a través del programa de Préstamo y Arriendo (Lend-Lease), sólo cuando había sido entregada la totalidad de sus activos en oro y en divisas. Muchas empresas británicas en América fueron vendidas a precio de saldo. La compañía AVC (American Viscose Corporation), dedicada a la fabricación de rayón, joya de la corona de Courtaulds en el extranjero, y con activos por valor de ciento veinte millones de dólares, fue liquidada por apenas

cincuenta y cuatro millones porque el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, insistió en que debía realizar el efectivo en el plazo de una semana. Los banqueros de Nueva York se embolsaron cuatro millones de dólares de dicha cantidad en concepto de comisión por transacción arriesgada. La Shell, Lever Bros., Dunlop Tyres y las aseguradoras británicas se vieron obligadas asimismo a liquidar sus participaciones americanas al precio que sus rivales estadounidenses quisieran pagar. El gobernador del Banco de Inglaterra, Montagu Norman, escribió en marzo de 1941: «Nunca he visto con tanta claridad como ahora hasta qué punto estamos enteramente en manos de los “amigos” americanos en materia de inversiones directas, y cómo parece que, con buenas palabras y buenos sentimientos, van a llevárselas todas una detrás de otra».

El gobierno británico agotó todos los recursos a su alcance para satisfacer el importe de las facturas americanas. El gobierno belga en el exilio realizó un préstamo por valor de sesenta millones de libras con el oro que había logrado sacar de Bruselas, aunque los ejecutivos de Holanda y Noruega se negaron a vender su oro por libras esterlinas. Un crucero americano recaudó en Ciudad del Cabo los últimos cincuenta millones de libras de Gran Bretaña en lingotes. El programa de Lend-Lease limitó el comercio británico exterior imponiéndole unas condiciones despiadadas, tan rigurosas que Londres tuvo que pedir a Washington unas concesiones mínimas que le permitieran pagar la carne comprada en Argentina, fundamental para alimentar a la población británica. Después de la guerra, la aviación comercial británica quedó paralizada por las

condiciones del Lend-Lease. Por más que la conducta de Roosevelt se basara en una valoración pragmática de las realidades políticas americanas y en la protección de los intereses nacionales de Estados Unidos, sólo los imperativos del momento pudieron obligar a Churchill a declarar públicamente el carácter «altruista» de esa actitud. Puede que la política de Estados Unidos entre 1939 y 1945 hacia Gran Bretaña fuera muchas cosas, pero desde luego nunca fue altruista. «Sólo nuestra apurada situación puede justificar sus términos», escribió Eden acerca de la primera ronda del programa de Préstamo y Arriendo.

La mayoría de los británicos, sin embargo, no mostraba el más mínimo interés por sus primos del otro lado del Atlántico. El antiamericanismo era muy pronunciado entre la aristocracia. Halifax, al que Churchill envió a la embajada británica en Washington en diciembre de 1940, dijo a Stanley Baldwin: «Nunca me han gustado los americanos, excepto los raros. En conjunto los he encontrado siempre terribles». Lord Linlithgow, otro magnate como él que ocupaba el cargo de virrey de la India, escribió a Halifax para darle el pésame por el destino al que lo habían enviado: «[Por]... el duro trabajo de dar ceba a ese montón de advenedizos. ¡Qué país y qué salvajes todos los que viven en él!». Halifax dijo a Eden que lo había propuesto a él como candidato alternativo para ocupar la embajada: «Sólo dije que, a mi juicio, debía de odiar usted [ese destino] un poco menos que yo».

Instalado en la embajada, el antiguo secretario de estado de Exteriores tuvo que soportar muchos sufrimientos al servicio de

Gran Bretaña, empezando por la asistencia a un partido de béisbol de los White Sox de Chicago en mayo de 1941, durante el cual le invitaron a comer un perrito caliente. Aquello fue demasiado para el remilgado embajador, que declinó el ofrecimiento. Durante un viaje a Detroit un grupo de mujeres llamadas «las Madres de América» se pusieron a tirarle huevos y tomates. Oliver Harvey, el secretario particular de Eden, califica la actuación del altanero Halifax en su papel como embajador de «bastante penosa, por el viejo problema de su incapacidad para establecer contactos personales reales... En Estados Unidos de América ahora todos los negocios se llevan a cabo llamando por teléfono y “dándose una vueltecita” por los sitios, cosa que H. no puede soportar. Él sólo va a ver al presidente por negocios (y naturalmente casi siempre a pedir algo)... Nunca ha instaurado una base más íntima de conversación con él». Dalton contaba una anécdota malévola acerca de Halifax, quien, al poco de llegar a Washington, perdió los estribos y se puso a llorar «porque no podía aguantar a esos americanos».

Muchos diputados *tories* compartían con los aristócratas su antipatía por Estados Unidos. Cuthbert Headlam, hombre cargado de manías de vieja según todos los indicios, escribió de los americanos en tono despectivo: «Realmente son una gente rara y desagradable: es una lata tener que depender tanto de ellos». En un informe del Servicio de Inteligencia Nacional se afirmaba que no se veía «ningún entusiasmo excesivo por Estados Unidos ni por las instituciones estadounidenses entre ninguna clase del pueblo británico». Había una irritación soterrada, debido en buena parte a

la «apatía» de los americanos. Aunque parezca increíble, algunos oficiales británicos llegaban a preguntarse si a Gran Bretaña podía interesarle que América adoptara una actitud beligerante. El mariscal del Aire sir John Slessor, que acompañó a la delegación británica a Washington en abril de 1941, señaló que algunos colegas suyos creían que «realmente no nos convendría que Estados Unidos entrara activamente en la guerra». El mariscal del Aire sir Arthur Harris, más tarde comandante en jefe del Mando de Bombarderos, escribía con su habitual intemperancia acerca de las dificultades que conllevaba el hecho de representar a la RAF en Washington en 1941. Resultaba muy duro hacer progresos, decía con tristeza:

*... cuando tiene uno que tratar con gentes tan arrogantes respecto a sus capacidades y su infalibilidad, que sólo pueden compararse con los judíos y los católicos en su inquebrantable convicción de que son los únicos poseedores de la verdad. Por lo que se refiere a la producción en general aquí, el país se encuentra en este momento en una encrucijada. Hasta ahora les ha venido muy bien la guerra. Por los dólares británicos. Hasta el último de ellos. La consecuencia ha sido un magnífico resurgimiento tras largos años de funesta depresión y desesperación... No pierden ni una ocasión de convencernos a todos y cada uno de los magníficos que son ellos combatiendo y de lo inepta, ineficaz, idiota y cobarde que es nuestra gestión de los pocos y viles esfuerzos que hacemos nosotros en el campo de batalla y en el terreno de la industria... La producción de*

*materiales de guerra que han logrado hasta la fecha ha ido, pues, enteramente en su propio beneficio y desde luego no en perjuicio suyo... Entrarán [en la guerra] cuando crean que ya la han ganado. Pero no antes. Igual que hicieron la última vez. Y luego contarán al mundo cómo la hicieron. Igual que hicieron la última vez.*

Aunque el tono de Harris fuera absurdamente nostálgico, era innegable que Gran Bretaña y Francia provocaron la oleada de inversiones que desencadenaron el boom económico de América durante la guerra. En 1939, el producto interior bruto de Estados Unidos seguía estando por debajo de los niveles de 1929. Los pedidos de armas y los pagos en efectivo de ingleses y franceses galvanizaron después la industria americana, antes incluso de que tuviera efecto el gigantesco programa de rearme nacional de Roosevelt. Entre 1938 y finales de 1942 los ingresos medios de una familia en Boston subieron de los 2418 a los 3618 dólares, y en Los Ángeles de los 2031 a los 3469, según ha reconocido todo el mundo debido en parte a la inflación y al aumento de las horas de trabajo. Cabría afirmar —y desde luego algunos, como Harris, lo hicieron— que Gran Bretaña acabó con sus reservas en oro y en divisas extranjeras para financiar el resurgimiento de Estados Unidos después de la Depresión.

En Londres, los ministros y los generales encontraban muy desagradable que se les exigiera colmar de extravagantes cortesías a los visitantes americanos. Hugh Dalton se lamentaba por tener que



asistir a una fiesta organizada en el Savoy por el *Sunday Express* en honor del locutor de radio americano Raymond Gram Swing: «Sencillamente es un poco humillante, aunque pronto nos acostumbraremos cada vez más a este tipo de cosas, es decir, a que la mayoría de los ministros de la corona más los diplomáticos extranjeros, los generales británicos y todo tipo de gentes distinguidas del mundo de la prensa tengan que reunirse para dar bombo a este locutor americano que no dudo que sea admirable y esté muy bien dispuesto». Dalton se indignó cuando el invitado de honor le preguntó alegremente si en Gran Bretaña había facciones dispuestas a firmar la paz con Alemania. Y este tipo de impaciencia no se limitaba a los ministros. Kenneth Clark, del Ministerio de Información, indicó la necesidad de llevar a cabo una campaña contra «la opinión desfavorable... [que tenía] el hombre de la calle de Estados Unidos como país acerca del lujo, la injusticia, el capitalismo desenfrenado, las huelgas y los retrasos».

Los británicos se exasperaban con los visitantes americanos que les decían cómo debían hacer la guerra, mientras que ellos seguían sin estar dispuestos a combatir. Un oficial británico escribió acerca de un amigo de Roosevelt, el extravagante coronel William «Wild Bill» Donovan: «Donovan... se muestra extremadamente amistoso con nosotros y es un tipo inteligente y agradable, además de buen conversador. Pero lo único que puedo pensar es que este abogado gordo y próspero, ciudadano de un país que no está en guerra y que no ha logrado ni siquiera ponerse a la altura del programa de ayudas aprobado, tenía una gran seguridad que le permitía

establecer alegremente la pauta sobre lo que debíamos y no debíamos hacer nosotros y otras naciones amenazadas».

Es en este marco de resentimiento e incluso hostilidad de los británicos hacia Estados Unidos en el que debemos situar el cortejo de Roosevelt por Churchill. El desafío al que se enfrentaba el primer ministro era identificar lo que D. C. Watt ha llamado «una América posible», capaz de cumplir lo prometido y dispuesta a hacerlo. Y eso sólo podía conseguirse gracias a los buenos oficios de su presidente. Churchill, el hombre con menos paciencia del mundo, mostró en público un aguante casi inagotable hacia Estados Unidos, adulando a su presidente y a su pueblo, y apelando con una habilidad magistral a los principios y los intereses de América. Entendió mucho mejor que la mayoría de sus compatriotas el utopismo americano. Yendo de camino a Chequers un viernes de 1940 a altas horas de la noche, dijo a Colville que «comprendía bastante bien la exasperación que sentían muchos ingleses por la actitud de crítica de los americanos, combinada con su falta de ayuda; pero hay que tener paciencia y debemos ocultar nuestra irritación. (Todo ello salpicado de gorgoritos de “Under the spreading chestnut tree<sup>9</sup>”)

Churchill conocía Estados Unidos mucho mejor que la mayoría de sus compatriotas, pues había pasado en ese país un total de cinco meses en visitas realizadas en 1895, 1900, 1929 y 1931. «Es una grandísima nación, querido Jack», escribía lleno de entusiasmo a su hermano allá por 1895, cuando hizo un alto de camino hacia la

---

<sup>9</sup> Se trata de una canción popular inglesa en la que se basó Jaromir Weinberger para componer en 1939 una serie de variaciones para orquesta. (N. del T.)

guerra de España en Cuba. « ¡Qué pueblo más extraordinario son los americanos!». Quedó asombrado por el ambiente espartano de la academia militar de West Point, y sumamente halagado por la recepción que le dispensaron en ella: «Yo era... sólo un segundo teniente, pero fui... tratado como si fuera un general». Durante la serie de conferencias que dio en 1900 le presentaron en Nueva York a Mark Twain, y ante el público de Boston dijo: «No hay nadie en esta sala que tenga más respeto a esa bandera que el humilde inglés al que ustedes, habitantes de la ciudad que vio nacer la idea del “tea party”, han tenido la amabilidad de escuchar. Estoy orgulloso de ser producto natural de una alianza angloamericana; no ya de una alianza política, sino de otra más fuerte y más sagrada, la alianza de dos corazones».

Se había entrevistado con los presidentes Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson y Herbert Hoover, así como con los Vanderbilt y los Rockefeller, con estrellas de Hollywood, con Henry Morgenthau, William Randolph Hearst y Bernard Baruch. Había dado conferencias ante el público norteamericano en 1931-1932 acerca del supuesto destino común de los pueblos de habla inglesa. Muchos británicos contemporáneos suyos veían en Churchill rasgos de conducta propios de los americanos —sobre todo el gusto por la teatralidad—, que a los de su clase les resultaban sumamente desagradables, pero que en aquellos momentos tendrían un valor incomparable. La humilde solterona londinense Vere Hodgson se dio cuenta de ello y anotó en su diario el siguiente comentario: «De haber sido pura aristocracia inglesa, no habría sido capaz de

dirigirnos como lo ha hecho. El lado americano le da un complejo de superioridad —de un tipo que lord Halifax no consideraría de buen gusto—, pero necesitamos algo más que buen gusto para salvar a Gran Bretaña en este momento en particular».

\* \* \* \*

En 1940-1941, Churchill mostró a veces en privado su impaciencia ante la supuesta pusilanimidad de los americanos. «Ahí va un telegrama para esos malditos yanquis», dijo a su secretario particular, Jock Colville, entregándole un comunicado en los días desesperados de mayo de 1940. En sus informes a Washington, el pérfido embajador norteamericano, Joseph Kennedy, presentaba bajo la luz más negativa posible todos los comentarios de ese estilo que lograba interceptar. Tradujo el merecido desagrado que su persona inspiraba a Churchill en alegaciones en contra del primer ministro, acusándolo de ser antiamericano. Los telegramas de Kennedy hicieron cierto daño a la causa británica en Washington, daño que logró ser cauterizado sólo cuando Roosevelt efectuó un cambio de embajadores en 1941, sustituyendo a Kennedy por John «Gil» Winant, y cuando Churchill decidió entablar relaciones personales con el presidente, Harry Hopkins y Averell Harriman. Las alocuciones radiofónicas de Churchill, sin embargo, atraían ya a un numeroso público americano y en 1940-1941 le permitieron meterse en el bolsillo al país de Roosevelt casi con tanta eficacia como lo hiciera con su propio pueblo. A finales de 1941, Churchill iba sólo por detrás del presidente en una encuesta de los programas radiofónicos norteamericanos sobre el «personaje favorito» de los

oyentes. «¿Escucharon ustedes el domingo al señor Churchill?», preguntaba Roscoe Conkling Simmons a sus lectores en el *Chicago Defender* el 3 de mayo de 1941. «Puede que estén ustedes en contra de Inglaterra, pero no en contra de la Inglaterra que pinta el señor Churchill... ¿Se dieron cuenta de cómo apostaba por la amistad del Tío Sam?». Las grandes frases de Churchill eran repetidas una y otra vez en la prensa americana, destacando entre ellas la de «sangre, sudor y lágrimas». Si Churchill no hubiera sido el primer ministro británico, ¿cuál de sus colegas habría cortejado a Estados Unidos aunque sólo fuera con una centésima parte de su calor y su convicción? Solía tratar con muy poca deferencia a la gente: en realidad no mostró ninguna hacia sus compatriotas, excepto hacia el rey y el jefe de su familia, el duque de Marlborough. Sin embargo, en 1941 hizo gala de esa cualidad en todos los tratos que tuvo con los americanos, y sobre todo con su presidente. Cuando era tanto lo que estaba en juego, no actuó nunca con egoísmo, y mucho menos con empacho. Entre 1939 y 1945 y en un grado que pocos compatriotas suyos lograron igualar, supo subordinar el orgullo a la necesidad, aguantó los desaires sin aparente resentimiento y recibió a cualquier americano como si su visita fuera un honor para Gran Bretaña.

El más importante con mucho de todos ellos fue, naturalmente, Harry Hopkins, que llegó el 8 de enero de 1941 como emisario personal del presidente, con una carta para el rey Jorge VI de su homólogo, el jefe de estado norteamericano, en la que decía que «el señor Hopkins es muy buen amigo mío, y en él he depositado la

máxima confianza». Hopkins era un hombre de cincuenta años, natural de Iowa, hijo de un guarnicionero, que durante toda su vida había sido un defensor de la reforma social. Conoció a Roosevelt en 1928, y entablaron una amistad íntima. Hopkins, arquetipo de defensor del New Deal, en 1932 fue nombrado administrador federal de ayudas sociales y se convirtió en uno de los hombres más influyentes del equipo de gobierno. A Roosevelt le gustaba en parte porque nunca había pedido nada. Era del embriagador aroma del poder de lo que disfrutaba Hopkins, no de la posición ni de la riqueza, aunque sentía un entusiasmo extrañamente grosero por los clubes nocturnos y las carreras de caballos, y le halagaban las denuncias de su persona que hacía la prensa tachándolo de playboy. Abrigaba dos pasiones contrapuestas por los hongos y por la poesía de Keats. El punto culminante de su única visita a Londres antes del estallido de la guerra, en 1927, se produjo cuando pudo echar una ojeada a la casa de Keats. Hombre solitario tras la muerte en 1937 de su segunda esposa, víctima del cáncer, fue invitado por Roosevelt a vivir en la Casa Blanca. Desde entonces Hopkins había sentado allí sus reales con el título de secretario de Comercio y el papel no declarado de jefe de personal del presidente, hasta que éste le confió la responsabilidad de elaborar la Ley de Préstamo y Arriendo (Lend-Lease).

La influencia de Hopkins sobre el presidente era mal vista por muchos americanos, no todos republicanos. En general era muy impopular, y sus críticos lo llamaban «el Rasputín de Roosevelt» o lo calificaban de «partidario extremista del New Deal». Al comienzo de

la Segunda Guerra Mundial había sido aislacionista por instinto, y en ese sentido había escrito a su hermano: «Creo que realmente podemos mantenernos fuera de ella. Por fortuna no hay en este país un sentimiento muy fuerte a favor de entrar en ella, aunque creo que casi todo el mundo desea ver ganar a Inglaterra y Francia». Físicamente tenía una figura desaliñada, con aquel cuello larguirucho y el rostro demacrado como consecuencia del cáncer de estómago que a punto había estado de costarle la vida. Muchas personas que conocieron a Hopkins vieron en él, a través del humo de los cigarrillos que fumaba sin parar, «un muerto viviente». Una fotografía suya del *Time* llevaba el siguiente letrero: «Sólo puede trabajar siete horas al día». Brendan Bracken, enviado a recibir a Hopkins al hidroplano que lo llevó al puerto de Poole, se quedó impresionado al ver a aquel visitante de importancia tan transcendental hundido en su asiento y aparentemente moribundo, incapaz incluso de desabrocharse el cinturón de seguridad. La relación con los británicos que instauró por entonces el enviado de Roosevelt se convirtió en la última misión importante de su vida.

El 10 de enero de 1941 Churchill recibió por primera vez a Hopkins en el pequeño comedor del sótano de Downing Street —el edificio había resultado ligeramente dañado por las bombas— en un *tête-à-tête* que duró tres horas. El ilustre invitado inició la conversación con la franqueza que caracterizaba su comportamiento: «Le dije que en algunos ambientes se tenía la sensación de que a él, es decir, a Churchill, no le gustaban ni América, ni los americanos, ni Roosevelt». Todo ello era obra de Joseph Kennedy, protestó el primer

ministro, y además una farsa. Prometió que iba a ser absolutamente franco. Hopkins no se iría a casa hasta que no quedara satisfecho respecto al «verdadero estado de penuria de Inglaterra y a la urgente necesidad de ayuda material concreta que tiene para ganar la guerra». A continuación desplegó todos sus poderes de seducción para hechizar a su huésped, y lo logró con un éxito sin paliativos.

La inteligencia y la cordialidad de Hopkins le ganaron inmediatamente la simpatía de Churchill. A lo largo de toda su vida el hombre del presidente había tomado decisiones sobre líneas de conducta, y luego las había seguido sin escatimar energías. Si llegó a Gran Bretaña con una mente relativamente abierta, lo cierto es que al cabo de unos días acogió al país, a su líder y a su causa con una convicción que perduró varios meses y que resultó increíblemente beneficiosa. La noche de aquel primer viernes el americano realizó un viaje en coche para reunirse con el primer ministro y su séquito en Ditchley, en Oxfordshire, la residencia de fin de semana de Churchill las noches de luna llena durante los bombardeos, cuando se pensaba que Chequers podía resultar vulnerable a los ataques de la Luftwaffe. El texto de la Ley de Préstamo y Arriendo (Lend-Lease), que en esos momentos comenzaba su azarosa tramitación en el Congreso, acababa de ser publicado. La dependencia de Gran Bretaña del resultado de esa tramitación era absoluta. Sin embargo, Churchill advirtió al canciller, Kingsley Wood, que no diría nada a Washington respecto a la inminente incapacidad británica de afrontar los pagos del



armamento, si la Ley de Préstamo y Arriendo no pasaba los trámites legislativos: «Debemos confiar [en el presidente]».

Hopkins se mostró extraordinariamente comunicativo con sus anfitriones, que acogieron calurosamente su entusiasmo tras el frío escepticismo de Joseph Kennedy. El primer fin de semana, cuando se dirigía a conocer la casa natal de Churchill en Blenheim Palace, el enviado presidencial dijo a Brendan Bracken que Roosevelt estaba «decidido a que dispusiéramos de los medios necesarios para sobrevivir y para obtener la victoria». Hopkins comentó al gran corresponsal de la *BBC*, Ed Murrow, que por entonces transmitía desde Londres: «Supongo que puede usted decir —pero no lo diga demasiado alto— que he venido aquí para intentar encontrar la forma de convertirme en el agente catalizador entre dos *prime donne*». Churchill, por su parte, desvió la atención de su huésped durante el mes que éste permaneció en Gran Bretaña con una sucesión de monólogos, esparciendo frases como pétalos de rosa por la senda de aquel importantísimo visitante, que mostraba una actitud tan receptiva. Durante la cena en Ditchley, el primer ministro declaró:

*No buscamos ningún tesoro, no buscamos ninguna ganancia territorial, buscamos sólo el derecho del hombre a ser libre; buscamos su derecho a adorar a su Dios, a llevar la vida que quiera, a protegerse de la persecución. Cuando el humilde labrador regresa del trabajo una vez concluida la jornada y ve el humo elevándose hacia lo alto por la chimenea de su casita en el sereno cielo vespertino, deseamos que sepa que no habrá*

*ningún ratatatá [en ese punto golpeó con los puños sobre la mesa] de la policía secreta en su puerta que disturbe sus horas de asueto o interrumpa su descanso. Buscamos un gobierno que cuente con el consentimiento del pueblo, la libertad del hombre para decir lo que quiera y, cuando se sienta ofendido, para comprobar que es igual que todos ante la ley. Pero fuera de eso no tenemos ningún otro objetivo en la guerra.*

Durante años, los antiguos colegas de Churchill —gentes como Balfour, Lloyd George, Chamberlain, Baldwin o Halifax— habían puesto los ojos en blanco llenos de impaciencia ante tales efusiones. Su familiaridad con la retórica extravagante de Winston hacía que enseguida se aburrieran con ella, sobre todo cuando en otros tiempos había sido desplegada en apoyo de tantas causas indignas e inútiles. Pero ahora, al menos, las palabras de Churchill y el talante de los tiempos parecían perfectamente en sintonía. El estilo declamatorio del primer ministro tenía un atractivo excepcional para los americanos. Hopkins no había visto nunca hasta entonces unas dotes de estadista tan magníficas y expresadas con tanta sencillez en el transcurso de una cena. Se sentía embelesado por su anfitrión: « ¡Dios mío! ¡Qué hombre!». Le impresionaba la calma con la que el primer ministro recibía las noticias, con frecuencia malas. Una noche, durante la habitual sesión vespertina de cine en Ditchley, se supo que el crucero *Southampton* había sido hundido en el Mediterráneo. El espectáculo continuó como si tal cosa.

Durante las siguientes semanas, Hopkins pasó doce veladas con Churchill, y viajó con él para visitar las bases navales de Escocia y las ciudades bombardeadas de la costa meridional. Quedó maravillado ante la popularidad de su anfitrión y el dominio absoluto que tenía de la forma de gobernar Gran Bretaña, aunque le impresionó menos la talla de sus subordinados: «Algunos ministros y subalternos son un poquito latosos», dijo a Roosevelt. De Eden, por ejemplo, pensaba que hablaba demasiado. En una muestra de su astucia, Hopkins se percató rápidamente del desagrado que en privado seguía provocando el primer ministro en la casta dirigente británica: «Los políticos y las capas superiores fingen que les gusta». No le cabía la menor duda, sin embargo, acerca de la fortaleza de ánimo del pueblo británico. «A Hopkins le impresionó mucho, creo yo, la alegría y el optimismo que encontró por doquier», escribió Eric Seal, el secretario particular de Churchill. «Debo confesar que yo también estoy sorprendido... El primer ministro... se lleva de maravilla con Hopkins, que es un encanto y gusta a todo el mundo». El enviado de Roosevelt dijo a Raymond Lee: «Nunca me lo he pasado tan bien como con el señor Churchill».

En Washington, al presidente le hicieron mucha gracia los informes acerca de la popularidad de Hopkins en Inglaterra, según señala el secretario del Interior Harold Ickes: «Al parecer, la primera persona por la que pregunta Churchill cuando se despierta por las mañanas es por Hopkins, y Harry es también la última persona a la que ve por las noches». Era probable que así fuera, refunfuñaba el cínico de Ickes, pero aunque el presidente hubiera mandado a un enviado

portador de la peste bubónica, al primer ministro británico le habría parecido conveniente estar con él a todas horas. Entre las funciones más importantes del emisario estaba la de aleccionar a Churchill acerca de la mejor manera de dirigirse al pueblo americano y de ayudar a Roosevelt a ayudar a Gran Bretaña. Ante todo, dijo al primer ministro, no debía dar a entender que la colaboración de tropas estadounidenses de tierra era deseable o adecuada. Hopkins concluía su informe en los siguientes términos: «La gente aquí es sorprendente, empezando por Churchill», decía, «y si sólo el valor es capaz de ganar la guerra, el resultado será inevitable. Pero necesitan nuestra ayuda desesperadamente».

Cuando el enviado presidencial aterrizó en el aeropuerto de LaGuardia de Nueva York, en febrero de 1941, el nuevo embajador designado en Gran Bretaña, Gil Winant, le preguntó gritando a voz en cuello en cuanto bajó del avión: «¿Van a seguir aguantando?». Hopkins respondió gritando también: « ¡Por supuesto que van a seguir haciéndolo!». Fue una conversación voluntariamente teatral dirigida a la multitud de periodistas reunidos en el lugar, pero no por ello menos sincera. Después, Hopkins ejerció la considerable influencia que tenía sobre el presidente para obtener el máximo apoyo norteamericano para Gran Bretaña. La londinense Vere Hodgson fue una de las personas que se estremecieron al escuchar una alocución radiofónica del enviado de Roosevelt: «Concluyó con unas palabras de consuelo realmente magníficas: “¡Pueblo de Gran Bretaña, pueblo de la Mancomunidad Británica de Naciones, no

estáis luchando solos!”. Después de aquello pensé que la guerra estaba ganada».

Pero por beneficiosa que fuera la visita de Hopkins desde la perspectiva británica, no cambió lo fundamental. «Winston está completamente seguro de la plena ayuda de los americanos», escribía con incertidumbre el primer ministro australiano, Robert Menzies, durante una visita a Chequers a finales de febrero de 1941. « ¿Tendrá razón? No puedo decir que así sea». Franklin Roosevelt dirigía la política de su país con arreglo a su convicción de que no podía ir más deprisa de lo que le permitiera la opinión pública. Y la opinión pública seguía la senda de Gran Bretaña. Para infinito alivio del primer ministro, el 8 de febrero la Ley de Préstamo y Arriendo fue aprobada por el Congreso por 260 frente a 165 votos, y el 8 de marzo obtuvo el respaldo del Senado por sesenta votos frente a 13. Durante los meses siguientes, Gran Bretaña agotó sus últimas divisas extranjeras para pagar sus suministros: sólo el 1 por 100 del material de guerra usado por los británicos en 1941 fue fruto de la Ley de Préstamo y Arriendo. Pero la nueva medida aseguraba que aunque Gran Bretaña agotara su efectivo, los envíos seguirían llegando. Debemos constatar que en 1940 el candidato republicano a la presidencia, Wendell Willkie, la apoyó; y también a Gran Bretaña.

A través del Lend-Lease el presidente consiguió para los británicos las condiciones más generosas que estaban dispuestas a tolerar las cámaras norteamericanas, preferibles con mucho a los préstamos de la primera guerra mundial, que, al no poder ser pagados,

malquistaron a Gran Bretaña con la opinión pública estadounidense. Una importante minoría de norteamericanos, entre ellos muchos de los que ocupaban los puestos más encumbrados de la industria y el comercio, no sólo se oponía a la política de Roosevelt, sino que además lo odiaba. El presidente pensaba que su poder estaba limitado, de un modo que el primer ministro británico a menudo subestimó. A diferencia de Churchill, Roosevelt nunca encabezó un gobierno de coalición, aunque dio cabida en su gabinete a algunos republicanos destacados, como Henry Stimson. Siempre tuvo que enfrentarse a una oposición importante en el Congreso, unas veces sólo en cuestiones de menor consideración, pero a veces también en asuntos de más transcendencia. No cabe duda de su sinceridad cuando decía que deseaba la victoria de los británicos. Tras superar sus incertidumbres iniciales respecto a Churchill, en parte gracias a Hopkins, en marzo de 1941 pudo al fin afirmar ante el pueblo americano: «En esta crisis histórica, Gran Bretaña ha sido bendecida con un hombre brillante y a la vez un gran líder». Pero Roosevelt pensaba también que carecía de autoridad para mandar a ningún soldado americano a luchar en Europa. Hasta diciembre de 1941, y a pesar de suministrar cada vez más ayuda a Gran Bretaña —«debemos convertirnos en el gran arsenal de la democracia», según la frase tomada en préstamo del economista francés Jean Monnet a través del juez americano Felix Frankfurter—, siguió mostrándose en contra de liderar un cambio de postura a favor de la guerra. En este sentido fue, sin duda alguna, muy prudente. Si Estados Unidos se hubiera lanzado a la

beligerancia contra Alemania antes de Pearl Harbor, e incluso en el caso harto improbable de que Roosevelt hubiera podido imponer al Congreso la aprobación de una declaración de guerra, se habría encontrado luego al frente de un país dividido. El historiador británico Michael Howard, que en 1941 estaba estudiando en Oxford en espera de ser llamado a filas, ha escrito: «A los británicos nunca les resulta fácil entender que un gran número de americanos, si alguna vez se dignan pensar en nosotros, lo hagan con distinto grado de antipatía y de desprecio... En los años cuarenta, los americanos tenían razones para mirar a los británicos como una pandilla de hijos de puta engreídos que oprimían a medio mundo y tenían un siniestro talento para obligar a otros a luchar por ellos». Melville Troy era un americano, dedicado a la importación de puros, que vivía en Londres. Aunque admiraba la fortaleza de ánimo de los británicos en medio de los bombardeos, ansiaba profundamente que su país se viera libre de esos horrores: «Personalmente lamento mucho ver que América convierte sus podaderas y sus arados en útiles de guerra, y desearía tener un Woodrow Wilson que nos mantuviera fuera de ella». Muchos compatriotas de Troy pensaban de la misma manera.

Los británicos tendrían que hacer todavía muchos, pero que muchos galanteos. Las exageradas cortesías mostradas por el gobierno a Harry Hopkins se vieron superadas tras la llegada de «Gil» Winant como embajador. Brendan Bracken y el duque de Kent se desplazaron hasta Bristol para ir a buscarlo. Un tren especial lo trasladó a Windsor, donde el rey Jorge VI fue a recibirlo a la

estación. El monarca llevó luego en su propio coche a Winant al castillo. Nunca en la historia un legado extranjero había sido recibido con tanta ceremonia. Mientras tanto, la puesta en marcha del programa de Lend-Lease introdujo en el juego a otro destacado partidario de la causa británica. Averell Harriman, hombre de cincuenta años, hijo de un magnate de los ferrocarriles, era un producto brillantísimo de Groton y Yale, jugador de polo y esquiador, banquero internacional y coleccionista de cuadros impresionistas, un cosmopolita poseedor de dotes muy notables. Roosevelt explicó en la Casa Blanca a unos reporteros la nueva misión de Harriman en los siguientes términos: «En cuanto esté más o menos acabada la ley de Préstamo y Gasto o de Préstamo y Arriendo, como quieran ustedes llamarla, cruzará el charco y... ah, bueno, supongo que se preguntarán ustedes por el título que llevará, así que he pensado en inventarme uno... pensamos que era bastante buena idea llamarlo “Activador”. Es nuevo para ustedes. Creo que no está en el escalafón del cuerpo diplomático ni en ninguna otra lista. Así que irá a Inglaterra en calidad de “Activador de Defensa”».

\* \* \* \*

En la primavera de 1941 Harriman se convirtió en un importante defensor en América de la ayuda a Gran Bretaña. No obstante, en Washington Hopkins y el secretario de Guerra, Henry Stimson, seguían siendo los únicos miembros destacados de la administración comprometidos en cuerpo y alma con semejante política. Otros americanos prominentes seguían teniendo una



actitud escéptica. En el Departamento de Guerra, los generales estadounidenses ocultaban su obstinada resistencia a enviar al extranjero armas que resultaban necesarias en su país tras un manto de quejas en torno a la política de compras de los británicos, que supuestamente denotaba poca experiencia. Un oficial, hablando despectivamente del carácter informal de la misión de Hopkins, dijo a Harriman: «No podemos tomarnos en serio unas peticiones que llegan a última hora de la tarde después de tomarse una botellita de Oporto».

Entre los principales subordinados del jefe del ejército, el general George Marshall, había profundas divisiones en torno a los méritos de la participación en la guerra, y de los británicos como futuros aliados. Algunos oficiales de alto rango profesaban una descarada admiración por los alemanes. El general de división Stanley Embick era un antiguo jefe de la División de Planes de Guerra que había adoptado una actitud de escepticismo respecto a Churchill y su pueblo cuando prestó servicio en Francia durante la primera guerra mundial. Ahora opinaba que el esfuerzo de guerra británico correría mejor suerte si el país cambiaba de primer ministro, y pensaba que la ayuda norteamericana no debía llegar ni mucho menos a la beligerancia. Al igual que su yerno, el comandante Albert Wedemeyer, de la División de Planes de Guerra, Embick abordaba cualquier asunto angloamericano con el convencimiento de que su país no debía dejarse embaucar y verse obligado a sacar las castañas del fuego a los ingleses. El general de división Charles «Bull» Wesson odiaba a los británicos porque en una ocasión había

sido enviado de Washington a Londres con un mensaje para los jefes de Estado Mayor y cuando fue a entregarlo lo habían hecho esperar. Raymond Lee escribió: «Se sintió tan ofendido por ello que el episodio provocó en él gran encono y casi odio hacia los británicos, que aprovecha en cuanto tiene ocasión. Un gesto tan pequeño de descortesía, real o imaginario, que tuvo lugar hace muchos años, está teniendo hoy día funestas consecuencias para las relaciones entre los dos países».

En cambio, el coronel —y muy pronto teniente general y personaje fundamental del equipo de Marshall— Joseph McNarney, que había visitado Gran Bretaña, creía que era de vital importancia para la seguridad nacional norteamericana que no cayera la isla de Churchill. El propio Marshall sentía una hostilidad menos implacable que la de Embick hacia los británicos, pero en el verano de 1941, en palabras de su biógrafo, «más que el cuándo debía producirse, seguían dominando sus ideas en torno a la intervención norteamericana las dudas sobre si ésta debía tener lugar o no». Y semejante cautela no se limitaba a los oficiales de mayor rango. Las revistas *Time* y *Life* entrevistaron a los reclutas del ejército norteamericano e informaron acerca de lo baja que estaba su moral. En una sesión nocturna de cine en un campamento de Mississippi, los hombres se pusieron a abuchear cuando vieron aparecer a Roosevelt y Marshall en un noticiario.

Averell Harriman no abrigaba duda alguna sobre el deber de luchar que tenía América. Pero el 15 de marzo de 1941 viajó a Londres temeroso de que Roosevelt siguiera sin querer llevar a Estados

Unidos tan lejos ni tan deprisa como fuera necesario para impedir un triunfo nazi: «Me preocupaba profundamente que el presidente no tuviera una política y no hubiera decidido hasta dónde podía llegar... El presidente esperaba evidentemente no tener que enfrentarse a una decisión desagradable. Parecía no estar dispuesto a dirigir a la opinión pública ni a forzar la cuestión, pero esperaba... que nuestra ayuda material permitiera a los británicos hacer el trabajo». Pocos dudaban de que Roosevelt estaba ya entre uno de los presidentes más grandes de América. Pero a menudo fue también un presidente considerablemente cauto.

Harriman anotó en un memorándum de 11 de marzo: «Debo intentar convencer al primer ministro de que yo, o alguna otra persona, tengo que explicar a nuestro pueblo su estrategia de guerra; de lo contrario, no podrá esperar contar con la máxima ayuda». Al igual que Hopkins, fue recibido en Gran Bretaña con todos los honores. Fue a recogerlo a Bristol el capitán de fragata «Tommy» Thompson, asistente administrativo de Churchill, que lo condujo a un avión en el que se trasladaron directamente a Chequers. El regalo que hizo Harriman a Clementine Churchill fue una caja de mandarinas, que su anfitriona acogió con sincera gratitud. El enviado presidencial recibió un cordial abrazo del primer ministro. Kathleen Harriman, que acompañaba en la misión a su padre, decía en una carta a su hermana: «El primer ministro es mucho más bajo de lo que yo pensaba y está muchísimo menos gordo... recuerda más bien a un bonito oso de peluche... Yo esperaba encontrarme a un hombre apabullante, más bien terrible.

Pero es más bien todo lo contrario: muy agradable, tiene una sonrisa maravillosa y no resulta difícil ni mucho menos hablar con él. Tiene unos ojos que te atraviesan cuando te miran. La madre [Clementine] es una señora muy dulce. Ha sacrificado toda su vida a su esposo y se coloca gentilmente en segunda fila. Todos los miembros de la familia lo miran como si fuese Dios y ella se ve más excluida».

En Londres, Harriman se instaló en el segundo piso de un edificio de Grosvenor Square junto a la embajada norteamericana, y se le asignó también un despacho propio en el Almirantazgo. Churchill lo invitó a asistir a las reuniones semanales del Comité Atlántico del gabinete. De los primeros ocho fines de semana que estuvo Harriman en Gran Bretaña, siete los pasó en Chequers, aunque, como casi todos los huéspedes americanos, encontró su sensación de privilegio atenuada por la desesperación producida por el frío que hacía en la mansión. Churchill lo llevó de aquí para allá, igual que a Hopkins, como si fuera una valiosa pieza de exhibición, en todos los viajes que realizó por el país. Ahí tenían, dijo a los británicos, una prueba viviente del compromiso de los americanos: al representante personal de su presidente.

En privado, «el primer ministro afirmó abiertamente [ante Harriman] que no veía la menor perspectiva de victoria hasta que Estados Unidos entrara en la guerra». Si Japón atacaba, dijo Churchill, la colonia británica de Singapur se vería en peligro. El primer ministro intentaba equilibrar a cada paso su deseo de convencer a Roosevelt de que Gran Bretaña era un presunto vencedor, con la necesidad de

presionarlo insistiendo en la amenaza de desastre si América se echaba atrás. Harriman instó a Churchill a reforzar la causa de Gran Bretaña haciendo públicos los detalles de sus terribles pérdidas de barcos. Entre febrero y abril de 1941, se habían ido a pique 142 navíos, que trasladaban en total 818.000 toneladas, más del doble del porcentaje de hundimientos sufridos durante los primeros meses de la guerra. En la reunión del Comité de Defensa del mes de mayo, Eden y Beaverbrook sugirieron que se revelaran al menos las pérdidas de los barcos dedicados al transporte de carne, para subrayar la gravedad de la situación alimentaria. Churchill, con el apoyo de varios otros ministros, se opuso, «en la idea de que atraeremos a los americanos mostrando valor y audacia y perspectivas de éxito, no haciéndonos de menos nosotros solos». Además, aquellas cifras que en privado aterraban al gobierno británico habrían infligido un golpe tremendo a la moral del país si se hacían públicas, y habrían supuesto un regalo propagandístico para Hitler. Algunos americanos mostraban una condescendencia que irritaba a los beneficiarios de su ayuda. Kathleen Harriman describe la reluctancia de los británicos a entusiasmarse con la carne en conserva y el queso americano: «La gran dificultad reside en reeducar a la gente», decía en una carta a su hermana. Un diputado *tory* escribió: «La idea de ser nuestro arsenal y nuestros proveedores de comida parece atraer a los yanquis como si ése fuera el papel que les toca en la guerra en pro de la democracia... Es una gente muy rara... Les han dicho que si perdemos la guerra, ellos serán los siguientes de la lista de Hitler... y, sin embargo, parecen

muy contentos de dejarnos a nosotros la lucha propiamente dicha; quieren hacerlo todo, menos luchar». Duff Cooper, en calidad de ministro de Información, dijo a los editores de los periódicos el 21 de marzo de 1941: «Lo bueno es no contrariar a Estados Unidos... Cuando ofrecimos las bases a cambio de los [cincuenta] destructores [cedidos en préstamo] nos imaginamos, en palabras de Winston, que cambiábamos “un manojo de flores por un pastel de azúcar”. Pero en absoluto. Los americanos han hecho un gran negocio». Cuando la Ley de Préstamo y Arriendo se hizo efectiva, Franks, el conductor inglés del agregado militar estadounidense, Raymond Lee, dijo a su jefe que había notado una mayor benevolencia hacia los americanos. «Bueno, sí», admitió Lee irónicamente. «Quizá pueda usted describirlo así, pero al fin y al cabo es natural, ¿no cree?, que por siete mil millones de dólares, es decir, casi un billón de libras, tengamos derecho a un poco de afabilidad». «¡Oh sí, señor, sí señor, claro! Eso es precisamente lo que quiero decir, señor. Yo diría que hay muchísima más afabilidad en el ambiente, señor». Eso no era verdad más que a medias. La mayoría del pueblo británico opinaba que Estados Unidos le proporcionaba los medios mínimos para hacer el trabajo sucio que los americanos habrían debido hacer ellos solos.

Aquel verano de 1941 Churchill estaba obsesionado con la amenaza de la agresión japonesa contra el imperio británico en Extremo Oriente. Alemania estaba totalmente volcada contra Rusia. Las fuerzas británicas en el norte de África parecían disponer de unas perspectivas reales de victoria sobre los italianos y las tropas

alemanas que Hitler había logrado sustraer al frente oriental. Pero si Japón atacaba, el equilibrio estratégico volvería una vez más a sufrir un vuelco. Desde el Foreign Office, Cadogan escribía en el mes de julio que a Churchill no lo «asustaba nada excepto Japón». El primer ministro expresaba su confianza en que si Tokio daba algún paso en contra del imperio británico, los americanos intervendrían. Sus ministros, sus generales y sus oficiales y funcionarios no estaban tan convencidos. Era una perspectiva de pesadilla pensar que Gran Bretaña pudiera encontrarse en guerra en Oriente mientras los americanos permanecían neutrales. Algunos consideraban que era probable que Japón se uniera a Alemania en su ataque contra Rusia, y no que arremetiera contra la península de Malaca. Eden preguntó a Churchill qué iba a hacer en tal caso. El primer ministro contestó con firmeza que Gran Bretaña nunca rompería las hostilidades contra Japón, a menos que lo hiciera Estados Unidos. Un mes tras otro a lo largo de 1941, intentó fomentar la ilusión de que el esfuerzo de guerra británico era viable y tenía sentido. En privado, en cambio, reconocía que en último término era inútil, a menos que el país de Roosevelt se involucrara por completo y sin tardanza en la guerra.

## **§. La salida**

Aquel verano los diplomáticos ingleses, los oficiales de Estado Mayor y el propio primer ministro, invirtieron innumerables horas sopesando y debatiendo las más mínimas sutilezas de la conducta y la opinión norteamericanas. Pocos amantes gastaron tanta tinta y

tantas ideas en su correspondencia durante la guerra como el primer ministro en sus largas cartas a Roosevelt, remitidas en ocasiones dos y hasta tres veces por semana, en las que describía la marcha de la guerra para los británicos. Adoptaba en ellas un tono confidencial, dando por supuesto que el presidente compartía sus objetivos y los de su país, y extendía sus atenciones a todo el pueblo del presidente. El 16 de junio, la concesión *in absentia* de un doctorado *honoris causa* por la Rochester University de Nueva York, inspiró una de sus alocuciones radiofónicas más hermosas dirigidas a los americanos:

*Ante nuestros ojos se desarrolla una historia maravillosa. No nos es lícito saber cómo acabará. Pero a ambos lados del Atlántico, todos —repito, todos— tenemos la sensación de que formamos parte de ella, de que está en juego nuestro futuro y el de muchas generaciones. Estamos seguros de que el carácter de la sociedad humana vendrá determinado por las decisiones que tomemos y los actos que realicemos. No debemos lamentar el hecho de haber sido llamados a hacer frente a unas responsabilidades tan graves. Podemos estar orgullosos, e incluso alegrarnos en medio de nuestras tribulaciones, de haber nacido en este momento tan transcendental para una época tan grandiosa y una ocasión tan espléndida de prestar servicio en este mundo. La maldad —enorme, armada de todas sus armas, dispuesta a entrar en batalla, aparentemente triunfante— proyecta su sombra sobre Europa y Asia. Las leyes, las costumbres y las tradiciones han sido hechas añicos. La justicia*



*ha sido arrojada de su trono. Los derechos de los débiles son pisoteados. Las grandes libertades de las que el presidente de Estados Unidos ha hablado de forma tan conmovedora son desdeñadas y encadenadas. Toda la grandeza del hombre, su genio, su iniciativa y su nobleza han sido pulverizados bajo sistemas de barbarie mecánica y de terror organizado y programado.*

Las palabras de Churchill conmovieron a muchos de sus oyentes. Pero en Washington, Halifax observaba con desaliento que tratar de obligar a los americanos a adoptar una postura concreta era como «una caótica cacería de conejos». Roosevelt ofrecía muchas cosas a Inglaterra: adiestramiento aéreo, instalaciones para reparar barcos de guerra, préstamo de medios de transporte, una guarnición americana para reemplazar a las tropas británicas en Islandia, conversaciones secretas del Estado Mayor durante los meses de febrero y marzo, y cada vez más asistencia para los convoyes de escolta en el Atlántico. Pero Estados Unidos estaba aún muy lejos de adoptar una postura beligerante. En julio, el proyecto de Ley de Prórroga de Roosevelt fue aprobado en la Cámara de Representantes por un solo voto de diferencia. Churchill ansiaba desesperadamente celebrar una reunión con el presidente. Es más, llegó a convencerse a sí mismo de que si semejante encuentro llegaba a tener lugar, sería el presagio de un cambio decisivo en las relaciones angloamericanas.

Cuando por fin Roosevelt fijó una fecha en el mes de agosto para reunirse en la bahía de Placentia, frente a Terranova, las esperanzas que concibió el primer ministro fueron ilimitadas. Escribió a la reina antes de su partida el día 4 de agosto en los siguientes términos: «Debo confesar que no creo que nuestro amigo me hubiera pedido desplazarme hasta tan lejos para celebrar una reunión de la que se hará eco el mundo entero, si no tuviera en mente dar un paso más hacia delante». Estuvo a punto de echarse a llorar durante el viaje en tren hacia el norte, lo mismo que su séquito cuando descubrió la suntuosa magnitud de las provisiones suministradas. Cablegrafió al presidente desde Scapa Flow utilizando un lenguaje que daba por supuesta una comunidad de objetivos más estrecha de lo que Roosevelt estaba dispuesto a reconocer: «Acabamos de zarpar. Hoy hace veintisiete años que los teutones empezaron su última guerra. Esta vez tenemos que hacer un buen trabajo. Con dos tiene que ser suficiente». Luego, en palabras de Colville, «con un séquito que el cardenal Wolsey habría envidiado», Churchill zarpó a bordo del gran acorazado *Prince of Wales* rumbo a Terranova. Harry Hopkins, que acababa de regresar de Moscú y que una vez más se hallaba al borde del colapso, se unió a la comitiva para realizar la travesía. Aquel hombre maravillosamente valeroso había hecho casi todo el viaje desde Rusia en la torreta de la ametralladora de un hidroplano Catalina.

Uno de los pocos servicios útiles llevados a cabo por los acorazados británicos durante la Segunda Guerra Mundial fue el de transportar a Churchill en sus viajes con el boato propio del árbitro de un

imperio acosado. Su presencia a bordo del *Prince of Wales* no dejaba de tener su ironía, pues apenas quince días antes había exigido que se sometiera a consejo de guerra a los oficiales considerados culpables de falta de determinación en la lucha de la armada contra el *Bismarck*. Churchill estaba furioso porque el *Prince of Wales* había cesado las hostilidades tras el hundimiento del *Hood*, a pesar de que el acorazado británico había sufrido graves daños. La propuesta de consejo de guerra fue retirada sólo cuando sir John Tovey, comandante en jefe de la Flota de Defensa, dijo que si se intentaba imponer un castigo de ese estilo, él mismo dimitiría de su cargo y actuaría como «amigo del prisionero».

Camino de su cita en medio del Atlántico, el trabajo realizado fue mucho menor de lo que sería habitual en viajes posteriores. No había agenda que preparar, pues la delegación británica no tenía ni la menor idea de cómo iba a evolucionar la reunión. Aprovecharon la ocasión para descansar. Churchill leyó con fruición tres relatos de C. S. Forester correspondientes a la serie de Horacio Hornblower, acerca de las hazañas épicas de la marina real durante las guerras napoleónicas. Se dejó llevar por la fantasía pensando entusiasmado en un posible ataque del *Tirpitz* desde el norte de Noruega, circunstancia que le habría permitido participar en un gran combate naval. Las pastillas Mothersill tenían mucha aceptación como específicos contra el mareo.

Los miembros más humildes de la delegación británica, como, por ejemplo, un puñado de secretarios, se sorprendieron ante las muestras de falta de formalismo del primer ministro. «[Estaba]

trabajando en el camarote de H[arry] H[opkins] esta mañana», escribió en su diario el cabo Geoffrey Green, «y de pronto entró WSC llevando sólo la chaqueta del pijama —sin pantalones— y con el puro en la boca. Nos sonrió y nos dijo: “¡Buenos días!”. Nos quedamos demasiado asombrados para responder como es debido». Los pañoles del barco estaban atestados de manjares de Fortnum & Mason, además de noventa urogallos, matados antes de que diera comienzo la temporada habitual de caza, con los que se pensaba obsequiar a los elegantes huéspedes del primer ministro. Del lado americano, Hopkins cablegrafió a Washington indicando que por parte de los británicos serían vistos con buenos ojos el jamón, el vino y la fruta, especialmente limones.

\* \* \* \*

La bahía de Placentia es una ensenada rocosa situada al sur de la costa de Terranova, donde había un pueblo pesquero de unos quinientos habitantes. Los británicos encontraron que se parecía a una especie de lago marino de las Hébridas. A primera hora de la mañana del 9 de agosto, el *Prince of Wales* empezó a detenerse. Entonces sus oficiales se dieron cuenta de que los relojes del barco iban adelantados respecto al horario de Norteamérica. El barco dio media vuelta y estuvo navegando perezosamente frente a la costa durante unos noventa minutos, antes de dirigirse de nuevo al fondeadero. A las nueve de la mañana echó el ancla a unos centenares de metros del crucero norteamericano *Augusta*, en el que viajaba el presidente. Los británicos se fijaron en el contraste entre

el camuflaje en zigzag de su navío y el tono pálido, propio de tiempos de paz, de la pintura del buque estadounidense.

Nadie sabe exactamente qué fue lo que se dijo en las entrevistas de Churchill y Roosevelt a bordo del *Augusta*. Pero Hopkins, que estuvo presente, describió el ambiente reinante en ellas. El presidente adoptó su actitud de afabilidad casi infalible, combinada con la opacidad que caracterizaba sus conversaciones cuando trataban de algún tema delicado. En cuanto a su interlocutor, ningún pretendiente en busca de un buen partido habría igualado el encanto y el entusiasmo que el primer ministro de Gran Bretaña dedicó al presidente de Estados Unidos. Churchill y Roosevelt eran los mejores conversadores de su época. Incluso cuando en sus diálogos no había ningún argumento de peso, no había peligro de que se quedaran callados. Tenían en común unos mismos antecedentes sociales, una vasta cultura literaria, la pasión por todo lo relacionado con la marina, la adicción por el poder y unas dotes supremas como comunicadores. Ambos eran grandes estrellas en el escenario mundial. Desde la perspectiva del siglo XXI, ahora que la buena forma física se ha convertido en una preocupación de muchos líderes nacionales, cabe señalar también que a ninguno de los dos máximos estadistas de la tierra parecía afectarle demasiado el hecho de que uno de ellos fuera un tullido de cincuenta y nueve años, y el otro un viejo de sesenta y seis, famoso por su excesiva afición al alcohol y a los cigarros puros.

Una persona muy cercana a él, Marguerite «Missy» Lehand, afirmó que Roosevelt era «realmente incapaz de tener una amistad personal

con nadie». Pero, a pesar de su propensión básica a la soledad, el presidente tenía un magnífico instinto para saber interpretar a la gente, y un don para tratar a cualquier persona a la que acabaran de presentarle como si los dos se conocieran de toda la vida. Churchill, en cambio, tenía muy poco interés social por los demás, y a menudo demostró que no sabía juzgar a las personas. Tras la muerte prematura de su íntimo amigo F. E. Smith, lord Birkenhead, en 1930, no quiso interesarse por ningún otro ser humano, excepto tal vez por Beaverbrook y Jan Smuts, el tiempo suficiente para establecer una relación social, aparte de política. De hecho, en la bahía de Placentia hirió la vanidad del presidente olvidando que ya se habían visto en otra ocasión: en Londres, allá por 1918.

Churchill se amaba sólo a sí mismo y a Clementine, mientras que, según se rumoreaba —aunque con mucha probabilidad fuera un error—, a la lista de las amantes de Roosevelt se había añadido últimamente el nombre de la princesa heredera de Noruega, Marta, por entonces en el exilio. Aunque a veces expresara grandes verdades, Roosevelt era un hipócrita por naturaleza. Henry Morgenthau afirmaba que las contradicciones del presidente lo desconcertaban: «Serio a la vez que alegre, frívolo a la vez que grave, evasivo a la vez que franco... un hombre de una complejidad abrumadora de estados de ánimo y de motivos». Roosevelt era políticamente mucho más imaginativo que Churchill. En la primavera de 1941 dijo a Wendell Willkie que creía que Gran Bretaña experimentaría una revolución social cuando acabara la guerra, y tenía razón. Churchill, mientras tanto, apenas dedicó un

minuto a pensar en lo que pudiera pasar cuando acabara la lucha de Gran Bretaña por la supervivencia contra las potencias del Eje, y desde luego era implacablemente hostil al socialismo. Al igual que su pueblo, Roosevelt miraba al futuro sin miedo. El optimismo fue la base de su genio como líder nacional de Estados Unidos durante la Depresión. Churchill, en cambio, estaba lleno de aprensión por las amenazas que el nuevo mundo planteaba para la grandeza de Inglaterra.

En la bahía de Placentia el primer ministro se esforzó por agradar al presidente, y Roosevelt, fascinado por la personalidad de Churchill, estaba absolutamente dispuesto a ser complacido. Sin embargo, las reuniones celebradas en el barco entre los jefes de Estado Mayor británicos y americanos fueron tensas y poco cordiales. Los generales George Marshall y Henry «Hap» Arnold, y los almirantes Harold Stark y Ernest King, estaban recelosos. Por motivos de seguridad, Roosevelt no les había advertido de la reunión que pretendía celebrar hasta que se hallaron a bordo del *Augusta*. Por consiguiente, no habían hecho ningún preparativo y no estaban dispuestos a decir nada que pudiera comprometer a su país una pulgada más allá de la política hecha pública hasta ese momento. Los británicos —el jefe del Estado Mayor General del Imperio, sir John Dill, el primer lord del Mar sir Dudley Pound, y el vicejefe del Estado Mayor del Aire, sir Wilfred Freeman— estaban confusos por el hecho de que el ejército y la marina norteamericanos prefirieran celebrar sesiones informativas por separado y expusieran puntos de vista estratégicos completamente distintos.

Cuando Marshall habló de crear un ejército norteamericano de cuatro millones de hombres, los británicos manifestaron su asombro. No parecía que hubiera perspectivas, dijeron, de que fueran a producirse combates terrestres en el territorio continental de Estados Unidos. No existían barcos para transportar a un gran ejército a ultramar ni para garantizar su abastecimiento. ¿Qué necesidad podía haber de semejante movilización? El propio Churchill intentó por todos los medios asegurar a las madres de América que, aunque su país entrara en guerra, no se pediría a sus hijos que derramaran su sangre en los campos de batalla de Europa. Un mes antes del encuentro de Placentia reprendió a Auchinleck por decir a los periodistas que había necesidad de los soldados americanos. Esos comentarios, aseguró el primer ministro, reforzaban la posición de los americanos aislacionistas, e iban «en contra de lo que he dicho en el sentido de que no necesitaremos al ejército americano ni este año ni el que viene ni ningún otro año que pueda figurarme». Los cálculos estratégicos de los británicos negaban la necesidad de tropas británicas o estadounidenses de tierra, capaces de entablar combate con la Wehrmacht en la Europa continental, pues ni Dill ni sus colegas veían esta eventualidad como un objetivo viable.

En Placentia, Arnold, en representación de la fuerza aérea norteamericana, no dijo gran cosa, mientras que Marshall habló más de equipamiento que de estrategia. Los americanos dijeron que les parecía difícil satisfacer las peticiones de armas de los británicos. Afirmaban que las solicitudes eran presentadas con



demasiada profusión y de forma poco clara, a través de canales muy diversos. Los ingleses veían un abismo entre su mentalidad, formada y encallecida por la experiencia de la guerra, y la de los americanos, todavía imbuidos de las inhibiciones de la paz. A aquellos hombres, con menos dotes de estadista que su primer ministro, les resultaba difícil disimular que sabían que a los jefes de las fuerzas armadas norteamericanas les molestaba enviar a Gran Bretaña unas armas que querían para ellos. A Dill y a sus colegas les costó mucho no perder la paciencia ante la cautela de aquellos americanos ricos y libres de peligro, cuando ellos se veían oprimidos por la responsabilidad de dirigir la lucha por la supervivencia de la civilización occidental. Los oficiales de la marina real señalaron la falta de curiosidad mostrada por los americanos, especialmente por el almirante King, acerca de su experiencia en el campo de batalla, por ejemplo contra el *Bismarck*. En privado, los marinos americanos se burlaban de Dudley Pound, «la vieja ballena», como lo llamaban los soldados británicos. Dill se llevó bien con Marshall, pero Ian Jacob anotó en tono sombrío en su diario: «Ni un solo oficial americano ha mostrado el menor entusiasmo por la idea de estar en la guerra a nuestro lado. Son una pandilla de individuos encantadores, pero parece que vivan en un mundo distinto del nuestro».

Roosevelt se irritó cuando se enteró de que el primer ministro había traído consigo a dos conocidos periodistas, H. V. Morton y Howard Fast. Aunque se les prohibió enviar informes a sus periódicos hasta hallarse de nuevo en suelo británico, el detalle era un recordatorio

de que Churchill pretendía sacar de la reunión hasta la última onza de capital propagandístico. Roosevelt, por su parte, estaba decidido a dejar abiertas todas las opciones y a proceder con la mayor cautela. A los reporteros se les negó el acceso a los barcos norteamericanos.

Debemos reconocer que tanto británicos como americanos esperaban todavía que Rusia sufriera una derrota, dejando una vez más sola a Gran Bretaña frente al imperio nazi, y pronto quizá también al japonés. Churchill instó a Roosevelt a enviar a Tokio las advertencias más serias posibles ante la eventualidad de nuevas agresiones. Se ha indicado que fue incluso más allá, pidiendo la realización de una acción militar preventiva de Estados Unidos en el Extremo Oriente, pero esto parece muy poco plausible. En varias ocasiones a lo largo de la conferencia, Churchill preguntó a Averell Harriman si el presidente lo encontraba de su agrado. Estaríamos ante el reconocimiento de la enorme ansiedad y la vulnerabilidad del primer ministro.

«Sería exagerado decir que Roosevelt y Churchill se hicieron grandes amigos en esta conferencia, o en cualquier otro momento posterior», escribió Robert Sherwood, habitual en la Casa Blanca y más tarde biógrafo de Harry Hopkins, «Impusieron una intimidad fácil, una falta de formalismos bien humorada, y una suspensión de la pomposidad y la hipocresía; y también cierto grado de franqueza en el trato que, si bien no era completa, estaba notablemente cerca de serlo. Pero ninguno de los dos olvidó ni un solo momento lo que era y lo que representaba, ni lo que era el otro o lo que representaba...

Eran dos hombres dedicados al mismo negocio: el liderazgo político-militar a escala global... Se apreciaban uno a otro mirándose con los ojos expertos del profesional, y de ese aprecio surgió cierto grado de admiración y de comprensión simpática de los problemas profesionales del otro que otros operarios de menor talla no habrían podido alcanzar». Mientras que el primer ministro sucumbió de buena gana a los sentimientos a la hora de formarse una idea del otro potentado, el presidente no respondió con la misma moneda. Churchill y Roosevelt instauraron una amistad de estado. El pueblo americano y el británico pensaban que comprendían a sus respectivos líderes, pero los británicos tenían más motivos para creerlo. Churchill era lo que parecía; Roosevelt, no.

El primer ministro ejecutó brillantemente su papel en la reunión de Placentia, escogiendo los himnos del servicio dominical bajo los grandes cañones del *Prince of Wales*, ante un estrado forrado con las banderas de los dos países (« ¡Adelante, soldados de Cristo!», «¡Oh Dios, nuestro socorro en tiempos pasados!» y «Padre eterno, fuerte salvador»). Prácticamente no hubo nadie entre los presentes que no se conmoviera. « ¡Dios mío, esto es historia!», musitó otro secretario «en voz muy baja, casi asustada» al cabo Geoffrey Green. Mientras los fotógrafos, llenos de entusiasmo, disparaban los obturadores desde los puntos más convenientes de las torretas y la obra muerta, un compañero dijo a Ian Jacob que la ocasión habría colmado todas las fantasías de un periodista cargado de hachís.

\* \* \* \*

Aquella tarde, Churchill asistió a un almuerzo durante la breve visita que efectuó en tierra firme, dando un pequeño paseo con Cadogan, «el Profe» y sus secretarios, y poniéndose inesperadamente a recoger flores silvestres. Los oficiales de mayor rango de uno y otro país siguieron yendo y viniendo de un barco a otro, y cada llegada y cada despedida se realizó con todo el ceremonial debido, con intervención de la banda y de guardias de honor, lo que propició que el fondeadero no estuviera tranquilo en ningún momento. Al día siguiente tuvieron lugar más conversaciones, tan poco serias como las anteriores, entre los jefes de Estado Mayor de las distintas armas. Roosevelt agravó de manera marginal la situación en la guerra del Atlántico al aceptar que los convoyes fueran escoltados hasta Islandia por buques de guerra norteamericanos. En Washington justificó la medida afirmando que no tenía mucho sentido suministrar pertrechos a Inglaterra sin intentar al menos asegurarse de que llegaban a su destino.

El resultado más importante del encuentro entre el presidente norteamericano y el primer ministro inglés fue la Carta del Atlántico, documento por lo demás bastante extraño. Sus orígenes se sitúan en una sugerencia de Roosevelt en el sentido de que los dos líderes debían suscribir una declaración de principios comunes. Una vez publicada, lo que representaba era una expresión típicamente americana de intenciones grandilocuentes. Sin embargo, fue redactada por sir Alexander Cadogan, mandarín del Foreign Office presente en los actos. La Carta fue cableografiada a Londres para su aprobación por el gabinete de guerra, cuyos

miembros fueron obligados a levantarse de la cama con ese motivo. En la madrugada del día siguiente —una jornada lluviosa, como casi todas en Terranova—, un oficial comunicó a Churchill, justo cuando éste estaba a punto de meterse en la cama, que había llegado la respuesta de Londres: «¿Me va a gustar?», preguntó el primer ministro, según Jacob «igual que un niño pequeño cuando va a tomar una medicina». «Sí», le dijeron, todo iba bien. Sus ministros habían respaldado la declaración angloamericana. Cuando fue publicada, sus nobles frases de apoyo al compromiso común con la libertad resonaron en todo el mundo, y entre los súbditos de las colonias suscitaron unas esperanzas que Churchill indudablemente no esperaba. En Estados Unidos, en cambio, la Carta no provocó mucho entusiasmo popular. Nunca fue firmada, porque para ello habría sido preciso presentar el documento en el Senado para su ratificación como tratado.

Antes de despedirse, el presidente dijo al primer ministro algunas palabras cordiales de buenas intenciones y le ofreció otros ciento cincuenta mil fusiles. Pero nada de eso aseguraba la pronta beligerancia de Estados Unidos. Eso era lo que había venido a buscar Churchill, y no lo consiguió. A las 14.50 del 12 de agosto todo había terminado. Las nubes bajas impedían a los barcos ver la costa. El *Augusta* se esfumó en la niebla mientras los marineros del *Prince of Wales* permanecían alineados para saludar al presidente, que emprendía la marcha. Luego los británicos pusieron rumbo a su patria. «No es fácil decir si Churchill volvió de Terranova completamente satisfecho de su entrevista con Roosevelt», escribió

Ian Jacob. El primer ministro dijo a su hijo Randolph que había disfrutado de «un encuentro muy interesante y en absoluto estéril con el presidente... y en los tres días que hemos estado juntos, sin separarnos ni un momento, creo que hemos establecido un contacto de amistad profunda e íntima. Al mismo tiempo se queda uno perplejo al conocer cómo deben romperse los puntos muertos y cómo hay que atraer a la guerra a Estados Unidos de una manera audaz y honorable».

Churchill no reveló en absoluto la íntima decepción sufrida en la exuberante retórica con la que se dirigió a sus colegas y al país cuando volvió a Gran Bretaña. Se sentía obligado a satisfacer su ansia de buenas noticias, y dijo al gabinete de guerra que los comandantes de la marina americana estaban impacientes por unirse a la lucha, aunque otros no detectaron en Placentia nada de eso. Su informe de los comentarios privados de Roosevelt parece que exagera de manera caprichosa las expresiones de apoyo de éste, cuidadosamente equívocas. Pownall, en aquellos momentos adjunto de Dill como jefe del Estado Mayor General del Imperio, escribió en su diario: «Roosevelt se muestra muy favorable a entrar en la guerra, y lo antes posible... Pero dijo que él no declararía nunca la guerra, que lo que desea es provocarla». Subsiste la incertidumbre sobre si el presidente utilizó realmente esas palabras, o si Churchill las puso en sus labios cuando volvió a Londres. Pero incluso aquellos sentimientos no satisfacían las esperanzas británicas. Pese a la cordialidad social del presidente, lo cierto es que nunca se permitió las efusiones románticas a las que era tan propenso

Churchill. Aunque no precisamente anglófono, Roosevelt nunca manifestó demasiada simpatía personal hacia Gran Bretaña. Abandonó Placentia con la misma mentalidad con la que había llegado. Estaba dispuesto a ayudar a los británicos por todos los medios a su alcance con el fin de impedir su derrota. Pero no tenía la menor intención de adelantarse a los sentimientos del Congreso y del pueblo poniéndose al frente de los partidarios de la beligerancia inmediata de Estados Unidos. La opinión pública americana estaba mucho más a favor del embargo del petróleo contra Japón decretado por su gobierno como respuesta al ataque de los nipones contra Indochina, que del apoyo naval cada vez mayor de Roosevelt a Gran Bretaña en la batalla del Atlántico; y eso que irónicamente fue el embargo lo que provocó que los japoneses bombardearan a los americanos y los lanzaran a la guerra.

En una sesión informativa extraoficial para los editores de los periódicos británicos que se celebró el 22 de agosto Churchill pronosticó que Japón no atacaría en Oriente y observó que la batalla del Atlántico iba mejor. Dando a entender que los submarinos alemanes se mostrarían más reacios a enfrentarse a los buques de guerra americanos, que en esos momentos operaban activamente en el Atlántico occidental, dijo: «Supongo que Hitler no quiere arriesgarse a un choque con Roosevelt hasta haber quitado de en medio a los rusos». Las efusiones de entusiasmo de los británicos se disiparon. La retórica grandilocuente del primer ministro no pudo superar la sensación de abatimiento que se extendió por todo el país. Un general británico opinó que era muy

acertado el juicio de un funcionario del Departamento de Guerra acerca de la reunión de la bahía de Placentia; el buen señor había dicho a propósito de la alocución radiofónica de Churchill que no había dicho «nada, pero eso sí, envuelto en bonitos ropajes».

Vere Hodgson, colaboradora de una institución benéfica de Notting Hill, oyó que la *BBC* avisaba de «una importante declaración del gobierno» para la tarde del 14 de agosto, y supuso que se trataba del anuncio de la unión angloamericana. Pero cuando los radioyentes escucharon el texto de la Carta del Atlántico, escribió Hodgson decepcionada, pensaron que era una «declaración de objetivos de guerra. Todos muy loables en sí mismos; la única cosa difícil va a ser ponerlos en práctica». Churchill cablegrafió a Hopkins mostrando una impaciencia singularmente explícita: «Debo decirle que se ha producido una ola de depresión en el gabinete de guerra y en otros círculos bien informados ante las numerosas garantías del presidente, ante su absoluta falta de compromisos y por el hecho de no mostrarse más próximo a la guerra... Si 1942 comienza con Rusia desmoronada y Gran Bretaña otra vez sola, pueden surgir todo tipo de peligros. No creo que Hitler vaya a ayudar en modo alguno... Usted sabrá mejor que nadie si puede hacerse algo más... Le estaría muy agradecido si pudiera usted darme esperanzas de algún tipo».

En Downing Street, Churchill observaba con irritación que los americanos se habían comprometido a sufrir todos los inconvenientes de la guerra «sin los imponentes estímulos» que comportaba. Al término de una cena con Winant, el embajador



americano, el día 29 de agosto, volvió a apelar explícitamente a la beligerancia de Estados Unidos. Colville señala: «El primer ministro dijo que tras la declaración conjunta [la Carta del Atlántico], América no podía quedarse fuera de manera honorable... Si R. declarara la guerra ahora..., podrían ver la victoria ya en 1943; pero si no lo hiciera, la contienda se alargaría durante años, dejando a Gran Bretaña invicta, pero a la civilización en ruinas». Los visitantes americanos influyentes siguieron siendo cortejados con un celo infatigable. El periodista John Gunther fue invitado a Chequers. Un tedioso congresista demócrata de Pensilvania, J. Buell Snyder, presidente del Subcomité Militar de Gastos de la Cámara, fue recibido calurosamente en Downing Street. Pero a finales de agosto, Charles Peake, diplomático de la embajada británica en Washington, expresaba un profundo pesimismo ante las perspectivas de que Estados Unidos entrara en la guerra pronto, si es que llegaba a entrar. Se preguntaba incluso —como hacían muchos miembros de la administración norteamericana— si Roosevelt deseaba realmente un resultado semejante. Aunque Norteamérica ya no podía ser considerada neutral, parecía bastante plausible que siguiera aferrada indefinidamente a su condición de estado no beligerante. No había pruebas —y sigue sin haberlas— de que Roosevelt estuviera dispuesto a arriesgarse a un enfrentamiento potencialmente desastroso con el Congreso. Hasta que Estados Unidos no se convirtiera en un aliado combativo, la Ley de Préstamo y Arriendo serviría únicamente para evitar una derrota en toda regla de los británicos.

\* \* \* \*

El otoño de 1941 fue uno de los múltiples momentos de la guerra que deben ser contemplados sin tener en cuenta retrospectivamente lo que ocurrió después. Las perspectivas británicas parecían sombrías en todas partes. Un diplomático americano que pasó diez días en Escocia, presentó a su regreso el siguiente informe a su embajada: «La opinión de la gente con la que había estado, en su mayoría grandes industriales y personas caracterizadas por el realismo de sus puntos de vista, es que los británicos están en estos momentos perdiendo la guerra y que es ridículo hablar de someter al ejército alemán a fuerza de bombardear ciudades en Alemania... El ejército alemán... debe ser derrotado de un modo u otro por tierra, o la guerra estará perdida». Churchill era de la misma opinión. «No será posible que todo el ejército británico (excepto los contingentes de Oriente Medio) permanezca indefinidamente inerte y pasivo como guarnición de esta isla frente a la invasión», escribía el primer ministro a Ismay el 12 de septiembre. «Al margen de toda consideración militar, semejante actitud acarrearía el descrédito del ejército. No necesito dar más detalles».

Moscú contempló la entrevista de Churchill y Roosevelt con su habitual paranoia. El autor de una biografía soviética de Churchill, escrita más de treinta años después, afirmaba que en la bahía de Placentia «se elaboraron planes para establecer la dominación angloamericana del mundo después de la guerra. Los líderes de Gran Bretaña y de Estados Unidos trazaron esos planes mientras la Unión Soviética soportaba la peor parte de la guerra y América ni

siquiera había entrado todavía en ella». Stalin, que se encontraba en una situación apuradísima, pretendía obtener de Gran Bretaña treinta mil toneladas de aluminio, junto con cuatrocientos aviones y quinientos tanques al mes. Churchill dijo al embajador Maisky que Moscú tendría que conformarse con la mitad de esas cantidades, y que el resto se lo pidiera a los americanos. El 15 de septiembre, Stalin exigió que fueran enviadas al frente ruso veinticinco divisiones británicas a través de Irán o Arcángel. Ya había pedido a Harry Hopkins que solicitara a Roosevelt el envío de un ejército americano a Rusia. Hopkins, comprensiblemente sorprendido ante semejante propuesta, respondió que, aunque Estados Unidos entrara en la guerra, era muy improbable que enviara soldados a combatir en el Cáucaso.

Una prueba de la ansiedad de Churchill por aplacar a Moscú es que accedió en principio a enviar tropas británicas a Rusia. Especulaba de modo absurdo con la posibilidad de que Wavell, que hablaba ruso, se pusiera al mando de ese contingente. Intentar ayudar a Rusia y fracasar, declaró, era mejor que no intentarlo. Pero se mostró vacilante. El 23 de octubre, la idea fue abandonada formalmente. Stalin se quejó de que los aviones británicos, mal embalados, llegaban «rotos» a Arcángel. Los ingleses esperaban contra todo pronóstico que las siniestras amenazas rusas de firmar una paz por separado fueran un farol, lo mismo que eran un farol sus tímidas afirmaciones acerca de la eventualidad de abrir un segundo frente.

\* \* \* \*

En vista de que la flota mercante británica sufría un desgaste incesante en el Atlántico, el ministro de Alimentación, lord Woolton, informó al gabinete acerca de la necesidad de racionar los productos enlatados. Churchill murmuró haciendo una broma dolorosa: « ¡No volveré a ver más sardinas en mi vida!». En realidad, como es natural, sufría menos que cualquier otro ciudadano británico las carencias de la guerra, y ocasionalmente confesó avergonzado que nunca en su vida había vivido con tanto lujo. Aunque su energía había disminuido un poco con la edad, tenía menos necesidad que nunca de preocuparse por sus necesidades personales, a las que subvenía su numerosa plantilla de criados y funcionarios. Ningún otro colega suyo del gobierno gozaba de los privilegios como él en materia de dieta, comodidades, y de medios domésticos y de viajes. Siendo ya secretario de Asuntos Exteriores, Eden se deshizo en elogios cuando vio que le ofrecían una loncha de jamón frío en un almuerzo en el palacio de Buckingham, o unas naranjas en una recepción en la embajada de Brasil. En sus diarios, todos los miembros del gobierno británico que tenían la suerte de salir de viaje, hasta los ministros y generales más exaltados, dedican mucho espacio a aplaudir la comida de la que disfrutaban en el extranjero, debido a lo frugal que era la alimentación que podían permitirse en su país.

El primer ministro no comía muy a menudo en casa de otras personas, pero de vez en cuando disfrutaba de alguna comida en el Buck's Club. En ocasiones asistía en el Savoy a reuniones del Other Club, el grupo de comensales que fundó, junto con F. E. Smith, en

1910. Allí, la mayor parte de las veces se sentaba junto a lord Camrose, propietario del *Daily Telegraph*, amigo suyo, que ambicionaba en vano un puesto gubernamental. Una noche de otoño de 1941 logró escaparse de Downing Street en compañía de Eden y Beaverbrook para ir a cenar al Ritz. Recordando tiempos pasados, dijo que le habría gustado tener a su lado a sus viejos colegas de la primera guerra mundial, Balfour y Smith. Beaverbrook comentó que si Churchill hubiera jugado mejor sus cartas, habría podido ser primer ministro en 1916. Churchill dijo que el peor momento de su vida había sido cuando Lloyd George le comunicó que no había sitio para él en el nuevo gabinete.

Las llaves de Downing Street y de Chequers recibían suministros ilimitados de cupones diplomáticos de comida para las recepciones oficiales. Ello permitía a Churchill y a sus huéspedes gozar de unos lujos desconocidos para los ciudadanos corrientes. Los costes de Chequers aumentaron de forma espectacular durante los años en que Churchill estuvo al frente del gobierno, a diferencia de lo que ocurriera en tiempos de Neville Chamberlain, en consonancia con los gastos ocasionados por las recepciones. En enero de 1942, el procurador del Chequers Trust reconoció a Kathleen Hill, la secretaria de Churchill, que «la cuenta de comida era muy alta». La familia hacía regularmente una modesta aportación en metálico para compensar a los fideicomisarios la parte privada de los costes de la casa correspondiente a los Churchill, incluido el pago de una cuarta parte de la factura del pequeño coche Ford utilizado por Clementine.

Por privilegiadas que fueran las circunstancias domésticas de la familia, a la esposa del primer ministro no le resultaba siempre más fácil que al resto de sus compatriotas encontrar productos alimenticios aceptables. Esta circunstancia resultaba desesperante para los visitantes menos sensibles. Al año siguiente, en una ocasión en que Eleanor Roosevelt y otras personalidades de Washington estuvieron en calidad de huéspedes en el Anexo del n°. 10, la señora Churchill se disculpó por la comida ofrecida: «Lo siento, queridos, no he podido comprar ninguna clase de pescado. Tendrán que comer macarrones». Henry Morgenthau anotó en su diario sin demasiado entusiasmo: «Luego nos dieron unos pocos restos convertidos en pastel de carne». En cambio, algunos invitados de Churchill se escandalizaron ante su falta de moderación en una época en la que el resto del país tenía que conformarse con carne de ballena. Una noche que Churchill asistió a una fiesta en el Savoy, el primer ministro canadiense, Mackenzie King, se sintió molesto al ver que su anfitrión insistía en pedir pescado y carne, desafiando las normas del racionamiento. El ascético King encontró «vergonzoso que Winston se comportara de esa forma».

El ingenio de Churchill resultaba más útil que su hospitalidad o las noticias de guerra para mantener altos los ánimos de sus colegas. En una enojosa reunión del Comité de Defensa celebrada para discutir el envío de pertrechos a Rusia, sacó unos puros cubanos, recién llegados de La Habana como regalo. «Puede que cada uno de estos cigarros contenga un veneno mortal», comentó con expresión satisfecha mientras los fumadores encendían sus cerillas. «Puede

que dentro de unos días me vea a mí mismo siguiendo la larga fila de vuestros ataúdes por el pasillo central de la abadía de Westminster... ¡en medio de los insultos del pueblo, que verían en mí al hombre que superó en perfidia a los Borgia!». Eden, que fue a pasar un fin de semana a Chequers, fue conducido al piso de arriba por el propio Churchill, que se encargó personalmente de encender la chimenea del dormitorio de su huésped. El secretario del Foreign Office escribió en tono ligeramente malicioso: «No conozco a nadie que tenga unos modales tan perfectos como anfitrión... sobre todo cuando quiere».

Mientras los grandes hombres discutían asuntos de estado en Downing Street o en Chequers, en los sótanos el servicio cotilleaba acerca de su señor, como habría sido habitual en cualquier casa patricia. «Ay, señorita, no adivinará usted nunca lo que hizo después», diría Nellie, la camarera de Downing Street, a Elizabeth Layton, una de las tres secretarias del primer ministro. La señora Landemore, la cocinera, era una verdadera fuente de cotilleos acerca de la aristocracia británica, mientras que Sawyers, el ayuda de cámara del primer ministro, repartía copas de vino distraídas del comedor. Todos los viernes por la tarde o a veces los sábados por la mañana, una columna de tres grandes coches negros aguardaba junto a la puerta del jardín de Downing Street para llevar al primer ministro a Chequers a una velocidad vertiginosa, acompañado de motoristas de la policía con sirena. A menos que llevara consigo en el coche a algún visitante con el que deseara conversar, habitualmente se dedicaba a dictar a alguna secretaria durante todo

el trayecto. Un día, al llegar a su destino, dijo a Elizabeth Layton: «¡Ahora corra adentro y páselo a máquina COMO UN DEMONIO!». El personal del turno de noche rara vez se iba a la cama antes de las tres de la madrugada.

\* \* \* \*

Churchill se puso contentísimo cuando el 8 de septiembre Roosevelt dictó a los buques de guerra americanos en el Atlántico la orden de «disparar primero», favoreciendo de manera espectacular a su país frente a los submarinos alemanes. Pero dos semanas más tarde, después de asistir a una cena con Churchill y Oliver Lyttelton, el ministro de Estado de Oriente Medio, que acababa de volver de El Cairo, Eden anotó en su diario que «Winston se encontraba deprimido al principio, y dijo que en su opinión nos aguardaban tiempos muy duros». Gracias a la interceptación de los mensajes diplomáticos japoneses, el primer ministro se había enterado de que Tokio estaba reduciendo el volumen de sus legaciones en el extranjero y evacuando a sus nacionales del territorio británico. Sir Stewart Menzies, «C», le mostró un cable enviado desde Berlín a Tokio en el que el Estado Mayor de Hitler aseguraba a los nipones que «en caso de un choque entre Japón y Estados Unidos, Alemania rompería inmediatamente las hostilidades con América». Cierta sábado los descodificadores de Bletchley Park vieron pasar de lejos a Churchill, que había ido a visitar su campamento, instalado en barracones húmedos y oscuros; cuatro de sus oficiales de mayor graduación le escribieron personalmente solicitando más recursos. Aquella carta motivó que enviara a «C» la siguiente nota de



«Acciones de la jornada»: «Asegúrese de que obtienen todo lo que necesiten con absoluta prioridad».

\* \* \* \*

El 20 de octubre, Churchill dijo al Comité de Defensa que «no creía que los japoneses entraran en guerra con Estados Unidos y con nosotros». Después de muchos meses de exagerar caprichosamente las perspectivas de que América entrara en la guerra, las posibilidades de que semejante eventualidad se verificara eran en aquellos momentos mayores de lo que él se atrevía a confesar. Puede que, después de tantas decepciones, no quisiera abrigar demasiadas esperanzas. Persistía el terrible temor de que Tokio decidiera descargar el golpe sólo contra las posesiones británicas, sin provocar a Estados Unidos. La visión del gobierno británico y la del gobierno norteamericano estaban distorsionadas por la lógica. Ambos poseían en aquellos momentos suficientes testimonios de los servicios de inteligencia en el sentido de que el régimen de Tokio iba a iniciar una guerra con Estados Unidos que racionalmente no podía esperar ganar.

El envío de una escuadra de combate a Extremo Oriente, supuestamente con el fin de disuadir a los japoneses de lanzar una agresión, fue decisión personal del primer ministro y venía a reflejar su fe anacrónica en los grandes buques de guerra. Del mismo modo, también fue decisión suya el nombramiento del comandante de esa escuadra, el almirante Tom Phillips, irónicamente uno de los críticos más severos de Churchill en el Almirantazgo; la elección no parecía demasiado convincente, pues toda la experiencia bélica de Phillips

se había desarrollado en cargos de Estado Mayor en tierra. Churchill comparaba el impacto previsto de los acorazados británicos en Extremo Oriente con el provocado por la presencia del *Tirpitz* de Hitler en aguas del Ártico: «Una amenaza real». Del mismo modo que los americanos sobrevaloraron de modo absurdo el poder disuasorio del despliegue de apenas treinta y seis bombarderos B-17 de la fuerza aérea estadounidense en Filipinas, también el primer ministro fue incapaz de apreciar el hecho de que, con o sin la escuadra del almirante Phillips, las fuerzas británicas en Extremo Oriente carecían lamentablemente de solidez y de autoridad.

Cuando se efectuó el envío de acorazados, el director de operaciones navales, el capitán Ralph Edwards, escribió en su diario el siguiente comentario: «Otra plegaria del primer ministro, que desea que formemos una escuadra de “barcos modernos, poderosos y veloces, sólo lo mejor que pueda utilizarse”, en el océano Indico. Eso asegura que tendrá un efecto paralizador sobre los japoneses... sólo Dios sabe por qué iba a ser así... Y eso, recuérdalo bien, al mismo tiempo que desea formar una flota en Malta, reforzar el Mediterráneo, ayudar a Rusia y estar listo para hacer frente a la fuga del *Tirpitz*. La cantidad de trabajo innecesario que ese hombre echa sobre las espaldas del Estado Mayor de la armada es tal que, si nos quitaran semejante incumbencia, podríamos disfrutar todos de un mes de permiso... Si el honorable caballero tuviera la bondad de limitarse a sus labores de estadista y a la política y dejara la estrategia naval en manos de aquéllos a quienes concierne propiamente, las oportunidades de ganar la guerra aumentarían muchísimo. Es

indudablemente uno de los peores estrategas de la historia». Churchill escribió a Roosevelt comunicándole el envío del *Prince of Wales*, el *Repulse* y el portaaviones *Indomitable*: «No hay nada como poseer algo que puede capturar y matar lo que sea». Era una curiosa afirmación, después de dos años de guerra que habían venido a demostrar la vulnerabilidad de los navíos de gran tonelaje y las deficiencias del Brazo Aéreo de la Armada.

En casi todos los sentidos, durante la Segunda Guerra Mundial la marina real puso de manifiesto que era la mejor de las tres armas del ejército británico en combate, del mismo modo que la marina de Estados Unidos fue la mejor del ejército americano. Los submarinos y los ataques aéreos del Eje causaron graves pérdidas, pero los marinos británicos hicieron gala en todo momento de un gran valor y un alto grado de profesionalidad. La cultura institucional de la armada resultó más impresionante que la del ejército de tierra, y quizá incluso también que la de la RAF. La batalla del Atlántico fue menos espectacular y gloriosa que la batalla de Inglaterra, pero el mantenimiento de las rutas de los convoyes resultó una hazaña igualmente decisiva. La debilidad crónica de la marina, sin embargo, era el apoyo aéreo y la defensa antiaérea. Desde que empezó la guerra hasta que acabó, la actuación del Brazo Aéreo de la Armada quedó muy por detrás de la de los escuadrones aéreos de la marina de Estados Unidos, en parte debido a lo inadecuado de sus aparatos, en parte también debido a que los británicos no sabían manejarlos con tanta pericia, y en parte también porque nunca hubo suficientes portaaviones. Churchill no supo atender

debidamente a los intereses de la armada al no hacer hincapié en que la RAF dedicara más aviones con suficiente autonomía de vuelo a operaciones de apoyo marítimo, y en especial a los convoyes del Atlántico.

\* \* \* \*

Cuando el otoño dio paso al invierno no parecía que hubiera muchos motivos de optimismo en el mar, ni tampoco por tierra ni por aire. El 4 de noviembre el viejo y sabio mariscal de campo Jan Smuts cablegrafió a Churchill desde Sudáfrica en tono notablemente consternado: «Me ha sorprendido cómo se ha intensificado aquí y en otros lugares la impresión de que la guerra va a acabar en un empate, y por lo tanto de manera fatal para nosotros». Muchos americanos tenían la sensación de que los británicos permanecían ociosos detrás del foso que para ellos representaba el canal de la Mancha, esperando a que Estados Unidos corriera a salvarlos. Averell Harriman escribió una carta personal a Churchill desde Washington: «La gente se pregunta por qué no realizan ustedes alguna acción ofensiva. En mi opinión convendría que se hablara más de lo que están ustedes haciendo». El diplomático instaba a que se llevara a cabo en los medios de comunicación una enérgica promoción de la ofensiva de los bombardeos de la RAF, y de los convoyes de la marina real a Rusia. Smuts, por su parte, creía que Rusia iba a ser derrotada, y que Estados Unidos seguía decidido a evitar a toda costa la beligerancia. Esta opinión era compartida por muchos en Londres. El vicejefe de Estado Mayor del ejército británico seguía temiendo una invasión

alemana de Gran Bretaña, y no sabía cómo su bando iba a poder ganar la guerra: «Pase lo que pase en el frente ruso, Hitler sólo podrá ganar definitivamente la guerra mediante la invasión de estas islas... Ojalá tuviéramos nosotros una idea tan clara de cómo podríamos ganarla. De momento nos aferramos bastante vagamente a una mezcla de poblaciones insatisfechas, caída de la moral de la población y de las tropas alemanas, bloqueo y bombardeos nocturnos bastante poco precisos... América... parece ahora más lejos de entrar en la guerra de lo que lo estaba en el pasado mes de abril».

Sin embargo, hay pruebas de que la opinión personal de Churchill estaba decantándose hacia la expectativa de una beligerancia inmediata de Estados Unidos. El 14 de noviembre afirmó ante lord Camrose en el Other Club que esperaba que los americanos entraran pronto en guerra. A Camrose le impresionó aquella manifestación lo suficiente como para escribir a su hijo repitiendo las palabras del primer ministro. El día 19, Churchill dijo a sus invitados en un almuerzo en Downing Street que esperaba llevarse el segundo de cuatro «premios» posibles. El primero era la entrada en la guerra de Estados Unidos sin arrastrar a Japón; el segundo, la transformación de Estados Unidos en aliado, junto con la de Japón en enemigo; el tercero era que ninguno de estos países entrara en la guerra; y el cuarto, que Japón se convirtiera en enemigo y que Estados Unidos permaneciera neutral. Pero a otras personas que estaban al tanto de la información secreta acerca de los

movimientos de los japoneses, las esperanzas del primer ministro les parecían carentes de fundamento.

Churchill se esforzó por dar motivos a los americanos para que modificaran la sensación de pasividad que tenían los británicos. En una reunión informativa con el comodoro lord Louis Mountbatten acerca de su nuevo papel como «asesor jefe» de Operaciones Conjuntas, que se vio traducido muy pronto a mando supremo, el primer ministro dijo: «Debe concentrar usted toda su atención en la ofensiva». Era aquél otro de los períodos en los que se hallaba entusiasmado por un posible ataque contra Noruega, sin tener en cuenta la incontrastable realidad de que su costa se hallaba fuera del alcance de los cazas británicos. Eden expresó a su secretario particular su consternación ante semejantes planes: «A. E. está muy perplejo... Cree, lo mismo que yo, que muchos de los grandiosos proyectos de WSC han acabado en fracaso... un paso en falso —la toma de un atajo equivocado— nos haría retroceder años».

En su búsqueda febril de comandantes agresivos, Churchill no veía con buenos ojos a algunos de los que en aquellos momentos ostentaban el mando. Guardó siempre animosidad hacia el general sir Ronald Adam, ayudante general y uno de los oficiales de Estado Mayor más capacitados, en parte porque había creado la Oficina de Asuntos Corrientes del Ejército, considerada un instrumento de propaganda socialista. Habló de destituir a Tender, comandante en jefe de la Fuerza Aérea del Desierto, que no tardaría en ser reconocido uno de los aviadores más capaces de la guerra. Sir Wilfred Freeman, vicejefe del Estado Mayor del Aire, pidió a Hankey,

siempre descontento, que preguntara lo que haría su jefe, Portal, si Churchill insistía en destituir a Tender. Hankey contestó con su respuesta habitual: dimitir. Freeman afirmó que, en tal caso, también él se quitaría de en medio: «Dijo que no tenía ninguna utilidad para Churchill».

\* \* \* \*

El primer ministro a menudo se sintió oprimido por la mezquindad y la petulancia que creía ver en el Parlamento. El 11 de noviembre de 1941 se enfrentó en la Cámara de los Comunes a una andanada de preguntas y preguntas complementarias: primero sobre las supuestas atrocidades de los italianos en Montenegro, y luego sobre la aparente renuencia del gobierno a permitir que la RAF bombardeara Roma. Al ver que respondía con evasivas, sir Thomas Moore, diputado por Ayr, preguntó: « ¿Piensa realmente, mi honorable amigo, que es prudente proporcionar un escondite a esa rata de Mussolini?». Churchill respondió: «Creo que también lo sería tener confianza en las decisiones del gobierno, cuyo único deseo es infligir el mayor daño posible al enemigo». Otro diputado llamó la atención sobre la escasez de los equipamientos, descrita en el informe de lord Gort, recientemente publicado, acerca de la campaña de 1940 en Francia. Churchill rechazó con brusquedad las peticiones de abrir una investigación. Habría podido indicar que esas cuestiones tenían que ver con la arqueología, no con la marcha actual de la guerra.

Otro diputado solicitó información acerca de la composición exacta del séquito del primer ministro en la entrevista de la bahía de

Placentia, y preguntó «si en vista de que estamos luchando por nuestra existencia, pensaba expulsar de los servicios gubernamentales a todas las personas de educación alemana y de origen alemán». Churchill invitó al autor de la pregunta a ser más explícito. El aludido no quiso hacerlo, pero la Cámara comprendió fácilmente que la pregunta era un ataque contra lord Cherwell. Otros diputados plantearon luego otras preguntas en las que Cherwell era citado por su nombre. El «Profe» era considerado por muchos una influencia perniciosa sobre el primer ministro. Los diputados que no se atrevían a atacar a Churchill personalmente descargaban su frustración sobre sus socios. El primer ministro defendió a Cherwell. Pero detestaba profundamente verse obligado a hacerlo.

En esa misma ocasión, un diputado instó a que se prohibieran las carreras de galgos en días laborables para luchar contra el absentismo en las fábricas y las minas. Otros solicitaron la revisión y modificación de la Norma 18B, en virtud de la cual los extranjeros podían ser detenidos sin juicio. Estas interpelaciones ocuparon doce columnas de las actas de la Cámara, e hicieron que Churchill regresara a Downing Street de un humor de perros. ¿Quién podría culparle por ello? ¡Qué nimias parecían las cuestiones planteadas por los diputados y qué mezquinas las pullitas que acompañaban a sus críticas, comparadas con los grandes asuntos con los que debía bregar a diario! Si la autocompasión por las intrusiones de la democracia es en cierta medida habitual en todos los primeros ministros, tanto en la guerra como en la paz, aquellas quejas



constantes resultaban infinitamente irritantes para el líder de un país que tenía que luchar por su supervivencia contra todo pronóstico.

\* \* \* \*

La mejor noticia que llegó en noviembre fue el lanzamiento de la ofensiva de Auchinleck en el desierto, tantas veces retrasada, la operación «Crusader», que dio comienzo el 18 de noviembre. Churchill pregonó a los cuatro vientos su desarrollo: «Por primera vez los alemanes están probando su propia medicina y están viendo lo amarga que es». El día 20, en la Cámara de los Comunes, describió el ataque en el norte de África en los términos más dramáticos: «Una cosa es segura: que todos los soldados del ejército del imperio británico que participan en él están movidos por un ardiente deseo, reprimido durante mucho tiempo, de entablar combate con el enemigo... Es la primera vez que nos enfrentamos a los alemanes al menos igual de bien armados y equipados que ellos». El primer ministro sabía por Ultra que Auchinleck había lanzado 658 tanques contra los 168 de Rommel, y que la RAF había desplegado 660 aviones frente a los 642 de la Luftwaffe. Sin embargo, durante los primeros días de la operación «Crusader», los británicos sufrieron pérdidas más graves que los alemanes. Churchill seguía abrigando esperanzas en los encarnizados y turbulentos combates del desierto, pero no había el menor indicio de que estuviera produciéndose ningún avance importante. El 23 de noviembre Auchinleck destituyó a Alan Cunningham, al mando del recién creado VIII Ejército, sustituyéndolo por su jefe de Estado

Mayor, Neil Ritchie. Rommel había destruido la carrera de otro general británico. Los alemanes combatían por enésima vez con más dureza, con más rapidez y con más eficacia que los británicos.

Fue entonces cuando se agotó por fin la paciencia de Churchill con su máxima autoridad militar, sir John Dill, jefe del Estado Mayor General del Imperio desde mayo de 1940. Lo malo de Dill era que, como su antecesor, «Tiny» Ironside, sufría de un exceso de realismo. Ese realismo inspiró sucesivamente en uno y en otro un pesimismo respecto a las perspectivas de su país que exasperaba de manera intolerable al primer ministro. Dill estaba harto de la insistencia de Churchill en decidir cualquier cuestión de estrategia por medio de una especie de Juicio de Dios, poniendo a prueba los argumentos del contrario hasta acabar con ellos en interminables reuniones en Downing Street. «Los métodos de Winston a menudo le resultaban repulsivos», escribió Alan Brooke. Dill rechazaba la necesidad de colaborar con los rusos, a los que aborrecía, creía que si Hitler decidía enviar refuerzos a Rommel Oriente Medio se perdería, y temía que descuidar las defensas del Extremo Oriente británico precipitara la catástrofe en caso de que los japoneses atacaran. Dill no puso nunca en duda la grandeza de Churchill como líder nacional, pero lo consideraba absolutamente inepto para la estrategia directa.

Churchill, por su parte, había dicho a John Kennedy muchos meses antes que, a su juicio, a Dill le impresionaba «demasiado la fuerza de voluntad del enemigo». El jefe del Estado Mayor General del Imperio era un hombre muy inteligente y poseía un gran encanto.

Pero, como muchos otros oficiales británicos, carecía de temple para soportar las responsabilidades en una guerra de supervivencia nacional. Churchill dijo a Dill que debía dejar su puesto el 16 de noviembre de 1941, designando en su lugar a sir Alan Brooke, comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa. El cambio causó consternación en las altas esferas. Ello se debió en parte a que, como persona, Dill resultaba del agrado de muchos. Sus compañeros y amigos se dejaron llevar por la funesta simpatía que sienten los británicos por los caballeros agradables, por inadecuados que sean para el cumplimiento de las tareas encomendadas. Dill fue considerado una víctima de la determinación que tenía Churchill de quitar de en medio cualquier disconformidad con su manera de dirigir la guerra. No cabe duda, sin embargo, de que su destitución fue un acierto. No había sido nunca un motor activo, y ahora era un motor apagado.

Su sucesor resultó ser el nombramiento británico más destacado de toda la Segunda Guerra Mundial. Como Dill, Montgomery y Alexander, Brooke era originario de Irlanda del Norte. Tenía cincuenta y ocho años. Poseía unas características a menudo identificadas con el Ulster protestante: dureza, diligencia, intolerancia, compromiso cristiano y una brusquedad que a veces rayaba en la intemperancia. Su agudeza era comparable con su extraordinaria determinación. Apasionado de la observación de las aves, Brooke guardaba su lado más tierno para sus amigos alados, su adorada segunda esposa, Benita, y sus dos hijos. Tenía bastante mala opinión de los hombres, de los soldados y de los aliados,

expresada en los diarios que escribió durante la guerra con un fuerte aderezo de signos de exclamación. Su voz atronadora y sus gafas de montura gruesa intimidaban a los extraños. Brooke se dejaba ver tan poco por el Departamento de Guerra que, según se decía, sabía entrar sólo en dos habitaciones del edificio: su despacho y el lavabo.

Aunque el nuevo jefe del Estado Mayor General del Imperio se dejó encantar a menudo por el ingenio malicioso del primer ministro y nunca dudó de su grandeza, entre Churchill y él no llegó a instaurarse nunca una relación mutua plenamente armónica. Brooke detestaba el egoísmo de los hábitos de trabajo de Churchill, su costumbre de permanecer de pie hasta altas horas de la noche y los vuelos de su fantasía estratégica. Al igual que Dill y Wavell, odiaba la guerra tanto como el primer ministro disfrutaba con ella. Pero mostró una tenacidad y una determinación ante las dificultades y ante las locuras de Churchill de las que carecía Dill. David Margesson, secretario de Estado para la Guerra, decía que Brooke salía adelante gracias a «su capacidad para darse una buena sacudida, igual que hace un perro cuando sale del agua, tras sus desagradables entrevistas con Winston, y... [por] su energía en las discusiones (y su voz áspera)». El nuevo jefe del Estado Mayor General del Imperio era un hombre áspero y despiadado. Esas cualidades lo habilitaban para desempeñar su papel con mucha más eficiencia que Dill, hombre de maneras suaves.

Brooke demostró ser un planificador y un organizador excelente. Nunca llegó a tener la notoriedad pública de Montgomery o

Alexander. No cabría definir al jefe del Estado Mayor General del Imperio y al primer ministro como hermanos en las armas, pero forjaron una sociedad en la dirección de la estrategia británica que, por tormentosa que fuera, resultó extraordinariamente útil para su país. Churchill, a menudo acusado de rodearse de acólitos y de hombres acostumbrados a decir a todo que sí, merece el mayor crédito por nombrar y mantener en su cargo a un jefe del Estado Mayor General del Imperio que, cuando tenía puntos de vista diferentes a los suyos, era capaz de luchar con él hasta el último aliento. El nombramiento de Brooke, justo antes de que se produjera otro punto de inflexión transcendental de la guerra, fue la mejor noticia que pudieron recibir las armas británicas.

\* \* \* \*

Durante los primeros días del mes de diciembre llegó una marea de informaciones de los servicios de inteligencia que revelaban que los japoneses estaban desplegando de nuevo sus fuerzas en el Sureste Asiático. La incertidumbre fue enorme mientras los británicos aguardaban que Tokio revelara sus propósitos. Hasta el último momento se temió que el torbellino nipón pasara por alto a Estados Unidos y sus posesiones. El domingo 7 de diciembre, Churchill se enteró de que Roosevelt se proponía anunciar en el plazo de tres días que consideraría un ataque contra América cualquier agresión contra las posesiones británicas u holandesas en Extremo Oriente. Ese mismo día, a la hora del almuerzo, el embajador estadounidense, «Gil» Winant, era uno de los invitados presentes en Chequers. Churchill afirmó enérgicamente que si los japoneses

atacaban a Estados Unidos, Gran Bretaña declararía la guerra a Japón. Winant dijo que lo comprendía, pues el primer ministro lo había declarado en público. Entonces Churchill le preguntó: «Si nos declaran la guerra a nosotros, ¿les declararían ustedes la guerra a ellos?». Winant respondió: «No puedo contestarle, señor primer ministro. Sólo el Congreso tiene derecho a declarar la guerra, según la Constitución de Estados Unidos». Churchill guardó silencio. Seguía reinando aquel temor terrible de tener que enfrentarse a Japón solos. Entonces, utilizando el máximo encanto dijo: «Vamos con retraso, ¿se da usted cuenta? Lávese usted e iremos a almorzar juntos».

Harriman, que asistió también a la cena esa noche, encontró a Churchill «cansado y deprimido. No encontró nada que decir durante toda la velada y permaneció absorto en sus pensamientos, con las manos apoyadas en la cabeza buena parte del tiempo». Luego escucharon por la radio la noticia del ataque japonés contra Pearl Harbor y todos se miraron con incredulidad unos a otros. Churchill se levantó de un salto y empezó a dar vueltas por la habitación diciendo: « ¡Declararemos la guerra a Japón!». Al cabo de unos minutos Winant y él estaban hablando por teléfono con Roosevelt. Poco después llamó el Almirantazgo comunicando los ataques perpetrados por los japoneses contra Malaca.

Churchill no podía jactarse de que su larga campaña de seducción fuera el motivo de que Estados Unidos entrara en la guerra. Semejante contingencia se había producido sólo a raíz de la agresión de Japón. La política norteamericana de disuasión en

Oriente, reforzada por las sanciones, había inducido a Japón a entrar en combate. Aunque el «día de la infamia» resolvió muchos dilemas e incertidumbres, es muy improbable que Roosevelt viera lo de Pearl Harbor con el mismo entusiasmo que el primer ministro. Los acontecimientos habían producido un resultado que el presidente, por sí solo, tal vez no habría deseado ni provocado durante muchos meses. Lo que es seguro es que Churchill había sembrado unas semillas tan fértiles como sólo él habría podido cultivar, con vistas a una cosecha que ahora se disponía a recoger. Tenía una talla y suscitaba un afecto entre los americanos incomparablemente mayor que la alcanzada por la deficiente actuación de la maquinaria de guerra británica. En los años por venir, su personalidad le permitiría ejercer sobre la política americana una influencia a la que, a pesar de todas sus limitaciones, no habría podido aspirar ningún otro líder británico. Cuando el embajador de Gran Bretaña en Tokio, sir Robert Cragie, envió más tarde un comunicado de despedida, el primer ministro lo censuró severamente por calificar el ataque de Japón en Oriente de «desastre para Gran Bretaña». Todo lo contrario, dijo Churchill, había sido «una bendición... Mayor fortuna no ha tenido nunca el imperio británico». Aquella noche del 7 de diciembre de 1941, Churchill escribió en el borrador de sus memorias: «Saciado y saturado de emociones y sensaciones, me acosté y dormí el sueño de los que han sido salvados y están agradecidos. Esperemos que el sueño eterno sea como éste».

## **Capítulo 8**

### **Una visión de Arcadia**

De Gaulle comentó después de lo de Pearl Harbor: «Bueno, esta guerra ha acabado. Por supuesto, todavía nos esperan operaciones, batallas y enfrentamientos; pero... el resultado ya es evidente. En esta guerra industrial, nada puede interponerse a la industria americana. A partir de ahora, los británicos no moverán un dedo sin el beneplácito de Roosevelt». El presidente estadounidense dijo a Churchill: «Hoy todos nosotros estamos en un mismo barco con ustedes y los pueblos del imperio, y es un barco que no será ni puede ser hundido». A diferencia de las manifestaciones churchillianas de comienzos de la guerra, fruto de una fe ciega, las palabras de Roosevelt se basaban en las realidades del poder.

Harold Nicolson escribió el 11 de diciembre: «Con América en la guerra, simplemente no podemos perder. Pero qué curioso que este gran acontecimiento pase a nuestros anales y se reciba aquí sin júbilo alguno. Nos habríamos vuelto locos de alegría si se hubiera producido hace un año... En todo Londres no ondea ni una bandera americana. ¡Qué extraños somos!». La explicación la encontramos en parte en las palabras de Vere Hodgson, que trabajaba en una sociedad benéfica londinense. Como muchos de sus compatriotas, pensaba que lo ocurrido en Pearl Harbor había servido de lección a los americanos: «No es que desee que bombardeen a nadie, pero una pequeña sacudida no está de más para los que se quedan contemplando el sufrimiento de otros con absoluta ecuanimidad...



Pobre gente la de esas islas de ensueño, de sol y de zumos de fruta. Menudo domingo por la tarde que les tocó pasar... Supongo que el coronel Lindbergh se habrá encerrado en un cuarto con las persianas bajadas... para que no se sepa nada de él».

Un informe del Servicio de Inteligencia Nacional decía: «Si bien la población civil está dispuesta a hacer todos los sacrificios necesarios para ayudar a Rusia... no ocurre lo mismo cuando se habla de Estados Unidos... América es “extraordinariamente riquísima”... La mentalidad de los americanos se parece mucho a la de los mercenarios; y... las privaciones y los sufrimientos de la guerra “les vendrán muy bien”». Unos pocos británicos se sintieron dispuestos a dar las gracias a los americanos por haber entrado en la guerra con retraso, no por propia elección o por sus principios, sino porque se vieron obligados. Algunos temían que la participación de Estados Unidos en el conflicto armado redujera el flujo de suministros a Gran Bretaña y Rusia. Le tocaría al primer ministro abrir los brazos para dar ese abrazo transatlántico que muchos de sus compatriotas tuvieron la ridiculez de no querer dar.

\* \* \* \*

Los días siguientes al ataque a Pearl Harbor, las noticias de la guerra que llegaban a Churchill desde todos los rincones del mundo, con la excepción de Malaca, supusieron un pequeño respiro. A la marina real le iba mejor en su duelo con los submarinos de Hitler. Auchinleck seguía informando con optimismo sobre el desarrollo de la operación «Crusader» en el desierto. «Considérese que se han vuelto las tornas», comunicaba desde El

Cairo el 9 de diciembre, para añadir dos días después: «Les pisamos los talones y vamos a por ellos». Moscú, Leningrado y los yacimientos petrolíferos de Bakú seguían en manos de los rusos. El 8 de diciembre Churchill dijo ante la Cámara de los Comunes: «Al menos cuatro quintas partes de la población del planeta están de nuestro lado. Somos responsables de su seguridad y de su futuro. En el pasado teníamos una luz que parpadeaba, en el presente tenemos una luz que brilla, y en el futuro habrá una luz resplandeciente en todas las tierras y en todos los mares».

El 10 de diciembre llegaron muy malas noticias: la destrucción del *Prince of Wales* y del *Repulse* por un ataque aéreo de los japoneses frente a las costas de Malaca. Churchill estaba aturdido. La utilización de estos navíos era consecuencia de una decisión personal suya, y su pérdida lo señalaba con el dedo, acusándolo de tener una fe equivocada en los «castillos de acero» en medio de unos océanos dominados ahora por el poder aéreo y los submarinos. A menudo se indica que el destino de estas importantes naves lo selló la ausencia del portaaviones *Indomitable*, que por culpa de un accidente no pudo unirse a la escuadra de combate. Pero vistas las deficiencias que tenían el Brazo Aéreo de la Armada británica y sus cazas, lo más plausible es que si el *Indomitable* se hubiera encontrado frente a las costas de Malaca, como habían planeado Churchill y el Almirantazgo, habría acabado en el fondo del mar junto con el *Prince of Wales* y el *Repulse*.

Pero hasta ese duro golpe era soportable en un nuevo contexto determinado por la beligerancia de los americanos. El 11 de

diciembre, Alemania e Italia despejaron una importantísima duda, que parecía no desvanecerse nunca, cuando declararon la guerra a Estados Unidos. Al día siguiente, Churchill mandó un cablegrama a Eden, que iba camino de Moscú: «La entrada de Estados Unidos modifica la situación de todos, y con tiempo y paciencia nos dará la victoria segura». También se produjeron algunos contratiempos, aunque de importancia limitada. Washington se vería obligada a reducir el envío de armamento para poder satisfacer las necesidades de sus propias fuerzas armadas. Diez escuadrones de la RAF que se dirigían a Persia para apoyar el frente sur de Stalin tuvieron que ser desviados a Extremo Oriente. Pero se trataba de simples inconvenientes derivados de la nueva y brillante perspectiva que suponía la entrada en juego del poderío americano.

La principal prioridad del primer ministro era encontrarse cara a cara con Roosevelt y sus altos mandos militares, con el fin de sentar las bases de la alianza que se había creado por los acontecimientos, pero que no había sido ratificada por un tratado oficial. A partir de este momento, las relaciones de británicos y americanos se caracterizarían por acuerdos formales sobre cuestiones materiales, principalmente relacionadas con el programa de Préstamo y Arriendo, pero ante todo se regirían por la sintonía, o la ausencia de ella, entre los líderes de las dos naciones y sus jefes de Estado Mayor. Cuando Churchill propuso efectuar inmediatamente una visita a Washington, Roosevelt le dio largas. Por motivos de seguridad sugirió celebrar una conferencia en las Bermudas, a la que dijo que antes del 7 de enero de 1942 no podría asistir. En

realidad, al presidente estadounidense le preocupaba tener que dejar espacio en la Casa Blanca para la arrolladora personalidad del primer ministro de Gran Bretaña y el torrente de retórica con el que sin duda éste estaba dispuesto a obsequiar al pueblo americano. No obstante, ante la impaciencia de Churchill, Roosevelt al final accedió a que visitara Washington antes de la Navidad.

Mientras preparaba su viaje, el primer ministro tuvo que atender un montón de asuntos de último minuto. Mandó un cablegrama a Eden, diciéndole que, si bien era deseable que Rusia declarara la guerra a Japón, no había que presionar demasiado a Stalin en este sentido, «considerando lo poco que hemos podido contribuir» al esfuerzo de guerra de los soviéticos. Sin embargo, también dijo al Secretario de Asuntos Exteriores que en ningún caso debía parecer dispuesto a satisfacer las exigencias de Moscú de que se reconocieran las fronteras que los rusos habían establecido con Hitler, anexionándose Polonia oriental y los estados del Báltico. Una acción semejante no sólo iría contra todos los principios, sino que también dejaría perplejos a los americanos, que por aquel entonces eran mucho más reacios que los británicos a las ambiciones territoriales de Stalin. Por otro lado, el primer ministro pidió a Attlee que no llevara a cabo la temida reducción de las raciones de comida asignadas al pueblo británico: «Todos estamos juntos en lo mismo, y [los americanos] comen mejor que nosotros». Reducir los suministros habría oído a pánico, añadió. La mañana del 13 de diciembre telefoneó a Ismay desde Gourock, a orillas del Clyde, instándole a enviar a Extremo Oriente a la mayor brevedad posible

«todo lo que pudiera tener utilidad en un combate». Luego, con su séquito de ochenta individuos, entre los que se encontraban Beaverbrook y los jefes de Estado Mayor (Dill seguía representando al ejército de tierra, y Brooke estaba al frente del Departamento de Guerra), subió a bordo del *Duke of York*, un gran acorazado hermano del desaparecido *Prince of Wales*.

La travesía fue horrorosa. Un día tras otro, el *Duke of York* surcó las aguas de un océano embravecido, con olas gigantescas como montañas que lo hacía cabecear y balancearse. Max Beaverbrook, que en parte había sido invitado para hacer compañía al «viejo» y en parte porque se suponía que gozaba de popularidad entre los americanos, exclamó jadeando que lo estaban llevando por el Atlántico en «un submarino camuflado de acorazado». Churchill fue prácticamente el único pasajero que no se mareó. El malestar de Patrick Kinna, su taquígrafo personal, se vio agravado por el humo del puro que inundaba el camarote del primer ministro, situado en la zona superior de la superestructura. Una marea de malas noticias sorprendió al grupo en alta mar. Los japoneses habían desembarcado en el norte de Borneo el 17 de diciembre y, por si fuera poco, en la isla de Hong Kong al día siguiente. El día 15 Churchill había dado instrucciones a los jefes de Estado Mayor, haciendo hincapié en la necesidad vital de conservar Singapur: «No hay nada que pueda compararse con la importancia de esta fortaleza». Sin preocuparse por los continuos balanceos del buque de guerra sacudido por la tempestad, dictó una sucesión de

interminables memorándum, en los que exponía su punto de vista acerca de lo que estaba por venir.

Gran Bretaña y Estados Unidos deben seguir abasteciendo a Rusia, decía, pues sólo así «conservaremos nuestra influencia sobre Stalin y podremos incluir el formidable esfuerzo de los rusos en el marco colectivo de la guerra». Proponía el envío al norte de Irlanda de tropas americanas para que sirvieran de elemento disuasorio a posibles desembarcos enemigos. Decía que en 1943 Gran Bretaña iba a estar «más preparada que nunca para frenar una invasión». La posibilidad de que los alemanes se lanzaran sobre las islas británicas seguía presente en sus cálculos. Si Rusia caía, como aún parecía probable, los nazis podían centrar de nuevo su atención en el oeste de Europa. Hitler tenía que darse cuenta de la necesidad de completar la conquista del viejo continente antes de que se produjera la movilización total de los americanos. Churchill sugería el despliegue en Gran Bretaña de bombarderos estadounidenses que se unieran a la gran ofensiva aérea programada contra Alemania. Esperaba que la defensa de Singapur resistiera al menos seis meses.

Interrumpió su dictado para decir a Kinna que mandara callar a unos marineros que había fuera y no paraban de lanzar silbidos. No sólo lo distraían, sino que lo consideraba una vulgaridad insufrible (en cierta ocasión dijo que su fobia a los silbidos era el único rasgo que compartía con Hitler). Kinna obedeció y salió afuera, pero le daba bastante miedo la reacción que pudieran tener aquellos inoportunos marineros, que, de repente, se callaron de manera

espontánea. Sin reparar en el mar embravecido del exterior y en el constante cabeceo del gran navío, Churchill volvió a la redacción de su *tour d'horizon*. Quería que en 1942 los americanos desembarcaran en el norte de África francés. Para el año siguiente preveía lanzar diversos ataques ante posibles cambios en Sicilia, Italia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, el sector francés del canal de la Mancha o costas del Atlántico y tal vez los Balcanes. En sus memorándum incluyó algunos vaticinios bastante disparatados, como, por ejemplo, el pronóstico de que, cuando llegara el momento de invadir el continente, «la sublevación de las poblaciones locales, para las que habrá que llevar armamento, se convertirá en el elemento fundamental de la ofensiva libertadora». Pero también puso de manifiesto su intuición e imaginación al prever la creación de portaaviones improvisados, que efectivamente desempeñarían más adelante un papel decisivo en la guerra. Por último recomendaba encarecidamente un ataque aéreo contra Japón con la ayuda de portaaviones.

El 21 de diciembre escribió una larga misiva a Clementine: «No sé ni cómo ni cuándo regresaré. Es evidente que, con lo que ha costado llegar hasta aquí, ahora debo quedarme el tiempo suficiente para hacer todo lo que hay que hacer». Le decía que no tenía paciencia alguna con los que acusaban a Gran Bretaña de falta de prevención en Extremo Oriente: «No es de buenos observadores decir “¿Por qué no estábamos preparados?”, cuando todo lo que teníamos ya había sido asignado a un cometido». En esto tenía toda la razón. Los que, como Dill, habían insistido en reforzar Malaca a expensas de

Oriente Medio, se equivocaron de pleno. Habría sido absurdo trasladar unos aviones, unos tanques y a unos soldados absolutamente imprescindibles, simplemente para contrarrestar una supuesta amenaza en Extremo Oriente, a expensas de perder probablemente Egipto en beneficio de un enemigo que ya estaba a sus puertas. Es difícil imaginar en el otoño de 1941 algún tipo de reorganización de los recursos británicos disponibles que hubiera podido evitar el desastre. Era tanta la precariedad del liderazgo, de la preparación, de la táctica, del apoyo aéreo y de la disposición de los británicos en Malaca y Birmania, que los japoneses nunca dudaron de su victoria.

La mala mar dio lugar a retrasos que hicieron que la travesía del *Duke of York* pareciera interminable a sus pasajeros. Churchill se exasperó ante aquella pérdida de tiempo, pero tuvo que reconocer que no podía luchar contra los elementos. El viaje, que debía haber sido de cinco días, se alargó a nueve, y luego a diez. Los jefes de Estado Mayor prepararon sus comentarios sobre los largos memorándum estratégicos elaborados por Churchill, que fueron estudiados en una serie de reuniones presididas por el primer ministro. Se opusieron rotundamente a la creación del gran «segundo frente» de Europa en 1943. Alemania, insistieron, debía ser primero debilitada mediante intensos y prolongados bombardeos. Hicieron hincapié en que había que darse cuenta de un hecho: «los japoneses podrán campar por sus respetos en el oeste del Pacífico» mientras no se acabe con Alemania e Italia. Churchill, que atravesaba uno de sus ataques periódicos de



escepticismo respecto a los bombardeos, se mostró reacio a todas las manifestaciones de fe excesiva en su potencial. Les advirtió que no cabía esperar que los americanos se tomaran a la ligera los avances de los japoneses en el Pacífico, como sugerían los altos mandos militares. Recalcó que era esencial fomentar una visión agresiva, en vez de limitarse a promover medidas para contrarrestar el avance de las fuerzas del Eje. Eran sabias palabras.

El día 22 de diciembre el *Duke of York* llegó por fin a Hampton Roads. La comitiva británica desembarcó. Churchill y su personal más allegado tomaron un avión que en poco tiempo los trasladó a Washington. Ya anochecía, y todos se pusieron a mirar por las ventanillas, fascinados por las vibrantes luces de la capital estadounidense, recordando la penumbra de Londres con sus casas a oscuras. El primer ministro fue recibido en el aeropuerto por Franklin Roosevelt, de quien sería huésped durante las tres semanas siguientes. Aunque aquella estancia fue un período de gran tensión para la delegación británica, también lo fue de inmensa felicidad para Churchill. ¿Quién podía decir que no se la merecía, después de todo lo que había tenido que soportar durante los dieciocho meses anteriores? Esa primera conferencia angloamericana recibió el nombre de Arcadia, paraíso de pastores de la antigua Grecia. Y, a ojos del primer ministro, Washington era efectivamente un lugar paradisíaco. Una vez instalado en la Casa Blanca, Churchill escribió entusiasmado a Clementine: «Todo es estupendo; y mis planes se aceptan. La amplitud de miras de los americanos es fantástica».

Desde su primera reunión con Roosevelt, el primer ministro hizo hincapié en la posible caída de Marruecos en manos de Hitler y, por lo tanto, en la necesidad de que las fuerzas aliadas lo impidieran. Habló de los acorazados franceses *Jean-Bart* y *Richelieu*, que se encontraban en el norte de África, calificándolos de «verdaderos trofeos»; pero aquí fue menos convincente. Le pareció que el mundo se le caía encima cuando Dill comentó que la falta de embarcaciones probablemente imposibilitara el traslado en 1942 de un ejército americano al otro lado del Atlántico, y de inmediato cortó ese tema. Los dos líderes nacionales y sus jefes de Estado Mayor analizaron la posible creación de un comité de guerra en el que estuvieran representados todos los aliados y las antiguas colonias británicas, pero descartaron la idea. Se acordó que, aunque las antiguas colonias debían ser consultadas, todas las directrices tenían que decidirlas los Tres Grandes. Esta decisión fue inevitable, pero sembró la simiente del futuro descontento de los países del imperio británico, sobre todo Australia.

\* \* \* \*

Durante su estancia en Washington, Churchill recibió la noticia de que los acorazados *Valiant* y *Queen Elizabeth* habían quedado inutilizados tras sufrir el ataque de torpedos humanos italianos en el puerto de Alejandría, y que habían perdido dos cruceros en alta mar. Se puso hecho una furia cuando se enteró de que su vice primer ministro había informado a los australianos y a los canadienses del drástico debilitamiento de la flota del Mediterráneo. «Lamento terriblemente que esta importantísima información

secreta haya salido a la luz de esta manera», dijo en un cablegrama a Attlee. «Nosotros no pasamos nuestra información más secreta a las antiguas colonias».

Los jefes del Estado Mayor de los dos países se reunieron en doce ocasiones. Para alivio de Churchill y su delegación, las autoridades estadounidenses confirmaron inmediatamente la conclusión a la que se había llegado en anteriores conversaciones del Estado Mayor angloamericano para establecer prioridades básicas: los aliados debían seguir la política de «Primero Alemania». En muchas ocasiones no se tiene debidamente en cuenta hasta qué punto las decisiones tomadas por los aliados para el año 1942 se vieron determinadas por imperativos navales. Conmocionados, durante las semanas siguientes al ataque de Pearl Harbour, los británicos fueron enterándose de los pocos barcos con los que se iba a poder contar el próximo año, antes de que madurara el colosal proyecto de construcción de buques de carga de la «clase Liberty». Para sobrevivir, Gran Bretaña necesitaba importar treinta millones de toneladas de suministros, que debían cruzar el Atlántico a bordo de barcos mercantes cuyo número se había visto gravemente reducido a causa de los hundimientos.

Con aquella limitada capacidad disponible, era mucho más lógico que las acciones de los americanos tuvieran por objetivo a los alemanes, mediante el suministro de material y alimentos a Rusia y el despliegue de sus fuerzas en el oeste de Europa, en lugar de los japoneses en el Pacífico. Debido a las distancias, la guerra en Asia requería un esfuerzo logístico naval tres o cuatro veces superior a la

guerra en Europa. Un barco mercante sólo podía realizar tres travesías de ida y vuelta al año al teatro del Pacífico. Así pues, la estrategia de «Alemania primero» no sólo era la estrategia lógica, sino también una necesidad logística. Pero, debido a la mayor animosidad popular contra Japón reinante en Estados Unidos, no podía darse por hecho que ésa fuera a ser la estrategia a seguir. Harold Macmillan haría más tarde la siguiente observación a propósito del primer ministro: «Nadie más que él (y después de hacer gala de una paciencia enorme y un talento extraordinario) habría podido inducir con tanta maña a los americanos a entrar en la guerra de Europa». Es evidente que se trata de una exageración. Pero lo que sí es cierto es que el compromiso de los americanos con el conflicto en Europa occidental supuso sin lugar a dudas un triunfo diplomático para Gran Bretaña.

El día que Roosevelt presentó al primer ministro a una multitud de periodistas americanos, Churchill tuvo un gesto que desató entre ellos vítores y aplausos de entusiasmo: se subió a una silla para que pudieran verlo mejor. Cuando le preguntaron si era cierto que en Singapur estaba la clave de la guerra en Extremo Oriente, esquivó astutamente el tema: «La clave de toda la situación está en la manera resuelta con que las democracias británica y americana van a afrontar el conflicto». ¿Cuánto iba a durar la guerra? «Si hacemos las cosas bien, durará sólo la mitad de tiempo que si las hiciéramos mal». Su euforia era mayor debido a las optimistas noticias de Auchinleck acerca de los progresos de la operación «Crusader» en el norte de África.

El día de Nochebuena, de pie junto a Roosevelt en el balcón mientras las luces del árbol de Navidad de la Casa Blanca se encendían ante una gran multitud, Churchill pronunció las siguientes palabras: «No puedo sentirme un extraño aquí, en lo que es el corazón y la cima de Estados Unidos de América. Percibo una sensación de unión y fraternidad que, añadida a la amabilidad del recibimiento que me habéis dispensado, me convence de que tengo el derecho de compartir vuestro júbilo navideño... ¡Que los niños tengan su noche de diversión y jolgorio! ¡Que los regalos de Papá Noel deleiten sus juegos! ¡Que nosotros los adultos compartamos plenamente su incansable gozo antes de volver a nuestra ardua tarea y que los años formidables que están por venir tiendan, con nuestro sacrificio y nuestro amor, a impedir que a estos mismos niños se les robe su legado o se les prive de su derecho a vivir en un mundo libre y honrado!». Tras la aparición pública en el balcón de la Casa Blanca desde el que se habían retransmitido sus palabras, el pulso de Churchill se disparó: «Todo ha sido muy conmovedor». Aquella misma noche también tuvo que superar a solas su consternación: le llegó la noticia de la caída de Hong Kong.

Durante la cena Roosevelt, en consonancia con la cortesía por cortesía y broma por broma del primer ministro, le echó en cara haber luchado en el bando equivocado en la guerra de los bóers. Cuando le preguntaron acerca de la calidad de los alimentos suministrados a Gran Bretaña por Estados Unidos, Churchill se quejó: «Demasiados huevos en polvo». Envío un cablegrama a Auchinleck pidiéndole que, como parecía que la campaña del

desierto iba muy bien, permitiera el traslado a Extremo Oriente de una brigada de vehículos blindados y de cuatro escuadrones de la RAF. El día de Navidad, a última hora de la tarde, dejó al resto del grupo presidencial viendo una película, y se dirigió hacia las escaleras mientras murmuraba algo sobre «hacer los deberes». Estaba componiendo el discurso que iba a pronunciar al día siguiente en el Congreso de Estados Unidos.

Hope Ridings Miller, periodista del *Washington Post* escribió: «En los despachos de los senadores... los teléfonos no paraban de sonar. Eran amigos que llamaban para preguntar si había alguna manera, algún modo o podía hacerse algo para conseguir entradas para el mejor espectáculo de la temporada». A última hora de la mañana, Churchill, luciendo una pajarita azul a topos, entraba en la sala del Congreso. Sin dejar de sonreír, se puso unos anteojos e intentó controlar las lágrimas que con tanta frecuencia asomaban por sus ojos en los momentos dramáticos. El congresista Frank McNaughton vio a «un hombre de corta estatura granítico y rechoncho... grueso, de espaldas anchas, mandíbula cuadrada, con la coronilla calva y algunos cabellos grises que caían desordenados». Con las manos apoyadas en la cintura, Churchill empezó a dirigirse a la audiencia situada tras un enorme montón de micrófonos. «Sonriente, saludando y como si estuviera en su casa», escribió Miller, «el primer ministro se ruborizó un poco cuando la ovación con la que fue recibido comenzó a subir de intensidad y de entusiasmo hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Comparado con esa demostración, el tono con el que empezó a

pronunciar su discurso resultaba tan bajo que los que nos encontrábamos en la tribuna de prensa tuvimos dificultades para entender todas sus primeras frases... Actor consumado, que mide cuidadosamente su discurso para que todas las palabras, todas las sílabas, reciban el énfasis preciso que deben tener, el señor Churchill también sabe detenerse en el momento adecuado para recibir una ovación...».

Consciente de que a los americanos, y especialmente a sus legisladores, les preocupaba sobremanera que Gran Bretaña se convirtiera en una carga, no habló nada de esa dependencia, por real que fuera. En cambio, habló de asociación, de fatigas compartidas. Sacó a la luz sus propios orígenes norteamericanos: «Siempre recordaré cómo todos los 4 de julio mi madre ondeaba una bandera americana ante mis ojos». Y llegó a su peroración: «Por último, si se me permite, quiero decir que para mí la mejor noticia es que Estados Unidos, unidos como nunca, ha empuñado la espada por la causa de la libertad, y ha desechado la vaina». Acababa de desenvainar un sable imaginario, blandiéndolo desde lo alto. A continuación ocupó su asiento y pudo sudar en paz.

Como si fueran un solo hombre, todos los asistentes se pusieron en pie. Sus aplausos eran atronadores; al final, haciendo un pequeño saludo, Churchill abandonó la tribuna. Hope Ridings Miller informó: «Nunca he visto al Congreso tan entusiasmado, y algunos diplomáticos, que habitualmente aplauden con desgana en una asamblea conjunta, para evitar que se malinterprete cualquiera de sus gestos, batieron las palmas con más fuerza y durante más

tiempo que nadie». Harold Ickes, secretario de Interior, dijo de él que era «el mejor orador del mundo... Dudo que otro británico pudiera subir a ese estrado y causar tanta impresión como Churchill». Acababa de dar la una del mediodía. El primer ministro, mientras se servía un whisky en el despacho del secretario del Senado, hizo el siguiente comentario a Charles Wilson, su médico privado: «Me acabo de sacar un gran peso del pecho». En el curso del almuerzo informal que se celebró después del discurso, dijo a los congresistas: «El pueblo americano nunca sabrá lo agradecidos que estamos por el envío de un millón de fusiles después de lo de Dunkerque. Significó nuestra vida y nuestra salvación». Aunque fueran en ademán de halago, estas palabras vinieron a difundir una leyenda apreciada por los americanos. Aquella noche Wilson tuvo un gran sobresalto cuando se enteró de que Churchill había sufrido una angina de pecho. Pero no podía hacerse nada; era imposible efectuar cambio alguno en lo ya programado. Si el mundo veía flaquear al viejo líder de guerra británico, se habría producido una verdadera catástrofe política.

\* \* \* \*

Churchill utilizó el tren privado de Roosevelt para viajar hasta Ottawa y pronunciar un discurso en el Parlamento canadiense, donde volvió a cosechar un gran éxito. De regreso en la Casa Blanca, escribió pletórico de felicidad a Attlee: «Aquí vivimos como si fuéramos una gran familia, en absoluta intimidad y sin formalidades». De sus labios salían comentarios y frases incomparables, incluso en las circunstancias más banales. En el



almuerzo de Año Nuevo celebrado en la Casa Blanca, cuando se sirvió picadillo con huevos escalfados, el huevo en cuestión resbaló del montón de carne. El primer ministro volvió a colocarlo encima del picadillo y, mirando a su anfitrión, exclamó: «Pongámoslo en su trono». Por fortuna, la conversación fue sumamente animada, pues la cocina de la Casa Blanca en tiempos de Roosevelt tenía fama de malísima. Después de comer, en su cuarto de estar privado, Eleanor Roosevelt y su secretaria, Malvina Thompson, cambiaron impresiones acerca de los dos líderes con otro huésped, Joseph Lash, amigo y confidente de la primera dama. Lash dijo que el primer ministro tenía un temperamento más brillante, pero que el presidente era un hombre más serio y sensato en tiempos de crisis. «“Tommy” aplaudió y dijo que la señora Roosevelt y ella eran de la misma opinión. Ambas creían que el presidente era más realista. No era tan brillante, pero probablemente fuera el que mejor sabía qué decisión había que tomar en cada momento. El presidente también daba la sensación de que sabía controlarse mejor, de que nunca perdía la compostura».

Resulta sorprendente comprobar cuántos colaboradores de Roosevelt claudicaban ante su grandeza, pero desaprobaban su personalidad. El diplomático Charles Bohlen, por ejemplo, comentaría que, a pesar de su aparente falta de formalismos, al presidente «le rodeaba siempre el aura de su cargo». Si los estallidos de mal genio de Churchill incomodaban a veces a los colegas del primer ministro británico, la tibia afabilidad de Roosevelt, su reticencia a mostrar enfado y, de hecho, cualquier tipo de

sentimiento sincero, intranquilizaba a los colaboradores del presidente americano. Allí donde Churchill buscaba claridad de decisión poniendo sus pensamientos por escrito, Roosevelt prefería trabajar y llegar a acuerdos utilizando la palabra hablada. No escatimó ni un minuto a las reuniones de su gabinete. Este modo de hacer las cosas dio lugar a numerosas confusiones, tanto en cuestiones relacionadas con la guerra como en otras de política interior. El presidente estadounidense se jactaba de su poder de persuasión, y había elevado a la categoría de arte su habilidad para conseguir que todos sus interlocutores se despidieran de él convencidos de que habían logrado lo que querían. A Churchill y a Roosevelt se les acusó en repetidas ocasiones de haber traicionado a los de su clase social, pero el norteamericano fue un político sumamente sagaz y experimentado. De Gaulle lo describió como «un demócrata patricio cuyo gesto más pequeño está cuidadosamente estudiado».

En tono condescendiente, pero también con algo de razón, Halifax escribió el siguiente comentario a propósito de las reuniones que mantenía Churchill en la Casa Blanca con los jefes de Estado Mayor a última hora de la noche: «Los métodos de Winston, como bien sé desde hace tiempo, son agotadores para quien no esté acostumbrado a trabajar de esa manera; discursos llenos de divagaciones, en los que uno va saltando como un ave acuática de una piedra a otra hacia donde le lleve la corriente. Estoy convencido de que las críticas que recibe se deben exclusivamente a su abrumador egocentrismo, que, junto con su capacidad de

imaginación, lo hacen indiferente a los sentimientos de otras personas». Algunos estrechos colaboradores de Roosevelt quedaron sorprendidos ante la continua obsesión de Churchill por la guerra. El inquilino de la Casa Blanca, en cambio, se veía obligado a dedicar buena parte de sus energías a los asuntos internos de la nación y a dirigir el Congreso. «La diferencia existente entre el presidente y el primer ministro», escribió su secretario, William Hassett, «es que el primer ministro no tiene otra cosa en la cabeza más que la guerra, mientras que el presidente también debe controlar el gobierno de Estados Unidos».

Churchill sentía que podía tener más confianza en los órganos legislativos de su país que Roosevelt en los del suyo. Pero, aunque a los americanos les pareciera que el gobierno de Gran Bretaña estaba dominado completamente por Churchill, los británicos se sentían justamente orgullosos de la efectividad de su aparato burocrático. El equipo de Churchill quedó perplejo ante la manera singular con la que los americanos parecían gobernar su país. En opinión de Ian Jacob, el Despacho Oval era «una de las salas más desordenadas que he visto en mi vida. Está llena de trastos. Paquetes a medio abrir, souvenirs, libros, papeles, baratijas y todo tipo de artículos varios se amontonan por todos los rincones, encima de las mesas, de las sillas y en el suelo. Sobre su escritorio hay pilas de papeles; y junto a su silla tiene una especie de librería también repleta de libros, papeles y todo tipo de cachivaches amontonados de cualquier manera. Una mujer o un hombre ordenado se volvería loco ante semejante espectáculo».

A *Fala*, el célebre perro de FDR, hubo que sacarlo de la sala de reuniones cuando se puso a lanzar furiosos ladridos durante una de las arengas de Churchill.

Con aristocrático desdén, Cadogan preguntó a Halifax: « ¿Cómo puede esta gente salir adelante?». No estaban en absoluto impresionados por la imagen de Roosevelt como caudillo en tiempos de guerra. Jacob escribió: «En cuestiones militares, es como un niño al lado del primer ministro, y es evidente que no sabe muy bien lo que puede y no puede hacerse... A nuestros ojos, el aparato americano de gobierno parece irremediablemente desorganizado... En primer lugar deberán salvar el abismo existente entre su ejército de tierra y su armada antes de que puedan trabajar con nosotros como un verdadero equipo». De haber leído estas palabras algún alto cargo americano, habría respondido que era muy gracioso que un soldado británico dispensara semejante trato de condescendencia a Estados Unidos y a sus fuerzas armadas, cuando desde 1939 Gran Bretaña prácticamente sólo había podido anotarse un fracaso tras otro en el campo de batalla, y su supervivencia económica dependía de la magnanimidad de los americanos. Las críticas a los métodos de trabajo de Roosevelt podían estar fundadas, pero pasaban por alto la incalculable riqueza y los logros alcanzados por Estados Unidos de América.

En los años que estaban por venir, los británicos subestimarían una y otra vez las capacidades de Estados Unidos y, al manifestar semejante opinión, alimentarían el resentimiento entre los americanos. No supieron, por ejemplo, reconocer la fuerza del

compromiso personal de Roosevelt con el envío de víveres y material a Rusia. Del mismo modo que Churchill y Beaverbrook tuvieron que enfrentarse en Gran Bretaña a una férrea oposición por este asunto, el presidente estadounidense se vio obligado a acallar las voces críticas que, desde los niveles más altos del escalafón de las fuerzas armadas, desde el Congreso y desde los medios de comunicación, se oponían ferozmente a entregar a Stalin cheques en blanco a cuenta del Tesoro de Estados Unidos de América. Al igual que Churchill, Roosevelt impuso a sus consejeros militares su determinación de apoyar a Rusia en la guerra. Aunque los envíos de suministros americanos, al igual que los británicos, distaran mucho de lo prometido, sin el formidable ejercicio de autoridad del presidente estadounidense se le habrían negado a la Unión Soviética los alimentos, el material, los vehículos y el equipamiento que con tanta urgencia necesitaba para su esfuerzo de guerra.

\* \* \* \*

En Washington los aliados acordaron aumentar considerablemente la producción de armas americanas (Beaverbrook hizo una utilísima contribución en este sentido al requerir a Roosevelt que hiciera viable este proyecto). Pasarían más de dos años antes de que los resultados de este compromiso fueran visibles en el campo de batalla. A los americanos, incluido George Marshall, les costaba comprender que inevitablemente transcurriría bastante tiempo desde la toma de decisiones relacionadas con el armamento y la puesta en marcha contra el enemigo de la enorme máquina de guerra que habían concebido. Pero es evidente que en Arcadia se dio

un importante primer paso. El 5 de enero de 1942 Churchill voló hasta Florida para pasar allí cinco días de trabajo, asueto y sol. Revisó los documentos sobre estrategias que había preparado durante el viaje de ida desde Gran Bretaña. Frente a la lógica determinación de los jefes de Estado Mayor norteamericanos de ir a por el ejército alemán, se comprometió a llevar a cabo «grandes operaciones ofensivas» en Europa en 1943, a pesar, incluso, de que las noticias que llegaban del frente volvían a ser aciagas. Rommel había conseguido sacar siete divisiones alemanas e italianas de la batalla en el desierto, y estaba reorganizándose en Tripolitania. Los japoneses habían entrado en la península de Malaca, y avanzaban inexorablemente hacia el sur, por lo que Singapur era cada vez más vulnerable a una invasión. Un gran número de refuerzos se dirigía a toda prisa a «la fortaleza», como Churchill, totalmente equivocado, llamaba a la isla.

Luego, el primer ministro pasó unos cuantos días más con Roosevelt. «Me dicen que he hecho un buen trabajo aquí», comentó a Bernard Baruch. El financiero respondió: «Usted ha trabajado al cien por cien. Pero ahora tiene que largarse de aquí». El huésped estaba a punto de hartar a su anfitrión. El presidente ya estaba aburrido de las feroces y excesivas disputas en las que se enzarzaban el primer ministro y Beaverbrook. Aunque nunca perdiera la confianza en el mayor poderío de la nación que gobernaba, a Roosevelt comenzaba a resultarle agotador vivir soportando la presencia rimbombante del británico. La marcha de sus invitados supuso un alivio para él. Churchill escribiría en sus

memorias: «Había llegado el momento de abandonar la hospitalaria y estimulante atmósfera de la Casa Blanca y de la nación americana, erguida y furiosa contra tiranos y agresores. No se vislumbraba que tuviera que regresar». Sabía perfectamente con qué desesperación el pueblo británico iba a recibir la marea de malas noticias de Extremo Oriente que estaban por venir.

El presidente dijo al primer ministro en el momento de su partida: «Confíe en mí hasta el final». Luego Churchill subió a bordo del avión que lo trasladaría a Inglaterra, uno de los hidrocanoas Boeing Clipper adquiridos a los americanos el año anterior. Este aparato aéreo volaba bajo y a poca velocidad, pero ofrecía a sus pasajeros unos niveles de confort estupendos y servicio de cocina. La cena, servida después de sobrevolar las Bermudas, consistió en un consomé, un cóctel de gambas, medallones de solomillo de buey con hortalizas frescas, dulces, postre, café, champán y licores. Luego los pasajeros pudieron acostarse en unas literas, pero Churchill se pasó la noche dando vueltas de aquí para allá. Aterrizaron en Gran Bretaña el 17 de enero por la mañana, después de dieciocho horas de vuelo. Aquel mismo día, a última hora de la tarde, el primer ministro informó al gabinete de guerra. «Una calma olímpica» reinaba en la Casa Blanca, dijo. «Tal vez resultara bastante un ambiente aislado. El presidente carecía del nexo de unión adecuado entre lo que son sus decisiones y la ejecución de las mismas». En opinión de los británicos, el Departamento de Estado americano era muy «nerviosillo». Cordell Hull, secretario de Estado, se había puesto hecho una furia al tener noticia de la imprevista ocupación

por parte de la Francia Libre de las diminutas islas de Saint Pierre y Miquelon, situadas frente a las costas de Terranova y hasta entonces bajo la jurisdicción del régimen de Vichy, un problema cuya solución supuso para británicos y americanos una considerable pérdida de tiempo precioso y grandes dosis de buena voluntad. Amery comentaría con sorna que en el informe presentado al gabinete Churchill se había olvidado de hablar de su visita a Canadá.

Pero el primer ministro estaba exultante, y con razón. Había logrado un triunfo personal en Estados Unidos, un triunfo que ningún otro británico habría podido alcanzar. Dijo al rey que, después de largos meses de desavenencias, Gran Bretaña y Estados Unidos por fin se habían casado. Aunque fuera evidente que a partir de entonces Inglaterra iba a ser el socio pequeño de la alianza atlántica, también era cierto que Churchill había sabido imponer su grandeza al pueblo americano, y lo había hecho de una manera que resultaría sumamente beneficiosa para su país en los años venideros.

No obstante, hay que matizar los resultados de éste su primer viaje. En una época en la que la mayoría de los hombres que tomaban las decisiones tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos seguía pensando que era bastante probable que Rusia acabara siendo derrotada, no se supo percibir hasta qué punto la guerra contra Hitler se vería determinada por los combates en el frente oriental. A finales de 1941 y comienzos de 1942, Roosevelt y Churchill supusieron en Washington que estaban perfilando la estrategia que había que seguir para destruir el nazismo. No tenían ni la más



remota idea de hasta qué punto el país gobernado por Stalin iba a ser el elemento más potente para la consecución de su objetivo. Aunque Estados Unidos fuera claramente la fuerza global más poderosa de la Gran Alianza, la Unión Soviética supo movilizar su poderío militar de una manera mucho más efectiva que cualquiera de sus socios de Occidente.

En cuanto a las relaciones angloamericanas, Charles Wilson escribió sobre Churchill el siguiente comentario: «Quería demostrar al presidente cómo conducir la guerra, y el resultado no ha sido el esperado». Eden dijo al gabinete: «En la práctica, toparemos con dificultades para armonizar día a día nuestra cooperación con los rusos y nuestra cooperación con los americanos. La política soviética es amoral, y la de Estados Unidos es exageradamente moral, al menos en lo concerniente a intereses no americanos». A pesar del éxito del viaje de Churchill a Washington, sería un verdadero error suponer que todos los estadounidenses sucumbieron a la magia de la personalidad del primer ministro británico. La gran frase pronunciada ante el Congreso, « ¿De qué pasta se creen que estamos hechos?», dio lugar a numerosos editoriales. Pero durante las semanas siguientes no todos fueron favorables a los británicos. El *Denver Post* dijo ásperamente: «Hay una lección que Estados Unidos debería aprender de Inglaterra. Es la de anteponer nuestros intereses a los de todos los demás». Como era de prever, la postura del *Chicago Tribune* fue realmente obscena: «Es una verdadera lástima que el señor Roosevelt haya tenido constantemente ante él al señor Churchill como ejemplo a seguir. El

señor Churchill es un hombre muy capaz en muchos sentidos, pero como estratega militar posee un récord prácticamente imbatido de decepciones y fracasos».

Algunas de las personalidades más distinguidas de Arcadia no tenían precisamente una buena opinión de sus colegas. Henry Morgenthau, secretario del Tesoro, consideraba que Max Beaverbrook era tan engreído que llegaba a ser impertinente. En ausencia del recién nombrado Alan Brooke, los jefes de Estado Mayor británicos no formaron un equipo sólido. A los americanos les gustó Charles Portal, pero este militar de las fuerzas aéreas rara vez sabía imponerse. El almirante Dudley Pound parecía un cero a la izquierda, y su débil salud lo incapacitaba para una participación activa. Los americanos tuvieron la consideración de no hacer alusiones, en presencia de sus huéspedes, a los sonoros fracasos militares de Gran Bretaña, aunque siempre los tuvieran presentes cuando percibían afirmaciones extravagantes de labios de Churchill o de sus compañeros. Sentían respeto por la marina real y por la RAF, pero no por el ejército de tierra británico. El escepticismo respecto a las aptitudes militares de los británicos persistiría durante la guerra en los niveles más altos del escalafón del ejército americano, influyendo en las posturas de sus comandantes en todos los debates estratégicos.

En cuanto a las relaciones del presidente y el primer ministro, Hopkins diría: «Era incuestionable que [a Roosevelt] cada vez le gustaba más Churchill». Pero esta observación es, en el mejor de los casos, una verdad a medias. Las convicciones políticas de uno y

otro líder distaban mucho de coincidir. A pesar de la afabilidad y la buena disposición innata de Roosevelt, una dosis excesiva de Churchill lo empalagaba. En los corrillos de Washington se contaba un chiste, del que de hecho se hizo eco la revista *Time*, según el cual, lo primero que preguntó el presidente a Harry Hopkins cuando éste llegó de su viaje de febrero de 1941 a Gran Bretaña fue: «¿Quién escribe los discursos de Churchill?». El primer ministro quería mostrarse cortés empujando todas las noches la silla de ruedas del presidente desde la sala de estar hasta el ascensor. Sin embargo, parece bastante plausible que este gesto fuera interpretado erróneamente, y que simplemente pretendiera poner de relieve el contraste existente entre la inmovilidad forzosa del anfitrión y la energía exuberante del huésped. Entre el grupo de británicos presentes en la Casa Blanca se comentaría cómo Churchill se había esforzado por reprimir su incontrolable tendencia a hablar para escuchar al presidente. Pero cuesta creer que Churchill alimentara mucho con su presencia en la Casa Blanca la profunda vanidad de Roosevelt.

El respeto que le merecía al presidente el talento de Churchill era incuestionable, como incuestionable era su compromiso con la alianza para derrotar a Alemania y a Japón. Pero Roosevelt era mucho más frío que Churchill. «Incluso las personas más cercanas a Roosevelt», escribiría Joseph Lash, que lo conocía muy bien, «se preguntaban constantemente, “¿Pero qué piensa en realidad? ¿Qué siente en realidad?”». Y Roosevelt en ningún momento se sintió unido al primer ministro en una asociación entre iguales. No era

simplemente un líder nacional, sino todo un jefe de estado que trataba a los reyes como a iguales. Churchill no se sentía obligado con Estados Unidos por los envíos de pertrechos y provisiones. En su opinión, Gran Bretaña había desempeñado el papel más altruista durante los últimos dos años, vertiendo la sangre de sus hombres y mujeres y soportando bombardeos en una lucha solitaria por la libertad. Pero ante semejante postura, a Roosevelt se le agotaría la paciencia. Sólo por cumplir, aceptó la pretensión de Gran Bretaña de merecer el agradecimiento colectivo de las democracias. El país de Churchill se encontraba en aquellos momentos hipotecado hasta la médula con Estados Unidos.

Y el presidente estaba dispuesto, tarde o temprano, a ejercer su poder como tenedor de los títulos de propiedad de su aliado.

\* \* \* \*

En su juventud, Roosevelt había viajado a Gran Bretaña en diversas ocasiones, pero nunca había manifestado preferencia alguna por este país. Siendo ya presidente, rechazó todas las invitaciones que recibió para visitarlo. Percibía cierta hipocresía en su pretensión de que constituía un bastión de la democracia y la libertad, mientras conservaba un enorme imperio de pueblos súbditos que tenían negada su representación democrática. Sin embargo, la cooperación con el país de Churchill era esencial para derrotar a Hitler. Fue por ello por lo que, en palabras de Michael Howard, Roosevelt «propuso remodelar el mundo según los conceptos morales de los americanos, en lugar de los conceptos de *realpolitik* de los británicos». El conocimiento que tenía Roosevelt del extranjero se limitaba a lo que

había visto durante los diversos períodos vacacionales pasados en Europa en compañía de su padre millonario, y durante un viaje por los escenarios de la primera guerra mundial en 1918. No obstante, su deseo de cambiar el mundo no tenía fin. Eden quedó horrorizado cuando más tarde oyó al presidente exponer su visión del futuro de Europa: «Las opiniones académicas, pero radicales, que vertió... resultaban alarmantes por su alegre frivolidad. Daba la impresión de que ya se veía decidiendo el destino de muchos países, tanto aliados como enemigos». El presidente dijo, entre otras cosas, que le gustaba la idea de que el puerto colonial francés de Dakar se convirtiera en una base naval de Estados Unidos. Su prepotencia dejó perplejos no sólo a los británicos, sino también a algunos americanos sensatos como Harriman.

Eden afirmaba que Churchill sentía por Roosevelt una especie de temor reverencial. Pero es muy probable que el secretario de Exteriores británico interpretara erróneamente como una actitud ingenua aquella postura sumamente prudente de Churchill, consciente en todo momento de cuáles eran sus necesidades. En ningún aspecto de su liderazgo durante la guerra ejerció el primer ministro una autodisciplina más férrea que en su relación con el presidente estadounidense. «Todo mi sistema se basa en la amistad con Roosevelt», comentaría más tarde a Eden. Sabía que sin la buena voluntad del presidente, Gran Bretaña no tenía prácticamente nada que hacer. No podía hacer más que reverenciar, amar y mimar al presidente de Estados Unidos, el hombre que encarnaba el poderío americano. Aparcó todas sus dudas y reservas

en lo más recóndito de su cabeza. Durante el resto de la guerra Churchill intentaría permanecer unido a Roosevelt en una estrecha relación de la que el americano a menudo querría escapar. Churchill estaba determinado a establecer esa unión con vínculos de pareja; Roosevelt reconocía la necesidad del intercambio de anillos, pero estaba decidido a no compartir los mismos amigos, la misma cama y la misma cuenta bancaria. La perspectiva de llegar al divorcio cuando se ganara la guerra no le asustaba en absoluto.

Hubo un segundo aspecto que caracterizó aquella primera conferencia de aliados, a saber, la actitud de los jefes de Estado Mayor norteamericanos. Quedaron horrorizados ante el espectáculo que dio el primer ministro británico al instalarse durante interminables semanas en la Casa Blanca, enzarzado con el presidente en discusiones estratégicas a las que a menudo no pudieron asistir. Marshall, que destacaba por su profunda moralidad, detestaba mezclar relaciones profesionales con relaciones sociales sin más, hasta el punto de que siempre había rechazado las invitaciones que le había hecho Roosevelt para pasar unos días en Hyde Park, la finca del presidente a orillas del río Hudson, en el norte del estado de Nueva York. Tan estricta era su austeridad que cuando levantó un gallinero en su casa de Fort Myer, insistió en pagar de su bolsillo los materiales utilizados en el montaje de la nueva instalación. Poco familiarizado con la incontinencia de la conversación de Churchill, constantemente se sentía ofendido por las confianzas que se tomaba el primer ministro con Roosevelt. «Es evidente que los británicos», escribió Henry

Stimson, «se están aprovechando de las deficiencias del presidente —bien conocidas por todos— en materia de sistemas administrativos ordinarios». Hopkins advirtió a Roosevelt de que no sellara ningún acuerdo militar en ausencia de Marshall. Sin embargo, para enfado del jefe del ejército, el presidente americano aceptó la propuesta de Churchill de que si se producía la caída de Filipinas, las fuerzas americanas que quedaran en el archipiélago se trasladaran a Singapur.

Marshall era incluso más hostil que Roosevelt a las pretensiones imperialistas de Gran Bretaña. Y, aunque desde un principio el presidente se encandiló con la idea de un desembarco en el norte de África, Marshall no. Tanto él como sus colegas se sentían muy molestos porque percibían que los británicos daban por hecho que a partir de entonces iban a poder echar mano de las fuerzas y las armas americanas «como si éstas hubieran ido a parar a un fondo común destinado a campañas concebidas para satisfacer los intereses y las conveniencias de Gran Bretaña», en palabras del biógrafo de Marshall. «Desde el punto de vista de los británicos, resultaba fácil llegar a la conclusión de que una línea de conducta favorable a sus intereses nacionales constituía sencillamente una buena dirección estratégica y que el hecho de que los americanos no estuvieran de acuerdo con ella ponía de manifiesto su inexperiencia, su inmadurez y su falta de modales». Desde el primer día de la guerra, Marshall se mostró partidario de enfrentarse a los alemanes en el noroeste de Europa lo antes posible, así como de evitar enredos en «escenarios secundarios» de los británicos.

El único alto mando británico con el que el jefe del ejército americano forjó una estrecha amistad fue Dill. Curiosamente, el jefe del Estado Mayor General del Imperio, hasta entonces poco valorado, se convertiría en una figura destacada de la asociación de americanos e ingleses. En un golpe de inspiración, cuando Churchill regresó a Inglaterra dejó en Washington a Dill, que aceptó su nuevo destino a regañadientes y que poco tiempo después fue nombrado jefe de la misión militar británica. La embajada y esta misión, cuya sede se encontraba en el edificio del Departamento de Sanidad Pública de Estados Unidos en Constitution Avenue, no tardarían en reunir en Washington a unos nueve mil ciudadanos británicos, entre personal civil y militar. En ausencia de Pound, Brooke y Portal, Dill también representó a su país en las reuniones celebradas en la capital americana por la Junta Combinada de Jefes de Estado Mayor, de reciente creación. Como embajador, Halifax no estrechó nunca lazos de amistad con los americanos, y en ningún momento dio la impresión de que pudiera hacerlo. Es comprensible que aquel nuevo nombramiento dejara perplejo a Dill: «No deja de ser curioso que Winston quiera que sea aquí su representante cuando es evidente que deseaba encontrar un pretexto para sacarme de la Jefatura del Estado Mayor General del Imperio». Pero Dill se había convertido en el confidente de Marshall, en un sensato intérprete de las aspiraciones militares de los dos países. En los años siguientes, realizó una importante contribución a la Gran Alianza, poniendo paz en sus tormentas transatlánticas y explicando a cada uno de los dos socios los puntos de vista del otro.



Prosperó como diplomático donde había fracasado como director de estrategias.

Así pues, la visita de Churchill a Washington fue un triunfo público, aunque no es muy seguro que también lo fuera en el ámbito privado. Sin embargo, el primer ministro tuvo la prudencia de calentarse, mientras pudo, al sol de la nueva relación con Estados Unidos. En Inglaterra le aguardaban muchos problemas. La historia percibe 1940, cuando Gran Bretaña estaba sola, como el año crucial para la supervivencia del país. Pero 1942 se revelaría como la etapa más tórrida del período de gobierno de Churchill durante la guerra. El pueblo británico, que había mostrado tanta firmeza cuando la amenaza de una invasión se cernía sobre él, dos años después se mostraría fatigado y displicente. En medio de la realidad de las derrotas aplastantes, se hartó de promesas de futuras victorias. En la paz o en la guerra, las democracias rara vez brillan por su paciencia. Y la paciencia de Gran Bretaña se había ido consumiendo progresivamente por los bombardeos, las privaciones y las humillaciones en el campo de batalla. En la prensa escrita, en la Cámara de los Comunes y en las calles de la nación, Churchill iba a encontrar a partir de ese momento unas críticas mucho más duras y continuadas que las que había recibido desde que asumiera el cargo de primer ministro.

## **Capítulo 9**

### **«El valle de la Humillación»**

A lo largo de casi toda la historia, las sociedades se han entusiasmado con las victorias obtenidas en conflictos lejos de sus fronteras, y han rechazado los fracasos. Las declaraciones de guerra de Estados Unidos supusieron el cumplimiento de todas las esperanzas que había venido acariciando Churchill desde mayo de 1940. Pero 1942 fue, hasta sus últimas semanas, el año más desgraciado de la etapa de Churchill como primer ministro. No sólo Gran Bretaña sufrió una nueva serie de derrotas, sino que la confianza del pueblo en su gobierno se esfumó como a nadie se le hubiera ocurrido imaginar en tiempos de la batalla de Inglaterra. Aunque era harto improbable que tuviera que abandonar su cargo, Churchill se convirtió en blanco de unas críticas que cuestionaban su criterio y pretendían limitar sus poderes. Entre su regreso de Estados Unidos a finales de enero y la batalla de El Alamein en noviembre, no hubo momentos de gloria, sino un goteo constante de malas noticias. El imperio británico sufrió los peores reveses de su historia; unos reveses que sólo su alianza con Estados Unidos permitió que resultaran más llevaderos.

En el tren que lo condujo a Londres después de que su hidrocanoa aterrizara procedente de Washington, Churchill se permitió un último instante de complacencia. Dijo a su médico: «He hecho un buen trabajo con el presidente... estoy convencido, Charles, de que la Cámara se sentirá satisfecha con las noticias que traigo». Pero le

bastó echar una ojeada a la prensa del día para volver a la realidad. Sin ánimos, dejó a un lado el *Manchester Guardian*. «Parece que hay bastante jaleo», comentó. Durante los siguientes días no pararon de llegar malas noticias. Las pérdidas navales sufridas en el Mediterráneo significaban que en los próximos meses Gran Bretaña no podría utilizar ninguna flota desde Alejandría. Cuando se recibieron los informes de Malaca que confirmaban que el ejército británico, derrotado, retrocedía de manera desordenada hacia Singapur, Churchill preguntó si había que dar por perdida «la fortaleza», y desviar los refuerzos y los aviones a otro lugar. Su mensaje fue transmitido de manera equivocada al representante de Australia en el gabinete de guerra, sir Earle Page —un individuo «con la mentalidad de un verdulero», según un mordaz comentario de Brooke—, quien a su vez lo hizo llegar a Canberra. Lleno de indignación, el primer ministro australiano, John Curtin, respondió en un cablegrama a Churchill que abandonar Singapur representaría «una traición imperdonable».

Las relaciones entre Canberra y Londres, que nunca habían sido cordiales precisamente, entraron en una nueva fase de acrimonia. Churchill sentía aprecio por los soldados australianos, pero no por su débil gobierno laborista. Comparaba con desdén la pusilanimidad de Australia —lo que ahora llamaríamos su «constante tendencia a protestar»— con la lealtad de Nueva Zelanda. A lo largo de la guerra trató a todos los antiguos dominios del imperio, ahora estados independientes, como colonias, como simples fuentes de las que obtener potencial humano. En sus

visitas a Londres, los políticos de esos países recibían gestos de cortesía en público, y la más absoluta indiferencia en privado. Robert Menzies, el anterior primer ministro australiano convertido en aquellos momentos en líder de la oposición, sí imponía respeto, pero hasta él se había visto obligado a presentar una protesta en 1940, cuando su gobierno tuvo que enterarse por la prensa de la ofensiva de Dakar. El único personaje del imperio que gozaba de la confianza de Churchill era el mariscal de campo Jan Smuts, primer ministro de Sudáfrica, con el que le unía una buena amistad desde los tiempos de la guerra de los bóers. Fue Smuts quien dijo: «Debemos dar gracias a Dios de que exista Hitler, pues él ha sido el que nos ha vuelto a enfrentar a la realidad de unos actos brutales... De hecho, ha levantado la tapadera del infierno, y todos nos hemos asomado a verlo».

La impaciencia de Churchill con las antiguas colonias era comprensible. Sus gobiernos —con la notable excepción de Nueva Zelanda— mostraban a menudo una fastidiosa estrechez de miras ante un primer ministro que lideraba una lucha global por la supervivencia. Canadá y Australia, por ejemplo, no introdujeron el reclutamiento general para prestar servicio en el extranjero hasta los últimos estadios del conflicto. Pero si con su absoluto desprecio por la opinión de la India Churchill no ganó muchos amigos en el subcontinente, con su condescendencia hacia Canberra y Ottawa, probablemente no resultara mucho más agradable a los sensibles gobiernos de estas dos colonias. «El primer ministro británico no

está verdaderamente interesado en Mackenzie King», escribió Charles Wilson en referencia al líder canadiense. «Ni piensa en él».

El *New Statesman* decía en tono de queja: «El señor Churchill se ha negado incluso a decir una palabra amable a la India y a Birmania para ganarse su adhesión». Más tarde, la negativa de Churchill a desprenderse de una pequeña parte de alimentos para aliviar la hambruna de Bengala, que provocó la muerte de unos tres millones de personas, horrorizó tanto al virrey como a Amery, secretario de Estado para la India. Cuando este último propuso preparar una emisión radiofónica para explicar la política británica, el primer ministro puso su veto a la iniciativa, aduciendo que semejante acción iba a dar «demasiada importancia a la hambruna, dando la impresión de que se pide perdón». Más que ningún otro aspecto de su proceder a lo largo de la guerra, este despotismo reflejaba perfectamente la visión decimonónica imperialista de Churchill en su juventud. Mientras tanto, la situación en Extremo Oriente no dejaba de empeorar, y durante cuatro meses pareció que la invasión de Australia era una posibilidad real. El gobierno de Canberra pidió abiertamente protección a Estados Unidos, pues no tenía la seguridad de contar con el respaldo de unas tropas de refuerzo que la maltrecha «madre patria» difícilmente podía aportar.

El 27 de enero, enfrentado a un Parlamento cada vez más crítico con su actuación, Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes en los siguientes términos: «Es porque las cosas han ido mal, y porque todavía irán peor, por lo que pido un voto de confianza». Se trataba de una artimaña para obligar a los que cargaban contra él a

revelar sus verdaderas intenciones, o a callar. Tras ganar la votación por la aplastante mayoría de cuatrocientos sesenta y cuatro contra uno, abandonó la sala, caminando sonriente entre una multitud que se agolpaba en el vestíbulo central, cogido del brazo de Clementine, que había acudido para apoyarlo. Pero era perfectamente consciente de que aquella victoria no representaba el final de sus problemas. No se encontraba muy bien, pues seguía fastidiándole un resfriado que no había acabado de curarse. El 9 de febrero, Oliver Harvey, secretario privado de Eden, dijo a su jefe que debía estar preparado para asumir el cargo de primer ministro, y anotó en su diario: «Creo que lo está». Además de los peligros inherentes a los viajes de Churchill durante la guerra, la salud de un hombre casi septuagenario, que trabajaba sometido a una gran tensión, podía venirse abajo en cualquier momento. Este riesgo siempre estaría presente en la mente de sus colegas.

Churchill envió un mensaje a Wavell, que acababa de ser nombrado comandante supremo de las fuerzas angloamericanas en Extremo Oriente, diciéndole que, como los rusos en el frente oriental y los estadounidenses en la isla filipina de Luzón estaban combatiendo con tanta ferocidad, era imprescindible que se viera que el ejército de Malaca estaba dando lo mejor de sí: «De ello depende la reputación de nuestro país y nuestra raza». Al cabo de dos días, el 11 de febrero, en respuesta a las constantes críticas a su gobierno que se oían en el país, y al deseo de Beaverbrook de dimitir, ofreció a Stafford Cripps, al que despreciaba, pero que contaba con un gran apoyo popular, el Ministerio de Abastecimientos. Pero cuando

Cripps exigió formar parte del gabinete de guerra, Churchill respondió refunfuñando: «Hay muchos que pretenden lo mismo. Podría llenarse el Albert Hall con gente que quiere estar en el gabinete de guerra». Ante esta negativa, Cripps declinó la oferta. El primer ministro echaba humo en medio de su frustración. El 10 de febrero, en el curso de una cena, Brooke, que apenas llevaba seis meses como jefe del Estado Mayor General del Imperio, comentó a Dalton: «A veces... el primer ministro parece un niño que ha perdido la paciencia. Es muy doloroso, pero no hay nada que hacer».

\* \* \* \*

El 12 de febrero se produjo otro susto. Dos cruceros de batalla alemanes, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, zarparon de Brest para dirigirse a toda velocidad al canal de la Mancha, con la ayuda de los bancos de niebla. Para que le dictaran una nota, Elizabeth Layton, secretaria de Churchill, entró a las tres de la tarde en la sala de reuniones del gabinete, donde encontró al primer ministro «caminando arriba y abajo, hecho un manojo de nervios. Como un torbellino, me dictó los textos de cuatro telegramas, y luego se puso a telefonar a unos y a otros. No sabía si debía irme, y al final salí de allí, pero me llamó de nuevo. Dictó el texto de otro telegrama sin dejar de dar vueltas, hablando consigo mismo; parecía un montón de energía comprimida. Luego se sentó y dijo: “Menudo lío está formándose allí”. Yo pregunté: “¿Cree que conseguiremos darles caza?”. Y respondió: “Ni idea. Los hemos herido, pero todavía no están muertos”.». La marina no consiguió «darles caza». Las naves alemanas llegaron a Wilhelmshaven. Ultra informó a Churchill de

que los barcos enemigos se habían visto seriamente dañados por las minas durante la última etapa de su travesía, pero fue muy poco consuelo, y no podía comunicar la noticia debido a la fuente de la que provenía. El pueblo británico vio únicamente que la marina real y la RAF habían sido incapaces de detener dos importantes navíos de Hitler, que habían cruzado impunemente las aguas jurisdiccionales del Reino Unido.

Los titulares echaban chispas, la opinión pública se sentía humillada. El 14 de febrero el *Daily Mirror* preguntaba: « ¿Sigue siendo cierto que confiamos en el primer ministro, pero no en su gobierno?». En la misma línea, el *News Chronicle* decía: « ¿No estaremos hipnotizados por la personalidad del señor Churchill... al consentir una ineficaz gestión de la guerra?». El *Daily Mail* afirmaba que había dos Churchills: «1. El que inspira a la nación. 2. El que controla la guerra». El pueblo británico quedó perplejo ante el segundo Churchill cuando éste declaró «que la obligación del Parlamento y la prensa era apoyar al gobierno, pues daba por supuesto que cualquier debilitamiento de la posición del primer ministro se convertiría en un debilitamiento de la causa [del gobierno]». El *Mail* rechazó esta tesis: «Nadie es indispensable». Sir William Beveridge elaboró un gran artículo para *The Times*, instando a la creación de un gabinete de guerra «apropiado», compuesto de ministros sin cartera. Una secretaria de Glasgow, Pam Ashford, escribía el 5 de mayo: «El derrotismo está en el aire, y... yo también lo siento». Cuando la organización Mass-Observation, un grupo de investigación social, preguntó a sus observadores por el primer



ministro, quedó muy sorprendida ante la vehemencia de las críticas a su persona como caudillo de guerra. Un oficinista londinense respondió: «Creo que es hora de que se largue. Al fin y al cabo, ahora a Churchill sólo se le asocia con temas de alta estrategia, sea lo que sea ese tipo de cuestiones. Y eso de alta estrategia apesta una barbaridad... Esta opinión la compartimos muchos. Ya nadie escucha sus discursos».

Si bien esta actitud era extraordinariamente chocante, lo cierto es que en todos los estratos de la sociedad británica había el anhelo de encontrar a un paladín de la defensa capaz de ofrecer el triunfo en el campo de batalla, cosa que el primer ministro parecía no saber hacer. Muchos buscaban a un nuevo salvador, aspiración profundamente sentida, por mucho que fuera irreal y no se viera respaldada por la identificación del candidato apropiado. No es que hubiera ganas de sustituir a los líderes de la nación, sino un gran afán por delegar los poderes militares de Churchill. El primer ministro dijo a su vieja amiga Violet Bonham-Carter: «Estoy hartos... Cuando la gente me ataca me vuelvo muy malo y rencoroso». No paraban de pedirle que pusiera en el gabinete a hombres de talento. « ¿Pero dónde está esa galaxia? No puedo hacerme con las victorias. Las victorias son difíciles de conseguir». Despechado por los continuos ataques de la prensa contra el gobierno, el ministro de Información, Brendan Bracken, dijo a los periodistas encargados de cubrir las noticias del Parlamento que si Gran Bretaña perdía la guerra, sería por su culpa.

\* \* \* \*

El 15 de febrero se produjo la rendición de Singapur. Esta vez no hubo ningún Dunkerque, ninguna huida milagrosa para la guarnición de la plaza. En manos del enemigo cayó prácticamente el doble de los soldados que habían sido hechos prisioneros en Francia en 1940. Jock Colville, alejado temporalmente de Downing Street para su adiestramiento en Sudáfrica como piloto de caza, escuchó por la radio el discurso de Churchill comunicando el desastre. No pudo más que conmoverse: «La naturaleza de sus palabras y aquel ritmo y aquel sentimiento tan poco habituales con los que hablaba me convencieron de que se veía increíblemente presionado por las críticas y por sus oponentes. Toda la majestad de su oratoria estaba allí, pero también había un nuevo tono de súplica, sin esa seguridad que se tiene cuando te sientes apoyado... Había algo en su voz, en sus inflexiones, que me hizo estremecer». El discurso en cuestión no tuvo ni mucho menos la misma acogida que la mayoría de las alocuciones de Churchill. En privado, el primer ministro se mostró enfadado y deprimido. « ¡Tenemos tantos hombres en Singapur, tantos!», exclamó lleno de angustia. «Deberían haberlo hecho mejor». En una reunión del Comité de la Guerra del Pacífico dijo refiriéndose a los japoneses: «Se mueven más rápido y comen menos que los nuestros».

Comentó con su asistente de la marina real, el capitán Richard Pim, que quizá aquél era el momento de presentar la dimisión. Pim respondió: « ¡Por Dios, señor, usted no puede hacer eso!». Es muy poco probable que Churchill considerara seriamente presentar su renuncia, pero es evidente que su desesperación era real. ¿De qué

servía presentar un espíritu guerrero ante el mundo si los que combatían en nombre de Gran Bretaña se mostraban incapaces de estar a la altura de su retórica? En Noruega, en Francia, en Grecia, en Creta, en Libia y en aquellos momentos en Malaca, los británicos habían ido sufriendo una derrota tras otra. Alan Brooke escribiría en su diario: «Si nuestras fuerzas terrestres no son capaces de combatir mejor de lo que lo han hecho hasta ahora, mereceremos perder nuestro imperio».

Parte de la culpa la tuvo Wavell, no por no conseguir alzarse con la victoria, sino por negarse a admitir la inevitable caída de Singapur y por no recomendar encarecidamente que se interrumpiera el envío de refuerzos y se procediera a evacuar al mayor número posible de hombres. Eso era exactamente lo que había hecho Brooke en Francia en junio de 1940. La 18.<sup>a</sup> División británica llegó a Singapur el 29 de enero de 1942, cuando ya no había perspectivas de salvar la campaña. Quince días después, prácticamente la totalidad de sus hombres caerían en manos de los japoneses. Todavía hoy cuesta comprender por qué Churchill quiso engañarse pensando que Singapur podía ser salvada. Cualquier soldado sabía que el destino de la isla dependía del sur de Malaca, que Singapur, aislada, era indefendible, y el 21 de enero los jefes de Estado Mayor se lo explicaron sin rodeos al primer ministro. Fue verdaderamente lamentable que los comandantes sobre el terreno no adoptaran un tono enérgico. Aunque los mensajes de Wavell sobre la situación en Malaca fueron indefectiblemente pesimistas, no reconocieron explícitamente que la pérdida de Singapur era inevitable hasta que

ya fue demasiado tarde y resultó imposible salvar a un solo hombre de su guarnición. Es cierto que el militar británico ejerció su breve mando en medio de un sinfín de draconianos mensajes de Churchill exigiéndole defender la plaza hasta el último cartucho, hasta el último hombre. Pero, si bien habría sido posible salvar a Creta, Singapur estaba condenada.

Las fuerzas británicas y de las ex colonias del imperio en Malaca estaban mal adiestradas, mal equipadas y mal dirigidas a todos los niveles. Se enfrentaron a un enemigo que mandaba en el cielo, pero dos años más tarde los soldados alemanes y japoneses mostrarían una resistencia extraordinaria frente a unas fuerzas aéreas muchísimo más poderosas que las utilizadas por la Luftwaffe en Grecia, o por el Imperio del Sol Naciente en Malaca. Fue la ausencia absoluta de esa chispa de empeño heroico, de esa prueba de un último sacrificio con la que a lo largo de los siglos los ejércitos británicos habían redimido con tanta frecuencia el dolor provocado por la derrota, lo que dejó a Churchill estupefacto. En Malaca no hubo una gesta comparable a la de la retirada de sir John Moore a La Coruña durante las guerras napoleónicas, o a la de Rorke's Drift en el país de los zulúes, o a la de la defensa de Mafeking y Ladysmith durante la guerra de los bóers. Los americanos forjaron una épica propagandística —espuria en cualquier caso— con su defensa de la península de Bataan desde diciembre de 1941 hasta abril de 1942. Los británicos no hicieron nada parecido en el Sureste Asiático. Lamentablemente, sus soldados flaquearon con facilidad. El 16 de febrero *The Times* ofrecía a sus lectores unas

migajas de consolación por lo ocurrido en Singapur: «El sacrificio, el sufrimiento y la incomparable gallardía de las Fuerzas de Defensa no fueron totalmente en vano». Era un comentario absurdo. Se trató única y exclusivamente de una derrota humillante, de la rendición a un enemigo numéricamente inferior que había demostrado ser mejor y más valiente. Por terrible que parezca, cabe señalar que probablemente Malaca habría podido ser defendida con mayor determinación si los soldados británicos, indios y australianos hubieran sabido el destino que les aguardaba como prisioneros de los japoneses.

¿Quién podía extrañarse de que Churchill se hallara sumido en la desesperación? «En mi opinión, el primer ministro, en su fuero interno y sin ser consciente de ello, está celoso de Stalin y de los éxitos de sus ejércitos», escribió con perspicacia Oliver Harvey. Aunque la ayuda americana permitiera a Gran Bretaña sobrevivir a la guerra, ¿cómo iba el país a mantener erguida la cabeza ante el mundo, a ser apreciado por haber realizado una valiosa contribución a la victoria, si el ejército británico se cubría de vergüenza cada vez que pisaba un campo de batalla? La escasez de barcos seguía limitando enormemente el despliegue de soldados. John Kennedy escribía: «Tenemos montones de tropas de refuerzo que no podemos trasladar». Durante todo 1942 recorrieron la ruta del Atlántico dos mil buques mercantes británicos y americanos, trescientos o cuatrocientos de los cuales eran vulnerables al ataque de los submarinos. En tiempos de paz, un carguero solía tardar una media de treinta y nueve días en el viaje de ida y vuelta entre

Europa y Norteamérica. En aquellos momentos, ese mismo viaje suponía ochenta y seis días, cuarenta y tres de ellos en el puerto en lugar de los catorce habituales en tiempos de paz, en su mayoría a la espera de los convoyes. Desde Washington, Dill envió un cablegrama a los jefes de Estado Mayor, diciendo que parecía que había llegado el momento de que los aliados se centraran en lo esencial: por un lado la seguridad de las islas británicas y Estados Unidos, y por otro impedir que las fuerzas alemanas y japonesas se unieran en el océano Indico: «Estas sencillas pautas tal vez ayuden a concentrarnos en lo importante en estos tiempos tan difíciles». Pero, como venía ocurriendo con las visiones estratégicas de los generales británicos, ésta también resultó totalmente negativa.

\* \* \* \*

El 24 de febrero, Churchill dijo en la Cámara de los Comunes: «Los miembros de esta Cámara deben afrontar la realidad lapidaria, cruel, de que si ustedes, tras haber entrado en guerra sin la suficiente preparación, luchan por la supervivencia contra dos países perfectamente armados, uno de ellos poseedor de la máquina de guerra más poderosa del mundo, y que luego, en el momento en que están realizando un esfuerzo a brazo partido, otro gran antagonista, el tercero, con una capacidad militar muy superior a la que ustedes poseen, salta de pronto sobre sus espaldas relativamente indefensas, es indudable que tienen por delante una ardua misión, y que sus experiencias inmediatas no serán nada agradables». Sin embargo, muchos diputados expresaron su descontento. James Griffiths, diputado laborista por la

circunscripción minera de Llanelli, en Gales, dijo que, cuando lo de Dunkerque, la gente había respondido a la llamada. En cambio, «creemos que ahora hay un sentimiento de inquietud en el país. No debemos ofendernos por ello». El comandante sir Archibald Southby, diputado por Epsom, habló de la «carrera por el Canal» de los alemanes y de la caída de Singapur como de dos acontecimientos que «han sacudido no sólo al gobierno, sino a todo el imperio británico, hasta sus cimientos. Mejor dicho, deberíamos decir que han influido en la opinión de todo el mundo. Sus repercusiones en Estados Unidos no han podido ser más nefastas, precisamente en un momento en el que la armonía y el entendimiento entre los dos países son de una importancia primordial».

En opinión de sir George Schuster, diputado por Walsall, la opinión pública quería sentir que le contaban la verdad, pero empezaba a dudar de que fuera así. A la gente se le había asegurado que en Libia el ejército británico estaba enfrentándose al enemigo en igualdad de condiciones. Luego, tras el espectacular regreso de Rommel, se enteró de que los alemanes disponían de mejores cañones antitanque, y que los nuestros no valían para perforar el blindaje del enemigo. «Eso supuso una conmoción para la opinión pública. El pueblo sentía que le habían tomado el pelo». También dijo que la gente quería ver menos civiles «librándose con total impunidad», eludiendo sus obligaciones con el esfuerzo de guerra, y más disciplina en las fábricas.

Aquel día, durante el almuerzo en el palacio de Buckingham, Churchill comunicó al rey que era bastante probable que se perdieran Birmania. Ceilán, Calcuta, Madrás y zonas de Australia. La defensa de Birmania ya había tenido un mal principio. Brooke comentaría con su habitual rencor que algunos políticos permitían que las malas noticias se difundieran. «Este hecho no provoca que las reuniones del consejo de ministros dejen de ser interesantes», escribía a un amigo. «Pero Winston es maravilloso. No logro entender cómo resiste». En una carta a Harry Hopkins, Clementine Churchill decía: «Estamos cruzando, efectivamente, el valle de la Humillación».

\* \* \* \*

Debido a los desastres en el campo de batalla, Churchill se vio forzado a introducir cambios en su gobierno, unos cambios mucho más dolorosos y difíciles de lo que algunos historiadores han señalado. El único aspecto agradable del reajuste fue la destitución de lord Hankey, cuyo resentimiento se había hecho insoportable. A partir de entonces, Hankey se convertiría en una de las principales voces críticas contra Churchill, en un pseudo conspirador con el único objetivo de conseguir la caída del primer ministro. Beaverbrook, por su parte, presentó la dimisión. Stafford Cripps obtuvo su sillón en el gabinete de guerra, en calidad de lord del Sello Privado y líder de la Cámara de los Comunes. Para el primer ministro esto supuso una píldora difícil de tragar. El hecho de aceptar a Cripps ponía de manifiesto la debilidad de su posición. Eden escribiría lleno de perplejidad que los dos se habían «mostrado



siempre tan distantes como un león y un okapi». Se cuenta que Churchill dijo a propósito de Libia: «Hay kilómetros y kilómetros de nada más que rigurosa aridez. ¡Cómo le gustaría a Cripps!».

Cripps tenía cincuenta y dos años, había cursado estudios en el célebre Winchester College, centro hermanado con el New College de Oxford, y era sobrino de Beatrice Webb, una famosa intelectual socialista. Primero estudió Química, pero tras abandonar las ciencias por las leyes, acabó siendo procurador con notable éxito. Pacifista durante la primera guerra mundial, en 1931 fue elegido diputado por el Partido Laborista, y estuvo al servicio del gobierno de Ramsay MacDonald durante un breve período de tiempo, antes de negarse a formar parte de su coalición. Vegetariano y abstemio, en los años treinta se convirtió al marxismo, en un entusiasta partidario de la Unión Soviética, cuyo nombre se vería a menudo relacionado con el de Aneurin Bevan. En 1939 fue expulsado del Partido Laborista por sus diferencias con Attlee. Durante su estancia en Moscú entre 1940 y 1942, a Churchill no le disgustó poder observar que Stalin mostraba mucho menos entusiasmo por el embajador, y por su compañía, del que mostraba su admirador británico por el líder de la Unión Soviética.

Bastante absurdo en muchos sentidos, Cripps, sin embargo, fue durante un tiempo una figura importante en 1942. Buen orador, su compromiso con la Unión Soviética y con una Gran Bretaña de posguerra socialista hizo que alcanzara una notable popularidad entre los oyentes de la radio. Hablaba con pasión, y sin ironías, de los obreros rusos «que luchan para salvaguardar la libertad de su

país», y de la alianza entre «los trabajadores libres de Inglaterra, América y Rusia». En medio del ambiente que se respiraba en la época, ese tipo de sentimientos tocaba una cuerda muy sensible, en contraste con el obstinado conservadurismo de muchos diputados... y también del primer ministro. En una encuesta en la que se invitaba a los electores a expresar a quién preferirían como primer ministro si Churchill sufría alguna desgracia, el 37 por 100 dio el nombre de Eden, pero el 36 por 100 el de Cripps.

Churchill era perfectamente consciente de que su nuevo ministro aspiraba a sustituirlo. Durante casi todo el año 1942 se vio obligado a tratar a Cripps como una amenaza en potencia a su autoridad. En medio de tantas adversidades, algunos apoyarían sorprendentemente las ambiciones del nuevo lord del Sello Privado. En *petit comité*, diputados, directores de periódicos, generales y almirantes ponían en entredicho a Churchill y su gobierno en los términos más despiadados. John Kennedy cenó en Claridge's el 5 de marzo de 1942 con sir Archie Rowlands, del Ministerio de Producción Aeronáutica, y con John Skelton, director de Información del *Daily Telegraph*. «La conversación giró prácticamente en torno a Winston, y fue muy crítica. Se consideraba que Winston estaba acabado, que con la reforma del gobierno había jugado su última baza. S[kelton] es muy contrario a Winston, y cree que Cripps debe sustituirlo. Piensa que no tardaremos en perder todo el imperio y que quedaremos confinados en Gran Bretaña. No es difícil razonar lo que dice». El 6 de marzo Averell Harriman escribía a Roosevelt:

*Aunque los británicos parezcan no inmutarse, lo cierto es que la rendición de sus tropas en Singapur ha sacudido profundamente su confianza, no sólo en sus propias capacidades, sino, sobre todo, en la de sus líderes. No tienen la más mínima intención de tomarse las cosas a la ligera, y me complace pensar que seremos testigos del renacer de una mayor determinación. Por el momento, sin embargo, no pueden ver el final de este período de derrotas. Lamentablemente, lo de Singapur ha supuesto tal conmoción para el primer ministro, que aún no ha sido capaz de sobreponerse a esta adversidad con su habitual vigor. Algunos astutos, tanto amigos como adversarios, creen que la caída de su gobierno sólo es cuestión de tiempo, de unos pocos meses. Me niego a aceptar esta visión. Ha estado muy fatigado, pero estos últimos dos días ya parece encontrarse mejor. Creo que volverá con más fuerza, sobre todo cuando mejore el andamio de la guerra.*

La batalla del Atlántico había experimentado un importante giro para peor. En enero la marina alemana había introducido un cuarto rotor en sus máquinas codificadoras Enigma. Esta mejora supuso para los descodificadores británicos un verdadero desafío durante todo un año que fue largo y terrible para los convoyes. Charles Wilson, médico personal de Churchill, contaba que el primer ministro tenía en la cabeza todos los datos estadísticos de los hundimientos en el Atlántico, aunque «siempre se esfuerza por no dar humo a narices de nadie; nada de lo que dice podría desalentar

a alguien. Dios quiera que pueda alejar las llamas que parecen consumirlo». Mary Churchill indicó en su diario que su padre estaba «apesadumbrado; horrorizado por los acontecimientos... Está sometido a un esfuerzo increíblemente excesivo». Y en la misma línea, Cadogan escribió: «El pobre primer ministro [está] muy amargado, las cosas le van mal».

\* \* \* \*

El 6 de marzo se abandonó Rangún. Al día siguiente Churchill escribió a Roosevelt instándole a que los aliados occidentales accedieran a las peticiones de Rusia de que le fueran reconocidas las fronteras de 1941, reconocimiento al que Gran Bretaña se había opuesto firmemente el año anterior. Los americanos pusieron reparos, pero el cambio de postura del primer ministro reflejaba que cada vez se daba más cuenta de la vulnerabilidad de los aliados. En aquellos momentos estaba dispuesto a adoptar las medidas más enojosas si con ello se lograba reforzar en parte el compromiso de Rusia. Como había saltado la alarma de que Stalin podría sentirse tentado a parlamentar con Hitler, Polonia oriental se convertía en moneda de cambio. Con el mismo objetivo, Churchill mandó un cablegrama a Moscú prometiendo que si los alemanes recurrían al gas venenoso en el frente oriental, como algunos temían, los británicos responderían como si esa arma hubiera sido empleada contra ellos. Stalin no tardó en pedir la información técnica de las armas químicas británicas y de las contramedidas previstas. No hay prueba alguna de que el primero estuviera dispuesto a hacer todo aquello, pero es evidente que los británicos utilizaron todos los

medios a su alcance para convencer a los rusos de su compromiso como aliados. El temor de los occidentales de que Stalin acabara firmando por su cuenta una paz con Alemania persistió durante bastantes meses.

Además de los importantes asuntos que se amontonaban en su escritorio, Churchill debía atender a un sinfín de otras cuestiones de menor transcendencia. Advirtió de que había el riesgo de que desde algún submarino un comando alemán realizara una incursión para secuestrar al duque de Windsor, en aquellos momentos gobernador general de las Bahamas. En su opinión, los nazis podrían utilizar al antiguo rey en beneficio propio. Tras haber conseguido la creación del Regimiento Paracaidista, que por primera vez el 28 de febrero había llevado a cabo con éxito una misión contra una estación de radar del enemigo en Bruneval, en la costa del norte de Francia, el primer ministro presionaba para aumentar en la mayor medida posible el número de fuerzas aerotransportadas. Fueron concedidas cuatro Cruces Victoria por el ataque lanzado por la marina real el 28 de marzo contra el dique flotante de Saint-Nazaire. Esta generosidad de condecoraciones tenía por objeto aliviar a los supervivientes el dolor por las pérdidas sufridas, un total de quinientos hombres entre heridos, prisioneros y caídos en combate. La propaganda aprovechó al máximo el episodio de Saint-Nazaire. Se aseguró a la opinión pública que los alemanes habían salido muy mal parados, aunque en realidad el número de sus bajas fue muy inferior al de los agresores. Por su parte, los ministros atosigaban a Churchill con temas tales como

nuevos nombramientos, concesión de honores o simples cuestiones administrativas. Asuntos tan baladíes como éstos resultaban difíciles de atender en un momento en el que el imperio se derrumbaba.

La obsesión de Churchill por los grandes buques de guerra persistía incluso después de tres años de conflicto. Aseguraba que para destruir el *Tirpitz*, un buque de 42.000 toneladas, hermano del *Bismarck*, anclado en un fiordo de Noruega desde donde amenazaba permanentemente a los convoyes que hacían la ruta del Ártico, valía la pena perder cien aviones y quinientos hombres. El 9 de marzo, doce Fairey Albacores del Brazo Aéreo de la Armada atacaron al gigante alemán sin éxito. Churchill preguntó al primer lord del Mar «cómo era que doce de nuestros aparatos no lograran dar ni una en comparación con la extraordinaria eficacia del ataque japonés contra el *Prince of Wales* y el *Repulse*». ¿Y cómo no iba a ser así? Aunque la RAF contribuyera en 1942 de forma notable a cortar la línea de suministros a Rommel en el Mediterráneo, la lista de éxitos en los ataques de la RAF y el Brazo Aéreo de la Armada contra barcos enemigos seguiría siendo relativamente pobre hasta los últimos meses de la guerra. Churchill se daba cuenta de esto, y al año siguiente haría constar a Pound que el hecho de que el Brazo Aéreo de la Armada hubiera perdido sólo a treinta de sus cuarenta y cinco mil hombres durante los tres últimos meses antes de finales de abril «lo decía todo». El ataque de 1940 contra Tarento y el de 1941, que inutilizó al *Bismarck*, constituyeron las dos únicas operaciones aeronavales británicas realmente impresionantes de toda la guerra.

\* \* \* \*

En el invierno de 1941-1942 Churchill fue perfectamente consciente de que los «bombardeos de precisión» británicos sobre Alemania eran un fracaso, y tuvo mucho que ver con el cambio drástico de política que se produjo a continuación, inspirado en gran medida por su asesor científico. Con su intervención en este asunto, lord Cherwell realizó la contribución más brillante y decisiva de su carrera durante la guerra. Fue un miembro de su Departamento de Estadística del Gabinete, un oficial llamado David Butt, quien redactó un informe devastador basado en un estudio de las fotografías de objetivos de los bombarderos británicos. Se ponía claramente de manifiesto que sólo un porcentaje muy reducido de aparatos lanzaban sus bombas a kilómetros, en lugar de metros, de los blancos asignados. Cherwell convenció al primer ministro, estupefacto ante el informe de Butt, de que había que cambiar drásticamente de táctica. Como, en las condiciones meteorológicas habituales, los pilotos de la RAF eran incapaces de lanzar en sus incursiones nocturnas un número de bombas aceptable sobre los objetivos industriales asignados, las fuerzas aéreas británicas debían concentrarse a partir de ese momento en los blancos más pequeños que pudieran identificar: las ciudades. Así pues, tendrían que llevar a cabo una misión doble, a saber, la destrucción de instalaciones industriales y el «desalojo» de operarios y trabajadores, utilizando la ingeniosa frase de Cherwell. Nadie en Whitehall admitió explícitamente que, con el cambio de táctica, la RAF iba a llevar a cabo una matanza en masa de civiles. Pero tampoco dudó

del resultado, por mucho que la propaganda británica ocultara hasta la ofuscación esta cruda realidad durante el resto de la guerra, por no hablar de las tripulaciones que llevaban a cabo las operaciones de bombardeo poniendo en peligro sus propias vidas.

Churchill siempre se consideró realista en lo referente a los horrores e imperativos de las guerras. Pero unos años antes, en 1937, había manifestado en el curso de un debate en los Comunes acerca de las incursiones aéreas su oposición a los ataques desde el aire contra elementos no combatientes de la población: «En mi opinión», dijo, «si en un conflicto igualado, uno de los bandos se dedica a intimidar y a matar a la población civil, y el otro ataca con firmeza objetivos militares... la victoria recaerá en el bando... que haya evitado el horror de hacer la guerra contra los débiles e indefensos». En aquellos momentos, sin embargo, después de treinta meses de combates contra un enemigo que se imponía con rotundidad haciendo la guerra sin escrúpulo alguno, Churchill aceptó una visión distinta. El Mando de Bombarderos había fracasado como estoque. Ahora tenía que convertirse en un instrumento contundente. La necesidad operacional estaba condenada a que fuera esencial dejar de lado todo tipo de inhibiciones de naturaleza moral. Durante muchos meses, de hecho años, los bombardeos representarían el único medio de Gran Bretaña para combatir a los alemanes. El primer ministro aprobó la nueva política de Cherwell.

\* \* \* \*

El 22 de febrero de 1942, sir Arthur Harris, mariscal jefe del Aire, fue nombrado comandante supremo del Mando de Bombarderos. En



contra de lo que afirma el mito popular, Harris no fue el propulsor del «bombardeo de zona». Pero puso en marcha el concepto con tanto fervor y determinación que éste se ha visto desde entonces indisolublemente unido a su nombre. La primera misión importante del Mando llevada a cabo a las órdenes de Harris fue un ataque contra la fábrica de camiones Renault de Billancourt, a las afueras de París. El gabinete de guerra esperaba que aquella acción sirviera para levantar la moral de los franceses, pero no tardó en ponerlo en duda cuando se supo que habían perecido más de cuatrocientos civiles. El 28 de marzo, un total de 134 aviones lanzaron un gran ataque sobre la antigua ciudad hanseática de Lübeck. Este objetivo costero fue elegido principalmente porque las tripulaciones podían localizarlo con mayor facilidad. Su abigarrado centro medieval parecía construido, según un despectivo comentario de Harris, «más como un encendedor que como un lugar donde vivir el hombre». La incursión dejó buena parte de Lübeck en llamas, y fue considerada todo un éxito. A finales de abril, cuatro ataques sucesivos contra el puerto de Rostock se saldaron con unos resultados similares, lo que llevó a Goebbels a anotar histérico en su diario: «La vida de comunidad en Rostock ha tocado prácticamente a su fin». El 30 de mayo Harris escenificó un extraordinario golpe de efecto. Con la ayuda de pilotos expertos y del Mando Costero de la RAF, lanzó 1046 bombarderos contra la gran ciudad de Colonia, infligiendo gravísimos daños.

El mérito principal de la «Incursión de los Mil», así como el de otras llevadas a cabo a continuación contra las localidades de Essen y

Bremen, no fue tanto la herida infligida al Tercer Reich —lograda en parte en 1944-1945—, como sus repercusiones en la opinión pública, que pudo ver a Gran Bretaña respondiendo al enemigo, aunque de una manera que conmocionaría a los más sensibles. En la «Incursión de los Mil» contra Colonia murieron 474 alemanes, pero el 2 de junio el *New York Times* elevaría esta cifra a veinte mil. En un cablegrama, Churchill dijo a Roosevelt: «Espero que nuestro ataque aéreo masivo contra la ciudad de Colonia os dejara impresionado. De éstos habrá muchos más».

Durante los años 1942 y 1943 la propaganda británica habló con entusiasmo de las hazañas de sus bombarderos. Churchill mandó un sinfín de mensajes a Stalin, enfatizando el efecto devastador de las ofensivas de la RAF. No es que en general el pueblo británico anhelara vengarse de la población civil de Alemania, pero muchas veces sucumbió a sensaciones como la de la ciudadana londinense Vere Hodgson, que escribió: «Mientras estaba acostada en la cama la otra noche, pude oír el intenso estruendo de los motores de nuestros bombarderos que se dirigían a Hamburgo... Es una sensación reconfortante... Me di la vuelta perezosamente y me puse a pensar, recordando aquellos meses horribles en los que oír un ruido proveniente del cielo significaba que los alemanes iban a verter muerte y destrucción sobre nosotros... Es inevitable pensar que no está mal que los alemanes conozcan esta sensación. Tal vez haga que no vuelvan a poner en marcha la máquina tan alegremente».

Más tarde, cuando se formaron los grandes ejércitos aliados, el entusiasmo de Churchill por los bombardeos disminuyó. Pero en 1942 estaba exultante con esas ofensivas estratégicas porque no tenía nada más. En contra, una vez más, de lo que se ha pensado, nunca vio en sir Arthur Harris a un alma gemela. El mariscal cenaba a veces en Chequers, pero simplemente porque su cuartel general en Fligh Wycombe no distaba mucho de esta mansión. No obstante, Desmond Morton fue uno de los que pensaban que el primer ministro consideraba a Harris un gran líder de las fuerzas aéreas, pero bastante antipático como persona. Después de la guerra, Churchill comentaría a propósito del comandante en jefe del Mando de Bombarderos: «Un buen jefe en el ámbito militar, pero había algo de tosco y ordinario en él». Sin embargo, en los malos tiempos —y 1942 fue un año verdaderamente aciago—, reconoció que Harris era un hombre de acero, en un momento en el que muchos otros comandantes no supieron estar a la altura de las circunstancias y se vinieron abajo por el peso de las responsabilidades que les habían encomendado.

Desde un principio, los bombardeos de zona levantaron fuertes críticas desde el punto de vista estratégico y moral, tanto dentro como fuera del Parlamento. Clement Attlee, líder del Partido Laborista y viceprimer ministro del gobierno, se mostró constantemente crítico en privado, por cuestiones morales y por pragmatismo. Hacía hincapié en la necesidad de bombarderos que apoyaran las operaciones terrestres y navales. En el ámbito público, el *New Statesman* sostenía que era perverso colmar de elogios la

fortaleza mostrada por la población civil de Malta durante los ataques aéreos de las fuerzas del Eje, y no reconocer el castigo que implicaban los ataques contra Alemania por parte de las fuerzas aéreas británicas. «Lo desastroso de esta política es que no sólo es infructuosa», dijo ante la Cámara de los Comunes el profesor A. V. Hill, un distinguido científico diputado por la Universidad de Cambridge, «sino que supone todo un despilfarro, un despilfarro que será aún mayor a medida que pase el tiempo». Pero las palabras de Hill reflejaban sólo la opinión de una modesta minoría.

Había una razón poderosa para reconocer la necesidad de llevar a cabo bombardeos de zona. Uno de los principales compromisos de la industria británica fue la creación de una fuerza masiva de aviones pesados. Dicho compromiso se vio cumplido sólo en 1944-1945, en unas circunstancias estratégicas muy distintas. Las críticas más pertinentes a la política de bombardeos de 1942-1943 aducían que el fervor de los aviadores por demostrar que sus acciones podían tener por sí solas un impacto decisivo en el desarrollo de la guerra hacía que se opusieran, incluso de manera harto obsesiva, a las llamadas a la diversión de aviones pesados a otro tipo de operaciones, principalmente relacionadas con la batalla del Atlántico. En mayo de 1942 John Kennedy escribía que la ofensiva de los bombarderos «puede ser llevada a cabo únicamente a expensas de nuestro dominio del mar y nuestras operaciones militares en tierra. Acabo de echar una ojeada a un viejo documento de [Winston] escrito en septiembre de 1940, que empieza diciendo “La marina puede hacer que perdamos la guerra, pero sólo las

fuerzas aéreas pueden ganarla...”. Estoy convencido de que los acontecimientos demostrarán que esta idea ha sido un gran error». Cherwell apoyó a Harris en su oposición al envío de refuerzos al Mando Costero, pero seguramente uno y otro estuvieran equivocándose. Son muchos los testimonios que indican que, incluso con unos pocos escuadrones más, habrían podido alcanzarse mayores logros en los combates contra submarinos enemigos —que supusieron una verdadera amenaza hasta bien entrado 1943— que los obtenidos durante el mismo período con las incursiones aéreas contra Alemania. Pero la marina defendió sus argumentos con poca habilidad y sin mucha astucia. El almirante sir John Tovey, comandante en jefe de la flota de defensa de la nación, expresó sus protestas, diciendo que las ofensivas de los bombarderos eran simplemente «un lujo, no una necesidad». Sus palabras enfurecieron al primer ministro, que ya estaba muy molesto por la reticencia de Tovey a ver peligrar sus naves poniéndolas al alcance de la aviación alemana que operaba desde bases en territorio noruego. Churchill decía de Tovey que era «un hombre terco y obstinado», y se alegró mucho cuando en mayo de 1943 el almirante fue sustituido por sir Bruce Fraser, supuestamente más agresivo. La dificultad de los almirantes consistía en que su cuerpo no sólo tenía una misión indispensable, esto es, mantener abiertas las rutas marítimas a Estados Unidos, Rusia, Malta, Egipto y la India, sino que también debía desempeñar funciones defensivas. Como diría Churchill, la flota era responsable de impedir que Gran Bretaña perdiera la guerra, pero sus barcos no

podían ganarla. El Almirantazgo hizo un flaco servicio a su propia causa con su insistencia en que la RAF no escatimaba esfuerzos —y toleraba un gran número de bajas— en sus bombardeos contra los inexpugnables escondites de los submarinos alemanes en el noroeste de Francia, y en sus operaciones de patrullaje por el golfo de Vizcaya. A los hombres de la marina les habría ido mucho mejor de haber insistido en la cuestión crítica de la cobertura aérea directa en las rutas marítimas que seguían los convoyes en el Atlántico, dificultando así enormemente las operaciones de los submarinos alemanes.

Churchill tenía en gran estima a la marina real como cuerpo de combate, pero no apreciaba tanto a la mayoría de sus comandantes, los cuales parecían oponerse constantemente a sus proyectos más queridos. No es de extrañar su enfado, pues la Marina, a pesar de los apoyos prestados, no había conseguido dominar las técnicas para repostar combustible en alta mar, limitando así las capacidades de los grandes buques de guerra. Pero, incluso después de sufrir la pérdida del *Prince of Wales* y el *Repulse*, el primer ministro siguió sin reconocer la vulnerabilidad de los barcos a los ataques aéreos. La mayoría de sus comandantes navales fueron buenos profesionales, con los que Gran Bretaña tuvo la suerte de contar. Para ellos resultaba mortificante ver cómo su valentía era puesta en entredicho implícita e incluso explícitamente, cuando era perfectamente justificado que intentaran evitar la pérdida gratuita de grandes naves cuya sustitución habría tardado años en conseguirse. No obstante, habrían podido, al igual que los

generales, demostrar una mayor comprensión del objetivo primordial que tenía el primer ministro: poner de manifiesto ante el mundo que Gran Bretaña no sólo estaba capacitada para luchar, sino que deseaba combatir con energía al enemigo, que quería hacer algo más que limitarse a sobrevivir al bloqueo y a los bombardeos aéreos.

Y de ahí surgió la cuestión de las ofensivas con bombarderos. Churchill parece que no se equivocó al dar su beneplácito en este sentido, especialmente en un momento en el que las fuerzas armadas británicas se mostraban tan poco activas, pero sí parece que no estuvo acertado cuando permitió que esas operaciones tuvieran prioridad absoluta en las misiones encomendadas a la RAF por todo el mundo. La concentración de fuerzas es importante, pero también lo es un reparto prudente de los recursos entre los distintos frentes críticos, de los cuales uno era sin duda la campaña del Atlántico. Por una ironía característica de la guerra, los bombardeos sobre Alemania fueron lo que más entusiasmó a Churchill durante el período de 1941 y 1942, precisamente cuando fueron las operaciones que menos resultados producían. Después, perdieron interés para él. En 1943, el Mando de Bombarderos comenzó a obtener grandes frutos con sus ataques contra las industrias del Ruhr, frutos que habrían podido ser más importantes si la dirección económica de las operaciones de Harris hubiera sido más imaginativa. En 1944-1945, su impacto en las ciudades alemanas fue devastador, pero la política de objetivos americana permitió que las fuerzas aéreas de Estados Unidos se alzaran con

las principales victorias de la batalla que se libraba en el cielo contra la Luftwaffe y las fábricas de combustible sintético. En el último volumen de sus memorias de la guerra, Churchill habla del Mando de Bombarderos sólo en una ocasión, y lo hace de pasada y con tono crítico.

\* \* \* \*

El 1 de abril de 1942 Churchill escribía las siguientes palabras a Roosevelt: «Me parece muy difícil llegar a Singapur, pero espero que podamos rescatarla dentro de poco». Pero las malas noticias no paraban de llegar. El día 4 una flota de combate japonesa que recorría el océano Índico lanzó un ataque aéreo contra Ceilán. Durante los días siguientes, la aviación enemiga hundió dos cruceros de la marina real y un portaaviones, el *Hermes*. Mandalay cayó, y a los británicos no les quedó más remedio que retirarse de Birmania, cruzando el río Chindwin, hacia el noreste de la India. Malta estaba en graves aprietos, debido a los constantes ataques aéreos de las fuerzas del Eje. Los convoyes que se dirigían a Rusia sufrían graves pérdidas por culpa de los ataques de la aviación y los submarinos alemanes: en abril se perdieron cinco de sus nueve barcos. Sólo ocho naves de las veintitrés que zarparon en el siguiente convoy llegaron a su destino, pues catorce de ellas tuvieron que dar media vuelta debido a los témpanos flotantes. Churchill instó a Stalin a proporcionar mayor cobertura aérea y naval a la marina real en las últimas etapas de la travesía del Ártico, pero los rusos no tenían la capacidad ni los medios necesarios para ello. Y tampoco tenían demasiadas ganas. Los marineros y los



pilotos británicos que se aventuraban a desembarcar en Múrmansk y Arcángel quedaron tristemente sorprendidos por la frialdad con la que eran recibidos. Parecía que en ningún lugar los esfuerzos de los británicos conseguían que brillara el sol. Aquella primavera Alan Brooke vio al primer ministro sumamente insatisfecho: «El CIGS [Jefe del Estado Mayor General del Imperio] dice que WSC [Winston S. Churchill] suele estar de muy mal humor estos días», escribía John Kennedy el 7 de abril.

En un momento de la guerra tan horrendo como ése, resulta muy curioso comprobar cuánta tinta se vertió en los periódicos para hablar de las necesidades y las perspectivas de la reconstrucción de posguerra. Este hecho enfurecía al primer ministro, quien expresó su exasperación por tener que preocuparse por lo que denominaba «problemas hipotéticos de la posguerra en medio de una lucha encarnizada, cuando esa misma cantidad de reflexiones concentrada en la cuestión de los tipos de avión habría tenido muchos más resultados». Pero, a diferencia de Churchill, muchos ciudadanos de a pie consideraban la guerra una experiencia poco reconfortante y muy deprimente. El presente sólo resultaba soportable si se podía mirar más allá, a un futuro mejor.

En la prensa aparecían constantemente artículos y cartas en los que se abordaba un aspecto u otro de un mundo sin guerra. Ya en 1940, concretamente el 4 de septiembre, un lector de *The Times* llamado P. C. Loftus pedía en una carta que «esta nación no se encuentre que no está preparada para la paz, del mismo modo que se encontró que no estaba preparada para la guerra». Otro lector

que firmaba con el seudónimo de «Sailor» escribió al *New Statesman* el 21 de febrero de 1942 en los siguientes términos: «Los hombres se preguntan para qué están luchando. Esos tópicos tan manidos de “Libertad” y “Patria” ya no satisfacen a nadie. Se sospecha que las cosas no irán como deberían ir después de la guerra, que, al fin y al cabo, estamos luchando por la propiedad y los intereses privados». El destacado intelectual socialista Harold Laski protestaba por la negativa de Churchill a declarar su compromiso de llevar a cabo un cambio social: «Parece no darse cuenta de que los pasos que ahora demos determinarán forzosamente el modelo de sociedad que adoptaremos cuando la guerra acabe». En uno de sus editoriales, *Statesman* decía: «Resulta difícil encontrar a un miembro activo y observador del Partido Laborista que no piense que al final de la guerra las fuerzas privilegiadas van a estar más atrincheradas en el poder de lo que estaban al principio».

Este tipo de sentimientos, esa corrosiva desafección que crecía entre la sociedad británica, se entendía mucho más allá de los confines de la izquierda política. «Esta nación se ha hecho muy blanda», escribía con tristeza John Kennedy en su diario el 23 de febrero de 1942. «El pueblo no quiere luchar por el imperio. Supongo que a la mayoría de la gente le importa bien poco tener o no un imperio, mientras puedan llevar una vida tranquila y sin dificultades. No se da cuenta de que una dominación alemana sería algo muy desagradable... Creo que la gente quiere algo más de los políticos. Por ninguna parte se percibe la sensación de urgencia. No sabemos por qué luchamos. La Carta del Atlántico no basta como ideal para frenar el fanatismo

de los alemanes y los japoneses». Los oficiales encargados de dos centros de instrucción básica confesaron al responsable de una investigación sobre la moral entre los hombres que la inmensa mayoría de sus reclutas «carece de entusiasmo y de interés por la guerra, y demuestra su ignorancia de lo que hay en juego».

\* \* \* \*

El 6 de marzo de 1942 el *Spectator* decía en su editorial: «La fibra de la nación es en la actualidad evidentemente distinta de cómo era en aquellos días de 1940; días de los que el primer ministro pudo hablar, con un tono cargado de convicción universal, como nuestro mejor momento. Pero ahora nadie puede pretender que estemos pasando por nuestro mejor momento». Al igual que su homólogo del *New Statesman*, el autor de este artículo pensaba que el pueblo británico carecía de una fe que lo impulsara, como la que impulsaba al pueblo ruso: « ¿Por qué actualmente los hombres y mujeres de Gran Bretaña esperan que llegue una inspiración del exterior? ¿Por qué escuchan atentos para oír una voz? ¿No hay ninguna voz entre nosotros? ¿Acaso hacemos oídos sordos a lo que se necesita?».

En mayo de 1942 la revista americana *Fortune* dedicó un número entero al mundo de posguerra. Henry Luce, propietario de la publicación, invitó al ministro de Asuntos Exteriores británico a contribuir con un artículo sobre la opinión de su propio país. Eden declinó la invitación, lo que provocó que un funcionario del departamento de Estados Unidos en el Ministerio de Exteriores inglés, un tal C. R. King, expresara su disgusto. A su juicio, era un grave error despreciar la oferta de Luce. Pero se daba cuenta de

dónde estaba el problema. Eden no tenía ni idea de lo que debía decir: «Que yo sepa, el gobierno de Su Majestad no ha formulado (ni mucho menos ha anunciado) ninguna idea acerca de esta problemática más allá de lo expresado en la Carta del Atlántico». King añade que en Estados Unidos casi todo el mundo coincidía en «que América será, después de alcanzar una victoria total, un país sin rival desde el punto de vista militar y económico». El *The Economist* desafió a Churchill en uno de sus editoriales: «¿Cuándo ha pronunciado el primer ministro uno de sus grandes y elocuentes discursos sobre la cuestión, no de la estrategia mundial, sino de las esperanzas y temores del pueblo británico? Mientras permanezca mudo, el conservadurismo, la postura política dominante en Gran Bretaña, permanece mudo, y los americanos creerán inevitablemente que tal vez lo único que saben hacer los conservadores sea conservar».

Churchill era del agrado de pocos intelectuales, y viceversa. Nutría una aversión especial contra Michael Foot, periodista de izquierdas y uno de los autores de *Guilty Men*, el célebre alegato de 1940 contra los partidarios de la política de apaciguamiento de antes de la guerra. Churchill consideraba que era pura hipocresía, como lo era de hecho, que los autores de esta obra se hubieran dedicado a atacar a los «hombres de Múnich», cuando el propio Partido Laborista de Foot se había opuesto al rearme antes del estallido de la guerra. La preocupación de los intelectuales por la Gran Bretaña de posguerra exasperaba al primer ministro, en un momento en el que él luchaba denodadamente para encontrar los medios con los

que evitar la destrucción de la libertad de Europa. Pero en este tema, sus instintos no sintonizaban con los de la opinión pública. Cuando *Picture Post* dedicó un número entero a «la Gran Bretaña que esperamos construir cuando finalice la guerra», esta revista recibió dos mil cartas de sus lectores. La indiferencia de Churchill por el Informe Beveridge, que sentaba las bases del Estado del Bienestar, tras su publicación en diciembre de 1942, estaba completamente reñida con el entusiasmo popular con el que fue recibido. El propio sir William Beveridge criticó con frecuencia por escrito el gobierno de Gran Bretaña durante la guerra. Antes incluso de elaborar su informe, un día en el que se debatía en el gabinete acerca de la «actitud poco satisfactoria de los trabajadores en general... Archie Sinclair señaló que lo que necesitábamos en realidad para tranquilizar a la opinión pública era una victoria. Winston lo supo resumir diciendo que lo que queríamos claramente era una victoria sobre Beveridge».

A comienzos del mes de abril, la luna de miel de Churchill con Roosevelt se vio bruscamente interrumpida. El primer ministro había planificado realizar un viaje a la India, para hablar de la defensa y el futuro constitucional de esta colonia, pero las continuas crisis hacían que pareciera poco apropiado que abandonara Londres para desplazarse a un lugar tan lejano. En su lugar fue enviado Stafford Cripps, con la orden de entrevistarse con los líderes nacionalistas de la India para discutir sobre una posible forma de autogobierno una vez concluida la guerra. Las conversaciones no tardaron en llegar a un punto muerto. El

Congreso Nacional de la India, de mayoría hindú, se oponía a posponer esa fórmula e insistía en su acceso inmediato al poder político. Cripps informó de la situación a Londres, tras lo cual Londres ordenó su regreso. Churchill había esperado, y de hecho deseado, ese mismo resultado. Estaba plenamente satisfecho, pues se había hecho el gesto, y era en Cripps en quien recaía el oprobio del fracaso.

El 11 de abril, sin embargo, Roosevelt mandó un cablegrama a Churchill diciéndole que Cripps debía quedarse en la India para presidir la creación de un gobierno nacionalista. Y añadía que la opinión pública de Estados Unidos era abrumadoramente hostil hacia Gran Bretaña en este tema: «Casi todo el mundo considera que se ha llegado a un punto muerto por culpa de la reticencia del gobierno británico a conceder a los indios su derecho de autogobierno... [si] ambas partes hacen pequeñas concesiones, creo que todavía puede alcanzarse un acuerdo». Muchos americanos identificaban explícitamente la delicada situación de la India en aquellos momentos con la de su propio país antes de la revolución de 1776. «Usted es el mejor, usted es Mahatma Gandhi», escribiría eufóricamente Cole Porter, reflejando el enorme entusiasmo que levantaba entre sus paisanos el gurú del movimiento por la independencia de la India. Este sentimiento amargaba a Churchill. Incluso en otros tiempos mejores, su paciencia con el pueblo de la India había sido escasa. Su visión no había cambiado desde que prestara servicio en este país como subalterno de caballería a finales del siglo XIX. En opinión de Leo Amery, secretario de Estado

para la India, Churchill era «una extraña combinación de grandes y pequeñas cualidades... Su postura respecto a la cuestión de la India no es muy normal que digamos». El primer ministro se oponía, por ejemplo, a conceder a los oficiales indios poderes disciplinarios sobre los soldados británicos. Clamaba contra «la humillación que supone recibir órdenes de un hombre de piel oscura».

Churchill no quería ni oír hablar de las aspiraciones políticas de la India en un momento en el que el ejército japonés se encontraba a las puertas. Nadie podía esperar que olvidara que el Mahatma se había ofrecido para mediar la rendición de Gran Bretaña a Hitler, a quien el adalid de la no violencia y abanderado de la libertad de la India había calificado de «un hombre no tan malo». En 1940 Gandhi había escrito una carta abierta al pueblo británico, instándolo a «deponer las armas y aceptar el destino que decida Hitler. Invitaréis a *Herr* Hitler y al *Signor* Mussolini a tomar lo que quieran de los países que llamáis vuestras posesiones. Dejad que tomen posesión de vuestra hermosa isla con su sinfín de hermosos edificios. Les daréis todo esto, pero no vuestra alma y vuestra mente».

Pero lo peor fue, sin embargo, el intento por parte del presidente de Estados Unidos de entrometerse en lo que, a juicio del primer ministro, era un asunto exclusivamente británico. A Churchill nunca se le habría ocurrido aconsejar a Roosevelt acerca del futuro gobierno de una posesión americana como Filipinas. Consideraba que era una pura hipocresía que una nación que había colonizado un continente, expulsando y en gran medida exterminando a su población indígena, y que seguía practicando la segregación racial,

se dedicara a dar lecciones a otros países acerca del trato que debía dispensarse a las poblaciones nativas.

Este episodio fue una primera pequeña muestra, muy mal acogida, de lo que estaba por venir. Estados Unidos de América, socio principal y pagador de la alianza para derrotar al fascismo, tendría una marcada tendencia a ejercer su influencia de manera decisiva en los acuerdos globales de posguerra. Para Churchill, que sólo pensaba en alcanzar la victoria, y que sabía cuán lejos estaba aún en abril de 1942, aquella torpeza de Roosevelt fue sumamente inoportuna. No perdió tiempo en poner de manifiesto su determinación de mantenerse firme ante las pretensiones del Congreso Nacional de la India y su susceptibilidad ante las intromisiones americanas. «Todo lo que pueda suponer una grave diferencia entre usted y yo, me rompería el corazón», escribió en una nota al presidente americano el día 12, «y sin duda representaría una profunda herida para nuestros dos países en el momento más crítico de esta terrible guerra». La convicción de Roosevelt de que los tiempos de los imperios habían acabado se transformaría en la posguerra en una reivindicación con una rapidez que hasta él mismo habría encontrado sorprendente. El ejercicio del poder de Gran Bretaña sobre el pueblo indio entre 1935 y 1945 fue torpe y violento, y Churchill tuvo parte de culpa. Pero el primer ministro no se equivocaba cuando decía que cualquier cesión de poder en medio de una guerra mundial era algo impensable, especialmente teniendo en cuenta que la postura del Congreso Nacional de la India ante la causa de los aliados era bastante ambigua.



La primavera de 1942 trajo consigo algunas novedades que sirvieron para levantar el ánimo de los aliados, sobre todo después de que el 4 de mayo la marina de Estados Unidos dañara seriamente la flota japonesa en el curso de la batalla del mar del Coral. Churchill volvió a cambiar de opinión en lo referente a las peticiones de Rusia de que fueran reconocidas sus pretensiones territoriales sobre Polonia y los estados del Báltico. «No debemos olvidar que no es buena cosa», dijo a su gabinete. «No debemos hacerlo, y no me arrepentiré si no lo hacemos». El 5 de mayo fuerzas británicas desembarcaron en Madagascar con el objetivo de frustrar cualquier posible intento de ataque por parte de los japoneses. Churchill escribió a su hijo Randolph: «La depresión después de lo de Singapur ha sido sustituida por un optimismo exagerado, que yo trato, por supuesto, de contener como es debido». Se sentía muy herido por las críticas de las que había sido objeto desde enero. El 10 de mayo, antes de una alocución por radio, escribió unos pasajes que más tarde —y sin duda sabiamente— prefirió omitir, pero que reflejaban el dolor que había venido padeciendo en los últimos meses:

*Todo el mundo se siente más seguro ahora, y en consecuencia el hermano más débil protesta levantando más la voz. A nuestros críticos les falta tiempo para hablar largo y tendido de las desgracias y reveses que hemos padecido, y evidentemente no voy a ser yo quien diga que no se han cometido numerosos errores y deficiencias. En particular, recibo muchas críticas por mi manera de llevar la guerra por parte de un grupo de antiguos*

*ministros. A estos individuos les encantaría limitar mi poder de actuación y mis iniciativas.*

*Aunque tenga que vérmelas con dictadores, me complace afirmar que yo no soy un déspota. Soy simplemente vuestro servidor. He intentado ser vuestro más fiel servidor, pero en cualquier momento podéis, actuando a través de la Cámara de los Comunes, relegarme a la vida privada. Hay una cosa, sin embargo, que espero que no hagáis; espero que no me exijáis nunca, ni a mí ni a cualquier otro que elijáis para sucederme en el cargo, que soporte la carga de la responsabilidad en unos tiempos como éstos sin disponer de la suficiente autoridad y de los medios necesarios para tomar decisiones.*

El 12 de mayo de 1942 Hugh Dalton escribió: «Cena con [el diputado *tory*] Victor Cazalet, que considera que es imposible que ganemos la guerra con el primer ministro actual. Sin embargo, no propone ninguna alternativa mejor». Como si no hubiera otro, tuvo que ser el rey Jorge VI quien sugiriera al primer ministro en el curso de un almuerzo que la carga que suponía ejercer como ministro de Defensa probablemente resultara excesiva para él, preguntándole torpemente a continuación si había algún otro aspecto de la vida pública que fuera de su interés. Pero la dificultad que tendría Churchill a partir de entonces sería que el gran desafío a su autoridad no vendría de las voces críticas que lo atacaban desde Gran Bretaña, sino del poderoso socio de su país, Estados Unidos de América. Cuando el 15 de abril Harry Hopkins se dirigió a los

miembros de la Cámara de los Comunes, quiso reforzar la posición de Churchill, afirmando que era «el único hombre que entiende realmente a Roosevelt». Pero el americano también declaró con franqueza que, como informaría Harold Nicolson, «hay mucha gente en Estados Unidos que dice que somos cobardes y que no nos atrevemos a luchar».

En una carta a Wavell, Dill hacía desde Washington la siguiente reflexión: «Uno de los problemas es que lo queremos todo de ellos, desde barcos hasta cuchillas de afeitar, y nosotros a cambio sólo podemos prestarles servicios, y en la mayoría de los casos servicios ya prestados». Un perspicaz oficial británico, Arthur Salter, escribía a comienzos de 1942: «Debemos aceptar que la política se decidirá cada vez más en Washington. Actuar como si [la política] pudiera ser decidida en Londres e “impuesta” a Washington, o como si la política británica pudiera desarrollarse de manera independiente y sólo fuera “coordinada” con la de América, es simplemente dar coces contra el aguijón». El primer ministro estaba al frente de una nación que en aquellos momentos de la guerra parecía confinada a desempeñar el papel de víctima, no sólo del enemigo, sino también de su nuevo y poderoso aliado. Sin dejarlo traslucir, anhelaba recuperar la iniciativa en algún campo de batalla. Sus generales, sin embargo, no ofrecían la perspectiva de llevar a cabo acción ofensiva alguna antes del otoño. En medio de la profunda desafección de la opinión pública durante la primavera y el verano, ese tiempo de espera le pareció a Churchill una eternidad.

## Capítulo 10

### Soldados, jefazos y «gandules»

#### **Contenido:**

§. *Un ejército acorralado*

§. *El frente interno*

#### **§. Un ejército acorralado**

Al final Churchill se reconcilió con el hecho de que las derrotas británicas a manos de los nipones serían irreversibles hasta que cambiara el curso de la guerra. A partir de entonces, pues, reconociendo el dominio americano en la estrategia para Extremo Oriente, comenzó a dedicar mucho más tiempo a la guerra contra Alemania que contra Japón. Sin embargo, seguía estando sumamente consternado por los fracasos de las fuerzas de Auchinleck en el desierto oriental, donde la comparación de fuerzas sobre el papel mostraban una clara superioridad británica e indicaban que la victoria estaba al alcance de la mano. En una reunión con sus jefes militares dijo una y otra vez: «No sé qué podemos hacer por ese ejército; parece que todos nuestros esfuerzos por ayudarle hayan sido en vano». Ya en 1941, Cadogan había escrito desde el Ministerio de Exteriores: «Nuestros soldados son unos aficionados patéticos si los comparamos con los profesionales... Los alemanes son excelentes combatientes, y su Estado Mayor General está formado por verdaderos maestros en el arte de la guerra. Wavell y los demás no pueden compararse con

ellos. Es como si me pusieran a mí a competir con Bobby Jones en una partida a treinta y seis hoyos. Aprenderemos, pero será una tarea larga y dolorosa». Pero al cabo de un año daba la impresión de que el ejército británico y sus comandantes todavía no habían «aprendido» nada. A raíz de los desastres en Extremo Oriente, Cadogan escribiría: « ¿Qué ocurrirá si los alemanes llegan aquí? ¡Nuestro ejército es el hazmerreír del mundo!».

Los generales del ejército de tierra de Gran Bretaña eran conscientes del bajo rendimiento de su cuerpo, pero consideraban injusto que su propio primer ministro mantuviera una clara postura de acoso con sus críticas e incluso con su desprecio hacia esta arma del ejército. Se habían sentido obligados, especialmente entre 1940 y 1942, a emprender campañas militares sin los recursos adecuados, a raíz de las políticas de defensa del período de entreguerras impuestas por el Partido Conservador, que seguía teniendo el control del gobierno (aunque, por supuesto, no por el propio Churchill). En el United Service Club, en Pall Mall, los generales solían lamerse las heridas infligidas por el primer ministro, mientras que los oficiales de rango inferior lo hacían en el vecino Army and Navy Club —el «Rag»—, instituciones ambas que desempeñaban un importante papel social. Estos centros no eran simples cotos privados para los cotilleos de los distintos cuerpos, sino lugar de reunión de importantes cónclaves. En medio del desfile diario de espléndidos oficiales con sus condecoraciones rojas por el comedor, Sam Brownes formaba parte allí de una audiencia menos privilegiada de guerreros retirados, propensos a escuchar

disimuladamente las conversaciones ajenas y a pedir insistentemente algún trabajo. Fue por esta razón por la que al final «Pug» Ismay decidió frecuentar el White's Club en St. James's Street. Los miembros de esta institución eran importantes desde el punto de vista social, pero insensibles en lo concerniente a estrategias, lo que le permitía degustar sus almuerzos en paz y tranquilidad. Sus compañeros de mesa «carecían de ideas brillantes para poder ganar la guerra, y tenían la educación de no ponerme en aprietos formulándome preguntas que me habría sido muy difícil responder». Hasta 1943, y en menor medida a partir de ese año, los soldados del ejército de tierra de Gran Bretaña gozarían de mucho menos prestigio que sus compañeros de la marina y las fuerzas aéreas. Los desplantes y las intemperancias de Churchill provocaban enfados y aflicción a los oficiales navales, empezando por sir Andrew Cunningham, sir James Somerville de la Fuerza «H» y sir John Tovey de la flota de defensa nacional. Pero incluso cuando la marina sufría algún severo revés o una grave pérdida, su honor y su reputación colectiva no se veían alterados. No puede decirse lo mismo del ejército de tierra, que ocupaba un lugar social más seguro en la vida de Gran Bretaña que el que tenía su homólogo en Estados Unidos, y atraía hacia sus elegantes regimientos a sucesivas generaciones de jóvenes aristócratas. Sin embargo, era mucho menos efectivo como institución militar. Por cada oficial brillante que tenía, como, por ejemplo, Brooke, Ismay o Jacob, había otros cien que carecían de talento, energía e imaginación y que, no obstante, cumplían con sus obligaciones envueltos en una

nube de complacencia cultural. Raras veces se ponía en duda su coraje, pero sí otras muchas cosas.

Churchill se pasó buena parte de la primera mitad de la guerra buscando, cada vez más desesperadamente, comandantes capaces de obtener victorias en campañas terrestres. Durante su larga experiencia en la guerra, había quedado impresionado por numerosos héroes, pero por pocos generales británicos. En su obra *Grandes contemporáneos* (1932) había hecho un retrato muy poco amable del mariscal de campo sir Douglas Haig, principal conductor de los ejércitos de su país por el baño de sangre de Francia y Flandes durante la primera guerra mundial:

*Mentalmente, en aquellos años teñidos de rojo, lo veo con la imagen de un gran cirujano de los tiempos anteriores a la anestesia, versado en todos los detalles de la ciencia, tal cual la conocía: seguro de sí mismo, con el pulso firme, cuchillo en mano, dispuesto a realizar la operación; enteramente ajeno, por su condición profesional, al sufrimiento del paciente, a la angustia de los familiares, o a las doctrinas de las escuelas rivales, a los recursos de los curanderos o a los primeros frutos de los nuevos conocimientos. Operaría sin entusiasmo, o se marcharía sin permitir que le pidieran explicaciones; y si el enfermo acababa muriendo, no se haría reproche alguno.*

Churchill tenía la firme determinación de que en «su» guerra ningún ejército británico estuviera a las órdenes de un oficial como ése. Entre 1939 y 1945 todos los generales llevaron al campo de batalla

una clara conciencia de la animosidad que sentían el pueblo británico y su primer ministro hacia los supuestos «carniceros» de 1914-1918. De hecho, en este bagaje tal vez estuviera una de las razones de aquella cautela característica de sus campañas. Pero las limitaciones militares de Gran Bretaña tenían unas raíces más profundas. Probablemente, a Churchill le habría convenido destinar algunas de las horas que dedicaba a estudiar el semblante y el historial de los comandantes a abordar la cuestión de la cultura institucional del ejército británico. John Kennedy expresó el desconcierto que reinaba en el Departamento de Guerra en los siguientes términos: «Después de grandes esfuerzos, conseguimos reunir diversos recursos en los lugares donde éstos son necesarios, y luego todo parece salir mal, por falta de don de mando por parte de los generales, de liderazgo por parte de los jóvenes oficiales, de tácticas adecuadas y de concentración de fuerzas en enclaves estratégicos».

Clausewitz estableció varios principios, basándose en sus experiencias durante las guerras napoleónicas, cuando observó que la calidad de las armas, la preparación y el potencial de todos los ejércitos europeos eran más o menos similares. Así pues, el militar prusiano consideraba que los resultados venían determinados por el número relativo de comandantes enemigos y por sus respectivas dotes. Aunque esto fuera cierto a comienzos del siglo XIX, es evidente que no lo fue en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando los ejércitos de los aliados y los países del Eje exhibían niveles muy distintos de habilidad y entrega. El empleo de armas



más eficaces por parte de uno u otro bando tuvo en ocasiones efectos decisivos. Clausewitz distinguía tres elementos de la guerra, a saber, política, estrategia y táctica. Churchill tuvo muy en cuenta los dos primeros, pero se olvidó del tercero, o mejor dicho, permitió que sus comandantes lo hicieran.

Gran Bretaña podía sentirse orgullosa de su desprecio por el militarismo. Pero su incapacidad de despliegue de ejércitos eficaces hasta la última fase de la Segunda Guerra Mundial supuso un serio *hándicap*, incluso los oficiales británicos más competentes tuvieron dificultades para conseguir de sus fuerzas unas prestaciones lo bastante buenas como para derrotar a los alemanes o a los japoneses, que, en opinión del primer ministro, ponían mucho más empeño. En cambio, las fuerzas del Eje lograban a veces mejores resultados —especialmente en operaciones defensivas— de lo que Hitler o Hirohito habrían podido esperar de la mediocridad de algunos mandos militares. Rommel, que en 1941-1942 se convirtió en una verdadera obsesión para los británicos, era un buen líder y un experto en táctica, pero su desconocimiento en materia de logística contribuyó en buena medida a que le surgieran tantas dificultades en el norte de África. Sus victorias sobre los británicos fueron un reflejo de la superioridad institucional de su pequeño contingente de hombres y de su inspirado oportunismo. En 1942, desde el desierto, el corresponsal de guerra australiano Alan Moorehead, perspicaz testigo ocular de excepción, escribió, en una especie de declaración a los lectores británicos mientras la guerra seguía su curso: «Rommel ha sido mejor general que cualquiera de

sus homólogos del bando británico, y sólo por una razón: porque el ejército alemán ha sido mejor que el británico. Rommel no es más que la expresión de ese ejército alemán mejor capacitado».

Esta observación parece identificar una dificultad fundamental que tuvieron los aliados. Las derrotas del VIII Ejército en el norte de África en 1941-1942, infligidas prácticamente siempre por tropas alemanas con un número inferior no sólo de hombres, sino también de fuerzas blindadas, reflejaban a todas luces un liderazgo inapropiado. Pero también eran fruto de métodos deficientes y falta de determinación. Y la opinión pública era cada vez más consciente de ello. Pam Ashford, secretaria de Glasgow, escribía el 24 de junio de 1942: «Hay una sensación general de que algo va mal con nuestras fuerzas... La señora Muir considera que son nuestros generales los que no pueden ni compararse con los alemanes, pues constantemente se ven superados en táctica». El joven Edward Stebbing, técnico de laboratorio y excombatiente, contaba: «Cada vez más se tiene la sensación de que estamos sufriendo estos reveses en Libia y Extremo Oriente no sólo por nuestra inferioridad numérica y nuestra falta de equipamiento, sino también porque el enemigo es en realidad demasiado inteligente para nosotros, o más bien nosotros somos demasiado estúpidos para el enemigo».

En cierta ocasión, Ivan Maisky, embajador soviético en Londres, comentó a Hugh Dalton que encontraba a los soldados británicos indefectiblemente estirados y formales, en comparación con sus compañeros de otros cuerpos. A su juicio, el ejército de tierra, a

diferencia de la marina real y la RAF, carecía de confianza en sí mismo.

Y era así. El general Pownall escribió después de los desastres de Extremo Oriente:

*Nuestros [oficiales de carrera] consideran [la guerra] un intervalo desconcertante, bastante agotador y característicamente peligroso de los días más felices, cómodos y deseables de los tiempos de paz... Necesitamos... un ejército más duro, basado en una nación más dura, un ejército que la gente contemple como una profesión honorable a la que sólo los mejores pueden tener acceso; un ejército que esté preparado para vivir con dureza, no con blandura, en tiempos de paz, y se sienta orgulloso de ello. Uno cuyas tradiciones no se basen en la historia de sus regimientos exclusivamente, sino en la historia de todo el ejército de Gran Bretaña; un ejército en el que se compita en eficiencia, no en juegos o en conciertos de gaitas o de bandas musicales... El entrenamiento debe ser más duro, los ejercicios no deben programarse para que sus horarios encajen con los de las comidas. A la infantería no debería permitírsele expresar cansancio... Debemos cultivar agilidad mental y agilidad física; por ejemplo, la imaginación. Y debemos amputar esa gran «cola» que tanto estorba y cuyo peso, más que ayudar, retiene e impide «mostrar los dientes».*

El sistema de regimientos era a veces una fuente de inspiración, pero también daba lugar a menudo, como se desprende de los

comentarios de Pownall, a actitudes que se caracterizaban por su estrechez de miras, lo que impedía la cohesión de formaciones más grandes. Los soldados profesionales alemanes, americanos y rusos pensaban en divisiones; los británicos lo hacían siempre en regimientos, esa querida «familia militar». Hasta el final de la contienda, la opresiva influencia del sistema centralizado y jerárquico de los mandos, junto con la ausencia de unos principios de combate comunes a todo el ejército, obstaculizaría las operaciones en los teatros de la guerra. Los métodos del VIII Ejército para la recuperación de vehículos inutilizados en el campo de batalla —una técnica esencial para maximizar la capacidad de combate— distaban mucho de los seguidos por el *Afrika Korps*. Las unidades blindadas británicas, imbuidas del carácter de una caballería montada, permanecían puerilmente aferradas a las acciones en solitario. En el desierto, como en Crimea un siglo antes, la caballería británica cargó; y fue destruida. Y esto sucedió a pesar de que desde 1940 los alemanes habían venido demostrando prácticamente a diario la importancia de coordinar los carros de combate, los cañones antitanque y la infantería, de modo que, entre todos, se apoyaran unos a otros.

Las unidades británicas, así como el liderazgo del ejército, dejaban mucho que desear. En el campo de batalla, los elementos locales raras veces mostraban iniciativa, sobre todo cuando se veían superados en táctica. Los soldados enzarzados en tensos enfrentamientos mostraban a veces una firme determinación, pero a veces también caían, emprendían la retirada o se rendían con más

rapidez de la que sus comandantes consideraban aceptable. El estilo de vida sibarita del gran cuartel general de la retaguardia instalado en los alrededores de El Cairo sorprendió a muchos visitantes, sobre todo americanos, por no hablar de algunos británicos, como los ministros Oliver Lyttelton y Harold Macmillan. Allí, de hecho, se produjo una nueva manifestación del «ejercicio del liderazgo desde el castillo», tan condenado por las voces críticas que pusieron en entredicho la actuación del ejército británico en la primera guerra mundial, pero esta vez, en lugar de ejercerse desde el castillo, se hacía desde el Shepheard's Hotel y el Gezireh Club.

La desidia y la corrupción se extendían por los talleres y las bases de la zona de retaguardia, donde a decenas de millares de soldados británicos indiferentes al desarrollo de la guerra se les permitía seguir con su vida cotidiana de indolencia, dedicándose a vender provisiones, combustible e incluso camiones en su propio beneficio. «Gasolina, alimentos, suministros del servicio de cantinas y economatos para las fuerzas armadas, motores de vehículos, herramientas, neumáticos y ropa; en resumidas cuentas, a Egipto llegaba un espléndido botín para que echara mano de él quien quisiera», escribiría disgustado un coronel responsable de un conjunto de depósitos de pertrechos, y que no estaba sorprendido por la falta de «control» por parte de los altos cargos ni por la indolencia y la corrupción sistemáticas que observaba a lo largo y ancho de la zona de retaguardia del Mando de Oriente Medio. Fue un hecho muy grave que se acusara al ejército de no controlar semejantes prácticas. Incluso a finales de 1943, Harold Macmillan

se quejaría del entonces comandante en jefe de Oriente Medio, sir Henry «Jumbo» Maitland Wilson, porque «los establos de Augías todavía no han sido limpiados». Como la falta de barcos limitaba todas las operaciones de los aliados, la pérdida de materiales y suministros transportados en condiciones tan difíciles a los teatros de la guerra suponía una desventaja por partida doble. Los aliados entregaban a sus soldados todo tipo de artículos y productos que facilitaran su servicio, absolutamente desconocidos para el enemigo. Esos objetos y mercancías se convertirían en una carga más o menos fácil de soportar en los años de la victoria, pero representaban un considerable agobio económico para el esfuerzo de guerra en aquellos momentos de derrota.

Durante la contienda, en los medios de comunicación británicos se produjo un vivo debate acerca de las deficiencias del equipamiento, las tácticas y los comandantes del ejército. El gobierno no estaba seguro de hasta dónde debía permitir que llegaran las críticas. En diciembre de 1941 Tom Wintringham escribió un artículo para *Picture Post* titulado « ¿Qué ha ocurrido en Libia?». Arremetía contra los mandos, los tanques y los cañones del ejército. Como consecuencia de ello, durante un breve período de tiempo se prohibió la distribución del semanario en Oriente Medio y en las oficinas que tenía el British Council por todo el mundo. Pocos eran los que ponían en duda las palabras de Wintringham. Lo difícil era conciliar la manifestación de una realidad con la imperiosa necesidad de mantener alta la moral de unos hombres que arriesgaban la vida en el campo de batalla, equipados con esas

mismas armas tan poco adecuadas, y capitaneados, a veces, por oficiales verdaderamente mediocres.

\* \* \* \*

En marzo de 1942, el famoso columnista John Gordon lanzó toda su artillería contra los jefes de Estado Mayor de las distintas armas del ejército británico desde el *Sunday Express* de Beaverbrook. Decía que eran unos individuos que habían llegado a tan alto rango simplemente porque una vez finalizada la última guerra en 1918 habían seguido vistiendo el uniforme para poder colocarse en «puestos ventajosos», mientras que sus superiores se ganaban la vida como civiles. «Todo esto», comentaría un general que había leído el despiadado artículo de Gordon, «tiene un efecto devastador en la moral de los hombres. Cuando unos soldados se encuentran acorralados, ¿cómo queremos que combatan cuando se les ha hecho creer que sus líderes son unos hombres de paja?».

En opinión de Brooke y Alexander, entre otros, algunas dificultades del ejército se debían a que sus mejores líderes potenciales, los que habrían debido ser los generales de la Segunda Guerra Mundial, habían perecido en la anterior contienda contra el káiser. Tal vez tuviera una importancia marginal el hecho de que el ejército alemán hubiera puesto mayor empeño que el británico en economizar vidas de jóvenes oficiales prometedores, al menos hasta las campañas de 1918, pero no parece acertado atribuir a este dato una mayor relevancia. El meollo de la cuestión estaba en que la cultura militar de Alemania era mucho más imponente. La del ejército británico de antes de la guerra militaba contra el reclutamiento y la promoción

de comandantes inteligentes, imaginativos y despiadados, capaces de dirigir grandes contingentes, o incluso de asegurarse de que sus hombres fueran equipados con armas apropiadas para combatir al enemigo. Había muchos altos oficiales que en realidad habían elegido la carrera militar porque carecían de la energía y el talento necesarios para triunfar en la vida civil. En privado, Brooke estaba bastante de acuerdo con lo que había escrito Gordon. Sus propios arrebatos de melancolía a menudo se producían tras reflexionar sobre la falta de preparación del ejército británico para enfrentarse a la máquina de la Wehrmacht: «Vamos a perder esta guerra a no ser que la conduzcamos de manera muy distinta y que luchemos con mayor determinación... Toda esta situación es verdaderamente deprimente y desesperante... La mitad de los jefes de nuestros Cuerpos y Divisiones son totalmente ineptos para los puestos que ocupan, y, sin embargo, si quisiera destituirlos, ¡no encontraría a otros mejores! Carecen de temperamento, imaginación, iniciativa y capacidad de liderazgo».

Cuando en 1942 fueron relevados de sus cargos en las Fuerzas de Defensa unos mil seiscientos oficiales del ejército de distinto rango, con la intención de introducir sangre nueva, algunos cínicos dijeron que sus sustitutos parecían no distinguirse ni social ni profesionalmente de aquéllos a los que habían reemplazado. Churchill quiso acometer la transformación del carácter social que impregnaba las altas jerarquías del ejército: cuando decidió destituir a Dill como jefe del Estado Mayor General del Imperio, barajó la posibilidad de nombrar como su sucesor al general sir Archibald



Nye. La virtud de Nye —en cualquier caso, siempre a juicio de los políticos— era que, como hijo de un sargento mayor, nadie podía acusarlo de ser un «pijo». Al final, sin embargo, Churchill se dejó convencer de que Nye carecía de la experiencia y las dotes necesarias para ocupar tan importante puesto, y se limitó a darle un ascenso, nombrándolo ayudante de Brooke.

Harold Macmillan pudo comprobar muy de cerca el funcionamiento del ejército británico durante la guerra, y el concepto que tenía de la mayoría de los altos oficiales no puede decirse que fuera precisamente bueno. Acusaba indistintamente a los jefes de Estado Mayor británicos y americanos de rodearse de un montón de acólitos «demasiado estúpidos para emplearlos en algún puesto con funciones operacionales». Tras comentar que había un comandante británico que era «un poco estirado», Macmillan añadía:

*Estos generales administrativos británicos, cuya única experiencia del mundo es un comedor de oficiales en Aldershot o Poona, constituyen un curioso grupo muy estrecho de miras. Parecen ir por todo el mundo sin fijarse en nada de lo que los rodea, con la excepción de sus colegas y sus esposas... y los diversos clubes de las armas del ejército que hay en Londres, El Cairo, Bombay, etc., pero son honorables, trabajadores esforzados, sobrios, limpios y ordenados. Al final de su carrera, sólo sirven para ser secretarios de clubes de golf. La guerra, desde luego, es su gran momento. Si fueran honestos consigo mismos, rezarían desde lo más profundo de su corazón para que se prolongara.*

Eran palabras muy duras, pero no injustas. Churchill estaba convencido de que la ejecución del almirante sir John Byng en 1757 por no haber evitado la caída de Menorca en manos de los franceses había tenido un efecto saludable en las posteriores actuaciones de la marina real. Tenía razón. Después del fusilamiento de Byng, desde las guerras napoleónicas hasta el siglo XX, la conducta de los oficiales navales británicos ante el enemigo reflejaría invariablemente que eran perfectamente conscientes de que podría perdonárseles que perdieran una batalla, pero nunca que evitaran librarla. Cuando se produjo la destitución en Libia del general sir Alan Cunningham, Churchill comentó a Dill las virtudes del precedente que había sentado la ejecución de Byng. El entonces jefe del Estado Mayor General del Imperio respondió tajantemente que semejante visión era anacrónica.

Dill tenía razón. Una brutal demostración de celo como quería el primer ministro no tenía cabida en un campo de batalla moderno, y a menudo había precipitado el desastre. Ni Marlborough ni Wellington ganaron sus batallas con posturas heroicas. Pero el primer ministro estaba en lo cierto cuando decía que los generales debían temer por su carrera si fracasaban. La comprensión social que por instinto demostraba el ejército británico con sus perdedores no era apropiada en una situación como aquélla en la que la nación luchaba por su supervivencia. Incluso alguien tan implacable como Brooke se sintió muy afligido por la destitución de Ritchie, un rotundo fracaso como comandante del VIII Ejército en Libia:

«Aprecio muchísimo a Neil y no quiero ni pensar el disgusto que esto supondrá para él». Algunos oficiales de rango intermedio que habían fallado estrepitosamente en el campo de batalla seguirían encontrando nuevos destinos. A Ritchie se le permitiría más tarde ponerse al frente de un cuerpo en el noroeste de Europa, como si nada. Habría sido más conveniente relegar a esos claros perdedores al olvido como profesionales militares, como a menudo hicieron los estadounidenses. Pero los británicos no sabían actuar así, ni siquiera Brooke.

Una de las causas principales de las numerosas derrotas sufridas en el desierto fue la confianza desmesurada en el movimiento y despliegue de fuerzas, dando erróneamente demasiada importancia a la potencia de fuego. Hasta 1944, los sucesivos modelos de cañón antitanque y de cañón de carro de combate tenían muy poca capacidad perforadora. Resultaba verdaderamente sorprendente que, incluso después de varios años de experiencia en la guerra de blindados moderna, los vehículos de combate de fabricación británica y estadounidense siguieran siendo inferiores a los de los alemanes. Ya en 1917, cuando quedó entusiasmado por primera vez ante lo que significaban los tanques, Churchill había escrito a Archie Sinclair, segundo en el mando de su antiguo batallón, instándolo a renunciar a la idea de hacer carrera como oficial de caballería y que se pasara al cuerpo de blindados: «Así pues, ármate, querido amigo, con la panoplia de la ciencia moderna de la guerra... Súbete a los carros de la guerra y mata a los malvados con armas de precisión». Pero una guerra mundial después, Churchill

no logró garantizar que el ejército británico utilizara unos vehículos blindados comparables al menos con los de su enemigo principal. A partir de 1941, los británicos utilizaron normalmente en el desierto más tanques que los alemanes, a veces un número espectacularmente superior. No obstante, el *Afrika Korps* logró desgastar a su rival de una manera devastadora, aprovechando la superioridad de sus armas y de sus tácticas.

En repetidas ocasiones, los diputados plantearon esta cuestión en la Cámara de los Comunes, pero lo cierto era que su solución transcendía el genio militar y la capacidad industrial. Los tanques americanos eran considerablemente mejores que los británicos, pero también se vieron superados por los alemanes. Hasta el final de la guerra prácticamente, los dos países aliados adoptaron una política deliberada consistente en compensar con la cantidad las deficiencias perfectamente conocidas de calidad de sus tanques. Nadie puede exagerar la importancia de esta deficiencia cuando se analizan las derrotas.

Pero el problema de lo inadecuado de las armas no se limitaba a los carros de combate. En 1941, cuando el Departamento de Guerra tuvo que elegir entre cien unidades de cañones antitanque de seis libras y seiscientos de cañones de dos libras, optó por los segundos. Ese invierno Moscú dijo a Londres que no enviara más cañones de dos libras a Rusia, pues el Ejército Rojo los consideraba inútiles, lo mismo que pensaban las unidades de Auchinleck en el desierto. Sólo a partir de finales de 1942 los de seis libras comenzaron a estar disponibles en cantidades importantes. El Departamento de

Guerra se esforzaría en vano en igualar a los magníficos cañones de 88 mm alemanes, utilizados tanto para la defensa antiaérea como para la destrucción de blindados, y que fueron responsables en el norte de África de la pérdida del 40 por 100 de los tanques británicos, mientras que los tanques de Rommel sólo acabaron con el 38 por 100.

El diseño y la producción de los tanques y los vehículos militares británicos no estaban tipificados, y fueron encomendados a múltiples fabricantes. Del mismo modo que es innegable que la RAF y la marina real supieron aprovechar las innovaciones tecnológicas con un éxito sorprendente, está claro que la culpa del fracaso de las fuerzas terrestres británicas en este sentido, al menos hasta 1944 sin duda, hay que buscarla en los propios jefes de aprovisionamiento del ejército. Las fuerzas terrestres británicas siempre anduvieron escasas de camiones con tracción en las cuatro ruedas. Los niveles de disponibilidad de los vehículos fueron siempre muy bajos. Durante el período de entreguerras, los oficiales encargados del abastecimiento, influenciados por la experiencia de las guerras coloniales, habían sentido un rechazo visceral por las armas automáticas de las secciones, pues, en su opinión, suponían un despilfarro de munición. En los años veinte, el Departamento de Guerra había descartado la utilización de los subfusiles automáticos Thompson por considerarlos «armas propias de los gángsters», pero en 1940 tuvo que apresurarse a comprar todos los que pudo a los americanos. No sería hasta 1943-1944 cuando habría la suficiente disponibilidad de subfusiles automáticos Sten de fabricación

británica. Las tácticas de la infantería carecían de imaginación, especialmente en ataque. La artillería británica, siempre magnífica, protagonizó el único éxito que realmente se cosechó en toda esta historia.

\* \* \* \*

Hasta finales de 1942, el VIII Ejército recibió poco apoyo de la RAF en el norte de África. Las autoridades de las fuerzas aéreas eran, desde el punto de vista institucional, reacias a proporcionar «artillería aérea» a los soldados del ejército de tierra, y sólo desarrollaron, aunque sin mucho entusiasmo, ciertas técnicas de coordinación como las que había venido practicando la Luftwaffe desde 1939. Churchill defendió enérgicamente el derecho de la RAF a realizar unas funciones estratégicas independientes, asegurando que sería desastroso convertir a las fuerzas aéreas en una «simple criada al servicio del ejército». Pero fue una equivocación permitir generosamente que los aviadores tuvieran tanto poder de decisión para fijar sus prioridades. El apoyo aéreo cercano a las fuerzas terrestres fue una táctica que tardó en madurar.

Uno de los errores más perjudiciales de la política de producción aeronáutica fue «la tendencia a cubrir los tiempos de espera de los modelos nuevos que todavía estaban desarrollándose, mediante pedidos de modelos viejos con el fin de mantener sin interrupción la actividad fabril», según cuenta un historiador oficial. «De tres modelos de avión en concreto, el Battle, el Blenheim y el Whitley, se realizaron diversos pedidos mucho después de que pasara la fecha de sustitución fijada originalmente para ellos». Se tenía la idea

equivocada de que era mejor suministrar a la RAF algún avión que ninguno. Pero el Battle y el Blenheim, especialmente, no aportaban nada al poder de combate británico y acababan convirtiéndose en ataúdes para las pobres tripulaciones que se vieron obligadas a volar con ellos en 1940-1941. Los bombarderos Whitley siguieron fabricándose hasta mediados de 1943, aunque posteriormente la RAF dejaría de sacrificarlos enviándolos a Alemania. Llegaron mejores aparatos. El diseño aeronáutico se revelaría como uno de los mayores éxitos de Gran Bretaña durante la segunda mitad de la guerra. Pero en 1942 aún había un número terriblemente bajo de los nuevos bombarderos Mosquito y Lancaster, o de los renovados y mejorados Spitfire y Hurricane. Casi todos los nuevos modelos de avión se utilizaban en aeródromos británicos, en vez de emplearlos como apoyo del ejército de tierra en las batallas que se libraban en Oriente Medio y en el este de Asia.

«Todos los cuerpos de la máquina de guerra alemana parecían ejercer un control más estrecho y riguroso que nuestro ejército», escribió Alan Moorehead. «Uno de los generales británicos de más rango dijo a los corresponsales de guerra... “Todavía somos unos aficionados. Los alemanes son verdaderos profesionales”». A mediados de 1942 este reconocimiento suponía un hecho extraordinario. La actuación del ejército mejoró a finales de ese mismo año, pero, para poder imponerse a los alemanes, las fuerzas británicas —y americanas— seguían necesitando contar con una importante superioridad en hombres, tanques y aviones de apoyo.

Y había algo muy importante de lo que no se hablaba, ni siquiera en los periódicos más críticos con la actuación militar de Gran Bretaña: la idea de que, uno frente a otro, el soldado británico tal vez fuera un combatiente menos resuelto que su rival alemán. El soldado británico era percibido, a veces con razón, como una víctima de la incompetencia de sus superiores, más que como un individuo personalmente responsable de los fracasos de las fuerzas militares de su país. En las conversaciones privadas, sin embargo, y en las de los ministros y los altos oficiales, este tema solía salir a colación. George Marshall deploraba el modo en que Churchill hablaba de los soldados rasos del ejército como «la masa de ineptos», expresión que viene a reflejar lo poco que el primer ministro conocía a esos hombres. Un día, en Downing Street, se vivió un momento bastante desagradable cuando, después de una reunión del gabinete, Randolph Churchill se unió a una conversación en la que se hablaba del ejército, y dijo a grito pelado: «¡Padre, el problema es que tus soldados no pelean!». En cierta ocasión, Churchill comentaría a propósito de su hijo: «Quiero mucho a Randolph, aunque no me guste cómo es». Resulta sorprendente que, en pleno debate sobre cuestiones sumamente importantes, el primer ministro permitiera la presencia de su hijo, esperando que los demás hicieran lo mismo. En esa ocasión, sin embargo, aunque tal vez su intervención resultara hiperbólica, Randolph dio en el clavo. Muchos oficiales británicos se daban cuenta de que sus hombres, unos civiles convertidos en soldados, carecían de la determinación y la entrega que mostraban



habitualmente tanto los alemanes como los japoneses. Tras de la conducta de los comandantes de Churchill durante la guerra se escondía un nerviosismo fundamental por lo que iban a hacer, y lo que no, sus hombres en el campo de batalla.

Churchill comprendió que, para que superaran a los alemanes, los soldados británicos tenían que ser más duros. Esto comportaba un cambio de mentalidad. En 1940 se mostró favorable a que los civiles combatieran al enemigo, reprochando a Duff Cooper, en su calidad de ministro de Información, que se burlara de los italianos: «En la política de la guerra hay una norma bien conocida por todos, a saber, elogiar la valentía del adversario, pues con ello ensalzas tu propia victoria cuando la obtienes». Análogamente, en enero de 1942 manifestó su admiración por Rommel en un escenario como la Cámara de los Comunes: «Un adversario muy hábil y audaz... y, si se me permite decirlo en medio de los estragos de la guerra, un gran general». Poco a poco, sin embargo, el primer ministro comenzó a considerar un error sugerir que los soldados de las fuerzas del Eje fueran un enemigo honorable. Ese tipo de cortesías fomentaban que los ingleses se rindieran con demasiada facilidad. A medida que fue avanzando la guerra, Churchill lamentaría cada vez más las noticias de los periódicos que hablaban del caballeroso comportamiento de los alemanes: «En Europa estos monstruos teutones están matando a gente a mansalva, y en Rusia han cometido las peores atrocidades, y encajaría perfectamente con su táctica que quisieran hacerse con una buena reputación por tratar con humanidad a los

soldados británicos y americanos en ocasiones excepcionales de las que luego hacen una gran publicidad».

En la primavera y el verano de 1942 Churchill no se equivocaba cuando comenzó a pensar que la actuación del ejército de tierra británico en el norte de África no era la debida. Muchos de sus estallidos de cólera por la nefasta actuación de los soldados, que tanto aturdíen a Brooke y a sus colegas, estaban perfectamente justificados. Lo que sigue siendo discutible es si aquello tenía solución, pues los puestos de responsabilidad militar debían ser ocupados forzosamente por los oficiales regulares de la cantera existente. En su mayoría eran unos individuos prisioneros de la cultura en la que se habían criado. El defecto principal de dicha cultura es que exigía sólo un esfuerzo, un sacrificio y unos logros moderados, y que generaba sólo un número reducido de líderes y unidades militares capaces de estar a la altura de la determinación y la destreza del enemigo. El ejército lograría salvar su debilidad institucional únicamente cuando pudiera disponer en el campo de batalla de los recursos enormemente superiores de los aliados.

### **§. El frente interno**

Un día, el secretario del 1922 Committee<sup>10</sup> se llevó a Leo Amery a una esquina de la sala de fumadores de la Cámara de los Comunes. Dijo al secretario de Estado para la India que reinaba una gran inquietud entre los diputados *tories* del grupo, «porque, a su juicio,

---

<sup>10</sup> Grupo formado por todos los diputados conservadores del Parlamento británico que no tienen el cargo de ministro. (N. del T.)

no había nadie en el gobierno que defendiera el punto de vista conservador». Aquello era cierto en buena parte. En Gran Bretaña, todas las medidas adoptadas en política interior durante la guerra parecían de tendencia socialista. La centralización, la planificación, el racionamiento y la regulación fueron aspectos fundamentales para la movilización de los recursos del país y para la distribución equitativa de alimentos, combustible y ropa. Todos los ciudadanos británicos maldecían la burocracia, las deficiencias en los medios de transporte, las colas, la implacable desmoralización que suponían los apagones de luz o el recorte de alimentos y de privilegios, a los que aún podían acceder los que tenían dinero para pagarlos. Pero lo cierto es que el país estuvo, prácticamente en todo momento, muy bien administrado. Y este hecho hay que reconocérselo al primer ministro, que supo poner al hombre adecuado en el puesto adecuado.

\* \* \* \*

Clement Attlee, líder del Partido Laborista y vice primer ministro británico, no tenía autoridad alguna sobre la máquina militar, pero ejercía una notable influencia en los asuntos de política interior. Hombre afable, al que algunos infravaloraban erróneamente, se comportaba siempre con gran dignidad, discreción y sentido común. Hubo muchos momentos en los que habría estado justificado que perdiera la serenidad con Churchill, pero supo conservar la calma. El primer ministro raras veces se mostró descortés con los laboristas de su gobierno, pero tampoco solía invitarlos a unirse a su mesa o a pasar un fin de semana en Chequers. Los momentos de

privacidad prefería compartirlos prácticamente siempre con sus ministros conservadores. Es probable que fuera un hecho inevitable, incluso en un gobierno de coalición como aquél, y Attlee nunca dio muestras de sentirse contrariado por ello, y, de hecho, tampoco de querer integrarse en el círculo de Churchill.

Durante las ausencias, cada vez más frecuentes, del primer ministro con motivo de sus viajes al extranjero, Attlee presidía las reuniones del gobierno y del gabinete de guerra, tomando las decisiones que había que tomar, pero siempre manteniéndose dentro de los límites de su autoridad. A menudo se alzaron voces críticas contra el gabinete, acusándolo de ser una mera comparsa que firmaba todo lo que le indicaban, y diciendo que Attlee y sus colegas no sabían poner freno a los excesos de Churchill. Pero no tenemos más que pararnos un momento a pensar en el daño que habría causado el líder laborista si hubiera utilizado su cargo con el fin de encabezar una oposición contra el primer ministro, fracturando así la unidad del gobierno, para aplaudir su talla de estadista. Attlee consideraba que Churchill, a pesar de sus defectos, era el único hombre capaz de liderar Gran Bretaña durante la guerra. Sirvió al primer ministro con absoluta lealtad, y presidió un número considerable de reuniones sumamente importantes del gabinete.

Ernest Bevin destacaría entre sus colegas socialistas por el aprecio que le profesaba no sólo la opinión pública, sino el propio Churchill. Hugh Dalton, un socialista renegado educado en Eton, decía del ministro del Trabajo que «sin duda era con mucho el mejor de todos

mis colegas, a pesar de sus pequeños momentos de egoísmo, de vulgaridad y de desconfianza de mentalidad campesina». Bevin, de sesenta y dos años, era hijo de un jornalero de Somerset, y había abandonado los estudios antes de cumplir los doce. Aunque no había recibido prácticamente instrucción alguna, destacaba por su gran inteligencia y su potente personalidad. Hasta su inclusión en el gobierno en 1940, había ejercido como secretario del sindicato más importante de Gran Bretaña, el TGWU (Transport and General Worker's Union). Detestaba a los comunistas tanto como el primer ministro, y utilizó su inmensa autoridad entre el pueblo para poner freno a los excesos de los sindicatos como ningún otro hubiera podido hacerlo. Suyo es en gran parte el mérito de que Gran Bretaña movilizara a la población, especialmente a las mujeres, con más eficacia que cualquier otro país beligerante, excepto tal vez Rusia. Nunca perdía su franqueza: Churchill probablemente no sintiera ningún disgusto cuando en cierta ocasión Bevin dijo a Stafford Cripps en el gabinete que «no entendía por qué diablos no se metía en sus asuntos».

Sir John Anderson, en su calidad de lord presidente del Consejo, presidía una especie de gabinete de guerra, pero de asuntos internos del país. Anderson, un funcionario aburrido y sin sentido del humor que había prestado servicio como gobernador de Bengala, no suscitaba simpatías, pero sí mucho respeto. Su memoria y su capacidad de recordar acontecimientos y personajes eran tan prodigiosas que en cierta ocasión uno de sus colegas le preguntó si en su escudo de armas figuraba un elefante. Aunque tenía su

escaño en la Cámara de los Comunes como representante de las universidades de Escocia, su biógrafo contaría lo siguiente: «En realidad, nunca llegó a entender el funcionamiento de la Cámara. De manera natural consideraba a todos los hombres, y en particular a los que ocupaban cargos públicos, seres racionales en sus palabras y en sus acciones... Cuando le parecía que esto no era así, se agobiaba e incluso se sentía ofendido en su sentido del decoro. “Su falta de responsabilidad me deja estupefacto”, comentó en una ocasión a propósito de los diputados de la Cámara».

Churchill nunca sintió una simpatía especial por Anderson —nadie podía sentirla—, pero supo valorar su talento: «No hay mejor caballo de batalla en el gobierno», dijo. Anderson actuaba como coordinador financiero, con responsabilidades en lo referente a los salarios y a la mano de obra. Más tarde, en 1943 fue nombrado ministro de Hacienda, aunque sus logros en este campo fueron menores. Como vestía invariablemente camisa de cuello diplomático y el traje formal propio de Whitehall, era apodado «Jehová», lo que una mañana indujo a Attlee a abrir la reunión del comité con un singular y jocoso saludo de bienvenida: «Y aquí estamos todos otra vez reunidos, testigos de Jehová». Churchill nombró a Anderson su sucesor como primer ministro, en el caso de que él y Eden murieran durante la guerra en uno de sus viajes.

A lo largo de su vida, Anderson tuvo un comportamiento poco habitual en él sólo en una ocasión. A sus cincuenta y nueve años decidió cambiar la soledad de su viudez para casarse con una joven, también viuda, muy desenfadada y poco convencional, Ava Wigram,

cuyo difunto esposo, Ralph, había pasado información secreta de los servicios de inteligencia a Churchill en los años treinta. Los recién casados compraron un molino en Sussex, donde un día Anderson cayó desde un puentecito al río. Con su sombrero pork-pie perfectamente colocado, el lord presidente se puso a nadar en círculos, lo que provocó las sonoras carcajadas de Ava. Anderson, enfadado, gritó: «¿Es que quieres ver a tu marido ahogado?». Al final, Ava se convenció y lo ayudó a salir del agua. En cierta ocasión, siempre en el campo, se le vio batir mantequilla con una mano, mientras preparaba documentos ministeriales con la otra. Este hombre tan austero y poco creativo, que asumía sus responsabilidades con la naturalidad que da una larga experiencia, llevaba un montón de asuntos vitales, pero que aburrían al primer ministro.

El colega más notable de Anderson era el ministro de Alimentación, lord Woolton, otra figura prominente de Gran Bretaña en tiempos de la guerra. Woolton —Frederick Marquis antes de ser distinguido con el título nobiliario— había trabajado como director en John Lewis, la cadena de grandes almacenes. No sólo era un excelente administrador, encargándose del control de las operaciones de los cuarenta mil individuos que llevaban el sistema de racionamiento y distribución del país, sino también un comunicador nato. Con la excepción del primer ministro, ningún miembro del gobierno supo explicarse mejor a la nación a través de los micrófonos de la *BBC*. El «pastel Woolton», elaborado con ingredientes económicos, nutritivos y, lo más importante, accesibles, se convertiría en uno de los

recuerdos más permanentes de los millones de hombres y mujeres que vivieron la guerra. En cierta ocasión, Woolton manifestó su consternación por las críticas oídas en la Cámara de los Lores, que hablaban de un «gobierno en el país de los sueños». Con aires de superioridad, Hugh Dalton comentaría que Woolton, desde el punto de vista de un político de carrera, «no ha tenido preparación política alguna que le haya permitido curtirse y endurecerse».

Dalton, un intelectual socialista, pero también un auténtico «trepas», que estaba encantado de compartir mesa con huéspedes como lady Colefax, pasó del Ministerio de Economía de Guerra a ocupar la presidencia del Departamento de Comercio y Exportación tras la remodelación del gobierno en febrero de 1942, supuestamente después de haber llevado de manera un tanto chapucera la gestión de la Dirección de Operaciones Especiales, SOE por sus siglas en inglés. A Dalton le supo muy mal perder el control de la organización de sabotaje, que le entusiasmaba, pero a partir de entonces realizó un buen trabajo luchando a brazo partido con la intratable industria del carbón. De los diarios escritos por los hombres que pasaron por Whitehall en aquella época, el suyo es uno de los mejores. Intrigante como nadie, malicioso y obsesionado con su propia persona, en cierta ocasión, después de una de sus actuaciones desde la tribuna, escribió: «Estoy extraordinariamente en forma, y he pronunciado un discurso fantástico, lleno de comentarios jocosos improvisados». La admiración que profesaba por Churchill no era correspondida. Nunca estuvo incluido en la lista de invitados de Chequers, y, al igual que la mayoría de sus



compañeros, raras veces mantuvo con el primer ministro encuentros en privado.

\* \* \* \*

Herbert Morrison fue un controvertido secretario de Interior, muy poco apreciado por sus colegas, sobre todo por Bevin, al que detestaba. Objeto de conciencia en la primera guerra mundial, había conseguido cierta fama tras su paso por la administración local de Londres. En Whitehall, su presunción acabó por superar su talento. En cambio, lord Leathers, acaudalado naviero en tiempos de paz, gozaba, como ministro de Transportes de Guerra, de la estima de prácticamente todo el mundo excepto Alan Brooke. Un grupo de hombres muy bien preparados, funcionarios y académicos, colaboraba con el gabinete, destacando entre ellos el economista Maynard Keynes. Beaverbrook se quejaba de que el gobierno estaba dirigido por «los tres profes: Cherwell, Keynes y [el economista Lionel] Robbins».

Churchill solía recibir críticas por su escaso interés por los asuntos de política interna. Sin embargo, parece que hay que atribuirle a él el mérito de que los hombres que eligió para encomendarles esas tareas fueran, prácticamente sin excepción, individuos muy capacitados. El pueblo británico estaba harto de las odiosas restricciones. Algunas fábricas adolecían de una gestión inadecuada, de unos sistemas de producción obsoletos, de falta de control de calidad y de una mano de obra intransigente, deficiencias todas ellas que habían obstaculizado el progreso económico del país durante los últimos cincuenta años. Pero numerosas industrias

obtuvieron resultados notables y recogieron la cosecha del sorprendente récord de innovaciones científicas alcanzado en Gran Bretaña durante la guerra. El conjunto de los logros fue impresionante.

El sentimiento de unidad quedó bastante patente a lo largo de la contienda. La mayoría de los británicos formaron una piña. No obstante, se produjeron profundas tensiones sociales. Grupos de población importantes, sobre todo el de los obreros, mostraron su descontento. Entre los trabajadores de la industria, había sectores a los que no les parecía contradictorio apoyar a Churchill y la cruzada contra el nazismo por un lado, y continuar con la lucha de clases que se había desencadenado a comienzos de siglo por otro. En virtud de un decreto, la Essential Work Order de marzo de 1941, el gobierno había prohibido oficialmente todo tipo de huelgas mientras durara la guerra, pero esta medida legislativa no logró evitar que se llevaran a cabo paros salvajes, principalmente en las minas de carbón, en los astilleros y en las fábricas aeronáuticas, a menudo para apoyar demandas absurdas e incluso egoístas. En 1932, durante el período más crítico de la Gran Depresión, sólo se habían perdido 48 000 jornadas de trabajo por culpa de las huelgas en el sector metalúrgico, en la industria del motor y en el sector de la construcción naval. En cambio, en 1939 se perdieron 332.000 jornadas; en 1940, 163.000; en 1941, 556.000; en 1942, 526.000; en 1943, 635.000; en 1944, 1.048.000 y en 1945, 528.000. Sin embargo, no se llegó a la cifra de 1917, cuando los paros que se produjeron en esas mismas industrias supusieron para su

producción una pérdida de tres millones de jornadas. No obstante, estos datos ponen de manifiesto que en algunas fábricas el compromiso con el esfuerzo de guerra brilló más bien por su ausencia, algo que también ocurrió en los astilleros, donde algunos trabajadores, para disgusto de las tripulaciones de los barcos, se dedicaron de manera sistemática al hurto, llegando a robar a veces incluso las raciones de comida de los botes salvavidas.

\* \* \* \*

Durante la etapa de Dunkerque, pocos obreros rompieron filas, pero a medida que fueron mejorando las noticias de la guerra, se intensificó la sensación de que luchar por la supervivencia de la nación era una necesidad menos perentoria. «Llego a la conclusión de que la producción no es ni mucho menos buena», escribía en diciembre de 1940 el diputado *tory* Cuthbert Headlam, «que los obreros del sector aeronáutico y de otras fábricas del gobierno empiezan a ralentizar adrede la producción; que los estibadores arman jaleos en los puertos... los comunistas están activos. Sólo espero que buena parte de estas habladurías sean exageraciones, pero no deja de ser alarmante». En septiembre de 1941, durante su visita a la planta industrial de la Armstrong-Siddeley en Coventry, donde se producían los bombarderos Whitley, Churchill fue avisado de que esa fábrica era «un semillero de comunistas». Jock Colville escribió el siguiente comentario: «Sentí una gran consternación al enterarme de que su ritmo de producción no había experimentado un crecimiento real hasta que Rusia entró en guerra». Nueve mil hombres de la Vickers-Armstrong de Barrow hicieron una huelga no

oficial porque no se llegaba a un acuerdo en lo concerniente a las tarifas del trabajo a destajo. Cuando un tribunal dictó una sentencia contraria a sus pretensiones, el comité de huelga convocó una asamblea multitudinaria en un campo de fútbol local y propuso que se votara una moción para que los operarios volvieran al trabajo «haciendo constar su protesta». La moción fue derrotada de manera apabullante, y el conflicto se prolongó durante semanas.

De las ocho huelgas importantes de la industria aeronáutica que tuvieron lugar entre febrero y mayo de 1943, seis estuvieron relacionadas con reivindicaciones salariales, una estalló a raíz de las objeciones a un control eficaz del uso de los aparatos, y otra debido a la negativa a un traslado de dos mecánicos a unas secciones distintas dentro del mismo taller. Se produjeron veintiocho paros por diversas controversias acerca de los servicios e instalaciones de cantinas y comedores, por supuestos acosos a un enlace sindical, por el empleo de mujeres en los trabajos de remache y por la negativa por parte de la dirección a recaudar fondos para el Ejército Rojo durante las horas de trabajo. Un informe sobre la situación de la compañía De Havilland en Castle Bromwich hacía hincapié en «una evidente falta de disciplina... actitud negligente... dificultades para controlar a los enlaces sindicales». Ernest Bevin señaló que la industria aeronáutica «no había conseguido mejorar su productividad en proporción a la cantidad de mano de obra disponible». Un total de 1.800.000 jornadas de trabajo se perdieron durante 1785 conflictos en el año 1943, cifra que se elevaría a 3.700.000 jornadas perdidas durante los 2194 conflictos de 1944.

«Las huelgas siguen siendo objeto de numerosos debates», decía un informe de los servicios de inteligencia nacionales en 1943. «La mayoría considera que las huelgas no están justificadas en tiempos de guerra... El agotamiento y la fatiga de guerra, en combinación con la idea de que ya “estamos fuera de peligro” y que la victoria será nuestra, son los factores que muchos señalan como causa de la situación». A su llegada a Gran Bretaña, muchos marineros americanos quedaron estupefactos ante la actitud que vieron en los estibadores. Walter Byrd, primer oficial del mercante estadounidense *SS J. Marshall*, «fue sumamente crítico con la actitud de los estibadores y de otros trabajadores del puerto de Glasgow. Los acusó de mostrar su absoluta indiferencia a las necesidades de cualquier situación, por urgente que fuera». Byrd se quejó a los oficiales de seguridad del puerto de que muchos camiones y tanques estaban siendo dañados por culpa de una manipulación imprudente en las operaciones de desembarco. Se decidió enviar a varios operarios a trabajar en los astilleros americanos con los barcos británicos. En una época en la que en los barcos había mucha falta de espacio para los pasajeros, los jefes de intendencia se pusieron hechos una furia cuando esos hombres se negaron a partir sin sus esposas; y sus demandas fueron atendidas. «No entiendo por qué no se exige a este país que se movilice y se sacrifique en la misma medida», comentó indignado un alto oficial del ejército.

De todos los conflictos que estallaron en el sector de la industria durante la guerra, el 60 por 100 fueron provocados por

reivindicaciones salariales, el 19 por 100 por cuestiones de competencias y el 11,2 por 100 por falta de acuerdo en convenios laborales. Un elemento profundamente comunista que trabajaba en Clydeside fue considerado por la dirección de su fábrica el gran responsable de numerosos conflictos laborales. Algunos sindicalistas defendían la vergonzosa idea de que no había un momento mejor para garantizar mayores remuneraciones que durante una situación de emergencia nacional, cuando la necesidad de una producción continuada era tan apremiante. Los que sirvieron a Gran Bretaña vistiendo el uniforme militar recibieron una exigua recompensa —un soldado raso cobraba de media menos de una libra esterlina a la semana—, pero los trabajadores de la industria sacaron tajada de la guerra. El índice del coste de la vida pasó de 88 en 1939 a 112,5 en 1945, mientras que el salario medio pasó de 106 a 164. Los operarios mejor pagados, los que manejaban las placas de metal en las cadenas de montaje de los fuselajes de las fábricas aeronáuticas, recibían entre veinte y veinticinco libras esterlinas a la semana, aunque doce libras era la paga media aproximada para una semana de sesenta horas laborables. El salario medio de cualquier otra persona en julio de 1944 era poco más de seis libras esterlinas semanales.

En la industria del carbón, los aumentos salariales fueron mucho más exorbitantes, pasándose de un indexado 109 a 222. Pero este hecho no impidió en absoluto que siguiera bajando el nivel de producción —cayó un 12 por 100 entre 1938 y 1944—, lo que alarmó al gobierno y enfureció a la opinión pública. Las minas

daban trabajo a 766.000 obreros en 1939, y a 709.000 en 1945. El argumento de que el sector minero perdió mucha mano de obra cualificada en beneficio del ejército no es una buena explicación del notable descenso del nivel de producción *per cápita*, pues la industria del carbón alemana también atravesó esa misma difícil situación, pero en cambio experimentó un espectacular aumento de su producción.

El absentismo fue uno de los males endémicos del sector minero en Gran Bretaña, pues pasó del 6,4 por 100 de 1938 al 8,3 por 100 de 1940, al 12,1 por 100 de 1943, llegando al 16,3 por 100 de 1945. Se calcula que prácticamente la mitad de estos hombres que faltaron a su compromiso laboral lo hicieron sin causa justificada. Además, las huelgas de los mineros supusieron la mitad de todas las jornadas perdidas durante los conflictos del sector industrial en 1943, y dos tercios en 1944. Puede decirse que casi todo iba mal en la industria del carbón: gestión deficiente, un elevado índice de accidentes y enfermedades laborales, problemas de transporte ferroviario y una obcecada reticencia de los mineros a cualquier forma de mecanización. A comienzos de 1941, según la historia oficial de la industria británica del carbón durante la guerra, «fue necesario obligar al sector a entrar en razón para que aumentara la producción». Se aprobó un nuevo decreto, la Essential Work (Coalminig) Order, en virtud del cual se garantizaba un salario mínimo, pero se penalizaba el absentismo. En julio de 1942, el gobierno, desesperado por la situación, asumió el control

operacional de esta industria. Sin embargo, la producción siguió bajando, y los paros no cesaron.

\* \* \* \*

En 1942 un informe del Ministerio de Combustible y Energía decía: «La comunidad minera, más que cualquier otro sector industrial... tiende a ver los acontecimientos actuales a la luz de la historia de su propia comunidad y su propia experiencia... Detrás de su percepción negativa de los propietarios y de los recelos de sus líderes hay un sentimiento generalizado de desconfianza hacia las declaraciones de los que ostentan la autoridad». Y ése era el meollo de la cuestión: la alienación del colectivo, especialmente de los mineros del sur de Gales, respecto a los objetivos del gobierno, e incluso respecto a la guerra de Gran Bretaña. Más tarde los historiadores oficiales escribirían que «difícilmente pueden exagerarse las consecuencias de los años de la Gran Depresión en la moral de la comunidad minera... muchos mineros... sintieron una satisfacción sarcástica al verse poder al fin llevar la voz cantante. Su actitud no fue antisocial. Fue simplemente asocial... Debemos considerar hasta qué punto se podía esperar que aquellos hombres amargados y acorralados respondieran a los estímulos con los que las autoridades pretendían convencerlos debido a las exigencias de la guerra».

En 1944 se dejaron de producir tres millones de toneladas de carbón por culpa de las huelgas. Un equipo técnico formado por expertos americanos que estudiaba la industria minera de Gran Bretaña informó al gobierno en los siguientes términos: «La esencia



del problema... son los malos presentimientos y los antagonismos que reinan en el sector y que se manifiestan en la moral baja, la no cooperación y la indiferencia. Prácticamente en todos los distritos que hemos visitado, los líderes mineros y los propietarios de las minas se quejaban de que había hombres que abandonaban su puesto de trabajo antes de tiempo, de que no se limpiaban la cara y de un fuerte absentismo voluntario». El gabinete decidió no publicar este informe. Las diferencias de clase tuvieron consecuencias bastante dispares en la salud de las distintas regiones. El sureste había prosperado económicamente durante los años anteriores a la guerra, pero otras zonas no habían conseguido salir de su ruina después de la Gran Depresión. En 1942, morían cuatro de cada mil niños nacidos en el sureste de Inglaterra, mientras que en el sur de Gales y el noroeste y el noreste del país morían siete. El sarampión multiplicaba esas cifras por cuatro, y el índice de niños con tuberculosis era mucho mayor. Un estudio del Ministerio de Salud revelaba en 1943 que el 10 por 100 de una muestra de seiscientos niños sufría malnutrición: «mucha gente ha estado viviendo durante años en la miseria y sin trabajo, y ha dejado de esforzarse por mantener un nivel decente de alimentación y de limpieza en el hogar». El estado que presentaban muchos niños evacuados de las ciudades bombardeadas sorprendió a los que los acogieron. De los treinta y un mil registrados en Newcastle, por ejemplo, cuatro mil carecían de calzado apropiado, y seis mil quinientos de la ropa necesaria. Las autoridades de Gales informaron de que, entre los evacuados de Liverpool, había «niños vestidos con harapos», en

unas condiciones personales «imposibles de describir». Muchas de las familias de las que procedían estos niños no es que pudieran percibir la guerra en términos idealistas precisamente.

En el extremo opuesto del espectro social, Thomas Dugdale, diputado conservador, indicaba que muchos de sus colegas, conscientes de los impuestos punitivos que las clases adineradas se veían obligadas a pagar y de cómo había mermado la riqueza de los de su casta, estaban muy disgustados por «los salarios exageradamente elevados que se pagaban a los trabajadores durante la guerra... los numerosos informes de las fábricas que denunciaban la falta de diligencia, el absentismo, etcétera». Cuthbert Headlam afirmaba furioso que la izquierda estaba fomentando una «guerra» de clases: «Por la forma en que hablan algunos, como, por ejemplo, J. B. Priestley, cualquiera imaginaría que no se ha hecho nada por la inmensa mayoría de la población, y que se está protegiendo a este país exclusivamente para un grupo de parásitos holgazanes que nunca han movido un dedo en beneficio de la sociedad». El 24 de febrero de 1942, el teniente coronel Rayner, diputado *tory* por la circunscripción de Totnes, se lamentaba en la Cámara de los Comunes de que la respuesta del pueblo británico a dos enemigos fanáticos no fuera la acertada: «No estamos presentando hoy ningún objetivo descabellado. Cientos de miles de individuos no tiran del carro como deberían. La desidia se ha extendido, los sacrificios brillan en general por su ausencia, e intereses personales de uno u otro tipo siguen actuando como freno en nuestras actividades relacionadas con la guerra». Los diputados

laboristas, en cambio, se sentían muy dolidos por lo que consideraban que era un insulto a los trabajadores, y creían que los empresarios y los directivos eran los principales culpables de la situación. Aneurin Bevan y otros quince diputados votaron contra la Norma 1AA, presentada por Ernest Bevin, ministro laborista, que imponía sanciones a quien instigara a la huelga no autorizada.

El propio Churchill se mostraría siempre reacio a unirse a esos ataques contra los trabajadores de la industria. «Se nos cuenta una y otra vez lo mal que actúan los trabajadores», dijo el 29 de julio de 1941 en el curso de un debate acerca de la producción en tiempos de guerra, y luego, un montón de gente que nunca ha sabido lo que es una dura jornada de trabajo se pone a despotricar de ellos... Hay quien dice que los obreros ganan seis, siete u ocho libras a la semana y que no dan al estado lo que se espera de ellos... Quiero sacar a colación las palabras de mi honorable amigo, el diputado por Kidderminster [sir John Wardlaw-Milne], que declaró que «nuestro pueblo sólo rinde al 75 por 100 de sus posibilidades». ¿Al 75 por 100 de qué?... Voy a tomar como referente los tres meses siguientes al desastre de Dunkerque. Nadie puede negar que en aquellos momentos nuestras gentes trabajaron hasta los límites de la extenuación moral, mental y física. Los hombres caían agotados al lado de sus tornos, y los trabajadores y las trabajadoras de este país ni siquiera se cambiaban de ropa durante la semana. Comer, dormir o descansar fueron palabras que se borraron de su mente... Es evidente que existen... razones por las que no podemos recuperar y mantener total e indefinidamente los enormes esfuerzos

personales realizados hace un año... Si al final ganamos la guerra... será en gran medida por mantenernos fuertes. Por ello tiene que haber un mínimo razonable de días festivos para las masas trabajadoras.

Churchill sugería que las condiciones físicas de los obreros habían empeorado debido a la dieta impuesta por la guerra: «Con la excepción de nuestros cuerpos de combate, hemos experimentado un gran retroceso, viéndonos obligados a pasar de carnívoros a herbívoros. Probablemente sea un dato que satisfaga a los especialistas en dietética que quieren que todos vivamos de nueces, pero es evidente que ha tenido, y tiene, unas repercusiones muy definidas en la capacidad energética de los que realizan trabajos que requieren un considerable esfuerzo físico. Queremos más carne en las minas y en las fundiciones, y queremos más queso».

Y a propósito de los ataques que desde los sectores de la izquierda se lanzaban contra su ministro de Trabajo, Ernest Bevin, dijo: «Comete errores, lo mismo que yo, aunque no tantos ni tan graves; no tiene esa oportunidad... Y si me decís que sus frutos no son comparables con los de las sociedades y sistemas de gobierno totalitarios, os contesto: “Eso lo veremos cuando lleguemos al final de esta historia”.».

Churchill tenía mucha más fe en el pueblo británico que la mayoría de sus ministros, lo que permite que comprendamos la amargura que sintió cuando perdió su cargo en 1945. Buena parte de los políticos conservadores temían a la clase trabajadora, pues no dejaban de ser perfectamente conscientes del gran descontento

popular con el viejo orden. Muchos votantes nunca olvidarían que se habían sentido traicionados durante la Gran Depresión, y tampoco la política exterior seguida por sus gobernantes en el período de entreguerras, que había permitido el ascenso al poder de Hitler. Los *tories* más previsores lo sabían muy bien. En cierta ocasión, Halifax expresaría en una carta a Duff Cooper la siguiente reflexión: «Todos nosotros [los ministros de Chamberlain de comienzos de 1940] éramos conscientes del contraste existente entre la predisposición del país... a gastar nueve millones de libras esterlinas al día en una guerra para proteger un determinado estilo de vida, y la reticencia de las autoridades gubernamentales en tiempos de paz a ofrecer, por ejemplo, diez millones de libras esterlinas para ayudar al reacondicionamiento de Durham a no ser que vieran que el proyecto les iba a reportar un porcentaje razonable».

A la mayoría de los «pudientes» británicos les inspiraba cada vez más inquietud los «no pudientes», sobre todo cuando el entusiasmo popular por Rusia comenzó a ir en aumento. El miedo a «las hordas rojas», y a las perniciosas consecuencias derivadas del impulso que la guerra había dado a su prestigio, era un tema recurrente entre la clase política británica. Los que no se mordían la lengua decían que los comunistas rusos parecían llevar a cabo su esfuerzo de guerra de una manera mucho más imponente que los capitalistas británicos. En 1942-1943, ni Churchill ni su pueblo dejaron de sentir cierta incomodidad ante aquella situación. En muchos de los hogares más humildes de Gran Bretaña prevalecería un profundo

descontento por la sensación de desidia que daban las potencias occidentales aliadas en comparación con las hazañas soviéticas.

## **Capítulo 11**

### **«¡Segundo frente ya!»**

El 3 de abril de 1942, Roosevelt envió a Londres a Harry Hopkins y al jefe de las fuerzas armadas con una carta personal suya para el primer ministro: «Querido Winston», empezaba diciendo, «en lo que Harry y Geo Marshall te dirán van mi mente y mi corazón. Tu pueblo y el mío exigen el establecimiento de un frente para quitar presión a los rusos, y ambos pueblos son lo bastante sabios para darse cuenta de que los rusos están matando hoy día más alemanes y destruyendo más pertrechos que tú y yo juntos. Aunque no se obtenga un triunfo completo, se alcanzará el gran objetivo. ¡A por él!».

La misión de Hopkins y Marshall consistía en persuadir a los británicos de que emprendieran cuanto antes un desembarco en Francia. Aquél fue el primer encuentro del jefe del ejército estadounidense con Alan Brooke, y los dos se mostraron mutuamente recelosos. Tenían en común la terquedad, pero poco más. Al norirlandés le hizo gracia oír decir a Marshall que a veces tardaba seis semanas en ver a Roosevelt: «Yo tenía suerte si pasaba seis horas sin ver a Winston». A los británicos les presentaron dos planes alternativos. El primero planteaba una invasión de treinta divisiones americanas y dieciocho británicas en 1943, además del objetivo estratégico de conquistar Amberes. Pensando astutamente en la urgencia de la situación de los rusos, Marshall era más partidario de la segunda opción, que era menos ambiciosa: en

septiembre de 1942 debía ser lanzada una operación sobre todo por fuerzas británicas, con apoyo de dos divisiones americanas y media, «una contribución no demasiado grande», como observó ácidamente Brooke. El general americano reconoció que quizá fuera imposible mantener indefinidamente una cabeza de playa en el continente ante un rápido incremento de las tropas alemanas. No obstante, consideraba que los beneficios de distraer tropas enemigas del frente oriental en un momento tan crítico hacían que valiera la pena llevar a cabo una incursión en Francia, por breve que fuera.

Para los británicos era una mortificación casi intolerable que, después de sufrir el bombardeo y el asedio de los alemanes durante casi treinta y un meses, veintisiete de los cuales los americanos se habían pasado viendo cómodamente los toros desde la barrera, ahora les instaran a sacrificar otro ejército para satisfacer el impaciente afán de acción de los estadounidenses. Brooke escribió a propósito de Marshall lo siguiente: « ¡En muchos sentidos es un hombre muy peligroso, y al mismo tiempo es tan encantador!». El jefe del Estado Mayor General del Imperio dijo a sus colegas que la máxima aspiración de cualquier operación angloamericana más o menos creíble en Francia en 1942 habría sido conquistar y retener la península de Cherburgo en los treinta y cinco kilómetros aproximadamente que tenía de anchura por la parte del istmo. Comparados con la batalla que se estaba librando en el este, dijo Brooke, donde los rusos estaban combatiendo en un frente de mil kilómetros, una iniciativa tan débil habría convertido a los aliados occidentales en el hazmerreír del mundo entero. John Kennedy



comentó a propósito de las exigencias de los soviéticos, que pretendían que se llevara a cabo una invasión de Francia: «Lo extraordinario es que los rusos no parecen tener ni idea de cuál es nuestra verdadera fuerza. Y si la tienen, están tan obsesionados con su punto de vista que no les importa lo que pueda pasarnos». Habría sido extraño que un general británico esperara de Moscú otra cosa. Sin embargo, era mucho más descorazonador ver a los americanos obsesionados con la misma fantasía estratégica, defendiendo la realización de una ofensiva expiatoria, casi suicida en Francia, un tipo de acción que habría provocado el aplauso de un samurái japonés.

No obstante, Churchill respondió con entusiasmo a la carta del presidente, «ese documento magistral», según llegó a calificarla. «Estoy enteramente de acuerdo en principio con todo lo que propones, y lo mismo les ocurre a los jefes de Estado Mayor. Si, como creen nuestros expertos, puede llevarse a cabo con éxito todo ese plan, será uno de los acontecimientos más grandiosos de la historia de la guerra». Fue así como el primer ministro marcó la pauta de todas las negociaciones de los británicos con los americanos en torno al segundo frente, como era conocido popularmente el concepto de invasión (el «primer frente» estaba, por supuesto, en Rusia). Aunque Churchill no tenía la menor intención de volver a encabezar una ofensiva en Europa en poco tiempo, se mostró entusiasta ante semejante perspectiva delante de sus visitantes. Admitió la necesidad de que las fuerzas aliadas de tierra se enfrentaran al enemigo en el continente, pues sabía cuánto valor

daban a ese objetivo los americanos, y especialmente George Marshall. Attlee y Eden se sumaron al primer ministro, y ponderaron el entusiasmo con el que acogían el plan de Washington. Churchill y sus altos mandos se encargarían más tarde de que no se hiciera nada para ponerlo en práctica.

Recurrieron a las dificultades para que éstas se impusieran por sí solas. En una serie de reuniones que comenzaron en Chequers, Marshall soltó su rollo. El 14 de abril dijo a Churchill y a los jefes de Estado Mayor británicos que «dentro de los tres o cuatro próximos meses, probablemente nos encontraríamos en una posición en la que nos veríamos obligados a actuar en el continente». Mountbatten, por entonces miembro del comité de jefes de Estado Mayor en su calidad de jefe de Operaciones Conjuntas, hizo hincapié en la terrible escasez de lanchas de desembarco. El primer ministro advirtió que resultaba muy poco viable interrumpir todas las operaciones en las que se hallaban inmersas las tropas aliadas en otros escenarios. Sin dejarse impresionar por los compromisos de los británicos, a su juicio extravagantes, en Oriente Medio, Marshall observó que se necesitaría «mucho determinación» para evitar «más dispersiones».

Los visitantes americanos fueron generosamente colmados de cortesías. Regresaron a Washington conscientes de que Churchill y sus compañeros tenían dudas sobre la eventualidad de realizar un desembarco en 1942, pero supusieron equivocadamente que podrían convencerlos. Poco a poco Marshall y sus colegas fueron dándose cuenta de que las declaraciones de entusiasmo sin

restricciones de los británicos no se compadecían con sus intenciones de emprender inmediatamente la acción. El jefe del ejército americano era un hombre demasiado grande para sucumbir a la anglofobia, como hicieron algunos colegas suyos. Pero a partir de ese momento, aquel oficial rígido y carente de sentido del humor, que ocultaba un apasionamiento considerable debajo de su aparente frialdad, desconfiaría siempre de las evasivas verbales y estratégicas de los británicos, que mantendrían esa actitud durante el resto de la guerra. El país de Churchill, a su juicio, estaba traumatizado por sus derrotas, era mórbidamente consciente de su pobreza y estaba obsesionado con el miedo a los elevados números de bajas. Los británicos se negaban a aceptar lo que para los americanos era una realidad básica: que valía la pena pagar cualquier precio con tal de que Rusia siguiera combatiendo.

\* \* \* \*

Durante toda la guerra, los líderes militares de Estados Unidos hicieron gala de una seguridad estratégica mucho mayor que la de sus homólogos británicos. El hecho de que los americanos no se vieran obligados nunca a enfrentarse a la perspectiva de una invasión de su país, y mucho menos a la realidad del bombardeo de sus ciudades, eliminaba una parte significativa de las tensiones y de los temores que viciaban los procesos de toma de decisión de los británicos. Las fuerzas americanas sufrieron reveses en el extranjero, pero nunca la lluvia de bombas en su propio país y las humillantes derrotas fuera de él que habían caracterizado la experiencia de los británicos durante los últimos tres años. En

cuanto al tema del segundo frente, el juicio de Marshall constituía casi con toda seguridad un grave error. La visión estratégica de 1942 adoptada por Churchill y Brooke era acertada. Pero los británicos deterioraron sus relaciones con el jefe del ejército norteamericano y sus colegas debido a su constante fingimiento. Ahí tenemos el cable de Churchill a Roosevelt del 17 de abril, en el que agradece el entusiasmo de los estadounidenses por llevar a cabo un pronto desembarco en Francia, y en el que afirma que «estamos procediendo a hacer planes y preparativos sobre esa base». Todavía el 20 de junio, a pesar del muro cada vez más espeso de reservas que ponía, escribía en los siguientes términos: «Se están tomando medidas para el desembarco de seis u ocho divisiones en la costa del norte de Francia a primeros de septiembre». Los británicos se andaban con tantos rodeos porque temían que su franqueza hiciera que los americanos desviaran el eje de su esfuerzo nacional hacia el este, hacia el Pacífico. De hecho, en una ocasión Marshall amenazó con hacerlo así.

El debate vino a complicarse todavía más por el hecho de que la opinión de Marshall coincidía con la del público británico y americano. Una legión de personas normales y corrientes reaccionó ante la situación de los rusos con un cariño y una simpatía ausentes en la actitud de los ministros y jefes de Estado Mayor británicos. El *New Statesman* del 14 de febrero de 1942 citaba las palabras de un oficial que había sido candidato al Parlamento por el Partido Laborista antes de la guerra: «En todas partes se tiene la sensación de que algunos grupos de personas —quizá el Gran

Capital, quizá los políticos— se dedican a frustrar nuestro desarrollo natural. Unas cuantas victorias rusas más y unas cuantas derrotas más en Extremo Oriente tal vez obliguen a Westminster a entender que el sentimiento más hondamente arraigado en Inglaterra hoy día es el de envidia: envidia de los rusos, a los que se permite luchar con todas sus fuerzas». Envidia era sin duda el término equivocado para designar el sentimiento de la gente, pero sentimientos de culpabilidad había muchísimos entre los británicos que opinaban que su país estaba haciendo vergonzosamente poco por fomentar la derrota del Eje.

\* \* \* \*

El domingo 29 de marzo cuarenta mil personas se concentraron en Trafalgar Square en una manifestación de apoyo a la apertura de un segundo frente. Entre otros oradores, el columnista del *Sunday Express* John Gordon abordó el tema: « ¡Atacar en Europa ya!». En el mes de abril el gobierno perdió dos elecciones parciales al Parlamento, una en la circunscripción de Rugby a favor de un candidato independiente que defendía el programa electoral: « ¡Segundo frente ya!». El 1 de mayo apareció en el semanario de izquierdas Tribune un artículo sin firma de Frank Owen, que a la sazón estaba haciendo la instrucción como soldado, con el siguiente titular: « ¿Por qué Churchill?». Su autor planteaba la siguiente pregunta: « ¿Tenemos tiempo para permitirnos el lujo de seguir con la estrategia de Churchill?», refiriéndose a la demora en la apertura del segundo frente. Brooke escribió en su diario, dando eco a unos sentimientos que persistirían a lo largo de los dos años siguientes:

«Este grito universal a favor de iniciar un segundo frente va a ser demasiado fuerte para poder competir con él, pero ¿qué podemos hacer con apenas diez divisiones contra las masas de los alemanes? Por desgracia, el país no se da cuenta de la situación en la que nos hallamos». Operando con buenos sistemas de comunicación por tierra y con una fuerza aérea sólida, los alemanes podían aplastar una invasión en miniatura sin causar una merma significativa al enorme ejército del Eje —más de doscientas divisiones— destinado al frente oriental.

Si era de esperar que Churchill tuviera que sufrir los dardos y las pedradas de los críticos que ignoraban la debilidad militar de Gran Bretaña, no lo era tanto que tuviera que enfrentarse a las andanadas lanzadas por un hombre que habría debido conocer mejor la situación. Beaverbrook había dimitido como ministro del gobierno debido a su supuesto estado de agotamiento. El astuto funcionario Archie Rowlands creía, sin embargo, que el magnate de la prensa se daba cuenta de que la administración de Churchill se venía abajo y deseaba distanciarse de ella antes de que fuera demasiado tarde. Tras su visita a Moscú, el archicapitalista Beaverbrook se comprometió de manera obsesiva con la causa de Stalin y con la de la ayuda británica a Rusia. Sus periódicos iniciaron una sonora campaña a favor del segundo frente, intensificando la presión sobre Churchill.

En su visita a Nueva York como emisario semioficial del gobierno británico, el 23 de abril Beaverbrook pronunció un discurso ante una audiencia de editores de periódicos y revistas estadounidenses.

Les dijo, entre otras cosas: «Con Stalin el comunismo ha ganado el aplauso y la admiración de todos los países occidentales». Afirmó que en la URSS no se perseguía la religión y que «las puertas de las iglesias están abiertas». Insistió: « ¡Lanzaos a ayudar a Rusia! ¡Lanzaos enérgicamente! ¡Lanzaos incluso de forma temeraria!». Era una retórica que iba más allá de las cortesías necesarias para aplacar a Stalin y dar ánimos a su pueblo, y que ponía de manifiesto la irresponsabilidad de Beaverbrook. Pero cuando Churchill telefoneó al día siguiente desde Londres, en vez de propinarle la sonora reprimenda que se merecía, intentó apaciguar al voluble barón de la prensa ofreciéndole la tutela de todas las misiones británicas en Washington. Afortunadamente su propuesta fue rechazada, pero venía a reflejar la conciencia que tenía Churchill del acoso político al que se hallaba sometido.

Beaverbrook se pavoneó ante Halifax de la enorme cantidad de cartas de admiradores que, según dijo, recibía. Su egolatría alimentaba una extraña ambición. El embajador anotó en su diario que Beaverbrook le había dicho: «Quizá yo sea el mejor a la hora de dirigir la guerra. Para eso hace falta un hombre despiadado, sin escrúpulos, severo, y creo que yo podría hacerlo bien». Es posible que en un momento en el que era enorme el clamor en favor de una separación entre el Ministerio de Defensa y el cargo de primer ministro, Beaverbrook se viera a sí mismo desempeñando la primera de esas funciones. Pero demostró poseer una notable ingenuidad por lo que se refiere a las realidades estratégicas, teniendo en cuenta que estaba enterado de tanta información secreta acerca de

la debilidad de los británicos. Cuando tuvo que enfrentarse a las dificultades de suministrar cobertura aérea a un primer desembarco en Francia, Beaverbrook afirmó que podrían encargarse de la tarea los Beaufighters. Cualquiera que supusiera que un bimotor podía disputar la superioridad aérea a los Bf 109 alemanes demostraba que no estaba capacitado para participar en los procesos de toma de decisiones estratégicas. Por increíble que parezca, Beaverbrook amenazó con lanzar en sus periódicos una campaña a favor del reconocimiento de las pretensiones de Stalin sobre la Europa del Este y los países bálticos. Sin embargo, Churchill nunca perdió la fe en su amigo, ni lo echó de su círculo, como Clementine le pidió tantas veces que hiciera. La lealtad del primer ministro al «Castor<sup>11</sup>» era tan inmerecida como de hecho improductiva.

Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, llegó a Gran Bretaña el 21 de mayo de 1942 para entablar conversaciones. Tras un encuentro inicial con el primer ministro, envió el siguiente comunicado a Moscú: «Respecto al segundo frente, Churchill realizó una breve declaración en la sesión matutina, afirmando que los gobiernos británico y americano se han comprometido a organizar una operación de ese estilo en Europa, con el máximo de recursos a su alcance, en la fecha más temprana posible, y están haciendo importantes preparativos para ello». Tras las sesiones siguientes, sin embargo, en las que los británicos insistieron en las dificultades prácticas de montar una invasión del continente, Molotov comunicó

---

<sup>11</sup> «Castor» (en inglés Beaver) era la forma abreviada en que se llamaba familiarmente a Beaverbrook.



a Moscú que sería precipitado esperar que se produjera una acción semejante en poco tiempo. Molotov era un burócrata gris, tan generosamente leal a Stalin que durante las purgas de los años treinta firmó una orden de detención contra su propia esposa. De ese modo se convirtió en el único o casi el único de los viejos bolcheviques más destacados que se libró del verdugo y pudo así permanecer aferrado a su cargo. Churchill probablemente tuviera que tensar hasta el máximo su obediencia a los imperativos políticos para invitar a semejante individuo a Downing Street y a Chequers, residencia que los rusos, con aires de suficiencia, recordarían sobre todo por su falta de duchas.

Por si hicieran falta más pruebas de la mala conducta de Beaverbrook, Molotov informó el 27 de mayo, tras dos encuentros con el barón de la prensa: «Me aconsejó insistir al gobierno británico [en que llevara a cabo la invasión], y me aseguró que Roosevelt es partidario del segundo frente». Al margen del secretismo de los rusos, Churchill se vio obligado además a luchar contra la propensión de Moscú a las fantasías. Al parecer, Stalin creía seriamente que los aviones japoneses eran pilotados por aviadores alemanes, y que, por algún motivo insondable, los británicos habían suministrado a Japón mil quinientos aviones de combate.

La principal tarea de Molotov en Londres consistió en negociar un tratado de alianza. Se sintió consternado ante la negativa británica a satisfacer las exigencias que Rusia había venido planteando desde que había entrado en la guerra, para que se reconociera su hegemonía no sólo sobre los países bálticos, sino también sobre

Polonia oriental. Stalin, sin embargo, no estaba tan preocupado. Cablegrafió a Molotov el día 24 diciéndole que aceptara la formulación un tanto vaga del borrador de tratado de seguridad de posguerra ofrecido por Eden: «No lo consideramos una declaración carente de significado, pensamos que se trata de un documento importante. No contiene ese párrafo [el propuesto en el borrador ruso] sobre la seguridad de las fronteras, pero probablemente no sea tan malo, pues nos deja las manos libres. Ya resolveremos la cuestión de las fronteras, o mejor dicho, de las garantías de seguridad de nuestras fronteras... por la fuerza». Mucho más seria, a juicio de los rusos, era la supuesta insuficiencia de los envíos de armas de los británicos. Stalin hacía hincapié en la necesidad de cazas y tanques, especialmente del tipo Valentine, que se había demostrado que eran los más adecuados, o, mejor dicho, los menos inadecuados, para las condiciones de Rusia. Los británicos, sin embargo, seguían mostrándose evasivos sobre el ulterior refuerzo de los convoyes que enviaban a Arcángel. La profesora Joan Beaumont, una de las cronistas más convincentes de la ayuda occidental a Rusia durante la guerra, ha escrito: «Lo irónico del compromiso con la Unión Soviética es que mientras que... el consenso respecto a su necesidad creció durante la primera mitad de 1942, también aumentaron los obstáculos en la forma de llevarlo a cabo».

Las grandilocuentes promesas de ayuda hechas por los americanos —inicialmente ocho millones de toneladas para el período 1942-1943, la mitad de ellas en alimentos— fracasaron debido a la incapacidad de los aliados de transportar unas cantidades tan

enormes. A finales de junio de 1943 se habían entregado menos de tres millones de toneladas de los 4,4 millones prometidos. Citando de nuevo a Joan Beaumont, «por notables que fueran esos logros y esos sacrificios, parecían demasiado pobres comparados con las promesas que se habían hecho... En el momento en el que la necesidad de Rusia era mayor, la asistencia de Occidente... era en el mejor de los casos insegura». A los soviéticos les sentó especialmente mal la negativa británica a acceder a sus repetidas peticiones de aviones Spitfire. El más estridente de los propagandistas rusos, Ilya Ehrenburg, denunció ante los millones de lectores soviéticos el hecho de que los aliados «envían muy pocos aviones, y tampoco envían los mejores que tienen». Los rusos afirmaron que se habían sentido ofendidos al descubrir que algunos de los Hurricanes recibidos no eran aparatos completamente nuevos, sino usados y reparados. Ante la mala calidad de los aviones y los tanques suministrados, Moscú empezó a centrar sus peticiones en camiones y productos alimenticios.

Molotov voló de Londres a Washington, donde el mayordomo de la Casa Blanca comunicó a Roosevelt que el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia había llegado con una pistola en la cartera. El presidente comentó que esperaba simplemente que no pretendiera usarla contra él. Tras la reunión celebrada en la Casa Blanca el 30 de mayo, Molotov manifestó en su informe a Moscú una frustración ante la afabilidad evasiva de Roosevelt que habría resultado familiar a los británicos. La cena, se quejaba el ministro ruso, «fue seguida de una conversación larga, pero sin sentido... Yo dije que habría

sido deseable tener ocupadas en el frente occidental al menos a cuarenta divisiones alemanas ya en el verano y el otoño de este año. Roosevelt y Marshall respondieron que eso querían ellos, desde luego, pero que se enfrentaban a graves dificultades inmediatas a la hora de trasladar fuerzas a Francia». El ruso replicó que si no había un segundo frente abierto en 1942, Alemania sería mucho más fuerte en 1943. «No me dieron ninguna respuesta concreta». No obstante, el presidente dijo que «los preparativos para el segundo frente están ya en marcha... él mismo [Roosevelt] intenta persuadir a los generales americanos de que asuman el riesgo y desembarquen entre seis y diez divisiones en Francia. Es posible que eso signifique otro Dunkerque y la pérdida de cien o ciento veinte mil hombres, pero hay que hacer sacrificios para prestar ayuda en 1942 y hacer trizas la moral de los alemanes».

\* \* \* \*

Stalin volvió a cablegrafiar el 3 de junio, primero riñendo a Molotov por la brevedad de sus informes. El caudillo soviético decía que no quería que le contaran sólo lo fundamental. Necesitaba también detalles triviales, que le transmitieran alguna sensación del clima reinante. «Por último, pensamos que es absolutamente necesario que ambos comunicados [el británico y el americano] contengan párrafos acerca del establecimiento del segundo frente en Europa, y afirmen que se ha alcanzado un acuerdo total al respecto. Pensamos que también es necesario que ambos comunicados incluyan detalles concretos acerca de la entrega a la Unión Soviética de materiales procedentes de Gran Bretaña y de Estados Unidos».

Los imperativos que ahora urgían a Stalin eran los mismos que tanto habían pesado a Churchill en 1940-1941. En primer lugar, y como reconocía el líder soviético en sus cables a Molotov, era imprescindible convencer a Hitler de que existía un peligro real de invasión de Francia por parte de los aliados, con el fin de disuadirle de trasladar más divisiones al frente oriental. En segundo lugar, la moral era tan importante para el pueblo soviético como para los pueblos de las democracias occidentales. Cualquier rayo de esperanza era valiosísimo. Stalin no tenía ninguna perspectiva real de que los ejércitos angloamericanos desembarcaran en el continente en 1942. Pero, del mismo modo que en 1941 Churchill había fomentado en Gran Bretaña unas expectativas de beligerancia por parte de los americanos más ambiciosas de lo que los hechos permitían vislumbrar, también Stalin deseaba pregonar al pueblo ruso las garantías que le habían dado Roosevelt y Churchill de que estaba a punto de abrirse un segundo frente, aunque ni siquiera él mismo creyera en ellas. Si los británicos y los americanos no respetaban luego esas garantías, dispondría de una prueba muy útil de la perfidia del capitalismo. En la Rusia acorralada del verano de 1942, eso de «luego» no parecía tener mucha importancia.

De nuevo en Londres el día 9 de junio, Molotov se reunió una vez más con Churchill, antes de firmar el tratado de alianza. Si la finalidad del ministro ruso era promover la discordia entre Londres y Washington, no puede decirse desde luego que fracasara. El primer ministro se sintió muy molesto cuando Molotov le contó cuáles eran las aspiraciones de Roosevelt para el mundo de

posguerra, empezando por la creación de una administración fiduciaria internacional de los imperios holandés y francés en Asia, y por el desarme forzoso de todos los países excepto las Grandes Potencias. Luego el político soviético esbozó las conversaciones que había mantenido en la Casa Blanca acerca del segundo frente:

*Señalé entre otras cosas que Roosevelt se había mostrado de acuerdo con el punto de vista que yo había planteado, es decir, que iba a resultar más difícil abrir un segundo frente en 1943 que en 1942 debido a los posibles graves problemas surgidos en nuestro frente. Por último mencioné que el presidente daba tanta importancia a la creación de un segundo frente en 1942 que estaba dispuesto a jugársela, a soportar otro Dunkerque y a perder cien o ciento veinte mil hombres... Subrayé, sin embargo, que el número de divisiones que Roosevelt proponía destinar, esto es, entre seis y diez, me parecía insuficiente.*

*Aquí Churchill me interrumpió con gran nerviosismo, afirmando que él nunca estaría dispuesto a sufrir otro Dunkerque ni el sacrificio inútil de cien mil hombres, sin que le importara quién recomendaba semejante idea. Cuando le contesté que yo no hacía más que transmitir la opinión de Roosevelt, Churchill respondió: «Ya le diré yo a él cuál es mi parecer al respecto».*

Oliver Harvey registró esa misma conversación: «Roosevelt había dicho tranquilamente a Molotov que estaría dispuesto a contemplar el sacrificio de ciento veinte mil hombres —nuestros— si fuera

necesario. El primer ministro contestó que no quería ni oír hablar de ello».

Molotov dijo años más tarde: «Teníamos que exprimirlos [a los aliados] y sacarles todo lo que pudiéramos. No me cabe duda de que Stalin no lo creía [que fuera a abrirse un segundo frente]. ¡Pero había que exigirlo! Había que exigirlo por el bien de nuestro pueblo. Porque el pueblo estaba esperando, ¿no es verdad?, a ver si llegaba la ayuda [de los aliados]. Esa hoja de papel [del acuerdo anglo-soviético] tenía una gran significación política para nosotros. Venía a dar ánimos al pueblo, y eso entonces significaba mucho».

El tratado Anglo-soviético firmado el 26 de mayo simplemente comprometía a «las partes contratantes... a prestarse mutuamente ayuda militar y de otro tipo y apoyo de todas clases». Pero cuando Molotov volvió de Londres, *Pravda* publicó la siguiente información en Moscú: «Está muy cerca el día en que se abra el segundo frente». El 19 de junio el periódico describía una reunión del Soviet Supremo, en la que se dijo a sus miembros que los acuerdos alcanzados entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos reflejaban el hecho de «que se ha logrado una conformidad absoluta respecto a la urgente necesidad de abrir el segundo frente en Europa en 1942». Esta declaración, decía el periódico, fue acogida con un prolongado aplauso, lo mismo que el posterior anuncio de que «los acuerdos son de la mayor importancia para las naciones de la Unión Soviética, pues la apertura del segundo frente en Europa creará unas dificultades insuperables para los ejércitos de Hitler en nuestro frente». Todo eso era falso, y Stalin y Molotov sabían

perfectamente que lo era. Pero entre tantas mentiras, ¿qué importaba una más, por otra parte tan necesaria para el espíritu del pueblo ruso? Y desde luego en este caso los rusos tenían perfecto derecho a afirmar que los americanos, y en menor grado los británicos, estaban haciendo promesas de mala fe.

En su vejez, Molotov afirmó que encontraba a Churchill «más listo» que a Roosevelt: «Conocí a todos esos capitalistas, pero Churchill era el más fuerte y el más inteligente. En cuanto a Roosevelt, sólo creía en los dólares. No es que no creyera en nada más, sino que pensaba que ellos eran tan ricos y nosotros tan pobres y que, por lo tanto, acabaríamos tan debilitados que nos presentaríamos ante los americanos a suplicarles. Ése fue su error... Se despertaron cuando ya habían perdido media Europa. Y naturalmente ahí Churchill se encontró en un aprieto muy absurdo. En mi opinión, Churchill era el más inteligente de los dos, como imperialista. Sabía que si nosotros, los rusos, derrotábamos a Alemania, entonces Inglaterra empezaría a perder sus plumas. Se dio perfecta cuenta de ello. En cuanto a Roosevelt, pensaba: “[Rusia] es un país pobre, sin industria y sin grano; acabarán viniendo a suplicarnos. No tienen otra salida”. Y nosotros veíamos todo eso de una forma completamente distinta. El país entero estaba preparado para hacer sacrificios, para luchar». Naturalmente se trata de una exposición *post facto* típicamente soviética de lo que sucedió en 1942-1943. Pero parece que Molotov tenía razón cuando percibía en el comportamiento de los americanos una arrogancia fundamental, del mismo tipo que la que se ocultaba tras su actitud hacia Gran



Bretaña. Se basaba en la creencia de que cuando acabara la guerra, el poder de Estados Unidos resultaría incuestionable para sus dos aliados.

\* \* \* \*

El general Dwight Eisenhower escribió a su viejo amigo George Patton el 20 de julio de 1942: «Esta guerra todavía es joven». Para los americanos, era verdad. Pero los británicos, después de tres años de privaciones, derrotas, bombardeos intermitentes e inactividad forzosa, veían las cosas de manera muy distinta. Washington intentaba convencer con amenazas a Churchill de que sacrificara un ejército británico, con una participación estadounidense simbólica, como gesto de apoyo a la Unión Soviética. El error fundamental de Marshall fue no darse cuenta de que la magnitud de una batalla en Francia estaba por encima de lo que los aliados pudieran determinar. Tal vez ellos pretendieran llevar a cabo una operación de dimensiones limitadas, pero los alemanes podían reunir un gran número de fuerzas y convertirla en un gran desastre.

Nunca hubo la más mínima posibilidad de que el primer ministro y sus generales accedieran a la propuesta de los estadounidenses. «No creo que tengamos mucho que hacer este año en la costa de Francia», advirtió el primer ministro a sus jefes de Estado Mayor el 1 de junio. A mediados de 1942 Gran Bretaña tenía quince divisiones en Oriente Medio, diez en la India y treinta en su propio territorio, y de estas últimas eran pocas las que estaban preparadas para la guerra. Ninguna de las quince divisiones de infantería de

vanguardia de las Fuerzas de Defensa estaba equipada al completo, mientras que otras nueve divisiones con «personal inferior» estaban en peor situación. Dos terceras partes de las armas y los pertrechos que salían de las fábricas eran enviadas directamente fuera del país, donde las necesitaban «en primera línea de fuego», mientras que las Fuerzas de Defensa continuaban a la cola de los recursos.

Aquella primavera Churchill insistió a sus jefes de Estado Mayor en que aceptaran dos propuestas contra su voluntad. En un caso se salió con la suya, aunque en el otro no. Rechazó la opinión de Brooke, a juicio del cual no era necesario conquistar Madagascar, a la sazón ocupada por el gobierno de Vichy. Las tropas británicas desembarcaron en la isla en mayo, tomando rápidamente su principal puerto, y luego combatiendo en una campaña que duró seis meses contra la obstinada resistencia de las fuerzas de Vichy hasta que la totalidad de la isla quedó sometida en noviembre. Fue una medida de precaución muy sabia. Si los japoneses, que se hallaban en el punto culminante de sus conquistas, hubieran visto colmadas sus ambiciones de conquistar Madagascar, las comunicaciones de los británicos con la India y Oriente Medio se habrían visto seriamente amenazadas. La otra idea propuesta por Churchill, en cambio, el desembarco en el norte de Noruega, fue derrotada por las objeciones de todas las secciones del Estado Mayor. En 1942 habría estado al alcance del ejército británico conquistar y retener una franja de la costa noruega, frustrando así los sangrientos ataques de la Luftwaffe y de la marina alemana contra los convoyes enviados a Rusia. Pero teniendo en cuenta las

carencias del ejército de tierra y del Brazo Aéreo de la Armada, Brooke probablemente tuviera razón al rechazar el plan. Semejante operación habría comprometido de manera funesta las ambiciones de Churchill en el norte de África, que auguraban mayores beneficios con menos riesgos.

La opinión pública británica y la americana, sin embargo, desconocían la debilidad de las fuerzas armadas de los aliados occidentales, comparadas con las del enemigo. Durante casi todo 1942 discutieron la cuestión del segundo frente con un fervor que exasperaba al primer ministro y a sus altos mandos. A Churchill le molestó mucho un artículo de la revista *Time* que calificaba a Gran Bretaña de ser un país «agotado, de mentalidad defensiva», y escribió a Brendan Bracken en los siguientes términos: «Ese periodicucho malicioso no debería tener demasiadas facilidades aquí». La embajada británica en Washington informó a Londres: «Los partidarios del segundo frente han aumentado mucho como consecuencia de los reveses de los rusos. Un sector muy influyente de la opinión periodística... ha venido insistiendo en que los peligros de semejante operación compensan de sobra el riesgo mayor que supondría su retraso». Los británicos se irritaban constantemente ante las manifestaciones de ignorancia de las dificultades operacionales que tenían los americanos. Durante una cena en Londres, un oficial estadounidense preguntó una noche a un general inglés por qué no podían ser enviados a Malta más cazas británicos con el fin de proteger los convoyes del Mediterráneo. El visitante no tenía en cuenta el hecho, como tuvo que explicar lleno

de enojo su anfitrión, de que Malta se hallaba muy por encima de la autonomía de vuelo de los Spitfires y Hurricanes que despegaban de Gibraltar.

A los británicos les resultaban cada vez más molestas las dificultades planteadas por tener que comunicar sus opiniones a unas autoridades americanas cuyos elementos políticos y militares parecían inmunes a los criterios de sus aliados. Un oficial británico desplazado a Washington escribió a Londres en mayo de 1942 diciendo: «No hay aquí ningún inglés que tenga unas relaciones con Hopkins y con el presidente tan estrechas como serían necesarias. No hay nadie capaz de representar continuamente ante la Casa Blanca las opiniones del primer ministro acerca de la dirección de la guerra. El embajador no considera que semejante tarea esté dentro de su esfera de competencias. Y Dill no se atreve a hacerlo, pues arruinaría sus relaciones con los jefes de Estado Mayor norteamericanos si se entrevistara con Hopkins demasiado a menudo». El general de brigada Vivian Dykes, de la Misión Militar Británica, escribía: «No tenemos ni un solo triunfo en la mano, pero Londres espera que hagamos milagros. Es muy dura esta vida».

Churchill llegó a la conclusión de que sólo otro encuentro personal con Roosevelt podía resolver la cuestión del segundo frente, o más exactamente el plan alternativo de desembarco en el norte de África —la operación «Torch»— a favor de Gran Bretaña. Despegó una vez más en compañía de Alan Brooke a bordo de una hidrocanoa de transporte Boeing. La tarde del 19 de junio salió a dar una vuelta en coche por la finca de Roosevelt en Hyde Park, en un *tête-à-tête* con

su anfitrión. Ésa era precisamente la situación que Churchill deseaba y la que los jefes de Estado Mayor norteamericanos deploraban: que su comandante en jefe hablara a solas con un hombre tan terriblemente persuasivo como el primer ministro de Gran Bretaña. Churchill escribió en sus memorias que ambos lograron así hacer más cosas que en las conferencias. No es verdad. Lo que quería decir, por supuesto, es que se veía así libre de las intervenciones apasionadas y hostiles de Marshall y sus colegas. En Hyde Park, el primer ministro se sintió encantado de ser tratado como «de la familia», aunque los miembros del personal a su servicio a veces se excedieran aprovechando los privilegios propios de los invitados. Su secretario particular, John Martin, fue severamente reprendido por Louise Hachmeister, la telefonista de Roosevelt, cuando ésta lo encontró cómodamente instalado en el despacho de su jefe, utilizando la línea telefónica directa del presidente con Washington.

\* \* \* \*

El 20 de junio en Hyde Park Churchill entregó a Roosevelt una breve nota magistral sobre estrategia. Los preparativos del desembarco en Francia en el mes de septiembre seguían adelante, decía el primer ministro. Sin embargo, él continuaba oponiéndose a semejante operación a menos que hubiera unas perspectivas reales de poder quedarse en el continente. «Ninguna autoridad militar británica responsable ha sido capaz hasta el momento de elaborar un plan para septiembre de 1942 que tuviera la más mínima posibilidad de éxito, a menos que los alemanes estén totalmente

desmoralizados, lo cual no es en absoluto probable. ¿Los estados mayores norteamericanos tienen algún plan? Si es así, ¿cuál es? Si puede elaborarse un plan que ofrezca unas perspectivas razonables de éxito, el gobierno de Su Majestad lo acogerá con entusiasmo y compartirá plenamente con sus camaradas americanos los riesgos y los sacrificios... Pero si no puede elaborarse ningún plan en el que ninguna autoridad responsable tenga confianza... ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Podemos permitirnos el lujo de permanecer ociosos en el Atlántico durante todo 1942?». Era en ese contexto, insistía Churchill, en el que debía estudiarse la posibilidad de un desembarco en el norte de África.

Aquella noche, el presidente y el primer ministro volaron a la capital. Se hallaban juntos en la Casa Blanca cuando alguien entró con un papelito rosa para Roosevelt, que se lo pasó a Churchill sin decir palabra. Decía así: «Tobruk se ha rendido. Han sido hechos prisioneros veinticinco mil hombres». Churchill se mostró al principio incrédulo. Antes de abandonar Gran Bretaña había enviado un mensaje a Auchinleck subrayando la importancia de retener el puerto: «Su decisión de defenderlo hasta el final respaldada de todo corazón. Retirada sería fatal. Es una cuestión no sólo de blindados, sino de fuerza de voluntad. Dios los bendiga a todos». El primer ministro telefoneó a Ismay en Londres, quien le confirmó la pérdida de Tobruk, junto con treinta y tres mil hombres, dos mil vehículos, cinco mil toneladas de provisiones y mil cuatrocientas toneladas de combustible. Una defensa caótica, puesta en manos de un general de división sudafricano recién

ascendido e inexperto, se había venido abajo ante una inesperada acometida de los alemanes desde el sureste. Aquella debacle se caracterizó por la incompetencia del mando, una indolencia lamentable y la falta de iniciativa de muchas unidades. El último comunicado del general de división Klopfer desde Tobruk era un enigmático estudio sobre la desesperación: «La situación apenas se tiene en pie... No puedo estar peor. Gasolina destruida».

El primer ministro se sentía aturdido y humillado. Parecía insoportable que pudieran llegar semejantes noticias cuando estaba de visita, de hecho como un pedigüeño, en Washington. Dándose cuenta del abatimiento de su huésped, Roosevelt reaccionó con una espontaneidad, una generosidad y una cordialidad desconocidas hasta entonces en él: « ¿Qué podemos hacer para ayudar?», preguntó. Tras consultar con sus jefes de Estado Mayor, el presidente contempló por un rato la idea de enviar una división acorazada norteamericana a luchar en Egipto. Después de pensarlo mejor, se acordó enviar los trescientos tanques Sherman y cien cañones autopropulsados de la formación, para que los utilizaran los ingleses. Estos refuerzos de pertrechos de la mejor calidad fueron fundamentales para la posterior victoria británica en El Alamein. Este gesto de Roosevelt, que exigió la retirada del armamento nuevo de una unidad de combate norteamericana, provocó la gratitud más profunda y merecida que sintieron los británicos hacia el presidente en toda la guerra.

El historiador americano Douglas Porch, uno de los cronistas más sólidos de las campañas del Mediterráneo, cree que Churchill se

equivocó básicamente al juzgar la actitud de los norteamericanos hacia el esfuerzo bélico de los británicos. El primer ministro deseaba una victoria en Oriente Medio, para acabar con el escepticismo de los estadounidenses respecto a la capacidad de lucha de los británicos. Según sostiene Porch, sin embargo, «era la impotencia de Gran Bretaña y su situación de acorralamiento lo que despertaba más compasión en Washington y lo que más contribuyó a preparar psicológicamente al pueblo americano a intervenir en la guerra». Desde luego es cierto que los americanos compadecían la debilidad material de los británicos. Pero una fuente constante de resentimiento entre los estadounidenses, reflejado en los sondeos de opinión durante buena parte de la guerra, fue la creencia de que los británicos no sólo estaban mal armados, sino que además no intentaban luchar con suficiente ahínco. Una cosa era que Estados Unidos suministrara comida y armas a una democracia que peleaba valientemente, y otra muy distinta ver a los británicos aparentemente satisfechos con quedarse de brazos cruzados en su isla y llevar a cabo apáticas operaciones de menor importancia en el norte de África, mientras los rusos hacían el trabajo sucio de destruir los ejércitos de Hitler pagando por ello un terrible precio de sangre.

Era curioso cómo habían cambiado desde enero los ánimos en Washington. En esta ocasión, no hubo adulaciones para Churchill en su visita. «Los sentimientos antibritánicos son todavía fuertes», informaba a Londres la embajada inglesa, «más fuertes de lo que lo eran antes de Pearl Harbor... Este estado de cosas se debe en parte



al hecho de que, mientras que resultaba difícil criticar a Gran Bretaña cuando el Reino Unido era bombardeado, esas críticas no llevan ya el estigma de los deseos aislacionistas o las simpatías pro nazis». El senador Allen Ellender, de Louisiana, declaró agriamente que «no tenía mucho sentido suministrar a los británicos material de guerra, pues invariablemente lo pierden todo». El secretario de Roosevelt, William Hassett, escribió en su diario: «Estos ingleses son siempre muy agresivos excepto en el campo de batalla, son tan respondones como los judíos, y siempre piden un poco más y luego más todavía». Hassett reconocía que el presidente consideraba a Churchill «un compañero delicioso», pero añadía: «Con un presidente blando, Winnie pondría ruedecillas al Departamento del Tesoro y abriría un segundo, un tercero y hasta un cuarto frente con nuestros combatientes». En cuanto al público en general, un ciudadano de Ohio escribió a la Casa Blanca en los siguientes términos: «Digan a Churchill que se vaya a su país, que es donde tiene que estar... Lo único que quiere, es nuestro dinero». Una «madre de tres hijos» anónima intentó dirigirse al primer ministro de Gran Bretaña desde California: «Cada vez que aparece usted en nuestra tierra, significa algo terrible para nosotros. ¿Por qué no se queda en su casa y pelea en sus propias batallas en vez de arrastrarnos a nosotros siempre a ellas para que les salvemos el maldito pellejo?». La carta de un individuo de Nueva York a un amigo en Somerset, interceptada por la censura, decía: «Cuando vi que estaba aquí ese imbécil de primer ministro que tenéis, supe que había otro desastre a la vista». Semejantes opiniones no eran

habituales: la mayoría de los americanos sentía un cariñoso respeto por Churchill. Pero reflejaban un escepticismo generalizado acerca de la voluntad de lucha de su país, y la duda de si los deseos del primer ministro coincidían con el interés nacional de los americanos. «Han resurgido todas las viejas animosidades contra los británicos», escribía un analista para la Oficina de Información de Guerra. «Gran Bretaña no pagó sus deudas después de la última guerra. Se niega a conceder a la India la misma libertad por la que dice que lucha. Retiene un ejército enorme en Inglaterra para proteger su territorio nacional, mientras que sus puestos avanzados los pierde dejándolos en manos del enemigo».

Otro estudio de la Oficina de Información de Guerra concluía en tono consternado: «Incluso entre los más firmes partidarios del concepto de Naciones Unidas hay una marcada tendencia a mostrarse críticos con los británicos. Su política colonial, el conservadurismo de los elementos dominantes de su gobierno y la tradicional desconfianza de los americanos por los objetivos de Gran Bretaña contrarrestan en parte la admiración general por su heroica lucha». Otro informe de finales de verano detectaba una mejora marginal de esos sentimientos, pero comprobaba que la confianza en los británicos se situaba todavía muy por debajo de donde estaba el otoño anterior. Según señalaba, «frases como: “Los británicos quieren siempre que alguien les saque las castañas del fuego” o “Inglaterra luchará hasta el último francés” se han hecho bastante habituales».

El estudio de julio de la Oficina de Información de Guerra invitaba a los americanos a decir qué país pensaban que intentaba ganar la guerra con más ahínco. Un 37 por 100 respondía que Estados Unidos, un 30 por 100 nombraba a Rusia, un 14 por 100 a China, y un 13 por 100 no daba ninguna opinión. Sólo el 6 por 100 identificaba a los británicos como los autores de los intentos más convincentes. Un mes después, otra encuesta similar preguntaba qué país beligerante se consideraba que tenía el mejor espíritu de lucha. Aproximadamente el 65 por 100 contestaba que América, y el 6 por 100 citaba a Gran Bretaña. El mismo estudio subrayaba la sorprendente ignorancia que tenían los americanos de las dificultades que comportaba organizar una invasión de Europa. Una mayoría del 57 por 100 decía que pensaban que los aliados debían lanzar un segundo frente «dentro de dos o tres meses». Análogamente un 53 por 100 opinaba que semejante operación tendría unas posibilidades de éxito «bastante buenas», mientras que el 29 por 100 calculaba que esas mismas posibilidades eran de un 50-50, y sólo el 10 por 100 temía que la invasión fracasara. Un curioso 60 por 100 de los encuestados respondía que no sólo pensaba que la invasión de Francia tendría lugar dentro de tres meses, sino que esperaba que así fuera.

El juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos Felix Frankfurter escribía el 9 de julio de 1942 a Stafford Cripps, que había expresado su preocupación por las relaciones angloamericanas: «El sentimiento dominante que se oculta detrás de todo esto no es malo... Pero existe una dificultad fundamental. Y es, a mi juicio, la

falta de una conciencia continuada de camaradería entre los dos pueblos, no sólo a la hora de rechazar a un enemigo que amenaza todo aquello que apreciamos, sino una camaradería a la hora de conseguir una sociedad común que tenga esencialmente los mismos fines justos y civilizados». El columnista Walter Lippmann expresaba unas opiniones semejantes a Maynard Keynes. Era necesario, indicaba Lippmann, un nuevo entendimiento político entre Gran Bretaña y Estados Unidos en torno al futuro de su imperio: «La guerra de Asia ha resucitado el profundo antiimperialismo de la tradición americana».

El Foreign Office se sintió consternado por los comentarios hechos por el anglófilo Wendell Willkie durante una visita a Moscú. Dijo al embajador británico sir Archibald Clark Kerr que la opinión pública de Estados Unidos hacia Gran Bretaña estaba adoptando un cariz «peligroso» y que estaba «asustado» por ello. Ni uno solo de los americanos que había encontrado en su viaje entre Washington y Moscú, desde los camioneros hasta los embajadores, había dicho algo bueno del comportamiento de los británicos fuera de sus fronteras. Willkie instaba al primer ministro a pronunciar un discurso sobre la política de posguerra demostrando que se daba cuenta de que el «imperialismo anticuado» había muerto. Por supuesto, Churchill no tenía la menor intención de hacer nada parecido.

\* \* \* \*

El 6 de julio, un informe del Foreign Office acerca de la embajada británica en Washington era casi flagelador sobre la opinión que

tenían los americanos de la legación de Halifax: «La embajada... tiene una reputación increíblemente mala. Es considerada *esnob*, arrogante, pretenciosa, torpe, aletargada y nido de ideas reaccionarias, y en general despreciables». El informe hacía a continuación una lista de las objeciones más populares entre los americanos con respecto a Gran Bretaña, la primera de las cuales era su sistema de clases, que ofendía a los trabajadores («los británicos están volviéndose rojos»); hablaba del imperialismo; de los «británicos chapuceros de las altas esferas: viejos cansados, demasiado cautelosos, acostumbrados a despreciar todas las ideas nuevas y de mentalidad defensiva, aburridos de su tarea... Los ingleses están tranquilos en su isla mientras hay tres millones y medio de hombres sobre las armas, y los británicos son derrotados siempre... El Lend-Lease deja a América en cueros para proveer a los británicos, que ni siquiera han pagado sus deudas de [la primera] guerra... Los sentimientos antibritánicos forman parte de la tradición patriótica básica de los americanos... La anglofobia es una prueba de americanismo fuerte, socialmente aceptable, como no lo son el anticatolicismo y el antisemitismo... Todos los que odian a Roosevelt odian a los ingleses porque se considera que éstos son santos de la devoción del presidente».

La censura postal británica realizó un informe para el Foreign Office sobre un sector de la opinión pública estadounidense controlado a través de las interceptaciones postales. Desde Newark, New Jersey, un hombre escribía a un amigo suyo en Gran Bretaña lo siguiente: «Créeme, aquí nos sentimos indignados cuando leemos noticias que

hablan de retiradas de los ingleses, pero nadie echa la culpa al soldado raso. Echamos la culpa a los jefazos por su ineficacia y por verse superados siempre tácticamente por los teutones». El 11 de septiembre, un ciudadano de Nueva York escribía más o menos en el mismo tono: «No cabe duda de que algo huele a podrido en los mandos británicos en todas partes... No siempre es falta de materiales; las más veces es pura estupidez». Otro individuo de Nueva York, destinado a Australia, escribía a un amigo británico de Stoke-on-Trent: «El imperialismo inglés es responsable de un mayor número de desgracias y de guerras de lo que se pueda uno imaginar. Y dicho sea de paso, me sorprende comprobar que muchísimos australianos detestan el sistema de Inglaterra más que yo. ¡Los ingleses SOIS IMPOSIBLES!».

Richard Law, ministro de Estado de Eden e hijo del antiguo primer ministro Bonar Law, envió un informe extraordinariamente emocionado al Foreign Office durante una visita suya a América. Afirmaba en él que en los campos de adiestramiento del ejército estadounidense «los sentimientos antibritánicos son una cosa increíble... deliberadamente inculcados por ciertos oficiales de alta graduación, en particular por el general [Brehon] Somervell, que se burlaba de Churchill diciendo que carece de “animación continuada” para ejecutar un ataque al otro lado del Canal». Entre todos los altos mandos del ejército americano, decía Law, los sentimientos antibritánicos eran muy intensos. Había una violenta inquina contra el primer ministro, que, según se creía, tenía dominado al presidente y lo engatusaba de cualquier manera. Los

jefes de Estado Mayor norteamericanos «serían casi tan amigos del Estado Mayor británico como del alemán si se sentaran con ellos alrededor de una mesa». Se trata de una valoración muy curiosa de las tensiones angloamericanas. Pero viene a ilustrar la magnitud de la preocupación reinante en los círculos oficiales británicos en 1942, cuando la reputación militar del país estaba por los suelos.

Churchill sabía que su nación y sus soldados tenían que ser vistos enzarzados en la lucha. Si no podían entablar combate en Europa, tenían que hacerlo en Oriente Medio. Los largos períodos de pasividad en los que se había visto atrapado el VIII Ejército en el norte de África, por necesarios que fueran desde el punto de vista logístico, resultaron inmensamente perjudiciales para la autoestima de los británicos y para la imagen del país en el extranjero. En una reunión del gabinete de guerra presidida por Attlee, Bevin exclamó teatralmente: « ¡Tenemos que conseguir una victoria! ¡Lo que desea el público británico es una victoria!». Cuando John Kennedy fue convocado a Downing Street, el primer ministro se puso a hablar de las operaciones que estaban llevándose a cabo por entonces en el norte de África, «y a continuación lanzó una indirecta al ejército británico (cosa que por desgracia no podía evitar) diciendo que “si en el ejército de Rommel fueran todos alemanes, nos derrotarían”». Más tarde el director de Operaciones Militares informaría de la conversación a Brooke: «Le conté lo que Winston había dicho sobre lo de que los alemanes eran mejores que nuestras tropas, y él contestó que hablaría de ello con Winston. Sus constantes ataques contra el ejército hacían mucho daño, especialmente cuando los

llevaba a cabo en presencia de otros políticos, como solía ser el caso». No obstante, tan avergonzado estaba Kennedy, como militar, por la caída de Tobruk que durante algún tiempo evitó dejarse ver por su amado «Rag» —el club de los oficiales del ejército de tierra y de la armada— para no tener que hacer frente a preguntas desagradables acerca del lamentable espectáculo dado por el ejército.

Mientras Churchill estaba en Washington en junio, algunos periódicos norteamericanos sugirieron la idea de que su gobierno podía caer. Lo que leyó lo alarmó lo bastante como para telefonear a Eden desde la Casa Blanca con el fin de asegurarse de que su autoridad no se veía amenazada por ningún peligro importante. No había cambiado nada transcendental, le dijeron, pero el diputado *tory* sir John Wardlaw-Milne había presentado una moción en la Cámara de los Comunes. La opinión pública era muy frágil. «A la gente no le gusta que esté fuera tanto tiempo en unos momentos tan críticos», escribía un oficial de la armada. Una colaboradora de la organización Mass-Observation, Rosemary Black, deploraba en su diario la estancia de Churchill en América en un momento en el que el pueblo británico estaba teniendo que soportar tan malas noticias: «Yo misma me sentí bastante indignada con él cuando vi una fotografía suya pasándose bien una vez más en la Casa Blanca. ¡Si por lo menos se quitara de la cara alguna vez esos puros tan gordos!».

La londinense Vere Hodgson, que colaboraba con diversas asociaciones benéficas, aturdida, como el resto del país, por la caída



de Tobruk, escribió enfadadísima en su diario: «Parece que el enemigo no entendió lo que se esperaba de él y no se atuvo a nuestros planes. ¡Grrr! Como dice la señorita Moyes, se le queda a una la cara verde, rosa y color heliotropo. El domingo me desperté en plena noche y pensé en el convoy enviado a Tobruk el sábado a costa de tanta sangre, sudor y víctimas... para acabar cayendo como fruta madura en la boca de los alemanes. Me revolví en la cama y me rechinaron los dientes de cólera». Después de la alocución radiofónica del primer ministro dos semanas más tarde añadió: «El discurso del señor Churchill no contenía mucho que sirviera de consuelo. Nos dominó, como siempre, y nos rendimos a su arrolladora personalidad; pero, como cualquiera de nosotros, tampoco él sabe por qué cayó Tobruk».

George King escribió a su hijo desde Sanderstead, en Surrey, diciendo: «Nos enteramos ayer de que hemos perdido Tobruk; la misma historia de siempre: una dirección asquerosa. Los americanos tendrán que enseñarnos todavía cómo se hacen las cosas. ¡Los tíos de las estrellas son lo único que hay de asqueroso en el ejército británico!». Un ama de casa de Lancashire, Nella Last, profundamente leal a Churchill, reflexionaba llena de desconcierto en su diario el 25 de junio de 1942: « ¿Dónde pueden ir los soldados que tengan alguna posibilidad razonable? Tobruk ya no existe. ¿Qué pasa con Egipto, Suez y la India? Casi tres años de guerra: ¿POR QUÉ no seguimos adelante? ¿Qué nos detiene? Seguramente ahora se organizarán mejor las cosas de alguna manera. ¿Por qué iban a ser lanzados nuestros hombres contra unos horrores mecánicos

más fuertes, y nuestros pertrechos no iban a ser normalizados para poder ser manejados y reparados mejor? No hay líquido que nos ligue, nada. Es terrible. Toda esa palabrería acerca del año que viene y del otro y el otro no impedirá que nuestros chicos sigan muriendo inútilmente. Si por lo menos las madres pudieran pensar que sus pobres hijos no han muerto inútilmente, por algún motivo... Es tremendo».

Un Informe de la División de Inteligencia de las Fuerzas de Defensa del Ministerio de Información afirmaba: «Los éxitos de los rusos siguen proporcionando un antídoto contra las malas noticias que llegan de otros frentes... “¡Gracias a Dios que existe Rusia!”. Se trata de una expresión frecuente de los profundos y fervientes sentimientos de apoyo a ese país que inundan a amplios sectores de la opinión pública». Los afiliados del Partido Comunista Británico aumentaron de los doce mil existentes en junio de 1941 a los cincuenta y seis mil que había a finales de 1942. Los medios de comunicación británicos no decían ni una palabra de las terribles crueldades gracias a las cuales Stalin mantenía la defensa de la Unión Soviética, ni de los fallos y meteduras de pata que caracterizaron su esfuerzo de guerra en 1941-1942.

En los círculos políticos y militares mejor informados no había ni rastro del sentimiento de culpabilidad por los sacrificios de los soviéticos que reinaba entre el público en general. Desde Churchill para abajo, había una sensación generalizada y no del todo absurda de que por muchas desgracias y pérdidas que sufriera el pueblo ruso, la culpa la tenía fundamentalmente la política de su gobierno,

y sobre todo el pacto nazi-soviético de 1939. Brooke escribía con indignación acerca de la ayuda británica a Rusia: «No recibimos nada a cambio excepto insultos por enviar los convoyes de manera poco eficaz». John Kennedy expresaba su extrañeza ante las actitudes de la gente: «Reina un entusiasmo extraordinario y totalmente equivocado por los rusos. Stalin es más héroe que el rey o incluso que Winston». Un oficial de la armada, el comandante Andrew Yates, decía en una carta a un amigo en América: «Con lo poco que me gustaba antes, el hombre que ha matado a un millón de alemanes, Stalin, ahora es amigo mío para toda la vida». Un funcionario del Ministerio de Información, sin embargo, advertía contra el temor exagerado de que el aplauso popular a las proezas militares de los soviéticos significara una conversión en masa al comunismo, como algunos diputados *tories* pensaban: «El peligro no vendrá nunca de la admiración por los logros de otro país, sino sólo de la insatisfacción con los nuestros, de un descontento lo bastante feroz como para mirar con buenos ojos un programa revolucionario».

No obstante, la percepción de que el Ejército Rojo era más valiente y estaba más dispuesto al sacrificio que sus propios soldados era un motivo de cólera y de vergüenza para el pueblo de Churchill, que persistió a lo largo de todo el verano de 1942. A la gente no podía decirse que los ejércitos de Stalin realizaban sus destacadas hazañas obligados por unas leyes draconianas; que si los soldados rusos a veces mostraban más fortaleza que los británicos o los americanos era sobre todo porque si flaqueaban, se enfrentaban al

peligro de ser fusilados por sus propios mandos, sanción que se impuso a cientos de miles de soldados soviéticos a lo largo de la guerra. El debate en torno a la inercia y el fracaso militar de los británicos siguió dominando la prensa. «Se extienden las actitudes reaccionarias», se lamentaba la comunista Elizabeth Belsey. «Esta semana *The Spectator* parece bastante opuesto al segundo frente. ¿Qué supone toda esa gente que va a hacer Rusia sin el segundo frente? ¿Continuar luchando con fe en vez de con petróleo?». Maggie Joy Blunt, una periodista simpatizante de las izquierdas, escribía el 7 de agosto de 1942: « ¿Por qué, en vez de sus críticos, no se coloca el señor Churchill en el pedestal de la columna de Nelson a pedir a voces un segundo frente y a exigir mayores esfuerzos de todos los hombres y mujeres del país? El deseo de hacer esos esfuerzos existe. La gente respondería al instante si Churchill pronunciara las palabras debidas. Tenemos la sensación de que los poderes establecidos desean ver la fuerza de Rusia inutilizada antes de mover un dedo para ayudarla. No quieren que Rusia tenga nada que decir en condiciones de paz. Los intereses capitalistas siguen siendo fortísimos, y la burguesía acaudalada, pese a ser una minoría, sigue teniendo una influencia enorme en la dirección de nuestros asuntos y se siente aterrorizada ante la idea del socialismo. El socialismo es inevitable». La londinense Ethel Mattison escribía a su hermana en California el 1 de agosto: «Cuando se firmó la alianza anglo-soviética, y... el segundo frente era uno de los puntos principales... hizo más bien que la gente se arrellanara en sus asientos y se pusiera a esperar. Sin embargo, la espera ha sido tan larga y los

rusos están sufriendo de un modo tan terrible que da la sensación de que la idea tendrá que hacerse realidad por la presión de la opinión pública. Por doquiera que pase una, en el autobús, en el tren o en el ascensor, se oyen fragmentos de conversaciones relacionadas con el tema».

La prensa rusa, como cabría suponer, dedicaba mucho espacio a los partidarios del segundo frente. *Pravda* publicó un artículo acerca de las manifestaciones masivas celebradas en Gran Bretaña en apoyo de iniciar cuanto antes la acción con el siguiente titular: «El pueblo inglés quiere ayudar a sus camaradas rusos». Citaba las declaraciones llevadas a cabo al término de una gira por Gran Bretaña por el corresponsal de Associated Press, Drew Middleton, quien había dicho que había un apoyo público abrumador a la invasión, que las dificultades de los transportes en barco podían ser superadas, y que el bombardeo de Alemania se reconocía que era insuficiente para apoyar a Rusia. *Pravda* describía asimismo la realización de manifestaciones a favor del segundo frente en Canadá. Durante los meses siguientes hubo muchos más comentarios sobre el mismo asunto en la prensa de Moscú. El 9 de agosto, *Pravda* llevaba el siguiente titular: «No hay tiempo que perder. —La prensa británica acerca del segundo frente—. El 15 de agosto podía leerse: «Ha llegado la hora de actuar, dicen los periódicos americanos». Al día siguiente, un informe contaba que una delegación en representación de ciento cinco mil trabajadores británicos de setenta y ocho empresas había acudido a Downing Street a presentar a Churchill una petición de apertura del segundo

frente. El día 19, otro titular de *Pravda* rezaba: «Las organizaciones públicas inglesas exigen una ofensiva contra Alemania», y el 23, otro proclamaba: «No tenemos derecho a seguir esperando. —Los sindicatos ingleses exigen la apertura del segundo frente—».

\* \* \* \*

El relato de la Segunda Guerra Mundial que ofrece la mayoría de los historiadores está distorsionado por el hecho de que se centra en lo que ocurrió, y no en lo que no ocurrió. Hasta noviembre de 1942, pasaron semanas y a veces meses sin que se tuvieran pruebas de actividad de las fuerzas de tierra británicas. Entre junio de 1941 y el final de la guerra, los periódicos británicos y los programas radiofónicos de la *BBC* a menudo estuvieron dominados por informes acerca de la lucha en el frente oriental, donde las actividades parece que fueron continuas. Innumerables editoriales rindieron tributo a las hazañas de «nuestros valientes aliados rusos». Esto permite explicar por qué Rusia despertó tanta admiración en la Inglaterra de la época. Las informaciones acerca de los combates en el este eran vagas y a menudo enormemente imprecisas, pero se mezclaron hasta crear una vívida impresión de acciones enérgicas, horriblemente costosas y cada vez más eficaces por parte del Ejército Rojo. La batalla de Stalingrado, que empezó por entonces a recibir una cobertura enorme, intensificó la consternación debido al contraste entre la actuación de los británicos y las hazañas de los rusos. «Cada semana de defensa eficaz», comunicaba el Ministerio de Información el 9 de octubre de 1942, «confirma la popularidad de los rusos y existe una gran

incomodidad y disgusto ante el espectáculo de nuestra aparente inactividad».

Ismay dijo que admiraba a Churchill tanto por el valor con el que resistió a la creación prematura de un segundo frente como por el vigor con el que fomentó otros proyectos. Observaba que un hombre de menor talla tal vez habría cedido al griterío de los que le presionaban. Deploraba la inevitable ignorancia que tenía el público del hecho de que una asociación real con los rusos era algo imposible, habida cuenta de su implacable actitud de secretismo. Para entender el estado de ánimo del público británico durante la Segunda Guerra Mundial, hay que conocer qué poca gente sabía algo más que no fueran los movimientos visibles de los ejércitos y los bombardeos de la noche anterior en Alemania. La información, que es un lugar común en tiempos de paz, se convierte en materia de alto secreto durante la guerra: las cifras de la producción industrial, la escasez de armas, los movimientos y pérdidas de los transportes, los detalles de la ayuda o de la falta de ayuda a Rusia. Muchos informes aparecidos en los periódicos, especialmente aquéllos que detallaban los éxitos de los aliados en el combate y las pérdidas del enemigo, eran inventados. El primer ministro presentó a la nación sólo una idea vaguísima y sumamente general de sus perspectivas probables. Fue una actitud muy prudente, pero obligó a millones de personas a vivir durante años en una atmósfera envenenada de incertidumbre, que contribuyó de manera decisiva a la desmoralización del período 1941-1942.

Un estudio de los periódicos británicos de la época sorprende al lector moderno, porque, a diferencia de lo que es habitual en el siglo XXI, prestaban más atención a los acontecimientos que a las personalidades, incluida la del propio primer ministro. Churchill recibió mucha menos cobertura que la que recibe un primer ministro actual, en parte porque fuera de su círculo íntimo eran muy pocos los detalles de su vida personal que se revelaban. Por motivos de seguridad a menudo ni siquiera se informaba de sus viajes hasta que no había salido de un determinado lugar. Sus discursos y sus apariciones públicas naturalmente recibían amplia cobertura, pero pasaron muchos días de la guerra sin que la prensa hiciera apenas referencia al primer ministro. Mientras que algunos comandantes en el campo de batalla como Alexander y Montgomery se convirtieron en nombres familiares, otras figuras claves de la contienda siguieron siendo casi desconocidas. Sir Alan Brooke, por ejemplo, cuyo papel en asuntos militares sólo fue menos importante que el de Churchill, apenas fue mencionado por la prensa durante la guerra. Y sobre todo, resultaba imposible ofrecer pronósticos concretos por el hecho de que la situación del enemigo, las condiciones reinantes «al otro lado de la colina» permanecieron en gran parte envueltas en el misterio incluso para los líderes militares que estaban al tanto de los secretos de Ultra. De la situación en la Europa ocupada, así como del estado de la maquinaria de guerra de Hitler, se tenía en Londres sólo un conocimiento muy imperfecto. Se informaba por doquier de que los nazis estaban llevando a cabo matanzas espantosas, y de que habían asesinado a muchos judíos



en los campos de la muerte. Pero el concepto de genocidio sistemático de millones de personas estaba más allá de la imaginación del pueblo e incluso de la del primer ministro. Se han escrito libros enteros acerca de Churchill y el Holocausto, pero lo fundamental podría expresarse en términos muy sucintos: el primer ministro supo a partir de 1942 que los nazis estaban poniendo en práctica medidas criminales contra los judíos. Las autoridades judías británicas intentaron convencerle de que su pueblo estaba siendo víctima de unos horrores extraordinarios y nunca vistos en la historia. Él respondió con palabras de profunda simpatía, incluso apasionadas, y en una ocasión insistió en que la RAF debía hacer lo que fuera posible para detener la matanza. Pero no siguió el tema cuando habló de «dificultades operacionales», lo que significaba que los aviadores no creían que los intentos de destrucción de las vías férreas en Europa del Este fueran tan útiles para el esfuerzo de guerra como continuar con el ataque a las ciudades de Alemania. Churchill veía la matanza de los judíos en el contexto general de las políticas de exterminio de Hitler, que afectaron a millones de rusos, polacos, yugoslavos, griegos y otros pueblos. Creía que la única manera de abordar esos horrores era acelerar la derrota de Alemania y la liberación de los países ocupados. Esa misma idea guió también los sentimientos de la opinión pública.

La ignorancia del público alimentó infinitas especulaciones, que abarcaban una infinidad de posibilidades, desde que la guerra iba a acabarse en cuestión de meses hasta que iba a prolongarse indefinidamente. Cuando Harold Macmillan fue nombrado ministro

en el Mediterráneo, escribió: «El problema... es que nadie tiene en realidad la menor idea de los derroteros que va a seguir la guerra. En un minuto la gente se hunde en el más absoluto pesimismo, y piensa que no acabará nunca. Al siguiente está tan contenta por el resultado favorable de una batalla, que la consideran más o menos acabada. Y los expertos no pueden darnos la menor orientación. Cuanto mejores son, menos dispuestos los encuentro (me refiero a hombres como Cunningham, Tedder o Alexander) a expresar un parecer». Un colaborador de Punch compuso un poema acerca de su «deslumbramiento ante una estrella rutilante de Inglaterra». Esta alusión hizo reaccionar a Alan Lascelles, secretario privado auxiliar del rey Jorge VI, que escribió en su diario: «Supongo que, con la excepción de unos treinta o cuarenta Altos Esotéricos —el gabinete de guerra y sus paniaguados inmediatos—, me llega tanta luz en medio de la triste niebla de la guerra como a cualquier otra persona en este país. Estoy desorientado, sí». Para que un humilde ciudadano pudiera seguir adelante tenía que tener una esperanza ciega, pues las pruebas para abrigar un optimismo fundamentado eran inexistentes.

\* \* \* \*

En los dos primeros días del mes de julio, Churchill tuvo que hacer frente al debate por la moción de censura presentada contra él en la Cámara de los Comunes. Sir John Wardlaw-Milne destruyó cualquier posibilidad de éxito de su proyecto a los pocos minutos de empezar su discurso, cuando propuso que el duque de Gloucester, el hermano notoriamente bobo del rey, fuera nombrado máxima

autoridad militar de Gran Bretaña. La Cámara estalló en una carcajada de burla y el rostro de Churchill se iluminó. En ese mismo instante supo que podría poner en fuga a los que le censuraban. No obstante, se vio obligado a aguantar una andanada de críticas. Aneurin Bevan habló haciendo gala de un ingenio maligno: «El primer ministro gana un debate tras otro y pierde una batalla tras otra. El país empieza a decir que lucha en los debates como si fueran la guerra y en la guerra como si fuera un debate». Bevan afirmó asimismo que las fábricas de armas producían el material que no debían; que el ejército estaba «infectado de prejuicios de clase» y que sus mandos eran muy malos.

Luego lanzó el tipo de perorata que indignaba a Churchill, pero que encontraba un poderoso eco entre el público: « ¡Por Dios, no nos haga cometer el error de traicionar a esos rusos de corazón de león! Se han pronunciado discursos, los rusos creen en ellos y han roto botellas de champaña para brindar por ellos. Creen que este país actuará este año en lo que ellos llaman el segundo frente... Ellos lo esperan y la nación británica lo espera también. Yo digo que es correcto, que es la cosa justa que debemos hacer... En estos asuntos tan elevados no hablen con lengua retorcida». En el curso del debate de la moción de confianza, los diputados expusieron algunas críticas válidas sobre lo malos que eran los tanques y los mandos del ejército. Se habló mucho de la falta de bombarderos en picado de la RAF, a los que los británicos atribuían un crédito exagerado en los éxitos de los alemanes. Como era de esperar, nadie indicó que el soldado británico no era igual que el alemán, pero se

oyeron feroces denuncias contra el alto mando y la cultura clasista del ejército, algunas de ellas de labios de diputados menos amargados que Bevan.

Los americanos se admiraron de que pudieran expresarse unas censuras tan severas. «Polyzoides» escribió en el periódico *Los Angeles Times*: «El hecho de que, durante uno de los períodos más críticos de la historia del imperio británico, siga habiendo libertad de expresión y de crítica es un testimonio de la grandeza de esta nación». Sin embargo, aquellos sentimientos tan elevados no supusieron demasiado consuelo para el primer ministro. Leo Amery escribió: «Yo creo que Winston es demasiado propenso a atribuir a la pura maldad personal el afán que tienen determinadas personas de saber qué es lo que está pasando realmente, y tampoco tiene en cuenta el valor que tiene en una democracia decir a nuestro pueblo toda la verdad, por desagradable que sea». Según hizo constar en su diario un ama de casa, la señora Clara Millburn, pese a ser una ferviente admiradora de Churchill, quedó impresionada por las noticias de la actuación de Wardlaw-Milne en los Comunes: «Su discurso nos suena muy bien en principio». Sin embargo, no tenía muy buena opinión del discurso inicial de Oliver Lyttelton a favor del gobierno: «Todo el mundo parece que quiere a C. como primer ministro, pero nadie piensa que haya elegido bien a su gabinete». Cuando la Cámara votó, Churchill ganó por 475 votos frente a 25. «Es un gigante entre pigmeos cuando se trata de un debate de ese estilo, y creo que todo el mundo se da cuenta», escribía el diputado *tory* Cuthbert Headlam, a menudo escéptico. Pero añadía que si la

moción de censura hubiera ido dirigida contra el Ministerio de Abastecimientos, ni siquiera él mismo habría votado en contra. Al día siguiente, la señora Millburn anotó en su diario: «Es de esperar que el primer ministro tome nota de las críticas, pues da la impresión de que es necesario hacer algunos cambios».

\* \* \* \*

El éxito de Churchill en los Comunes no logró en absoluto acallar las numerosas y duras críticas vertidas contra la manera de dirigir la guerra del gobierno. En un editorial del 10 de julio, pese a afirmar que «ningún órgano de opinión que sea responsable sueña con cambiar a las autoridades nacionales», *The Times* repetía la exigencia que ya había planteado varias veces, a saber, la separación de los papeles de primer ministro y de ministro de Defensa. El periódico volvió a la carga el 20 de julio, observando que «se necesita con urgencia una victoria británica»; y de nuevo el 22 decía: «Todas las pruebas vienen a demostrar que la maquinaria de guerra es demasiado aparatosa y poco metódica». En las cartas al director del *Times*, un corresponsal llamado Clive García, que escribía desde el Club del Ejército y la Armada, hablaba de un «círculo vicioso al que hemos ido acostumbrándonos: primero, un desastre; luego, un debate sobre la forma de dirigir la guerra, manifestando profundos temores; luego un voto de confianza al gobierno... y luego una pausa hasta el siguiente desastre». Mientras tanto, afirmaba el señor García, «los defectos de la maquinaria de guerra no se corrigen».

Algunas otras cartas al director abordaban de manera inteligente y apropiada la cuestión de la incompetencia de los tanques británicos. *The Times* comentaba sus críticas: «Aunque la respuesta quizá sea compleja, la cuestión es bien sencilla: ¿cómo es que un gran país industrial, siempre lleno de inventiva, casi al final del tercer año de guerra no ha sido capaz todavía de suministrar a su ejército unas armas superiores a las empleadas por el enemigo, cuya naturaleza era en su mayor parte conocida?». Un editorial de la revista *New Statesman* de 29 de julio afirmaba que «la situación militar de los aliados es más grave que nunca desde 1940».

El mismo 2 de julio, pocos minutos después de que Churchill regresara de los Comunes a Downing Street, llegó Leo Amery con su hijo Julian, oficial del ejército recién venido de Egipto. Para mayor irritación de Alan Brooke, que se hallaba presente, el joven Amery — «un cachorro sumamente grosero», en palabras del general— pintó al primer ministro una imagen del ejército del desierto que lo presentaba desmoralizado, mal equipado y sin confianza en sus mandos. Todo venía a confirmar las opiniones del propio Churchill. En un borrador inédito de sus memorias de guerra calificaba las derrotas en el desierto de 1942 de «deshonrosas» y «deplorables». En seis meses, las fuerzas de Auchinleck se habían visto obligadas a retroceder casi mil kilómetros. Lo peor era que el capitán Amery jugó con los instintos más acendrados del primer ministro instándolo a desplazarse personalmente a Oriente Medio para arreglar la situación. «El descaro de aquel joven bestia era casi más de lo que yo podía soportar», escribió Brooke. El jefe del Estado

Mayor General del Imperio había pensado viajar solo a Egipto para intentar resolver las dificultades del ejército. Ahora, en cambio, el primer ministro estaba decidido a intervenir personalmente, y luego a volar a Moscú para enfrentarse a Stalin.

Pero antes de todo eso tuvo lugar una nueva visita a Londres de Hopkins, Marshall y King. Antes de que llegaran, el anterior jefe del Estado Mayor General del Imperio, sir John Dill, escribió a Churchill desde Washington: «Permítame sugerirle con el mayor respeto que debe convencer a sus visitantes de que está usted decidido a derrotar a los alemanes, que asestará un golpe contra ellos en el continente europeo lo antes posible, aunque sea a una escala limitada, y que cualquier cosa que reste efectividad a ese esfuerzo primordial no obtendrá de usted apoyo alguno». El general hacía unas cuantas reflexiones tendenciosas acerca de un posible desembarco en Francia: « ¿Qué significa el éxito? En último término, si la invasión fracasa desde el punto de vista táctico, pero causa una diversión de las fuerzas de los alemanes en el frente ruso, ¿habrá sido un éxito?». No es muy probable que estas reflexiones sensibleras aumentaran la confianza de Churchill en Dill, que había alcanzado cierta popularidad en Washington porque era considerado favorable a la rápida apertura del segundo frente. «Churchill, sin embargo, cree lo contrario», escribía el vicepresidente Wallace. «Al parecer, la clase dirigente de Inglaterra está muy preocupada y no quiere sacrificar a demasiados hombres. Perdieron a tantos en la primera guerra mundial que piensan que no pueden permitirse el lujo de perder más en la segunda. Quieren esperar

hasta que los ejércitos americanos estén lo suficientemente adiestrados para que las pérdidas vayan al menos al 50 por 100. Dill no pertenece a esta escuela de pensamiento». Desde luego, es cierto que en Londres algunos pensaban que en Washington el general se había «vuelto igual que los nativos».

Para disgusto del primer ministro, a su llegada a Londres el 19 de julio Marshall, King y Hopkins pasaron algunas horas conferenciando con el general Dwight Eisenhower, recientemente nombrado máximo oficial del ejército estadounidense en Europa, antes de presentarse en Downing Street. Cuando dieron comienzo las discusiones angloamericanas, los visitantes expresaron su habitual exigencia de establecimiento de una cabeza de playa en Francia en 1942. Los americanos se aferraban obstinadamente a dos postulados que los británicos encontraban monstruosos. En primer lugar, pensaban que podía conquistarse y retenerse en el norte de Francia un «reducto», idea a favor de la cual se había manifestado Churchill durante un breve período en 1940. Y en segundo lugar, consideraban que aun cuando fracasara semejante operación, las pérdidas —que debían ser en su inmensa mayoría británicas— se verían justificadas por la incomodidad que habrían supuesto para los alemanes.

Brooke intentó repetir las habituales objeciones. El jefe de las fuerzas armadas estadounidenses lo desafió directamente al preguntarle: «Pues bien, ¿cómo vamos a ganar la guerra? No pueden ustedes ganarla mediante una acción defensiva». Churchill presentó formalmente la propuesta de Marshall al gabinete de guerra, que la



rechazó por unanimidad. No había mucho más que decir. Los americanos seguían profundamente descontentos, pero sabían que no podían imponer un proyecto que dependía casi por completo del sacrificio de vidas británicas. Marshall había llegado a Londres con instrucciones de Roosevelt de hacer ese último intento de convencer a los británicos de una invasión de Francia; y luego, si fracasaba, de aceptar el plan del norte de África. El 22 de julio, el presidente cablegrafió su aceptación del rechazo de los británicos a un asalto prematuro del continente. A pesar de toda su renuencia, Marshall se comprometió a llevar a cabo los desembarcos de la operación «Torch» de noviembre de 1942.

Los británicos se deshacían ahora en sonrisas, y fue a los americanos a quienes les tocó poner caras largas. «Gil» Winant, el embajador, hombre habitualmente de maneras suaves, expresó vehementemente sus objeciones al plan del norte de África. Los visitantes pasaron un último fin de semana en Chequers, con el primer ministro contentísimo, y a continuación regresaron a Washington llenos de frustración. Harry Hopkins, ferviente partidario de la invasión de Francia, se mostraría en adelante ostensiblemente más frío en su admiración por Churchill como caudillo militar, cuando no como hombre.

\* \* \* \*

Durante casi todo el mes de agosto, Marshall continuó haciendo campaña en contra de la operación «Torch». Desde el momento mismo en que Churchill sugirió por vez primera el plan del norte de África allá por el mes de diciembre, el jefe de las fuerzas armadas

estadounidenses se había mostrado dispuesto a admitirlo sólo si las tropas norteamericanas podían desembarcar sin encontrar resistencia, con el consentimiento de los franceses de Vichy. Los americanos temían que si se veían obligados a lanzar un ataque anfibio, los alemanes pudieran reforzar rápidamente el norte de África a través de la España de Franco, aislando así a las fuerzas estadounidenses desplegadas al este del estrecho de Gibraltar. Conviene subrayar que a finales del verano de 1942 los comandantes norteamericanos creían que los británicos estaban condenados a perder Egipto. Este hecho habría dejado al ejército de Rommel libre para lanzarse contra la fuerza invasora norteamericana. A Marshall no sólo no le gustaba la idea de comprometer a las tropas estadounidenses en el teatro de operaciones del Mediterráneo: temía además que una campaña en él pudiera fracasar. Quizá un cínico como Alan Brooke habría podido comparar negativamente la despreocupación del jefe de las fuerzas armadas estadounidenses por los peligros de un desembarco británico fallido contra Francia con su susceptibilidad por la perspectiva de un fracaso de los norteamericanos en una incursión en el norte de África.

El compromiso con la operación «Torch» supuso una de las victorias más importantes de Churchill en toda la guerra. Había convencido a Roosevelt de que impusiera a sus jefes de Estado Mayor un tipo de acción en contra de los deseos más arraigados de éstos. En cuanto al presidente, fue su intervención estratégica más significativa, una de las pocas ocasiones en las que desempeñó en serio el papel de

comandante en jefe, en vez de delegar sus poderes en sus asesores militares. Los dos líderes nacionales hicieron gala de la máxima sabiduría. La decisión de Roosevelt vino determinada por los mismos imperativos políticos que obedecía Churchill. Marshall lo reconocería más tarde, diciendo lo siguiente a propósito de los jefes de Estado Mayor norteamericanos: «No supimos ver que en una democracia un líder tiene que mantener al pueblo entretenido. El pueblo exige acción». La satisfacción de esa exigencia la realizó el presidente reconociendo que si los británicos no querían desembarcar en Francia en 1942, no podía obligarlos a hacerlo. Además, en ese momento, Roosevelt estaba mucho más dispuesto que en los años siguientes a dejarse influenciar por las opiniones de Churchill. Estados Unidos desembarcarían, inicialmente sólo setenta mil hombres en el norte de África, aunque luego ese número sería reforzado progresivamente. En 1942 una parte significativa de las fuerzas de las que disponía Marshall estaban destinadas a la defensa de Estados Unidos en su propio país, aunque resultara difícil entender quién iba a poder organizar una invasión.

Los británicos intentaron no herir más las susceptibilidades del ejército norteamericano ofreciendo un fuerte apoyo a su ambición de desembarcar en Francia en 1943. Pero Marshall sabía que una vez que las tropas estadounidenses estuvieran combatiendo en el Mediterráneo, sería muy difícil sacarlas de allí a tiempo para emprender una invasión de Francia al año siguiente. En el documento oficial que ordenaba la invasión del norte de África, el CCS94, los jefes de Estado Mayor reconocían «que debe entenderse

que la aprobación de [la operación “Torch”] hace que “Roundup” [la invasión de Francia] resulte con toda probabilidad impracticable con unas mínimas garantías de éxito en 1943». Sólo mucho más tarde algunos destacados militares norteamericanos llegaron a admitir a regañadientes que tal vez Churchill tuviera razón; con la decisión de Roosevelt y él de aprobar la operación «Torch» salvó a los aliados de una locura colosal. Pero eso no fue hasta que el ejército estadounidense no experimentó por sí mismo la feroz realidad de combatir contra la Wehrmacht.

## **Capítulo 12**

### **Los camellos y el oso**

Churchill se desplazó a Oriente Medio desafiando los peligros y soportando con entereza las incomodidades del viaje. « ¡Cuánta energía y valentía tiene el anciano caballero... viajando... a través de África en medio del calor sofocante del verano!», comentaría maravillado Oliver Harvey. Y era bien cierto, aunque por otro lado ocultaba una realidad, a saber, el hecho de que durante el resto de la contienda Churchill se sentiría más feliz en los teatros de la guerra en el extranjero que en medio de la tristeza en la que estaba sumida Gran Bretaña, donde el romanticismo prácticamente brillaba por su ausencia, y aumentaban cada vez más los lamentos, las quejas y la mezquindad. Aunque anhelara una visión de la fortaleza de Albión, la realidad de su Albión era cada vez menos agradable. Antes de emprender viaje, el primer ministro discutió con Eden acerca de la conveniencia de que algún otro ministro se sumara a su comitiva. «Tenía la necesidad de sentirse acompañado, especialmente en Moscú». He aquí un pequeño atisbo de la soledad de Churchill en los momentos en los que tenía que afrontar grandes retos. Deseaba contar con la camaradería de alguien que estuviera a su altura, como, por ejemplo, Beaverbrook; alguien en el que poder confiar y con el que poder intercambiar impresiones y algunas bromas. Esa vez, sin embargo, se decidió que llevara en su comitiva sólo a funcionarios y a militares, entre los cuales destacaba Alan Brooke. En la etapa de Moscú se uniría al grupo Averell Harriman,

cuya presencia había sido concebida para que a los rusos les quedara bien claro que lo que dijeran los británicos contaba con el acuerdo de los americanos, y sir Archibald Wavell, que había servido en Rusia en 1919 y hablaba la lengua.

Viajaron a bordo de un bombardero Liberator que, aunque poseía unas cualidades muy deseables —gran autonomía de vuelo, velocidad y altitud—, carecía de las comodidades y los detalles del Boeing Clipper. Un poco para vergüenza de los aviadores británicos, la seguridad del primer ministro fue confiada a un joven piloto acostumbrado a vuelos transatlánticos, Bill Vanderkloot, nacido en Illinois. Se consideró que Vanderkloot poseía un temperamento, unos conocimientos de navegación y una dilatada experiencia en largas travesías que los pilotos británicos no podían igualar. Y el americano cumplió sobradamente con las expectativas. El avión, sin embargo, era un aparato incómodo y muy poco apropiado para un hombre de edad avanzada de cuyo bienestar dependían en gran medida las esperanzas de la civilización occidental. Resultaba tan ruidoso que Churchill sólo se podía comunicar con los demás pasajeros mediante notas escritas. El vuelo fue largo, y la comitiva pasó bastante frío. Primero siguieron una ruta hasta divisar el Marruecos español, desde donde se adentraron en África para luego virar al este y cruzar el desierto, volando a gran altitud y utilizando oxígeno. Con la mascarilla puesta, escribió uno de los miembros de la tripulación, Churchill «parecía que se hubiera disfrazado para una fiesta navideña». Cuando se aproximaron a El Cairo, el primer ministro, que ocupaba el asiento del copiloto, pudo evocar un

montón de recuerdos de su juventud. « ¡Cuántas veces he contemplado el amanecer a orillas del Nilo!», exclamó. Una vez en tierra, comenzó un largo y meticuloso interrogatorio de soldados y oficiales, interesándose por el desarrollo de la campaña del desierto y por el ejército y sus comandantes.

Todo lo que vio y todo lo que oyó confirmó lo que ya se había imaginado. Desde 1939, los que habían visitado Egipto habían sentido siempre una gran consternación al comprobar la laxitud que reinaba en el conjunto formado por el cuartel general, los campamentos, las villas, los hoteles y los clubes que se encontraban a orillas del Nilo. Unos aires de imperialismo complaciente, que venían a confirmar los peores prejuicios de Aneurin Bevan, persistían incluso en medio de una guerra por la salvación del país. «El viejo Miles [Lampson, embajador británico en Egipto,] lleva una vida propia de los tiempos de paz, como los sátrapas», escribiría con desprecio Oliver Harvey. «Se dedica a no hacer nada». Pero las conductas de complacencia y los hábitos propios de los tiempos de paz también eran evidentes en otros escenarios, como, por ejemplo, los comedores de oficiales. En 1941 Averell Harriman, que no era precisamente un asceta, quedó atónito ante la indolencia y el lujo que vio a su alrededor durante su primera visita a El Cairo. Un año después seguía habiendo demasiados caballeros imponiendo su ley sobre unos pocos actores. Durante su visita relámpago a Egipto, Wendell Willkie, antiguo candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, percibió una actitud ante la guerra «de absoluta indiferencia» que resultaba sumamente «dolorosa». Auchinleck había

defraudado en repetidas ocasiones las esperanzas de Churchill. Los soldados buenos de Oriente Medio estaban fatigados. En julio de 1942, un oficial del Estado Mayor escribía desde Egipto las siguientes palabras: «Me parece a mí que [en Inglaterra] hay mucha gente en casa que nunca ha hecho la guerra —aunque no sea por voluntad propia—, y que aquí hay mucha que ya ha tenido bastante».

El ejército del desierto seguía sufriendo las secuelas de sus graves deficiencias técnicas y tácticas. El espíritu de la caballería todavía dominaba las operaciones con vehículos blindados, a pesar de los frecuentes fracasos de los carros de combate británicos en sus intentos de destruir los tanques alemanes. «Las formaciones de “Auk” parecían incapaces de dominar el arte del *Afrika Korps*», que utilizaba cañones antitanque para detener a los carros blindados británicos antes de poner en peligro los suyos. La poca calidad de la producción industrial británica quedó patente cuando llegaron a Egipto los tanques de fabricación nacional. Era evidente que en las fábricas se habían limitado a apretar manualmente los tornillos de los carros de combate, que, además, presentaban un embalaje deficiente, y habían sido cargados en los barcos de manera inapropiada para un viaje por el océano. Fueron necesarias varias semanas de trabajo en los talleres del delta del Nilo antes de que los tanques estuvieran en condiciones de entrar en acción. El modelo Grant americano, que ya utilizaban algunas unidades blindadas británicas, llevaba en la barbeta de la carrocería un cañón de 75 mm capaz de volar por los aires los tanques alemanes, los cuales,



no obstante, lo superaban en todo lo demás. Los nuevos Sherman todavía no habían llegado de Estados Unidos.

Las tropas de Auchinleck se habían visto superadas una y otra vez. Las derrotas sufridas por los británicos en 1940-1941 habían sido atribuibles a circunstancias que estaban más allá del control de los comandantes, tales como desidia en el período de entreguerras, falta de apoyo aéreo o superioridad de Alemania. Los fracasos de finales de 1941 y 1942 reflejaban, sin embargo, una falta de firmeza dolosa. Los dos aviadores mejor preparados de El Cairo, Arthur Tedder y «Maori» Cunningham, hablaron con franqueza a Churchill y a Brooke sobre su percepción de las deficiencias del ejército. Durante la visita a la capital egipcia, el coronel Ian Jacob escribió en su diario que había habido «demasiados casos de unidades que se rendían en unas circunstancias en las que en la última guerra habrían seguido luchando... La disciplina en el ejército ya no es como solía ser... En la presente guerra hay la falta del incentivo de una causa nacional. No ha habido interés por sustituir el viejo lema “Por la patria y por el rey”. Los objetivos que se han planteado al pueblo... son negativos, y todavía no parece que en nuestro país se haya hecho ver... que se trata de una guerra por nuestra subsistencia». En la misma línea, el corresponsal de guerra Alan Moorehead contaba que «en agosto, en Oriente Medio había cada vez más la sensación generalizada [entre los soldados] de que se les estaba ocultando algo, de que se les pedía que lucharan por una causa que los líderes no consideraban suficientemente vital como para definirla con claridad. No se puede decir simplemente a un

soldado que combate por la victoria, por su país y por deber. Ya lo sabe. Y ahora pregunta, “¿por qué tipo de victoria?... ¿por qué tipo de país después de la guerra?... ¿por mi deber con qué objetivo en la vida?”».

Si todo esto era realmente cierto —y Moorehead conocía muy bien el ejército del desierto por dentro—, entonces el primer ministro en persona tenía parte de culpa. Fue él quien, a pesar de las insistencias de los ministros, se negó a hablar de «objetivos de guerra», una visión de posguerra. En cambio, prefirió manifestar a los soldados británicos una promesa de gloria marcial. Desde El Cairo escribió una carta a Clementine expresando lo siguiente: «Tengo la intención de visitar a todas las unidades importantes de este ejército, tanto las del frente como las de la retaguardia, y hacerles ver las grandes consecuencias que dependen de su actuación y de los magníficos honores que les aguardan». Al suponer que este tipo de arengas constituían una manera plausible o adecuada de incitar a los reclutas, es muy probable que Churchill se equivocara. Pero en su naturaleza no estaba comprender que a la mayoría de los hombres les preocupaba más sus perspectivas de futuro después de la guerra que los galones y medallas que pudieran conseguir luchando en ella.

En Egipto, a juicio de Churchill, la principal prioridad era, como ya venía siendo costumbre, encontrar nuevos comandantes. El 6 de agosto había decidido destituir a Auchinleck. El general recibió la noticia con sumo desagrado, y nutriría un gran rencor hacia Churchill durante el resto de sus días. Dill responsabilizaba al

primer ministro del fracaso del comandante en jefe de Oriente Medio, afirmando que había «arruinado a Auchinleck... lo ha convertido en nada, del mismo modo que pulveriza y convierte en nada a otros que lo rodean». Esta acusación dice más de las limitaciones de Dill, en su calidad de enlace sindical de generales británicos fracasados, que de las de Churchill. Ni que decir tiene que el primer ministro había hostigado a Auchinleck. Ya se ha indicado que el fracaso del general reflejaba en parte las deficiencias del ejército británico. Pero «el Auk» había sido el hombre responsable de una serie de operaciones muy mal ejecutadas por subordinados de su elección. El fracaso del ejército británico en su intento de derrotar al *Afrika Korps* en Gazala en mayo-junio de 1942 puso de manifiesto la incompetencia de los mandos. Es evidente que la destitución de Auchinleck fue una decisión acertada.

En un primer momento Churchill pensó en sustituirlo por Alan Brooke. El jefe del Estado Mayor General del Imperio se sintió muy emocionado por la propuesta, pero en un acto de inteligencia y abnegación la rechazó. Percibía que era indispensable su presencia en el Departamento de Guerra, y tenía razón. La siguiente persona en la que pensó Churchill fue el teniente general William «Strafer» Gott, cuya fama le venía por valiente liderazgo en el frente, pero en el que Brooke no confiaba. Desde 1939 el primer ministro se había ido convenciendo de que las fuerzas armadas británicas carecían de líderes llenos de celo idealista, y había buscado a sus comandantes entre los héroes y guerreros más consumados, equivocándose a menudo. Más que gran valentía a título personal, lo que se

necesitaba era un profesionalismo sólido. Tiene cierto sentido la observación de un autor ruso que afirma que «el coraje suele constituir la mejor faceta del hombre que lo posee». Muchos de los militares predilectos de Churchill carecían de inteligencia. En 1940, el primer ministro había ascendido al almirante sir Roger Keyes, nombrándolo director de Operaciones Conjuntas. Keyes era presuntuoso y tenía un talento especial para expresarse con palabras rimbombantes, pero, por lo demás, no era idóneo para este cargo, como Churchill se vería obligado a admitir al año siguiente. El sustituto de Keyes, Mountbatten, estimuló la imaginación de Churchill con sus hazañas en el mar. Pero lo cierto es que la marina real consideraba a «Dickie» un líder de flotillas de destructores como cualquier otro, y a los almirantes les disgustó sobremanera cómo el encanto, la elocuencia y la conexión con la casa real influyeron en su meteórica promoción. Freyberg fracasó en Creta. Y otro favorito de Churchill, el general de división sir Edward Spears, fue responsable de muchas de las dificultades que tuvo Inglaterra en sus relaciones con la Francia Libre, especialmente durante su etapa como máximo representante británico en Siria.

\* \* \* \*

En 1942 Churchill eligió al almirante sir Henry Harwood para suceder a Andrew Cunningham como comandante en jefe de la flota del Mediterráneo. Harwood se había ganado la admiración del primer ministro en diciembre de 1939, tras haber dirigido su escuadra de cruceros contra el acorazado de bolsillo alemán Graf Spee en el curso de la llamada batalla de Punta del Este o del Río de

la Plata, pero, a pesar de su incuestionable valentía, era un oficial notoriamente estúpido cuya sustitución resultó al poco tiempo necesaria. Pero Churchill seguiría mostrando el mismo entusiasmo por los héroes navales. Cuando en septiembre de 1943 falleció Dudley Pound, quiso que el almirante sir Bruce Fraser lo sustituyera como primer lord del Mar. Los oficiales de la marina consideraban a Fraser un hombre gris, pero Churchill lo veía como un verdadero combatiente. Cuando la marina insistió en la persona de Cunningham, que había protagonizado diversos altercados con Churchill, éste contestó con petulancia: «De acuerdo. Podéis quedaros con vuestro Cunningham, pero si el Almirantazgo no hace lo que se le ordena, destruiré la Junta aunque ello implique mi propia destrucción».

Gott era otro de los oficiales que se había ganado el aprecio del primer ministro como hombre de gran arrojo, aunque es muy poco probable que fuera competente para ponerse al frente del VIII Ejército. El destino intervino. Cuando Gott se dirigía a El Cairo para recibir su nombramiento, el avión en el que viajaba fue derribado, y el general murió. En su lugar, el candidato de Brooke, sir Bernard Montgomery, fue relevado del mando de uno de los cuerpos que se encontraban en Inglaterra para ponerse al frente del VIII Ejército. Churchill había conocido a Montgomery en el curso de sus visitas a las unidades del general, y había quedado impresionado por su enérgica personalidad, por no llamarla su grosera altanería. Pero el primer ministro confió plenamente en el criterio del jefe del Estado Mayor General del Imperio cuando aceptó ponerlo al frente de las

fuerzas del desierto. Por otro lado, el general sir Harold Alexander, un soldado de la guardia real valiente y encantador, pero poco enérgico, que había dirigido recientemente la retirada de los británicos de Birmania, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas de Oriente Medio. El primer ministro, que veía en «Alex» a una figura congenial y tranquilizadora, esperaba que este general desempeñara un papel mucho más importante que Montgomery en la organización de futuras operaciones. Del mismo modo, la lista de destituciones y nombramientos también afectó a diversos altos oficiales que ocupaban puestos subordinados.

Tras haber puesto en marcha un cambio radical de los mandos, Churchill partió de El Cairo para emprender la etapa más difícil de ese épico viaje. Iba a entrevistarse con el caudillo de los ejércitos soviéticos, y tenía que darle una mala noticia, a saber, que los aliados occidentales habían decidido no abrir un segundo frente en 1942. Tras una breve escala en Teherán, el 12 de agosto, acompañado de los miembros de su personal y de Averell Harriman, realizó el vuelo de diez horas y media que lo separaba de Moscú. Pocas horas después de su llegada, fue invitado a acudir al Kremlin. Pidió a Harriman que lo acompañara: «Creo que las cosas serán más fáciles si se nos ve a todos unidos. Me espera una tarea bastante dura».

En verdad, como sorprendentemente pocos historiadores parecen reconocer, Stalin ya estaba al corriente de todo lo que Churchill temía contarle. Tanto en Whitehall como en Washington había muchos individuos que simpatizaban con los comunistas. Entre los

más destacados, John Cairncross, secretario privado de lord Hankey, que tuvo acceso a los documentos del gabinete de guerra hasta la destitución de su jefe en 1942, año en el que fue trasladado a Bletchley Park. Anthony Blunt sirvió en el MI5, mientras que Guy Burgess y Kim Philby trabajaron para el SIS. Donald Maclean tuvo acceso a información secreta del Foreign Office, especialmente la relacionada con las investigaciones para la fabricación de la bomba atómica. En el gobierno de Estados Unidos —cuya negligencia, en cualquier caso, fue el factor propiciatorio de que los rusos conocieran sus secretos—, Harry Dexter White estuvo trabajando para Henry Morgenthau, Nathan Silvermaster para el Departamento de Economía de Guerra y Alger Hiss para el Departamento de Estado. Harry Hopkins intercambiaba impresiones con uno de los principales agentes del NKVD en Estados Unidos, aunque seguramente sin segundas intenciones. A lo largo de la guerra, una cantidad ingente de informes, actas y mensajes descifrados de las fuerzas del Eje llegó a Moscú gracias a esos hombres, que se sirvieron de sus inspectores en Londres y Washington para llevar a cabo su misión. En consecuencia, antes de cualquier cumbre aliada, los rusos siempre estuvieron mucho mejor informados de las intenciones militares angloamericanas que a la inversa. Era tanto el material que llegaba a manos de Stalin procedente de Londres, que el dictador ruso rechazaba parte de los documentos por considerar su contenido falso, meros trucos concebidos por astutos agentes de Churchill simplemente para desinformar. Cuando Kim Philby, del SIS, informó a su enlace del NKVD que Gran Bretaña no estaba

llevando a cabo ninguna operación de sus servicios secretos en la Unión Soviética, Stalin rechazó la idea con el desprecio que, en su opinión, merecía. Molotov y Lavrenti Beria, el jefe de los servicios de inteligencia y el jefe de la policía secreta de la Unión Soviética, respectivamente, ocultaban con frecuencia a su líder informes secretos muy precisos que pensaban que podrían enfurecerlo.

Pero en agosto de 1942, gracias a los agentes soviéticos que gozaban de una posición privilegiada en Londres, Stalin fue perfectamente informado acerca de la estrategia de los aliados occidentales. Le contaron los enérgicos argumentos de los angloamericanos en relación con el segundo frente. El 4 de agosto Beria decía en un informe:

*Nuestro agente del NKVD en Londres envió la siguiente información recibida de una fuente próxima al Estado Mayor General de los ingleses: Se celebró una reunión para hablar del segundo frente el 21 de julio de 1942. A ella asistieron Churchill, lord Mountbatten, el general Marshall y otros. El general Marshall criticó con dureza la actitud de los ingleses... Insistió en que el segundo frente debía abrirse en 1942, advirtiéndole que, si los ingleses no conseguían hacerlo, Estados Unidos se vería obligado a reconsiderar el envío de refuerzos a Gran Bretaña y centraría su atención en el Pacífico. Churchill respondió a Marshall en los siguientes términos: «No hay ni un solo general que recomiende la puesta en marcha de operaciones de envergadura en el continente». Se celebró otra reunión para tratar el tema del segundo frente el 22 o el 23 de*



*julio de 1942. Por el lado británico asistieron Churchill, Mountbatten y los jefes de Estado Mayor; por el de los americanos, Marshall, Eisenhower y otros. Los participantes discutieron un plan de invasión del continente que ha sido desarrollado por expertos militares ingleses y estadounidenses... Los jefes de Estado Mayor británicos votaron unánimemente en contra, y recibieron el apoyo de Churchill, quien declaró que no podía emitir un voto contrario al de sus propios jefes de Estado Mayor. El agente del NKVD en Londres, basándose en la información de otros agentes que ya había sido confirmada anteriormente por una fuente próxima a la embajada americana, nos ha transmitido la siguiente noticia: el 25 de julio el gabinete de guerra británico acordó que no debe abrirse un segundo frente este año.*

El 12 de agosto, en otro informe del NKVD a Stalin se incluía una nota que hablaba de la situación política del primer ministro: «Churchill partió de la URSS en un momento en el que en su país reinaba una crisis política que iba en aumento. La intensificación de los combates en el frente ruso-alemán ha tenido un gran efecto en la opinión pública británica... [Nuestra] fuente cree que Churchill ofrecerá diversas concesiones a BERIA, de la Unión Soviética». El hecho de que los rusos tuvieran acceso a todos estos datos no significa que Stalin estuviera siempre bien informado. Por ejemplo, a lo largo de la guerra, los agentes del NKVD comunicaron a Moscú en distintas ocasiones la celebración de supuestas entrevistas entre los

aliados occidentales y las autoridades nazis. El 12 de mayo de 1942 Beria hizo llegar a Stalin «un informe del agente de Londres sobre los intentos de Alemania de entablar negociaciones sólo con los ingleses», en el que se decía lo siguiente: «Sabemos por una fuente fiable que un funcionario de la embajada alemana en Suecia se ha trasladado en un avión civil hasta Inglaterra desde Estocolmo». Como otras acusaciones parecidas, esta información no era más que pura falacia, pero servía para alimentar la paranoia soviética. Sin embargo, en lo referente a la postura de Gran Bretaña respecto al segundo frente, los datos que poseía el NKVD eran sumamente precisos. Se comunicó a Moscú que las objeciones del primer ministro no eran fruto, como suponía Stalin, de su hostilidad política hacia la URSS, sino de consideraciones militares sumamente pragmáticas.

Stalin había sentido siempre una gran curiosidad por Churchill, por el que durante veinticinco años había sido el enemigo acérrimo del bolchevismo. En junio de 1941 el dictador ruso se quedó sorprendido ante la calurosa acogida como nuevo líder beligerante que le dispensó el primer ministro de los británicos. Sin embargo, en los últimos catorce meses pocas cosas habían pasado para que consiguiera ganarse la confianza del soviético. Las exageradas promesas de ayuda de Occidente habían acabado en unos envíos de materiales y alimentos relativamente escasos. El 6 de enero de 1942 *The Times*, en su editorial, se deshacía en elogios ante el envío de pertrechos británicos para apoyar la alianza con los soviéticos: «El primer fruto de esta colaboración ha sido la magnífica actuación de

los tanques y aviones británicos y americanos en los campos de batalla de Rusia». Se trataba de una burda exageración de la realidad, basada en los comunicados informativos que, en cumplimiento de la ley, el gobierno debía pasar al Parlamento y a los medios de comunicación. En lo referente al envío de aviones y tanques a Rusia, no sólo no se cumplieron los objetivos fijados, sino que un número considerable de los barcos encargados de su transporte fueron hundidos por el camino.

El convoy PQ16 fue el objetivo de 145 aviones de la Luftwaffe, y perdió 11 de sus 35 navíos. En julio, cuando el PQ17 perdió 26 de los 37 barcos que transportaban suministros americanos y británicos, 3850 camiones, 430 tanques y 250 cazas desaparecieron en el fondo del mar. Tras este desastre, la marina real insistió en la cancelación de todos los demás convoyes durante el verano ártico y sus interminables días en los que apenas se pone el sol. Churchill, presionado por Roosevelt, restableció los convoyes en septiembre, y empezó a efectuar el transporte de suministros por Persia, donde los británicos y los rusos compartían ya el control militar. Pero la única realidad importante a ojos de Moscú era que la entrega de las ayudas estaba mucho de responder a lo prometido por los aliados y a las necesidades de los rusos. Y lo que era todavía peor, los británicos habían puesto su veto a los planes americanos de abrir un segundo frente lo antes posible.

Era muy poco probable que Stalin fuera a demostrar un emocionado entusiasmo por sus aliados británicos, lo mismo que por ningún otro ser humano de su universo. Nunca llegaría a reconocer que la

apurada situación de su país fue consecuencia de la tolerancia que con tanto cinismo había mostrado con Hitler en 1939. Pero por espurios que fueran, el victimismo y la sensación de ultraje de Rusia no dejaban de ser una realidad. Los soviéticos intentaron coaccionar y obligar a británicos y a americanos a seguir con los envíos, y a desembarcar un ejército en Europa lo antes posible. Rusia contaba a sus muertos por millones, mientras los británicos se dedicaban a jugar a los soldados en el norte de África y asumían sólo una pequeña parte del derramamiento de sangre en el frente oriental. En agosto de 1942 Rostov del Don había caído, los ejércitos alemanes se habían adentrado en el Cáucaso, y se encontraban prácticamente a las puertas de Stalingrado. La posteridad sabe que Hitler cometió un error garrafal, dividiendo aquel verano a sus principales fuerzas de ataque con la finalidad absurda, desde el punto de vista estratégico, de capturar la ciudad que llevaba el nombre de Stalin. El curso de la guerra en el frente oriental experimentaría un giro decisivo a finales de ese año. Pero en aquellos momentos los rusos no lograban ver más allá de la catástrofe. Lo único que tenían claro era que su situación no era ya apurada, sino desesperada. No podían considerar a los hombres de Churchill compañeros de armas, del mismo modo que un hombre que manotea en un mar lleno de tiburones no podría ver solidaridad en un grupo de gente que se limita a contemplarlo y a darle ánimos desde una barca.

En su primera entrevista con Stalin el primer ministro no quiso perder el tiempo y enseguida informó de la decisión de no

desembarcar en Europa en 1942. Dijo que semejante empresa tendría que ser a pequeña escala, y que por lo tanto era a todas luces inviable. No serviría para ayudar a la causa de Rusia. No obstante, los británicos y los americanos estaban preparando una «operación grandiosa» en 1943. Habló a Stalin de la operación «Torch», el plan de invasión del norte de África, y señaló que esperaba que el secreto no llegara a la prensa británica, una clara indirecta a las consabidas indiscreciones que solía cometer el embajador Maisky cuando hablaba con los periodistas londinenses. Destacó los bombardeos llevados a cabo por la RAF sobre Alemania, describiendo los inicios de una larga campaña para destruir sistemáticamente las ciudades de Hitler con una implacabilidad que supuso que el líder soviético aplaudiría. «No pedimos clemencia», exclamó el primer ministro, «y no tendremos clemencia».

La sustancia de esa primera entrevista, que duró tres horas y cuarenta minutos, resultó todavía menos sabrosa por culpa de la deficiente traducción de los intérpretes. Todos los extranjeros que visitaban el Kremlin se sentían desconcertados al principio porque Stalin nunca miraba a los ojos de su interlocutor. En efecto, este señor de la guerra de carácter tortuoso y taimado, vestido con su casaca lila y sus pantalones de algodón enfundados en botas de caña alta, observaba con la mirada perdida una pared o el suelo mientras escuchaba o hablaba. Los rusos no mostraron inmediatamente su enojo, aunque Stalin dejó claro su desengaño por la decisión sobre el segundo frente. «Un hombre que no está preparado para asumir riesgos», dijo en tono burlón, «no puede

ganar una guerra». Como ya sabía de antemano lo que Churchill iba a «revelarle», en esa entrevista se dedicó a reírse un poco del primer ministro. Pero lo hizo con el gran talento diplomático que lo caracterizaba, manteniendo en todo momento la incertidumbre de los visitantes sobre lo que su anfitrión realmente sabía o pensaba. Después de despedirse, Churchill regresó a la villa que ocupaba y desde allí envió un cablegrama a Attlee en Londres: «Ya sabe lo peor, y nos hemos despedido en un ambiente de buena voluntad». Harriman transmitió el siguiente mensaje a Roosevelt: «El primer ministro ha estado magnífico, y no habría podido llevar mejor la conversación». Al día siguiente, el 13, Churchill se reunió con Molotov para discutir sobre aspectos concretos de los planes aliados, y sobre la ayuda a Rusia.

Aquella tarde aterrizó en Rusia el Liberator en el que viajaban Brooke, Wavell y Tedder. Su retraso se había debido a problemas técnicos, pero los tres llegaban a tiempo para asistir a la segunda entrevista del primer ministro con Stalin. Quedaron impresionados por la fría acogida que se les dispensó. El líder soviético empezó por entregarle a Churchill una protesta formal por la demora en abrir el segundo frente: «No es difícil darse cuenta de que el gobierno de Gran Bretaña, con su negativa a crear un segundo frente en 1942, inflige un golpe mortal a toda la opinión pública soviética... complica la situación del Ejército Rojo en el frente y compromete los planes del mando soviético». Empezó lo que Churchill calificaba de «discusión sumamente desagradable». El primer ministro estaba firmemente determinado a dejar bien claro a los rusos que la

decisión de los aliados era irrevocable, y que por lo tanto cualquier «reproche era en vano». Stalin le echó en cara la destrucción del convoy PQ17: «Es la primera vez en la historia que la marina británica ha dado media vuelta y ha huido de la batalla. Ustedes los británicos tienen miedo de pelear. No deberían pensar que los alemanes son superhombres. Tarde o temprano tendrán que luchar contra ellos. No pueden pretender ganar una guerra sin combatir».

Harriman pasó una nota a Churchill. «No se lo tome demasiado en serio; está actuando como hizo el año pasado», decía. A continuación, el primer ministro se dirigió a Stalin con pasión, pero con sinceridad, para hablar de la obstinada oposición de Gran Bretaña en el pasado y de su determinación en el futuro. Su torrente de retórica corrió más allá de lo que los intérpretes fueron capaces de traducir. Stalin se echó a reír: «Sus palabras carecen de importancia, lo esencial es el espíritu». Churchill acusó a Stalin de mostrar falta de camaradería. Gran Bretaña, recordó al georgiano, se había visto obligada a luchar sola durante todo un año. En la madrugada del 14 de agosto las dos delegaciones se despidieron con la misma frialdad con la que habían comenzado la entrevista. «Me siento profundamente descorazonado y abatido», comentó Churchill a sus colegas británicos. «He realizado un largo viaje y he hecho un gran esfuerzo. Stalin se ha limitado a permanecer sentado, fumando su pipa con los ojos entrecerrados, y a soltar un montón de insultos. Ha dicho que los rusos perdían diez mil hombres al día. Ha dicho que si el ejército británico hubiera luchado contra los

alemanes como lo ha hecho el Ejército Rojo, no habrían sido tan temibles».

Tras descansar unas pocas horas, los miembros de la delegación británica celebraron una reunión. Churchill se resentía del varapalo que le habían dado. Toda su animosidad latente hacia los soviéticos salió a borbotones, revivida por los insultos de un líder que dieciocho meses atrás había estado dispuesto a confabularse con Hitler para apoderarse de Europa. A todo ello se añadía la consternación que le había provocado un mensaje de Londres, en el que se detallaban las importantes pérdidas que había sufrido el convoy puesto en marcha por la operación «Pedestal» para abastecer la isla de Malta de provisiones y pertrechos. En un cablegrama a Attlee para informarle de la intransigencia de los rusos, dijo que había hecho «grandes concesiones por la apurada situación que están atravesando».

Aquella noche los británicos asistieron a un banquete, en el que no faltó la habitual orgía de brindis. Anfitriones y huéspedes celebraron una gran fiesta que, para una sociedad al borde de la muerte por inanición, resultaba grotesca. Pero... ¿qué importaba un acto grotesco más, en medio del tétrico espectáculo del Kremlin? Stalin se arrastraba de una mesa a otra, como era su costumbre, y brindaba y hacía bromas con todos, dejando a Churchill a menudo solo y, por fuerza, sin poder decir palabra, sentado en su silla. Cuando el caudillo soviético volvió a su sitio por enésima vez, el primer ministro dijo: «Ya sabe que usted no me inspiraba ninguna simpatía después de la última guerra. ¿Me ha perdonado?». Su



anfitrión respondió: «Todo eso pertenece al pasado. No me toca a mí perdonar. Toca a Dios perdonar». Esta traducción literal oscurece el significado proverbial de la expresión rusa, que probablemente Churchill no captara, a saber, «Nunca perdonaré». A la delegación británica le pareció muy extraño que precisamente Stalin invocara con tanta frecuencia a Dios, hábito que adquirió en su época de joven seminarista. El dictador soviético exclamó a propósito de la operación «Torch», « ¡Qué Dios permita que esta empresa prospere!». Pero lo que más éxito tuvo aquella noche fue un discurso pronunciado por Wavell en ruso.

Hasta los soviéticos quedaron impresionados por la cantidad de alcohol que ingirieron tanto su líder como Churchill. Uno de los invitados, poco familiarizado con la dicción del primer ministro, escribiría más tarde: «En su discurso articulaba mal las palabras, como si tuviera la boca llena de porridge». Los rusos decidieron que Churchill estaba cometiendo alguna grave indiscreción cuando vieron que Brooke tiraba de una de las mangas del primer ministro con una insistencia que a ninguno de ellos se le habría ocurrido utilizar con Stalin. Cuando Churchill abandonó el comedor, Stalin se dio cuenta de que Alexander Golovanov, jefe de los bombarderos de largo alcance de las fuerzas aéreas soviéticas, lo miraba alarmado fijamente. «No temas», exclamó el líder del Kremlin con una docilidad poco habitual en él. «No me voy a beber toda Rusia». Luego hizo una pequeña pausa, y añadió: «Cuando están en juego grandes cuestiones de estado, el alcohol sabe a agua, y la cabeza

está siempre bien clara». Golovanov comentaría, respetuoso, que Stalin salió del salón con paso firme y tranquilo.

Churchill se retiró del banquete malhumorado, deplorando tanto la comida, como los modales de sus anfitriones y el ambiente desagradable que reinaba. A la mañana siguiente, la reunión celebrada por Brooke, Wavell y los altos oficiales de Stalin acabó en fracaso cuando los rusos se negaron de pleno a desvelar cualquier detalle de sus operaciones en el Cáucaso, aduciendo que sólo estaban autorizados a hablar del segundo frente. La única arma soviética que provocó el entusiasmo de los británicos fue el lanzacohetes múltiple Katyusha, del que los visitantes solicitaron las especificaciones técnicas. Estas nunca llegaron.

\* \* \* \*

El sábado, Churchill y sus colegas entraron con mucho recelo en la gran sala de conferencias del Kremlin, desde la cual puede contemplarse el río Moscova. El primer ministro dijo a Stalin que había considerado que era su deber informarle personalmente de la decisión sobre el segundo frente. La conversación entre las dos partes fue más fluida, pues Churchill había decidido recurrir a los servicios del comandante Birse, un miembro bilingüe de la Misión de Ayuda Militar de Gran Bretaña. De repente, Stalin comenzó a mostrarse más accesible. «Es evidente que hay diferencias entre nosotros», dijo, «pero... el hecho de que se haya celebrado la entrevista, de que hayamos establecido un contacto personal... es muy importante». Después de más de una hora de conversaciones, cuando se levantaban de la mesa, Stalin de pronto, y aparentemente

de manera espontánea, invitó a Churchill a tomar unas copas en sus dependencias privadas. Allí transcurrieron otras seis horas de conversaciones informales, durante las cuales el primer ministro dedujo que se había establecido una mejor relación. Stalin propuso que los británicos desembarcaran en el norte de Noruega, idea que Churchill pudo apoyar con sincero entusiasmo. El líder ruso dijo que tal vez fuera conveniente para Gran Bretaña enviar camiones en lugar de tanques al Ejército Rojo, pero esta petición reflejaba su desconocimiento de las deficiencias de los vehículos militares británicos. Para cenar trajeron lechón, que Stalin devoró con avidez, pero que el primer ministro se limitó educadamente a probar. Se acordó el borrador de un comunicado conjunto. A las dos y media de la mañana Churchill se despidió de su anfitrión, no sin antes manifestar uno y otro su mejor voluntad.

De regreso a su villa cuarenta y cinco minutos más tarde, el primer ministro se encontró al general polaco Wladyslaw Anders, que llevaba esperándolo varias horas. « ¡Ay, mi pobre Anders!», exclamó. «Stalin me ha entretenido, y ahora debo partir. Pero usted puede acompañarme hasta El Cairo, y allí podremos hablar». Luego se estiró cansado en un sofá, cerró los ojos, y contó a los miembros de su grupo lo que se había hablado en las dependencias de Stalin. A las cinco y media de la mañana, la delegación británica abandonó Rusia a bordo de cuatro Liberators, rumbo a El Cairo.

Churchill marchaba satisfecho de que su visita hubiera sido tan fructuosa como cabía esperar en medio de unas circunstancias tan difíciles. Había utilizado sus mejores dotes como estadista, poniendo

buena cara a las malas noticias, y sin amedrentarse cuando su anfitrión amenazaba con el látigo. Ian Jacob escribiría: «Nadie, excepto el primer ministro, habría podido llegar tan lejos con Stalin, en el sentido en el que nosotros entendemos la amistad. Lo que más me impresionó de Stalin fue su absoluto dominio de sí mismo y sus aires de indiferencia. Controlaba completamente la situación en todo momento... Tenía un tono de voz afable, que nunca levantaba, y sus ojos reflejaban sagacidad y astucia».

Harriman quedó admirado de la paciencia demostrada por Churchill ante los insultos de los rusos, de su autocontrol para evitar responder a la parodia de Stalin con la contestación que se merecía, a saber, que en 1939 la Unión Soviética había urdido un pacto perverso con la Alemania nazi. Pero el primer ministro apenas había disfrutado de la experiencia moscovita. Jacob seguiría contando lo siguiente: «Churchill estaba verdaderamente disgustado por la falta de camaradería que había encontrado. En la visita, cualquier faceta humana normal había brillado por su ausencia: ningún almuerzo informal, ninguna manera de poder hacer lo que más le gustaba, que era estudiar meticulosamente la situación de la guerra en largas conversaciones y explorar la mente de su interlocutor». No obstante, Churchill se quiso engañar a sí mismo pensando que había establecido una relación personal con el líder ruso. Ningún hombre podía conseguirlo, y menos todavía un aristócrata británico célebre por su hostilidad hacia todo lo que la Unión Soviética representaba. Brooke anotaría el siguiente comentario: «Apeló a unos sentimientos de los que, en mi opinión, Stalin carece».

La fe de Churchill en el poder de su personalidad para alterar el resultado de las cosas estuvo a veces justificada en sus tratos con Roosevelt, pero nunca con Stalin. Los rusos mostraron un mínimo de amabilidad y compañerismo durante las últimas horas de la visita del primer ministro a Moscú, pues una hostilidad permanente podía poner en peligro el ritmo y la continuidad de los suministros angloamericanos. En agosto de 1942, como en todas las cumbres celebradas con posterioridad a esta fecha, Stalin contó con dos ventajas evidentes. En primer lugar, los aliados occidentales no iban a tratar nunca de imponer sus propios deseos más allá de cierto punto, pues temían que si no lograban satisfacer al caudillo soviético, éste intentara llegar por su cuenta a un acuerdo de paz con Hitler. Si Stalin necesitaba los suministros de los angloamericanos, los aliados occidentales necesitaban al Ejército Rojo aún más. En segundo lugar, mientras que los visitantes se veían obligados a improvisar su guión en el transcurso de las conversaciones, esforzándose por mantener la paz ante los aparentes cambios de humor de los soviéticos, la actuación de Stalin estaba minuciosamente orquestada de principio a fin. Conocía perfectamente las intenciones militares de los aliados, o la falta de ellas, antes de que Churchill aterrizara en Moscú o de que comunicara su paquete de noticias al Kremlin (al igual que ocurriría en las posteriores entrevistas de 1943-1945). El líder ruso era capaz de combinar, según su interés, los gestos más corteses con los insultos. Es muy poco probable que Stalin realizara algún comentario realmente espontáneo, o tuviera un gesto no

premeditado, durante la estancia de Churchill en Moscú. Simplemente se limitó a inflar o desinflar los ánimos de los británicos como le pareció oportuno, con la misma seguridad de un gran director de orquesta.

Los rusos no dejaron escapar la oportunidad de poner obstáculos para dividir a los británicos de los americanos. Una noche, cuando Churchill se retiró para acostarse, Stalin instó a Harriman a que se quedara para charlar con él. El diplomático quiso excusarse diciendo que estaba agotado. Cuando por fin se quedó a solas con el líder soviético, comenzó a recibir halagos con frases que comparaban el valor de los norteamericanos con el de los británicos: «Stalin me dijo que la marina británica había perdido su iniciativa. Que no había razón alguna por la que interrumpir el envío de convoyes. Que los ejércitos británicos tampoco luchaban (Singapur, etc.). Que la marina de Estados Unidos peleaba con más coraje, y que lo mismo había hecho su ejército en Bataan. Reconoció que las fuerzas aéreas británicas eran buenas. No mostró respeto alguno por el esfuerzo militar de los ingleses, pero sí dijo tener depositadas grandes esperanzas en el de Estados Unidos». Las palabras de Stalin no fueron en vano. Cuando, de vuelta en Washington, Harriman informó a Roosevelt, observó que al presidente le complacía el desconcierto de Churchill.

Una de las curiosidades más extraordinarias de la Segunda Guerra Mundial es que dos líderes tan brillantes como Winston Churchill y Franklin Roosevelt llegaran a suponer que el mero hecho de haber descubierto que compartían un enemigo en la persona de Hitler

podía bastar para crear una relación de verdad, distinta del pacto de conveniencia por cuestiones concretas entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Stalin y sus secuaces nunca olvidaron por un momento que sus objetivos sociales y políticos eran antagónicos a los de sus aliados capitalistas. Los políticos, los generales y los diplomáticos británicos fueron, sin embargo, lo bastante estúpidos como para creer que podían alcanzar cierto grado de compañerismo con los soviéticos, sin desprenderse del odio visceral que sentían por ellos. Pocos altos mandos americanos eran tan hostiles hacia los rusos como los ingleses, en parte debido a su absoluta confianza en el poderío de Estados Unidos, por lo que temían mucho menos las ambiciones soviéticas. Pero también los americanos —con algunas notables excepciones, como, por ejemplo, Harriman— se engañarían pensando que iban a poder hacer buenas migas con los rusos, o al menos explotar el poderío de su país para obligar al gobierno soviético a acatar su voluntad, convencimientos ambos que se habrían esfumado tras realizar una valoración racional de los objetivos diametralmente opuestos de una y otra nación. Resulta sorprendente que la visita de Churchill a Moscú no consiguiera aumentar en absoluto el ritmo de los envíos de ayuda a Rusia. Después del desastre del PQ17 en julio, los británicos interrumpieron los viajes a Arcángel durante dos meses, negándose a poner en peligro más convoyes en las interminables horas de luz diurna propias del verano ártico. El 20 de septiembre, y los días inmediatamente posteriores, llegaron sanos y salvos a su destino veintisiete de los cuarenta barcos del PQ18. A partir de esta fecha, y

durante cuatro meses, la marina real estaría demasiado ocupada en prestar apoyo a los desembarcos previstos por la operación «Torch», como para seguir con el envío de convoyes por la ruta del Ártico. Corriendo un riesgo enorme, trece barcos mercantes zarparon por su cuenta sin escolta rumbo a la península de Kola. Sólo cinco consiguieron alcanzar su destino. En enero de 1943 únicamente otros dos convoyes —en total treinta cargueros— habían llegado a Rusia sin sufrir percances. A partir de entonces, como cada vez eran más los recursos de los aliados, y menos las fuerzas alemanas presentes en el norte de Noruega debido a la diversión de los aviones de la Luftwaffe a otros teatros de la guerra, la situación experimentó un cambio espectacular. Llegaron a buen puerto envíos masivos de vehículos, víveres y pertrechos, en su mayoría de origen americano, la mitad de ellos a través de Vladivostok. Estas ayudas constituyeron una contribución esencial para que el Ejército Rojo pudiera avanzar hacia la victoria en 1944-1945. Pero Stalin y su pueblo tendrían el derecho de afirmar que hasta 1943 su salvación dependió exclusivamente de ellos, pues recibieron muy poca ayuda del exterior.

\* \* \* \*

Los historiadores soviéticos de los últimos tiempos no han dejado de hablar con desprecio de la escasa ayuda prestada a Rusia por los aliados occidentales. En 1978 Víctor Trukhanovsky escribía: «Se recortaron los envíos no tanto por la dificultad de escoltar a los convoyes... como les gusta afirmar a Churchill y a los historiadores británicos, cuanto por el hecho de que en Gran Bretaña había



círculos muy influyentes que no veían con buenos ojos la alianza con la URSS, y entorpecieron las relaciones entre los dos aliados. Sus presiones tuvieron efectos en la postura adoptada por Churchill». Aunque en realidad la escasez de armas y la falta de barcos, junto con la intransigencia de los soviéticos, fueron los principales factores inhibidores, también es cierto que eran muy pocas las figuras prominentes de Gran Bretaña que querían que la Unión Soviética saliera reforzada de la guerra. Las extravagantes garantías dadas a Moscú por Washington y Londres en un primer momento quedaron en agua de borrajas. La promesa de Churchill de enviar veinte, incluso cuarenta, escuadrones británicos para apoyar al Ejército Rojo no se cumplió. Pero había razones que lo justificaban claramente. Sin embargo, Stalin sólo sabía ver una realidad: que mientras que su país estaba librando una cruenta y destructiva batalla, Gran Bretaña seguía relativamente sin heridas, y Estados Unidos no había sufrido ni una sola.

Churchill era demasiado inteligente para perder el tiempo en consideraciones acerca de la superioridad moral de la posición de Gran Bretaña respecto a la de la URSS. Lo único importante para los americanos y los ingleses era que los tres países compartían el compromiso de derrotar al nazismo. No obstante, resultaba difícil establecer incluso unas relaciones elementales de cooperación. A pesar de las cortesías que Stalin pudiera dispensar a figuras prominentes como Churchill, Eden, Hopkins, Harriman y Beaverbrook, y a pesar de los secretos que a veces les revelara, a los oficiales y diplomáticos aliados de menos rango se les negó toda

información por trivial que fuera. Estaban expuestos permanentemente a ser objeto de desplantes los días buenos, y a los insultos y al desprecio los malos. Los marineros británicos y americanos que desembarcaban en Múrmansk y en Arcángel fueron blanco de ofensas y humillaciones. El que más tarde fue jefe de la misión militar británica en Moscú, el teniente general Brocas Burrows, tuvo que ser sustituido ante la insistencia de los soviéticos, después de que los micrófonos ocultos revelaran que el británico los había calificado de «salvajes».

El primer ministro y sus colegas, al igual que Roosevelt y Marshall, sabían que había que prestar ayuda a los soviéticos porque, en resumidas cuentas, cada ruso que moría luchando contra los alemanes suponía un inglés o un americano menos que debía hacerlo. Pero habría sido pedir demasiado esperar que a los occidentales les gustaran los rusos. Desde el punto de vista político, era esencial dar esa impresión, del mismo modo que Stalin representaba a veces la farsa del compañerismo. Pero lo cierto es que los soviéticos se comportaron como bestias tanto con su propio pueblo como con los aliados occidentales. Sólo los idealistas de izquierdas, que tanto abundaron en Gran Bretaña durante la guerra, pero menos en Estados Unidos, alimentaban una visión de falso romanticismo en torno a la Madre Rusia. Por suerte para ellos, nunca conocieron su realidad.

El 17 de agosto, ya en El Cairo, Churchill sufrió una breve crisis de agotamiento. Tras descansar un poco, sin embargo, consultó con Alexander las perspectivas de la ofensiva del desierto, que se

esperaba emprender en septiembre. El día 19, un vehículo lo condujo a través de casi doscientos kilómetros de un paisaje arenoso, salpicado puntualmente de depósitos de suministros y campamentos cercados con alambradas, a visitar a Montgomery en su cuartel general y a pasar revista a las tropas. Fue una excursión en la que disfrutó muchísimo. Dijo que había notado un nuevo espíritu entre los oficiales y los soldados. Seguramente su imaginación fuera más allá de la realidad, pues apenas hacía una semana que se había implantado el nuevo régimen. Pero la percepción de un cambio le dio ánimos. De regreso a El Cairo, durmió en el avión y luego asistió a una conferencia, cenó y se sentó en el jardín de la embajada a charlar con Brooke hasta las dos de la madrugada en el ambiente caluroso de aquella noche estival. Pidió a la esposa del embajador, lady Lampson, que se encargara de realizar diversas compras para Clementine y para él mismo: un perfume de la marca Worth, cremas faciales de Innoxa y Chanel, quince pintalabios y tejido de seda para confeccionar la delicada ropa interior que le gustaba llevar.

Llegó un mensaje de Mountbatten en el que se contaba cómo había ido la incursión contra Dieppe que se habían efectuado aquel mismo día. De los seis mil hombres participantes, en su mayoría canadienses, mil habían muerto y dos mil habían caído prisioneros. Más de cien aviones se habían perdido en feroces combates aéreos con la Luftwaffe. Paradójicamente, sin embargo, el jefe de Operaciones Conjuntas decía: «Se nos ha informado de que la moral de los soldados que han regresado es excelente. Todos los que he

visto están en óptima forma». Pasaría aún algún tiempo hasta que Churchill se diera perfecta cuenta del alcance de la nefasta ofensiva. Los informes exagerados de la RAF ocultaban la realidad, a saber, que los alemanes derribaron aquel día dos aviones británicos por cada uno de los que perdieron. Como otras veces, una sensación de incompetencia institucional envolvió la derrota. Los invasores actuaron en todos los sentidos de manera chapucera en su ataque anfibio, mientras que los alemanes respondieron con su habitual celeridad y eficiencia. Después de prácticamente tres años de guerra, Gran Bretaña seguía siendo incapaz de llevar a cabo un ataque mínimamente por sorpresa contra un objetivo de su elección en una fecha que ella misma había decidido. Mountbatten consiguió sacudirse las responsabilidades, la mayoría de las cuales era suya (ya en mayo había hablado jactanciosamente con Molotov de «su» inminente ofensiva). Pero lo cierto es que tanto los mandos como los responsables de la planificación habían fracasado a todos los niveles. Por increíble que parezca, el general sir Archie Nye, jefe del Estado Mayor General del Imperio en ausencia de Brooke, no tuvo conocimiento de la puesta en marcha de la operación. No es de extrañar, pues, que Churchill desconfiara de sus comandantes, y que le sumiera en el más profundo pesimismo el temor de que los instrumentos de la máquina de guerra de Gran Bretaña estaban condenados a romperse en sus manos.

Únicamente Beaverbrook, que seguía abogando insistentemente por abrir el segundo frente, parecía no haber escarmentado con la experiencia de Dieppe. Uno de sus periódicos, el *Evening Standard*,

afirmaba que, en una invasión inmediata, los problemas relacionados con el transporte de los soldados podían superarse si los jefes de Estado Mayor demostraban más agallas, que la ofensiva contra Dieppe había sido un éxito y, en su editorial del 21 de agosto de 1942, que «los alemanes no pueden permitirse más Dieppes ni por tierra ni por aire... Dos o tres ofensivas simultáneas a gran escala serían demasiado para las tres solitarias divisiones de carros de combate que tienen en Francia». Ningún general o ministro ignoraba que semejante llamada a las armas en este periódico respondía a una orden explícita de Beaverbrook. Las presiones a las que se veía sometido el primer ministro, no sólo para actuar, sino también para triunfar, eran entonces mucho mayores que en cualquier otro momento desde que asumiera el cargo.

## Capítulo 13

### Cambio de fortuna

La purga de los generales del desierto que llevó a cabo Churchill fue acogida en Gran Bretaña con cautela, como habría cabido esperar. Habían sido recibidos como nuevos Wellington demasiados oficiales recién ascendidos. El corresponsal militar de *The Times* observaba que los altos mandos de Oriente Medio «han cambiado con tanta frecuencia que ahora sólo podemos abordar la cuestión con un entusiasmo moderado». Durante los meses siguientes, los medios de comunicación británicos mostraron una cautela próxima al cinismo respecto a las perspectivas del VIII Ejército. El 26 de agosto un editorial del *Times* observaba que ni la ofensiva de los bombarderos de la RAF ni el asalto de Dieppe habían «aliviado la continua sensación de incompetencia por la actuación del ejército británico en un momento en el que nuestros aliados se enfrentan a una crisis de la máxima importancia». La periodista Maggie Joy Blunt escribió en su diario el 19 de agosto, expresando su consternación por el desastre de Dieppe: «Mientras yo refunfuño, la joven Rusia espera llena de angustia nuestro segundo frente. Aquí en Inglaterra estamos divididos, desanimados y sin fe, dirigidos por viejos, gobernados por el dinero. La vieja desconfianza, los viejos temores están profundamente arraigados». Esa tristeza no se limitaba a la población civil. Brooke escribió más tarde: «Cuando se mira hacia atrás y se piensa en aquellos días a la luz de los acontecimientos

posteriores quizá tiende uno a pasar por alto los horribles momentos de duda que en aquella época me abrumaban».

A Churchill, que leía los periódicos con avidez, no debió de hacerle mucha gracia el cinismo mostrado por la prensa ante los cambios de mando. Sin embargo, regresó a Londres el 24 de agosto todavía exultante por lo que había visto en el desierto y por el aparente éxito de su visita a Stalin. Su ilimitada capacidad de optimismo era una de sus máximas virtudes, en una época en la que cuantos lo rodeaban pensaban que sucumbía con demasiada facilidad al desánimo. La noche del 30 de agosto, Rommel, que sufría una desesperada escasez de combustible, atacó en Alam Halfa. Los británicos, advertidos por Ultra, infligieron una derrota decisiva al *Afrika Korps*. El primer ministro se hallaba ahora enormemente ansioso porque la ofensiva de Montgomery fuera lanzada antes de que se produjeran los desembarcos de los americanos en el norte de África, provisionalmente previstos para octubre. Recientemente se había producido un encontronazo con Washington, donde Marshall no cesaba de insistir a Roosevelt que limitara la magnitud de la operación «Torch» y no incluyera Argel entre sus objetivos. Churchill temía verse obligado a desafiar los consejos de sus médicos y volar una vez más a América para entrevistarse con el presidente. Hasta el 3 de septiembre Roosevelt no accedió a las solicitudes de Churchill, que contaban con el apoyo de los generales estadounidenses Dwight Eisenhower y Mark Clark en Londres. La operación «Torch» debía llevarse a cabo el 8 de noviembre, con desembarcos en Casablanca, Orán y Argel.

Pero mientras los señores de la guerra de los países occidentales abrigaban en su fuero interno un gran nerviosismo ante la perspectiva de los grandes acontecimientos que estaban a punto de producirse, el público y la ciudadanía percibían únicamente una continuación de la inactividad. El 24 de septiembre Churchill se permitió un estallido de autocompasión cuando dijo a Alan Brooke que él, el primer ministro, «era el único que intentaba ganar la guerra, que estaba muy solo en todos sus intentos, que nadie lo apoyaba... En varias ocasiones a lo largo de aquella perorata se exaltó tanto a consecuencia del deplorable panorama que pintaba, que las lágrimas arrasaron sus ojos».

Era inevitable que, tras empeñarse en asumir toda la responsabilidad de la dirección de la guerra, Churchill fuera a echarse la culpa de la debilidad que hacía que con harta frecuencia diera la impresión de que las fuerzas británicas fracasaban. La insatisfacción del público con el gobierno de Gran Bretaña durante la guerra llegó a su punto culminante en las últimas semanas que precedieron al espectacular cambio de fortuna que estaba a punto de producirse. Muchos ministros y generales que no tenían inconveniente en admitir que sólo Churchill podía ser el primer ministro de Gran Bretaña, estaban convencidos asimismo de que debía disociar los dos cargos que ostentaba, el de primer ministro y el de ministro de Defensa, delegando en otros el control operacional de la guerra. Pero ¿en quién? Los candidatos propuestos eran casi tan inapropiados como lo había sido el duque de Gloucester. Leo Amery dijo a Dill, que se hallaba de permiso en Inglaterra, que él era



partidario de nombrar a Wavell «jefe superior de Estado Mayor... Dill se mostró de acuerdo, pero no dijo nada que pudiera obligar a Winston a admitirlo, por mala que fuera la solución actual». Esta conversación no habla demasiado en favor del juicio crítico de ninguno de los dos, pero sí dice mucho de la opinión reinante en Whitehall acerca del primer ministro. Incluso Eden, el colega de más confianza de Churchill, estaba convencido de que debía abandonar el Ministerio de Defensa.

Churchill describiría más tarde los meses de septiembre y octubre de 1942 como los de mayor ansiedad de la guerra. Amery se lamentó después de un rifirrafe mantenido en el gabinete: «Es algo terrible tener que tratar con un hombre como Winston, que al mismo tiempo es dictatorial, elocuente y atolondrado». Beaverbrook, siempre malintencionado y desleal, dijo a Eden el 8 de octubre que el primer ministro era «un “pringado”, y que no cabía esperar que durara mucho... El futuro pertenecía a A. E.». Un influyente diplomático canadiense, Humphrey Hume Wrong, que se hallaba en Londres en una misión de investigación, escribió en su diario el siguiente comentario: «El predominio de Churchill se pone de manifiesto en todas estas conversaciones: Cripps arrinconado, Attlee un lacayo, Bracken su mano derecha. No es tan malo como dan a entender los chismorreos políticos, pero es bastante malo». El 17 de octubre, John Kennedy, que había estado enfermo, asistió a un comité del gabinete y se entrevistó con Churchill. «Se sentó y miró con el ceño fruncido a su alrededor, mientras todo el mundo esperaba a ver si estaba de buen humor. Tocó la campanilla y dijo al

secretario que había venido sin pañuelo. El policía de guardia entró trayendo uno en un sobre. W. lo sacó, se sonó la nariz y miró a su alrededor. Luego se levantó y pasó un minuto o dos ajustando la estufa eléctrica. Después volvió a sentarse y a mirar a su alrededor con cara de pocos amigos. A continuación encendió el puro y tomó un sorbo de su vaso de agua helada... Entonces me vio y haciéndome un guiño dijo: “Me alegro de ver que está mejor”. E inmediatamente se puso a trabajar».

Aunque físicamente estaba en Downing Street, en espíritu Churchill se encontraba muy lejos de allí, en las inmensas arenas de Egipto. Montgomery se dedicaba a adiestrar a sus tropas, a hacer planes, a acumular municiones y a preparar sus nuevos tanques Sherman. El pequeño y astuto general insistía en lanzar la ofensiva del VIII Ejército según su propio calendario, sin tener en cuenta la impaciencia del primer ministro. En el mar estaban haciendo ya una aportación decisiva a su campaña. Guiados por los mensajes descifrados por Ultra, la RAF y la marina real infligieron una serie de golpes devastadores a los tanques italianos y a los barcos de aprovisionamiento que suministraban combustible y alimentos al *Afrika Korps*. A finales de octubre, antes incluso de que el VIII Ejército iniciara su acometida, la situación logística de los alemanes en Egipto era desesperada. El primer ministro lo sabía por los mensajes descodificados de «Boniface», y mandó una andanada de mensajes angustiosos y a veces amenazadores a Alexander. Un ejército británico muy superior en hombres, tanques, cañones y aviones debía ser capaz sin duda alguna de derrotar a un enemigo

que se sabía que estaba prácticamente inmovilizado por la falta de combustible.

El valor operacional en el campo de batalla de los materiales de Ultra dependía mucho de la receptividad de los distintos mandos, y de la calidad de los jefes de sus servicios de inteligencia. Algunos generales y almirantes se mostraron sorprendentemente desinteresados por las bicocas que se les ofrecían. Montgomery fue el primer general británico del desierto en emplear a un oficial de inteligencia de primer orden, en la persona del general de brigada Bill Williams, profesor de Oxford, y en atender sus consejos. Ultra desempeñó un papel transcendental al permitir a Montgomery derrotar la ofensiva de Rommel en Alam Hafa. El almirante sir Dudley Pound, primer lord del Mar hasta 1943, a menudo utilizó mal las informaciones de los servicios de inteligencia, sobre todo durante la batalla del convoy PQ17 en el Ártico. En cambio, la sala de rastreo de submarinos del Almirantazgo estuvo dirigida de un modo admirable y desempeñó un papel decisivo en la batalla del Atlántico. En 1942, sin embargo, al no ser Bletchley Park capaz de descifrar los códigos de los submarinos alemanes se incrementó terriblemente la vulnerabilidad de los convoyes aliados. El mes de noviembre conoció las peores pérdidas de la guerra: fueron hundidas unas 721.700 toneladas de materiales de los aliados. Luego, de una manera tan repentina como espectacular, los descodificadores de los servicios de inteligencia realizaron otro avance importantísimo y una vez más proporcionaron a la marina real medios para localizar las posiciones de los sumergibles

alemanes. A partir del mes de diciembre, los convoyes pudieron de nuevo alejarse de las manadas de lobos submarinos. Gracias sobre todo a las informaciones de los servicios de inteligencia, la marcha de la batalla del Atlántico y de la campaña organizada en el Mediterráneo con el fin de interceptar los suministros destinados a Rommel, cambió de manera decisiva en perjuicio de Alemania.

\* \* \* \*

Montgomery lanzó su ataque contra El Alamein el 23 de octubre. Brendan Bracken dijo: «Si salimos derrotados en esta batalla, es el fin de Winston». Era una afirmación histriónica: al cabo de quince días los desembarcos de la operación «Torch» detrás del frente de Rommel habrían hecho la posición de los alemanes en Egipto totalmente insostenible. Por eso Correlli Barnett, Douglas Porch y otros han calificado el episodio de El Alamein de «batalla innecesaria». Sin embargo, fue una acción desesperadamente necesaria para la autoestima del pueblo británico. Las palabras de Bracken reflejaban el clima reinante entre los partidarios más leales del primer ministro. Churchill había estado al frente de demasiados fracasos. Tenía que haber algún éxito: un éxito británico. Algunos estrategas de posguerra han sostenido que si Montgomery se hubiera limitado a aguardar que diera comienzo la operación «Torch», habría podido caer sobre el ejército en retirada de Rommel a la descubierta, y habría conseguido una victoria mucho más aplastante y menos costosa. Pero aquélla no fue nunca una opción política aceptable para el VIII Ejército; ni tampoco para el primer ministro.

La noche del 23 de octubre, Churchill asistió a una cena en honor de Eleanor Roosevelt en el palacio de Buckingham. Un cortesano escribió:

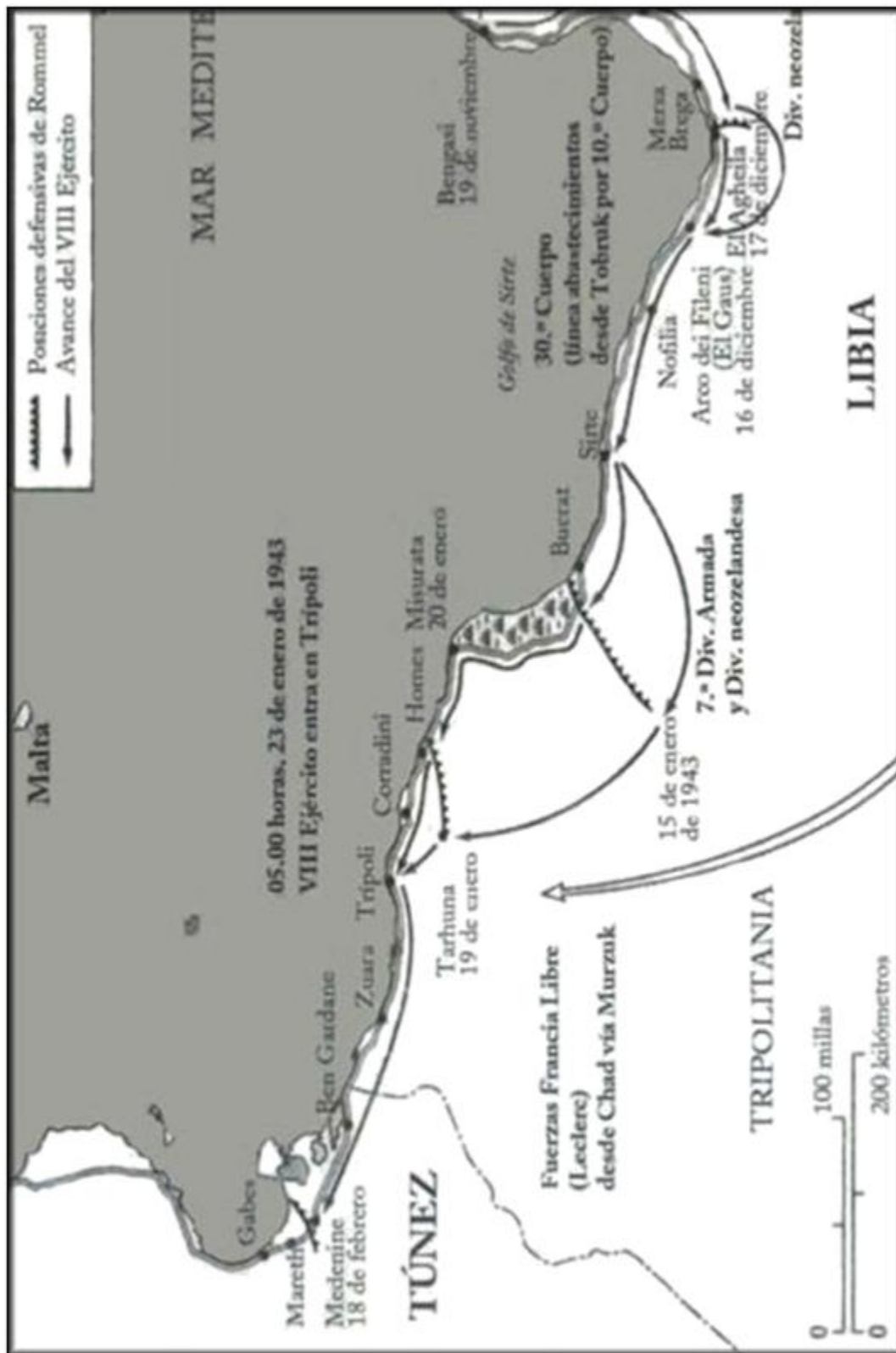
*Winston estaba en ascuas, esperando noticias del comienzo de la ofensiva de Alexander en Egipto. Ésta... había empezado a las ocho de la tarde según nuestro horario, y tuve que salir en medio del acto a buscar noticias del n.º 10 por teléfono. Tras un breve intervalo, nada habría contentado a Winston más que ponerse él mismo al teléfono. Evidentemente la conversación le había encantado, pues cuando volvía por el pasillo iba cantando «Roll Out The Barrell» con gran entusiasmo, pero sin dar muchas pruebas de talento musical. Aquello dejó de piedra al pelotón de lacayos ante los cuales pasó. Me pregunto qué habrían pensado sus predecesores Victorianos si hubieran escuchado a Disraeli o al señor G[ladstone] cantando en circunstancias similares «Knocked'em in the Old Kent Road».*

Allá por el mes de junio, Auchinleck había decidido detener su retirada y defender una línea en El Alamein. Las colinas hacían que la posición, situada al sur de una delgada franja de desierto, allí de apenas sesenta kilómetros de anchura, resultara casi inmune a un ataque por los flancos. A diferencia de lo que sucedía en la mayoría de los campos de batalla del norte de África, allí apenas había margen de maniobra: el atacante tenía que abrirse camino mediante un ataque frontal a través de campos de minas, alambradas y defensas en profundidad. En el mes de agosto, cuando atacó

Rommel, esas mismas circunstancias beneficiaron a los británicos. Siete semanas después permitieron a 104.000 soldados alemanes e italianos montar una defensa inesperadamente firme frente a 195.000 soldados británicos, con una potencia de fuego abrumadora. El general Georg Stumme, en calidad de comandante en jefe de las fuerzas del Eje en ausencia de Rommel, de baja por enfermedad, cayó en los primeros días. Entonces volvió Rommel. Durante casi una semana, la artillería británica machacó sus posiciones. Churchill y con él todo el pueblo británico contuvieron el aliento. Las primeras noticias fueron buenas, pero ya había pasado lo mismo otras veces, y luego la decepción había sido demoledora. Los británicos ya no se atrevían a predecir la victoria. Un ministro, Leo Amery, escribió el 26 de octubre: «Estoy terriblemente angustiado, no vaya a ser que, a pesar de nuestra superioridad en materia de tanques, de artillería y de aviación, resulte otro Passchendaele y nos desgastemos sin conseguir abrirnos paso».

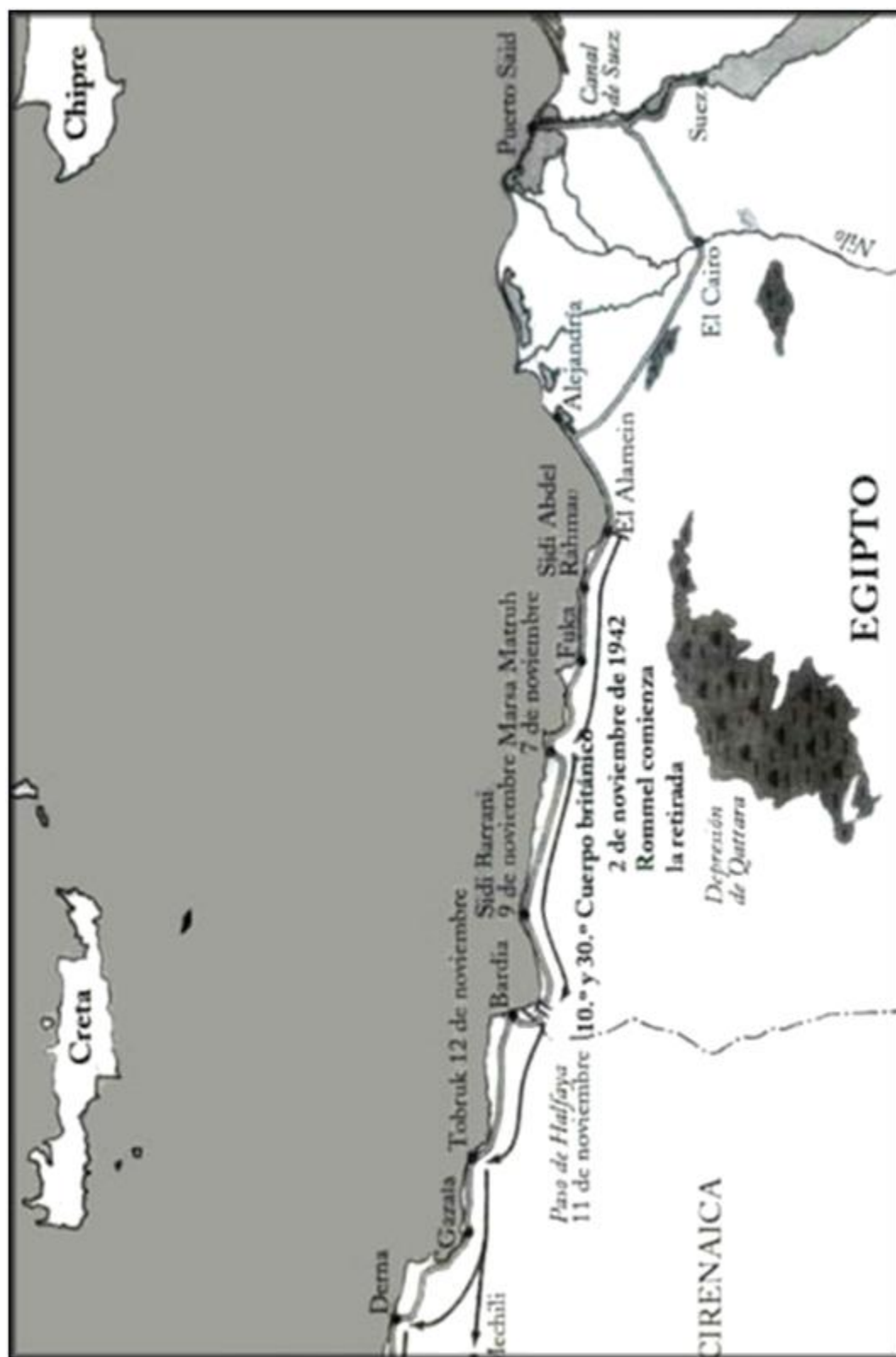
Churchill se alarmó seriamente cuando el día 28 Montgomery hizo una pausa para reagruparse. Envío una nota amenazadora a Brooke: «Es absolutamente necesario que el ataque se reanude antes de que dé comienzo la operación "Torch". Una parada en estos momentos sería declarada una derrota. Consideramos el asunto de la máxima gravedad». Los ejércitos británicos habían estado allí muchas veces. Auchinleck había tenido éxitos parecidos, que luego habían quedado en nada. Entonces, el día 2 de noviembre, Montgomery lanzó el golpe definitivo, la operación «Supercharge». «¡Qué diminuto y frágil se siente uno, atrapado en este torbellino de

furia explosiva!», escribió espantado un joven jefe de sección británico. «Cuando avanzábamos, nos escabullíamos corriendo como ratones a través de aquel arenal inhóspito... dispuestos a retorcernos y a aplastarnos contra la tierra si alguna bomba estallaba cerca... Disparaban contra nosotros. Aunque eso era precisamente lo que significaba la guerra, yo tenía una sensación de atropello y de traición. Alguien había metido la pata. ¿Cómo cabía pensar que aquel caos se convirtiera en un ataque y acabara siendo un éxito? Sin embargo, todas las grandes batallas de la historia deben de haber sido parecidas a ésta, un desbarajuste para el individuo que va delante, que sólo tiene coherencia para los que están detrás».





Los hombres de Montgomery lograron abrirse paso. Ultra reveló a los británicos que Rommel se consideraba derrotado y estaba en plena retirada. Churchill estaba contentísimo. En un almuerzo en Downing Street dijo lleno de alegría a sus invitados, entre los cuales se encontraba el diputado Harold Nicolson: « ¡Y están por venir más golosinas! ¡Muchas más! ¡Y en los sitios donde menos se esperaría uno!». Tras esta tímida alusión a la operación «Torch», en ese mismo almuerzo dijo a Brendan Bracken que ordenara que repicaran todas las campanas del país. Como la propuesta suscitó dudas, accedió a retrasarla hasta el 15 de noviembre, para asegurarse de que las armas de los aliados no sufrieran ningún revés. A partir de ese momento, se mostró decidido a que el pueblo británico tuviera motivos de celebración.



Brooke escribió en su diario: «Si la operación “Torch” sale bien, empezaremos a dejar de perder esta guerra». El domingo 8 de noviembre, a primera hora de la mañana, las fuerzas aliadas desembarcaron en el norte de África. Las tropas al mando de Eisenhower eran en un principio pocas, la mitad que las de Montgomery, unos 107 000 hombres, 35 000 de ellos británicos. Pero la importancia simbólica de ese primer compromiso de las tropas de tierra norteamericanas contra Hitler era enorme. Aunque las tropas invasoras encontraron una feroz resistencia de las fuerzas de Vichy, todas las cabezas de playa quedaron rápidamente aseguradas. Churchill envió un cable de felicitación a Marshall, en el que además decía en tono irónico: «Los problemas del éxito nos resultarán no menos desconcertantes, pero más agradables que los que hasta ahora hemos superado juntos». El *Times* escribió a propósito de la actuación del primer ministro en la cena anual de Mansión House el día 10 de noviembre: «Una sensación de entusiasmo impregnó todo el discurso del señor Churchill. Era la obligación del orador. De la sangre, el sudor y las lágrimas que ofreció al país, él se ha llevado la parte correspondiente al líder». Dalton escribió el 12 de noviembre: «El respeto de sí mismo que tenía el ejército británico empieza a ser restablecido. La semana pasada... se vio a un general británico pasar corriendo por delante de los que esperaban en la cola de una parada de autobús y subir de un brinco al vehículo en marcha. Uno de los presentes dijo que una semana antes no se habría atrevido a hacer una cosa así».

Alexander y Montgomery se convirtieron en los héroes británicos del momento, y de hecho de todo el resto de la guerra. El primero tuvo especialmente la suerte de que se le concedieran los laureles del triunfo, pero su talento era limitado. En adelante, gozaría del favor de Churchill. Respondía al *beau ideal* de caballero guerrero del primer ministro.

Aunque las tropas a su mando tuvieron que soportar muchos reveses, nunca sufrieron una derrota en toda regla. Montgomery era una personalidad mucho más impresionante, un entrenador y un *mánager* excelente de las tropas, el primer alto mando del ejército británico que mostró el temple necesario para combatir contra los alemanes con éxito. Es célebre el comentario que hizo Churchill sobre él: « ¡Lástima que nuestro primer general victorioso sea también un canalla de primera!». El engreimiento de Montgomery era famoso. En una de las declaraciones que efectuó después de su victoria, afirmó que ésta había sido conseguida «con la ayuda de Dios». En el «Rag», un oficial comentó irónicamente que «era muy gracioso que Monty hubiera mencionado por fin al Todopoderoso en sus despachos».



Pero Churchill y Brooke sabían que la desconfianza y la modestia rara vez se encuentran en los generales de éxito. Montgomery tenía pocos de los atributos de un caballero, si es que tenía alguno. Fue una suerte que así fuera, aunque ello hiciera de él un personaje menos agradable socialmente para el primer ministro que Alexander. Los caballeros habían sido los causantes de demasiados desastres de los británicos.

La fría profesionalidad de «Monty» iba unida a un astuto conocimiento de lo que se podía y no se podía pedir de un ejército, de reclutas, en el que había muchos hombres decididos a cumplir con su deber, pero pocos que estuvieran dispuestos a convertirse en héroes. Montgomery no merece ser incluido entre los grandes capitanes de la historia, pero supuso una notable mejora respecto a los generales que habían dirigido las fuerzas de Gran Bretaña durante la primera mitad de la Segunda Guerra Mundial. Una coraza de vanidad lo blindaba frente a las pullas del primer ministro que tanto daño habían hecho a Wavell y a Auchinleck. En el otoño y el invierno de 1942 los recién llegados tuvieron la suerte de demostrar su idoneidad en un momento en el que los británicos consiguieron una formidable superioridad en hombres, tanques y aviones.

« ¡Estamos obteniendo victorias!», exclamaba exultante el 29 de noviembre la colaboradora de distintas obras benéficas Vere Hodgson. «Resulta difícil acostumbrarse a esta situación. No nos importan las derrotas: en Inglaterra hemos desarrollado una serenidad estoica para esas cosas. ¡Pero estar avanzando de verdad!

¡Conquistar sitios! Tiene una la extraña sensación de estar disfrutando de un lujo prohibido». Aneurin Bevan dijo maliciosamente que el primer ministro «habla siempre de una derrota o de un desastre como si fuera algo que viniera de Dios, pero de las victorias como si fueran una cosa que viene de él». Durante toda la guerra, Bevan defendió la tradición democrática de Gran Bretaña ejerciendo en todo momento una crítica incansable del gobierno. Entre quienes eran inmunes a la oratoria galesa, sin embargo, su personalidad resultaba curiosamente repelente. Tenaz defensor de la lucha de clases, hostigó a Churchill en la Cámara de los Comunes de modo tan implacable cuando se celebraban los éxitos como cuando se lamentaban las derrotas. Bevan llamó la atención sobre las pequeñas dimensiones de las fuerzas que habían intervenido en El Alamein, y sobre el predominio de las tropas de la Commonwealth en el ejército de Montgomery. Sus cifras eran exactas, pero el menosprecio que mostró iba en contra del espíritu del momento: la gente se sentía llena de gratitud, igual que el primer ministro. En una reunión del gabinete celebrada el 9 de noviembre, Churchill felicitó en nombre del gobierno al jefe del Estado Mayor General del Imperio y al secretario de Estado por la actuación del ejército. Según escribiría más tarde con amargura Brooke, fue «la única ocasión en la que expresó públicamente su reconocimiento o su gratitud por el trabajo que había hecho durante todo el tiempo que trabajé para él».

Durante la primera generación después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la percepción de la experiencia pasada que tenían

los británicos era mayoritariamente nacionalista, El Alamein fue considerado el punto de inflexión del conflicto. A decir verdad, la batalla de Stalingrado —que llegó a su punto culminante unas semanas más tarde— fue, por supuesto, mucho más importante. Montgomery capturó a treinta mil prisioneros alemanes e italianos en su acción, y los rusos a noventa mil en la suya, que supuso un cuarto de millón de bajas para el VI Ejército de Hitler. Pero desde luego la batalla de El Alamein fue decisiva para el primer ministro de Gran Bretaña. El 22 de noviembre se sentía lo bastante fuerte como para permitir a Stafford Cripps dimitir de su cargo en el gabinete de guerra, relegándolo al Ministerio de Producción Aeronáutica. Churchill dijo a Stalin a propósito de Cripps: «Su pecho es una jaula en la que hay dos ardillas enfrentadas, su conciencia y su carrera». Cripps había presentado diversas propuestas con el fin de quitar al primer ministro la dirección de la guerra. Ahora esas mociones podían ser rechazadas tranquilamente, y su autor relegado sin más. Su breve actuación como rival del primer ministro había terminado. Durante los treinta meses siguientes de guerra contra Alemania, aunque el pueblo británico a menudo se sintiera harto e impaciente, el liderazgo de Churchill no volvería a ser puesto nunca seriamente en entredicho.

\* \* \* \*

Mientras las fuerzas de Montgomery continuaban dirigiéndose hacia el oeste a través de Libia, el primer ministro miraba al futuro. Fortalecido por las informaciones suministradas por Ultra, confiaba en que la combinación de la victoria del VIII Ejército en El Alamein y



los desembarcos de la operación «Torch» aseguraría la expulsión de los alemanes del norte de África. No se figuraba, como no se figuraba nadie, la repentina decisión de Hitler de reforzar su fracaso y la consiguiente prolongación de la campaña. En noviembre de 1942 parecía verosímil que todo el litoral norteafricano quedara libre de tropas enemigas a comienzos del nuevo año. Entonces, ¿qué iba a pasar en 1943? Los jefes de Estado Mayor sugirieron los nombres de Sicilia y Cerdeña. Semejante ocurrencia provocó una réplica irónica de Downing Street: « ¿Cabe suponer realmente que los rusos se contenten con ver que nos quedamos de brazos cruzados durante todo 1943, mientras Hitler hace una tercera intentona contra ellos?». Churchill habló de posibles desembarcos en Italia o en el sur de Francia, quizá incluso en Europa noroccidental. Aunque no tardó en cambiar de opinión, en noviembre todavía compartía con los americanos la esperanza de llevar a cabo la operación «Roundup», una invasión en toda regla del continente en 1943. Seguía pensando en su compromiso con Stalin, y estaba sumamente preocupado por no dar la impresión de que volvía a comportarse con deslealtad. El 23 manifestó en el Departamento de Guerra lo siguiente: «Nunca pretendí que el ejército angloamericano se quedara quieto en el norte de África. Es un trampolín, no un sofá».

Los americanos, a menudo, fueron injustos suponiendo que Churchill tenía la misma cautela excesiva que sus generales. Por el contrario, el primer ministro fue uno de los que más insistieron a los altos mandos para que actuaran con más audacia. Según dijo en

la Cámara de los Comunes el 11 de noviembre: «Desde luego, yo no soy uno de éstos a los que hay que meter prisas. De hecho, en todo caso, soy yo el que las mete. Mis dificultades radican más bien en tener paciencia y autocontrol durante las múltiples semanas de angustia que se necesitan para conseguir resultados». Durante casi toda la Segunda Guerra Mundial, Churchill se vio obligado a luchar contra el temor que tenían sus asesores militares al fracaso en el campo de batalla, que en 1942 se había convertido casi en una obsesión. Alan Brooke era un oficial que poseía unas dotes extraordinarias, y llegó a forjar una curiosa asociación con Churchill. Pero si las operaciones de los aliados hubieran avanzado al ritmo dictado por el Departamento de Guerra, o de hecho por el propio Brooke, el final del conflicto habría llegado mucho después de lo que lo hizo. Los británicos se habían acostumbrado hasta tal punto a la pobreza de recursos y a la deficiencia de su actuación en el campo de batalla, que para ellos se había convertido en una especie de segunda naturaleza temerse lo peor. Churchill, en cambio, compartía con los americanos el deseo de acelerar el avance de la decrepita maquinaria de guerra de Gran Bretaña. No era que la cúpula de los militares británicos no estuviera dispuesta a combatir. Era que les parecía prudente combatir poco a poco. Oliver Harvey anotó el día 14 de noviembre, con un cinismo que habría venido a confirmar todas las convicciones de Stalin: «Si el ejército ruso ha desempeñado como es debido el papel que le ha sido asignado matando alemanes, nuestros jefes de Estado Mayor creen

que en 1944 podrían descargar un golpe general sobre la bestia agotada».

Se trata de una importante y perspicaz visión de la estrategia seguida por los británicos en la guerra a partir de 1942. Reinaba una complacencia general, aquí explícitamente confesada por Harvey, por el baño de sangre que estaba produciéndose en el frente oriental. Ni Churchill ni Brooke respaldaron abiertamente el deseo expresado por sus colegas de ver cómo los alemanes y los soviéticos se destruían unos a otros. Pero desde luego querían que la enorme lucha de desgaste que estaba desarrollándose en el este librara a los aliados occidentales de una experiencia similar. La mayor parte de los países en la mayoría de las guerras no tiene más opción que enfrentarse a su enemigo trabando combate en el campo de batalla. Los angloamericanos, en cambio, estaban separados de sus enemigos por grandes extensiones de agua perfectamente practicables, que les permitían elegir dónde y cuándo entablar batalla. Este privilegio fue ejercido con prudencia desde el punto de vista de ambos países. Las vidas de sus hombres fueron sabiamente administradas. Pero una conducta tan interesada, casi tan despiadada como la de Moscú, estaba condenada a incurrir en la cólera de Rusia. La invasión del África colonial francesa por los aliados provocó una crisis política. Dio la casualidad de que el almirante Jean Darlan, vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores de Vichy, se hallaba en Argel cuando llegaron los americanos. Darlan asumió el mando de las tropas francesas que, para sorpresa y consternación de los mandos norteamericanos, se

resistieron a sus supuestos libertadores con notable energía, matando a unos mil cuatrocientos estadounidenses. Sin embargo, luego se entablaron unas negociaciones que llevaron a Darlan a ordenar a sus tropas deponer las armas, salvando la vida de muchos más americanos. El almirante francés fue recompensado por Eisenhower, comandante supremo de los aliados durante la operación «Torch», con su reconocimiento como alto comisario de Francia y gobernador de facto del norte de África. Los británicos, que no habían sido consultados, se quedaron viendo visiones. Darlan había colaborado entusiásticamente con los alemanes desde 1940. Se había considerado probable que se pusiera al frente de la marina francesa contra Gran Bretaña (eso al menos pensaba De Gaulle). «*La France ne marchera pas*», había dicho a Churchill, «*mais la flotte... peut-être*»: «Francia no marchará [contra Inglaterra], pero la flota... quizá». Pues bien, la traición de Darlan al régimen de Vichy venía a demostrar la bancarrota moral del almirante. En su nuevo papel rechazó las peticiones de liberación de los presos de la Francia Libre encerrados en las cárceles norteafricanas, y de hecho los trató con una considerable brutalidad. Muchos franceses perdieron en 1942 una oportunidad inmejorable de olvidar sus diferencias y lanzarse sinceramente a la lucha contra el Eje. Un oficial británico de alta graduación escribió, ofendido: «Aunque los franceses odian a los alemanes, nos odian más a nosotros». De Gaulle, el representante de la «Francia Combatiente» ungido, por los británicos, se sintió indignado por el nombramiento de Darlan, lo mismo que Eden. El Foreign Office había apoyado a su arrogante

portaestandarte francés durante muchos estallidos de exasperación churchilliana, y frente a la implacable hostilidad de los americanos. Durante toda su vida, Churchill mostró un fiero compromiso con Francia. Conservaba una profunda fe en su grandeza, que contrastaba con el desprecio de los americanos. Roosevelt consideraba a Francia una potencia imperial en decadencia que en 1940 había carecido de la determinación mostrada por Gran Bretaña. De manera completamente equivocada, dadas las tormentosas relaciones existentes entre De Gaulle y Churchill, el presidente pensaba que el general era una marioneta de los británicos. Estaba decidido a frustrar cualquier intento de elevar a De Gaulle al poder cuando los aliados liberaran Francia. Los americanos no sentían el odio visceral hacia Vichy que imperaba en Londres. Desde 1940 habían mantenido relaciones diplomáticas con el régimen de Pétain, que, a su juicio, seguía teniendo una legitimidad significativa. Se trataba de una manifestación más de las sensibilidades británicas, fruto del sufrimiento y de la proximidad, mientras que Estados Unidos mostraba un distanciamiento basado en su cómoda inviolabilidad.

En noviembre de 1942, los políticos y la opinión pública de Gran Bretaña reaccionaron violentamente contra el nombramiento de Darlan. Del mismo modo que se había impedido al país conocer los excesos de Stalin, tampoco se le había dicho nada acerca de la intransigencia de De Gaulle. El pueblo británico sabía sólo que el general era un patriota que había preferido un exilio honorable en Londres, mientras que Darlan era un conocido anglófono y un

lacayo de los nazis. El 10 de diciembre, cuando Churchill intervino en una sesión secreta de la Cámara de los Comunes y habló de la crisis del norte de África, los diputados se mostraron airados y poco comprensivos. En privado, desde el nombramiento de Darlan el 8 de noviembre, la actitud de Churchill había sido de vacilación. El almirante le inspiraba un profundo desagrado. Pero estaba cansado también de los berrinches que le procuraba De Gaulle. Consideraba que la solidaridad de la alianza angloamericana transcendía cualquier otra consideración. Habló a los diputados con notable franqueza; con tanta franqueza, de hecho, que después de la guerra muchas cosas de las que dijo fueron omitidas de las actas publicadas de sus discursos en las sesiones secretas de la Cámara:

*En la guerra, no siempre es posible hacer que todas las cosas vayan exactamente como a uno le gustaría. Cuando se trabaja con aliados sucede a veces que desarrollan ideas por su cuenta... No puedo pensar que De Gaulle sea Francia, y menos aún que lo sean Darlan y Vichy. Francia es algo más grande, más complejo, más formidable que cualquiera de esas manifestaciones sectoriales... No debemos dejar creer a la Cámara que el general De Gaulle es un amigo incondicional de Gran Bretaña. Por el contrario, creo que es uno de esos buenos franceses que sienten un antagonismo tradicional, profundamente arraigado en los corazones franceses después de siglos de guerra contra los ingleses... No puedo recomendarles que cifren todas sus esperanzas y toda su confianza en él.*

Pasó a explicar que el general Henri Giraud, al que los americanos consideraban un líder nacional más idóneo que De Gaulle, había sido sacado de Francia por los aliados con la intención explícita de que asumiera la autoridad en el norte de África. Este objetivo sólo se vio frustrado cuando Giraud fue rechazado por los oficiales franceses de alto rango de la región. Averell Harriman escribió: «Siempre he considerado trágico que los británicos escogieran a De Gaulle, pero incluso más trágico que nosotros escogiéramos a Giraud». El 10 de diciembre, los ánimos de los diputados, acaso impresionados por la confianza plena que les mostró Churchill, fueron aplacados por sus argumentos. En privado, el gobierno británico redobló sus esfuerzos para conseguir la destitución de Darlan del puesto que se le había concedido. Los americanos rechazaron la propuesta de Londres —por lo demás muy poco plausible— de que Harold Macmillan, ministro residente de Gran Bretaña en el Mediterráneo, asumiera temporalmente el gobierno en Argel. Las relaciones angloamericanas estaban todavía cargadas de rencor cuando la cuestión se resolvió de forma inesperada. El 24 de diciembre un joven monárquico francés entró repentinamente en el despacho de Darlan en el Palacio de Verano y le descerrajó un tiro causándole la muerte.

La responsabilidad del asesinato sigue siendo uno de los misterios menos significativos de la Segunda Guerra Mundial. El autor inmediato, un tal Fernand Bonnier de la Chapelle, fue conducido precipitadamente ante el pelotón de fusilamiento dos días después.

Oliver Harvey, secretario particular de Eden, expresó una consternación muy poco diplomática por su ejecución: «Demuestra cuánto se equivoca uno cuando se está comprometido con el mal. Te ves fusilando a un hombre bueno por hacer lo que deberías haber hecho tú». Sin embargo, fue un alivio para todo el mundo el hecho de que Bonnier de la Chapelle desapareciera sin revelar ningún detalle de la conjura. Lo que es seguro es que hubo una conjura. Un sacerdote dio la absolución al reo por su acción antes de que entrara en el Palacio de Verano, y los modernos partidarios de la teoría de la conspiración se han fijado en que el general de brigada Menzies, jefe del SIS, se hallaba en Argel el día de Nochebuena. El historiador David Reynolds cree que los británicos estuvieron implicados en el asunto. La explicación más verosímil, sin embargo, es que el asesino fue incitado a la acción por un grupo de la Francia Libre. Aunque no hay pruebas de la complicidad personal de De Gaulle, el comportamiento despiadado de su organización en Lisboa entre 1940 y 1944 hace que la hipótesis resulte creíble.

Aunque el asesinato de Darlan fue un asunto muy feo, hizo que desapareciera la densa sombra que se cernía sobre las relaciones angloamericanas. El general Giraud fue colocado en el puesto de Darlan. Al término de unas tortuosas negociaciones en Londres entre Churchill, Eden y De Gaulle, los dos franceses alcanzaron un arreglo, aunque fuera a regañadientes y en la distancia. La actitud de Macmillan reflejaba la de muchos políticos y diplomáticos británicos: «Como ocurre siempre después de una conversación con De Gaulle, sale uno preguntándose si es un demagogo o un loco,



pero convencido de que es un personaje más poderoso que cualquier otro francés con el que pueda haber estado uno en contacto». Esta opinión compartida por muchos, hizo que la mayoría de los políticos y diplomáticos británicos llegaran a la conclusión de que había que seguir apoyando a De Gaulle. Churchill se rebeló contra tanto realismo exigiendo con su extravagante verborrea que había que quitar de en medio al general. Al final, sin embargo, concedió su aquiescencia, aunque de mala gana. De Gaulle siguió siendo reconocido por Londres, aunque no por Washington, como el principal representante de Francia en el exilio.

\* \* \* \*

El 29 de noviembre de 1942, Churchill celebró una reunión informativa con los jefes de Estado Mayor: «Desde luego yo creo que deberíamos hacer todos los planes necesarios para llevar a cabo un ataque contra la costa francesa o bien a través del canal de la Mancha o bien en el golfo de Vizcaya, y que debería fijarse como fecha el 12 de julio de 1943». Durante todo este período presionó repetidamente a Roosevelt para que acelerara la concentración de fuerzas estadounidenses en Europa, de modo que la invasión de Francia pudiera llevarse a cabo en 1943. Sorprendentemente, o incluso podríamos decir de forma sumamente retorcida, dado su entusiasmo casi infatigable por la idea de atacar el «bajo vientre» supuestamente blando del Eje, el 1 de diciembre Churchill escribió a Brooke en los siguientes términos: «Es posible que tengamos que clausurar definitivamente las actividades en el Mediterráneo a finales de julio pensando en llevar a cabo “Roundup” en agosto». Los

jefes de Estado Mayor norteamericanos tenían toda la razón cuando creían que sus socios británicos no querían llevar a cabo un ataque al otro lado del Canal en 1943. Pero fueron injustos con Churchill al suponer que en ese momento él también estaba cerrado a la idea. A lo largo del año siguiente, el primer ministro mostraría repetidamente una actitud vacilante.

Marshall y sus colegas subestimaron también las capacidades profesionales y el juicio de Brooke y su equipo. La práctica de los americanos se basaba en la esperanza de que siempre habría la posibilidad de encontrar medios para llevar a cabo sus objetivos nacionales. De ese modo, los jefes de estado de Roosevelt tomaban una decisión sobre un objetivo, y luego abordaban los problemas prácticos de su ejecución. Las autoridades militares británicas, en cambio, obligadas siempre a luchar contra la escasez de recursos, rechazaban apoyar cualquier acción a menos que pudieran ver con claridad cómo iba a llevarse a cabo. Semejante cautela irritaba a Churchill tanto como a los americanos: «No quiero ni oír hablar de ninguno de sus proyectos a largo plazo», protestaba a menudo ante Brooke levantando el puño ante la cara del mismísimo jefe del Estado Mayor General del Imperio. «Lo único que hacen es frustrar cualquier iniciativa».

En diciembre de 1942 a los jefes de Estado Mayor de las distintas armas del ejército británico les parecía que iba a resultar imposible encontrar suficientes lanchas de desembarco para ejecutar el Día D en 1943. La presión sobre los transportes era incesante en todos los teatros de operaciones. Nunca había tropas suficientes. Las

relaciones de los británicos con el gobierno australiano volvieron a tensarse debido a la insistencia de Canberra en que la 9.<sup>a</sup> División australiana abandonara el norte de África, aunque la amenaza de invasión de Australia por los japoneses se había disipado. Churchill cablegrafió a Curtin, el primer ministro australiano, diciendo que no consideraba dicha decisión «acorde con los intereses estratégicos generales de las Naciones Unidas», pero Canberra se mostró implacable. Las ganas de Curtin de permitir a sus hombres combatir según el criterio de los británicos no debieron de aumentar demasiado tras saberse la noticia de que aunque sólo el seis por 100 de las tropas aliadas presentes en El Alamein eran australianas, habían supuesto el catorce por 100 de las bajas sufridas por Montgomery en la batalla.

Y además ahora las dos campañas norteafricanas empezaban a flaquear. Los aliados estaban desconcertados por la decisión de Hitler de reforzar la zona. Aunque se trataba de una medida absurda desde el punto de vista estratégico, venía a dificultar mucho más la labor inmediata de los ejércitos británico y norteamericano. Los mandos y las tropas estadounidenses carecían de experiencia. Aunque los aliados contaban con una superioridad numérica en hombres, tanques y aviones, los alemanes luchaban con su habitual habilidad y perseverancia. Alexander se haría famoso por la cortesía y el encanto desplegados en su trato con los americanos, pero en privado echaba pestes de su incompetencia en materia militar.

Sus reservas respecto a los soldados de Eisenhower eran justas, pero no estaba bien que las manifestara un oficial británico. El contingente inglés integrado en las fuerzas de Ike, llamado I Ejército, estaba a las órdenes del general sir Kenneth Anderson. Éste resultó ser uno más de la larga lista de comandantes británicos inadecuados en el campo de batalla: «No vale nada», según las escuetas palabras de Brooke. Las operaciones en Túnez harían que resultara ridícula cualquier idea de que los hombres del I Ejército tenían derecho a mirar por encima del hombro a los norteamericanos. Eisenhower estaba más dispuesto que la mayoría de sus compatriotas a ocultar su frustración por las deficiencias de los aliados, pero el 5 de enero de 1943 escribió en su diario: «Las conversaciones con los británicos son cada vez más enojosas. Resulta difícil hablar con ellos, aparentemente tienen miedo de que alguien intente decirles lo que tienen que hacer y cómo tienen que hacerlo. Su manera de hacer la guerra consiste en dejarlo todo para más tarde». Unos días después, añadió: «Los británicos, como de costumbre, tienen miedo de que alguien vaya a aprovecharse de ellos, aunque somos nosotros los que les proporcionamos todo». Otro día describía a los británicos llamándolos «estirados». Richard Crossman, de la Ejecutiva de Guerra Política británica, pensaba que «llevarse bien con los americanos es terriblemente fácil, con tal de que uno hable francamente y no dé la impresión de ser demasiado listo, pero parece que son muy pocos los ingleses que lo logran». Aunque el escepticismo de Churchill cambiaría más tarde como consecuencia de la necesidad y de la experiencia, aquel invierno

llegó a sentirse lo bastante irritado con las supuestas meteduras de pata de Ike como para negarse a satisfacer la petición de una fotografía suya dedicada que le hizo llegar el general americano.

A comienzos de diciembre, el primer ministro esbozó un diseño de lo que iba a ser 1943, basado en sus expectativas de que Túnez estuviera ocupado a finales de año, y el norte de África libre de fuerzas del Eje un mes más tarde. Por Navidad, su calendario había quedado hecho añicos. Por el oeste, el avance del VIII Ejército contra Rommel progresaba mucho más despacio de lo que Churchill había esperado a primeros de noviembre. El programa de convoyes con destino a Rusia se había visto ulteriormente trastocado por la necesidad de mantener un gran número de fuerzas navales en el Mediterráneo.

Los británicos encargados de elaborar los planes conjuntos, tan poco ambiciosos como de costumbre, eran partidarios de hacer de Cerdeña el siguiente objetivo de los aliados. El primer ministro desechó la idea, insistiendo en que Sicilia era un objetivo mucho más valioso. Pero había empezado a darse cuenta de que la posibilidad de que en 1943 se produjera un Día D en Francia era bastante poco plausible.

Churchill deseaba en aquellos momentos celebrar una conferencia de los «Tres Grandes» para acordar una estrategia. Le encantaban las cumbres, término que él mismo inventó, entre otras cosas porque creía que la fuerza de su personalidad podría alcanzar objetivos mucho más impresionantes de los que pudiera dar de sí la verdadera fuerza de su país después de aquellos cuatro años de

guerra. Pero Stalin declinó la invitación a reunirse en Jartum, con el pretexto de que no podía salir de Moscú. Roosevelt solía ser menos amigo de los encuentros personales que Churchill. Del mismo modo que el primer ministro inglés esperaba obtener de ellas unos resultados desproporcionados en beneficio de su país, el presidente norteamericano sabía que la riqueza y el poder de Estados Unidos hablaban con mucha más elocuencia que cualquier palabra que él pudiera pronunciar en una mesa de conversaciones en algún lugar remoto. Pero le agradaba la idea de visitar el escenario de la guerra, y aceptó la propuesta de Churchill de asistir a una reunión que debía celebrarse en la ciudad recién liberada de Casablanca, en la costa atlántica del norte de África.

\* \* \* \*

El primer ministro llegó a Marruecos en el *Liberator Commando* el 12 de enero de 1943. La identificación que empleaba por motivos de seguridad, «comodoro del Aire Frankland», no podía ser más absurda, desde el momento en que, en cuanto aterrizó, fue recibido por una deslumbrante colección de jefazos cargados de medallas. Ismay dijo en tono reflexivo: «Hasta el más tonto puede darse cuenta de que es un comodoro del Aire disfrazado de primer ministro». El «comodoro del Aire» fue conducido a continuación a la residencia que le había sido asignada, la Villa Mirador, dentro del recinto estrechamente vigilado en el que iba a tener lugar la conferencia. Cablegrafió a Attlee diciendo: «Condiciones sumamente agradables. Ojalá pudiera decir lo mismo de problemas».

Los jefes de Estado Mayor norteamericanos volaron desde Washington hasta Bathurst, en África occidental, donde lograron convencer al jefe de las fuerzas armadas que desembarcara cubierto con un gorro de apicultor para resguardarse de los mosquitos. Marshall se lo quitó inmediatamente en cuanto vio que el comité de recepción iba vestido simplemente con pantalones cortos. Los americanos prosiguieron su vuelo hasta Casablanca con un costoso equipo de tiendas, cacharros de cocina y baratijas del gusto de los árabes, por si se veían obligados a efectuar un aterrizaje de emergencia en el desierto, y provistos asimismo de calzado para la nieve y ropas para el frío para una eventual continuación del viaje hasta Moscú. Los británicos tuvieron sus propios berrinches. Se sintieron humillados por el carácter improvisado de los medios de transporte aéreo utilizados, que obligaron a sus eminentes pasajeros a salir sucios y despeinados de los compartimentos de las bombas en los que habían realizado la travesía. Roosevelt llegó a Casablanca el día 14, y se instaló en una villa cercana a la del primer ministro. Churchill lo saludó calurosamente. Los dos grandes hombres hablaron mientras sus jefes de estado se embarcaban en el espinoso proceso de encontrar un acuerdo que después pudieran ser invitados a respaldar el presidente y el primer ministro.

La conferencia de Casablanca fue la reunión estratégica angloamericana más importante de la guerra, pues en ella se estableció el marco de casi todas las grandes acciones que se emprenderían más tarde. Supuso el punto culminante de la

influencia de los ingleses en la guerra, pues tuvo lugar en un momento en el que las operaciones proyectadas todavía dependían de fuerzas mayoritariamente británicas. Las deliberaciones se vieron animadas por las victorias alcanzadas en África, y por el conocimiento del inminente triunfo de los rusos en Stalingrado. En El Alamein, el ejército británico había recuperado hasta cierto punto su reputación perdida. Churchill respondió a una pregunta de los corresponsales acerca de la persecución de Rommel por el VIII Ejército parafraseando una célebre canción infantil inglesa: «Puedo asegurarles una cosa: a donde vaya Mary irá el corderito». La elaboración de los proyectos de los británicos fue excelente, y a ello contribuyó la presencia a poca distancia de la costa de un buque insignia debidamente equipado al efecto.

Por poderosas que fueran las reservas de los jefes de Estado Mayor británicos acerca de la sabiduría estratégica de su primer ministro, las íntimas relaciones de trabajo establecidas con él garantizaban que sabían exactamente lo que quería. En cambio, incluso después de trece meses de guerra el presidente norteamericano «seguía siendo una especie de enigma para sus consejeros». En palabras del biógrafo de Marshall: «Roosevelt no impuso ningún plan unificado». Sus jefes de estado «todavía tenían dudas acerca de la falta de orden administrativo de Roosevelt, por el hecho de que no mantuviera a sus jefes de estado informados de las discusiones privadas de alto nivel, y por su tendencia a no hacer caso de los consejos del Departamento de Guerra y preferir las sugerencias planteadas por los funcionarios de otros departamentos». Marshall supo desde un



principio que iba a perder la batalla que capitaneaba a favor de llevar a cabo en 1943 un ataque contra la costa francesa a través del canal de la Mancha. Antes de la reunión en la cumbre, Roosevelt había mostrado su habitual opacidad. Sin embargo, lanzó indicios suficientes para poner de manifiesto que, al igual que los británicos, era partidario de conquistar Sicilia. El almirante Ernest King, de la marina de Estados Unidos, estaba preocupado fundamentalmente por la campaña del Pacífico. Como, por lo demás, era habitual, el jefe del Estado Mayor del ejército de tierra no hacía más que lanzar bravatas cuando insistía en que seguía siendo plausible la idea de una pronta invasión de Francia.

En la sala de conferencias conjunta de los jefes de Estado Mayor en el hotel Anfa, Alan Brooke repitió las recientes protestas planteadas por Churchill ante Roosevelt acerca de la magnitud de las fuerzas norteamericanas concentradas en el Pacífico, que, según afirmó el jefe del Estado Mayor General del Imperio, suponían una amenaza para el principio acordado de «Alemania primero». De ese modo, los británicos pusieron en evidencia a Marshall insistiendo en que justificara el peso de los recursos asignados a la guerra contra los japoneses, en detrimento de los combates en Europa. Era una elocuente respuesta a los argumentos esgrimidos por los americanos en el sentido de que los ingleses se dedicaban a escabullir el bulto. Brooke afirmó entonces —de modo harto poco plausible a ojos de la historia, e incluso en el contexto de enero de 1943— que una ofensiva conjunta de bombardeos masivos contra Alemania, enlazada con la resistencia surgida en el interior de los

países de la Europa ocupada, habría relegado la invasión de Francia al nivel de una simple operación de limpieza de restos. Los americanos presionaron a los británicos para que llevaran a cabo una acción ofensiva inmediata en Birmania, con el fin de apoyar la causa de China. Aquello era considerado en Washington una prioridad de importancia decisiva, y en cambio Londres lo veía como una acción de carácter secundario.

Los políticos y generales británicos habían recibido hasta entonces muy pocas alegrías de la Segunda Guerra Mundial. Pero muchos de los que se congregaban en aquellos momentos en Casablanca —con la excepción de Brooke, que rara vez halló en el conflicto algo que le resultara agradable— encontraron la conferencia muy de su gusto. Harold Macmillan habla de «un ambiente general de extraordinaria buena voluntad». El tiempo seguía siendo fresco, pero había flores por doquier en medio de las palmeras y las buganvillas. En los tableros de anuncios figuraban todos los detalles acerca de los lugares y los horarios de las reuniones, y luego, «cuando salíamos de clase a las cinco en punto, podía verse a mariscales de campo y almirantes bajar a la playa y ponerse a jugar con los guijarros y a hacer castillos de arena... El espíritu del campamento se hallaba dominado en su totalidad por la conciencia de que había allí dos hombres que rara vez se dejaban ver en público, pero cuya presencia entre bastidores se dejaba sentir en todo momento... Era algo así como una reunión del período tardío del imperio romano... Había una mezcla de ocio y de negocio en aquel ambiente fascinante

y extraordinariamente oriental... En todo aquello había una mezcla de crucero, de curso de verano y de conferencia».

Churchill, de un humor increíblemente risueño en aquel clima risueño, escribió el 15 de enero en una carta a Clementine acerca de las deliberaciones de los jefes de Estado Mayor: «Ahora están trabajando en lo que se llama “cuestiones extraoficiales”, y abordando estupendamente los problemas con mucha facilidad y de forma no comprometedora para ninguna de las partes». Semejante comentario venía a reflejar una opinión enormemente benigna. Aunque se mantuvieron las formas de la cortesía, especialmente en los encuentros sociales, los dos primeros días de sesiones fueron tensos y crispados. Marshall afirmó en repetidas ocasiones que si los británicos eran tan serios como decían a la hora de ayudar a los rusos, sólo podían demostrarlo ejecutando la operación «Roundup», esto es, un desembarco en Europa en 1943. Los británicos, por su parte, insistían en que apoyaban en principio la ejecución de la operación «Roundup», pero subrayaban que carecían de recursos para emprender semejante acción.

El programa de «Symbol», nombre con el que se designó en clave la conferencia, era agotador. La junta de jefes de Estado Mayor de los dos países se reunió en treinta y una ocasiones en once días, a diferencia de lo que sucedería en los catorce días que duraron las posteriores conferencias «Trident» y «Quadrant», celebradas respectivamente en Washington y Quebec, y los dieciséis de la conferencia «Eureka» en Teherán. A partir de la operación «Trident» se realizaron algunas sesiones a puerta cerrada, sin la habitual

acumulación de oficiales de Estado Mayor asistentes, para permitir cierto grado de franqueza e incluso de brusquedad entre los jefes cuando se intentaba salir de algún punto muerto. Ian Jacob fue siempre consciente de las reservas que tenían los americanos hacia Brooke: «Creo que las opiniones extremadamente definidas del jefe del Estado Mayor General del Imperio, su forma de hablar super rápida, y, a veces, su impaciencia, hacían que se preguntaran en todo momento si no sería que pretendía impartirles órdenes».

Según dice Moran, Brooke «exponía de modo brusco sus datos factuales cortando con ellos el camino del entendimiento. En su opinión era simplemente cuestión de sentido común; él ya había pensado en todo. Ni por un momento se le ocurría que pudiera existir otro punto de vista». En Casablanca estalló una y otra vez el temperamento del almirante King, con su apasionada anglofobia. Durante una sesión, afirmó que la opinión pública americana nunca estaría a favor de determinadas acciones. Brooke repuso encogiéndose de hombros: «Pues tendrán ustedes que educarla». Picado, King respondió: «Gracias [por recordarme] que los americanos están tan bien educados como los británicos».

Churchill y Roosevelt asistieron sólo a las sesiones plenarias, que tenían lugar por la noche en la villa del presidente. Churchill escribió a Attlee acerca de Roosevelt: «Está en una forma estupenda y nunca hemos estado tan cerca uno del otro». Harold Macmillan observó que el primer ministro actuaba en las sesiones plenarias «con una habilidad consumada». Fuera de la gran mesa, «su curioso régimen de vida, consistente en pasar la mayor parte del día en la

cama y toda la noche de pie, hacía que resultara un poquito pesado para el personal a su servicio. Nunca lo he visto en mejor forma. Comía y bebía todo el tiempo una enormidad, solucionaba problemas tremendos, jugaba a la bagatelle y a béciga alrededor de una hora, y en general disfrutaba de todo». Churchill se sintió consternado al ver que los jefes de Estado Mayor británicos pretendían que la ofensiva contra Sicilia tuviera lugar en septiembre. Según dijo, era demasiado tarde. Aunque no admitía que fuera factible un desembarco en Francia en 1943, tampoco deseaba otra iniciativa distinta a gran escala de los aliados en verano.

De Gaulle llegó furibundo para reunirse con Giraud. Churchill quedó maravillado ante su postura intransigente: «El primer ministro permaneció de pie en la sala contemplando al francés dar paseos por los senderos del jardín con la cabeza bien alta», escribió su médico, Charles Wilson. «Winston volvió a nuestro lado con una sonrisa enigmática: “Su país se ha rendido, él mismo no es más que un refugiado, y si le damos la espalda, está acabado. ¡Pues bien, mírenlo ustedes!”, repitió. “Podría ser Stalin, con doscientas divisiones respaldando sus palabras. He sido bastante brusco con él. Le he dejado bien claro que si dejara de sernos útil, acabaríamos con él... A él ni siquiera parecía interesarle. Ni mis intentos de acercamiento ni mis amenazas obtuvieron respuesta.”.» A Churchill se le saltaron las lágrimas cuando añadió: «La dolorosa ofensa que ha cometido Inglaterra a ojos de De Gaulle es haber ayudado a

Francia. No puede soportar la idea de que su país necesitaba ayuda. No bajará la guardia ni un instante y seguirá velando por su honor». Aunque casi todos los británicos disfrutaron en Casablanca, a la mayoría de los americanos no le ocurrió lo mismo. Ian Jacob escribió en tono desdeñoso: «Siendo por naturaleza extremadamente crédulos, los americanos repiten con toda tranquilidad cualquier informe absurdo que pueda llegar a sus oídos». Y John Kennedy dice refiriéndose a sus oficiales de alto rango: «Tenemos [todos] la sensación de que los americanos tienen mucho empuje y mejores ideas que nosotros, pero que son débiles en la elaboración de los proyectos y en algunas de sus concepciones estratégicas. Cuesta muchísimo trabajo conocer a los americanos. Bajo sus modales cordiales y amistosos tiene uno la sensación de que se ocultan el recelo y el desprecio en distinto grado según la persona». Así era, en efecto. Un biógrafo de Eisenhower ha escrito: «Muchos oficiales americanos consideraban que sus homólogos británicos eran insoportables no sólo por su arrogancia, sino también por su timidez a la hora de golpear al enemigo». Uno de los altos mandos de Ike, el general de división Orlando Ward, escribió irritado que en el norte de África los americanos se veían reducidos a la condición de «un cachorro de pointer... Si nos habla cualquiera que tenga un bigote rubio, un bastón y un acento británico, nos tumbamos de espaldas en el suelo y empezamos a mover las patitas».

Harriman se sintió consternado al ver con qué facilidad ponían verdes a los británicos los jefes de Estado Mayor estadounidenses en cuanto estaban exclusivamente en compañía de cualquier

americano. En su fuero interno, pensó, Marshall y sus colegas reconocían la imposibilidad de montar un ataque al otro lado del canal de la Mancha en 1943, como sin duda pensaban el primer ministro y Brooke. En palabras de Jacob, «veían el Mediterráneo como una especie de agujero oscuro, en el que se metía uno con gran peligro. Si comprometían [en él] un número elevado de fuerzas... la puerta se cerraría tras ellas de modo repentino y contundente». Al parecer, seguían obsesionados, a juicio de los altos mandos británicos, por el temor de que los alemanes intervinieran en el norte de África a través de España. Deploraban la sensación de que los británicos y concretamente Churchill ejercieran sobre las decisiones de su presidente más influencia que ellos.

El punto muerto en materia de estrategia se superó, por fin, gracias a la combinación de crudas realidades y hábil diplomacia, proceso en el que Dill desempeñó un papel decisivo. En enero de 1943, los americanos tenían ciento cincuenta mil soldados en el teatro de operaciones del Mediterráneo. Los británicos tenían en la región un número de tropas tres veces mayor, un número cuatro veces mayor de buques de guerra y casi la misma cantidad de aviones que Estados Unidos. Una vez concluida la campaña del norte de África, las fuerzas inmediatamente disponibles para las siguientes operaciones comprenderían cuatro divisiones francesas, nueve americanas... y veintisiete británicas. Los soldados, los marineros y los pilotos de Churchill seguirían siendo los que predominaran en el conflicto con Alemania, aunque emplearan una proporción cada vez mayor de tanques y pertrechos norteamericanos. Hasta que ese

equilibrio de fuerzas no variara de modo espectacular en 1944, sería casi imprescindible que prevalecieran los deseos de los británicos. El 18 de enero, cuando Brooke se hallaba casi al borde de la desesperación al llegar a un determinado punto de las discusiones, Dill aprovechó la hora del almuerzo para decirle primero que el acuerdo estaba más cerca de lo que él suponía. Y además le advirtió que si no podían alcanzarlo solos los jefes de Estado Mayor, habría que invitar a Churchill y a Roosevelt a arbitrar la cuestión, cosa que no deseaban ni los mandos británicos ni los americanos: « ¡Ya sabes el jaleo que montarían con eso! ».

Aquella misma tarde, las principales diferencias quedaron zanjadas. Los británicos respaldaron formalmente los compromisos de los americanos en el Pacífico, y prometieron lanzar una ofensiva en Birmania en cuanto pasaran los monzones. Los dos países se comprometían a desarrollar un programa aéreo masivo contra Alemania, la Ofensiva Conjunta de Bombardeos, con el fin de crear las condiciones idóneas para el éxito de la invasión de Francia en 1944. Acordaron invadir Sicilia en el verano de 1943, y aceptaron que se decidiera llevar a cabo ulteriores operaciones contra Italia según marchara el curso de los acontecimientos. Se llegó a un acuerdo, con el que unos y otros sólo pretendían salvar la cara, en lo referente al ataque al otro lado del Canal: si al final había suficientes recursos y se disponía de bastantes lanchas de desembarco, se llevaría a cabo una operación de mayor envergadura destinada a conquistar una cabeza de puente en Francia en agosto de 1943. Es muy poco probable que alguno de los presentes creyera



en el cumplimiento de esta condición, pero durante los meses siguientes continuó hablándose del asunto, aunque fuera de boquilla, sobre todo en los cables enviados a Stalin. Churchill y Roosevelt añadieron algunos puntos de carácter simbólico al acuerdo formal de la junta de jefes de Estado Mayor de los dos países. Reafirmaban en él la importancia de los convoyes enviados a Rusia y de la ayuda a China; se instaba a la junta de jefes de Estado Mayor de los dos países a que intentara llevar a cabo el desembarco en Sicilia ya en el mes de junio; y se subrayaba la necesidad de acelerar la concentración de fuerzas en Gran Bretaña con vistas a la invasión de Francia.

Roosevelt agradeció a Dill el papel desempeñado como mediador para la consecución del pacto angloamericano, a lo que el oficial británico respondió con las siguientes palabras: «Mi objetivo es servir a mi país y servir al suyo. Espero que nuestros intereses sean los mismos y de hecho así lo creo; y ante cada problema que surge intento ver no un problema británico o un problema americano, sino un problema angloamericano». Sin embargo, a pesar de que solía ser mucho más moderado que Brooke en sus juicios acerca de todo lo relacionado con los americanos, Dill escribiría más tarde al jefe del Estado Mayor General del Imperio a propósito del presidente: «Cuanto más voy conociendo a ese hombre, más egoísta y superficial me parece... naturalmente, mi obligación es sacar de él lo más y lo mejor que pueda dar de sí».

El *Times* adoptaba una visión autocomplaciente al hablar del estatus del líder británico durante la conferencia de Casablanca, las

noticias de la cual no se hicieron públicas hasta que los principales protagonistas no hubieran abandonado la ciudad: «El señor Churchill... ocupa su puesto al lado del presidente norteamericano con autoridad igual y complementaria. La luz que empieza ahora a hacerse cada vez que las fuerzas aliadas entran en combate pone de manifiesto la talla [de Churchill], aumentada por las profundas sombras a través de las cuales ha tenido que pasar este país». El informe que ofrecía el periódico contenía un engaño manifiesto cuando afirmaba que De Gaulle y Giraud «se han tratado con la máxima cordialidad».

Churchill vio Casablanca como un gran éxito. Quedó encantado de la simpatía de Roosevelt, aunque Harriman afirma que sintió un gran disgusto cuando, al término de la conferencia, el presidente declaró ante la prensa que los aliados insistirían en la rendición incondicional de las potencias del Eje: «Se sintió escandalizado por el hecho de que Roosevelt realizara una declaración tan importante sin consultarle previamente y tengo la seguridad de que no le ha gustado su tono. Lo he visto disgustado con Roosevelt en más de una ocasión, pero esta vez estaba más profundamente ofendido que nunca. Tuve también la impresión de que temía que de esa forma los alemanes se vieran impulsados a pelear con más ahínco». Estos comentarios han dejado perplejos a los historiadores. En realidad, el presidente había discutido con Churchill la cuestión de la rendición incondicional antes de hacer esta declaración. Y el primer ministro, a su vez, hizo una advertencia previa al gabinete de guerra en Londres.

Si realmente llegó a enfadarse con Roosevelt, probablemente fuera una cuestión de énfasis. No cabía ninguna negociación con el régimen nazi, pero a Churchill tal vez le habría gustado dejar en la imaginación de los presuntos alemanes antinazis un margen para la esperanza y hacerles pensar que su país podía contar con cierto grado de clemencia si Hitler era derrocado. Poco antes de Pearl Harbor, en noviembre de 1941, Churchill recordó al gabinete que cuando Rusia fue invadida, «habíamos hecho una declaración pública diciendo que no negociaríamos con Hitler ni con el régimen nazi». Añadió que pensaba que «sería ir demasiado lejos afirmar que no negociaríamos con una Alemania controlada por el ejército. Era imposible predecir qué forma de gobierno iba a haber en Alemania en el momento en el que se despertara la resistencia y se mostrara dispuesta a negociar». Es probable que en enero de 1943 esta opinión no hubiera cambiado demasiado por lo que se refiere a lo deseable que pudiera ser una vaguedad constructiva en la postura pública de los aliados ante los alemanes no nazis, incluso tras el enorme incremento de fuerza que supuso el aporte de los americanos y la transformación sufrida por la guerra.

En Casablanca, Harriman habló al presidente del aparente disgusto de Churchill por lo de la rendición incondicional. Roosevelt no pareció conmovirse. Del mismo modo, en una cena con el primer ministro el presidente se puso a reflexionar en voz alta acerca de la independencia de Marruecos, la educación obligatoria, la lucha contra las enfermedades y otras cruzadas sociales. Churchill no dudó en manifestar su impaciencia. Harriman creía que Roosevelt

habló del modo en que lo hizo para divertirse provocando al viejo *tory* británico. «Siempre disfrutaba viendo la incomodidad de la gente», escribió el diplomático americano. «Nunca le preocupó demasiado que los demás se encontraran a disgusto». Como en todos sus encuentros, Churchill se esforzó por crear ocasiones para mantener conversaciones *tête-à-tête* con el presidente, pero cada vez le resultaba más difícil pillarlo a solas. Roosevelt se había cansado de los argumentos especiosos de Churchill, se impacientaba con sus monólogos, y probablemente pensara también en la irritación de Marshall por cualquier discusión estratégica que pudieran mantener sin que él, en su calidad de comandante en jefe de las fuerzas armadas, estuviera presente.

En los meses que siguieron a la conferencia de Casablanca, los descontentos como Albert Wedemeyer no ocultaron su irritación por la manera en la que el presidente había aprobado una estrategia que iba en contra de los deseos de los jefes de Estado Mayor de las fuerzas armadas estadounidenses. Creían que el entusiasmo de los británicos por las operaciones en el Mediterráneo venía dictado por consideraciones no ya de carácter militar, sino imperialistas. Y ésa siguió siendo su opinión durante los dos años siguientes. Tales sentimientos llegaron a ser conocidos por el Congreso y por los medios de comunicación, y fueron la causa de buena parte del malestar reinante en el futuro a uno y otro lado del Atlántico. Haciendo gala de unas notables dotes de hombre de estado, sin embargo, Marshall aceptó generosamente las decisiones adoptadas. Luchó contra los sentimientos antibritánicos generalizados entre los

soldados americanos escribiendo al jefe de relaciones públicas del ejército poco después de la reunión de Casablanca para pedirle que pusiera fin al «insidioso asunto de la instigación de los malos sentimientos entre los británicos y nosotros».

La conferencia concluyó con fervientes expresiones de buena voluntad por ambas partes. Churchill dio a su personal las instrucciones habituales cuando llegó la hora de recoger, tomadas de recuerdos de la parte trasera de los programas de teatro: «Pelucas: Clarkson». El primer ministro y el presidente hicieron un viaje de cuatro horas en coche hasta Marrakech, donde se instalaron en la Villa Taylor. Al anochecer, mientras se ponía el sol tras los picos nevados del Atlas, Churchill subió al tejado para saborear la escena que tanto lo había emocionado seis años antes durante otra visita, cuando todavía el mundo estaba en paz. En esta ocasión insistió en que Roosevelt debía compartir su experiencia. Dos criados llevaron al presidente a la silla de la reina por la escalera de caracol, «con sus piernas paralizadas colgando inertes como los miembros del muñeco de un ventrílocuo», según el comentario cruel de Charles Moran. El primer ministro murmuró: «Es el sitio más encantador del mundo».

No está claro si Roosevelt sintió el mismo placer con aquella experiencia que venía a subrayar su invalidez. Churchill podía llegar a ser curiosamente insensible a la vulnerabilidad de los demás. En medio de la alegría por haber ganado en Casablanca la batalla que libraba en pro de la empresa italiana, se permitió expresar un entusiasmo por el aliado de Gran Bretaña que pocos miembros del

equipo de Roosevelt presente en la conferencia habrían sentido por los británicos: «Me encantan estos americanos», dijo a su médico. «¡Se comportan con tanta generosidad!». Pero su entusiasmo por el aliado de Gran Bretaña no volvería nunca a ser tan incondicional. Aunque hubo un período de verdadera intimidad entre el presidente norteamericano y el primer ministro inglés en 1941-1942, cuando en cierta medida Roosevelt cedió ante la experiencia de la guerra que tenía Churchill, en adelante sus relaciones se volverían cada vez más distantes. Las cortesías mutuas y la retórica afectuosa siguieron siendo las mismas. Pero las percepciones del interés nacional de cada uno fueron diferenciándose cada vez con más claridad.

Antes de separarse, los dos líderes enviaron un telegrama conjunto a Moscú esbozando las decisiones tomadas en la conferencia. «Fueran cuales fuesen las acciones que decidiéramos emprender en 1943, debían ser presentadas a Stalin como empresas de gran envergadura», escribiría Ian Jacob. Al caudillo soviético se le dijo que habría un desembarco en Europa «lo más pronto posible». Ninguno de los dos líderes suponía, en cualquier caso, que su estudiada vaguedad fuera a engañar a Moscú. «No hay nada en el mundo que vaya a aceptar Stalin como alternativa a la colocación de cincuenta o sesenta divisiones en Francia esta primavera», observó Churchill. «Creo que se sentirá decepcionado y que se pondrá furioso». El primer ministro estaba en lo cierto. Stalin descargó en el mariscal Georgy Zhukov, en aquellos momentos el mando militar en el que más confiaba, su cólera por la insuficiencia de la ayuda de

los aliados: «Cientos de miles de soviéticos están dando su vida en la lucha contra el fascismo, y Churchill nos escatima dos docenas de Hurricanes. Y encima los Hurricanes ésos son una mierda; a nuestros pilotos no les valen de nada».

Hay un aspecto importante de la conferencia de Casablanca, y de hecho de toda la elaboración de la estrategia de los aliados para el resto de la guerra, que nunca fue formulado explícitamente por los líderes occidentales, y que todavía sólo en contadas ocasiones es reconocido directamente por los historiadores. Los americanos y los británicos se adularon a sí mismos diciendo que estaban diseñando políticas destinadas a conseguir la destrucción del nazismo. Pero en realidad, todas las opciones que consideraron y todas las operaciones que ejecutaron posteriormente siguieron subordinadas al desarrollo de la lucha en el frente oriental. Los aliados occidentales nunca fueron responsables de la derrota de los principales ejércitos alemanes. Simplemente ayudaron a los rusos a realizar esa tarea. A pesar del entusiasmo de George Marshall y sus colegas por la invasión de Europa, es imposible creer que Estados Unidos estuviera más dispuesto que Gran Bretaña a asumir millones de bajas desempeñando el papel de desgaste que tuvo el Ejército Rojo en Stalingrado, Kursk y en los centenares de baños de sangre de menor entidad que tuvieron lugar entre 1942 y 1945. Roosevelt y Churchill tuvieron la satisfacción de ocupar un terreno moral más elevado que Stalin. Pero cuesta trabajo poner en discusión que es el caudillo soviético el que más derecho tiene en realidad a ser llamado el arquitecto de la victoria.

\* \* \* \*

Roosevelt regresó a casa el 25 de enero. Churchill se entretuvo un poco más, y en aquel entorno que tanto le gustaba creó su único cuadro de la guerra, una vista de los montes del Atlas. Luego se embarcó en una de las giras más duras que llevó a cabo durante la guerra y que tanto le agradaban. Brooke se vio obligado a cancelar su anhelado plan de pasar dos días visitando Marruecos y cazando perdices para acompañar a su jefe a Turquía. El gabinete se opuso a aquella expedición, que los ministros consideraban inútil. Churchill rechazó sus consejos, empeñado en resucitar su grandioso proyecto, que se había ido a pique en 1941, de levantar a los Balcanes contra Hitler. Disfrutaba además con la emoción de recorrer el Mediterráneo como caudillo victorioso, tras las humillaciones y frustraciones sufridas los años anteriores.

Cuando llegó a la embajada de El Cairo a primera hora de la mañana del 26 de enero, rechazó la invitación a desayunar tomando té que le hizo el embajador y pidió vino blanco. Brooke describió la escena con escrupulosa incredulidad: «Le trajeron un vaso que trasegó de un golpe, se relamió, y volviéndose hacia Jacqueline [Lampson] dijo: “¡Qué bueno! Pero ¿sabe usted?, esta mañana ya me he tomado dos whiskys con soda y me he fumado dos puros”. En ese momento eran apenas las siete y media de la mañana. Nos habíamos pasado toda la noche viajando en unas condiciones muy poco confortables, recorriendo unos tres mil quinientos kilómetros en un vuelo de más de once horas, casi todo el rato a más de once mil pies de altura, y ahí lo teníamos, fresco como una lechuga,



bebiendo vino después de tomarse dos whiskys y de fumarse dos puros». En El Cairo, Churchill mantuvo importantes conversaciones con el catedrático de Oxford William Deakin, anteriormente dedicado a la investigación histórica, y en esos momentos oficial de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés) destinado a Yugoslavia. Deakin describió la modesta ayuda enviada al general Mihajlovic, de tendencias monárquicas, y a sus guerrillas *chetnik*. Informó por primera vez al primer ministro acerca de la importancia de Josef Broz, «Tito», que estaba al frente de una fuerza, en constante y rápido aumento, de unos veinte mil insurgentes, a juicio de la SOE menos comunistas de lo que pudieran parecer. Las opiniones de Deakin se vieron respaldadas por las interceptaciones de Ultra, ya conocidas por Churchill, que revelaban la opinión de los alemanes, según los cuales los comunistas representaban una amenaza militar mucho más importante que los *chetnik*.

El primer ministro apoyó el acercamiento a Tito y el propio Deakin no tardó en ser lanzado en paracaídas cerca del cuartel general del líder croata. Desconocido para los británicos, Tito pasó la primavera de 1943 negociando con los alemanes una posible tregua que permitiera a sus tropas acabar con Mihajlovic. La intransigencia de los nazis, sin embargo, obligó a los partisanos, quisieran o no, a enfrentarse al Eje. Los británicos, y especialmente los oficiales de la SOE, fueron los culpables de los constantes engaños en torno a las virtudes de Tito. Pero tuvieron razón en una cosa: la firme determinación de Hitler de defender Yugoslavia y sus recursos

minerales lo llevó a desplegar un gran número de fuerzas en un país muy apropiado para llevar a cabo operaciones de guerra de guerrillas. Como no sucedió en ningún otro país de la Europa ocupada, fuera del territorio ruso, la resistencia interna tuvo allí un impacto estratégico muy significativo.

Los integrantes del contingente militar que formaba parte del séquito de Churchill partieron hacia la Turquía neutral vestidos con ropas de paisano prestadas, que resultaban ridículas en ellos. La visita de Churchill al presidente Ismet Inonu el 30 de enero no tuvo más éxito del que había previsto el gabinete. Los turcos se mostraron encantadores y se deshicieron en declaraciones de buena voluntad. Siempre temerosos de Stalin, valoraron los buenos oficios de los británicos para disuadir a los rusos de lanzar una ofensiva contra su frontera norte. En el cargado ambiente del vagón de tren en el que se reunieron las dos partes, los británicos se sintieron mitad abochornados, mitad impresionados por la insistencia de Churchill en dirigirse a la delegación de Ankara en el francés fluido, pero incomprensible, que hablaba. Para el caso, como si hubiera hablado en chino. Los turcos no tenían el más mínimo interés en entrar en la guerra. ¿Por qué iban a tenerlo? Quizá fuera verdad que los aliados parecían en esos momentos los vencedores. Pero como los angloamericanos no tenían planes para Turquía, seguramente lo más prudente para aquel país empobrecido fuera mantener la neutralidad. Brooke estaba inquieto por los riesgos para la seguridad del primer ministro que pudiera representar el hecho de hallarse en un tren mal vigilado en medio de ninguna parte. Los

rumores habían propagado en todas direcciones la noticia de la visita. El jefe del Estado Mayor General del Imperio salió a buscar al detective de policía que estaba al servicio de Churchill, y se lo encontró devorando una succulenta cena en el vagón-restaurante: «Le dije que las medidas de seguridad eran muy escasas y que su ayudante y él debían encargarse de patrullar de vez en cuando por la noche el coche cama de Winston. Me contestó en tono insolente: “¿Se supone que debo trabajar toda la noche además de todo el día?”. Le dije entonces que había viajado con la misma comodidad que el resto del séquito y que desde luego yo no tenía constancia de que ese día hubiera empezado a trabajar aún».

Pero la visita concluyó sin problemas hasta que el Liberator de Churchill quedó atascado en medio de la pista del aeródromo de Adana cuando se disponía a despegar. El primer ministro hizo una serie de cómicos intentos de dirigir las operaciones de recuperación de la avería, explicando a los turcos con gran acompañamiento de gestos que el timón del aparato se había estropeado, antes de recurrir a un avión de repuesto. El 1 de febrero, ya de vuelta en El Cairo, se enteró de la rendición del VI Ejército alemán en Stalingrado. En el cable de felicitación que envió a Stalin habló con entusiasmo de una «gran operación al otro lado del canal de la Mancha en el mes de agosto», en la que intervendrían entre diecisiete y veinte divisiones británicas y estadounidenses. Desde luego nadie podría culpar a los rusos por adoptar una actitud de cinismo ante sus aliados, cuando el primer ministro pretendía seguir adelante con aquella farsa a los pocos días de haber

acordado unos planes totalmente distintos en Casablanca. Churchill voló entonces al cuartel general de Montgomery a las afueras de Trípoli. En el anfiteatro natural de Castel Benito, pronunció un discurso ante los soldados del VIII Ejército. «Después de la guerra», dijo, «cuando a un hombre le pregunten qué fue lo que hizo, bastará que diga: “Marché y combatí con el Ejército del Desierto”. Y cuando se escriba la historia... vuestras hazañas brillarán y alumbrarán y serán una fuente para los cantos y las historias mucho después de que los aquí reunidos hayamos desaparecido». Con lágrimas en los ojos, respondió al saludo de la 51.<sup>a</sup> División Highland que desfiló ante él por las calles de Trípoli, encabezada por sus gaiteros. Visitó la División de Nueva Zelanda y elogió a su comandante, el teniente general Freyberg.

\* \* \* \*

El 6 de febrero, en Argel, dijo a los antiguos mandos militares del régimen de Vichy que «si marchaban con nosotros, no nos preocuparíamos de las diferencias del pasado». Por fin los británicos lograron que la autoridad de De Gaulle fuera reconocida en el norte de África. El general Giraud fue sustituido como principal mandatario francés por un comité nacional de gaullistas y giraudistas no demasiado bien avenidos. La aversión de los americanos por De Gaulle siguió viva. Pero, aunque fuera a regañadientes, Washington reconoció que debía permitirse participar de alguna forma en la toma de decisión sobre el futuro de su país a la Francia Libre, cuyos soldados habían combatido contra

las potencias del Eje, mientras que los hombres de Vichy habían colaborado con ellas.

En ese punto, que supuso el final de su periplo por el Mediterráneo, Churchill reflexionó en voz alta acerca de la posibilidad de encontrar la muerte. Ian Jacob recogió los comentarios que hizo: «Sería una lástima tener que irse en medio de un drama tan interesante sin ver el final. Pero, desde luego, no sería un mal momento para marchar: estamos ya en el desempate e incluso el gabinete podría arreglárselas solo». Sus palabras fueron significativas por dos motivos. En primer lugar, sabía como todo el mundo lo probable que era que encontrara la muerte en alguno de aquellos viajes en avión en plena guerra, como les sucedió a tantas personalidades de alto rango. Dos miembros de la secretaría de la conferencia de Casablanca perecieron cuando su avión se perdió durante el viaje de vuelta, noticia que Brooke ordenó que no se comunicara de momento a Churchill cuando se tuvo conocimiento de ella la víspera de su partida hacia Turquía. El general Gott, el general polaco Sikorski, el mariscal del Aire sir Trafford Leigh-Mallory, el almirante sir Bertram Ramsay, junto con Arthur Purvis, jefe de la misión encargada de las compras británicas en Washington, son sólo algunos de los personajes más destacados que murieron en vuelos de la RAF durante la guerra. Curiosamente casi ningún pasajero destacado de los aparatos de la fuerza aérea de Estados Unidos cayó víctima de accidentes similares. Cuando el despegue de uno de los aviones que tomó en el norte de África fue retrasado por un fallo de

la magneto, Churchill comentó que había sido una suerte que la magneto fallara en tierra. Y desde luego que lo fue.

Tenía razón también al pensar que el período más crítico de su presidencia estaba a punto de acabar. Todavía estaban por venir muchos dramas, pero Gran Bretaña ya no se enfrentaba al peligro de caer víctima de la tiranía nazi. Se acababa de poner rumbo a la victoria de los aliados. De vuelta en Londres el 11 de febrero de 1943, en un comunicado ante la Cámara de los Comunes acerca de la conferencia de Casablanca, observó que Gran Bretaña y Estados Unidos habían sido anteriormente naciones pacíficas, mal armadas y peor preparadas. En cambio, «ahora son naciones guerreras, que caminan en el temor de Dios, muy bien armadas y con una idea cada vez más clara de su salvación». Recordando el resurgir de la amenaza de los submarinos alemanes en el Atlántico, hizo hincapié en que el mar era la principal zona de peligro. En respuesta a una pregunta absurda sobre qué planes había para evitar que Alemania empezara otra guerra, contestó que era un buen motivo de reflexión, «que adquiriría una importancia más concreta cuando la actual incomodidad haya terminado satisfactoriamente».

Sería absurdo decir que, a comienzos de la primavera de 1943, Churchill había empezado a estar de más. Pero después de tres años durante los cuales había hecho muchas cosas que ningún otro hombre había podido hacer, ya no era fundamental para la salvación de Inglaterra. Si en 1940-1941 había sido el libertador de su país, en 1942-1943 los americanos habían contraído con él una deuda más grande que la que estaban dispuestos a reconocer, por

persuadir al presidente de que siguiera la estrategia del Mediterráneo. Su criterio estratégico había sido mejor que el de los propios jefes de Estado Mayor del ejército de Estados Unidos. Sin embargo, en adelante su visión iría nublándose progresivamente y la influencia de su país iría disminuyendo cada vez más. Durante el resto de la guerra Churchill pesaría sobre la Gran Alianza más por su personalidad que por ser el líder del elemento menos poderoso de la misma. En adelante ni Roosevelt ni Stalin dejarían nunca de pensar en la pregunta brutal que otrora se planteara Napoleón refiriéndose al Papa: « ¿Cuántas divisiones tienen los británicos?».

## **Capítulo 14**

### **Lejos del desierto**

En 1943, a Winston Churchill y a muchos británicos, rusos y americanos les dio a veces la sensación de que los aliados occidentales gastaban más tiempo hablando que combatiendo contra los ejércitos de Hitler. Desde luego, numerosos contingentes de aviones vapulearon a Alemania en una ofensiva de bombardeos a la que se dio mucha importancia en los periódicos y en los comunicados a Stalin. La marina real, cada vez más fuerte, más segura y cosechando más éxitos, seguía enzarzada en una lucha defensiva de vital importancia para mantener abiertas las rutas de los convoyes del Atlántico. Las fuerzas aéreas estadounidenses libraron batallas atroces con los japoneses en el Pacífico. Pero aquél fue el último año de la guerra en el que la escasez de recursos limitó gravemente las acciones de los angloamericanos por tierra. En 1944 una enorme variedad de barcos, aviones, armas y pertrechos generados por la movilización industrial de Estados Unidos inundó los campos de batalla, armando a las fuerzas aliadas de tierra, mar y aire a unos niveles que el mundo no había visto nunca. Hasta entonces, sin embargo, los ejércitos de Churchill y Roosevelt enfrentados al Eje habían sido terriblemente pequeños comparados con los de los soviéticos.

Los británicos emplearon trece divisiones en el norte de África, y los americanos seis. De esas diecinueve formaciones, ocho desembarcarían en Sicilia. Por otro lado, unas once divisiones



británicas, cuyo número de integrantes y cuyo nivel de escasez de medios eran muy distintos, permanecían en Inglaterra, entrenándose para realizar operaciones en Francia o en el sitio en el que decidiera emplearlas el primer ministro. Además, cientos de miles de tropas británicas estaban diseminadas por todo el litoral del norte de África, en Egipto, Palestina, Siria, Irak, Persia y la India. Estas fuerzas realizaban funciones logísticas y de guarnición con distinto grado de utilidad, pero, como a menudo se encargaba Churchill de recordarle a Alan Brooke, a lo que no se dedicaban era a matar italianos, alemanes o japoneses. La marina de Estados Unidos estaba desplegada en el Pacífico, mientras que el general Douglas MacArthur capitaneaba un modesto contingente del ejército de tierra en Australia y Nueva Guinea. En 1943 esta campaña estaba dominada por tres divisiones australianas. En la India, un enorme ejército indio, complementado por unidades británicas, llevaba a cabo operaciones intermitentes, pero aquel año rara vez demostró ser capaz de desplegar más de seis divisiones contra los japoneses. En un momento en el que Stalin y Hitler tenían cerca de doscientas divisiones cada uno combatiendo en el frente oriental, no es de extrañar que los rusos miraran con desprecio las actividades de sus aliados en el Mediterráneo.

Los historiadores angloamericanos están mayoritariamente de acuerdo en admitir que si se hubiera llevado a cabo un Día D en Francia en 1943, habría sido un desastre. No hace falta más que considerar la ferocidad de la resistencia que ofrecieron los alemanes en Normandía entre junio y agosto de 1944 para imaginar cuánto

más formidable habría podido ser su respuesta a una invasión un año antes, cuando el poder de Hitler era mucho más grande y el de los aliados mucho menor. Pero a los rusos les sacaba de quicio que británicos y americanos ejercieran la posibilidad que tenían de elegir dónde les convenía enfrentarse a un gran ejército alemán, lujo que Stalin no se podía permitir desde junio de 1941. Es posible que los aliados hubieran logrado desembarcar en Francia en 1943 y permanecer allí. Pero las bajas de la consiguiente campaña habrían sido horribles, hasta el punto de parecer pequeñas las sufridas en todo el noroeste de Europa en 1944-1945. Mientras que los rusos lucharon durante casi toda la guerra movidos por el triple estímulo del patriotismo, la coacción y la indiferencia por los costes en vidas humanas, los angloamericanos pudieron administrar las vidas de sus hombres hasta que fueron capaces de explotar sus recursos industriales con una ventaja insuperable, y prefirieron desplegar en primera línea unas fuerzas de combate de tierra mucho más pequeñas en proporción con la población de sus respectivos países que Rusia o que Alemania. David French, autor de un perspicaz estudio del ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial, comenta: «En términos absolutos, durante largos períodos de la guerra los británicos redujeron el número de bajas sufridas sencillamente absteniéndose de librar las batallas terrestres de carácter masivo en las que estaban condenados a sufrir graves pérdidas».

\* \* \* \*

El 13 de febrero de 1943, cuando todavía se esperaba que la campaña del norte de África pudiera ser concluida en el plazo de un mes, Churchill se puso hecho una furia cuando le dijeron que el desembarco en Sicilia no iba a poder producirse antes de julio. Cablegrafió a Hopkins en Washington diciendo: «Me parece terrible que en abril, mayo y junio, no haya ni un solo soldado americano o británico matando a ningún soldado alemán o italiano, mientras los rusos andan por ahí persiguiendo a ciento ochenta y cinco divisiones». Al igual que los demás británicos, era perfectamente consciente del elevadísimo número de bajas sufridas por los rusos y de sus victorias en el Cáucaso, en Kharkov y en Stalingrado. Enviaba constantemente cables a Stalin contándole los progresos de la ofensiva de bombardeos de la RAF, y asegurándole falsamente que el plan de la invasión de Francia se mantenía «vivo semana tras semana». Cuando los jefes de Estado Mayor le pidieron que insistiera a los rusos para que le revelaran los planes militares de Moscú, objetó: «Soy tan consciente de la pobre contribución que están haciendo los ejércitos británicos y americanos... que no estoy dispuesto a exponerme al rechazo seguro que obtendría una solicitud de información». En un raptó de impaciencia, preguntó a sus jefes de Estado Mayor si los británicos iban a poder lanzar solos la operación «Husky», como era denominada ahora en clave la campaña de Sicilia. La respuesta que recibió fue un no rotundo. Pero al formular la pregunta, Churchill venía a desmentir las sospechas de los americanos, que recelaban que era reacio a enviar a sus soldados al combate.

La derrota sufrida en febrero en el paso de Kasserine, en Túnez, donde una ofensiva de los alemanes hizo retroceder en desbandada a unas fuerzas norteamericanas superiores, no tuvo ninguna importancia estratégica. Al cabo de unos días las tropas de Eisenhower se habían reagrupado y habían recuperado el terreno perdido. Pero asestó el golpe de gracia a las esperanzas de un final inmediato de la campaña. El 27 de febrero, Alexander envió un informe sobre el estado de las fuerzas norteamericanas y las tres divisiones francesas, en su mayoría tropas coloniales, que se habían integrado a la campaña: «A los estadounidenses les hace falta experiencia y a los franceses les hacen falta armas... detesto decepcionarles, pero la victoria final en el norte de África no (repito: no) está a la vuelta de la esquina».

Un rasgo perverso de la guerra fue que mientras que el pueblo británico sintió en todo momento una cariñosa admiración por las hazañas de los rusos, raramente mostró la misma generosidad hacia los americanos. La Gran Alianza dio lugar en Gran Bretaña a la aparición de una hueste de asociaciones de amistad anglo-soviética, pero a pocas dedicadas al cultivo de la amistad angloamericana. Un informe del Servicio de Inteligencia Nacional de 14 de enero de 1943 afirmaba: «En el momento de lo de Pearl Harbor, el interés del público por Estados Unidos experimentó un auge momentáneo que no tardó en disminuir y (en marcado contraste con la actitud mostrada hacia Rusia y todo lo ruso) ha seguido siendo escaso desde entonces». Cuando se publicó en Gran Bretaña la noticia de la batalla de Kasserine, Violet Bonham-Carter

anotó en su diario la anécdota de un amigo suyo que conocía a un verdulero de Covent Garden que dijo: « ¡Hoy tenemos buenas noticias, señor!». «¿Han tenido algún éxito los rusos?». «No... A los americanos les han dado un buen palo». Este episodio, afirmaba Bonham-Carter, representaba «la reacción general» ante la noticia del revés sufrido por los ejércitos de Eisenhower. Una de las novelas más vendidas de la época era *How Green was My Valley*, (¡Qué verde era mi valle!), y Attlee hizo un chiste malicioso diciendo que Alexander estaba escribiendo en aquellos momentos una secuela: *How Green is My Ally*, (¡Qué verde está mi aliado!). Churchill eliminó del borrador de sus memorias una carta del mes de febrero al rey en la que escribió: «El enemigo comete un gran error si cree que todas las tropas que tenemos allí están tan verdes como las de nuestros amigos estadounidenses». Los americanos se sintieron muy molestos cuando leyeron los resultados de una encuesta Gallup que preguntaba a los británicos cuál de sus aliados estaba contribuyendo en mayor medida a ganar la guerra. Aproximadamente un 50 por 100 respondía: «Rusia»; el 43 por 100 decía: «Gran Bretaña»; el 5 por 100 decía: «China», y sólo el 3 por 100 opinaba: «Estados Unidos».

Los británicos sabían que la guerra estaba muy lejos de acabar pronto, y se habían resignado ante esta perspectiva. Pero después de más de tres años de bombardeos, privaciones y derrotas, se había abierto paso el cansancio. No cabe sobrestimar el impacto de los apagones sobre la moral interna. Año tras año, durante las horas nocturnas no había ni un resquicio de luz que aliviara la

oscuridad de las ciudades de Gran Bretaña. Como observaba el novelista Anthony Powell, en 1943 no había muchos que tuvieran los nervios tan serenos como los tenían en 1939. Los británicos eran muy sensibles al triunfalismo americano, cuyos ecos llegaban a través del Atlántico desde el país de unos aliados que seguían teniendo comida en abundancia y no habían sido bombardeados nunca. Harold Macmillan escribía con arrogante desdén de los americanos que lo rodeaban en el Mediterráneo: «Todos ellos se parecen tanto a mí... como los japoneses o los chinos».

El diputado *tory* Cuthbert Headlam lamentaba la noticia de un éxito posterior de los estadounidenses en el campo de batalla: «Me han dicho que nuestros esfuerzos apenas reciben ningún comentario en la prensa americana. Me figuro que cuando acabe esta guerra los americanos estarán probablemente más engreídos e insoportables que cuando acabó la anterior; quizá nos den más problemas que los rusos». En el fondo de sus corazones, todos estos hombres sabían que su país no podía hacer nada sin Estados Unidos, y que sólo los recursos de los americanos habían impedido el triunfo seguro de Hitler. Pero a veces costaba trabajo no ceder a los sentimientos de ingratitud, cuando se era consciente, como eran los británicos, de que la guerra estaba reduciendo a su sociedad a la miseria, mientras que América incrementaba incesantemente su riqueza y su poder.

Si por un lado muchos británicos de las altas esferas esperaban que los rusos y los alemanes se destruyeran unos a otros a lo largo de la guerra, la mayoría de los americanos parecía encantada con la

perspectiva de que el imperio británico se convirtiera en una víctima más de la victoria.

Los rusos expresaron una vez más su impaciencia por la falta de avances en el Mediterráneo. Stalin cablegrafió a Churchill diciendo: «El peso de la ofensiva angloamericana en el norte de África no sólo no ha aumentado, sino que dicha ofensiva no ha experimentado el más mínimo desarrollo, y eso que el límite de tiempo para las operaciones que ustedes mismos habían puesto ha sido ampliado». El líder soviético decía que treinta y seis divisiones alemanas provenientes del oeste estaban siendo re desplegadas en el frente oriental, testimonio que no decía mucho en favor de los esfuerzos realizados por los angloamericanos. Churchill se convenció a sí mismo de que aquella manifestación de cólera reflejaba la influencia de la jerarquía soviética. Seguía haciéndose ilusiones de que poseía un entendimiento personal con Stalin, que se rompía sólo cuando otros miembros del politburó de Moscú exigían adoptar una línea más severa con los imperialistas. Las relaciones anglo-soviéticas empeoraron de nuevo cuando el Almirantazgo insistió en la cancelación del envío de su convoy de marzo a Arcángel. Los grandes buques de guerra alemanes suponían una amenaza continua frente a las costas del norte de Noruega, y por otro lado los recursos navales británicos estaban al límite debido a sus obligaciones en el Mediterráneo y el Atlántico. A comienzos de la primavera, por última vez durante la guerra se interrumpió el desciframiento de los mensajes de los submarinos alemanes, con unas consecuencias catastróficas para varios convoyes en el

Atlántico: 42 mercantes se perdieron en marzo, frente a los 26 que desaparecieron en febrero.

Churchill intentó apaciguar a Moscú prometiendo un espectacular aumento de las entregas de aviones a través de Persia, y el envío de 24.000 toneladas de víveres en agosto. Pero una vez más, las garantías británicas no fueron cumplidas debido a las dificultades encontradas a la hora de realizar los transportes y de organizar las escoltas. A Stalin le importaba un bledo todo eso. ¿Por qué le iba a importar? Sólo veía que sus ejércitos estaban empeñados en destruir a los de Hitler, ayudados más por las palabras que por las acciones de los occidentales. Después de la guerra, Brooke expresó su sorpresa por lo que había escrito en su propio diario: «Es bastante extraño que no hiciera referencia más a menudo a las noticias procedentes de Rusia». Desde luego que lo es. En 1943 murieron más de dos millones de soldados rusos —y varios millones más de civiles—, mientras que las fuerzas británicas y americanas enfrentadas a los alemanes perdieron alrededor de sesenta mil combatientes, incluidos los tripulantes de los bombarderos. A juicio de Moscú, era normal que los aliados suspendieran de nuevo el envío de víveres a Rusia, donde verdaderamente se estaba haciendo la guerra, por la conveniencia de las operaciones marginales que estaban llevando a cabo en el norte de África. Hugh Dalton preguntó al embajador británico en Moscú, sir Archibald Clark Kerr, si existía el peligro de que los rusos firmaran una paz por separado con Hitler: «Dice que no excluye esa posibilidad, si siguen teniendo la impresión de que no hacemos nada por ayudarles».



Las relaciones anglo-soviéticas se deterioraron todavía más cuando los alemanes anunciaron en abril el hallazgo de miles de cadáveres de oficiales del ejército polaco asesinados por los soviéticos en 1939 en Katyn, cerca de Smolensk. El día 15 de ese mismo mes Churchill dijo al general Sikorski, el líder de los polacos en Gran Bretaña: «¡Qué pena! Las revelaciones de los alemanes probablemente sean ciertas. Los bolcheviques pueden llegar a ser muy crueles». En la sala de fumadores de los Comunes, cuando Duff Cooper y Harold Nicolson mencionaron lo de Katyn al primer ministro, éste respondió secamente: «Cuanto menos se hable de eso, mejor». Instó a Sikorski a no dar demasiada publicidad al asunto, para no provocar a Moscú. Pero los polacos estaban escandalizados, y la advertencia fue desatendida. Los «Polacos de Londres» denunciaron públicamente a los rusos, que inmediatamente cortaron las relaciones con ellos y anunciaron la creación de su propio régimen marioneta, manipulado por los soviéticos. Churchill advirtió severamente a Stalin que Gran Bretaña, por su parte, no reconocería a los Polacos de Moscú. Las líneas habían quedado claramente trazadas. Moscú estaba decidido a imponer un pacto de posguerra que situara a Polonia en la zona de parachoques dominada por la Unión Soviética. Durante los dos años siguientes Churchill gastaría una energía inmensa y un capital político enorme en esfuerzos para evitar semejante resultado. Pero nada podía alterar la geografía: Varsovia se hallaba mucho más cerca de los ejércitos de Stalin que de los de Churchill y Roosevelt.

Cabría suponer que, en aquellos días, la existencia cotidiana del primer ministro se vio facilitada por varios hechos: muchas de las grandes decisiones ya habían sido tomadas; sus críticos habían sido puestos en fuga debido a los éxitos obtenidos en el campo de batalla; y la supervivencia de Gran Bretaña estaba ya fuera de toda duda. Pero no había forma de que se relajara un hombre que había optado personalmente por dirigir el esfuerzo de guerra, pese a tratarse de una lucha global, y cuya existencia estaba centrada por completo en acelerar la victoria de los aliados. Ian Jacob lo describe una mañana en la cama: «Sawyers trae el desayuno; luego Kinna es enviado a buscar algo abajo; mientras tanto hace sonar la campanilla para que se presente el secretario particular de turno, al cual se pide que dé las últimas noticias y que vaya a buscar a alguien, por ejemplo al jefe del Estado Mayor General del Imperio o a “Pug”. Luego lo que hace falta es la vela para encender los puros. Más tarde alguien tiene que llamar por teléfono a Hopkins. Y todo eso mientras el primer ministro está medio sentado, medio tumbado en la cama, haciendo un ruido estentóreo al respirar, y rodeado de papeles».

Elizabeth Layton, una de las mecanógrafas de Churchill, comenta que su jefe odiaba que cualquier miembro del personal a su servicio hablara, a menos que tuviera algo importante que decir: «No hay nada en el mundo que deteste más que perder un minuto de su tiempo», escribió en una carta a sus padres. «Es muy gracioso en el coche; puede empezar a dictar o puede ponerse simplemente a pensar durante la hora entera, murmurando y gruñendo para sí

mismo; o puede ponerse a mirar las distintas cosas por delante de las cuales pasamos, haciendo de pronto pequeños comentarios, como por ejemplo: “¡Oh! Mire esos corderos...”; o “¿Qué clase de avión es éste?”. A lo cual no cabe responder gran cosa. Supongo que ya sabe que he aprendido a no hacerle perder el tiempo con observaciones absurdas, que cualquiera se sentiría obligado a hacer para romper el silencio». Aquel fin de semana, Churchill estuvo sumamente generoso. «Recibimos buenas noticias acerca de Túnez», escribió Layton a sus padres, «de modo que el jefe estaba de buenas, y de verdad que raramente me lo he pasado tan bien. Fue muy amable con todos nosotros y por una vez nos trató como a seres humanos. ¡Pobre hombre! No penséis que lo culpo por no hacerlo... ¡Es tan comprensible!».

El primer ministro no mostraba deseos de aliviar sus responsabilidades ni siquiera por algún tiempo, y aceptaba la compañía de otros sólo para poder tener público. A pesar de su sociabilidad, paradójicamente Churchill fue siempre una persona muy reservada. Moran pensaba que seguía el consejo que él mismo le había dado, de «no compartir sus pensamientos secretos con nadie... No hay nadie al cual abra su corazón. Brooke es demasiado frío y crítico; parece dudar siempre de los datos del primer ministro y a menudo echa jarros de agua fría sobre sus proyectos favoritos». Alexander, en cambio, era un adulator notablemente dotado. El complaciente general de la guardia escuchaba pacientemente los monólogos del primer ministro. Y cuando respondía, «resulta siempre tan tranquilizador», decía Moran, «siempre tan seguro de

que los planes del primer ministro están bien». La compañía de cortesanos y visitantes permitía calmar la infatigable agitación de Churchill sólo durante breves períodos. Era animado por un ansia continua de movimiento, de acción y de la compañía de otros grandes hombres, con los que pudiera tratar grandes asuntos.

Había quedado patente que, aun cuando otros factores resultaran favorables, no habría lanchas de desembarco suficientes para llevar a cabo un Día D en 1943. La falta de medios de transporte obligó asimismo a abortar la propuesta de desembarco anfibio en Birmania. Churchill quería asegurarse de que los americanos seguían adelante con la estrategia mediterránea diseñada por él, y de que no preferían volcarse en el Pacífico si eran convencidos de que debían reservar sus fuerzas para una ulterior ofensiva contra Francia. Se sorprendió y se enfadó muchísimo cuando se enteró de que Eisenhower había dicho que la noticia del despliegue de dos divisiones alemanas en Sicilia quizá obligara a abortar la operación «Husky». El 8 de abril envió un informe a los jefes de Estado Mayor diciendo que no entendía cómo el general americano había podido mostrarse tan deseoso de llevar a cabo en 1943 una invasión de Francia a través del Canal, «donde se habría encontrado con mucho más de dos divisiones alemanas... Confío en que los jefes de Estado Mayor no acepten esas doctrinas pusilánimes y derrotistas, vengan de quien vengan».

John Kennedy escribió, mientras contemplaba al primer ministro componiendo otra de esas misivas: «Nunca lo había visto dictar con anterioridad, y fue de lo más interesante. Movía los labios y

susurraba apenas cada frase hasta que la tenía bien hecha, y sólo entonces la decía en voz alta y se la dictaba a la mecanógrafa». Churchill propuso realizar otra entrevista con Marshall y Hopkins en el norte de África en el mes de abril, pero ni el gabinete de guerra ni los americanos se mostraron favorables a semejante encuentro. Entonces decidió desplazarse otra vez a Washington. El 4 de mayo salió de Londres con destino a Clydebank, y desde allí zarpó hacia Nueva York a bordo del magnífico transatlántico *Queen Mary*.

\* \* \* \*

Durante la primera mitad de la guerra, Gran Bretaña había tenido que enfrentarse a situaciones apuradas, y no había dispuesto de varias opciones entre las que elegir. En adelante, sin embargo, la mejora de las circunstancias traería consigo nuevas oportunidades y propondría diversas alternativas. La campaña del norte de África se acercaba, por fin, a su conclusión. El 8 de mayo, las fuerzas británicas entraron en Túnez, y los americanos tomaron Bizerta. Una vez más, las campanas de las iglesias de toda Gran Bretaña repicaron para celebrar la victoria. En Casablanca los americanos habían apoyado una visión predominantemente británica de las ulteriores operaciones en el Mediterráneo. Las dos siguientes conferencias angloamericanas del año, llamadas con los nombres clave de «Trident» y «Quadrant», se vieron dominadas por los esfuerzos de los británicos para conseguir que los estadounidenses mantuvieran el compromiso alcanzado en enero. Algunas de las evasivas de Marshall y sus colegas reflejaban su deseo de hacerse con el control del programa de acciones de los aliados, y de

resistirse a los deseos británicos por el mero hecho de ser británicos. A los americanos les parecía intolerable que cuando su dinero, sus víveres, sus aviones, sus tanques y muy pronto también sus hombres iban a dominar de manera abrumadora las futuras operaciones de los aliados, Churchill y sus colegas fueran los que dictaran el carácter de las mismas.

Cada bando se hacía además sus propias ilusiones. Por ejemplo, los americanos no tenían ningún interés por las operaciones anfibias en el Sureste Asiático, porque no iban a contribuir en nada a satisfacer su principal interés estratégico en la región, a saber, colaborar con el precario esfuerzo de guerra de Chiang Kai-shek en China. En cuanto a Churchill, se desplazó a América en el mes de mayo decidido a oponerse a quedar atrapado en las mefíticas selvas de Birmania, y deseoso, por el contrario, de implicarse en una «operación “Torch” en Asia», es decir, el lanzamiento de posibles desembarcos en Sumatra, Java o Malaca, todos ellos imaginarios. Los estrategas más inteligentes, entre ellos en particular el general británico Bill Slim, sabían que el elemento clave de la derrota de Japón iba a ser la campaña de los americanos en el Pacífico central. Las operaciones de los británicos en Birmania tenían fundamentalmente por objeto «mostrar su disposición» a Estados Unidos, lo que permite explicar el cinismo del primer ministro sobre la mayoría de las cosas que decía que iba a hacer en la guerra de Asia.

Churchill y sus altos mandos tenían razón cuando insistían en que las operaciones en Sicilia y luego el aprovechamiento de las mismas

en Italia, eran indispensables. En una reunión celebrada a bordo del *Queen Mary* el 10 de mayo, dijo a sus jefes de Estado Mayor: «El paso más importante que podríamos dar en 1943... sería la eliminación de Italia». Pero, por desgracia, los británicos subestimaron por un lado las dificultades que comportaba una campaña en el continente y por otro la fuerza de la resistencia que probablemente ofrecerían los alemanes. Fueron lo bastante imprudentes para inducir a los americanos a aceptar la idea, basada en su experiencia frente a las tropas italianas en el norte de África, de que ocupar Italia en su mayor parte iba a ser fácil.

Los ejércitos angloamericanos tendrían que aprender muchas lecciones sobre estructuras de mando, apoyo aéreo y desembarcos anfibios con una oposición a gran escala. El Mediterráneo se encargaría de dárselas en 1943. Pero cuando los rusos estaban librando las terribles y sangrientas batallas que estaban librando en el este, no es de extrañar que los oficiales americanos rechazaran la perspectiva de que sus ambiciones para el próximo año fueran tan modestas. Muchos personajes destacados del ejército norteamericano dudaban de que los británicos fueran sinceros cuando decían que apoyaban la realización de un Día D en Francia incluso en la primavera de 1944. Marshall y sus colegas, y desde luego Roosevelt, temían que, una vez que entraran en Italia, los aliados no pudieran prescindir de unas fuerzas que habría sido preciso hacer volver a Gran Bretaña antes de que acabara el año.

\* \* \* \*

Durante los primeros días de su estancia en América, Churchill visitó el retiro de Roosevelt en Shangri-La, en los montes Allegheny, y pronunció otro magnífico discurso en el Congreso el día 19 de mayo. Cuando en la embajada de Washington Halifax se puso a dar la lata diciendo que, una vez acabada la guerra, los americanos pedirían a Gran Bretaña que pagara la deuda contraída por el Plan de Préstamo y Arriendo, Churchill adoptó un tono truculento y dijo: «¡Oh, cuánto me gustaría! Les diré, sí, sí, vamos a ajustar cuentas de todas, todas... Pero yo sacaré también mi propia cuenta; y la cuenta que voy a presentar será por haber tenido que atender al niño yo solito durante dieciocho meses. ¡Y menudo bestia era el niño!... No sé lo que voy a tener que cobrar por ello». Sin embargo, se sintió consternado por el deterioro que observó en la salud de Roosevelt. « ¿Se ha dado cuenta de que el presidente es un hombre agotado?», preguntó a Moran. «Parece que tenga la mente entumecida; parece haber perdido su maravillosa elasticidad». Aunque era verdad que la salud del presidente se deterioraba, el verdadero significado de su cambio de humor era que estaba menos dispuesto a dejarse enredar por los halagos de Churchill.

El primer ministro se habría preocupado todavía más si hubiera sabido que en ese mismo momento Roosevelt estaba organizando en secreto un encuentro bilateral con Stalin, excluyéndolo a él, por medio de los buenos oficios del embajador de Estados Unidos en Moscú antes de la guerra, el egregio Joseph E. Davies. Al igual que Stafford Cripps, Davies era un ferviente admirador de la Unión Soviética. Durante el tiempo que permaneció en Moscú, intentó



convencer a su esposa de que las descargas que oía cuando los pelotones de fusilamiento del NKVD ejecutaban a las víctimas de las purgas eran simplemente el ruido de las taladradoras de los obreros de la construcción. Davies formó una gran colección de arte con las obras que le vendieron las autoridades soviéticas a precio de ganga, tras robarlas de las galerías o confiscándolas a los enemigos del estado asesinados. Sus escandalosas y aduladoras memorias de la época que permaneció en Rusia fueron convertidas en una película de Hollywood en 1943, *Misión en Moscú*, con un guión autorizado por él mismo. En mayo, Roosevelt proporcionó a Davies un avión de las fuerzas aéreas de Estados Unidos para trasladarse a Moscú con algunas copias de la película para mayor edificación de Stalin. Aunque este personaje deplorable no consiguió concertar la cita que pretendía Roosevelt, la disposición del presidente a recurrir a él reflejaba el vergonzoso doble juego que estaba haciendo con Churchill.

La junta de jefes de Estado Mayor de los dos países permaneció recluida casi continuamente en sesiones de gran tensión a puerta cerrada, bajo la presidencia de Marshall. El 13 de mayo Brooke hizo ciertos comentarios que dejaron aturridos y horrorizados a los americanos. Desechando las perspectivas de una inmediata invasión de Francia, dijo que «no será posible ninguna acción de envergadura hasta 1945 o 1946, pues debemos recordar que en otras guerras anteriores hubo siempre unas ochenta divisiones francesas disponibles a nuestro lado... La posición de los soldados británicos era muy débil». Marshall replicó en tono glacial: «

¿Significaba eso que los jefes de Estado Mayor británicos consideraban las operaciones en el Mediterráneo como la clave para una conclusión con éxito de la guerra en Europa?». Sir Charles Portal replicó, en una intervención cuyo objeto era indudablemente limitar los daños causados por la brutal afirmación de Brooke, que «si Italia era quitada de en medio este año, quizá fuera posible luego en 1944 emprender un regreso al noroeste de Europa con garantías de éxito». El escepticismo británico, dijo Portal, se centraba en la idea de que una fuerza de unas veinte o veinticinco divisiones podría obtener resultados importantes cruzando el Canal y pasando a la Europa continental «siempre y cuando casi todo el grueso del ejército alemán se hallara en Rusia o en los Balcanes».

Brooke subrayó una vez más que sólo el Ejército Rojo poseía el volumen suficiente para enfrentarse a todo el peso de la Wehrmacht. «Rusia era el único aliado que poseía unas tropas de tierra lo bastante numerosas y nuestra estrategia debía consistir en ayudarla para que tuviera el mayor impacto posible». Aquella noche escribió en su diario: «Era bastante evidente que Marshall no era capaz de entender los objetivos de nuestra estrategia ni la magnitud de las operaciones que llevaba aparejadas la estrategia del cruce del Canal». El jefe del Estado Mayor General del Imperio encontró la conferencia «Trident» una de las experiencias más agotadoras y depresivas de la guerra. Ese día las conversaciones mantenidas pusieron de manifiesto su profunda cautela, cuando no su pesimismo. La reputación de Brooke como estratega se ha visto significativamente perjudicada por los comentarios que hizo en la

junta de jefes de Estado Mayor de los dos países celebrada el 13 de mayo. Aunque Marshall se equivocó muchas veces en 1942-1943, más tarde serían los juicios de Brooke los que levantarían más sospechas. Si se hubiera impuesto la opinión de los británicos, es difícil imaginar que el Día D hubiera podido tener lugar en 1944. Da la impresión de que las autoridades militares de los dos aliados nunca estuvieron más lejos que entonces desde diciembre de 1941. No obstante, cuando los americanos contraatacaban, los británicos cedían terreno. Al menos, el equipo de Brooke reconoció tener una «firme esperanza» en que en 1944 existieran las condiciones necesarias para una invasión de Francia. El día 19 los británicos aceptaron el 1 de mayo de 1944 como fecha para la realización de un desembarco de veintinueve divisiones en el norte de Francia. El teniente general sir Frederick Morgan fue nombrado titular de la Jefatura de Estado Mayor del Comandante Aliado Supremo. El resultado, según el cable que envió Churchill a Attlee el 21 de mayo, fue un pacto en virtud del cual Gran Bretaña tendría «las manos libres» en el Mediterráneo hasta noviembre de 1943. El éxito de Sicilia se aprovecharía para adelantar la eliminación de Italia de las potencias del Eje hasta que diera comienzo la concentración y el despliegue de fuerzas para los desembarcos en Francia. Al término de una reunión con Roosevelt y Churchill en la Casa Blanca el 21 de mayo, Brooke escribió en su diario: «No creo que se dieran cuenta de lo cerca que estuvimos de no alcanzar ningún acuerdo». Cuatro días después observaba que esas conferencias habían sido... los espectáculos más agotadores que cabe imaginar. Estoy convencido

de que hacen mucho bien al permitir que haya un gran entendimiento entre nosotros, pero... no tienen nada de eso en la medida en que nuestras convicciones básicas siguen siendo las mismas. King continúa empeñado en insistir en el Pacífico a expensas de todos los demás frentes. Marshall desea asegurar la operación del cruce del Canal a expensas del Mediterráneo. [Yo sigo pensando] que el Mediterráneo ofrece muchas más esperanzas de contribuir al éxito final. Portal cree en el fondo de su corazón que si le dejamos las manos libres, sólo con los bombardeos podría ganarse la guerra. Y, cuando se despierta, mi querido Dudley Pound desearía que pusiéramos la guerra submarina por encima de cualquier otra consideración... ¿Y Winston? En un momento dado piensa una cosa y en otro otra. A veces puede ganarse la guerra por medio de bombardeos..., en otras ocasiones es imprescindible que nos desangremos en el continente, porque Rusia está haciendo lo mismo. En otras, nuestro principal esfuerzo debe centrarse en el Mediterráneo... con deseos esporádicos de invadir Noruega e «ir enrollando el mapa en dirección contraria a Hitler». Pero la mayor parte de las veces quiere que realicemos TODAS las operaciones al mismo tiempo.

Churchill se mostró animadísimo cuando llegó el momento de despedirse de Roosevelt. En su última conferencia de prensa conjunta en la Casa Blanca el 26 de mayo, hizo las delicias de los corresponsales reunidos para la ocasión subiéndose a una silla y haciendo su famoso signo de la victoria con los dedos. Luego despegó a bordo de un Boeing Clipper rumbo a Argel vía Gibraltar,

acompañado por George Marshall y Brooke. Los tres viajaron juntos para informar a Eisenhower de las decisiones tomadas en la conferencia. Durante la travesía, el avión fue alcanzado por un rayo, lo que obligó a Churchill a despertar del profundo sueño en que se había sumido. Escribió en tono irónico: «Siempre me he preocupado por qué no importa que caiga un rayo en un avión. A un hombre con los pies en la tierra le parecería algo muy peligroso». El día de su posterior regreso desde Gibraltar, más o menos por la misma ruta que él siguió, un Boeing Clipper británico entre cuyos pasajeros iba el artista cinematográfico Leslie Howard fue abatido por un caza alemán, provocando la muerte de todos sus ocupantes. Aunque durante la guerra fueran inevitables los riesgos asumidos por muchos vuelos, el de Churchill y sus acompañantes a Argel seguramente comportó un peligro especial. Si el jefe de las fuerzas armadas estadounidenses hubiera perecido junto con el primer ministro británico y su jefe del Estado Mayor General del Imperio, el golpe infligido a la Gran Alianza habría sido realmente demoledor. No obstante, el grupo llegó sano y salvo a su destino. Cuando se acercaban al Peñón, Brooke se sintió curiosamente conmovido al ver al primer ministro tocado con lo que él califica de gorra de patrón de yate, mirando atentamente hacia abajo a través de las nubes con un puro en los labios, ansioso por divisar el primer vestigio de tierra. El militar, exasperado a menudo por su superior, vio en aquella actitud un atisbo de su «lado más humano y amable».

Churchill pasó ocho días muy felices en Túnez y Argelia, y uno de ellos pronunció un discurso ante una enorme masa de soldados

británicos en el antiguo anfiteatro de Cartago. «Estuve hablando», contó esa misma noche a los invitados a la cena, «desde el lugar en el que desgarraban el aire los gritos lastimeros de las vírgenes cristianas al ser devoradas entre rugidos por los leones... Pero... yo no soy un león... y desde luego no soy ninguna virgen». Eisenhower y Montgomery expresaron su confianza en los planes realizados para el desembarco en Sicilia. Marshall, sin embargo, dejó patente que estaba decidido a reservarse su opinión sobre las futuras operaciones en Italia hasta tener claro el resultado de la campaña de Sicilia.

\* \* \* \*

El 4 de junio, Churchill voló de regreso a Gran Bretaña en un Liberator. Cuatro días después ofreció a la Cámara de los Comunes un panorama de conjunto de la guerra que era con razón muy optimista, aunque Marshall y sus colegas habrían puesto en tela de juicio el risueño retrato que presentó de las relaciones angloamericanas: «Necesariamente tiene que haber todo tipo de divergencias, todo tipo de diferencias de perspectiva, y todo tipo de desagradables tropiezos mientras avanzamos pesadamente por el escabroso y accidentado camino de la guerra. Pero nada de eso significa lo más mínimo para nuestra concordia y nuestra unidad cada vez mayores, no hay nada que no pueda arreglarse cara a cara en el curso de una conversación sincera o de una discusión paciente. Mis relaciones con el ilustre presidente de Estados Unidos se han convertido a lo largo de estos años en unas relaciones de amistad y respeto personal, y no habrá nada que rompa nuestra

camaradería y nuestra asociación de ideas y de acciones mientras sigamos siendo responsables de la dirección de los asuntos». Aquello era, naturalmente, más una expresión de deseo ferviente que una realidad evidente.

Si Churchill expresaba su satisfacción por el progreso de la guerra, Stalin no podía decir lo mismo. El líder soviético mandó un cablegrama a Roosevelt, con copia para Churchill, expresando su consternación por los continuos retrasos del Día D que imponían los angloamericanos, y luego, el 24 de junio, escribió directamente al primer ministro en los siguientes términos: «Ni que decir tiene que el gobierno soviético no puede tolerar semejante desprecio de los intereses más vitales de la Unión Soviética en la guerra contra el enemigo común». Dos días después, Churchill contestó enviando uno de sus mensajes más duros de toda la guerra al líder ruso: «Aunque hasta el 22 de junio de 1941 los británicos nos quedamos solos haciendo frente a lo peor que la Alemania nazi pudo hacernos, empecé inmediatamente a ayudar a la Rusia soviética con los mejores medios que teníamos a nuestro alcance, pese a ser limitados, desde el momento en que ella también fue atacada por Hitler. Estoy satisfecho de haber hecho todo lo humanamente posible por ayudarles. Por consiguiente, los reproches que lanza usted contra sus aliados occidentales no me conmueven. Y, aparte del perjuicio que pudiera causar a nuestros intereses militares, tampoco tendría inconveniente en presentar mis argumentos al Parlamento británico y a todo el país». Cada vez estaba más harto de los rusos, y quince días después escribía: «La experiencia me ha

enseñado que no vale la pena discutir con los soviéticos. Lo único que hay que hacer es simplemente enfrentarlos a los nuevos hechos y esperar su reacción».

Pero muchos ciudadanos británicos simpatizaban con la opinión de los rusos. «Soy el último que defendería a Stalin», decía en un cable Clark Kerr desde Moscú el día 1 de julio, pero al embajador inglés le parecía que la debilidad de la posición británica estaba «no en nuestra incapacidad de abrir ese segundo frente, sino en haberle inducido a creer que íbamos a hacerlo». Beaverbrook, desleal como siempre, escribió el 2 de julio a Henry Luce, amo y señor de la revista *Time*, en los siguientes términos: «En mi opinión, hay [en Gran Bretaña] un trasfondo de incertidumbre sobre si un ataque contra Italia podrá alcanzar, por lo que a Rusia se refiere, las proporciones de un verdadero segundo frente. El pueblo está convencido de que ha llegado la ocasión de aprovechar al máximo las ventajas de los éxitos rusos. Y cualquier operación en Occidente que no tuviera repercusiones sobre el despliegue de los alemanes en el este no contaría durante mucho tiempo con el favor popular». George King, taquígrafo de los juzgados de Surrey, estaba de acuerdo con Beaverbrook: «Cuando el señor Churchill recibió permiso de Londres la semana pasada», escribió el 7 de julio, «dijo que parecía estar claro que “antes de que caigan las hojas del otoño, estarán en marcha batallas anfibias de verdad”. Cabe esperar que así sea, pues por mucho que haya que temer al número de bajas, los aliados están obligados a llevar a cabo una acción de ese estilo por la deuda que tienen contraída con los rusos y los eslavos de



Europa». Y Oliver Harvey escribió desde el Foreign Office: «A algunos miembros del gobierno les parece increíble, imperdonable, y realmente inadmisible que a los rusos puedan salirles tan bien las cosas. Tal es la actitud del Departamento de G[uerra]».



El 10 de julio los aliados desembarcaron en Sicilia al mando del británico sir Harold Alexander. En Washington y Londres, ministros y generales sabían que la operación «Husky» se había visto ensombrecida por toda clase de meteduras de pata, grandes y pequeñas. El ataque aerotransportado fue un verdadero caos. Las disposiciones del mando angloamericano fueron confusas a lo largo de toda la campaña. Las tropas italianas no mostraron deseo alguno de luchar en serio, pero las tres divisiones alemanas desplegadas en la isla hicieron gala de su profesionalidad habitual resistiendo los ataques de las fuerzas muy superiores de Alexander. La opinión pública inglesa y norteamericana, sin embargo, no llegó apenas a tener conocimiento de todas aquellas chapuzas. Se fijó sólo en la realidad primordial de que los desembarcos habían sido un éxito, y de que al cabo de unas semanas las fuerzas del Eje habían sido expulsadas de Sicilia. Brooke, que había estado profundamente preocupado por lo que pudiera ocurrir con la operación «Husky», pues constituía un proyecto británico, experimentó un gran alivio. Lleno de alegría, Churchill pidió el 13 de julio a los jefes de Estado Mayor que planificaran una ambiciosa continuación de las operaciones en la bota de la península italiana: «¿Por qué deberíamos extendernos como plaga de langosta por la pierna subiendo desde el tobillo? Golpeemos mejor en la rodilla». Quería que se llevaran a cabo inmediatamente desembarcos en la península, antes incluso de que quedara despejada Sicilia, dirigidos contra Nápoles y Roma. El 16 de julio dijo a Smuts: «Creo que el

presidente está conmigo: Eisenhower en el fondo de su corazón naturalmente está a favor».

Macmillan compadecía a Eisenhower, que intentaba desempeñar su papel de comandante supremo del Mediterráneo en medio de un bombardeo constante de cables que llevaban el sello: «Privado, personal y con entrega inmediata», y que provenían de la junta de jefes de Estado Mayor de los dos países, de Marshall, de Roosevelt, de Churchill directamente, de Churchill a través del Foreign Office, o de Eden a través del Foreign Office. «Todas esas órdenes», observaba Macmillan lacónicamente, «son, como es natural, contradictorias y contrapuestas». El jefe de Estado Mayor de Eisenhower, Bedell Smith, y él se esforzaron en ordenar todos esos comunicados y conciliar unos con otros y decidir cuál había que ejecutar.

Aun cuando se entusiasmara por las perspectivas en el Mediterráneo, Churchill empezó de nuevo a mostrarse vacilante respecto a la cuestión de «Overlord», como en adelante pasaría a conocerse el Día D en Francia. El 19 de julio reveló a los jefes de Estado Mayor que ahora tenía dudas sobre si las fuerzas que iban a estar disponibles en Gran Bretaña el 1 de mayo de 1944 serían suficientes para efectuar un desembarco con éxito «en vista de la extraordinaria eficacia del ejército alemán en el combate, y de las fuerzas mucho más numerosas que con toda facilidad podrían poner a combatir contra nuestras tropas aun cuando los desembarcos se llevaran a cabo con éxito. Es conveniente por muchas razones hacer todos los preparativos con la mayor seriedad

y la mayor energía, pero si más tarde todos los interesados se dan cuenta de que la operación está por encima de nuestras posibilidades en el mes de mayo y debe ser pospuesta hasta agosto de 1944, es fundamental que tengamos escondida esta otra consideración, como si fuera un as en la manga». Les instó a desempolvar la operación «Júpiter», su viejo proyecto de ofensiva contra el norte de Noruega

\* \* \* \*

El 24 de julio, Oliver Harvey escribió en su diario unas palabras de admiración sobre la firmeza con la que Churchill había rechazado una propuesta de Henry Stimson, de visita en Londres, para que se adelantara la fecha del Día D, prevista para el 1 de mayo: «Doy las gracias por poder decir que a eso el primer ministro se negará rotundamente a ceder. En cuestiones militares acierta intuitivamente, del mismo modo que se equivoca en materia de asuntos exteriores. Como ministro de la Guerra es magnífico, dirigiendo a nuestros jefes de Estado Mayor, guiándolos como si fueran una cuadriga, aplicando el látigo o el freno según convenga, con la confianza y el toque del genio». Aunque efectivamente la propuesta de Stimson estaba equivocada, el desmesurado elogio de Harvey llegaba en el momento menos oportuno. Los nuevos aplazamientos propuestos por Churchill lo dejaban en muy mal lugar. Durante dieciocho meses había ido retrasando las exigencias de Marshall de llevar a cabo una acción inmediata en Francia. Los británicos disponían del mejor argumento imaginable, aún a costa de fomentar la desconfianza y el recelo de los americanos, que en

aquellos momentos estaban profundamente arraigados. Ya en el mes de mayo, expresando su exasperación por la incoherencia que creía ver en los objetivos de los estadounidenses, Brooke había escrito: «Puede garantizarse sobre el papel un acuerdo tras otro, pero si no van de corazón, de nuevo se los lleva la corriente». Marshall y sus colegas habrían podido poner exactamente los mismos reparos a los británicos, y como mínimo con tanta razón.

El teniente general sir Frederick Morgan, nombrado por la junta de jefes de Estado Mayor responsable de la planificación de «Overlord», se enfadó luego muchísimo cuando se sintió marginado antes de que finalmente tuviera lugar el Día D. Sin embargo, las observaciones que hizo en privado una vez acabada la guerra no pueden ser descartadas del todo: «Creo firmemente», dijo al historiador americano Forrest Pogue en 1947, «que [Churchill y sus jefes de Estado Mayor] volvieron de Casablanca absolutamente decididos a rechazar el acuerdo [relativo a la invasión de Francia] que se habían visto obligados a firmar allí con los americanos... Aparte del mero desagrado que sentían por el proyecto, las autoridades británicas procedieron a dar todos los pasos posibles para impedir el avance por el noroeste de Europa haciendo una diversión de sus fuerzas lo más discreta posible hacia otros escenarios de la guerra». Expresó su opinión de que su nombramiento fue hecho con la esperanza de acabar sacrificándolo «como chivo expiatorio cuando se encontrara una excusa oportuna para retirar el apoyo británico a la operación». Morgan citaba el escepticismo del almirante Cunningham por la operación «Overlord»,

y citaba las palabras que pronunció: «Ya he evacuado a tres ejércitos británicos delante del enemigo y no tengo intención de evacuar a un cuarto». Morgan tenía una opinión mucho mejor de los jefes de Estado Mayor norteamericanos y de Eisenhower que de las autoridades británicas: «Por el lado británico... habían sufrido una larga serie de desastres y por eso habían decidido tener muy en cuenta el número de bajas. Las tropas británicas [se hallan] en un estado de bancarrota. Es inconcebible que los británicos puedan desempeñar otro papel que no sea secundario en... la reconquista de Europa de manos de los alemanes».

Naturalmente, los americanos no leyeron la hoja informativa presentada por el primer ministro a sus jefes de Estado Mayor el 19 de julio. Pero a partir de finales de verano de 1943 empezaron a notar continuas vacilaciones por parte de los británicos en torno al Día D, que ellos estaban implacablemente decididos a ignorar. Y con razón. Las dudas de Churchill respecto a la invasión en 1944 reflejaban sus aprensiones acerca de la capacidad de lucha de un ejército angloamericano frente a la Wehrmacht, una capacidad impropia de la Gran Alianza, cuyos medios en aquellos momentos eran cada vez más numerosos y cuya enorme magnitud de movilización frisaba ya los límites de su madurez.

La nueva visión estratégica de Churchill daba aún cabida a algunas ideas disparatadas. El 25 de julio, Mussolini presentó su dimisión y el gobierno de Italia cayó en manos del rey Víctor Manuel III y del mariscal Pietro Badoglio. La caída del dictador italiano indujo a Churchill a resucitar uno de sus proyectos favoritos, el ataque

contra la isla de Rodas, ocupada por los italianos, con el fin de obligar a Turquía a entrar en la guerra. Aquella ambición precipitaría un pequeño desastre a finales de ese mismo año, la campaña del Dodecaneso. La posición de Churchill a ojos de los americanos se vino abajo estrepitosamente entre el verano de 1943 y el final de la guerra, y él mismo fue en buena parte responsable de ello. Bien es cierto que sus sabias advertencias acerca de la futura amenaza planteada por la Unión Soviética no tuvieron eco suficiente. Pero se debió significativamente en parte a que los americanos habían perdido la fe en su criterio estratégico.

Convenció a Washington de que era preciso celebrar una nueva cumbre, para acordar los planes sobre Italia. Esta reunión, la operación «Quadrant», se celebraría en Quebec. El 5 de agosto de 1943 se plantó en el andén de la estación de Addison Road, en West Kensington, cantando «*I go away / This very day / To sail across the sea / Matilda*». A continuación el tren abandonó el andén en dirección al norte, a Greenock, donde su delegación, integrada por doscientas personas, zarpó a bordo del *Queen Mary* rumbo a Canadá. Churchill desembarcó en Halifax el 9 de agosto, y permaneció en Norteamérica hasta el 14 de septiembre, su estancia más larga con mucho en ese continente durante la guerra. Como era evidente que las grandes decisiones sobre la estrategia futura iban a tomarlas los americanos, intentó como de costumbre estar presente para desplegar el peso de su personalidad con el fin de influir en ellas. Mientras la junta de jefes de estado de los dos países empezaba sus debates en Quebec, Churchill se desplazó en



tren con su esposa y su hija Mary a casa de los Roosevelt. En las Cataratas del Niágara dijo a los reporteros: «Ya las vi antes de que vosotros nacierais. Estuve aquí por primera vez en 1900». Un corresponsal le preguntó con engreimiento: «¿Y cree que están iguales?». Churchill respondió: «Bueno, el principio parece el mismo. El agua sigue discurriendo por ellas».

En Hyde Park hizo un calor sofocante durante la barbacoa, con hamburguesas y perritos calientes. Churchill se enfadó muchísimo al oír los informes acerca de las matanzas masivas perpetradas por los nazis en los Balcanes. Intentaba así despertar el interés del presidente por la región. Luego los dos líderes viajaron a Canadá para asistir a las discusiones de los jefes de Estado Mayor. El escenario de la conferencia había sido escogido con el fin de que resultara conveniente para las dos partes, sin tener demasiado en cuenta que se encontraba en territorio canadiense. Moran dice que el primer ministro de Canadá, Mackenzie King, parecía como aquél que ha prestado su casa a otros para que hagan una fiesta en ella: «Los invitados casi ni se fijan en él, pero en el momento de irse todos se acuerdan de que es el anfitrión y le dicen cosas agradables». Roosevelt permitió al secretario de Estado Cordell Hull que durante la operación «Quadrant» hiciera una de sus escasas apariciones en una cumbre, cosa que tampoco le satisfizo demasiado. Como no tenía ningunas ganas de compartir con Churchill las horas de la madrugada, una noche, en vista de que ya eran las doce, Hull anunció en tono malhumorado que se iba a la

cama. El primer ministro expresó su sorpresa diciendo: «Pero, hombre, ¿por qué? ¡Si estamos en guerra!».

En la conferencia «Quadrant» se plantearon numerosas materias subsidiarias. Churchill volvió a insistir en lanzar un desembarco británico en Sumatra, evocando un audaz precedente histórico cuando afirmó que «por las consecuencias decisivas que prometía invitaba a establecer una comparación con la operación de los Dardanelos de 1915». Presentó a los americanos a dos nuevos héroes que contaban con su favor, el general de brigada Orde Wingate, que había marchado al frente de una columna de chindits detrás de las líneas japonesas en Birmania, y el comandante de ala Guy Gibson, que había capitaneado el heroico ataque de la RAF contra las presas del Ruhr. Al final Wingate duró poco tiempo como favorito: cuando lo conoció mejor, Churchill se dio cuenta de que estaba demasiado loco para confiarle un alto mando. Los superiores del aviador, por su parte, y en particular sir Arthur Harris, entre otros, creían que el viaje al otro lado del Atlántico había «echado a perder al joven Gibson» al exponerlo a los halagos de la popularidad en Canadá y Estados Unidos, que acabaron subiéndosele a la cabeza. Las estrellas de los campos de batalla, como las del mundo del arte en tiempos de paz, raramente han prosperado cuando han formado parte del séquito de un primer ministro.

Mientras tanto, Stalin exigía en tono amenazador que se permitiera a Rusia llevar la voz cantante en el gobierno de los territorios ocupados. Envío un cable desde Moscú reclamando la creación de una comisión militar conjunta, que debía celebrar su primera

reunión en Sicilia. En Quebec, Churchill avisó a los americanos de las «sangrientas consecuencias en el futuro... Stalin es un ser inhumano. Habrá graves problemas». Tenía razón, por supuesto. Posteriormente, los rusos llegarían a la conclusión de que tenían derecho a dirigir la Europa del Este. Como los occidentales decretaron que debían gobernar los territorios que habían ido ocupando, la Unión Soviética consideró que estaba legitimada para hacer lo mismo en sus propias conquistas.

Pero la principal cuestión que se discutió en Quebec fue la de la operación «Overlord». Los americanos estaban irremisiblemente empeñados en llevarla a cabo, mientras que los británicos continuaban escurriendo el bulto y vacilando. Wedemeyer escribió antes de la reunión que los jefes de Estado Mayor norteamericanos debían presentar una fórmula que «estimulara la imaginación y consiguiera el apoyo del primer ministro, si no el de sus recalcitrantes expertos en planificación y el de sus jefes de Estado Mayor». El autor de la biografía de Marshall, el magistral historiador americano Forrest Pogue, comenta a propósito de Churchill durante aquellos días: «Como de costumbre, estaba lleno de astucia». Parece una mala interpretación de la actitud del primer ministro. Lo que movía sus impulsos estratégicos eran el oportunismo y la volubilidad, más que una astucia meditada. Sin embargo, no hay ninguna fase de la guerra en la que la decepción de los americanos por el comportamiento de los británicos parezca más justificada que la correspondiente al otoño de 1943, como Eden y otros reconocieron. Churchill y sus altos mandos habían asegurado

siempre que estaban seriamente comprometidos con el lanzamiento de una invasión de Europa en 1944. En las conferencias de Casablanca y de Washington, los británicos no se habían manifestado en principio contrarios a «Overlord», sino que simplemente habían luchado por su aplazamiento. Ahora daba la sensación de que no querían cumplir su palabra.

Churchill abrió su presupuesto en Quebec afirmando que apoyaba en principio la realización de una invasión. Pero insistió en que había que entender que si en la primavera de 1944 los alemanes desplegaban más de doce divisiones móviles en Francia, la operación no debía llevarse a cabo. El teniente general sir Frederick Morgan, jefe de Estado Mayor del Comandante Aliado Supremo, que había estado elaborando los planes de la invasión, indicó que si los alemanes parecían capaces de desplegar más de quince divisiones contra la cabeza de playa en los dos meses siguientes al Día D, no debía lanzarse la operación de desembarco. Cuando los alemanes inundaron las llanuras fluviales que rodean Caen unos días antes de que diera comienzo la conferencia, la sección de operaciones de la Jefatura de Estado Mayor del Comandante Supremo Aliado presentó el siguiente informe: «Las consecuencias de esta medida no han sido evaluadas plenamente, pero es bastante posible que acaben “matando Overlord”». Brooke dejó patente su escepticismo sobre la posibilidad de llevar a cabo la operación.

La postura de los británicos se basaba en que la prioridad estratégica más inmediata era aprovechar las oportunidades del momento en el Mediterráneo, en vez de jugárselo todo a un ataque

sumamente peligroso y especulativo a través del canal de la Mancha. En la guerra, sostenían, las circunstancias eran siempre cambiantes. Demostraron ser más realistas que los americanos, al darse cuenta de que la decisión de entrar en Italia era irrevocable: «Si ponemos pie en la Italia continental», escribía John Kennedy, «nos exponemos a un gran compromiso... Estoy seguro de que los americanos no se dan cuenta de que una limitación de las operaciones en Italia, por ejemplo, contra Nápoles, es imposible. O nos detenemos en el estrecho de Messina o vamos a por todas». El 17 de agosto, Churchill recibió un comunicado típicamente triunfalista de Alexander: «A las diez de esta mañana, el último soldado alemán ha sido arrojado de Sicilia». El entusiasmo del primer ministro por su general favorito rara vez flaqueaba, y aplaudió las operaciones llevadas a cabo en Sicilia diciendo que habían sido «ejecutadas con brillantez». Sin embargo, las fuerzas aliadas, muy superiores en número, habían tardado treinta y ocho días en deshacerse de tres divisiones alemanas. Lejos de ser «arrojadas» de la isla, se había permitido de manera imperdonable que las tropas del general Albert Kesselring se retiraran ordenadamente a través del estrecho de Messina con la mayor parte de sus vehículos, sus equipos y sus pertrechos.

En todas las conferencias celebradas durante la guerra hubo un fuerte contraste entre las tensiones impuestas a los protagonistas principales, hombres de mediana edad o casi ancianos, que tenían que enfrentarse a importantes asuntos día y noche, y los placeres concedidos a los centenares de miembros del personal de apoyo,

que no tenían responsabilidades. Estos últimos —los oficiales de Estado Mayor, funcionarios, secretarios, o encargados de labores de desciframiento de mensajes— trabajaban a brazo partido en las cumbres, pero también se divertían mucho. Los oficiales de servicio estaban siempre al pie de los teletipos, que trabajaban durante todo el día transmitiendo comunicados. Las mecanógrafas tenían que copiar las actas de las reuniones de cada jornada, y los encargados de planificación tenían que preparar los borradores para las sesiones del día siguiente. Pero a aquellos hombres y mujeres jóvenes —estas últimas no muy numerosas— les parecía un milagro poder escapar durante unas semanas de la Inglaterra de los racionamientos, los bombardeos y los apagones para disfrutar de la luz y de prodigiosas cantidades de comida y bebida, y encima gratis. La mayoría de ellos asistían frenéticamente a fiestas y a bailes que duraban toda la noche, mientras sus grandes hombres se peleaban de poder a poder. Los visitantes ingleses se permitían excesos desconocidos en Gran Bretaña durante cuatro largos años comprando todo tipo de cosas.

Los acontecimientos contribuyeron más que los cambios de parecer a saldar las diferencias existentes en Quebec entre ingleses y americanos. La notoria disposición del nuevo gobierno italiano a rendirse dejó claro a Marshall y a sus colegas que las fuerzas aliadas destacadas en Sicilia debían avanzar hacia Italia. Era impensable dejar un vacío que los alemanes habrían podido rellenar en cuanto quisieran. Los británicos, por su parte, declararon que apoyaban el plan para la operación «Overlord» presentado por

Morgan y el personal de la Jefatura de Estado Mayor del Comandante Supremo Aliado. Se produjo un largo tira y afloja sobre la fecha límite en la que las divisiones aliadas previstas para la invasión de Francia debían ser retiradas del Mediterráneo, y por lo tanto sobre qué objetivos razonablemente viables en Italia debían ser alcanzados con anterioridad. Churchill, que soñaba con los ejércitos aliados marchando sobre Viena, aceptó a regañadientes la creación de una línea Livorno-Ancona para el mes de noviembre, diciendo: «Si no podemos tener la mejor opción, esta segunda mejor opción ya está muy bien». A la hora de la verdad, Livorno y Ancona no serían tomadas hasta finales de junio de 1944. Pero en aquellos embriagadores días de agosto los aliados seguían suponiendo que, tras la rendición de los italianos, los alemanes no lucharían demasiado por el país de Mussolini.

Cuando acabó la conferencia el día 24 de agosto, Ian Jacob escribió: «Parece reinar una satisfacción general, aunque no puedo ver que se haya decidido nada que nos lleve mucho más allá de lo acordado en “Trident”». La «satisfacción general» era simplemente cuestión de cortesía pública. Brooke escribió: «La conferencia de Quebec me ha dejado completamente hecho polvo». Posteriormente reconocería que por aquel entonces se sentía al borde del ataque de nervios. Los americanos, por su parte, estaban muy descontentos por las condiciones impuestas por los británicos a la operación «Overlord». El equipo de Churchill no había abandonado ni por un momento su determinación de mantener a los aliados intensamente ocupados en Italia, aún a riesgo del Día D. Tras un breve descanso de un día de

acampada en la montaña para disfrutar de la pesca con mosca — pasatiempo que Churchill no practicaba con demasiada convicción—, el primer ministro viajó a Washington, donde pasó los cinco días siguientes insistiendo en la necesidad de acelerar las operaciones en Italia. El 3 de septiembre, los representantes italianos firmaron el documento de rendición en la localidad siciliana de Cassibile, mientras que al amanecer algunas unidades del VIII Ejército desembarcaban en la Italia continental al norte de Reggio. Cinco días después, la 1.<sup>a</sup> División Aerotransportada británica conquistaba el puerto de Tarento sin encontrar resistencia, acción que Churchill calificó de «golpe maestro» en un comunicado laudatorio enviado a Alexander.

\* \* \* \*

El 9 de septiembre, el V Ejército de Mark Clark protagonizó un ataque anfibio contra Salerno, precipitando uno de los episodios más sangrientos de la campaña, que casi acabó en desastre. «Era como luchar contra tanques a puñetazos», escribió un coronel de infantería americano que tuvo que hacer frente a la ofensiva de los Panzer contra la cabeza de playa. «Vi a los fusileros lanzarse en manada contra las torretas de los tanques alemanes en movimiento, intentando disparar a través de las aberturas o lanzar granadas a su interior. Otros blindados los repelían a golpe de ametralladora. Corrían por encima de los heridos... y volvían sobre sus pasos». Durante las primeras horas, Clark sintió ganas de ordenar a sus hombres que volvieran a embarcarse, hasta que Alexander ordenó lo



contrario. Aún a costa de pagar un precio altísimo, se consiguió establecer y mantener un perímetro. Aquel día, mientras las tropas alemanas corrían a ocupar las principales posiciones estratégicas del sur de Italia, la flota italiana zarpaba rumbo a Malta. Su buque insignia, el acorazado Roma, fue hundido por el camino por los bombarderos alemanes, que demostraron una vez más la habilidad de la Luftwaffe frente a los objetivos marítimos. Afortunadamente, un alocado plan de los aliados consistente en lanzar un ataque de paracaidistas contra Roma fue cancelado en el último momento. Hasta los angloamericanos más optimistas se vieron obligados a reconocer que, frente a los alemanes, la audacia excesiva era indefectiblemente castigada.

Churchill se sintió mortificado una vez más al tener que recibir malas noticias en compañía de Roosevelt. Había presentado al presidente la perspectiva de una victoria fácil en Italia. Ahora, en cambio, se les comunicaba que los alemanes resistían con denuedo en Salerno. Los ingleses habían sido muy ingenuos suponiendo que la rendición del gobierno italiano iba a poner por sí sola a la mayor parte del país en manos de los aliados. Brooke había dicho a la junta de jefes de Estado Mayor de los dos países el 13 de mayo que «no creía que Alemania intentara mantener el control sobre una Italia que no estaba dispuesta a luchar». Tanto él como Churchill se engañaron al leer los mensajes descifrados por Ultra que demostraban que los alemanes tenían la intención de abandonar la mayor parte de Italia sin luchar. A la hora de la verdad, sin embargo, y como ocurría con frecuencia, Hitler cambió de opinión.

Aquella actitud fue consecuencia directa de la mala actuación de los ejércitos aliados, a juicio de los alemanes, en Sicilia y en Salerno. Los altos mandos angloamericanos y sus hombres pusieron de manifiesto sus limitaciones. La actuación de Montgomery no fue mucho más impresionante que la de Mark Clark. Los alemanes quedaron sorprendidos al ver la facilidad con la que algunos soldados británicos y americanos permitían que los hicieran prisioneros. Kesselring, el comandante en jefe de las tropas alemanas en la zona, llegó a la conclusión de que defender Italia frente a semejante enemigo podía ser menos difícil de lo que había pensado. Y envió un comunicado en ese sentido a Hitler. El *Führer* respondió ordenando una vigorosa defensa de la península, tarea que el mariscal de campo —nombrado comandante supremo de las fuerzas alemanas en Italia el día 6 de noviembre— emprendió con extraordinaria energía y efectividad. La incompetencia de los aliados durante la primera fase de las operaciones en Italia tuvo, pues, unas consecuencias funestas para el resto de la campaña.

Durante aquellos días en Estados Unidos, Churchill se entusiasmó con la idea de un posible desembarco en la costa dalmata, utilizando setenta y cinco mil soldados polacos y posiblemente la División Neozelandesa. El 10 de septiembre Roosevelt se trasladó a Hyde Park dejando al primer ministro británico instalado en Washington: «Winston, por favor, utiliza la Casa Blanca como si fuera tu casa», dijo generosamente el presidente, animándole a invitar a ella a quien quisiera. Churchill utilizó esta licencia al máximo, convocando a Marshall para insistirle en la conveniencia

de acelerar el envío de refuerzos a Italia. El 14 de septiembre regresó por fin a Halifax para subir a bordo del crucero de batalla *Renown* y zarpar rumbo a Inglaterra. Sus anfitriones americanos se sintieron encantados de verlo partir. Su entusiasmo por aquella presencia agotadora había disminuido tanto como su paciencia con las fantasías mediterráneas del primer ministro. El secretario de Roosevelt, William Hassett, escribió cuando se fue Churchill al término de su anterior visita en el mes de mayo: «Debe de ser un alivio para el jefe, porque Churchill es un huésped pesadísimo: bebe como una esponja y fuma como una chimenea, rutinas irregulares, trabajando por las noches, durmiendo por las mañanas, cambiando por completo los horarios... Churchill tiene cerebro, agallas... y la firme determinación de conservar el imperio británico... Tiene todo menos visión». Era aquélla una opinión que por entonces compartía casi todo el mundo en la administración de Roosevelt. Harry Hopkins dijo a Eden, cuando el secretario del Foreign Office visitó Washington, que al presidente —y por supuesto al propio Hopkins— «le encanta W. como hombre para la guerra, pero le horripila su actitud reaccionaria para después de la guerra». Hopkins habló de la edad del primer ministro, y de su «imposibilidad de ser educado». Las autoridades de Estados Unidos estaban justamente convencidas de que ya había pasado el momento de elaborar estrategias mariposa. Las evasivas británicas a la realización de un ataque a través del canal de la Mancha habían dejado de ser justificables. Si los aliados occidentales querían poner tropas de tierra en la Europa continental con tiempo para obtener resultados antes de que los

rusos derrotaran a Hitler solos, la operación «Overlord» debía tener lugar en 1944. En adelante, los compromisos en Italia tendrían que ajustarse para que encajaran con la prioridad de la invasión de la Europa noroccidental, y no al revés. Prácticamente no puede culparse a Marshall ni a sus colegas de que encontraran exasperantes las nuevas pretensiones de lanzar un ataque contra el norte de Noruega planteadas por el primer ministro, ni el ataque de furia que le llevó a realizar operaciones en el Mediterráneo oriental. Tanto en Washington como en Londres eran muchos los que esperaban que Marshall fuera puesto al mando de «Overlord». Churchill había desvelado a Brooke en Quebec que la oferta de recibir este deslumbrante nombramiento que le había hecho anteriormente con excesiva alegría ya no era válida. Era una locura que tanto el primer ministro como el jefe del Estado Mayor General del Imperio supusieran ni por un momento que pudiera resultar aceptable para el cargo un oficial británico; y todavía más absurdo en el caso de Brooke, según admitiría él mismo, estar varios meses enfadado por la decepción sufrida. Brooke tenía un concepto elevadísimo y desde luego exagerado de su propia valía como estratega. Se había perjudicado lamentablemente a sí mismo, a juicio de los americanos, con sus evasivas en torno a la operación «Overlord», expresadas incluso más a las claras que las del primer ministro. Era absurdo suponer que Brooke hubiera podido reclamar el mando de una operación cuyo lanzamiento había declarado durante meses que iba a ser prematuro.

Sólo un americano podía dirigir de manera verosímil aquella cruzada predominantemente americana, pero Roosevelt dejó abierta hasta el mes de noviembre su decisión sobre quién iba a ser el elegido para el cargo. Es indudable que Marshall lo quería. El jefe de las fuerzas armadas norteamericanas abrigó incluso durante algún tiempo la fantasía de que sir John Dill fuera su lugarteniente, o incluso —si los británicos lograban convencer al presidente de que quien debía estar al mando de la operación era uno de los suyos— de que fuera nombrado comandante supremo el antiguo jefe del Estado Mayor General del Imperio. Stimson quería que fuera Marshall, pues creía que el jefe de las fuerzas armadas de Estados Unidos era el único que tenía suficiente autoridad y un carácter lo bastante fuerte para superar la «inconstancia mercurial» del primer ministro.

Churchill siempre fue paradójico como líder guerrero. Por un lado, tenía un instinto maravilloso para el combate, mucho más desarrollado que el de cualquiera de sus asesores militares. Pero su genio para la guerra se veía perjudicado por un entusiasmo excesivo por los lances, las incursiones sorpresa, las escaramuzas, las diversiones o las salidas, acciones todas ellas más propias —como los oficiales que trabajaron con él observaron con frecuencia— de un alférez de la caballería victoriana que del director de un inmenso esfuerzo de guerra industrial. La doctrina de la concentración de fuerzas, verdadera obsesión de los americanos y en especial de Marshall, era ajena a su naturaleza. Aunque Churchill abordaba sus obligaciones con una profunda seriedad en sus objetivos, quería

que la guerra, como la vida, fuera divertida. Eso hizo que los jefes de Estado Mayor norteamericanos, todos ellos hombres graves, pensaran a menudo que pecaba de frivolidad y que perseguía unos objetivos nacionales egoístas. Brooke, por su parte, era tal vez el oficial de Estado Mayor más grande que había conocido nunca el ejército británico. Pero la experiencia de tener que combatir a los alemanes durante cuatro años estando a dos velas había hecho de él un estratega demasiado prudente, y en aquellos momentos del conflicto muy poco convincente. Al igual que los americanos, se impacientaba, y llegaba incluso a exasperarse con los descabellados proyectos de Churchill. Pero en el otoño de 1943 y desde luego hasta bien entrado el invierno, Brooke compartiría con el primer ministro un mismo recelo por la operación «Overlord». Sólo la determinación de los americanos consiguió que el calendario operacional del Día D siguiera vigente. Si Roosevelt y Marshall hubieran sido más maleables, los británicos habrían preferido mantener un número mayor de fuerzas en Italia, especialmente cuando los progresos de Clark y Montgomery empezaron a languidecer. En tal caso el Día D se habría retrasado hasta 1945.

Los aliados estaban por fin decididos a tomar el puerto de Nápoles y a aprovechar la ocasión avanzando hacia el norte en dirección a Roma. Aunque a regañadientes, habían acordado que después el futuro de la campaña italiana se decidiera a la luz de los acontecimientos. John Kennedy escribió el 3 de septiembre: «Será muy interesante ver si los americanos han tenido más razón que nosotros en sus juicios acerca de la guerra en el Mediterráneo». Él,

por su parte, lamentaba amargamente la diversión de fuerzas de Italia hacia «Overlord» que estaba programada. «Pero no podemos dictar condiciones y dudo que hubiéramos podido hacer más para persuadir a los americanos. Están convencidos de que el desembarco en Francia es la única forma que hay de ganar la guerra con rapidez, y no escucharán ni un solo argumento relativo a las dificultades mecánicas de la operación o la necesidad de debilitar y de distraer a los alemanes por medio de acciones en el Mediterráneo». Un mes después, seguía escribiendo acerca de los argumentos relativos a la «estrategia del Mediterráneo frente a la estrategia “Overlord”», pero el Departamento de Guerra parecía resignado al verosímil triunfo de esta última: «Al final supongo que probablemente entremos en Francia con poca oposición y que los historiadores dirán que desperdiciamos unas oportunidades gloriosas un año antes, etc., etc.».

Beaverbrook había presentado una nueva moción en la Cámara de los Lores a favor de la apertura de un segundo frente. Últimamente se había permitido el lujo de dejarse cortejar para que volviera a formar parte del gobierno como lord del Sello Privado tras recibir garantías personales de Churchill de que la invasión había sido fijada para el verano siguiente. La vuelta de Beaverbrook exasperó a muchos ministros. Churchill habló apasionadamente de su amigo a W. P. Crozier, del *Manchester Guardian*. «Lo necesito, lo necesito. Es muy estimulante y, créame, es un gran hombre». Sir John Anderson consideró que era necesario llamar al orden a los ministros descontentos: «Dice que no debemos poner las cosas demasiado

difíciles al primer ministro», anotó Dalton, «que está dirigiendo la guerra con gran habilidad. El primer ministro estuvo muy disgustado todo el tiempo que Beaverbrook permaneció fuera del gobierno. Es un artista muy sensible, que concede mucho valor a la “presentación” y a la calidad de la palabra hablada. Le gusta tener a su alrededor a determinada gente, cuyas respuestas no resulten discordantes ni inoportunas. Ha valorado a Beaverbrook por eso durante muchos años. Por lo tanto, no debemos ser demasiado exigentes, aunque a veces las cosas no se hagan de una forma demasiado ordenada ni como es debido». Entre las irregularidades de Beaverbrook estaba, por aquel entonces, el hecho de ayudar a Randolph Churchill a pagar sus deudas. Aunque ese subsidio no influyera desde luego en la actitud del primer ministro hacia su persona, reflejaba una relación básicamente insana, como la que Beaverbrook se las arreglaba para mantener con muchos de sus conocidos.

Los americanos encontraron una causa más importante de disgusto con el comportamiento del primer ministro. El debate transatlántico seguía dominado por los intentos de los británicos de considerar el compromiso con «Overlord» como algo flexible, y por la insistencia de los estadounidenses en su inviolabilidad. Dada la supremacía de los americanos en la alianza, por entonces cada vez más explícita, Churchill debía de saber perfectamente en su fuero interno que el Día D iba a tener lugar casi con toda seguridad el verano siguiente. Pero sus intentos de dar a entender lo contrario dañaron mucho la delicada labor de encaje en la que se basaba la confianza de los



aliados. Los americanos se equivocaban al suponer que la política de Churchill iba dirigida a conseguir que la operación «Overlord» no tuviera nunca lugar. La enorme y costosísima infraestructura que ya estaba creándose en Gran Bretaña con el fin de dar apoyo a la invasión de Francia —empezando por los puertos artificiales Mulberry, tan del agrado de Churchill— demostraba la falsedad de ese planteamiento. Las veleidades del primer ministro se referían exclusivamente al calendario, pero no por eso resultaban menos dañinas. En cuanto a la opinión pública británica, al taquígrafo de Surrey, George King, no le impresionaban ni poco ni mucho las pomposas frases de Churchill acerca de la campaña de Italia: «Dice que el segundo frente ya existe, pero yo no lo veo por ninguna parte».

La impaciencia de King con el progreso de la guerra era compartida por muchos. La izquierda mostró una saña increíble hacia el gobierno. La comunista Elizabeth Belsey, mujer sumamente culta, de gustos notablemente intelectuales, comentaba en una carta a su marido que la repentina muerte del canciller, sir Kingsley Wood, «permitirá que más tarde nos ahorremos una sogá». En septiembre de 1943 escribió que sus amigos y ella «nos entretenemos confeccionando listas de las primeras personas a las que habría que fusilar cuando llegue la hora de los fusilamientos... Walter Citrine, [el secretario general de la confederación de sindicatos] Herbert Morrison, Halifax, [lord] Londonderry, lady Astor, [sir James] Grigg y un montón más». Se sintió muy dolida por la hostilidad hacia Rusia mostrada por el gobierno polaco en el exilio en Londres, y

contentísima por las muertes en un accidente de avión en Gibraltar de su líder, el general Sikorski, y del diputado *tory* Victor Cazalet: «No se ha perdido nada... A mí no me gustó nunca tener al Sikorski ése a nuestro lado, ¿y a ti?».

Los rusos, por supuesto, celebraban cualquier manifestación de descontento público con las operaciones de los aliados. El 6 de agosto, *Pravda* ofrecía a sus lectores uno de sus comentarios más moderados:

*Sería un error restar importancia a las operaciones militares de los aliados, al bombardeo de Alemania por las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas, y a la importancia de las provisiones y del material militar que nos suministran. No obstante, sólo cuatro divisiones alemanas se enfrentaron a nuestros aliados en Libia, y únicamente dos divisiones alemanas y unas cuantas italianas en Sicilia. Estas estadísticas bastan para demostrar la verdadera magnitud de sus operaciones comparadas con las desarrolladas en el frente germano-soviético, donde Hitler tenía ciento ochenta divisiones alemanas y unas sesenta divisiones de sus «aliados» en el verano de 1942... Los ejércitos de nuestros aliados británicos y americanos hasta el momento no han tenido encuentros serios con las tropas de la Alemania de Hitler. El segundo frente hasta ahora no existe.*

*¿Qué es el segundo frente? No hay razón para prestar atención al parloteo de algunos que fingen que no saben de qué estamos hablando; que afirman que ya existe no sólo un segundo frente,*

*sino también un tercero, un cuarto, y probablemente un quinto y un sexto (incluidas las campañas aéreas y submarinas, etc.). Si queremos hablar en serio de un segundo frente en Europa, éste supondría una campaña que, como señalara el camarada Stalin ya en el otoño de 1942, comportara la diversión de unas sesenta divisiones alemanas y de otras veinte de los «aliados» de Alemania.*

*Ya conocemos todas las excusas utilizadas para justificar los retrasos... Por ejemplo, las discusiones en torno al mítico «Muro Atlántico» [de Hitler], y el problema supuestamente insoluble de los medios de transporte. El «inexpugnable Muro Atlántico» existe sólo en las mentes de los que quieren creer en esas mentiras... Tras el éxito del gran desembarco aliado en el norte de África el año pasado, y el de la operación de los aliados en Sicilia, parece ridículo hablar de «problemas de transporte» en lo tocante a un desembarco en Europa occidental.*

En medio del torrente de la propaganda, la altisonancia y los insultos soviéticos, a los ministros y diplomáticos británicos y norteamericanos les costaba trabajo discernir cuáles eran las verdaderas opiniones de Moscú. Mucho después de acabada la guerra, Molotov reconoció ante un entrevistador ruso que Stalin era mucho más realista de lo que nunca llegó a admitir ante Churchill. El antiguo ministro soviético de Asuntos Exteriores habló con gratitud de la campaña de Italia:

*Incluso aquella ayuda nos resultó muy útil. Al fin y al cabo, no estábamos defendiendo a Inglaterra, estábamos defendiendo el socialismo, ¿verdad? ¿Y acaso podíamos esperar que contribuyeran a defender al socialismo? ¡Los bolcheviques habrían sido idiotas si hubieran esperado algo así! Sencillamente teníamos que poder presionarlos, decirles: « ¡Qué cobardes sois!»... El pueblo [británico] naturalmente se daba cuenta de que los rusos estábamos luchando, mientras que su país no lo hacía. Y [los angloamericanos] no sólo se abstenían de combatir, sino que además nos escribían y nos decían una cosa, pero luego hacían algo completamente distinto. Eso hizo que su pueblo se diera cuenta de la verdad y preguntara a sus líderes: ¿por qué mentís? Eso socavaba la fe en los imperialistas. Y todo eso era muy importante para nosotros.*

A finales de junio de 1943, Stalin mandó llamar a Iván Maisky a Moscú y en agosto lo sustituyó formalmente como embajador en Londres. El caudillo soviético dijo al individuo que había nombrado como titular de la embajada, un *apparatchik* del partido de treinta y siete años llamado Fyodor Gusev, que Maisky «se había esforzado demasiado en justificar a los ingleses que están sabotando la apertura del segundo frente». Churchill se sintió consternado por la destitución de Maisky, y no quedó muy bien impresionado por Gusev, que apenas entendía el inglés y cuyas dotes sociales eran nulas. En su primera entrevista con el nuevo embajador, el primer ministro obligó al legado ruso, que se negaba a cogerla, a quedarse

con una carta enviada por Stalin en la que denunciaba el envío de suministros británicos con retraso, y le dijo que no estaba dispuesto a aceptar aquel comunicado tan insultante. Gusev escribiría más tarde: «Literalmente me metió el sobre en las manos de un golpe, dio media vuelta y regresó a su escritorio». Tras comunicar esta entrevista a Moscú, no sin temor, se sintió aliviado al ver lo que le decía Molotov: «Te has comportado correctamente con lo del sobre. Consideramos la devolución del sobre simplemente un gesto más de histeria por parte de Churchill... A partir de este momento, entregarás las cartas del camarada Stalin y otros documentos sólo en ruso. Recuerda que en Moscú los ingleses sólo nos entregan documentos en inglés, incluso las cartas dirigidas al camarada Stalin». Pasaron seis meses antes de que Churchill aceptara recibir de nuevo a Gusev.

En 1943 hubo en Gran Bretaña más huelgas de mineros que nunca desde el año 1900. *The Times* publicó el siguiente editorial el 3 de septiembre, en medio de un nuevo paro en los pozos: «La propensión a la huelga... quizá tenga un origen común. Está muy extendida la idea de que la guerra marcha tan bien que el esfuerzo en la industria puede relajarse».

El sindicalista Jack Jones escribió a Brendan Bracken desde Cardiff el 3 de octubre de 1943:

*Creo que puedo afirmar que sé lo que piensan nuestros trabajadores, que son tan leales como los hombres y las mujeres de las fuerzas armadas. ¡Pero hacen huelga! Y en un momento en el que es más importante que nunca que no la hagan. Es*

*posible que el próximo invierno haya otros paros incluso más desastrosos.*

*El propio momento induce a la sensación de cansancio de la guerra y a la crispación, especialmente cuando lo que se está haciendo no tiene nada de espectacular, que llame la atención o que se salga de la monotonía... La duda constante es como una especie de cerilla capaz de encender un resentimiento infinito contra las condiciones de la guerra... Lo que hace falta para calmarlos es un tónico. Recuerdo durante la pasada guerra el efecto tonificante que sobre los mineros del sur de Gales tuvieron la visita y las palabras de L[loyd] G[eorge]... Pero la guerra actual deja pequeña a la otra, y el señor Churchill ha tenido mucho más que hacer que lo que tuvo nunca L. G.... Mi fe en el liderazgo del señor Churchill es más grande que nunca. Pero tengo la impresión de que ahora su capacidad de inspirar a los demás debería dedicarse, en la medida de lo humanamente posible, a calmar y a inspirar a la espléndida línea de producción de nuestro Frente Interno.*

La incapacidad de Churchill de llegar a la clase trabajadora industrial, más allá de sus alocuciones por radio a nivel nacional y de sus discursos, reflejaba en parte una falta de interés. Prefería dedicarse a la dirección de la guerra y a los asuntos exteriores; y en parte también, estaba el hecho de que tenía muy poco que decir a los trabajadores de las fábricas que éstos quisieran oír. Confió en particular a Ernest Bevin la tarea de unir y levantar los ánimos de

los mineros que votaban y de los obreros al Partido Laborista. Él no podía ofrecer a aquellas personas la imagen de la Gran Bretaña de posguerra y especialmente de cambio socialista en la que habían fijado su mente y su corazón. El firme compromiso de Churchill con la victoria era la base de su grandeza como líder de guerra. Pero, en el otoño de 1943, para una proporción cada vez mayor de su pueblo aquello no bastaba.

En aquel momento, entre la campaña de Italia y la de Normandía, realizó uno de sus últimos intentos de llevar a cabo una iniciativa estratégica explícitamente británica, en contra de los deseos de los americanos. Creía que el Mediterráneo oriental ofrecía unas oportunidades que Washington no era capaz de reconocer. Intentó, por lo tanto, sacar provecho de ellas utilizando fuerzas exclusivamente británicas. La consecuencia de todo esto fue un desastre, aunque menor en la escala de una guerra global, que vino a subrayar de la manera más dolorosa imaginable la fuerza residual de los alemanes, junto con las limitaciones del poder británico cuando Estados Unidos retiraba su apoyo.

## Capítulo 15

### Hundido en el Egeo

Una de las películas épicas más famosas sobre la Segunda Guerra Mundial es, sin duda, *Los cañones de Navarone*, de Carl Foreman, basada en la novela del mismo título de Alistair MacLean, publicada en 1957. Cuenta el desembarco de un equipo británico de fuerzas especiales en una isla griega del Egeo. Después de llevar a cabo magníficas hazañas, los ingleses logran anular las defensas alemanas, dejando el camino libre a los destructores de la marina real. La novela de MacLean se inspiraba en una serie de extraordinarios episodios que se sucedieron en el Mediterráneo oriental en el otoño de 1943, y que merecen que los que estudian la guerra los conozcan mejor. Pero no porque al final los británicos se alcen con el triunfo, cosa que no ocurrió, sino porque representa el estudio de un caso de locura de la que Winston Churchill fue el principal responsable. El relato merece un repaso y un análisis, pues constituye un ejemplo de las consecuencias de las decisiones temerarias e imprudentes que podía llegar a tomar el primer ministro. Aunque la campaña fue por suerte de poca envergadura, las meteduras de pata fueron muchas y muy graves. Nos ayudan a comprender por qué los estrategas que colaboraban estrechamente con Churchill a veces se desesperaban ante las obsesiones del primer ministro.

Rodas y las otras islas mucho más pequeñas del norte del Dodecaneso, situadas a pocos kilómetros de la costa de Turquía,



están habitadas por griegos. Italia se había apoderado de ellas en 1912. Tres años más tarde, Francia y Gran Bretaña ratificaron esta vergonzosa empresa imperialista, como parte del precio que tuvieron que pagar para que el país alpino se uniera a la causa aliada en la primera guerra mundial. Desde entonces, las islas, que apenas tenían atractivos, a excepción de su árida belleza y su localización estratégica, habían estado guarnecidas por fuerzas italianas. Llamaron por primera vez la atención de Churchill en 1940. El primer ministro pensó, sin duda equivocadamente, que si los aliados conseguían echar a los italianos, este cambio de poder en el Mediterráneo oriental induciría a Turquía a entrar en guerra. Por orden suya, en febrero de 1941 los comandantes británicos llevaron a cabo una incursión que acabó en fracaso. Durante los dos años siguientes se consideró que las islas quedaban fuera del alcance de los aliados. Pero a medida que fueron disipándose las nubes en el Mediterráneo, comenzó a revivir el entusiasmo de Churchill por el Egeo. En Casablanca insistió a los americanos en la importancia de capturar Rodas y el Dodecaneso, y con este objetivo encomendó a sus jefes de Estado Mayor la tarea de preparar un plan. Además de las tropas, sería necesario contar con lanchas de desembarque y cazas americanos. El bimotor Lightning y el Beaufighter británico eran los dos únicos modelos de avión disponibles que tenían el alcance suficiente para dar cobertura aérea en aguas del Egeo desde las bases del norte de África. Churchill pidió que se utilizara la máxima «habilidad» y todos los «recursos» necesarios para garantizar la conquista del Dodecaneso.

Se planificó la campaña para dos escenarios alternativos. El primero preveía la «toma fácil» de Rodas con la conformidad de los italianos; el segundo ponía en marcha la operación «Accolade» para llevar a cabo una invasión afrontando la oposición alemana. La prioridad de la campaña de Sicilia, sin embargo, comportó que a finales del verano no se hubiera hecho nada. El 13 de agosto John Kennedy escribía: «Tendremos que anular lo del Egeo». El Departamento de Guerra se dio cuenta de que la invasión de Italia, y la preparación de la operación «Overlord», hacían imposible cualquier campaña en aquella zona del Mediterráneo. No obstante, la inminente rendición de Italia vino a reavivar las ambiciones del primer ministro por conquistar el Egeo. Churchill seguía convencido de que un golpe de los aliados en sus islas precipitaría la entrada de Turquía en la guerra.

Los americanos no tenían ningún interés en la campaña del Egeo ni en los turcos como aliados. Consideraban que las aspiraciones británicas en el Mediterráneo oriental respondían a su viejo imperialismo y no a razones estratégicas modernas, y se opusieron firmemente a cualquier diversión de los recursos destinados a la invasión de Italia, por no hablar de los de la operación «Overlord». Durante la primera conferencia de Quebec —la llamada «Quadrant»—, celebrada en el mes de agosto, elogiaron el entusiasmo de los británicos por una ofensiva en el Egeo, pero dejaron bien claro que lo que quisiera hacer Churchill en Rodas y el Dodecaneso tendría que llevarse a cabo exclusivamente con los recursos de los que pudiera disponer el general sir Henry «Jumbo»

Maitland Wilson, por aquel entonces comandante en jefe de las fuerzas de Oriente Medio en El Cairo («su jumbónica majestad», como llamaba Macmillan a este corpulento dignatario carente de imaginación). En otras palabras, los británicos se quedaban solos. No iba a haber ni cazas Lightning de las fuerzas aéreas norteamericanas ni las pocas lanchas de desembarque tan necesarias. En un momento en el que la concentración de fuerzas para los principales objetivos de los aliados parecía más importante que nunca, las autoridades estadounidenses decidieron no efectuar una dispersión de recursos absolutamente gratuita.

El primer ministro no quiso dar marcha atrás. Presionó a Maitland Wilson para que desembarcara en Rodas fuera como fuese. El general, que no era precisamente uno de los grandes estrategas militares de su país, pero que siempre estaba dispuesto a satisfacer los deseos de Churchill, eligió a la 4.<sup>a</sup> División India para llevar a cabo la operación «Accolade». Luego, sin embargo, se decidió que los indios eran necesarios en Italia. La despena de Maitland Wilson quedó prácticamente vacía de hombres que empuñaran las armas. El 31 de agosto el general mandaba un cablegrama a Eisenhower en los siguientes términos: «Cualquier ofensiva contra Rodas o Creta, con la excepción de una ocupación de las islas sin oposición, es actualmente inviable». El primer ministro no estaba de acuerdo con él. Los alemanes estaban en retirada en todas partes. En el frente oriental acababan de sufrir una derrota demoledora en Kursk. Habían sido expulsados de Sicilia. Italia estaba a punto de deponer las armas. En todos los frentes, los mensajes descifrados de Ultra

ponían de manifiesto que los comandantes alemanes veían con consternación cómo flaqueaban sus fuerzas ante el avance aliado. En semejantes circunstancias, era evidente que incluso un número reducido de hombres capitaneados con audacia podían acabar con la presencia residual alemana en el Egeo. Si las operaciones en el Mediterráneo oriental debían efectuarse a una escala modesta, a ojos del primer ministro éstas adquirirían mayor lustre, pues la rapidez, la precipitación y un toque de piratería podrían proporcionar a Gran Bretaña un triunfo exclusivo.

A instancias de Londres, Maitland Wilson volvió a poner en marcha la operación «Accolade», creando para ello un contingente de fuerzas con los hombres que pudo reunir rascando aquí y allá. El 9 de septiembre el primer ministro recibió con alegría la noticia de los progresos de su anhelado proyecto haciendo la siguiente anotación: «Perfecto. Ha llegado la hora de jugar fuerte. De improvisar y de ser atrevidos». Al cabo de cuatro días mandó un cablegrama a Maitland Wilson: «La conquista de Rodas en este momento con la colaboración italiana representaría una magnífica contribución a la guerra en general. ¿Puede improvisar la guarnición necesaria?... ¿Con qué cantidad total de víveres cuenta? Ha llegado el momento de acordarse de Clive y Peterborough, y de los hombres de Brooke en Gibraltar...». Ni que decir tiene que la alusión del primer ministro a la «cantidad total de víveres» no era más que una manera sutil de recordar al comandante en jefe que tenía a sus órdenes a un gran número de hombres, repartidos a lo largo y ancho de cientos de miles de kilómetros cuadrados, en su mayoría dedicados a tareas de

logística o de guarnición. La conmovedora invocación de Churchill a aquellas históricas victorias del imperio ignoraba el hecho de que las tropas de Maitland Wilson estaban a punto de enfrentarse al ejército alemán.

A lo largo de la guerra persistió una diferencia de principios fundamental: a los británicos les gustaban las operaciones de una envergadura limitada, mientras que a los estadounidenses, con la excepción aislada de MacArthur, no. La doctrina estratégica de los americanos estaba dominada, al igual que la de los alemanes, por la fe en la concentración de fuerzas. El ejército de Estados Unidos realizó muy pocas incursiones como las que tanto les gustaba llevar a cabo a los británicos, y en particular a Churchill (Vaasgo, Bruneval, Saint-Nazaire, Bardia o Dieppe, entre otras muchas, dan fe de ello). Las fuerzas especiales atraieron a un número elevadísimo de los soldados más valientes de Gran Bretaña, voluntarios que se sentían estimulados por la perspectiva de entrar en acción inmediatamente en una operación aislada, en vez de hacerlo encorsetados en una jerarquía militar en enfrentamientos retrasados una y otra vez. Brooke deploraba la proliferación de comandos en el ejército y la marina. En su opinión, probablemente acertada, las funciones de esos grupos habrían podido realizarlas unidades regulares entrenadas para llevar a cabo exclusivamente misiones específicas. El crecimiento masivo de fuerzas especiales británicas fue un reflejo de la convicción del primer ministro de que la guerra debía, en la medida de lo posible, mantener entretenidos a sus participantes y mostrar al mundo hazañas temerarias que

sirvieran de inspiración al pueblo. En este sentido, los «ejércitos privados» de élite cumplieron su objetivo. Pero no contribuyeron a los intereses más generales del ejército británico, una de cuyas enfermedades crónicas era la falta de buenos soldados de infantería para los grandes campos de batalla. Demasiados soldados británicos de primerísima calidad se pasaron la guerra realizando actividades irregulares de dudoso valor estratégico, a las que eran tan aficionados.

\* \* \* \*

Desde 1940 las operaciones en el Mediterráneo habían inspirado la creación de una serie de exóticas unidades que disfrutaban del apoyo del primer ministro y estaban dirigidas por figuras prominentes de la sociedad o por individuos excéntricos inspirados, y a menudo por ambos a la vez. El Servicio Aéreo Especial, el Escuadrón Especial de Lanchas, el Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción, el Ejército Privado de Popski, el Grupo Especial para Interrogatorios y otros parecidos dieron muchas satisfacciones a sus integrantes, y supusieron para el enemigo graves inconvenientes de diverso grado de intensidad. En ausencia de fuerzas más contundentes, cuando Italia anunció de repente que pasaba al bando aliado, Maitland Wilson decidió recurrir a uno de los «ejércitos privados», el Escuadrón Especial de Lanchas, para efectuar los primeros movimientos en el Egeo. Mientras los incursos comenzaron a desembarcar poco a poco en todas las islas que tenían a su alcance, el jefe de las fuerzas de Oriente Medio envió al comandante de la unidad a entrevistarse con los italianos

en calidad de emisario para instarles a rebelarse sin demora contra los alemanes que había en la zona, sin esperar a la llegada de las tropas británicas.

El comandante conde de Jellicoe, hijo del que fuera almirante en la primera guerra mundial, guió a sus hombres del Escuadrón Especial de Lanchas con notable arrojo y entusiasmo. La noche del 9 de septiembre, tras verse obligado a abandonar inesperadamente la vida de ocio en el Líbano, el aguerrido aristócrata fue lanzado en paracaídas sobre Rodas junto con un operador de radio y un oficial polaco que hablaba italiano, cuyo nombre de guerra era «comandante Dolbey» y que hasta entonces nunca había saltado en paracaídas. Dolbey se fracturó una pierna al tocar tierra. Jellicoe, que en cuanto pisó el suelo fue objeto de un intenso tiroteo, se sintió en la obligación de comerse la carta que le había entregado el general Maitland Wilson para el gobernador italiano, el almirante Iñigo Campioni. Cuando cesó el fuego, sin embargo, un grupo de soldados italianos condujo al grupo británico al cuartel general de Campioni. Una vez allí, con la ayuda de Dolbey, que hacía de intérprete a pesar del horrible dolor que le producía la fractura, Jellicoe comenzó a convencer al gobernador de que se uniera a la suerte de los aliados.

En un primer momento, Campioni se mostró entusiasmado con la idea. Pero su fervor se apagó cuando tuvo conocimiento de que los británicos sólo esperaban poder desembarcar en Rodas a unos pocos centenares de hombres, mientras seguía en la isla un importante contingente alemán. Todavía dudaba entre decantarse

por una beligerancia activa o por un gesto simbólico, cuando seis mil hombres de la división de asalto alemana en Rodas protagonizaron su propio golpe de efecto, ocupando toda la isla y haciendo prisioneros a los treinta y cinco mil integrantes de la guarnición italiana. Jellicoe y Dolbey tuvieron la suerte de que Campioni les permitiera escapar en una embarcación, y se libraron de ser capturados. El general Maitland Wilson escribiría más tarde que el ánimo del almirante «se vio claramente afectado por el retraso y por el hecho de que los alemanes estuvieran allí, y nosotros no». El desafortunado gobernador italiano fue el que salió peor parado en todos los sentidos. Después de haber decepcionado a los británicos, acabó siendo fusilado más tarde por los alemanes.

La posesión de Rodas y de sus magníficos aeródromos permitió a las fuerzas de Hitler dominar el Egeo. La decisión más prudente que habrían debido tomar los británicos era admitir que su estrategia había sido un fracaso y dejar sus ambiciones a un lado. Sin embargo, en lugar de seguir ese camino, optaron por la alternativa opuesta que acabaría por empeorar el fiasco. Con el fin de revertir la situación reinante el 11 de septiembre, pensaron que si conseguían capturar otras islas vecinas, éstas podrían convertirse en una plataforma de salto que permitiera llevar a cabo un desembarco en Rodas en el mes de octubre. Fue una decisión temeraria, de la que Maitland Wilson sería el responsable directo, aunque la culpa en último término fuera de Churchill, que mandó un sinfín de mensajes instando al general a seguir adelante. No sólo se carecía de las fuerzas necesarias para luchar en el Dodecaneso, sino que un

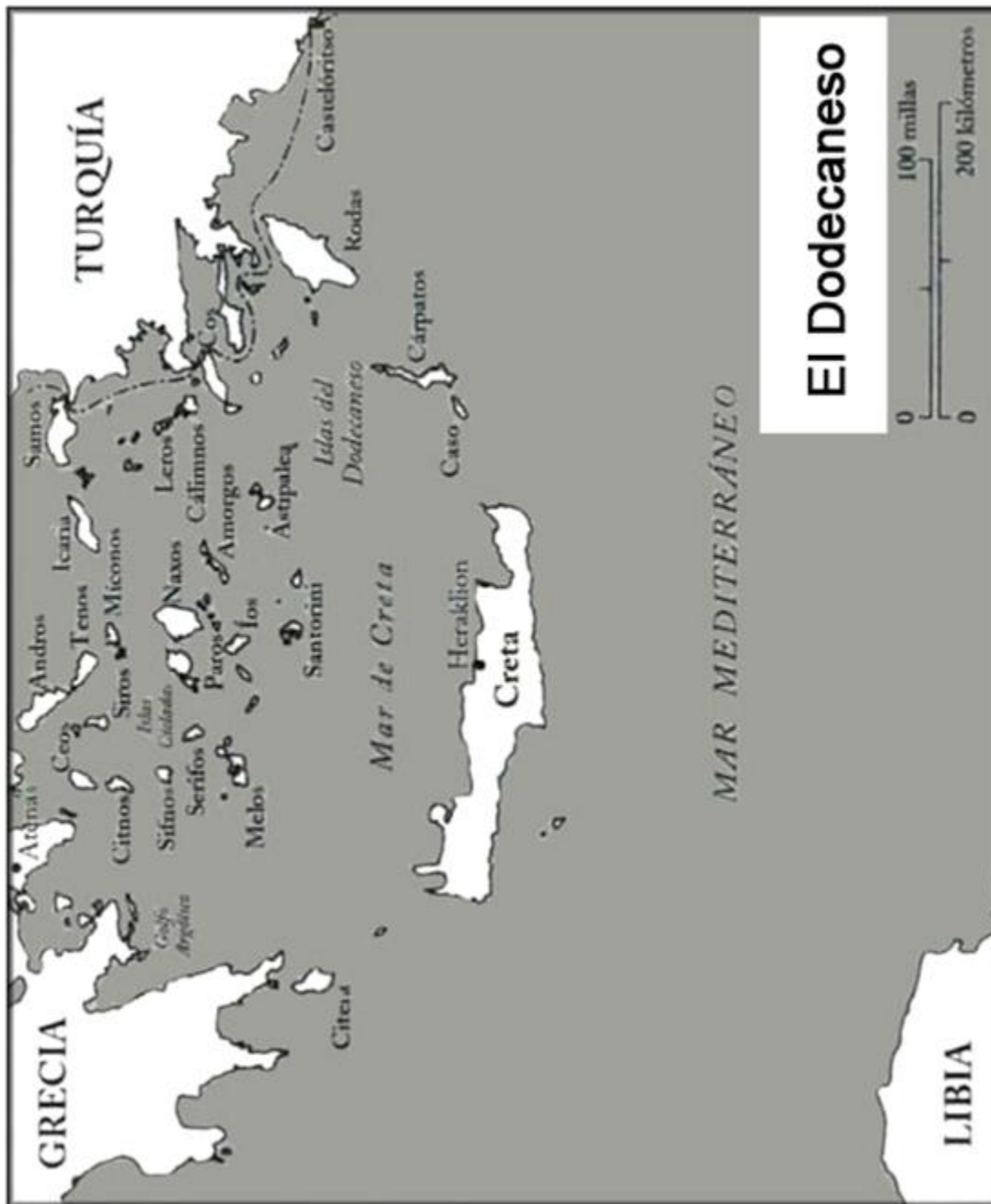


ataque contra Rodas, firmemente defendida por los alemanes, habría comportado un baño de sangre para la consecución de un objetivo, al fin y al cabo sumamente secundario desde el punto de vista estratégico. El 18 de septiembre *The Times* informaba a sus lectores de la puesta en marcha de una serie de operaciones en el Dodecaneso, y comentaba: «Es de prever que los alemanes intenten expulsar a los aliados con lanzamientos de paracaidistas, pero se espera... que las fuerzas aliadas sean suficientemente numerosas para frustrar las tentativas enemigas. Así pues, la suerte del Egeo depende de un abanico de posibilidades».

La fortuna, sin embargo, no sonreiría a los británicos. Lo que ocurrió en septiembre y octubre de 1943 fue una calamidad, salpicada de hazañas y actuaciones piráticas, a cual más merecedora de inspirar un guión para una película épica. Las patrullas del Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción, que se habían quedado sin dunas en las que pelear porque había acabado la campaña del norte de África, empezaron a llegar al Dodecaneso a bordo de lanchas de desembarco, aeroplanos, falúas, caiques, canoas y barcas de la rimbombantemente llamada Flotilla Goleta del Levante de las Fuerzas de Incursión. Una compañía del Regimiento Paracaidista saltó sobre la isla de Cos desde aviones Dakota. Con la ayuda de dos motoras, un grupo de hombres del Escuadrón Especial de Lanchas de Jellicoe desembarcó en Kastellorizo, y desde allí se fue desplegando a otras islas. Varias compañías de la 234.<sup>a</sup> Brigada, la única fuerza de infantería británica disponible, fueron

trasladadas poco a poco a Cos y a Leros, a medida que iban encontrándose embarcaciones para ello.

Un escuadrón de aviones Spitfire tripulados por sudafricanos fue enviado a Cos, donde había un aeródromo. Un oficial británico instaló allí su cuartel general al lado del de la guarnición de los italianos, los nuevos aliados que seguían claramente sin saber cómo actuar. Un oficial de la SOE llegó a Samos acompañado de varios centenares de soldados. Un general que hacía las veces de agregado militar en Ankara se dirigió a la zona desde Turquía. Pronto hubo unos cinco mil británicos repartidos por todo el archipiélago. Las disposiciones de los mandos eran caóticas, poniendo de manifiesto una absoluta falta de coordinación entre el ejército de tierra, la marina y las fuerzas aéreas. Pero en aquellos primeros días de ingenuidad, muchos de los recién llegados tuvieron la sensación de que protagonizaban una aventura en los mares de intenso color azul y las islas escarpadas de la mitología clásica. En medio de áridas colinas, olivares y casitas de pueblo pintadas de blanco, los bucaneros británicos, cargados con sus ametralladoras y sus granadas, se mezclaron con la población local griega, respiraron a fondo el aire que otrora estimulara a Byron, armaron sus tiendas de campaña y se pusieron a esperar la reacción de los alemanes.



No tuvieron que aguardar mucho. Hitler no estaba dispuesto a renunciar al control del Egeo. Los alemanes comenzaron a responder a los intentos de ataque de los británicos por mar y por aire con su habitual energía y efectividad. Casi todos los días se producía alguna escaramuza: los Beaufighter de la RAF lanzaban

sus bombas contra los barcos alemanes; los aviones de la Luftwaffe atacaban la isla de Cos; y las patrullas del Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción y elementos del Escuadrón Especial de Lanchas se enfrentaban a destacamentos alemanes allí donde los encontraban. Un oficial de otro grupo de inteligencia británico, el MI9, fue secuestrado —y herido en una pierna— por sorpresa por unos marineros pro fascistas que lo trasladaban en una lancha italiana de un puerto a otro de la zona. Esos hombres decidieron cambiar de bando cuando oyeron por la radio que Mussolini había sido rescatado de su prisión en las montañas por los comandos nazis de Otto Skorzeny. En varias islas reinaba el caos más absoluto entre italianos y británicos, pues ambos bandos desconocían las posiciones y la lealtad del otro. A dos oficiales británicos que habían sido hechos prisioneros, su guardia austriaco les propuso dejarlos escapar con la condición de que lo dejaran ir con ellos. Captores y cautivos intercambiaban a menudo sus papeles a medida que iban y venían las noticias relacionadas con el desarrollo de la pequeña campaña.

Sin embargo, las novedades no tardarían en apuntar hacia una misma dirección. Los alemanes estaban ganando. En Grecia y en el Egeo tenían 362 aviones operacionales, muchos de los cuales pudieron actuar en el Dodecaneso. El escuadrón de aparatos Spitfire pilotados por sudafricanos que se encontraba en Cos fue hecho añicos en el aire y en tierra por los Bf 109 enemigos. La RAF perdió un gran número de aviones Beaufighter en ataques contra la marina alemana que apenas infligieron daños a los barcos

enemigos. Los bombardeos alemanes desmoralizaban a los británicos —y aún más a sus nuevos aliados italianos—, y contribuían a la destrucción de los Dakotas que hacían servicios de lanzadera a Cos. La marina real se exasperaba ante las dificultades que suponía mantener abiertas las vías de suministro a unas islas apenas controladas bajo el intenso ataque aéreo de los alemanes. Las tropas británicas de la región eran un baturrillo de fuerzas especiales, personal de inteligencia, artilleros, soldados de infantería e individuos de «todo tipo», carente de cohesión, coherencia y convicción. La fuerza principal, la 234.<sup>a</sup> Brigada, había pasado los últimos tres años guarneciendo Malta, donde sus hombres se habían convertido en verdaderos expertos en bombardeos, en pasar hambre y en permanecer con los brazos cruzados, pero no en batallas. En el quinto año de contienda, cuando en prácticamente todos los teatros de la guerra ganaban los aliados, en el Mediterráneo oriental Churchill creó una apurada situación en la que fueron localmente vulnerables por tierra, por mar y por aire.

\* \* \* \*

La mañana del 3 de octubre, los seiscientos ochenta soldados, los quinientos hombres que formaban el personal de vuelo y de tierra de la RAF y los tres mil quinientos italianos que se hallaban en Cos descubrieron al despertar que los barcos alemanes anclados frente a la isla estaban desembarcando una fuerza invasora del volumen de una brigada, cuya llegada no había sido anunciada, y cuyas actividades no encontraron resistencia. Se atribuyó a la capacidad de improvisación de los alemanes que semejante operación pudiera

haber sido llevada a cabo sin apenas el entrenamiento y la parafernalia especialista que los aliados consideraban aspectos esenciales para cualquier tipo de desembarco anfibio. Los alemanes organizaron la invasión de Cos con un contingente de hombres relativamente pequeño, apoyados por lanzamientos paracaidistas, contra los que la RAF respondió con ataques aéreos sin obtener los resultados deseados. Los defensores británicos, que carecían de movilidad y, además, no estaban dispuestos a abandonar sus posiciones, se dedicaron a lanzar rápidos contraataques.

La isla media unos cuarenta y cinco kilómetros de largo por unos diez de ancho, y tenía veinte mil habitantes aproximadamente. Sus accidentadas colinas, en las que resultaba imposible atrincherarse, llegaban a alcanzar una altura de ochocientos cincuenta metros. Tras dos días de combate, dos mil alemanes, apoyados por un número considerable de bombarderos en picado Stuka, se hicieron con el control de Cos sin sufrir apenas bajas (sólo quince muertos y setenta heridos). Cayeron en sus manos 3145 italianos y 1388 británicos, que fueron hechos prisioneros, junto con un montón de armas, depósitos de suministros y equipamiento. Ni los italianos ni el personal de la RAF presente en la isla demostraron grandes deseos de participar en la batalla terrestre. Fue una idea absurda por parte de Londres suponer que las tropas italianas, las cuales habían demostrado a lo largo de tres años su reticencia a combatir contra los aliados, iban a estar más motivadas para enfrentarse a los alemanes. Los hombres de la Infantería Ligera de Durham eran inferiores en número respecto a las fuerzas enemigas, carecían de

experiencia y nunca tuvieron buenas perspectivas de éxito. Churchill calificó la defensa de Cos de «resistencia insatisfactoria». Aunque en sus palabras había mucho de verdad, lo cierto es que los principales responsables del fracaso fueron los que colocaron allí a la guarnición. Los que salieron peor parados fueron los italianos, que pagaron un alto precio por su breve cambio de alianzas. En Cefalonia, en las islas jónicas, los alemanes ya habían llevado a cabo una matanza masiva, acabando con los cuatro mil soldados «traidores» italianos que se rindieron a ellos. En Cos los vencedores se limitarían a ejecutar a 89 oficiales del país alpino. Gracias a su firme determinación, unas pocas decenas de fugitivos británicos consiguieron escapar de allí en lanchas y en barcas.

Durante los días y las semanas que siguieron a la pérdida de Cos, Churchill intentó en vano convencer a Eisenhower de que enviara recursos de Italia para reconquistarla. En otras islas las unidades de Hitler y las fuerzas especiales británicas estuvieron durante un buen tiempo jugando al gato y al ratón. Los alemanes realizaron otro ataque aerotransportado contra Astipalea. Las tripulaciones de la Luftwaffe, acostumbradas al desánimo de muchos de sus compatriotas que sabían que se estaba perdiendo la guerra, quedaron sorprendidas ante la extraordinaria actitud de los paracaidistas que transportaban en sus Junker, unos hombres que, mientras se dirigían a la zona de lanzamientos, cantaban, «*Kameraden*, hoy ya no hay vuelta atrás». En esta fase final de la guerra, los obsequiosos británicos proporcionarían a los

Fallschirmjäger un escenario en el que todavía quedaban victorias por ganar.

El Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción, cuyos hombres carecían de organización, entrenamiento y equipos para combatir como soldados de infantería, sufrieron importantes pérdidas en enfrentamientos irregulares. En aquellos momentos, la principal fuerza británica del Dodecaneso tenía su base en Leros, una isla mucho más pequeña que Cos, situada a unos treinta y dos kilómetros al norte. Cuando el comandante británico del lugar se enteró de que unos prisioneros alemanes de la vecina Lébita habían conseguido imponerse a sus captores y hacerse con el control, envió a cincuenta hombres del Grupo del Desierto a bordo de dos lanchas a motor a reconquistar la isla. Tras desembarcar, este contingente tuvo una serie de rifirrafes con el enemigo que acabaron con la muerte de cuatro de sus hombres y la captura de casi todos los demás. Sólo siete pudieron escapar al caer la noche, gracias a la marina real. Lébita se mantuvo firmemente en manos alemanas. Churchill quedó sumamente consternado por las constantes desgracias sufridas en el Egeo, y con razón. El 6 de octubre Brooke escribiría: «Tengo muy claro que con los compromisos que tenemos en Italia no deberíamos embarcarnos en grandes operaciones en el Egeo... [no obstante], el primer ministro está por ahora firmemente decidido a ir a por Rodas sin tener en cuenta las consecuencias que de ello puedan derivarse en Italia». Churchill se impacientaba por viajar personalmente al norte de África e incitar a los americanos a emprender operaciones en el Egeo. Cadogan contaba: «Está



entusiasmado por Cos y quiere conducir una expedición a Rodas». El primer ministro trató en vano de convencer a Washington de que Marshall se dirigiera a Túnez para entrevistarse con él, y poder así persuadirlo de las virtudes de la campaña en el Egeo. El 7 de octubre escribió personalmente a Roosevelt: «Nunca he pretendido enviar un ejército a los Balcanes, sino estimular la intensa actividad de guerra de guerrillas de la zona por medio de agentes y comandos. De esta manera pueden obtenerse unos frutos sumamente relevantes por sus consecuencias, y a un coste muy inferior al de las grandes operaciones. Lo que pido es la conquista de Rodas y de otras islas del Dodecaneso... Leros, que por ahora conservamos de manera muy precaria, es una valiosa fortaleza naval, y una vez instalados en la zona, las fuerzas aéreas y navales tendrían un importante papel que desempeñar... Le ruego lo considere detenidamente». Sostenía que las operaciones en el Mediterráneo oriental «bien valen al menos una división de primera categoría». Los americanos no estuvieron de acuerdo. Se limitaron a enviar unos escuadrones de cazas Lightning a Libia, para que sirvieran de apoyo a la marina real en el Egeo. No obstante, para ellos había antes otras prioridades, y al cabo de sólo cuatro días retiraron esos aparatos. De todos modos, como los alemanes utilizaban sus cazas de un solo motor Bf 109, a todas luces superiores, es harto improbable que los bimotores Lightning hubieran logrado alterar la balanza del poderío aéreo en la zona con más éxito del alcanzado por los Beaufighter de la RAF. Pero los británicos se sintieron muy molestos por tener que librar solos aquella batalla.

\* \* \* \*

El 8 de octubre *The Times* decía desde Londres lo siguiente a propósito de la caída de Cos: «No puede esperarse que todas las empresas aliadas se coronen con éxito; pero tampoco puede negarse que el estado de las cosas en el Dodecaneso sea causa de una gran zozobra». El periódico planteaba cuestiones muy pertinentes, preguntándose a qué se debía la escasa envergadura de las fuerzas aliadas destinadas a esa campaña. Aquel día Brooke anotó en su diario: «¡Poco a poco voy convenciéndome de que, con el paso de los años, Winston está convirtiéndose en una persona cada vez menos equilibrada! Ya no puedo controlarlo. Se ha entusiasmado en grado extremo por el ataque de Rodas, ha magnificado su importancia, de modo que es incapaz de ver nada más, y ha puesto todo su empeño exclusivamente en la conquista de esta isla, incluso a costa de poner en peligro sus relaciones con el presidente y con los americanos, así como el futuro de la campaña de Italia. ¡Se niega a escuchar cualquier argumento y a ver los peligros!... ¡Todo esto es una locura, y está adoptando innecesariamente una postura muy delicada! Los americanos ya recelan de él una barbaridad, y esto no vendrá más que a empeorar las cosas».

Brooke tenía razón en todo lo que decía. Ese mismo día, el 8 de octubre, Churchill volvió a escribir un mensaje a los americanos, dirigiéndose a Eisenhower y al presidente: «Propongo... decir al general Wilson que es libre de ordenar la evacuación de la guarnición [de Leros] si considera la posición perdida... No perderé el tiempo en explicar cuán dolorosa me resulta semejante decisión».

Pero Leros no fue evacuada, como debía haberlo sido. El 10 de octubre Churchill envió a Maitland Wilson un cablegrama en los siguientes términos: «Resista en la medida de lo posible... si, después de todo, se ve obligado a abandonar, lo apoyaré, pero el premio es la victoria».

\* \* \* \*

El 13 de octubre John Kennedy anotaba en su diario: «Resulta verdaderamente sorprendente que el primer ministro se pase casi toda una semana en imponer sus ideas acerca de la conquista de una isla, pese a todos los consejos de los militares... Jumbo [Maitland Wilson] se ha arriesgado a ocupar Cos y las otras islas del Egeo». El 14 de octubre Churchill volvía a enviar un cablegrama a Maitland Wilson: «Estoy muy satisfecho por la manera en la que ha sabido utilizar esos restos y pedazos que le quedaban. *Nil desperandum*».

Y otro más, esta vez con copia a Eden: «Mantenga Leros a salvo». Absurdamente, Churchill hablaba de Leros como una «fortaleza», en este caso aún con menos sentido que cuando había utilizado ese mismo término para referirse a Singapur y a Tobruk. El comandante en jefe, en su desesperación por no decepcionar al primer ministro, aguantó. Visto el escepticismo de Brooke, ¿por qué no se reafirmó en su postura el jefe del Estado Mayor General del Imperio e insistió en la necesidad de retirarse del Egeo? La respuesta más plausible es que, en un momento en el que se enfrentaba con Churchill casi a diario por asuntos mucho más importantes, como, por ejemplo, una invasión de Sumatra, de la que el primer ministro era un entusiasta

partidario, Leros parecía carecer de la suficiente relevancia para convertirse en un tema merecedor de otra confrontación. Se saldara o no con la victoria, la campaña representaba solamente un consumo de recursos marginal. Brooke no podía esperar apagar la pasión del primer ministro en todos los temas. Tenía que distanciarse y observar cómo se desarrollaba el consiguiente fiasco.

Durante otras cinco semanas sangrientas, los británicos siguieron luchando en el Egeo. Las batallas que en ese período se libraron por tierra, mar y aire fueron mucho más parecidas a las de 1941 que la mayoría de los enfrentamientos de 1943 entre aliados y alemanes. Los cruceros, los destructores, los submarinos y otros barcos de guerra más pequeños de la marina real intentaron hundir naves alemanas, y bombardear puertos y posiciones enemigas en las costas, sin dejar de verse sometidos al intenso ataque aéreo de los Ju88 de la Luftwaffe. Tras perderse el aeródromo de Cos, la base más próxima de la RAF se encontraba en aquellos momentos a quinientos kilómetros de distancia. Hasta los viejos bombarderos en picado Stuka, incapaces de enfrentarse al ataque de los cazas, se convertían en potentes armas cuando podían volar sin peligro de que éstos los acecharan.

Se llevaron a cabo pequeñas acciones navales de gran violencia en los estrechos canales existentes entre isla e isla. El 7 de octubre, por ejemplo, el submarino *Unruly* intentó sin éxito torpedear un convoy de soldados alemanes. Ante la frustración, salió a la superficie y empezó a disparar contra el enemigo con su cañón de cubierta de cuatro pulgadas, hasta que la llegada de la Luftwaffe lo

obligó a sumergirse. Más tarde lanzaría sus torpedos contra un minador con 285 soldados alemanes a bordo. Durante uno de sus ataques, los cruceros *Sirius* y *Penelope* fueron alcanzados por los bombarderos alemanes, quedando el segundo gravemente dañado. El destructor Panther fue hundido el 8 de octubre, y el crucero *Carlisle* sufrió unos daños tan graves a manos de los bombarderos alemanes que, tras llegar con dificultades a puerto, nunca más volvió a salir. La Luftwaffe realizaba continuos ataques contra las instalaciones portuarias de Leros, por lo que los barcos de guerra británicos se veían obligados a entrar en ellas a toda prisa, descargar rápidamente las provisiones y los pertrechos y volver a zarpar en menos de media hora. La destreza de la RAF en los ataques navales seguía siendo inferior a la de los alemanes, lo que supuso que los Beaufighter británicos sufrieran en sus incursiones muchas más pérdidas que el enemigo. Incluso cuando los ataques se realizaban con éxito, como el llevado a cabo por los bombarderos Wellington la noche del 18 de octubre, el resultado podía inducir a error: los Wellington no sólo hundieron naves en las que viajaban 204 alemanes, sino también 2389 italianos y setenta y un griegos que habían sido hechos prisioneros. A fecha 22 de octubre, había perecido en alta mar un total de 6000 prisioneros italianos después de que los barcos que los transportaban sucumbieran al ataque aéreo de los británicos, mientras que 29 454 prisioneros, entre italianos y británicos, habían sido trasladados sanos y salvos a la Grecia continental, y de allí a Alemania.

Los cruceros *Sirius* y *Aurora* sufrieron graves daños a manos de los Ju88, y las minas alemanas acabaron con varios buques de guerra británicos, e incluso con el submarino *Trooper*, que desapareció al este de Leros. Casi todos los barcos de la marina real que salieron ilesos del Dodecaneso, incluidos los buques torpederos, las lanchas y los caiques, tuvieron que superar los bombardeos, el mal estado de la mar propio de un otoño que iba empeorando y los peligros naturales de las costas. El destructor Eclipse fue hundido el 23 de octubre, con doscientos soldados a bordo y diez toneladas de provisiones. Ante el absoluto dominio del cielo por parte de los alemanes, la marina decidió a regañadientes que sus destructores no podían navegar por las aguas del Egeo a la luz del día. La RAF continuó sufriendo graves pérdidas: el 5 de noviembre, por ejemplo, sus operaciones supusieron la destrucción de seis aviones Beaufighter y la desaparición de la tripulación de cuatro de ellos.

\* \* \* \*

El 31 de octubre, el máximo responsable de las fuerzas aéreas británicas en el Mediterráneo, el mariscal del Aire sir Arthur Tedder, escribía: «Recibimos presiones para que sigamos malgastando los recursos. La situación es fundamentalmente insostenible». El 28 de octubre John Kennedy insistía a Alan Brooke en que «el precio que estábamos pagando [por Leros era] demasiado alto, y los frutos demasiado escasos, para justificar aquella retención». Brooke confesó que estaba de acuerdo, pero dijo a Kennedy que en la reunión celebrada por los jefes de Estado Mayor ese mismo día se había acordado seguir resistiendo. En aquellos momentos resultaba

muy difícil retirar la guarnición por la superioridad aérea del enemigo. En su propio diario, Brooke diría de Leros que se había convertido en «un problema muy desagradable, [el mando de] Oriente Medio no ha sido ni inteligente ni astuto, y ahora se ve metido en la difícil situación de que no puede conservar Leros, pero tampoco evacuarla. Nuestra única esperanza es que Turquía colabore, disponer de unos aeródromos desde los que poder ofrecer la cobertura aérea necesaria». Pero esta colaboración no llegaba.

El último acto del drama del Egeo comenzó el 12 de noviembre, cuando los alemanes atacaron Leros. La guarnición británica del lugar, formada por unos tres mil hombres, además de los cinco mil quinientos italianos que había en la isla, había tenido varias semanas para prepararse para lo inevitable. Sin embargo, cuando llegó el momento, salió mal todo lo que podía salir mal. Antes de producirse el desembarco enemigo, la 234.<sup>a</sup> Brigada había estado capitaneada por un oficial bajito, bigotudo y de rostro sonrosado llamado Ben Brittorous, que encarnaba prácticamente todos los defectos del ejército británico de los tiempos de la guerra. Brittorous, un hombre obsesionado con la etiqueta militar, atormentaba a oficiales y reclutas indistintamente remarcando la importancia de que lo saludaran como se esperaba. Durante las semanas que estuvo en Leros consiguió que sus hombres lo aborrecieran, y apenas hizo los preparativos pertinentes para afrontar la llegada de los alemanes. Cuando la Luftwaffe comenzó a bombardear a diestro y siniestro, se refugió en su cuartel general bajo tierra y permaneció allí hasta que fue relevado del mando una

semana antes de que se produjera la invasión enemiga, siendo sustituido por un oficial de artillería, el general de brigada Robert Tilney. Tilney, que acababa de ser ascendido para ponerse al frente de unos hombres a los que apenas conocía, no estaba tan mal visto como Brittorous, pero, al parecer, también carecía de convicción. Lo primero que hizo fue ordenar el despliegue de sus tres batallones de infantería alrededor de toda la isla, con la intención de repeler la llegada de los alemanes a las playas. Con su plan no sólo provocó la dispersión de las defensas, sino que tampoco supo prever la escasez de radios y teléfonos. Las comunicaciones entre Tilney y sus unidades ya eran precarias antes de que los alemanes intervinieran.

\* \* \* \*

El 11 de noviembre Ultra informó a los británicos que la invasión de Leros, la operación «Typhoon», iba a comenzar al día siguiente. Contaría con unos dos mil setecientos treinta soldados alemanes, un contingente inferior en número al de los defensores de la isla. Pero la RAF y la marina real no pudieron llevar a cabo ninguna acción eficaz para interferir en los preparativos del enemigo. El mal tiempo frustró los planes de los ingleses de bombardear los aeródromos griegos de la Luftwaffe. El comandante de una flotilla de destructores británicos que había en la zona decidió no arriesgarse a pasar por una zona que se sospechaba que estaba plagada de minas para atacar al convoy invasor. El capitán Stephen Roskill, historiador oficial británico, escribiría más tarde: «El enemigo había descartado con audacia que su convoy pudiera verse amenazado de manera efectiva a la luz del día, y de noche supo ocultar hábilmente



sus barcos; pero parece evidente que no habría debido llegar a su destino sin sufrir prácticamente daño alguno».

Mientras el grueso de las fuerzas alemanas llegaba por mar, los Fallschirmjäger llevarían a cabo otro ataque desde el cielo increíblemente enérgico y audaz. La intervención de la RAF contra las naves invasoras fue claramente mucho menos efectiva que el apoyo cercano que prestó la Luftwaffe a sus hombres. Un cuarto batallón británico, que llegó para reforzar a la 234.<sup>a</sup> Brigada durante la batalla, no logró cambiar su resultado final. Algunos defensores de la isla combatieron con empeño, pero otros no. El número limitado de bajas británicas pone de manifiesto que fueron muy pocos los dispuestos a sacrificarse. De los batallones presentes en Leros, formados por quinientos hombres cada uno, el de los Royal West Kent perdió a 18 en acción, el de los Reales Fusileros Escoceses a 22, el de los King's Own a 45 y el de los Buffs a 42.

Cuando los paracaidistas alemanes pusieron pie en tierra, los defensores —que tenían superioridad numérica— habrían debido lanzar inmediatamente un contraataque en la zona del lanzamiento antes de que los invasores pudieran reorganizarse. En cambio, la infantería británica se limitó a no moverse de sus posiciones, disparando desde ellas. Cuando los alemanes comenzaron a avanzar por toda la isla, un oficial británico quedó consternado ante el espectáculo que daban algunos hombres del batallón de los King's Own que huían despavoridos del fuego de los morteros. A las seis de la tarde del primer día de batalla, la señal de llamada «Stupendous» del Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción emitía desde Leros

el siguiente mensaje decepcionante: «Falta de apoyo de la RAF absolutamente lamentable: barcos sin hacer nada en todo el día, y Stukas se ríen de nosotros». La defensa carecía de movilidad, pero lo peor fue que, a diferencia de los alemanes, los hombres no se sentían motivados y fueron dirigidos de manera incompetente. Jeffrey Holland, que sirvió como sargento de infantería en Leros, escribiría más tarde: «A medida que iba desarrollándose la batalla, se hacía cada vez más patente que el enemigo estaba utilizando... tropas de combate de primera categoría, que demostraban una habilidad, un arrojo y una confianza en sus capacidades evidentes». Un hombre del Escuadrón Especial de Lanchas describiría en los siguientes términos una de las escenas que pudo contemplar: «Quedamos estupefactos al ver a grupos de soldados británicos en orden con el camino despejado alejándose del escenario de la batalla... El coronel los detuvo y los interrogó, y dijeron que habían recibido la orden de retirarse hacia el sur Muchos no llevaban armas, y parecían muy abatidos y fatigados».

El general Tilney perdió el control del grueso de sus fuerzas en la primera fase de la batalla, y se puso hecho una furia cuando comprobó que las unidades se retiraban sin haber recibido órdenes en este sentido. Amenazó a los comandantes de dos batallones con llevarlos ante un tribunal militar por negarse a ordenar a sus unidades que atacaran. Jeffrey Holland seguiría contando que «los alemanes se movían con rapidez de una posición a otra, pero nunca en retirada; daba la impresión de que estaban dispuestos a aceptar un número elevado de bajas. Sus oficiales y suboficiales se exponían

a nuestro fuego cuando dirigían una acción de ataque o defensiva. Parecían indiferentes al fuego británico que percibían como impreciso; nunca bien coordinado ni directo».

Los británicos lanzaron algunas contraofensivas valientes, en las que perecieron el jefe de un batallón y los comandantes de varias compañías. El 14 de noviembre, a medianoche, Bletchley Park descifró un mensaje alemán en el que se advertía de que la posición de las fuerzas invasoras en Leros era «crítica», y que era imprescindible el envío inmediato a tierra de armas pesadas para cambiar el curso de la batalla. Los alemanes vivieron una experiencia en Leros que no tuvo nada que ver con el paseo que habían dado en Cos. Pero los defensores, después de no haber sabido tomar la iniciativa desde un primer momento, no volverían a tenerla. El terreno hizo que fuera prácticamente imposible cavar trincheras en las que protegerse de las bombas. Como ocurrió en demasiadas ocasiones a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, los soldados británicos percibieron la superioridad aérea del enemigo como una excusa suficientemente válida para resignarse a la derrota. Maitland Wilson mantuvo vivas las esperanzas de Churchill de salir airoso de la batalla, enviando el 14 de noviembre un mensaje en el que afirmaba que las tropas británicas en Leros, aunque «algo fatigadas», estaban «llenas de espíritu combativo y bien fuertes». Hasta el último momento, el primer ministro insistió en que se adoptaran unas medidas más eficaces en apoyo de ellas. A última hora de la tarde del día 16, cuando se acercaba a Malta de camino a la conferencia de Teherán, envió al jefe del Aire, el

mariscal Tedder, el siguiente mensaje: «Siento mucho no poder verle esta noche, pues habría debido hacerle hincapié en la necesidad vital de apoyar la campaña de Leros con todos los medios posibles. Se trata, sin duda, del acontecimiento más importante que tendrá lugar en el Mediterráneo en los próximos días... No entiendo cómo puede desinteresarse de lo que pueda ocurrir en Leros». Más tarde Tedder escribiría con dureza: «Cualquiera habría pensado que algunas de las amargas lecciones aprendidas en Creta estaban lo bastante frescas para no repetirlas... Sigue pareciéndome increíble hoy, como entonces, que tras cuatro años de experiencia en guerra moderna, la gente se olvidara de que el poderío aéreo depende de unas bases seguras, las condiciones climáticas y un radio de acción efectivo».

\* \* \* \*

A las 16.00 del día 17 de noviembre, cinco días después de que los alemanes llegaran a Leros, Tilney se rindió. Fueron hechos prisioneros aproximadamente tres mil soldados británicos y cinco mil quinientos italianos. Casi un centenar de heridos había sido evacuado con anterioridad. Varios puñados de espíritus audaces, entre los que no podía faltar el invencible lord Jellicoe, lograron escapar en pequeñas embarcaciones, y al final llegaron a Turquía o a alguna isla, siendo posteriormente rescatados por la marina. Más de tres mil hombres, entre británicos, griegos e italianos, fueron evacuados con éxito de la vecina isla de Samos antes de que ésta fuera invadida también por los alemanes. Incluyendo a las tripulaciones de sus aviones, los británicos perdieron a unos mil

quinientos hombres en las operaciones llevadas a cabo en el Egeo entre septiembre y noviembre de 1943: 745 de la marina real, 422 del ejército de tierra y 333 de la RAF. El Grupo del Desierto de Largo Radio de Acción sacrificó a más hombres en el Dodecaneso que en sus tres años de campaña en el norte de África. Cinco batallones de infantería británicos fueron borrados del mapa de un plumazo.

Hitler envió a sus comandantes en el Egeo un mensaje de felicitación que, por una vez, era totalmente merecido: «La conquista de Leros, emprendida con medios limitados, pero con gran coraje, conducida con tenacidad, a pesar de sufrir varios reveses, y llevada valientemente a buen puerto, constituye una hazaña militar que ocupará un lugar de honor en la historia de la guerra». En Leros los británicos contaron con varias ventajas —sobre todo la de tener el control del terreno— que habrían debido ser determinantes, incluso ante la superioridad aérea del enemigo. Fue vergonzoso que un grupo de paracaidistas alemanes consiguiera con tanta facilidad imponerse a aquel elevado número de defensores de la isla que estaba perfectamente al corriente de su llegada.

El almirante sir Andrew Cunningham, por aquel entonces Primer lord del Mar, arremetería contra el ejército de tierra: «Sigo teniendo firmemente la opinión de que habríamos podido conservar Leros», escribiría más tarde. El general de brigada Tilney, prisionero de guerra hasta 1945, se convirtió en el principal chivo expiatorio por la caída de la isla en manos de las fuerzas enemigas. La culpa, sin embargo, fue de una serie de decisiones tomadas por toda la cadena de mandos, desde la base hasta Downing Street. En 1943 no había

más posibilidades que en 1941 de que los barcos de guerra culminaran con éxito sus operaciones debiendo afrontar la superioridad aérea enemiga. Los pilotos alemanes eran mucho más certeros en sus ataques contra las fuerzas navales que sus homólogos anglosajones. En Leros, los soldados británicos, como ya había venido ocurriendo en la guerra anteriormente, demostraron ser unos combatientes menos eficaces que sus adversarios. En lugar de un cuerpo de élite, la 234.<sup>a</sup> Brigada era una unidad de segunda categoría, cuya actuación fue la que cabía esperar en aquellas circunstancias. Lo que mejor disculpa su comportamiento es que de poco habría servido que sus hombres hubieran demostrado una valentía suicida, o aceptado unas pérdidas sangrantes, en una campaña que estaba casi con absoluta certeza condenada al fracaso, y en un momento en el que no se ponía en duda la victoria final de los aliados.

Si los defensores de Leros hubieran repelido el ataque alemán a mediados de noviembre, el prestigio británico tal vez habría salido reforzado, pero el equilibrio de poderes en el Egeo no se habría visto afectado, y la agonía no habría hecho más que prolongarse. La marina real se habría visto obligada aún a suministrar a Leros provisiones y pertrechos durante un tiempo indefinido bajo la constante amenaza aérea de los alemanes. Mientras Rodas estuviera en manos enemigas, la presencia británica en el Dodecaneso carecía de sentido desde el punto de vista estratégico. Lejos de ofrecer un trampolín para un futuro ataque contra Rodas, como insistía Churchill, Leros era simplemente una posición que comportaba

innumerables riesgos. En la campaña del Egeo, la marina real sufrió muchos más daños de los que infligió, y sus logros fueron todos los que cabía esperar. Además de diversas embarcaciones costeras, un total de cuatro cruceros, cinco destructores, cinco dragaminas y dos submarinos acabaron en el fondo del mar o gravemente dañados. No puede culparse a la RAF de las dificultades que supuso llevar a cabo una serie de operaciones que quedaban lejos del alcance de una cobertura aérea efectiva, pero lo cierto es que su actuación como medio para contrarrestar las acciones navales enemigas fue muy poco convincente. Se perdieron 113 aparatos aéreos, siendo los escuadrones de cazas Beaufighter los más afectados tras sufrir unas pérdidas equivalentes al 50 por 100 de su potencial. Cuando los aeródromos de Cos cayeron en manos enemigas, y con ello desapareció la posibilidad de utilizar cazas de un solo motor, los británicos habrían debido cortar por lo sano y poner fin a su campaña.

En Londres las noticias provenientes del Egeo causaron consternación y desasosiego en una fase que, de no ser por eso, se habría caracterizado por una serie de victorias en el Mediterráneo. Desde el Foreign Office, Cadogan escribía el 16 de noviembre: «Malas noticias de Leros. Las conversaciones y los planes relacionados con su evacuación reviven los malos tiempos de 1940 y 1941. Aunque, por supuesto, la envergadura es menor». *The Times*, en su editorial del 18 de noviembre, comentaba acertadamente: «La caída de Leros debe servir para recordarnos que los principios de estrategia perfectamente establecidos no pueden ser ignorados con

absoluta impunidad». Una semana después, el mismo periódico decía que «este lamentable episodio» había hecho que volvieran a cuestionarse diversos aspectos relacionados con «la estrategia general de toda nuestra campaña en el Mediterráneo... en la que habrá que devolver la confianza a la opinión pública».

El compromiso de los británicos con la zona del Egeo representó un episodio poco significativo en el marco general de la guerra, pero supuso un duro golpe para el orgullo y el prestigio de la nación, provocado por las decisiones personales del primer ministro. Una vez más, Churchill se vio obligado a enfrentarse a las limitaciones de sus propios soldados en comparación con los alemanes, y a la vulnerabilidad de las fuerzas británicas cuando no contaban con el apoyo de los americanos. John Kennedy describiría la operación como «un riesgo justificable... [Maitland Wilson] no podía saber hasta qué punto los alemanes iban a resistir». Pero cuatro años de experiencia de guerra contra Hitler habrían debido bastar para que el primer ministro y sus generales estuvieran vacunados contra la temeridad. Los mensajes interceptados por Ultra advirtieron a Londres de que la Luftwaffe estaba reforzando su presencia en el Mediterráneo oriental antes de que se procediera al envío de soldados británicos a la zona. Churchill se engañó una y otra vez pensando que la audacia sería por sí sola suficiente para obtener la ansiada recompensa. Esto puede ocurrir cuando se tiene delante a un enemigo débil o incompetente, pero constituye un error garrafal si se trata de un adversario extraordinariamente profesional que siempre hace pagar cualquier error que pueda cometerse. La



actuación en el campo de batalla de los responsables de la campaña no estuvo a la altura de la osadía del compromiso del primer ministro. En el Egeo, como en otros escenarios a lo largo de la guerra, la rapidez de la reacción alemana a los cambios de circunstancias contrastó claramente con la vacilación de los aliados a la hora de tomar iniciativas.

Kennedy añade que, «sobre el papel, el primer ministro cuenta con el respaldo de los profesionales en todo lo que se ha llevado a cabo». Con esto quiere decir que los jefes de Estado Mayor y Maitland Wilson avalaron formalmente los compromisos adquiridos por Churchill en el Egeo. Pero lo cierto es que prácticamente la totalidad de los altos mandos militares permitieron que los deseos del primer ministro prevalecieran por encima de su propio criterio, por otro lado más acertado. De manera harto absurda, Brooke se unió al primer ministro cuando éste culpó a los americanos por no haberles prestado apoyo: «El jefe del Estado Mayor General del Imperio cree que la guerra probablemente se alargue hasta seis meses más porque los americanos no han sabido darse cuenta de lo importante que habría sido aprovechar la situación general del Mediterráneo y prestar apoyo suficiente a Turquía para que este país decidiera entrar en guerra». Pero ¿por qué los americanos habrían tenido que intentar salvar a los británicos del naufragio de una empresa en la que siempre habían dicho no creer? No hay, además, razón alguna que nos haga suponer que un apoyo aéreo por parte de los estadounidenses habría alterado el resultado de la campaña. Del mismo modo, el historiador oficial británico parece equivocarse

cuando lamenta la diversión de la zona del Egeo en los primeros días de la acción de seis destructores de la flota de la marina real para que escoltaran a unos acorazados que iban de vuelta a Inglaterra. De haber permanecido en la zona, los destructores se habrían convertido simplemente en un objetivo más de la Luftwaffe. Incluso si los británicos hubieran logrado apoderarse de Rodas, es muy poco probable que Turquía acabara entrando en la guerra, y muy discutible que la ayuda militar de los turcos hubiera resultado de utilidad para los británicos.

Algunas de esas mismas objeciones habrían podido ponerse a la aventura de Churchill en el Egeo de 1943, como ocurriera con su anterior ofensiva en los Balcanes en 1915. La campaña de los Dardanelos, en la que se jugó y acabó perdiendo su reputación en la primera guerra mundial, fue concebida para abrir una ruta a través del mar Negro que permitiera armar a Rusia. Pero, aunque hubiera podido abrirse el corredor, los aliados de la primera guerra mundial tenían una escasez crónica de armamento para sus propios ejércitos, y apenas podían ayudar a Rusia. Análogamente, en 1943, aun cuando Turquía hubiera entrado en guerra, su ejército habría tenido que depender por completo de las armas y los equipos que pudieran proporcionarle ingleses y americanos. Y ya era muy difícil satisfacer las necesidades de las fuerzas rusas, estadounidenses, británicas y francesas. Como avisaron los norteamericanos, Turquía probablemente habría acabado convirtiéndose para los aliados en una boca que alimentar y no en una amenaza para los objetivos de los alemanes en los Balcanes.

Con amargura, Churchill describiría la campaña del Egeo como el primer éxito de los alemanes desde la batalla de El Alamein. El 21 de noviembre, en un cablegrama, hacía desde el norte de África la siguiente reflexión a su esposa Clementine: «Sigo sumamente afligido por lo de Leros, etc. Es terrible tener que luchar con las manos atadas a la espalda». Estaba, por supuesto, descargando la frustración que sentía por no haber conseguido convencer a los americanos de que apoyaran sus aspiraciones. En sus memorias de la Segunda Guerra Mundial califica este episodio de «la diferencia más grave que tuve con el general Eisenhower». Desde El Cairo mandó un mensaje a Eden, también el día 21 de noviembre, para indicarle que si en el Parlamento se formulaban preguntas relacionadas con el Egeo, el secretario de Asuntos Exteriores debía decir en tono desafiante a la Cámara que los peligros de la operación habían sido previstos desde un principio, «y si fueron desdeñados, fue porque había otras razones y otras esperanzas que se consideraron más importantes. Si sólo nos aventuramos a emprender acciones cuyo éxito esté asegurado, deberemos sin duda afrontar la perspectiva de una prolongación de la guerra». Era una excusa poco convincente, para justificar lo injustificable.

Sorprendentemente, en la reunión de la junta de jefes de Estado Mayor de los aliados celebrada en El Cairo el 24 de noviembre, el primer ministro volvió a insistir en la invasión de Rodas. Marshall recuerda aquel momento así: «Todos los británicos estaban en mi contra. La cosa comenzaba a calentarse cada vez más. Al final Churchill se agarró las solapas... y exclamó: “El gobierno de su

Majestad no puede tolerar que sus soldados permanezcan ociosos. Los mosquetes tienen que arder”». La respuesta de Marshall fue en términos igualmente histriónicos: «Ni un solo soldado americano va a morir en [esa] maldita playa». Los altos mandos estadounidenses se mantuvieron firmes en su decisión, incluso cuando Maitland Wilson se unió al grupo para insistir en la invasión de Rodas. Los británicos, tras perder con los alemanes, también perdieron su batalla con los americanos. En una carta a Clementine de fecha 26 de noviembre, Churchill volvía a lamentar la caída de Leros: «No puedo pretender que cuento con una defensa adecuada que justifique lo ocurrido». En efecto, no la tenía. La campaña del Egeo representa un triunfo del impulso sobre la razón que nunca habría debido producirse. Dañó gravemente la confianza que pudieran depositar los americanos en las opiniones y compromisos del primer ministro con los objetivos vitales de la Gran Alianza. Fue una verdadera suerte para el prestigio de Gran Bretaña y para la reputación de Churchill que esa aventura tuviera lugar en un momento en el que las victorias en el resto del mundo evitaron que la opinión pública fuera plenamente consciente de una humillación tan gratuita.

## Capítulo 16

### Teherán

A los ojos del mundo, en el otoño de 1943 el prestigio de Churchill era indiscutible. Junto con Roosevelt y Stalin, era uno de los «Tres Grandes», esos hombres destinados claramente a convertirse en los vencedores del conflicto armado más grande de la historia de la humanidad. En Inglaterra, «los agoreros» habían sido ahuyentados con los triunfos en el campo de batalla que le habían sido negados a Gran Bretaña entre 1939 y 1942. Pero los que colaboraban más estrechamente con el primer ministro, funcionarios y jefes de Estado Mayor de las distintas armas por igual, estaban preocupados por determinadas manifestaciones de abatimiento y de criterio errático. A su gobierno nunca le faltaban voces críticas dentro del país. La negativa de Churchill a abordar con seriedad cuestiones relacionadas con la reconstrucción de posguerra provocaba una consternación generalizada. «Su oído está tan perfectamente afinado con las notas del clarín de la historia», escribiría Aneurin Bevan —por fin acertadamente—, «que a menudo parece sordo al potente clamor de la vida contemporánea». Y en la misma línea Eden decía: «Al señor Churchill no le gustaba dedicar su tiempo a todo aquello que no estuviera exclusivamente relacionado con el curso de la guerra. Este rasgo parecía profundamente instintivo en él, y, aunque formaba parte de su poderío como líder de guerra, también podía resultar embarazoso».

Suponía un verdadero quebradero de cabeza para los ministros responsables de abordar cuestiones vitales relacionadas con el futuro de Gran Bretaña comprobar que su líder era reacio a hablar de ellas o a tomar las decisiones pertinentes. Cada vez surgirían más dificultades para reconciliar las opiniones concernientes a la política de posguerra de los laboristas y los *tories* que integraban el gobierno. Leo Amery, por ejemplo, escribiría lo siguiente a propósito de una reunión celebrada posteriormente: «Winston condujo el debate [sobre la ley llamada “Town and Country Planning Bill”] con considerable habilidad e imparcialidad, pero cuanto más nos vayamos acercando al tema de la reconstrucción, más difícil resultará mantener al equipo unido». El 29 de noviembre de 1943, a Bevin le fue permitido el acceso al dormitorio del primer ministro, donde tuvieron lugar tantas escenas memorables en un marco que Brooke nos esboza así: «El batín escarlata y dorado bien merecía desplazarse desde un montón de kilómetros para verlo, ¡y sólo a Wilson se le podía ocurrir llevarlo! ¡Más bien parecía un mandarín de la China! Sus pocos cabellos solían estar revueltos en su cabeza pelada. De su boca salía hacia un lado un enorme puro. La cama estaba cubierta de papeles y documentos. A veces la bandeja con lo que quedaba de su desayuno seguía en la mesilla de noche. El timbre no paraba de sonar, llamando a sus secretarías, mecanógrafas, estenógrafas o a Sawyers, su fiel ayuda de cámara». En esa visita Bevin planteó la cuestión del futuro papel de lord Woolton en la planificación de la posguerra. Con mal humor, Churchill exclamó que estaba a punto de partir para entrevistarse

con Stalin, que tenía otras cosas en la cabeza, «y que en aquellos momentos le resultaba totalmente imposible hablar de ese tipo de asuntos y entrar en detalles». El enfado de Bevin fue igual que el del primer ministro. Nunca había un momento propicio para abordar a Churchill y discutir sobre temas que no le interesaban en absoluto. Pero recibió tantas críticas por no querer abordar seriamente los asuntos de posguerra que comparar su actitud con la de Hitler puede resultar una experiencia saludable. Los nazis infligieron un daño económico, social y militar sumamente demoledor a su propio imperio con su idea de forjar una nueva «Gran Alemania» mientras el resultado de la guerra seguía sin estar definido. El hecho de que la única preocupación de Churchill fuera alcanzar la victoria tal vez provocara desasosiego entre sus colegas, pero parece que, aparte de un defecto, también fue una virtud.

El pueblo británico veía en él la personificación de su esfuerzo de guerra. A medida que era más evidente la supremacía de Estados Unidos y la Unión Soviética, la retórica y la capacidad como estadista de Churchill iban convirtiéndose en las mejores armas que su debilitada nación podía empuñar para defender el lugar que le correspondía en la cumbre de la Gran Alianza. Pero los últimos dieciocho meses de la guerra, mientras recibía su parte de aplausos por las victorias aliadas, también fue una época de grandes frustraciones y decepciones. Una y otra vez vería cómo sus proyectos más ambicionados se malograban, las políticas que favorecía no salían adelante, y todo porque no podían llevarse a cabo sin los recursos o el beneplácito de los americanos, que eran

inconstantes. Esto no redundó siempre en perjuicio de Gran Bretaña. Ciertos proyectos, como la campaña del Egeo, estaban mal concebidos y tenían pocas probabilidades de prosperar. Pero a ningún hombre como a Churchill le gustaba tan poco verse ninguneado. Muchas cosas ocurrieron, o no ocurrieron, en los años de hegemonía americana que provocaron que el primer ministro echara humo por sentirse impotente.

Sus palabras seguirían siendo tan magníficas en los años de las victorias como lo habían sido en los años de las derrotas. Tuvo momentos de euforia, porque tenía una gran capacidad para sentirse satisfecho. Pero los de dolor fueron frecuentes y diversos. Se negaba a abandonar la idea de conseguir que Turquía entrara en guerra, y en un cablegrama a Eden, de vuelta de Moscú, decía que era necesario «recordar a los turcos que se acercaba la Navidad». Descartó todas las propuestas de deponer sumariamente al rey de Italia, comentando: «¡Por qué quieren arrancar el asa de la jarra antes de llegar a Roma y de tener la oportunidad de encontrar una nueva!». Un día, en una reunión del gabinete, cuando se discutía acerca de la perfidia soviética al publicar en *Pravda* noticias que afirmaban que Gran Bretaña había entablado unilateralmente conversaciones con los nazis para firmar un tratado de paz, dijo: «Tratar de mantener buenas relaciones con un soviético es como cortejar a un cocodrilo. Nunca sabes si debes acariciarlo por debajo de la barbilla o darle un golpe en la cabeza. Cuando abre la boca no adivinas si es que te va a sonreír, o se dispone a engullirte».



En aquellos días Churchill tenía una única obsesión: la campaña del Mediterráneo. Pero habría redundado en beneficio de los intereses del esfuerzo de guerra británico si también hubiera abordado otra cuestión sumamente importante de la que se desentendió. El jefe del Aire, el mariscal sir Arthur Harris, que estaba al frente del Mando de Bombarderos, eligió ese momento para divertir el grueso de sus fuerzas, cada vez más formidables, de la zona del Ruhr, donde los Halifax y los Lancaster se habían pasado años destruyendo fábricas, con la finalidad de lanzar un ataque contra la capital alemana. Fue uno de los peores errores estratégicos que cometió la RAF durante la guerra. La región de Berlín era, sin duda, muy importante desde el punto de vista industrial, pero estaba muy alejada de Gran Bretaña, perfectamente defendida y envuelta a menudo en niebla y nubarrones invernales. Este ataque se prolongaría hasta abril de 1944, y por él la RAF pagaría un precio elevadísimo, sin conseguir dar el golpe decisivo pretendido por Harris, y que éste personalmente había garantizado al primer ministro. El Mando de Bombarderos perdió la «batalla de Berlín».

Mucho más significativa, sin embargo, fue la tregua que se dio a la cuenca del Ruhr. El importante estudio sobre la economía nazi de Adam Tooze, recientemente publicado, pone de manifiesto que en el otoño de 1943 las industrias del Ruhr estaban a punto de derrumbarse. Si el Mando de Bombarderos hubiera seguido con sus ataques contra la zona en lugar de fijar sus objetivos más hacia el este, las consecuencias para la máquina de guerra alemana habrían

sido nefastas. La información secreta de los aliados sobre la producción alemana era escasa. Uno de los grandes errores de Harris, en su calidad de máximo responsable de las ofensivas de los bombarderos, fue no saber comprender la importancia de seguir golpeando los objetivos ya dañados. Permitió erróneamente que las fotografías aéreas de unas ciudades devastadas bastaran para convencerlo de los logros alcanzados por sus fuerzas.

Lo mismo hizo el primer ministro. Para explicar por qué permitió que la RAF hiciera lo que quisiera durante buena parte de la guerra, es necesario reconocer que se disponía de muy poca información fiable acerca de lo que conseguían, o no, los bombardeos sobre Alemania. Los progresos de los ejércitos de tierra británicos se medían rápidamente siguiendo en el mapa sus avances o sus retiradas, y los de la marina real, examinando las estadísticas con los datos de los barcos hundidos. Pero tras conseguir la victoria en la batalla de Inglaterra, la actuación de la RAF sería valorada principalmente por los comunicados, a menudo con los detalles falseados, que eran preparados por sus propios jefes de Estado Mayor. Nadie —ni Portal, ni Harris, ni Churchill— sabía realmente lo que se conseguía con los bombardeos, aunque los militares del ejército de tierra y de la marina creían que era mucho menos de lo que afirmaban los hombres de las fuerzas aéreas. El gran interés personal que tenía el primer ministro en el éxito de los bombardeos británicos lo llevaban a pensar lo mejor. Alardeaba de sus hazañas ante los americanos, por no hablar de Stalin, para mitigar sus frustraciones por las deficiencias de las operaciones terrestres en el

oeste de Europa. Habría resultado sumamente embarazoso desde el punto de vista político que hubiera salido a la luz que los éxitos de aquellas ofensivas estratégicas no eran tan contundentes como proclamaba Harris.

\* \* \* \*

Así pues, entre 1942 y el momento en el que en 1944 se discutió la conveniencia de bombardear o no la red ferroviaria de Francia antes de poner en marcha la operación «Overlord», Churchill nunca buscó una opinión independiente que valorara los resultados del Mando de Bombarderos, pese a que éste utilizaba aproximadamente una tercera parte de todo el esfuerzo de guerra británico. Harris convenció al primer ministro de que sus aviones hacían verdaderos estragos, como, en efecto, así era. Pero las imágenes dramáticas de fuego y destrucción en el Reich no iban acompañadas de un análisis riguroso de la situación de la industria alemana, sobre la que los servicios de inteligencia eran, en cualquier caso, muy poco precisos, y la mayoría de las estadísticas de la RAF eran decididamente engañosas. Harris, al igual que sus homólogos americanos, tuvo libertad para librar su batalla como mejor considerara, para intentar demostrar su obsesión de que los bombardeos podían ganar la guerra, pero sin poner mucho empeño creativo en ello y sin aportar pruebas que lo evidenciaran claramente. Fue una grave negligencia por parte del primer ministro, y una oportunidad perdida para las fuerzas aéreas británicas.

En esta última fase de la guerra, el cansancio del pueblo de Churchill era cada vez mayor, del mismo modo que iba en aumento

el poderío de los estadounidenses y los rusos. La campaña del Egeo supuso una pequeña demostración de la vulnerabilidad de Gran Bretaña, pero vendrían otras de mayor envergadura. A finales del otoño de 1943, cuatro asuntos dominaban la agenda militar de los británicos: la campaña de Italia, la operación «Overlord», alguna que otra posibilidad de llevar a cabo ambiciosas acciones en los Balcanes y la operación «Buccaneer», un supuesto desembarco anfibio en Birmania. El 6 de noviembre sir Archibald Clark Kerr informó desde Moscú que los rusos temían que los británicos siguieran oponiéndose a poner en marcha la operación «Overlord». Churchill respondió: «Haré todo lo humanamente posible para estimular el siguiente paso que mi corazón me dice que hay que dar en este momento». Pero la expresión «siguiente paso» abarcaba toda una serie de posibles operaciones, algunas en el Mediterráneo, de las que «Overlord» no era más que una. Dalton escribiría al término de una reunión del gabinete: «En un momento de expansión, Winston nos confesó sus reservas respecto a la política “Overlord” que nos habían impuesto los americanos, y que comportaba una repartición —que además de peligrosa, suponía una verdadera pérdida de tiempo— de nuestros barcos de transporte y de nuestras lanchas de desembarco entre dos objetivos, cuando habríamos podido seguir con nuestro avance en Italia y los Balcanes con mayor efectividad».

Durante varias semanas Churchill había estado pidiendo insistentemente celebrar una entrevista con Roosevelt y Stalin, que le habría encantado que tuviera lugar en la ciudad de Londres.

Nadie se extrañó cuando el líder soviético rechazó inmediatamente la propuesta, pero los británicos se sintieron ofendidos al enterarse de que el presidente norteamericano tampoco quería visitar su país. En opinión de Roosevelt, aquel encuentro habría tenido una influencia negativa en el electorado de Estados Unidos, donde debían celebrarse elecciones al año siguiente. Tras algunos escauceos y divagaciones, Teherán fue considerada por todos un punto de encuentro aceptable. Churchill quiso celebrar previamente una cumbre bilateral en El Cairo, y los americanos aceptaron. El primer ministro zarpó rumbo al Mediterráneo a bordo del acorazado *Renown*, acompañado de su comitiva habitual, de los jefes de Estado Mayor de las tres armas, y de sus hijos, Sarah y Randolph. Harold Macmillan subió a bordo del gran navío de guerra en Gibraltar: «Fuimos recibidos por su propietario —o al menos eso es lo que parecía— al que resultaba un sistema muy agradable de navegar». Pero Churchill no estaba muy bien de salud. Tras desembarcar en Malta, pasó dos días en cama en la residencia del gobernador, lord Gort.

Gort no era precisamente esclavo de las comodidades de la vida. Cuando Ismay visitó al primer ministro enfermo, fue recibido con patéticos ruegos de que aumentaran sus raciones de comida y le permitieran tomar un baño: «¿Cree que podrá traerme un poco de mantequilla de ese espléndido barco?... Sólo quiero una jofaina de agua caliente, pero no consigo que me la traigan». La habitación de Churchill daba a una vía pública atestada de ruidosos malteses. Moran nos describe un episodio enternecedor que protagonizó el

primer ministro: «De la calle de abajo llegaba un gran ruido confuso de voces. Frunció las cejas. Saltó de la cama, cruzó resuelto la habitación, asomó la cabeza por la ventana abierta y se puso a gritar: “¡Queréis hacer el favor de marchar de aquí! Por piedad, idos; y no hagáis tanto ruido”».

Apiñados en el dormitorio del primer ministro, los jefes de Estado Mayor celebraron una reunión bastante poco satisfactoria. Unos días antes, John Kennedy anotó en su diario la política que iban a seguir los británicos en su encuentro con los americanos: «Ahora hemos cristalizado nuestras ideas respecto a la estrategia que hay que defender». La campaña de Italia debía seguir adelante, mediante la actividad de los aliados en los Balcanes había que hacer nuevos esfuerzos para convencer a Turquía de que entrara en la guerra y se tenía que insistir a los americanos en la conveniencia de «aceptar un aplazamiento de “Overlord”». El ayudante-general sir Ronald Adam dijo a unos de sus compañeros: «En estos momentos el primer ministro ha perdido bastante peso a ojos del presidente norteamericano, que a regañadientes se ha visto arrastrado hasta El Cairo... El primer ministro aboga actualmente por centrar la atención en el Mediterráneo, y el futuro de “Overlord” vuelve a ser tema de discusión».

Churchill se impacientaba por la lentitud con la que se desarrollaban las operaciones aliadas en Italia. El invierno había ralentizado sumamente el avance de las tropas, y los alemanes resistían con su habitual determinación. «Raras veces cambiaba el patrón de las batallas», escribiría Fred Majdalany, un veterano de la

campana. «Los alemanes solían mantenerse firmes en una posición durante un tiempo, hasta que respondíamos con contundencia; entonces, retrocedían dos o tres kilómetros hasta la siguiente posición defendible, dejando tras de sí un sinfín de puentes que habían volado, campos de minas y carreteras bloqueadas y destruidas... Los ejércitos aliados solían lanzar un ataque nocturno: al caer la noche vadeaban un río o un riachuelo, tomaban por asalto las colinas situadas al otro lado de la corriente, se atrincheraban y esperaban que por entonces los zapadores, que iban detrás de ellos, hubieran conseguido reparar lo destruido y limpiar de obstáculos el camino para permitir el paso de los tanques... Los alemanes, que observaban todo esto, intentaban evitarlo abriendo fuego desde lo alto con la artillería y los morteros».

El primer ministro se puso hecho una furia cuando se enteró de que dos divisiones británicas ya habían sido retiradas de la línea de avance para regresar a Inglaterra y prepararse para el Día D. En un documento de fecha 20 de noviembre enviado a los jefes de Estado Mayor se lamentaba de que la campaña de Italia se viera afectada por «la sombra de “Overlord”». Decía que los partisanos de Yugoslavia, a los que deseaba prestar un mayor apoyo, mantenían inmovilizadas a más divisiones del Eje que los ejércitos de Gran Bretaña y Estados Unidos. Reprobaba a los americanos por insistir en que el Día D debía ser el 1 de mayo, «con una rigidez inflexible, y sin tener en cuenta las pérdidas y los daños que sufrirá a partir de ese momento la causa aliada». Como consecuencia de esa «fecha fijada para el objetivo», decía, «nuestros asuntos se deteriorarán en

los Balcanes, y el Egeo seguirá firmemente en manos de los alemanes... y todo en nombre de una operación fijada hipotéticamente para mayo, que es muy probable que no se ponga en marcha en esa fecha». Churchill quería que todos los recursos disponibles fueran destinados primero a la conquista de Roma, que preveía para enero de 1944, y luego a la de Rodas a finales de ese mismo mes. Pero había muy pocas probabilidades de que sus ideas recibieran el beneplácito de los americanos, y no es de extrañar.

\* \* \* \*

La delegación británica zarpó de Malta rumbo a Alejandría, desde donde se trasladó en avión hasta El Cairo, llegando a la capital egipcia el 21 de noviembre. Macmillan, que se encontraba con Churchill por primera vez después de varios meses, se dio cuenta de que las facultades y la energía del primer ministro habían mermado, aunque seguían siendo considerables: «Winston es cada día más dogmático (al menos en apariencia), y se hace muy repetitivo. Uno se olvida, por supuesto, de que en realidad es un anciano, aunque un anciano maravilloso... Resulta divertido observar cómo toma una idea y al cabo de uno o dos días la repite como suya. No se le escapa casi nada, aunque no siempre parezca que escuche».

La primera reunión de la conferencia «Sextant» tuvo lugar el 23 de noviembre, y en ella se abordó la situación en Extremo Oriente. Los americanos estaban de bastante mal humor, pues se había filtrado a los periodistas la noticia del encuentro, poniendo en peligro la seguridad de la cumbre. Los británicos aceptaron de muy mala gana la asistencia de Chiang Kai-shek y su esposa, invitados por los



estadounidenses. China fue uno de los temas principales de la reunión. Los ingleses no compartían la fe de los norteamericanos en la importancia de China como país aliado ni en el compromiso de proporcionar ayuda «a través de la Joroba» del Himalaya. No podían olvidar que unos meses atrás Roosevelt había insistido en que cedieran la colonia de Hong Kong a Chiang Kai-shek en «señal de buena voluntad». Esto hizo que Eden señalara a Harry Hopkins que no había oído hablar al presidente de un acto de generosidad semejante por parte de los americanos. Haciendo de bálsamo, Smuts dijo: «Nos inclinamos por olvidar las dificultades del presidente. Hay una corriente muy fuerte en su contra. Lo que hacen los americanos se debe en parte a la ignorancia, y en parte a su determinación por obtener más poder. Durante los cuatro años de guerra hemos aprendido lecciones muy duras. Ellos no han recibido lecciones tan duras. Pero no estamos dispuestos a esperar otros cuatro años para que las aprendan».

Los británicos tenían razón respecto a la intratabilidad de China, pero su actitud desdeñosa no vino más que a aumentar las tensiones entre ellos y los americanos. Churchill hizo muchos planes para lanzar a Orde Wingate y sus chindits al interior del norte de Birmania. Los estadounidenses, sin embargo, consideraban que esos proyectos de incursión reflejaban el entusiasmo característico de los ingleses por las acciones secundarias a expensas de las operaciones de gran envergadura. Apoyaban la operación «Buccaneer», que preveía un gran desembarco en las costas de Birmania. Pero los británicos comenzaron a decir que la

campana en el Mediterráneo, por no hablar de «Overlord», se vería fatalmente comprometida por la diversión de lanchas de desembarco al golfo de Bengala.

En la segunda sesión plenaria del día 24, Churchill se quejó enérgicamente por la pérdida de Cos y Leros. También dijo que no era cierto que favoreciera operaciones ilimitadas en Italia: estaba comprometido «hasta las cejas» con la puesta en marcha de la operación «Overlord». Pero intentó que se acordara que los ejércitos aliados debían fijarse el objetivo de alcanzar una línea entre Pisa y Rimini. Eisenhower asistió a la conferencia del día 26. En aquellos momentos seguía siendo sólo comandante supremo del Mediterráneo, y desconocía que «Overlord» iba a convertirse en breve en una operación exclusivamente de su responsabilidad. Dijo que apoyaba las propuestas británicas para el valle del Po y el Egeo. «Subrayó la importancia vital de continuar con la mayor cantidad posible de operaciones en una zona determinada, pues se perdía invariablemente mucho tiempo cuando se cambiaba de escenario de acción». Sus palabras fueron muy bien acogidas por Churchill, pero no por Marshall.

Los administradores británicos de la conferencia se esforzaron denodadamente por garantizar una hospitalidad equiparable a la ofrecida por los americanos durante el encuentro celebrado en Casablanca en el mes de enero. Pero debido a la difícil situación económica de Gran Bretaña, se veían abrumados por la voracidad de sus huéspedes. El tropel de oficiales y militares de los estados mayores reunidos supuso veinte mil cigarrillos y setenta y cinco

puros. Cada día se consumían quinientas cervezas, ocho botellas de whisky, doce de brandy y treinta y cuatro de ginebra. Se decidió que, por respeto al pueblo británico sometido a un estricto racionamiento, en las próximas conferencias se pediría que los asistentes se pagaran al menos sus bebidas.

Entre sesión y sesión, Churchill llevó a Roosevelt a visitar las pirámides, y comentó con entusiasmo a los miembros de su personal que su relación con el presidente norteamericano era óptima. Pero Eden describiría la conferencia de El Cairo como «una de las más difíciles a las que he asistido». En Extremo Oriente la suerte de los británicos pasaba por su peor momento. Las fuerzas del imperio eran aparentemente incapaces de abrirse paso en Birmania, a pesar de la inferioridad numérica del ejército japonés. Ante la vaguedad con que Roosevelt abordaba los distintos temas, «W.[inston] tuvo que interpretar el papel de cortesano, limitándose a atrapar al vuelo las ocasiones a medida que éstas iban presentándose. Me sorprende la paciencia con que lo hace... Aunque el papel de oyente atento no es muy propio de él, el primer ministro supo interpretarlo de manera impecable durante todos esos días, de modo que salimos de allí sin perder ni una sola pluma, por no decir con la cresta bien levantada». Pero el presidente atosigó al primer ministro con más ahínco del habitual. Le reprochó haber permitido a Eden que dijera al rey de Grecia que no intentara regresar a su país cuando éste fuera liberado hasta que sus súbditos se pronunciaran claramente en su favor. Fue un comentario cuando menos extraño, vista la hostilidad que

posteriormente mostrarían los americanos hacia el monarca. Los británicos se pondrían hechos una furia con Roosevelt por fomentar la intransigencia de los griegos.

En sus conversaciones con la delegación británica, Churchill se quejó de la manera poco formal con que Roosevelt abordaba las cuestiones de la guerra, observando que, si bien era «un encantador y caballeroso hombre de campo», sus costumbres dilatorias no servían más que para perder el tiempo. El primer ministro y sus colegas no sólo se sorprendieron, sino que se sintieron ofendidos por la falta de disponibilidad de los americanos a entablar conversaciones bilaterales con ellos antes de reunirse con Stalin. «El primer ministro y el presidente habrían debido reunirse, junto con sus jefes de Estado Mayor, antes de encontrarse con los rusos, pero, debido a una serie de inconvenientes, esto no ha podido ser», comentaría Cadogan malhumorado. A los británicos les costaba darse cuenta de que aquella falta de disponibilidad reflejaba una política y no «una serie de inconvenientes». Iba a ser la primera entrevista del presidente norteamericano con el líder de los soviéticos. Aquel año, con anterioridad, Roosevelt había intentado reunirse con Stalin sin la presencia de Churchill. Cuando su iniciativa fracasó, mintió con frialdad al primer ministro, asegurándole que la propuesta había sido idea de Moscú y no suya. Roosevelt creía que podía forjar una relación de cooperación con Moscú, que no debía verse comprometida por una apariencia de excesiva amistad o connivencia entre británicos y americanos. Y

para conseguir su objetivo no le importaba desconcertar a Churchill.

Hopkins se lamentaba de la «maldita guerra italiana» de Churchill, y lanzó a Moran la siguiente advertencia: «Nos estamos preparando para librar una batalla en Teherán. Nos veréis alineados con los rusos». Sorprendido por la postura de los americanos con Churchill, el médico escribiría: «Se muestran mucho más escépticos con él que con Stalin». El entusiasmo de Hopkins por el primer ministro había disminuido, del mismo modo que lo había hecho su influencia en su propio país. El secretario de Roosevelt anotó con cierta lástima el siguiente comentario: «Pobre Harry, la opinión pública ya no está con él. Se ha convertido en un pesado lastre para el presidente». La delegación estadounidense presente en El Cairo se dedicó a filtrar libremente información a los periodistas. El *Washington Post* fue uno de los muchos diarios que más tarde revelaron a la opinión pública «la supuesta postura recalcitrante de Churchill» frente a los deseos estratégicos de Estados Unidos. El 27 de noviembre, cuando se aplazó «Sextant» para que los líderes volaran a Teherán, los británicos y los americanos no habían alcanzado ningún acuerdo militar.

Raras veces mostraba Churchill preocupación alguna por su seguridad personal, pero frunció el entrecejo cuando vio que su automóvil quedaba literalmente rodeado por una multitud al aproximarse a la legación británica en la capital persa. Roosevelt había aceptado alojarse en la vecina residencia de los rusos, y decidió entrevistarse por primera vez a solas con Stalin. La sesión

inaugural de la conferencia tuvo lugar el día 28 de noviembre por la tarde, en la embajada soviética, bajo la presidencia de Roosevelt. Debe hacerse hincapié en que, para todos los asistentes con una pizca de imaginación, esas reuniones representaron una ocasión sin precedentes. Incluso Brooke, pese a su agotamiento y su cinismo, consideró que fue «muy apasionante» tener a los «Tres Grandes» por primera vez reunidos alrededor de una mesa. Todos los presentes eran perfectamente conscientes de su contribución a un acontecimiento histórico. La mayoría de ellos se esforzó porque sus palabras y sus actuaciones estuvieran a la altura del momento.

Churchill empezó asegurando su firme compromiso con el avance hacia la línea Pisa-Rimini en Italia, con un desembarco en el sur de Francia y con la operación «Overlord», siempre y cuando se aceptaran sus condiciones en lo concerniente al considerable control alemán en la zona de invasión. «Será nuestro duro deber», dijo en una especie de toque de llamada claramente discordante con mis vacilaciones respecto a «Overlord», «lanzarnos al otro lado del Canal contra los alemanes con todas nuestras fuerzas». Stalin preguntó con delicadeza: «¿Quién estará al frente de “Overlord”?». Con su cuestión logró un brillante golpe de efecto. Dijo que no podía considerar con absoluta seriedad ninguna operación hasta que se nombrara al encargado de dirigirla. Aunque en opinión de Eden Stalin fuera un individuo «horripilante» y estremecedor, el secretario de Exteriores británico supo reconocer en él, al igual que todos los delegados occidentales, a un verdadero maestro de la diplomacia: «Ni que decir tiene que era un hombre despiadado y que sabía muy

bien lo que quería. Nunca hablaba por hablar. Nunca se ponía furioso, puede decirse que raras veces se mostraba irritado. Inexpresivo, tranquilo, sin levantar la voz, evitaba aquellas constantes negativas de Molotov que tan exasperantes resultaban a los que las tenían que escuchar. Mediante métodos mucho más sutiles lograba lo que deseaba sin dar la impresión de inflexibilidad».

Roosevelt garantizó al líder de los rusos que en los próximos días se procedería al nombramiento del comandante en jefe de la operación «Overlord». Stalin —«Ursus Major», como bautizó Churchill al «Gran Oso»— quedó satisfecho. Incluso demostró su entusiasmo por la campaña de Italia, pese a su consternación por el hecho de que las divisiones alemanas en el oeste de Europa siguieran siendo trasladadas al frente oriental para frenar el avance de los soviéticos. Churchill elogió los esfuerzos llevados a cabo por los partisanos en Yugoslavia, palabras que pensó que iban a ser del agrado de Stalin, y declaró su intención de ofrecerles el máximo apoyo. El líder ruso dijo que la Unión Soviética combatiría contra las fuerzas niponas cuando los alemanes fueran totalmente derrotados, lo que fue del agrado de los estadounidenses.

Por la mañana, durante todos los días que duró la conferencia, un grupo de oficiales del NKVD —entre los que figuraba el hijo de Beria, Sergo— entregaba a Stalin las transcripciones de las conversaciones interceptadas con los micrófonos que se habían colocado en las dependencias de los americanos. El líder soviético expresó su perplejidad por la libertad con la que los occidentales hablaban

entre ellos, cuando debían darse cuenta de que se les estaba escuchando. De hecho, más tarde comenzó a preguntarse si en realidad eran tan ingenuos que ni siquiera lo sospechaban: «¿Creéis que saben que estamos escuchando?». Se sintió muy halagado cuando vio que Roosevelt hablaba bien de él. En cierta ocasión, al oír que el presidente americano aseguraba que no había «manera de engañar al tío Pepe», torció el bigote y murmuró, «el viejo pícaro miente». No le hicieron tanta gracia las conversaciones transcritas en las que Churchill repetía al presidente sus reservas respecto a la operación «Overlord». El joven Beria fue recompensado con un reloj suizo por la eficacia de sus escuchas.

El episodio más notorio de la conferencia se produjo cuando Stalin dijo, en un alarde de humor macabro, que, una vez ganada la guerra, habría que ejecutar a cincuenta mil oficiales alemanes, a lo que Roosevelt replicó que cuarenta y nueve mil bastarían. Elliott Roosevelt, el hijo del presidente, se levantó para decir que estaba totalmente de acuerdo con la propuesta de Stalin, y que estaba convencido de que Estados Unidos la avalaría. Todo esto provocó que Churchill abandonara furibundo y disgustado la sala. Aunque los rusos intentaron tranquilizar al primer ministro, lo cierto es que se vivió un momento tenso muy desagradable. Cuando Stalin tuvo esa ocurrencia, Churchill ya sabía que el dictador soviético era el responsable de la matanza a sangre fría de al menos diez mil oficiales polacos —el número real fue casi treinta mil—, así como de un sinfín de sus compatriotas. Además, la disposición del presidente americano a sumarse al macabro chiste puso de relieve



una crueldad que era bastante real y que espeluznó al líder británico. Por último, la intervención de Elliott resultaba intolerable. Una de las curiosidades de la guerra fue que algunos grandes hombres consideraron apropiado ir acompañados de sus hijos a las misiones de estado. La presencia de Randolph Churchill en el norte de África, y en otros muchos lugares, fue un verdadero incomodo. Jan Smuts y Harry Hopkins fueron con sus hijos a El Cairo para asistir a «Sextant». Sin embargo, la actitud de ninguno de ellos fue equiparable a la estupidez demostrada por el hijo del presidente estadounidense. Churchill era perfectamente consciente de que, en pro de las relaciones angloamericanas, debía soportar todo lo que Roosevelt decidiera decir o hacer. Pero aquel momento en Teherán fue sumamente duro para él. Marshall diría a propósito de la actitud de Stalin en la conferencia que el líder soviético «lanzaba constantemente dardos contra Churchill, y el señor Roosevelt [FDR], en cierto sentido, colaboraba. Solía sentir cierto placer desconcertando a Churchill».

Cadogan recordaría la desazón de la delegación británica por la predisposición de Roosevelt a apoyar prácticamente todo lo que proponía Stalin. Cuando se abordó el tema de las futuras fronteras de Polonia, Averell Harriman quedó perplejo ante la visible indiferencia de su presidente. Roosevelt sólo estaba interesado en conseguir aquel poco que bastara para satisfacer a los votantes americanos de origen polaco, y que, por cierto, no era mucho. Las escuchas revelaron a los soviéticos las advertencias que Churchill hizo a Roosevelt acerca de los preparativos que se llevaban a cabo

en Moscú para instaurar un régimen comunista en Polonia. Según Sergo Beria, Roosevelt respondió que, puesto que Churchill intentaba hacer lo mismo, pero en su caso con un régimen anticomunista, no tenía por qué quejarse.

El líder norteamericano estaba mucho más interesado en obtener el apoyo soviético para la futura organización de las Naciones Unidas, cooperación con la que los rusos supieron jugar muy bien. Complacieron a Roosevelt mostrándose totalmente dispuestos, aunque el propio Stalin expresara su escepticismo respecto a la idea del presidente de que China se uniera a Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos para dirigir el mundo de posguerra. Harriman se dio cuenta del peligro que suponía poner ante los rusos en evidencia el desinterés de Roosevelt por las fronteras de los países del este de Europa. El implacable avance de los ejércitos de Stalin haría muy difícil que Occidente pusiera freno al imperialismo soviético. Por el momento, Churchill aceptó correr las fronteras de Polonia hacia el oeste, compensando a los polacos con territorio alemán a cambio de la cesión a Rusia de parte de su zona oriental. La propuesta no dejaba de ser sumamente despiadada. Pero la postura del presidente estadounidense fue más allá, dejando claro que Stalin iba a encontrar poca oposición a sus planes en Polonia o en cualquier otro lugar.

Roosevelt, obsesionado con crear un futuro en el que las Grandes Potencias actuaran de común acuerdo, parecía obviar la realidad, a saber, que a Stalin no le importaban nada los consensos y que su único interés era contar con el beneplácito internacional para

culminar sus propios objetivos. Entre los integrantes de la delegación americana, Charles Bohlen y George Kennan, del departamento de Estado, compartían las dudas de Harriman respecto a la idea de Roosevelt de que Stalin coincidía con él en su visión del mundo. Los temores del primer ministro en lo concerniente al futuro empezaban a materializarse. «El hecho de que el presidente tratara a Churchill y a Stalin como si ambos fueran iguales a ojos de los americanos supuso para el primer ministro británico una fuerte conmoción», escribiría Ian Jacob.

Pero lo cierto es que la mayoría de los integrantes de la delegación de Roosevelt abandonó la cumbre entre miradas de satisfacción por el compromiso formal de los participantes con la puesta en marcha de la operación «Overlord», tan anhelada tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética. Las constantes evasivas de los británicos en lo concerniente a esta cuestión habían irritado incluso a los americanos más anglófilos. La experiencia de Teherán daría lugar más tarde a una de las grandes ocurrencias de Churchill. La reunión, comentaría, había hecho que se diera cuenta de la pequeñez de Gran Bretaña: «Allí estaba yo sentado, con el gran oso ruso a un lado, con sus zarpas amenazantes, y con el gran búfalo americano al otro lado, y en medio de ellos se encontraba el pobre burrito británico, que era el único... que conocía el camino correcto que conduce a casa».

Stalin quedó muy satisfecho de todo lo que se habló en Teherán, pues se dio cuenta de que conseguía todo lo que quería. Pensaba que, a diferencia de Churchill, el presidente estadounidense era un

tipo sincero, y a su regreso a Moscú dijo a los miembros de la Stavka: «Roosevelt se ha comprometido en firme a lanzar operaciones de gran envergadura en Francia en 1944. Creo que cumplirá su palabra. Pero si no lo hace, nosotros nos bastamos para acabar por nuestra cuenta con la Alemania de Hitler».

En opinión de Eden, las reuniones celebradas con los rusos en 1943 fueron las más satisfactorias —o las menos insatisfactorias— de la guerra, antes de que se produjera el abrupto deterioro de relaciones de 1944, año en el que quedó patente el afán expansionista soviético. Pero la delegación británica presente en Teherán deploraría la manera en que las conversaciones entre los Tres Grandes se convirtieron en divagaciones erráticas acerca de un sinfín de asuntos, sin llegar en ninguno de ellos a una conclusión definitiva, con la excepción de que a partir de entonces sería difícil incluso para Churchill escapar de la puesta en marcha de la operación «Overlord». Cunningham y Portal dijeron que la conferencia había sido una pérdida de tiempo. A los ingleses les mortificó especialmente que no se intentara obligar a los rusos a reconocer la legitimidad del gobierno polaco en el exilio en Londres, a cambio de la aceptación por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña de alterar las fronteras de Polonia.

\* \* \* \*

Después de Teherán, es imposible que Churchill no se diera cuenta, al menos en su fuero interno, de lo poco que a Roosevelt le importaba Gran Bretaña como país, por no hablar de sus intereses o su relevancia en el panorama mundial. El primer ministro no

cejaría ni por un momento en su empeño de procurarse la amistad del presidente norteamericano, incluso mediante halagos. Pero lo cierto es que cada vez le costaría más entenderse con Estados Unidos que con Rusia. Con Stalin, Churchill siguió con su política de intentar llegar a buenas ententes, pero siempre sin tener demasiadas expectativas. Mantener una estrecha relación con Estados Unidos, sin embargo, era fundamental para todas las operaciones de la guerra, para alimentar al pueblo británico y para la materialización de cualquier perspectiva de conservar el imperio una vez finalizada la contienda. Resulta sorprendente que muchos historiadores hayan calificado la relación existente entre Roosevelt y Churchill de amistosa y cordial. Es cierto que en su correspondencia y en sus discursos el primer ministro se dirigía al presidente norteamericano como «mi amigo». En ninguna faceta de su vida y de su conducta como líder de Gran Bretaña demostró Churchill un autocontrol más férreo que en sus relaciones con los americanos durante la guerra. «Cada mañana, cuando despierto», comentó en cierta ocasión, «mi primer pensamiento es cómo puedo complacer al presidente Roosevelt». Pero casi todo lo que ofreció FDR a Churchill entre 1943 y 1945 fueron mortificaciones y amarguras.

\* \* \* \*

Desde Teherán, mientras Roosevelt volaba hasta Washington, Churchill lo hacía hasta El Cairo. Estaba exhausto y, de hecho, enfermo, pero las reuniones y las cenas se sucedieron una detrás de otra. En un mensaje reprendió a Mountbatten por haber solicitado

los servicios de 33.700 combatientes para enfrentarse a un contingente de cinco mil japoneses en Arakan: «Los americanos han conquistado sus islas con una proporción de dos hombres y medio por cada japonés. El hecho de que sus generales hayan pedido seis hombres y medio por cada japonés ha producido una impresión nefasta». El 10 de diciembre cenó en la embajada con una comitiva formada, entre otros, por Smuts, Eden, Cadogan y su hijo Randolph, y luego, a la una de la madrugada, partió rumbo a Túnez. Su avión York aterrizó en el aeródromo equivocado, donde Brooke pudo contemplar al primer ministro «sentado en su maleta, en medio de un gélido viento propio de las primeras horas del día, como si no fuera nadie en este mundo. Estuvimos allí aproximadamente una hora antes de ponernos en marcha, y para entonces ya estaba helado».

Después de un breve vuelo, su avión volvió a aterrizar, esta vez en el aeródromo correcto, desde donde fue conducido a Maison Blanche, la villa de Eisenhower situada en las inmediaciones de Cartago. El 11 de diciembre durmió todo el día, y por la noche cenó con Ike, Brooke y Tedder, entre otros. Se acostó quejándose de que le dolía la garganta. A las cuatro de la mañana, una voz lastimera despertó a Brooke: «Hola..., hola..., hola». El jefe del Estado Mayor General del Imperio encendió una linterna y preguntó visiblemente enojado: « ¿Quién demonios es?». El haz de luz iluminó al individuo en cuestión, que no era otro que el primer ministro enfundado en su batín de dragón, con una venda marrón alrededor de la cabeza, quejándose de una fuerte jaqueca y buscando a su médico. A la

mañana siguiente a Churchill le subió la fiebre, y Moran telegrafió para que enviaran enfermeras y un patólogo. El diagnóstico fue pulmonía.

Durante los días sucesivos, aunque continuó recibiendo visitas y despachó un montón de mensajes, permaneció en cama, consciente de la gravedad de su afección. «Si muero», dijo a su hija Sarah, «no os preocupéis; la guerra está ganada». El 15 de diciembre sufrió un ataque al corazón. Sarah le leía en voz alta *Orgullo y Prejuicio*. La noticia de la enfermedad de Churchill provocó en el pueblo británico demostraciones de afecto y de solidaridad con su primer ministro. Un soldado inglés que se encontraba en el norte de África escribiría en su diario: «Todos esperamos su pronta recuperación, y rezamos por ello. Sería estupendo que el señor Churchill pudiera vivir para ver el final victorioso de su gran lucha contra los nazis». El día 17 por la tarde llegó Clementine Churchill, acompañada de Jock Colville, que había tenido que abandonar su puesto en la RAF para asumir la secretaría de Downing Street. Los nuevos antibióticos M & B estaban dando los resultados esperados. Aunque el primer ministro seguía débil, y pese a sufrir otro leve ataque al corazón, parecía que su vida ya no corría peligro. El día 19 Clementine escribía a su hija Mary: «Papá está mucho mejor hoy. Ha aceptado no fumar y beber sólo unas gotas de whisky con soda».

En aquellos momentos estaba furioso por la «escandalosa... paralización» de la campaña de Italia, y especialmente por no haberse utilizado las lanchas de desembarco disponibles para lanzar un ataque anfíbio tras las líneas alemanas. Instó a Roosevelt

a considerar con la mayor urgencia las propuestas británicas relacionadas con la reorganización de los mandos en el Mediterráneo, puesto que Dwight Eisenhower había sido nombrado máximo responsable de la operación «Overlord». Es harto probable que Roosevelt hubiera dado este puesto a Marshall si los británicos hubieran estado dispuestos a aceptar que el jefe del ejército americano asumiera las funciones de una especie de super comandante en jefe de todas las operaciones contra los alemanes, tanto en el Mediterráneo como en el noroeste de Europa. Pero Churchill y Brooke querían conservar a toda costa al menos un cargo de comandante en jefe para un oficial británico. El presidente americano no estaba dispuesto a quedarse sin Marshall en Washington simplemente para ponerlo al frente de la operación «Overlord». Ante ese panorama, prefirió mantener al jefe del ejército a su lado, en calidad de supervisor general de todo el esfuerzo de guerra de Estados Unidos.

Los jefes de Estado Mayor británicos querían que Maitland Wilson fuera el sucesor de Eisenhower como máxima autoridad de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo, y que su jefe del Aire, el mariscal sir Arthur Tedder, fuera nombrado segundo de Ike en la operación «Overlord». Churchill prefería que Alexander fuera el comandante británico para el Día D, y lo mismo deseaba Eisenhower. El gabinete de guerra puso reparos a la sugerencia del primer ministro y, en defensa de la opinión pública y de lo que parecía más conveniente desde el punto de vista militar, propuso a Montgomery. Churchill dio la sorpresa y aceptó la idea. Fue sin duda un nombramiento



acertado, pues Montgomery era un general muy superior. Pero fue un hecho insólito que Churchill tolerara la oposición de sus ministros en un asunto de tanta relevancia. Lo más probable es que su decisión de permitir que Alexander siguiese en Italia fuera consecuencia de la gran importancia que daba a las operaciones en este país. Creía, erróneamente, que «Alex» podía dar aquel impulso que, en su opinión, faltaba. Macmillan exigió con firmeza que se nombrara a Alexander, haciendo notar que Maitland Wilson había sido comandante en jefe en Oriente Medio durante un año y que en El Cairo no había conseguido que la máquina de guerra británica en Egipto se sacudiera de encima su pereza. Al final, los americanos accedieron al deseo de los británicos de que Alexander asumiera el mando en el Mediterráneo, precisamente porque daban mucha menos importancia a la campaña de Italia que a «Overlord»

\* \* \* \*

El 22 de diciembre los jefes de Estado Mayor británicos comunicaron desde Londres que apoyaban la propuesta de Churchill de lanzar un nuevo ataque anfibio en Italia. En la planificación inicial se dio por descontado que sólo había barcos suficientes para trasladar a una división, mientras que Churchill y sus jefes de Estado Mayor querían desembarcar a dos. El día de Navidad, Eisenhower, Maitland Wilson, Alexander, Tedder y Cunningham volaron desde diversos puntos del Mediterráneo hasta Cartago para hablar sobre la puesta en marcha de la operación «Shingle», un desembarco en Anzio, localidad situada justo al sur de Roma, programado provisionalmente para el 20 de enero. En la

reunión se acordó emplear a dos divisiones en el ataque inicial, siempre y cuando esta circunstancia no impidiera llevar a cabo la operación «Overlord» en la fecha prevista, esto es, en mayo.

\* \* \* \*

El 27 de diciembre Churchill se desplazó a Marrakech para pasar allí unos días con la intención de mejorar su estado de salud. «Propongo quedarme aquí, al calor del sol», dijo en una nota a Roosevelt, «hasta que recupere las fuerzas perdidas». Al segundo día de su estancia en Villa Taylor, para su gozo y sorpresa, llegó la noticia de que el presidente americano había dado su aprobación a la operación «Shingle», con la única condición de que quedaba bien claro que no podía violarse la fecha fijada para la invasión de Francia. Ésta, sin embargo, se vería pospuesta un mes, esto es, a junio, ante la insistencia de Eisenhower y Montgomery en este sentido. Tras estudiar el plan del Día D por primera vez, los dos generales se convencieron de la necesidad de llevar a cabo más preparativos, así como de reforzar el desembarco inicial. La nueva fecha iba a ser un día de la primera semana de junio. Churchill era contrario a utilizar el término «invasión» en el contexto del Día D: «Nuestro objetivo es la liberación de Europa de la tiranía alemana... nosotros “entramos” en los países oprimidos, no los “invadimos”... el término “invasión” debe reservarse para el momento en el que crucemos la frontera de Alemania. No hay ninguna necesidad de regalar a Hitler la idea de que él es el defensor de una Europa que nosotros tratamos de invadir». Esta discusión semántica la acabó perdiendo, por supuesto, Churchill.

\* \* \* \*

El 4 de enero de 1944 el primer ministro escribía a Eden en los siguientes términos: «Cada día estoy más fuerte... Todos mis pensamientos están puestos en “Shingle”, operación cuya puesta en marcha, como bien podrá imaginar, espero vivamente». Su convalecencia en Marrakech acabó el 14 de enero. Voló a Gibraltar, donde Maitland Wilson y Cunningham lo pusieron al día de los últimos preparativos para el desembarco en Anzio. Luego subió a bordo del acorazado *King George V* para emprender el viaje de regreso a Inglaterra. La noche del 17 de enero su barco atracó en el puerto de Plymouth, donde tomó el tren real que había venido a recogerlo. A la mañana siguiente, después de estar nueve semanas ausente de su país, Churchill cruzó los umbrales de su residencia en Downing Street. Envío inmediatamente un cablegrama a Roosevelt: «Aunque a veces las piernas parece que me flaquean, me siento bastante bien». Cuando llegó al palacio de Buckingham para almorzar con el rey, un secretario privado del monarca le preguntó si quería utilizar el ascensor. « ¿El ascensor?», exclamó indignado, tras lo cual subió por la escalera a toda prisa, saltando de dos en dos los peldaños, y al llegar a un rellano, se volvió hacia el empleado de Su Majestad y le hizo un palmo de narices.

En la Cámara de los Comunes nadie supo nada de su regreso hasta que los parlamentarios miraron sorprendidos hacia arriba cuando se procedía con el punto de Cuestiones y Preguntas y, poniéndose en pie de un brinco, comenzaron a gritar, a aplaudir y a agitar los papeles con el Orden del día. Harold Nicolson describiría el sinfín de

víttores con que le dieron la bienvenida, «mientras Winston, con las mejillas sonrojadas, más bien tímido, con una sonrisa dibujada en su rostro parecida a la de un niño travieso, avanzaba despacio por delante del banco principal para tomar asiento en su lugar habitual. Radiaba gozo y emoción, y aún no se había sentado cuando dos lagrimones comenzaron a caer por sus mejillas. No sin cierta torpeza, consiguió disimular el llanto limpiándose el rostro con un enorme pañuelo blanco. Al cabo de unos minutos se puso en pie para responder a las preguntas. La mayoría de los hombres no habrían resistido a la tentación, en una ocasión como aquélla, de revestir sus contestaciones de un toque dramático. Pero Winston respondió a todas las cuestiones como si se tratara del joven subsecretario, colocándose los anteojos, mirando entre sus papeles, contestando diplomáticamente a cuestiones adicionales y tomándose todo con la máxima seriedad posible. Me gustaría decir que por su aspecto parecía haberse recuperado por completo. Pero lo cierto es que cuando desaparecieron los primeros rubores de satisfacción, su rostro quedó pálido, y su voz carecía del vigor habitual». Pero Churchill no había perdido su extraordinaria habilidad para mantener la atención de la Cámara durante sus largas y discursivas valoraciones de la guerra. Después de una de esas estimaciones, se dirigió de pronto a la oposición, preguntando como el que no quiere la cosa: « ¿Todo bien?». Los parlamentarios asintieron, sonriéndole con afecto. Su dominio de la Cámara de los Comunes, cuenta Nicolson, se debía a «esa combinación de oratoria

de altos vuelos con frases con las que de repente bajaba a un plano más íntimo e informal».

\* \* \* \*

El 19 de enero por la tarde Churchill presidió la reunión de los jefes de Estado Mayor, durante la cual instó a que se procediera al desembarco de comandos en la costa dálmata para ir despejando poco a poco de alemanes las islas situadas frente al litoral yugoslavo. Renacían las esperanzas que había puesto en Anzio. Habló de obligar a los alemanes a retirarse al norte de Italia, o incluso al otro lado de los Alpes. Si esto se lograba, los ejércitos de Alexander quedarían libres para avanzar hacia Viena y atacar en los Balcanes, o girar a la izquierda para dirigirse a Francia. Al cabo de dos días, mientras el cuerpo del general de división americano John Lucas se preparaba para dar el golpe en las playas de Italia, el V Ejército de Estados Unidos comenzó a cruzar el río Rápido al sur de Roma. Churchill envió a Stalin el siguiente cablegrama: «Hemos lanzado contra las fuerzas alemanas que defienden Roma el gran ataque del que le hablé en Teherán». A medianoche del día 22, treinta y seis mil soldados británicos y americanos con sus tres mil vehículos fueron desembarcados en Anzio, consiguiendo el efecto sorpresa deseado.

Pero durante los días siguientes, las noticias que llegaban de Italia comenzaron a ser preocupantes. El paso por el Rápido acabó en desastre. Los alemanes destruyeron una por una las precarias cabezas de puente americanas. Tras recuperarse de su asombro por lo de Anzio, Kesselring actuó con extraordinaria energía y concentró

a sus tropas para aislar a los invasores. En poco tiempo, cuatro divisiones aliadas habían desembarcado, pero sin saber hacia dónde dirigirse. Los alemanes abrieron fuego contra la cabeza de playa, que quedaba hundida, y los soldados británicos y americanos encargados de las trincheras y las posiciones de la artillería se vieron atrapados en lo que acabaría siendo uno de los episodios más difíciles y dolorosos de la guerra. «Al final nos vimos convertidos en animales», diría un soldado de los Sherwood Foresters. «Permanecías clavado en el mismo sitio. No había adónde ir. No se podía descansar... No se podía dormir... Nadie esperaba ver el final de aquello. Simplemente nadie recordaba por qué estaba allí». Las bajas se multiplicaron rápidamente, y lo mismo ocurrió con las deserciones. No había ningún lugar entre la playa y la línea del frente en el que poder refugiarse de los bombardeos. La Luftwaffe atacó a las naves que se encontraban frente a la costa con sus nuevas bombas guiadas anti buque, cuyos efectos eran devastadores. «Sería muy desagradable que quedara encajonado allí sin poder avanzar desde el sur», decía Churchill en un mensaje a Alexander el 27 de enero. El 8 de febrero el primer ministro envió el siguiente telegrama a Dill en Washington: «Todo esto ha sido una gran decepción para mí». Era cierto que las fuerzas alemanas que permanecían ocupadas en el sur de Italia no podían combatir en otros escenarios. «Incluso librar una batalla de desgaste es preferible a limitarse a contemplar cómo luchan los rusos. También tenemos que aprender muchas lecciones de lo que no hay que hacer que al final nos resultarán muy valiosas en “Overlord”». Pero ésa no

era una buena manera de consolarse por lo que sin duda constituyó uno de los mayores fracasos de los aliados durante la guerra.

Anzio fue la última operación importante fruto de la inspiración personal del primer ministro. Sin su apoyo, ni Eisenhower ni Alexander habrían podido convencer a los jefes de Estado Mayor norteamericanos de que aportaran los recursos necesarios para tamaña empresa. Reflejaba su pasión por lo que Liddell Hart llamaba «la estrategia del enfoque indirecto», la utilización del predominio naval aliado para evitar las dificultades de un ataque frontal en uno de los terrenos más difíciles del mundo. En principio, «Shingle» era una operación válida. Pero los comandantes no supieron en absoluto elaborar un plan que previera lo que podía ocurrir tras el desembarco de las tropas. En este sentido, las deficiencias de la operación de «Anzio» fueron muy parecidas a las de otra célebre acción anfibia de Churchill que acabó en fracaso, la de los Dardanelos de 1915, como indicaría el comandante en jefe del cuerpo americano, el general de división Lucas, antes de que diera comienzo el desembarco. Alexander, en su calidad de máximo responsable, tiene parte de culpa de que la operación «Shingle» no estuviera planificada adecuadamente desde el punto de vista estratégico. Él y su equipo infravaloraron torpemente la capacidad de reacción y el potencial de los alemanes, pensando que simplemente con amenazar la retaguardia de Kesselring conseguirían que el general alemán abandonara la defensa de su frente en Monte Cassino. En ningún momento se dieron cuenta de la importancia de ocupar rápidamente las colinas situadas junto a

las playas de Anzio, objetivo mucho más plausible que una carrera precipitada hacia Roma. Los americanos, tan escépticos como siempre, demostraron tener mejor criterio que los británicos respecto a las perspectivas de éxito de ese desembarco.

Además, en una guerra, hay que valorar todas las operaciones en el contexto de las fuerzas disponibles para llevarlas a cabo. Los aliados no tenían en el Mediterráneo bastantes naves para desembarcar un contingente suficientemente numeroso con el que mereciera la pena intentar un avance decisivo en el interior de Italia. A menudo se ha puesto en entredicho al general Lucas por no haber conseguido avanzar hacia Roma tras el éxito del desembarco de sus hombres. Es verdad que sus capacidades como comandante eran limitadas. Pero de haber hecho lo que insinúan sus críticos, esto es, dirigirse con ímpetu hacia la capital, habría dejado expuesto al contraataque enemigo a una sucesión de hombres formando desde la playa un saliente sumamente largo y vulnerable. Los alemanes castigaban siempre cualquier temeridad excesiva, como demostrarían un año más tarde en Arnhem. El resultado más probable de una carrera precipitada hacia Roma desde Anzio habría sido la aniquilación del cuerpo de Lucas. De hecho, a pesar de los cuatro meses de miserias que los defensores del perímetro de Anzio tuvieron que resignarse a soportar, al final vieron coronados con éxito sus esfuerzos.

Tan encarnizados fueron los combates en la costa, cuya dureza fue equiparable a la de la batalla que se libró más al sur por las montañas de Monte Cassino, que los aliados apenas manifestaron su alegría cuando por fin entraron en Roma en junio de 1944. Pero



lo que ocurrió fue preferible a lo que habría podido ocurrir si un comandante más temerario hubiera estado al frente de la ofensiva de Anzio. La operación «Shingle» vino a reafirmar a los jefes de Estado Mayor americanos en su convicción de que Italia ofrecía únicamente frutos envenenados. «Cuanto más cosas se conocen de esta península, menos apropiada parece para una operación militar moderna», escribió Harold Macmillan. La campaña no podía ser abandonada, pero a partir de ese momento los estadounidenses la considerarían un pesado lastre, y no apoyarían más aventuras de Churchill ni en el Mediterráneo ni en ningún otro lugar del mundo. Los hechos acontecidos en Italia en el invierno de 1943-1944 volvieron a poner de manifiesto el abismo existente entre las heroicas aspiraciones del primer ministro y las limitaciones de los ejércitos aliados que combatían contra los alemanes. «Deduzco que seguimos siendo más fuertes que el enemigo», decía el 10 de febrero en un mensaje a Alexander «y es natural que uno se pregunte por qué un contingente de más de setenta mil hombres, entre británicos y americanos, se ve obligado a mantener una posición defensiva tras verse cercado por lo que se calcula que son, como mucho, sesenta mil alemanes». El 27 de ese mismo mes escribió a Smuts manifestando que su confianza en Alexander no había «disminuido ni un ápice», para añadir con cierta tristeza: «pero si me hubiera sentido lo suficientemente bien para estar a su lado en los momentos críticos como me hubiera gustado, creo que habría podido darle el estímulo necesario. ¡Ay del tiempo, de las distancias, de las enfermedades y del paso de los años!». Si los generales de

Gran Bretaña y de Estados Unidos hubieran sido Marlboroughs o Lees, si los reclutas hubieran demostrado el valor y el temple de los soldados espartanos, probablemente habrían realizado en el Mediterráneo tantas hazañas y proezas como soñaba Churchill. Pero ni eran como ellos ni actuaron como ellos. Eran simples mortales que hicieron todo lo que pudieron para contrarrestar a un comandante de excepción, Kesselring, y a uno de los mejores ejércitos que haya conocido el hombre.

Churchill no se había equivocado en 1942 y 1943 al insistir a los americanos en la necesidad de emprender campañas militares en el Mediterráneo, cuando no había otro lugar en el mundo en el que pudieran luchar con ciertas garantías. El 22 de febrero dijo ante la Cámara de los Comunes: «En el marco de una estrategia general, la decisión de Hitler de enviar al sur de Italia hasta dieciocho divisiones, que suman, con sus unidades de mantenimiento, alrededor de probablemente medio millón de hombres, y de crear un gran frente secundario en dicho país, no está mal vista por los aliados... Debemos luchar contra los alemanes en algún lugar, a no ser que prefiramos quedarnos quietos y contemplar cómo lo hacen los rusos». Pero en aquellos momentos había cierta falta de convicción en esas ideas. En 1944 las teorías de Churchill sobre Italia habían quedado en un segundo plano tras la concepción de «Overlord», un plan americano de gran envergadura, considerado indispensable. Después de lo de Anzio, incluso el propio primer ministro admitiría implícitamente este hecho, y abrazaría la perspectiva del Día D cada vez con mayor entusiasmo. Aunque su

pasión por las operaciones en el Mediterráneo nunca disminuyó, se vio obligado a reconocer que las grandes batallas del oeste de Europa iban a ser libradas en Francia, no en Italia.

\* \* \* \*

En la primavera de 1944, Churchill tenía muchos temores, pues no sólo estaba preocupado por la operación «Overlord», sino también por el estado de ánimo del pueblo británico. Algunos individuos que se quedaron sin escaño tras perder las elecciones sacaron a relucir la falta de entusiasmo de los votantes por el gobierno de coalición y su inquietud por la guerra. Después de que el 18 de febrero un candidato independiente que se presentaba por el Partido Laborista en la circunscripción de West Derbyshire derrotara a lord Hartington, el candidato *tory* que había hecho su campaña con el apoyo manifiesto del primer ministro, Jock Colville escribió: «Sentado en una silla de su estudio en el Anexo, el primer ministro parecía viejo, fatigado y muy deprimido, y murmuraba incluso no sé qué acerca de unas Elecciones Generales. Con tantos grandes acontecimientos pendientes, decía, ahora era el momento en el que la unidad de la nación resultaba esencial, pues había que afrontar la cuestión de la aniquilación de grandes estados; comenzaba a parecer como si la democracia careciera de la solidez necesaria para llevar a cabo esa empresa, por mucho que hubiera demostrado su capacidad de defenderse». En el discurso pronunciado por Churchill en la Cámara de los Comunes el 22 de febrero, arremetió con dureza contra los que criticaban su gestión, a los que tildó de «gentucilla que se entretiene jugando con el monstruo de la guerra para ver qué

diversión o cuánta notoriedad puede darles el desarrollo de los acontecimientos». Cinco días más tarde, en una carta a Smuts, se refirió de nuevo a esos individuos, diciendo que «sus voces chirriantes se verán silenciadas ahora por el estruendo de los cañonazos». El 25 de marzo, en una nota a Roosevelt, escribía con tristeza: «Ni que decir tiene que tenemos muchas cosas de las que preocuparnos, en particular ahora que nuestras respectivas democracias están plenamente convencidas de que toda la guerra puede darse ya por ganada». El diputado *tory* Cuthbert Headlam anotó en su diario el 14 de abril de 1944: «En la salita de fumadores de la Cámara de los Comunes se determina prácticamente a diario quién será el nuevo líder».

Muchas cosas afligían a Churchill, y la carga se hacía más pesada porque eran muy pocos los problemas y los peligros que podían ser reconocidos públicamente. Tuvo que dedicar un sinfín de horas a la cuestión de Polonia. El gobierno polaco en el exilio, que se hallaba en Londres, se oponía firmemente a cualquier cambio de sus fronteras —esto es, a correr todo el país hacia el oeste—, hecho que Churchill se había visto obligado a aceptar a regañadientes. Sus representantes insistían en proclamar su rabia hacia Moscú por las matanzas de Katyn. ¿Qué defensor de la libertad y la democracia podía negarles ese derecho? Pero era tan sorprendente la popularidad de Rusia en Gran Bretaña, que las encuestas demostraron una clara disminución del entusiasmo del pueblo británico por la causa de los polacos, debido a su manifiesta hostilidad hacia Moscú. Una y otra vez instó el primer ministro a los

exiliados a bajar el tono de sus protestas. Como Rusia pronto iba a estar en posesión de su país, la buena voluntad soviética era indispensable para materializar cualquier posibilidad de entente en el gobierno de posguerra de esa nación. Stalin mintió descaradamente a Churchill cuando aseguró que no tenía intención alguna de ejercer su influencia en la política interna de Polonia, y que, una vez finalizada la contienda, los polacos serían libres de elegir a sus propios dirigentes. Pero en un prolongado intercambio de cablegramas y misivas, el caudillo soviético descargó toda su furia, con absoluta contundencia, por las declaraciones de hostilidad hacia la Unión Soviética por parte de los polacos de Londres.

Churchill cada vez tenía más claro que las probabilidades de una Polonia libre estaban disminuyendo, y menguando. Ante la obcecación de los exiliados por negarse a adoptar esa postura más realista que el primer ministro solicitaba, la batalla que había emprendido en solitario para restaurar la libertad en la nación polaca acabaría perdiéndose. Con toda probabilidad, nada de lo que los aliados occidentales podían haber hecho habría conseguido librar a Polonia de caer en las fauces de Stalin. Había una realidad fundamental e innegociable: la firme insistencia de la Unión Soviética en cobrarse los veintiocho millones de rusos muertos en la guerra contra el nazismo. El 3 de marzo, Eden pidió a Churchill que enviara personalmente un cablegrama a Moscú para interesarse por los dos hombres de la marina real que, tras haber sido detenidos borrachos en Múrmansk por provocar una trifulca, habían sido

condenados a cumplir una pena de trabajos forzados en Siberia. El primer ministro le contestó en los siguientes términos: «No puedo enviar un telegrama de ese tipo, pues no haría más que indisponerme con Bruin por una cuestión baladí en un momento en el que hay en juego muchísimos asuntos importantes». Pero también indicó a Eden que la sesión de preguntas en el Parlamento podría servir para hacer publicidad del caso: «En el momento actual, un poco de sentimiento anti ruso en la Cámara de los Comunes podría resultar saludable». Cuando sir John Anderson escribió a Churchill diciendo que los rusos debían ser informados del proyecto «Tube Alloys» de los aliados —la creación de la bomba atómica—, el primer ministro anotó en el margen del apunte de Anderson: «Bajo ningún concepto».

Eden haría el siguiente comentario en su diario, a propósito de Polonia: «La postura soviética en este asunto suscita una gran inquietud. ¿Llegará a cooperar alguna vez el régimen soviético con occidente?». Unos días después añadiría: «Debo confesar que aumenta mi temor en el sentido de que son muchos los objetivos de Rusia, y que uno de ellos probablemente sea la dominación de Europa oriental, e incluso del Mediterráneo, y la “socialización” de buena parte del resto». En Italia los soviéticos se negaron a tratar con la Comisión de Control de los aliados, y optaron por nombrar a un embajador propio con la orden de dificultar el trabajo a británicos y americanos. Fue muy doloroso para Churchill, que conocía la verdad de la tiranía de Stalin y los peligros que suponían las ambiciones del dictador soviético, verse obligado a tolerar las

ideas románticas e ilusorias del pueblo británico, y hacerse eco de su gratitud por los sacrificios de los rusos. Incluso cuando estaba participando en un intercambio de cablegramas excepcionalmente duros con Moscú sobre una serie de cuestiones, el 26 de marzo, en un discurso transmitido radiofónicamente por la *BBC*, tuvo que cubrir de elogios al Ejército Rojo. Su ofensiva de 1943, dijo, «constituye la causa principal de la ruina de Hitler». El pueblo ruso había sido extraordinariamente afortunado por haber encontrado, «en medio de su sufrimiento y su dolor supremos, a un líder combativo, al mariscal Stalin, cuya autoridad le permite combinar y controlar los movimientos de unos ejércitos de millones de individuos en un frente de unos tres mil kilómetros, e imprimir una unidad y una coordinación en el desarrollo de la guerra en el este que han repercutido en beneficio de Rusia y de todos sus aliados». Sus palabras eran ciertas, pero reflejaban sólo una parte de la realidad.

\* \* \* \*

Por otro lado, con los franceses seguía habiendo muchas dificultades. Harold Macmillan escribía desde Argel: «Preferiría conseguir lo que queremos —si al final podemos— a través de los franceses, que mediante imposiciones a los franceses. Pero me cuesta jugar esta partida... el problema es que ni el presidente ni el primer ministro confían en De Gaulle». Churchill había sufrido una gran decepción cuando, en julio de 1941, en Brazzaville, en el Congo, el intransigente general concedió una entrevista al *Chicago Daily News*, en la que daba a entender que Gran Bretaña estaba

«llegando a un acuerdo con Hitler en la guerra». En diversas ocasiones, Churchill y Eden comentaron la posibilidad de que De Gaulle estuviera desequilibrado mentalmente. El primer ministro estaba más que harto de la petulancia y la descortesía calculada del francés. Resultaba intolerable que Gran Bretaña tuviera que defender en Washington la causa de la Francia Libre, que los americanos desdeñaban, y que la única recompensa que recibiera por ello fuera la ingratitud de su líder.

Durante el tiempo que Churchill estuvo en el norte de África, pasó muchas horas con Macmillan, De Gaulle y otros franceses importantes, intentando mantener una apariencia de unidad. Sus esfuerzos se vieron frustrados por el unilateralismo de De Gaulle. En cierta ocasión, el general ordenó detener a tres miembros prominentes del gobierno de Vichy en Argel, lo que provocó una explosión de furia churchilliana. Los políticos y los diplomáticos británicos intercedieron hasta la extenuación por De Gaulle, un transgresor habitual enfrentado a un juez acostumbrado a actuar con severidad. Tras una conversación, Macmillan escribiría: «A pesar de mi aprecio por Winston, no creo que pueda aguantar durante mucho más tiempo». Pero dos días después, como prácticamente todos los colaboradores más estrechos del primer ministro, comenzó a ceder: «Es un hombre realmente notable. Aunque a veces resulte agotador y sea sumamente obstinado, no hay otro como él. Es extraordinaria su devoción por el trabajo y por el deber».



Churchill nunca mostró signos de vacilación en su compromiso con la reinstauración de Francia al lugar que le correspondía como gran nación. Por ello, y por luchar tan denodadamente con los americanos por los intereses de ese país, el gobierno británico merecía, aunque nunca recibiría, la gratitud eterna de su vecino galo. Un año antes, en Quebec, Eden había mantenido una fuerte discusión con Cordell Hull acerca de las virtudes de la resurrección de Francia: «Llegado un punto, los dos nos acaloramos cuando dije que nosotros teníamos que vivir a treinta kilómetros de los franceses, y que, en la medida de mis posibilidades, yo quería reconstruir su país». Macmillan comentaría que, si bien Roosevelt detestaba a De Gaulle, los sentimientos de Churchill eran más complejos: «Con De Gaulle se siente como el padre que se ha peleado con su hijo. Estaría dispuesto a desheredarlo, dejándole sólo un chelín. Pero (en su corazón) sacrificaría al becerro más sano y robusto si ese hijo pródigo se mostrara dispuesto a confesar los errores cometidos y a acatar obedientemente sus órdenes en el futuro». Pero como eso no iba a ocurrir nunca, en 1943-1944 hubo muchos momentos en los que, de no haber sido por la lealtad de Eden a De Gaulle, Churchill habría dejado al francés a la deriva. Incluso en aquellos momentos, con dos millones de hombres preparándose y armándose en Gran Bretaña para la invasión, Churchill decidió mantener su peligrosa pretensión —peligrosa, por la desconfianza en sí mismo que alimentaban los americanos— de que «Overlord» seguía representando más una opción que un compromiso en toda regla. En febrero invitó a los jefes de Estado

Mayor a revisar los planes de la operación «Júpiter» —una ofensiva en el norte de Noruega—, por si el desembarco en Francia acababa en fracaso. Convocó un comité para que lo mantuviera informado semanalmente del desarrollo de los preparativos del Día D, y el 15 de febrero escribió a Marshall, diciendo: «A medida que va acercándose la hora, me siendo cada vez más decidido a llevar a cabo esta operación, en el sentido de que deseo dar un golpe definitivo en lo humanamente posible, a pesar de que las condiciones restrictivas que establecimos en Teherán no se hayan observado con toda exactitud». Las reservas seguían ahí, como seguirían en un mensaje dirigido a Roosevelt que preparó el 25 de marzo: « ¿Cuál es la fecha límite para tomar una decisión sobre si “Overlord” se pondrá o no en marcha el día establecido?... En el caso de que... veinte o veinticinco divisiones móviles alemanas ya se hallen en Francia en esa fecha, ¿qué vamos a hacer?». Al final, después de meditarlo con prudencia, este cablegrama, que habría provocado una enorme consternación, y mucha preocupación, a los americanos, no fue enviado. Pero no cabe duda de que reflejaba las continuas vacilaciones de Churchill, diez semanas antes del Día D.

Desde el Mediterráneo, Harold Macmillan escribió: «Me preocupa sobremanera ver el empeoramiento de las relaciones angloamericanas en general desde la marcha de Eisenhower, y tampoco tengo muchas esperanzas de que el primer ministro cambie sus ideas por el momento». Hubo muchas discusiones y muchos cambios de percepción en lo concerniente a la operación «Anvil», un posible desembarco en el sur de Francia programado en

un primer momento para que coincidiera con el de Normandía. Los británicos, que se habían mostrado favorables con el plan, comenzaban a verlo con malos ojos por las repercusiones que inevitablemente iba a tener en el poderío aliado en Italia. El 21 de marzo Maitland Wilson envió un mensaje recomendando la anulación de «Anvil». Tras largas conversaciones con Washington, principalmente relacionadas con la cuestión de las lanchas de desembarco, se acordó posponer la operación. El escepticismo de Churchill respecto a «Anvil» fue creciendo cada vez más, y al final el primer ministro se mostró totalmente contrario a su puesta en marcha. Prefería que varios comandos realizaran desembarcos de diversión en la costa atlántica francesa. También seguía siendo partidario entusiasta de una invasión en Sumatra, exasperando con su postura a los jefes de Estado Mayor y al propio Brooke. Éstos se oponían al plan por lo que representaba, y, además, eran perfectamente conscientes de que los americanos nunca aportarían los medios navales necesarios para llevarlo a cabo. A Washington sólo le interesaba una ofensiva en el norte de Birmania para abrir un corredor hasta China, ofensiva que, muy a regañadientes, los británicos aceptaron finalmente poner en marcha.

Los más estrechos colaboradores de Churchill durante la guerra, sobre todo los jefes de Estado Mayor, elogiarían al concluir la contienda la grandeza del primer ministro como estadista, pero deplorarían sus deficiencias como estratega. Pero lo cierto es que ningún líder aliado demostró una maestría infalible. La visión general que tuvo Churchill de la guerra fue magnífica. Aun

reconociendo sus ideas ilusorias acerca del futuro del imperio británico, debemos admitir que expresó las esperanzas y ambiciones de la Gran Alianza como ningún otro hombre, incluido Roosevelt, supo hacerlo. Su currículum como señor de la guerra debe ser valorado por las cosas que se hicieron, y no por las que se dijeron. Se dejó llevar en muchas ocasiones por ideas quiméricas, pero insistió en la materialización de muy pocas. La aventura del Egeo en 1943 fue más una excepción que un hecho habitual. Las operaciones de la máquina de guerra británica no pueden ser enjuiciadas de manera aislada, sino comparándolas con las de los aliados y las de los enemigos de Gran Bretaña, y, consecuentemente, con las experiencias de todos los demás conflictos armados de la historia. En la misma medida, Churchill estuvo al frente de un sistema de planificación militar y de administración política considerado todo un referente.

No debemos plantearnos si, como creían los que colaboraban con él, en 1944-1945 ya no era lo que había sido en 1940-1941. En una ocasión, después del almuerzo, Smuts hizo a Eden el siguiente comentario a propósito del primer ministro: «Mentalmente tal vez sea el hombre que fue, tal vez, pero es evidente que físicamente no lo es. Me temo que se cree mucho más fuerte de lo que es, y acabará matándose si no se cuida». El astuto anciano sudafricano se encargó de hacer ese comentario de manera que lo oyera Churchill. A Ismay le divertía la combinación de ironía y dureza con la que Smuts solía instar a Churchill a cuidar su salud, aconsejándole siempre que se quedara más tiempo en la cama. El primer ministro

replicaba «como si fuera un crío al que su madre manda que se acueste».

A pesar de su agotamiento físico y de su precaria salud, Churchill seguía siendo un hombre intrépido y audaz. Disfrutaba contemplando desde un tejado de Whitehall los ataques nocturnos que ocasionalmente lanzaba la Luftwaffe. «Ahora vale la pena observar las incursiones aéreas», escribiría el 4 de abril a Randolph, por aquel entonces en Yugoslavia, «por el brillo de las bengalas rojas que parecen mantenerse suspendidas en el aire, y el fulgurante rastro de la cortina de bombas incendiarias... a veces voy hasta la batería de María [la posición antiaérea de Mary Churchill] y oigo a los niños ordenar a los cañones que abran fuego». Este párrafo resulta conmovedor. El 4 de marzo, Jock Colville hacía una descripción de un sábado en Chequers con el primer ministro:

*A última hora de la noche, tras la inevitable película, el primer ministro se sentó en su sitio habitual del Gran Salón y comenzó a fumar cigarrillos turcos —la primera vez que le había visto fumar uno de esos cigarrillos—, diciendo que eran la única cosa que había conseguido de los otomanos. No para de decir que le queda poco tiempo de vida, y esa noche, mientras el gramófono tocaba la «Marsellesa» y «Sambre et Meuse», nos dijo a Cunningham, a Harold Macmillan, a Pug, a Tommy y a mí que su testamento político para después de la guerra era el siguiente: «Mucho más importante que la India, las colonias o la solvencia es el Aire. Vivimos en un mundo de lobos, y de osos».*

*Luego tuvimos que escuchar más piezas de Gilbert y Sullivan por el gramófono, antes de retirarnos a las tres de la mañana.*

Una reunión con Roosevelt, cuya celebración se había programado para Pascua en las Bermudas, fue cancelada por problemas de enfermedad del presidente; de hecho, su salud nunca se recuperaría de la tensión y los esfuerzos derivados de la conferencia de Teherán. En cualquier caso, Brooke, Moran y otros se oponían a que el primer ministro realizara más vuelos de larga duración. Más que una necesidad real de ver a Roosevelt, lo que impulsaba a Churchill a entrevistarse con el presidente americano era su obcecada y exagerada fe en su capacidad de persuasión. El 4 de abril de 1944, Churchill dijo a la Cámara de los Comunes que el Reino Unido había perdido a 197 005 de sus habitantes desde el inicio de la guerra en septiembre de 1939. Esa cifra no incluía a muchísimos otros que figuraban simplemente como desaparecidos, pero que nunca más regresarían a sus hogares. El pueblo —e incluso algunos de los que se movían muy cerca de los círculos de poder— percibía que la guerra entraba en su fase final. Personalmente, Churchill no se dejaría engañar, sobre todo con la perspectiva de la operación «Overlord». Todavía tendrían que morir otros cien mil británicos antes de alcanzar la victoria. Debía sacar fuerzas, y preparar a su pueblo, para llevar a cabo nuevos esfuerzos.

## **Capítulo 17**

### **Europa en llamas**

La primavera y el verano de 1944 fueron testigos del florecimiento, aunque incompleto, a ojos del primer ministro, de uno de sus motivos de inspiración más queridos: la resistencia en la Europa ocupada y en los Balcanes. Allá por 1940, Churchill dictó una célebre orden a su ministro de Guerra Económica: « ¡Pon a Europa en llamas!». Esta medida dio lugar a la creación de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés), organización secreta encargada de fomentar la resistencia —explícitamente el terrorismo, esto es, la actividad armada a manos de civiles no uniformados— en todos los países dominados por el Eje. En submarinos y barcos pequeños, en avión y en paracaídas, agentes entrenados en Gran Bretaña entraron primero en Europa, y luego en el Sureste Asiático, con el fin de establecer contacto con cuantos quisieran levantar la bandera de la oposición a la tiranía, aunque fuera por medios no convalidados por la Convención de Ginebra. Los sucesos de Francia han recibido la máxima atención de los cronistas de posguerra, aunque la resistencia de Yugoslavia llegó a tener una significación estratégica mucho mayor, como Churchill empezó a pensar a partir de 1943.

Los hombres y mujeres de la SOE crearon una de las leyendas más duraderas de la Segunda Guerra Mundial. Se consideraba entonces particularmente heroico, como sigue considerándose hoy día, arriesgarse a la tortura y a la muerte en solitario, detrás de las

líneas enemigas. El apoyo a la insurrección interna representaba un acto personal de fe por parte del primer ministro, creencia que iba en contra de las opiniones de muchos de sus asesores militares. Churchill tenía el convencimiento de que los pueblos de Europa desempeñarían un papel importante en su propia liberación, y de ese modo llegó a declarar el 10 de junio de 1941: «Ayudaremos y animaremos a los pueblos de todos los países conquistados a resistir y a rebelarse. Arruinaremos y perjudicaremos cualquier intento que haga Hitler de sistematizar y consolidar su dominación». Por orden del primer ministro, un documento de planificación del Departamento de Guerra abordaba ese mismo mes el fomento de la resistencia: «Debe hacerse que los pueblos sojuzgados se levanten contra sus opresores, pero no hasta que se haya montado el escenario debido. El “ataque desde dentro” es el concepto básico de esas operaciones, y deberíamos poder hacerlo en mayor medida que los alemanes. Ellos tenían sólo unos pocos colaboracionistas dispuestos a ayudarlos, y nosotros contamos con poblaciones enteras. Los patriotas deben ser organizados en secreto y ser provistos de armas personales que se les entregarán por vía aérea en caso de que sea necesario».

Churchill suponía que las poblaciones autóctonas desempeñarían un papel primordial en su propia liberación. Si Estados Unidos entraba en la guerra, escribía en un comunicado a Portal, el jefe del Estado Mayor del Aire, el 7 de octubre de 1941, habría «ataques simultáneos de fuerzas blindadas en muchos de los países conquistados que están maduros para la rebelión». En un artículo



de 15 de junio de 1942 citaba el «levantamiento de la población» entre los primeros objetivos de los desembarcos de los aliados en el continente. La misión de la SOE era acelerar esa maduración y esos «levantamientos». En numerosos libros publicados incluso en el siglo XX, el relato de lo sucedido cada vez que se intentó hacer realidad esa visión se halla profusamente teñido de detalles novelescos. La realidad fue, como mínimo, igual de interesante, pero mucho más compleja.

\* \* \* \*

En junio de 1940, expresando al primer ministro canadiense Mackenzie King su incertidumbre sobre si Francia seguiría en la guerra o no, Churchill escribió: «Espero que, en el peor de los casos, mantengan una guerrilla gigantesca». A la hora de la verdad, durante los primeros años de ocupación, Francia y el resto de los países de Europa occidental permanecieron pasivos. Los actos de oposición violenta fueron muy esporádicos. El drama de la derrota tardó algún tiempo en ser superado, y lo mismo les ocurrió a los espíritus rebeldes de mentalidad afín, que necesitaron tiempo antes de encontrarse y de unirse formando grupos. Los británicos no estaban en condiciones de ofrecer ayuda. Y lo que es más importante, sólo una pequeña minoría de gente estaba dispuesta a oponerse activamente a los alemanes. En materia de resistencia, como en muchas otras cosas, el entusiasmo heroico de Churchill tuvo poca resonancia en el ánimo de los ciudadanos de Europa, preocupados por intereses más prosaicos. Su prioridad era dar de comer a sus familias, ganar un sueldo, y seguir teniendo un techo

sobre sus cabezas. Cualquier desafío a los ocupantes podía poner en peligro —ni más ni menos que en peligro de muerte— todos esos objetivos sencillamente humanos.

Las manifestaciones de violencia iban en contra de los consensos nacionales. No era que los alemanes fueran del agrado de la gente, pero la aceptación de su hegemonía parecía representar la única actitud racional. Figuras tan destacadas como el escritor francés André Gide, aunque rechazaba expresamente la colaboración con los ocupantes, se mostraba en contra también de la idea de oposición violenta. Hasta que la Unión Soviética y Estados Unidos entraron en la guerra, el dominio que ejercía Hitler sobre su imperio estaba por encima de cualquier desafío militar. El primer ministro de Gran Bretaña pronunció palabras de ánimo, repetidas en numerosas lenguas a los pueblos oprimidos por locutores radiofónicos que hablaban desde Londres, pero no había ningún ejército inglés capaz de instalarse de nuevo en el continente. Eso hacía que los habitantes de los dominios recién conquistados de Hitler no estuvieran en su mayor parte dispuestos a arriesgar el bienestar de sus sociedades mediante acciones que habrían recibido cumplida venganza.

Incluso en el caso de los que estaban dispuestos a luchar, Churchill no supo entender las dificultades que comportaba el hecho de llevar a cabo acciones de guerrilla contra un ocupante eficaz y despiadado en las regiones fuertemente urbanizadas de Europa. En Dinamarca, Holanda, Bélgica y muchas partes de Francia, había pocos escondites para las bandas armadas. Los alemanes adoptaron

políticas destinadas a fomentar la pasividad. Cualquier acción realizada contra sus tropas acarreaba el castigo de comunidades enteras. El 27 de mayo de 1941, Churchill envió una nota a lord Selborne, el sucesor de Dalton en el Ministerio de Economía de Guerra, sugiriéndole que suministrara a los pueblos oprimidos armas sencillas y cartuchos de dinamita. Pero el uso de esas «armas sencillas» por esos «pueblos oprimidos» provocó reacciones conscientemente desproporcionadas por parte de los alemanes. El 20 de octubre de ese mismo año, un comunista alsaciano mató de un tiro al gobernador militar alemán de Nantes, y logró escapar. El historiador Robert Gildea ha escrito: «Lejos de acoger aquel asesinato como el primer paso hacia su liberación, la población de Nantes quedó horrorizada, entre otras cosas porque el alemán asesinado era un personaje singularmente simpático». Fueron ejecutados cincuenta rehenes civiles. Este episodio hizo que Maurice Schumann efectuara una alocución desde Londres a través de la emisora francesa de la *BBC*, solicitando que no volvieran a repetirse actos terroristas como aquél. De Gaulle transmitió el mismo mensaje el 23 de octubre.

Churchill, sin embargo, no estaba de acuerdo. Creía que era fundamental infligir el mayor dolor y las mayores molestias al enemigo. Consideraba que las muertes de los rehenes eran un sacrificio necesario para que el pueblo de Francia pudiera demostrar que no iba a doblegarse nunca ante la tiranía, como en realidad había hecho la mayoría de los franceses desde junio de 1940. En una ocasión dijo a los presentes en una sesión del Comité

de Defensa del gabinete que aunque los actos de resistencia provocaran represalias sangrientas, «la sangre de los mártires ha sido la semilla de la iglesia». El comportamiento de los secuaces de Hitler en la Europa ocupada había hecho que los alemanes fueran odiados como no lo había sido ningún otro pueblo, dijo, y había que aprovechar esos sentimientos. Deploraba cualquier intento de sofocar la resistencia en interés de los meros espectadores inocentes: «No hay que hacer nada que redunde en perjuicio de este método valiosísimo de acosar al enemigo». Se trataba de una extensión de la postura que había adoptado cuando Gran Bretaña se vio amenazada por la invasión. En 1940, los generales Pager y Auchinleck insistieron en que se dijera a la población civil que se quedara en sus casas y que no arriesgara su vida ofreciendo una resistencia inútil a los alemanes armada con guadañas y adoquines. El primer ministro se mostró vigorosamente en contra. En la guerra, dijo, se da cuartel al enemigo no ya por motivos de compasión, sino para disuadirle de seguir luchando hasta el final: «Aquí deseamos que todos los ciudadanos luchen a la desesperada y lo harán con tanto más ahínco si saben que la alternativa es la muerte». Lo mismo que esperaba de la población civil británica en 1940, es lo que intentó que hicieran luego los habitantes de la Europa ocupada. Tenemos aquí a Churchill en su faceta más despiadada. Tuvo miedo en todo momento de que, si se la dejaba sola, Europa cayera en una completa subordinación a la hegemonía de Hitler. El hecho de que fueran pocos los franceses que se unieran bajo la bandera de De Gaulle no sólo en 1940, sino durante todos los años siguientes,

constituyó para él un constante motivo de decepción. Por fortuna para las aspiraciones de Churchill, Alemania adoptó hacia la mayoría de los países de su imperio europeo unas políticas tan descaradamente egoístas que hasta los gobernantes de la Francia de Vichy llegaron a comprender que no podían crear una asociación con sus ocupantes. Berlín buscaba sólo el saqueo económico. Así pues, la política de Hitler redundó en beneficio de la de Churchill.

No obstante, al menos hasta después del Día D, en 1944, las represalias convencieron a la mayoría de los habitantes de los países ocupados de que el coste de los actos de violencia era muy superior a su valor. Los noruegos, aunque profundamente anti alemanes, organizaron la resistencia con una prudencia considerable. Las fuerzas especiales noruegas enviadas desde Gran Bretaña atacaron ocasionalmente objetivos importantes, como las instalaciones de producción de agua pesada de Rjukan, pero la población del país evitó participar en combates abiertos. En Checoslovaquia, el asesinato de Reinhard Heydrich, el «protector» de Bohemia y Moravia, el 27 de mayo de 1942 a manos de unos checos enviados en paracaídas desde Gran Bretaña, dio lugar a unas represalias espantosas, particularmente la matanza de 198 hombres de la aldea de Lidice, cuyas mujeres fueron enviadas a campos de concentración. Los grupos de resistencia local fueron aplastados. Muchos checos creen incluso hoy día que el asesinato fue un error, puesto que costó un precio tan alto en vidas inocentes.

En Francia, la detonación de una bomba al borde de la carretera en Marsella dio lugar a que los alemanes demolieran todo el *lieux*

*quirite* de la ciudad, dejando a cuarenta mil personas sin hogar. Terrassa, una bonita localidad del centro sur de Francia, sufrió muchísimo a consecuencia de las actividades de la resistencia y de las represalias de los alemanes. «El ciclo es muy sencillo», escribía desconsolado el alcalde del pueblo, Georges Labarthe a su madre, residente en París, en junio de 1944: «El maquis lleva a cabo una operación; llegan los alemanes; la población civil paga los platos rotos; los alemanes se van y vuelve a aparecer el maquis. Cuando se producen bajas entre los alemanes, su venganza es terrible. Debo confesar que en estas circunstancias cuesta trabajo ser el representante y defensor del pueblo».

En la Europa occidental, la resistencia cobró fuerza sobre todo en las zonas despobladas que menos interesaban estratégicamente a Hitler, esto es, en las más alejadas de la costa y de una posible invasión. Como eran los que más tenían que perder, la inmensa mayoría de las personas que poseían cuantiosos bienes, la aristocracia y los hombres de negocios, colaboró con los ocupantes. Muchos agentes de la SOE capturados por los alemanes fueron traicionados por la población del país. Los oficiales británicos buscaron apoyo y cobijo sobre todo en las gentes humildes: maestros de escuela, sindicalistas y granjeros. Sólo el 20 por 100 de las cartas abiertas por la censura francesa incluso cuando la guerra estaba ya avanzada, durante los primeros seis meses de 1944, expresaba una aprobación del «terrorismo». Un comentario que podía leerse habitualmente en ellas era el siguiente: «El maquis actúa en nombre del patriotismo, pero afortunadamente la policía es

cada vez más fuerte y espero con todo mi corazón que acabe con esos jóvenes lo antes posible, pues cometen toda clase de atrocidades contra gentes inocentes». Julian Jackson escribe: «Existen otras pruebas de que la violencia del maquis era condenada por muchos». En el Jura, donde se produjeron terribles actos de barbarie por parte de los alemanes en 1944, algunos médicos de la región ni siquiera quisieron atender a los heridos de la resistencia. Había mucha gente que no estaba dispuesta a dar cobijo a los refugiados. Y los curas se negaban a rezar por los moribundos. En el departamento de Haute-Saône, el prefecto del régimen de Vichy anotó el siguiente comentario: «Los terroristas gozan cada vez menos de la complicidad de la población rural». Represión extrema, brutalidad desenfrenada, odio fomentado y también miedo. La política alemana se mostró notablemente eficaz en la supresión de la disidencia.

Churchill imaginaba que la población de Europa causaría tantos problemas a los alemanes que la ocupación resultaría demasiado costosa, e incluso inviable. Pero unos civiles sin adiestramiento y mal organizados nunca podrían aspirar a derrotar a unas tropas regulares. « ¿Qué es un ejército sin artillería, sin tanques ni fuerza aérea?», preguntaba Stalin en tono despectivo refiriéndose a la resistencia polaca. «En la guerra moderna un ejército semejante tiene muy poca utilidad». Y desde luego no se equivocaba. La objeción que ponían muchos europeos honestos y patriotas a la resistencia era que su violencia, que, aunque lentamente, iba incrementando su ritmo, conseguía molestar a los alemanes, pero

no provocaba en ellos ninguna crisis. Salvo notables excepciones, cabe afirmar en general que la resistencia contó sobre todo con el apoyo entusiasta de todos aquéllos, tanto británicos como habitantes de los países ocupados, que no tenían ningún interés personal en las comunidades locales, que eran las que sufrían directamente las represalias.

Algunos oficiales británicos de alto rango se opusieron a la labor encomendada a la SOE por motivos pragmáticos y éticos. Veían la improbabilidad de que el fomento de una rebelión masiva, como quería Churchill, saliera bien, y se sentían incómodos teniendo que promocionar las acciones terroristas de unos civiles armados. El jefe del Estado Mayor del Aire, Portal, intentó en febrero de 1941 insistir en que uno de los primeros grupos de la SOE lanzados en paracaídas sobre territorio francés llevara uniforme: «Opino que el lanzamiento de hombres vestidos de paisano con el fin de cometer atentados para matar a miembros de las fuerzas enemigas no es una operación con la que deba asociarse a la Real Fuerza Aérea», dijo a Gladwyn Jebb, del Foreign Office. «Creo que estará usted de acuerdo en que existe una diferencia enorme, en el terreno ético, entre la operación de lanzamiento de un espía desde el aire, método que lleva largo tiempo practicándose, y este nuevo plan de lanzar a gentes que sólo puede uno llamar asesinos». Semejante puntilliosidad puede parecer irónica en un individuo que fue uno de los arquitectos de los bombardeos de área. Pero ilustra los sentimientos de muchos altos oficiales del ejército. Otros, como sir Arthur Harris, del Mando de Bombarderos, se convirtieron en



enemigos acérrimos de la SOE, porque les molestaba la diversión de aviones que provocaba la necesidad de prestar apoyo a sus redes.

Sir Stewart Menzies y sus subordinados del Servicio Secreto de Inteligencia (SIS por sus siglas en inglés) odiaban a sus rivales, simples aficionados, en primer lugar por motivos territoriales en Whitehall, y en segundo lugar porque sobre el terreno las emboscadas y los actos de sabotaje irritaban a los alemanes y hacían que resultara más difícil la recogida de información de manera discreta por parte de los agentes del SIS. Uno de los primeros colaboradores de la SOE en Oriente Medio, Bickham Sweet-Escott, escribió a propósito de su introducción en aquel mundo de capa y espada: «Nadie que no la haya experimentado puede imaginarse la atmósfera de envidia, suspicacia e intriga que envenenaba las relaciones existentes entre los distintos departamentos secretos y semi secretos en El Cairo durante aquel verano de 1941». La situación no era mucho mejor un año después, cuando fue enviado al Mediterráneo como ministro residente Oliver Lyttelton, que hizo el siguiente comentario: «Me molestó... la falta de seguridad, el derroche y la ineficacia de la SOE». Las mismas críticas se oían a menudo en Londres.

Entre 1940 y 1943, la máxima hazaña de la SOE en la mayoría de los países ocupados fue mantener vivos a sus agentes y sus radiotransmisores en funcionamiento, cosechando casi todos sus éxitos en las zonas rurales. La entrada en la guerra de la Unión Soviética provocó un clamoroso aumento del poder de la resistencia, gracias a la integración en ella de los comunistas europeos. Un

segundo acontecimiento decisivo para Francia fue la introducción en 1943 de enormes cantidades de mano de obra forzosa en Alemania, el llamado Service de Travail Obligatoire, STO. Decenas de millares de jóvenes intentaron esconderse huyendo al campo, al maquis, para no ser deportados a Alemania. Formaron bandas capitaneadas por individuos de distintas filiaciones políticas, a menudo hostiles entre sí. A la mayoría lo único que le preocupaba era salir adelante por medio del bandolerismo, lo que provocaba las iras de sus víctimas burguesas, y no luchar contra los alemanes. Muchos franceses aseguraron con tristeza una vez acabada la guerra, al menos en privado, que los alemanes se comportaron mejor que los *maquisards* comunistas. Corre la especie falsa de que los grupos de la resistencia estaban capitaneados por oficiales de la SOE, pero rara vez fue así. La mayoría de los agentes británicos desempeñó el papel de enlaces, ejerciendo diversos grados de influencia sobre los cabecillas de los grupos franceses gracias a su control de los lanzamientos de dinero y de suministros.

Y sobre todo, hasta la primavera de 1944 la resistencia estuvo muy mal armada. Sólo entonces los aliados poseyeron aviones y armas suficientes para empezar a equipar como era debido a los *maquisards*. La descabellada propuesta hecha en noviembre de 1941 por lord Cherwell, consistente en lanzar cajas de armas al azar por toda la Europa ocupada con el fin de fomentar actos espontáneos de violencia, fue rechazada porque suponía un despilfarro de los escasos recursos aéreos disponibles. Hasta los últimos meses antes de la liberación, las operaciones de sabotaje y

de guerrilla en la mayor parte de los países europeos —con la notable excepción de Yugoslavia, sobre la cual hablaremos con mayor profundidad más adelante— fueron de una magnitud relativamente pequeña. La llamada *Armée Secrète*, que reconocía la autoridad de De Gaulle, en general respetó las órdenes de Londres de permanecer pasiva hasta que estuvo cerca el Día D. Las bandas comunistas de los FTP —*Franco-Tireurs et Partisans*— adoptaron una táctica más activa, con un desprecio implacable de los intereses de la población local.

A Churchill le encantaba reunirse con los agentes británicos y franceses cuando regresaban de sus arriesgadas misiones. Recibió en Downing Street al comandante de ala Edmund Yeo-Thomas —«el Conejo Blanco»—, a Jean Moulin y a Emmanuel d'Astier de la Vigerie. Aquellos encuentros lo inducían invariablemente a solicitar a la RAF que desviara más aparatos para ayudarlos en su lucha. Su entusiasmo personal por la resistencia fue fundamental para vencer el escepticismo de los guerreros convencionales. A veces se ha dicho a propósito de los «Irregulares de Baker Street» que Gran Bretaña se inclinó demasiado a su favor, y que todas las accionesfeas recayeron en la SOE. Como cabría esperar, muchos de sus agentes eran individualistas y excéntricos. Con frecuencia su perspicacia no estaba a la altura de su entusiasmo. Tenían una extraña fe en sus protegidos de los países de la Europa ocupada, a los que nadie había visto nunca. Un escéptico comentó a propósito del coronel Maurice Buckmaster, jefe de la sección francesa de la SOE: «Creía que todos sus patos eran cisnes».

El fallo de seguridad más notable de la SOE fue el hecho de no darse cuenta, a pesar de las numerosas advertencias recibidas, de que los alemanes estaban tan al corriente de sus operaciones en Holanda que casi todos los agentes que fueron lanzados en paracaídas en ese país en 1942-1943 cayeron en manos del enemigo. La revelación de este desastre, a finales de 1943, precipitó una crisis en los asuntos de la organización. Sus enemigos de Whitehall, que eran muchos, corrieron a exigir la reducción de sus operaciones y que no se atendieran sus reclamaciones de recursos. Menzies y sus colegas del SIS sostenían que aquella debacle reflejaba la falta de profesionalidad crónica y el desconocimiento de la metodología propia de las labores de espionaje que reinaban en su cuartel general de Baker Street y que se contagiaban a sus operaciones sobre el terreno. No se equivocaban en absoluto. Desde 1940 la SOE había estado aprendiendo el oficio, a costa de un alto precio en vidas y en materiales despilfarrados. Mientras tanto, en septiembre de 1943, la exasperación del ejército por las operaciones de la SOE en los Balcanes, que, según decía, estaban fuera de control, llevó al comandante en jefe de Oriente Medio a exigir que la organización fuera puesta a sus órdenes. El asunto no había sido resuelto aún cuando estalló el escándalo de Holanda.

\* \* \* \*

A la vuelta de Churchill de Marrakech en enero de 1944, se encontró con las peticiones de ambos contendientes, que apelaban a su autoridad. Renovó el mandato de la SOE (aunque rechazando su presuntuosa exigencia de un puesto en el comité de jefes de Estado

Mayor), confirmó su independencia, y ordenó a la RAF que le proporcionara más aviones para el lanzamiento de armas. El autor de la historia interna de la organización escribiría más tarde: «No cabe duda de que, en aquella fase crítica de su desarrollo, la SOE y los movimientos de resistencia que dirigía se mantuvieron en gran medida debido a la influencia personal del señor Churchill». El primer ministro era del parecer de que el entusiasmo y el activismo de la SOE pesaban más que sus deficiencias. La guerra estaba demasiado avanzada para emprender una reestructuración completa. A su juicio, muchas de las críticas que se hacían a la SOE eran fruto de las envidias y las rencillas de Whitehall. Era imposible llevar a cabo una guerra secreta de un tipo desconocido hasta la fecha sin desgracias que costaran vidas humanas, como sucede con todos los errores de un conflicto.

De ese modo, durante los últimos meses previos a la liberación, empezaron a llegar a los resistentes cantidades relativamente grandes de armamento, aunque unas cantidades desesperadamente pequeñas de munición. Los británicos calculaban que había sobre el terreno unos treinta y cinco mil *maquisards* activos, aunque De Gaulle aseguraba que el ejército secreto de Francia estaba formado por ciento setenta y cinco mil hombres. La SOE creía que sus lanzamientos en paracaídas habían suministrado armas a unos cincuenta mil. La alocada confianza generada de ese modo indujo a algunos grupos a entablar desastrosas batallas campales contra los alemanes. El 20 de mayo de 1944 en el Mont Mouchet, el comandante de la *Armée Secrète* de la región, Émile Coulaudon,

ordenó una concentración en masa de sus grupos, en total unos seis mil hombres. El 10 de junio sufrieron el ataque de los alemanes. Murieron al menos trescientos cincuenta *maquisards*, mientras que el resto se dispersó y salió huyendo. Las comunidades de la zona sufrieron unas represalias terribles.

Otro acto de locura, la breve liberación de la ciudad de Tulle, en el departamento de Corrèze, durante apenas unas horas el 9 de junio de 1944, por los FTP comunistas, provocó que los granaderos acorazados de la SS ahorcaran a 99 rehenes inocentes colgándolos de las farolas de las calles en represalia por la matanza perpetrada por la resistencia de los viejos reservistas de la Wehrmacht, que formaban la guarnición de la ciudad. Al día siguiente, en Oradour-sur-Glane, 642 hombres, mujeres y niños fueron asesinados, supuestamente en represalia por el secuestro a manos de los *maquisards* del comandante de un famoso batallón de la SS. Aquel día desde Londres, el general Koenig, comandante de las Forces Françaises de l'Intérieur (FFI), ordenó una «detención en la mayor medida posible de las actividades guerrilleras». Aquella exigencia iba en contra del espíritu reinante en aquellos momentos entre la gente y de todas las instrucciones recibidas hasta entonces. Creó, pues, gran confusión entre los miembros de la resistencia. El 7 de junio, Koenig dictó una nueva orden: «Continuar las actividades guerrilleras evasivas al máximo», y al mismo tiempo evitar las concentraciones. Ello no impidió la locura del 21 de julio en el Vercors, donde 640 *maquisards* y 201 civiles de la comarca fueron

asesinados cuando los alemanes arremetieron contra otra imprudente concentración de fuerzas de la resistencia.

Unos veinticuatro mil combatientes de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) murieron durante la lucha por la liberación de Francia. Varios millares más, en su mayoría civiles, perecieron víctimas de las represalias y de las ejecuciones de prisioneros, por ejemplo unos 11 000 en París y sus alrededores, 3673 en Lyon, 2863 en la zona de Limoges, 1113 en Lille, y proporciones similares en otras ciudades menores, junto con miles de deportados a los campos de concentración alemanes, la mayoría de los cuales no volvió nunca. Parece dudoso que tuviera alguna utilidad o incluso que resultara prudente armar a la resistencia francesa a gran escala. El entusiasmo de Churchill hizo que el maquis se volviera lo bastante peligroso como para enfurecer a los alemanes, pero no lo bastante poderoso como para defenderse a sí mismo o a sus comunidades. La mayoría de los *maquisards* tenía sólo pistolas o subfusiles Sten, con dos o tres cargadores cada uno. Carecían de armas pesadas, de munición y de comunicaciones por radio para mantener enfrentamientos largos o a gran escala.

Las afirmaciones de posguerra acerca de los daños infligidos al enemigo por la resistencia francesa y sus patrocinadores de la SOE fueron descaradamente exageradas, como ponen de manifiesto los diarios de guerra de los alemanes. Los especialistas en la historia de la resistencia, por ejemplo, han afirmado que el maquis causó centenares de bajas a la 2ª División Acorazada de la SS «Das Reich» en su marcha desde el sur de Francia hacia Normandía en junio de

1944. Los archivos alemanes, en cambio, revelan que se produjeron sólo 35 muertos. Las repercusiones de los ataques del maquis sobre las comunicaciones alemanas aquel verano fueron infinitamente menores que las de los ataques aéreos de los aliados. La resistencia desempeñó una función moral significativa, especialmente importante para el restablecimiento de la autoestima de los países ocupados durante la posguerra. Pero uno de los mejores especialistas en la historia de esta época, Julián Jackson, ha escrito: «En la historia de Francia, la resistencia es más importante como fenómeno social y político que como fenómeno militar».

Los Balcanes, sin embargo, fueron distintos. Allí, el terreno era mucho más apto para el desarrollo de la guerra de guerrillas. En Albania, Grecia, Yugoslavia y también en Italia, el primer ministro notó que se daban unas circunstancias políticas y unas oportunidades militares que habrían podido producir beneficios espectaculares. El primer ministro neozelandés, Peter Fraser, pidió a Churchill que tuviera cautela, observando con gran sensatez que los Balcanes eran una región llena «de facciones en plena efervescencia, que podían volverse a favor de aquél que les prestara más apoyo». Pero el primer ministro creía que las pasiones locales podían supeditarse a los fines que perseguían los aliados. Los críticos han señalado a menudo que el entusiasmo del primer ministro y de los agentes de la SOE reflejaban un «complejo de T. E. Lawrence», una ilusión tremenda basada en la perspectiva de que unos pocos oficiales británicos bien parecidos habrían sido capaces de influir en el comportamiento de toda la sociedad balcánica en



apoyo de los objetivos de la política exterior británica. Las sospechas que abrigaban los americanos de que la SOE se basaba en motivaciones imperialistas llevaron a Roosevelt a plantear a Churchill en octubre de 1943 una petición muy torpe, inmediatamente rechazada por el ministro, cuya finalidad era que el coronel Donovan, de la Oficina de Servicios Estratégicos americana (OSS por sus siglas en inglés), asumiera el mando de todas las operaciones especiales de los aliados en los Balcanes.

\* \* \* \*

A partir de 1943, la SOE dilapidó muchos esfuerzos en los países del Mediterráneo, con resultados de un signo y de otro. Algunos de sus oficiales británicos más extravagantes, hombres como Billy MacLean y David Smiley, por ejemplo, fueron lanzados en paracaídas sobre las montañas de Albania para que colaboraran con los partisanos del país. Casi todos, sin excepción, acabaron odiando al país y a su gente. Comprobaron que los albaneses estaban más dispuestos a quedarse con las armas y a robar los pertrechos y las provisiones que a luchar contra los alemanes. «Qué contento estaré de regresar de nuevo a la civilización», confió un oficial británico a su diario, «de estar entre personas en las que puede uno confiar y no verme rodeado de suciedad, basura y malos modales... No es como si estuviera uno haciendo aquí algo útil o como si pudiera hacerlo. Hay tan poca caridad entre esta gente, que no pueden creer que alguien recorra un camino tan largo para venir hasta aquí a ayudarlos... Son presumidos y vanidosos sin tener

nada de lo que poder presumir ni de lo que poder envanecerse. No tienen valor, ni aguante ni sentido del honor».

A Enver Hoxha, el líder comunista albanés que dominaba las operaciones de guerrilla, le preocupaba sobre todo asegurar su propia base de poder para hacerse con el gobierno después de la guerra. Resulta fácil comprender por qué los albaneses, hundidos en la miseria y en la lucha por la existencia, mostraron tan poco entusiasmo por apoyar los objetivos activistas de las misiones británicas. La actividad guerrillera hacía que los alemanes tomaran unas represalias que los equipos de la SOE no eran capaces de evitar. Algunos jóvenes agentes británicos arriesgaron sus vidas en Albania con un notable desprecio del peligro. Los campesinos del país, sin embargo, veían sus casas, sus cosechas y sus familias amenazadas, sin obtener ninguna ventaja perceptible excepto una turbia visión de la «libertad». Fuera de algunos actos útiles de sabotaje, los logros militares de la resistencia en Albania fueron escasos.

En todos los Balcanes, las rivalidades políticas internas malograron los esfuerzos llevados a cabo por los británicos para movilizar a las sociedades de los distintos países contra las fuerzas de ocupación. En Grecia y en Creta, la población era mayoritariamente hostil a los alemanes. El país tenía una larga tradición de oposición a la autoridad.

Por desgracia, sin embargo, la sociedad griega estaba desgarrada por unas disensiones cuya ferocidad dejó pasmados a los agentes británicos que se vieron envueltos en ellas. Nadie amaba al rey ni al

gobierno en el exilio respaldado por Churchill. Cada banda de guerrilleros tenía sus propias lealtades. El coronel Monty Woodhouse, uno de los agentes más aclamados de la SOE, que prestó servicio en Grecia, comunicó a El Cairo: «No hay nadie que esté libre de la lucha por la existencia; todo lo demás es secundario. Por eso no hay nadie fuera de Grecia que pueda hablar a favor de los griegos». Siguiendo órdenes de El Cairo y en última instancia de Churchill, los agentes británicos tenían una predisposición a apoyar a los monárquicos. Cuando Napoleon Zervas, líder del grupo republicano EDES, relativamente pequeño, dijo en 1943 a la SOE que apoyaba la restauración del rey Jorge, fue recompensado con el doble de lanzamientos de armas que recibieron los comunistas del EAM-ELAS, aunque éstos eran seis veces más numerosos y estaban llevando a cabo toda la lucha. Zervas pagó la generosidad de los británicos estableciendo una tregua tácita con los alemanes y dedicando la mayor parte del tiempo a perseguir sus propios fines. Como ocurriría tantas veces en la Europa ocupada, los objetivos políticos y militares empujarían a la política británica en diferentes direcciones.

En 1944, las realidades sobre el terreno parecían demostrar que era imprescindible suministrar armas a los comunistas del ELAS, de las cuales sólo algunas fueron empleadas contra los alemanes. Monty Woodhouse fue mandado llamar de vuelta a Inglaterra durante el verano, y visitó a Churchill en Chequers para defender que siguiera prestándose ayuda al ELAS. Woodhouse dijo al primer ministro que si se cortaba el envío de suministros a los comunistas, «dudo mucho

que alguno de mis agentes pueda salir vivo de Grecia». Churchill puso por un momento cara de tristeza, luego cogió a Woodhouse del brazo y comentó: «Sí, joven, ya le entiendo». Cuando el agente británico se iba de Chequers, el primer ministro le dijo a modo de despedida: «Estoy muy impresionado, abrumado y deprimido». Aunque a regañadientes, Churchill ordenó que la ayuda a los comunistas continuara. Los agentes británicos se esforzaron por convencer a los griegos de que hicieran causa común, pero los odios mutuos eran demasiado profundos. Además, cada ataque de la resistencia contra los alemanes provocaba unas represalias tan terribles como las que se tomaron en Rusia o en Yugoslavia, que venían a sumarse a la hambruna generalizada.

No obstante, la resistencia en Grecia se convirtió en un movimiento popular más extendido que en la Europa occidental. Algunos actos espectaculares de sabotaje fueron llevados a cabo por equipos de la SOE, especialmente la destrucción del viaducto de Gorgopotamos en 1942. Pero «los expertos sobrestimaron las acciones que podían realizar las guerrillas», en palabras de Noel Annan, que prestó servicio en el Estado Mayor conjunto de inteligencia del Cabinet Office. Afirma que éxitos tales como la destrucción del puente de Gorgopotamos llegaron demasiado tarde para resultar estratégicamente útiles, y provocaron un optimismo excesivo entre los expertos en planificación de Londres. «Nuestros oficiales de enlace tardaron meses en convencer al ELAS de que volara el puente. Si hubiera sido destruido antes, habría cortado una de las líneas de abastecimiento de Rommel cuando éste se encontraba en

El Alamein. Pero no lo fue... Las dificultades planteadas por el ELAS deberían haber llevado al Foreign Office a prever que el objetivo primordial del ELAS era menos acosar a los alemanes que quitar de en medio a otros grupos guerrilleros y a sus líderes». Nick Hammond, un agente británico infiltrado entre los griegos, escribiría más tarde: «La resistencia armada en campo abierto es una actividad que rara vez se lleva a cabo. Sólo hombres movidos por un entusiasmo extremo, incluso fanático, emprenderán ese tipo de resistencia y asumirán su jefatura, pues induce a que se tomen represalias terribles contra la propia familia, y contra los propios amigos y paisanos».

En Grecia y otros países ocupados, los alemanes economizaron hombres reclutando colaboradores entre la población autóctona para realizar labores de seguridad. En Francia hubo varias milicias pétainistas que tuvieron un comportamiento brutal y que hasta el verano de 1944 fueron notablemente más numerosas que el maquis. En Yugoslavia, los *ustachi* croatas se convirtieron en sinónimo de barbarie. Los cosacos con uniforme alemán, posteriormente objeto de enorme simpatía en Occidente por su repatriación forzosa a Rusia, desempeñaron un papel destacado en la supresión de la resistencia en el norte de Italia y en Yugoslavia, donde su brutalidad se hizo célebre. El gobierno títere de Atenas desplegó sus propios «batallones de seguridad» contra los grupos guerrilleros. Un millón de griegos perdieron sus hogares como consecuencia de la represión de los alemanes, y mil aldeas fueron arrasadas. Durante la guerra

murieron más de cuatrocientos mil civiles griegos, aunque la mayoría de ellos pereció simplemente de hambre.

El derramamiento de sangre fue incesante. El cuartel general del OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*. Alto Mando de la Wehrmacht) ordenó que fueran asesinados entre cincuenta y cien rehenes por cada víctima alemana. A finales de octubre de 1943, los grupos de guerrilleros del norte del Peloponeso lograron dar un golpe bastante notable, capturando y matando después a 78 hombres de la 117.<sup>a</sup> División Jäger. Como consecuencia de esta acción fueron ejecutados 696 griegos y fueron incendiadas 25 aldeas. El 1 de mayo de 1944, fueron fusilados en Atenas 200 rehenes tras el ataque sufrido por un general alemán. El 5 del mismo mes, fueron masacrados 216 habitantes de la aldea de Klisura. El 17, otros 100 rehenes fueron ejecutados en Calcis. El ritmo de esas atrocidades fue acelerándose hasta el último día de la presencia alemana en Grecia. Cuando la Wehrmacht se retiró, los agentes británicos intentaron con un éxito limitado convencer a las facciones armadas rivales de que hostigaran su retirada. «No les infligimos tanto daño como habríamos podido», escribió Monty Woodhouse, de la SOE. «Pero por aquel entonces, y desde luego en el caso del EAM y del ELAS, todos tenían puestas sus miras en el futuro, pero no en el futuro inmediato». Cabría afirmar de manera bastante convincente que muchas cosas de las que ocurrieron y de las que no ocurrieron reflejaban las disensiones internas existentes entre los griegos, junto con los actos espontáneos de oposición a los ocupantes, sobre los cuales los británicos lograron ejercer una influencia muy escasa.

En Italia, la guerra de los partisanos empezó a cobrar fuerza tras la rendición del gobierno de Roma en septiembre de 1943. Una vez más, hubo profundas divisiones entre las bandas comunistas y las no comunistas. En junio de 1944, en medio de la euforia del avance hacia Roma, las alocuciones radiofónicas del cuartel general de Alexander instaron a los grupos guerrilleros, que por entonces contaban con más de cien mil combatientes, a que atacaran a los alemanes por la retaguardia. La consecuencia de todo ello fue una oleada de ataques locales, seguidos de terribles represalias. Cuando la ofensiva de los ejércitos se vio obligada a detenerse debido a las lluvias del otoño, se hizo un nuevo llamamiento radiofónico en nombre de Alexander, esta vez pidiendo discreción. En el cuartel general de los aliados se habían dado cuenta de que la llamada a las armas había sido hecha prematuramente.

A comienzos de la primavera de 1945, los partisanos reanudaron el acoso a los alemanes y desempeñaron un papel muy ruidoso en la última fase de la campaña italiana. Sabotearon puentes, instalaciones eléctricas y telefónicas, y atacaron las líneas de comunicación de los alemanes. No obstante, el 4 de febrero Alexander se vio obligado a publicar una nueva orden, abandonando formalmente cualquier aspiración que pudiera tener a crear un gran ejército partisano, y sustituyéndola por un nuevo interés por los sabotajes selectivos. El problema era que los grupos de la resistencia se mostraron en todo momento reacios a dejarse dirigir por las misiones de la SOE: «Bandas organizadas por su cuenta... se nos están escapando de las manos». Se decretó que en

adelante se suministraran armas sólo a aquéllos en los que cabía confiar que iban a utilizarlas contra los alemanes, y no a promover sus propias ambiciones políticas en el ámbito local. El cuartel general del 15º. Grupo de Ejército señaló con disgusto: «En el balance de los aliados un mismo movimiento de resistencia puede pasar repentinamente él solo de la página del crédito a la del débito». Fue aquél el merecido castigo de muchas esperanzas, aunque en las últimas semanas de la guerra los partisanos italianos tomaron por propia iniciativa numerosas ciudades y pueblos.

Rusia y Yugoslavia fueron los únicos países en los que la guerra de los partisanos tuvo una influencia significativa sobre las fuerzas desplegadas por Hitler. En Rusia, el Ejército Rojo apoyó a grandes contingentes de fuerzas irregulares para que hostigaran las líneas de comunicación de los alemanes, Esas operaciones soviéticas se vieron favorecidas por la indiferencia de Stalin hacia el número de bajas que se pudieran sufrir y hacia las víctimas de las represalias. En Yugoslavia, casi desde el momento mismo de su conquista en abril de 1941, los alemanes tuvieron que enfrentarse a la oposición de las gentes del país. El mariscal de campo Von Weichs ordenó que las tropas alemanas fusilaran a los varones de cualquier zona en la que existiera alguna resistencia armada, independientemente de que hubiera pruebas de su complicidad. En el mes de octubre de ese mismo año, tras sufrir una docena de bajas en un choque con los partisanos, los alemanes masacraron a toda la población de varones, unos dos mil aproximadamente, de la localidad de Kragujevac, en Serbia. Todos los hombres del pueblo, adultos y



niños, fueron fusilados en un solo día en grupos de cien. Pero ni siquiera la pura brutalidad logró acabar con las guerrillas comunistas, que llegaron a contar con unos doscientos mil miembros. Hitler estaba decidido a asegurar el flanco derecho de su frente oriental y a mantener su dominio de los recursos minerales de Yugoslavia. Para ello, en 1944 había desplegadas en el país 21 divisiones del Eje.

Michael Howard, especialista en historia de la estrategia de desinformación de los británicos durante la guerra, cree que esa decisión fue consecuencia más de los temores de un desembarco anfibio de los aliados en Grecia o en Yugoslavia que del miedo a la actividad partisana, que habría podido ser frenada con unas fuerzas mucho menos numerosas. Sostiene que el alto mando alemán fue inducido a error por una operación de desinformación, llamada en clave «Zeppelin», que hablaba de la existencia de un grupo de ejército aliado en Egipto dispuesto a lanzarse sobre los Balcanes. Ya en la primavera de 1944, el OKW de Berlín calculaba que había unas catorce divisiones aliadas en Egipto y Libia, en vez de las tres que había en realidad. En esos momentos, sin embargo, eran los supuestos éxitos de las guerrillas los que captaban la imaginación de Churchill. Le alegraban muchísimo las noticias de las hazañas de Tito, considerablemente exageradas tal como se contaban. Allá por el mes de enero de 1943, cuando le informó por primera vez sobre Yugoslavia su viejo investigador Bill Deakin, había intuido que podían darse unas posibilidades que ahora le parecían por fin

maduras. Allí, al menos, se había desarrollado el tipo de rebelión civil en la que había puesto tantas esperanzas.

En el otoño de 1943, los británicos, que hasta ese momento habían apoyado a las fuerzas monárquicas *chetnik* del general Draza Mihajlovic, llegaron a la conclusión de que los partisanos de Tito estaban llevando a cabo unas operaciones mucho más eficaces contra los alemanes, especialmente en Bosnia-Herzegovina. Con una ingenuidad incorregible en el mejor de los casos —aunque posiblemente se tratara de un engaño premeditado, pues uno de sus subordinados, James Klugmann, era un agente del NKVD y otros tenían unas ideas profundamente izquierdistas—, se convencieron a sí mismos de que los hombres de Tito no eran «comunistas de verdad». En la conferencia de Teherán, los «Tres Grandes» acordaron que había que prestar el máximo apoyo a los partisanos yugoslavos. Resultaba conveniente para los intereses de Stalin minimizar la importancia de la afinidad ideológica con Moscú que pudieran tener los «yugos», como llamaban los soldados británicos a los hombres de Tito. El caudillo soviético pidió a una delegación partisana —aunque sin éxito— que retiraran las estrellas rojas de sus gorras «para no asustar a los ingleses».

En la parada que efectuó en El Cairo en su viaje de regreso de Teherán, Churchill reafirmó su entusiasmo por el compromiso yugoslavo. Haciendo caso omiso de las protestas que recordaban la incoherencia que suponía apoyar a los monárquicos en Grecia y a los «rojos» en Yugoslavia, adoptó simplemente la teoría de que el ejército de Tito iba a matar más alemanes que Mihajlovic, y desde

luego en eso tenía razón. El eje de la ayuda británica se desplazó de manera despiadada y espectacular. Además de los lanzamientos en paracaídas y de los aterrizajes de los Dakota, en 1944 fue posible enviar armas por vía marítima hasta la costa dalmata. Las fuerzas de Tito empezaron a recibir suministros en grandes cantidades, viendo así transformadas sus capacidades. Entre 1943 y 1945, se suministraron a Yugoslavia 16 470 toneladas de armas aliadas, frente a las 5907 lanzadas en paracaídas sobre Italia, y las 2878 suministradas al sur de Francia.

Una importantísima misión británica, dirigida por el general de brigada Fitzroy Maclean, asumió en septiembre de 1943 el papel de enlace que había desempeñado Bill Deakin en el cuartel general de Tito, y no tardó en sumársele el comandante y diputado Randolph Churchill. Pese a mantener una postura ideológica implacablemente hostil, los partisanos reconocieron que el primer ministro había enviado a los hombres mejores y más brillantes para representarlo en su territorio. El líder partisano Milovan Djilas escribió: «Deakin era extraordinariamente inteligente... Descubrimos que era una especie de secretario de Churchill y eso nos impresionó, tanto por la consideración mostrada hacia nosotros como por la ausencia de favoritismos entre los círculos británicos más elevados por lo que se refiere a los peligros de guerra». En cuanto al disoluto comandante Churchill, «naturalmente nos sentimos muy honrados, aunque se nos pasó por la imaginación que Randolph tal vez fuera la eminencia gris de la misión. Pero él mismo nos convenció de que su padre había decidido hacer ese gesto por su aristocrático sentido del

sacrificio y para dar relevancia a su hijo. Randolph encantó enseguida a nuestros comandantes y comisarios con su ingenio y sus modales poco convencionales, pero por su afición a la bebida y su falta de interés demostró que no había heredado ni la imaginación ni el dinamismo de su apellido».

No es de extrañar, y desde luego tampoco tiene nada de injusta, la impresión que se formó Djilas del comportamiento de los británicos, después de que los partisanos se pasaran casi tres años luchando sin ayuda de nadie: «Los británicos no tenían más elección que o efectuar un desembarco para luchar contra los partisanos, o llegar a un acuerdo con ellos sobre unas bases racionales y provechosas para unos y otros. Escogieron esta segunda opción, con cautela y sin mucho entusiasmo... El dogmatismo de nuestra desconfianza ideológica nos impidió entenderlos, aunque también nos libró de caer en un entusiasmo precipitado». Los americanos nunca compartieron con los ingleses su simpatía por Tito. En abril de 1944 enfurecieron a Churchill enviando una misión a Mihajlovic; el primer ministro ordenó que se la mantuviera en tránsito el mayor tiempo posible: «Úsese la mayor cortesía con nuestros amigos y aliados en todo caso», escribía el 6 de abril, «pero no se les facilite ningún medio de transporte». El equipo norteamericano acabó poniéndose en contacto con los *chetnik*, pero los británicos lograron impedir que Washington les enviara suministros.

Los partisanos de Tito nunca tuvieron el entrenamiento, la organización ni las armas y los pertrechos necesarios para derrotar a las fuerzas alemanas en un combate cara a cara. No fueron

capaces de echar a los ocupantes de ninguna ciudad importante. No obstante, se hicieron con el control de gran parte de las zonas rurales de Yugoslavia. Las constantes ofensivas alemanas, con apoyo de la Luftwaffe, infligieron graves pérdidas, sobre todo entre la población civil, pero no lograron acabar con el ejército de Tito. Se lanzaron en paracaídas más agentes británicos con destino a los cuarteles generales locales, de modo que pronto hubo once misiones y otros tantos radiotransmisores sobre el terreno. Los equipos de la SOE se sintieron frustrados porque los partisanos se mostraban indiferentes a sus propuestas y a sus consejos, excepto en materia de mecánica de abastecimientos. El autor de la historia interna de la SOE observa lacónicamente: «Es bastante dudoso que las misiones sirvieran para algo excepto para dar una ocupación arriesgada a varios jóvenes muy valientes... media tonelada de munición y de explosivos habría resultado más eficaz que media tonelada de agentes de enlace británicos». La lealtad de los hombres de Tito iba dirigida inequívocamente a su movimiento comunista. De 1942 a 1945, paralelamente a la lucha contra los alemanes se desarrolló una guerra civil entre los partisanos y los *chetnik*, en la que el equilibrio de las atrocidades fue bastante parejo.

Los británicos no fueron capaces de influir en esta situación, aunque Churchill realizó repetidos intentos de reconciliar a Tito con el rey Pedro II, que se hallaba en el exilio. Incluso en junio de 1944, cuando el líder partisano tuvo que salir huyendo de un ataque sorpresa de los alemanes y se vio obligado a aceptar una evacuación en avión al santuario del cuartel general de los aliados en Bari, no

se mostró en ningún momento dócil. Más tarde, los británicos lo enviaron amablemente a la isla de Vis, donde se hallaba seguro del ataque de los alemanes, y allí pudo preparar una nueva ofensiva de los partisanos. Pero las fuerzas de Tito no fueron capaces de descargar el golpe de gracia contra sus ocupantes, y para echar a los *chetnik* de Serbia a finales de 1944 no tuvieron más remedio que recurrir a la ayuda del Ejército Rojo. A diferencia de cualquier movimiento guerrillero de Europa occidental, la resistencia yugoslava logró atraer a un número significativo de fuerzas enemigas y apartarlas de los principales campos de batalla de la guerra, aunque no fueran tantas, si la interpretación que hace Michael Howard de los documentos del OKW es correcta, como la leyenda sugiere.

Las complejidades políticas de la ayuda suministrada a la resistencia provocaron la exasperación de los ministros y los altos mandos británicos, encargados de alcanzar acuerdos en el ámbito local. Harold Macmillan escribía en mayo de 1944 que ya podía el primer ministro insistir en que se prestara apoyo a las diversas facciones anti alemanas de todos los colores y tendencias políticas, pero en una época en la que las comunicaciones eran tan rápidas, «la dificultad estriba en que... como todo el mundo escucha la radio, [a los británicos les] resulta muy difícil ser comunistas en Yugoslavia y monárquicos en Grecia». Aunque los comunistas griegos querían armas, odiaban a Churchill, porque sabían que deseaba la restauración de la monarquía en su país. Casi todas las armas enviadas a los Balcanes durante la guerra y probablemente

también las suministradas a los nacionalistas del Sureste Asiático, fueron utilizadas luego para favorecer los intereses anti occidentales y anticapitalistas. Churchill dijo en una ocasión a Eden: «He llegado a la conclusión de que en el caso de Tito hemos criado una víbora... y ya ha empezado a mordernos».

Sir William Deakin ha escrito: «Paradójicamente, la influencia británica sobre la resistencia en Europa llegó a su punto culminante cuando nuestra fuerza militar y nuestros recursos estaban en su punto más bajo, y durante la época de nuestro aislamiento». Cuando los grupos resistentes fueron ganando confianza y los alemanes empezaron a retirarse, cualquier gratitud que pudieran sentir hacia los británicos por suministrarles armas se vio superada por el rechazo de los objetivos políticos que pensaban que tenían los ingleses. El especialista en historia de la resistencia francesa, Henri Michel, ha escrito: «Gran Bretaña prometió a la resistencia la vuelta a una Europa de preguerra, que la misma resistencia había rechazado». Se trata de una generalización exagerada, pero refleja un sentimiento que estaba muy extendido.

## Capítulo 18

### «Overlord»

En Gran Bretaña, después de cinco años de guerra, todos los que tenían algo que ver con la dirección de la contienda estaban completamente exhaustos: «No es por el peso del trabajo, es por el peso de las preocupaciones», diría Robert Bruce Lockhart, jefe de la Dirección de la Guerra Política [PWE, por sus siglas en inglés]. Tras un consejo de ministros presidido por Churchill, Dalton escribiría: «Noto que Woolton y algunos más están prácticamente agotados». Para la opinión pública británica, la espera del Día D, hito decisivo de la guerra en el oeste de Europa, se hacía interminable. El Ministerio de Información, tras realizar uno de sus habituales sondeos de opinión, describía la moral del país en la primavera de 1944 con el adjetivo de «pobre», sobre todo por los temores del pueblo a las bajas que pudieran derivarse de la invasión. «El estado de ánimo sigue siendo bajo», comunicaban el 14 de abril los observadores del ministerio.

Cada vez eran más los trabajadores que manifestaban su descontento. Los paros en la industria aumentaron vertiginosamente. En febrero se vivió una huelga no autorizada de ciento veinte mil mineros en Yorkshire, cien mil en Gales y varios centenares de miles más en el resto del país. Incluso el presidente del sindicato de mineros indicó que detrás de esas demostraciones había elementos agitadores de tendencias trotskistas. Las huelgas de los mineros disminuyeron en abril tras una revisión salarial, pero



entonces se produjeron paros por parte de los trabajadores del gas y los aprendices mecánicos.

En una fábrica escocesa de aviones se perdieron 730 000 horas de trabajo. En agosto de 1944, en otra empresa, se perdieron 419 000 cuando los trabajadores rechazaron una propuesta de la dirección para que las mujeres fabricaran maquinaria textil —la actividad habitual de la compañía—, mientras que los hombres debían seguir produciendo componentes para la industria aeronáutica. El 8 de abril de 1944, la embajada británica en Washington informaba a Londres sobre lo que pensaba la opinión pública americana en los siguientes términos: «Se percibe una inquietud considerable por la situación política general de Inglaterra. Se centra principalmente en la petición de Churchill de un voto de confianza [del Parlamento], por las continuas huelgas en el sector del carbón y la construcción naval, las supuestas pruebas de que no se ha conseguido una tregua entre las partes... se consideran un indicio de que las cosas no van bien ni mucho menos. La información publicada por la prensa da a entender que hay una profunda insatisfacción por la política interna, y que la opinión pública británica, en la misma medida que la americana, se siente intranquila por la aparente falta de unidad de los aliados».

El pueblo de Gran Bretaña y el pueblo de Estados Unidos se habrían alarmado todavía más de haber sabido las dificultades por las que atravesaban las relaciones de Churchill y sus jefes de Estado Mayor en la primavera de 1944. Curiosamente, como el interés del primer ministro por la guerra contra Japón era

intermitente, ese desacuerdo se debía a la diferencia de criterios en las discusiones en torno a las operaciones en Extremo Oriente. Churchill estaba obsesionado con su afán de destinar todas las fuerzas británicas disponibles, incluida la poderosa flota que debía unirse a los americanos en el Pacífico, a una acción estratégica en el «golfo de Bengala» para reconquistar Birmania y Malaca. Mostraba un especial entusiasmo por la perspectiva de llevar a cabo un desembarco en Sumatra que sirviera de trampolín. Ante la férrea oposición de los jefes de Estado Mayor, amenazó con imponerles su plan, ejerciendo la prerrogativa que le correspondía en calidad de ministro de Defensa. El 21 de marzo, Brooke escribió lo siguiente tras mantener una reunión con Cunningham y Portal: «Estuvimos hablando... sobre cómo afrontar el último documento imposible de Winston. Está lleno de afirmaciones falsas, de deducciones erróneas y de consideraciones estratégicas equivocadas. No podemos aceptarlo tal como está planteado, y sería mejor que los tres presentáramos nuestra dimisión antes de aceptar su propuesta».

El hecho de que los tres se plantearan la posibilidad de dimitir cuando estaba a punto de llegar el Día D permite calibrar lo extravagante que podía ser el comportamiento de Churchill, y el agotamiento que acusaban por entonces los jefes de estado. El primer ministro no había visitado nunca Extremo Oriente, desconocía por completo las condiciones de la zona, y raras veces actuaba con prudencia en sus intervenciones ocasionales en un hemisferio en el que las operaciones aliadas estaban dirigidas fundamentalmente por Estados Unidos. A la hora de la verdad, no

se llegó a ningún compromiso. Los británicos planearon una campaña contra los japoneses, lanzada desde Australia, y a través de Borneo. Una versión de menos envergadura de este proyecto fue puesta en marcha por fuerzas australianas en el verano de 1945. Las relaciones entre los jefes de Estado Mayor y el primer ministro fueron estabilizándose durante las semanas siguientes a las horribles reuniones de marzo de 1944, pues las mentes de aquellos hombres tan agotados e inquietos tuvieron que concentrarse en la realidad arrolladora de la inminente invasión del continente.

Churchill siguió dudando de la operación «Overlord» hasta el mismo Día D. Sir Frederick Morgan, encargado de la planificación del Día D cuyo rencor se intensificaría cuando le negaran un papel operacional en los desembarcos, diría más tarde: «Creo que, hasta que no se demostró por fin que la invasión del noroeste de Europa había sido un éxito, [el primer ministro] estuvo convencido de que iba a ser un fracaso». Se trata de un comentario exagerado y simplista, pero de lo que no cabe duda es que Churchill no veía con agrado los despliegues de los aliados. Durante toda la primavera de 1944 estuvo quejándose porque, en su opinión, no se enviaban a Italia los recursos adecuados, y por la continua insistencia de los americanos en poner en marcha la operación «Anvil», el desembarco franco-americano que se había previsto en el sur de Francia. Curiosamente, después de los innumerables desencuentros entre Churchill y sus jefes de Estado Mayor, en aquellos momentos todos se unieron para oponerse a la estrategia que planteaban los estadounidenses para Europa. «Vuelve a haber dificultades con

nuestros amigos americanos», escribía Brooke el 5 de abril, «que siguen insistiendo en la cancelación de operaciones en Italia para poner en marcha otras nuevas en el sur de Francia, precisamente en el momento más crítico». Ese mismo día Churchill hizo constar a los jefes del Estado Mayor que «la campaña del Egeo fracasó por los cuentos que se contaron acerca de unas batallas decisivas en Italia. Las batallas decisivas en Italia fracasaron por retirar a siete de las mejores divisiones en el momento crítico para destinarlas a “Overlord”».

\* \* \* \*

El 19 de abril, comentando con Cadogan la invasión, dijo: «Esta batalla nos ha sido impuesta por los rusos y por las autoridades militares de Estados Unidos». El diplomático, que ese día pasó unas cuantas horas con el primer ministro asistiendo a diversas reuniones, quedó muy consternado por sus desvaríos: «Estoy realmente muy preocupado por el primer ministro», escribió en su diario. «Ya no es el hombre que era hace doce meses, y en verdad no sé si conseguirá salir adelante». Cuando los primeros ministros de las ex colonias del imperio se reunieron en Londres el 1 de mayo para empezar una conferencia que duraría nueve días, el primer ministro de Canadá, Mackenzie King, se unió al de Sudáfrica, Jan Smuts, para elogiar a Churchill por haber impedido que los americanos fijaran un Día D en 1942 o 1943. Churchill confesó con claridad a los líderes de las ex colonias que personalmente habría «preferido entrar en Europa por el sureste, aunando esfuerzos con los rusos. Sin embargo, fue imposible convencer a Estados Unidos

de este plan. En todo momento estuvieron firmemente decididos a invadir Europa por el noroeste y quisieron que nos olvidáramos de las operaciones en el Mediterráneo».

Los problemas que acuciaban al primer ministro eran más desalentadores que nunca, sobre todo cuando otros comenzaron a ver en él los mismos síntomas de agotamiento que había percibido Cadogan. «Estoy sumamente sorprendido por lo fatigado y consumido que parece el primer ministro», escribía Colville el 12 de abril. Churchill estaba preocupadísimo por el precio que probablemente acabaría pagándose por la operación «Overlord»; no obstante, ese mismo día, en una nota dirigida a Roosevelt, afirmaba con optimismo que no creía que las pérdidas llegaran a ser tan elevadas como predecían los más pesimistas: «En mi opinión, serán los alemanes los que sufran un número enorme de bajas cuando nuestro grupo de hermanos se lancen contra ellos». Al primer ministro nunca le había gustado Montgomery, cuyo egoísmo y estupidez le herían en lo más profundo. En aquellos momentos comunicó al Departamento de Guerra que el general debía abandonar sus bulliciosas recepciones y visitas públicas. En particular, Churchill quería evitar que siguiera adelante la propuesta de Montgomery de celebrar un «día de oración» y de «bendecir» antes del Día D a las fuerzas armadas británicas en el curso de un gran acto religioso durante el cual se exhibieran los emblemas y las insignias de la corona. En opinión de Churchill, semejante ceremonia habría servido más para desmoralizar a los hombres que para inspirarlos.

Los servicios de inteligencia avisaron de que Hitler iba a lanzar pronto contra Inglaterra sus armas secretas, esto es, las bombas voladoras y los misiles guiados. Por otro lado, las dificultades con los americanos por la cuestión de la Francia Libre eran cada vez mayores: Washington se negaba a conceder a De Gaulle el gobierno de Francia después de la invasión. Churchill estuvo de acuerdo en que sería prudente retener al intratable general en Argel hasta el último momento antes del Día D. Cada vez se mostraba más impaciente por la paralización de la campaña de Italia, tanto en Anzio como en los alrededores de Monte Cassino. Una y otra vez, las fuerzas aliadas sufrían importantes bajas en ataques que se veían frustrados por la firmeza de los hombres de Kesselring. En Egipto, los soldados y marineros griegos se amotinaron, exigiendo la participación de comunistas en su gobierno. Se produjo un grave enfrentamiento armado. Churchill se opuso firmemente a las peticiones de los amotinados. La revuelta fue sofocada después de que un oficial británico fuera asesinado.

El Foreign Office y los jefes de las tres armas del ejército instaron al primer ministro a que dejara de bombardear a Roosevelt con telegramas sobre cuestiones estratégicas. En aquellos momentos Churchill era proclive a llevar a cabo simultáneamente con «Overlord» más desembarcos en la costa atlántica. El 24 de abril, Dill le hizo la siguiente advertencia: «El presidente, como ya sabe, no tiene mentalidad militar». Las peticiones a Roosevelt simplemente eran notificadas a Marshall, que debía de sentirse mortificado por esa manera de pasar por encima de él. Los británicos perdieron una

batalla importante con Washington relacionada con el bombardeo, antes de la invasión, de los enlaces ferroviarios en Francia. Churchill y el gabinete de guerra se oponían a llevar a cabo bombardeos extensivos, pues sin duda suponían la muerte de muchos civiles franceses. Eisenhower y su Estado Mayor, sin embargo, insistían en la necesidad de emprender una campaña de interdicción aérea continuada para ralentizar la reorganización de los alemanes después de los desembarcos del Día D. Roosevelt y Marshall eran de la misma opinión, y sin duda no se equivocaban. Durante las semanas anteriores al 6 de junio, la RAF se unió a las fuerzas aéreas estadounidenses para llevar a cabo incursiones nocturnas y diurnas, que supusieron graves pérdidas para los ejércitos aliados y la muerte de unos quince mil franceses. En el curso de toda la guerra, los bombardeos aliados acabaron con la vida de setenta mil ciudadanos del país galo, frente a los cincuenta mil británicos que perecieron a manos de la Luftwaffe.

Las relaciones con los rusos se habían enfriado. Los de Moscú acusaban a los británicos de intrigar contra ellos en Rumanía. El 8 de mayo, Churchill escribía desolado a Eden: «Los rusos están borrachos de victorias, y son capaces de cualquier cosa, no tienen límites». Durante los seis meses anteriores, un total de 191 barcos británicos habían llevado a Rusia más de un millón de toneladas de alimentos, armas y otros pertrechos, poniéndose por fin a la altura de las necesidades de la Unión Soviética. Pero no hubo ninguna señal de agradecimiento por parte de Stalin. Las discusiones por la cuestión de Polonia eran más vivas que nunca. Churchill volvió a

pedir a los polacos de Londres más flexibilidad. Se daba cuenta del escaso peso de ese gobierno en el exilio, con los rusos a punto de ocupar su país, y la aparente indiferencia de Washington.

\* \* \* \*

Aquella primavera los británicos obtuvieron una importante victoria tras rechazar una ofensiva japonesa contra Imfal y Kohima en el noreste de la India. Sin embargo, este triunfo vendría a aumentar las tensiones con los americanos. Estados Unidos comenzó a intensificar sus demandas de poner en marcha una gran ofensiva en el norte de Birmania, con el fin de abrir una ruta terrestre hasta China. Churchill no veía con buenos ojos la perspectiva de una campaña por una jungla donde reinaba la malaria y un calor húmedo sofocante; en su opinión, carecía de sentido. Pero, ante la falta de medios navales americanos para llevar a cabo desembarcos anfibios en el Sureste Asiático, finalmente se destinó el XIV Ejército de Slim a la invasión de Birmania.

El 14 de mayo llegaron buenas noticias desde Italia. La ofensiva «Diadem» de Alexander permitió abrir una brecha en las líneas alemanas, con la notable contribución de las fuerzas coloniales francesas del general Alphonse Juin. El día 23 los angloamericanos iniciaron su ataque desde el perímetro de Anzio. Churchill hizo hincapié a Alexander en la necesidad de cortar la retirada a los hombres de Kesselring, objetivo mucho más importante que la propia conquista de Roma. Pero el general Mark Clark no estuvo de acuerdo con la idea del primer ministro. Ordenó a su V Ejército avanzar a marchas forzadas hacia la capital italiana, y destinó sólo



una división a impedir el repliegue enemigo. Fueron tan hábiles los alemanes en sus acciones de retirada, como se demostró en Italia y, más tarde, en el noroeste de Europa, que es muy poco probable que Clark hubiera conseguido detener a Kesselring incluso de haber puesto todo su empeño en ello. Pero, desde luego, no lo puso. La liberación de Roma el 4 de junio llevó a los países aliados a la celebración de una victoria simbólica, pero, desde el punto de vista estratégico, carecía prácticamente de importancia. Como sin duda se daban cuenta todos los interesados, empezando por el primer ministro, la capital italiana no era más que un punto geográfico. Kesselring consiguió establecer otra línea defensiva. La campaña italiana siguió como había empezado, con frustraciones y contrariedades para sus comandantes, y, sobre todo, para su principal adalid, Winston Churchill.

Parece que el primer ministro se equivocó cuando supuso que la causa aliada se habría visto beneficiada por un compromiso mayor por parte de los italianos en 1944. Por mucho que Churchill sintiera pasión por Alexander, lo cierto es que este general era un comandante mediocre, cuya principal virtud fue que supo colaborar en armonía con los americanos, cosa que Montgomery no. Raras veces quiso imponer una idea, pero porque raras veces tenía una. El terreno de Italia favoreció la defensa, que Kesselring dirigió con brillantez. Fue una decisión acertada la conquista de Sicilia por parte de los aliados en julio de 1943, y también fue acertado desembarcar y combatir en Italia dos meses después. Y fue esencial, una vez iniciada esa empresa, llevar a cabo una campaña limitada

en el país hasta 1945. Pero los americanos no se equivocaron; primero cuando insistieron en poner en marcha la operación «Overlord», y luego cuando decidieron que había que darle absoluta prioridad. Cuesta creer que las fuerzas que más tarde fueron destinadas a la operación «Anvil» habrían podido conseguir unos resultados parecidos si hubieran permanecido en Italia. El ejército alemán era demasiado bueno, y el campo de batalla muy poco apropiado para los objetivos de los aliados. Además, con la red ferroviaria del norte de Francia prácticamente destruida por los bombardeos, Marsella se convertiría luego para todos los ejércitos de Eisenhower en un centro logístico de importancia vital, por el que se canalizaría el 40 por 100 de sus suministros y pertrechos hasta diciembre de 1944.

Así pues, el primer ministro malgastó un capital en una disputa con Washington que estaba condenado a perder justamente. Le habría ido mejor en algunas de sus pruebas de fuerza con los estadounidenses en 1944 si no hubiera desafiado a su aliado en tantos frentes. El 4 de junio, después de que llegara la noticia de la caída de Roma, envió a Roosevelt el siguiente cablegrama: « ¡Cuán magníficamente han combatido sus tropas! Me he enterado de que allí son admirables las relaciones entre nuestros dos ejércitos, de todos los soldados, y aquí hay sin duda una total fraternidad». Es necesario que los grandes hombres se digan unos a otros cosas parecidas en los grandes momentos, pero en este caso la retórica de Churchill iba más allá de la realidad. El periodista americano John Gunther demostró ser mucho más realista cuando, en un libro de la

época sobre «Overlord», escribió: «Entre muchos americanos y británicos existe un rechazo atávico».

El mejor fruto que dieron las relaciones angloamericanas en 1944 — y es un fruto muy importante— fue que, a nivel operacional, las fuerzas armadas de las dos naciones supieron trabajar juntas. Los hombres sobre el terreno fueron perfectamente conscientes de que era imprescindible colaborar unos con otros. A los americanos les gustaban algunos altos oficiales británicos —Portal, Tedder, Morgan o el jefe del Estado Mayor de Montgomery, De Guingand—, aunque les costara relacionarse con otros, como, por ejemplo, Brooke. Por parte de la marina real, Cunningham comentaría que le resultaba más fácil entenderse con los soldados del ejército de tierra de Estados Unidos, que con los marineros de este país, sobre todo King, el ceñudo jefe de operaciones navales. Este almirante americano nunca perdonaría a los ingleses que en 1942, en un momento crítico, se negaran a prestar un portaaviones para las operaciones en el Pacífico, después de que los americanos hubieran puesto varias veces sus «plataformas flotantes» al servicio de los objetivos británicos en Occidente. Pero si tenemos en cuenta que en cualquier alianza las relaciones entre las partes interesadas son sumamente complejas, no podemos más que manifestar admiración y gratitud por la manera en la que las fuerzas armadas de Estados Unidos y de Gran Bretaña hicieron causa común entre 1942 y 1945. Y el mérito fue en buena medida de Eisenhower, al que en realidad le gustaban mucho menos los ingleses de lo que su genialidad les hizo creer.

Los problemas entre los miembros de la alianza fueron más evidentes durante la celebración de sus conferencias. En una célebre ocasión, Churchill, hablando de los planes de desinformación elaborados por los aliados para engañar al enemigo, diría que la verdad es un tesoro tanpreciado que había que protegerla con una escolta de mentiras. Probablemente dijera lo mismo de sus relaciones con Estados Unidos. En numerosas ocasiones fue preciso recurrir a mentiras piadosas. En mayo de 1942, cuando más arreciaron las críticas a su gestión, un lector de *The Times* sugirió que en lugar del de primer ministro, Churchill debía ocupar «un puesto que desde hace mucho tiempo está vacante en nuestro cuerpo político, el de Orador Público». La propuesta estaba cargada de malicia, pero es evidente que se trataba de un papel que Churchill supo interpretar con extraordinaria efectividad en las negociaciones de Gran Bretaña con Estados Unidos. En los discursos que pronunció entre 1940 y 1945 se inventó una historia gloriosa de objetivos compartidos por británicos y americanos. Nunca dejó entrever a su pueblo, y mucho menos al de Estados Unidos, sus frustraciones y decepciones por las políticas de Roosevelt y Stalin. El presidente norteamericano, por su parte, correspondió en la misma medida. Para comprender las relaciones angloamericanas durante la guerra es imprescindible dejar de lado la retórica de los dos líderes y darse cuenta de que éstas se basaban, como todas las relaciones entre estados, en percepciones de intereses nacionales. Por parte de Churchill hubo algo de sinceridad en sus sentimientos, pero no por parte de Roosevelt.

A medida que iba acercándose el Día D, la actitud de Churchill resultaba cada vez más desconcertante y compleja, tal vez incluso para él mismo. Sentía un gran estremecimiento ante una operación militar que iba a ser histórica, cuyo éxito podía satisfacer sobradamente las esperanzas que había venido abrigando desde 1940. Dejó claro ante su pueblo, y también al americano, que Gran Bretaña estaba totalmente entregada a esa gran empresa. Prestó el máximo interés por todos los detalles de los planes de invasión, y se encargó personalmente de ordenar la construcción de los puertos artificiales Mulberry que iban a ser utilizados frente a las costas de Normandía. Pero nunca dejó de lamentar las consecuencias que tenía aquel enorme compromiso con la operación liderada por Eisenhower para la campaña de Alexander en Italia. Era perfectamente consciente de que, una vez desembarcadas las tropas aliadas, Estados Unidos iba a controlar las operaciones en el noroeste de Europa. El esfuerzo de guerra de Gran Bretaña alcanzaría su máximo apogeo el 6 de junio. A partir de ese día, iba a verse recortado ante la mirada triste de su jefe y director. En el momento de mayor presencia inglesa en Normandía, Montgomery estuvo al frente de catorce divisiones británicas, una división polaca y tres divisiones canadienses en contacto con el enemigo. Los estadounidenses llegaron a tener sesenta divisiones en el noroeste de Europa, mientras que el Ejército Rojo estaba utilizando a mediados de 1944 cuatrocientas ochenta unidades, pero formadas por un número más reducido de hombres. Raras veces hubo menos de dos tercios del ejército alemán desplegado en el frente oriental. A

lo largo del último año de guerra, Churchill, valiéndose sólo de su fuerza de voluntad y de su personalidad, se esforzó por compensar la menor relevancia de las aportaciones de Gran Bretaña en la contienda.

A pesar del optimismo manifestado a Roosevelt y a Marshall, así como en la última reunión informativa celebrada el 15 de mayo en el cuartel general de Montgomery —instalado en la St. Paul's School, en la zona oeste de Londres— con el rey y con los altos jefes militares de las fuerzas aliadas, Churchill tenía un miedo horrible de que la operación fracasara, o de que se saldara con un número de bajas catastrófico. Todos los cálculos lógicos hacían suponer que los aliados, debido al factor sorpresa, a su poderío aéreo y a sus enormes recursos, iban a desembarcar con éxito. Pero nadie conocía mejor que Churchill la extraordinaria capacidad de combate del ejército de Hitler, así como las limitaciones de los reclutas británicos y norteamericanos; unas limitaciones que habían quedado patentes hacía muy poco en la ofensiva de Anzio. A menudo su imaginación volaba hasta unas alturas inalcanzables para los demás mortales, pero a veces también se hundía en profundos abismos. En diversas ocasiones —en Francia y en el Mediterráneo, en Singapur, en Creta, en Libia y Túnez, o en Italia— sus expectativas heroicas se habían visto frustradas, o mínimamente cumplidas como mucho.

Si, por alguna razón, el Día D resultaba un fracaso, las consecuencias serían increíblemente nefastas para la Gran Alianza. La derrota de Hitler seguiría siendo un hecho que podía considerarse consumado, pero no habría sido posible lanzar una

nueva invasión hasta el año siguiente, 1945. El pueblo de Gran Bretaña y el pueblo de Estados Unidos, cansados ya de la guerra, sufrirían un duro golpe que afectaría a su moral y a su confianza en los líderes. Eisenhower y Montgomery tendrían que ser reemplazados, y habría que buscar a sus sustitutos en una lista muy reducida de candidatos. Ese año había elecciones presidenciales en Estados Unidos, y un desastre en Normandía podría precipitar la derrota de Roosevelt. En Westminster y en Whitehall ya corrían muchos rumores en los que se cuestionaba la capacidad de Churchill para dirigir el país debido a su precario estado de salud. «Estoy agobiado de trabajo», exclamó refunfuñando a su secretaria Marion Holmes la noche del 14 de mayo, «de modo que apenas voy a poder prescindir de tus servicios». Aunque era muy improbable que sus temores respecto a «Overlord» se materializaran, y no cabe duda de que sus recelos se veían magnificados por sus responsabilidades y el agotamiento físico, ¿quién podía culparle de que tuviera esos sentimientos y sensaciones? Lo realmente sorprendente es el optimismo y el buen humor con que, durante las semanas previas al Día D, supo ocultar sus lúgubres pensamientos a todos los que lo rodeaban.

Alan Brooke apeló a la autoridad del rey para disuadir a Churchill de que contemplara la ofensiva del Día D desde un crucero en el canal de la Mancha. El primer ministro consideraba que se había ganado el derecho de presenciar in situ aquel gran acontecimiento de la guerra en el oeste de Europa. En un tono entre ofendido y apenado, escribió: «Es lógico que un hombre en el que recaen

grandes responsabilidades, y que debe desempeñar un papel efectivo en la toma de una serie de decisiones sumamente graves y terribles relacionadas con el desarrollo de la guerra, necesite refrescarse con un poco de aventura». Sin embargo, además del riesgo para su integridad personal, seguramente Brooke temiera que, de producirse alguna crisis ese día, Churchill no habría podido resistir la tentación de entrometerse. Era por esta razón por la que, desde 1942, el jefe del Estado Mayor General del Imperio había procurado siempre que el primer ministro no estuviera presente en los teatros de la guerra cuando iba a librarse una batalla. La mañana del 6 de junio, si hubiera estado en el canal de la Mancha a bordo de un barco de guerra, a Churchill le habría parecido inconcebible permanecer callado con los brazos cruzados mientras, por ejemplo, los americanos se esforzaban denodadamente por establecer una cabeza de playa en Omaha. Los comandantes que concentraban todas sus energías para llevar a cabo la ofensiva con éxito merecían librarse de los consejos y las invectivas de Churchill. Así pues, el primer ministro se vio obligado a contentarse con llevar a cabo una ronda de visitas a las fuerzas encargadas de la invasión, mientras éstas se preparaban para el cometido que el destino les había asignado. «Winston... se ha subido a su tren, y está realizando una gira por la zona de Portsmouth. ¡Se está convirtiendo en un verdadero pelmazo!», escribía Brooke de manera poco solidaria. El 4 de junio el convoy ferroviario del primer ministro, que se encontraba a unos cuantos kilómetros de la costa en una vía muerta de la estación de Droxford, en Hampshire, no paró de recibir



visitas. Eden se puso hecho una furia por las deficiencias del equipamiento del tren, que sólo contaba con un baño y un único teléfono: «El señor Churchill parecía estar siempre en el baño, y el general Ismay al teléfono. De modo que, aunque físicamente nos encontrábamos más cerca del escenario de la batalla, era prácticamente imposible trabajar». Sin que el primer ministro pudiera escucharlos, Bevin y el secretario de Exteriores charlaron amistosamente, pero con absoluta deslealtad, acerca de las perspectivas que tendría un gobierno de coalición si «el viejo» se veía obligado a retirarse. Bevin comentó que podía trabajar con Eden como primer ministro, siempre y cuando el *tory* se comprometiera a nacionalizar las minas de carbón, como pretenderían los sindicatos. Smuts se unió a la conversación y preguntó sobre qué habían estado hablando. Cuando supo las condiciones de Bevin, «Sócrates» replicó secamente: « ¡Pues qué barato!». Fue sorprendente que los tres mantuvieran una conversación de tan mal gusto mientras un cuarto de millón de hombres en la flor de la juventud se preparaban para asaltar el Muro Atlántico de Hitler. Sin embargo, no era más que un reflejo de la nueva actitud de la clase política británica, que miraba hacia un futuro más allá de Winston Churchill.

Convocado premeditadamente con retraso, De Gaulle llegó a Inglaterra procedente de Argel. El primer ministro caminó por las vías del tren para ir a su encuentro con los brazos abiertos. De Gaulle, despreciando el abrazo que se le ofrecía, descargó toda su ira porque se le había negado un papel en el regreso de los aliados a su país. Churchill explicó que los americanos insistían en que no

debía cederse a su comité el gobierno de los territorios de la Francia liberada. Los británicos tenían que acatar los deseos de los estadounidenses. Instó a De Gaulle a solicitar una entrevista personal con Roosevelt, en la esperanza de que en el curso de la misma logran resolver las diferencias. Más tarde, el francés declararía que fue en Droxford donde Churchill le dijo que, de verse obligada a elegir entre Estados Unidos y Francia, Gran Bretaña elegiría siempre al primero. Es muy probable que esta afirmación fuera una falacia, o como poco una exageración deliberada. Pero el rencor de De Gaulle por habersele negado su autoridad en Francia, pretensión que durante cuatro años se había esforzado en justificar, se manifestaría en una animosidad hacia Gran Bretaña hasta el final de su vida. Churchill intercambió con Roosevelt diversos mensajes acerca de la conveniencia de enviar de vuelta a Argel al líder de la Francia Libre. Al final, se le permitiría quedarse. Pero las relaciones anglo-francesas quedarían envenenadas hasta un punto que no se vería mitigado ni siquiera por la posterior ascensión al poder del general De Gaulle.

Milovan Djilas, el líder partisano yugoslavo, se encontraba con Stalin en su *dacha*, situada a las afueras de Moscú, cuando llegó la noticia de que los aliados iban a desembarcar en Francia al día siguiente. El caudillo soviético comentó con su habitual cinismo: «Sí, tendrá lugar un desembarco, pero si no hay niebla. Hasta ahora siempre ha habido algo que ha interferido. Sospecho que mañana ocurrirá alguna otra cosa. ¡Tal vez se reúnan con un grupo de alemanes! ¿Y qué pasará si se reúnen con unos alemanes? Tal vez

ya no haya un desembarco, sino más promesas como viene siendo habitual». Inmediatamente, Molotov se puso a explicar al yugoslavo que, en realidad, Stalin no dudaba de que fuera a producirse una invasión, pero que se divertía riéndose de los aliados. En ese sentido, después de oír tantas evasivas y tantas verdades a medias durante los últimos dos años, puede que el líder soviético se hubiera ganado el derecho a mofarse.

A última hora de la tarde del 5 de junio, Churchill estaba de vuelta en Londres. Antes de irse a acostar, Clementine dio las buenas noches a su esposo, que se encontraba en la sala de los mapas. El primer ministro dijo: « ¿Te das cuenta de que cuando te levantes mañana, veinte mil jóvenes quizá hayan perdido la vida?». A diferencia de los americanos, con su optimismo inquebrantable, desde 1940 Churchill había cargado con las consecuencias de muchos fracasos. Para Gran Bretaña sería mucho más que nefasto si sus ejércitos no lograban estar a la altura de un momento tan transcendental como aquél.

\* \* \* \*

El 6 de junio, los desembarcos del Día D representaron la mayor proeza de organización militar de la historia; un verdadero triunfo de la planificación, la logística y, sobre todo, el esfuerzo humano. La gran ofensiva de las fuerzas aerotransportadas en los flancos, que dio inicio en plena oscuridad, y los bombardeos aéreos y navales, seguidos al alba por la llegada precipitada a las playas que habían sido atacadas de más de cien mil hombres, entre ingenieros, soldados de infantería, tripulaciones de blindados y artilleros, de

nacionalidad británica, estadounidense y canadiense, constituyeron un enorme éxito. Con un espíritu que habría conmovido el corazón del primer ministro, cuando una lancha de desembarco del Regimiento East Yorkshire se acercaba a la playa de La Breche, el comandante de la compañía, «Banger» King, leyó en voz alta a sus hombres unos versos de Enrique V:

*¡Adelante, adelante nobles ingleses, por cuyas venas corre la sangre de los padres probados en la guerra!*

Tocado con un reluciente casco de latón del cuerpo de bomberos, el alcalde de Colville se presentó en la playa para dar la bienvenida a los invasores. En la playa de Omaha la 29.<sup>a</sup> División estadounidense fue la que encontró la oposición más feroz. «Cuando nuestra lancha tocó fondo, y bajó la rampa», recordaría más tarde un soldado de infantería, «me convertí en visitante del infierno». En opinión de Ernest Hemingway, que servía como corresponsal de guerra, los cañones de los buques de guerra de apoyo «sonaban como si estuvieran lanzando trenes enteros a través del cielo». Los invasores lucharon con tenacidad, en medio del fuego y el humo, rodeados de enormes alambradas y campos de minas, contra fortines y posiciones de artillería, para reafirmar las pretensiones de los ejércitos aliados en la Europa de Hitler.

En el Muro Atlántico del *Führer* se abrió una brecha. Churchill se pasó la mañana del Día D en la sala de mapas, siguiendo hora a hora el desarrollo de los desembarcos. Había pocos hombres en el mundo para los que aquella batalla significara tanto. A mediodía

dijo en la Cámara de los Comunes: «Esta colosal operación es sin duda la más compleja y difícil que ha tenido lugar en la historia». Almorzó con el rey, y por la tarde regresó a Downing Street; luego, a las seis y cuarto, pensó que era el momento de informar a los parlamentarios de que la batalla estaba desarrollándose «de manera sumamente satisfactoria». En lugar de la matanza que había temido que se produjera, en el Día D sólo perdieron la vida tres mil soldados, entre estadounidenses, británicos y canadienses, y un número aproximadamente igual de civiles franceses. Por la noche, en algunos lugares los británicos habían podido avanzar varios kilómetros hacia el interior, asegurando una serie de perímetros que en poco tiempo quedarían unidos. Todavía quedaba por delante una lucha prolongada y terriblemente encarnizada, pues tanto atacantes como defensores se apresurarían a reforzar sus ejércitos en Normandía. Habría jornadas en las que morirían muchos más soldados aliados que los que cayeron el propio 6 de junio. Pero el triunfo de «Overlord» estaba garantizado.

Gracias a los planes ideados por los angloamericanos para despistar al enemigo, mediante los cuales se consiguió que Hitler siguiera esperando la realización de nuevos desembarcos, y gracias también a los bombardeos efectuados antes de comenzar la invasión, la concentración de fuerzas de los alemanes fue mucho más lenta de lo temido. La noche del 7 de junio, doscientos cincuenta mil hombres de Eisenhower se hallaban ya en territorio francés. Al cabo de tres días, esa cifra alcanzaría los cuatrocientos mil, Churchill advirtió a los parlamentarios británicos que debían evitarse las

manifestaciones de optimismo exagerado. Aunque «hayan quedado atrás graves peligros, aún nos aguardan enormes esfuerzos». El 10 de junio, en un cablegrama dirigido a Stalin, expresó las esperanzas que tenía depositadas en la campaña de Italia, diciendo, de manera harto curiosa, que Alexander estaba «persiguiendo a lo que queda del maltrecho ejército de Kesselring en su rápida huida hacia el norte. Va pisándole los talones, y mientras tanto arremete contra todas las fuerzas enemigas que encuentra a su paso». Pero, en honor a la verdad, semejante derroche de energía y una victoria tan exhaustiva estaban completamente fuera del alcance de Alexander y sus hombres.

\* \* \* \*

Dos días después, el 12 de junio, a Churchill por fin le fue permitido visitar la cabeza de playa de la invasión en Normandía; una expedición que, por supuesto, le encantó. De camino a Portsmouth quiso bromear a costa de uno de sus acompañantes, el almirante Ernest King, aunque su empeño fuera como pretender encender una cerilla en un iceberg: «No esté tan triste. No voy a tratar de quitarle nada a la marina de Estados Unidos en este preciso momento». Quedó encantado con el espectáculo de las costas invadidas, y volvió a enviar un cablegrama a Stalin diciendo: «Es una vista magnífica la que ofrece esa ciudad de naves que se extiende a lo largo de casi ochenta kilómetros de costa, aparentemente a salvo de los aviones y de los ataques de los submarinos, que se encuentran cerquísima». Durante un almuerzo con Montgomery expresó su sorpresa de que los campos normandos

parecieran relativamente intactos: «Estamos rodeados de vacas bien cebadas, tumbadas en verdes pastos, con las patas cruzadas». Antes de regresar a Inglaterra, el destructor en el que viajaba disparó unas cuantas cargas hacia unas posiciones alemanas situadas en la costa, a una distancia de alrededor de seis mil metros. Churchill manifestó su satisfacción por encontrarse por primera vez a bordo de un barco de la marina real en acción.

En Londres le esperaba una lúgubre bienvenida. Aquella noche, comenzaron a llover bombas voladoras alemanas V1 sobre la capital británica. Churchill, ya en su residencia de Downing Street, salió a la calle y permaneció allí de pie, mirando el cielo, oyendo el estruendo de los motores de las bombas volantes, cuyo repentino silencio presagiaba su caída e inmediata detonación. No tardaron en explotar cerca de donde él estaba. El domingo, 18 de junio, una V1 acabó con la vida de sesenta personas que celebraban un servicio en la Capilla de los Guardias, a unos trescientos metros de su despacho. Durante la que fue una larga noche de explosiones y fuego antiaéreo, a las 2 de la madrugada, se puso a dictar a su secretaria, Marion Holmes. «El primer ministro me preguntó si estaba asustada. Respondí, “no”. ¿Quién podía estar asustada en su compañía?». El primer lord del Mar, Cunningham, a menudo fue muy crítico con Churchill, pero el 19 de junio, después de una reunión del comité de «Crossbow», la campaña de operaciones contra todas las fases del programa alemán de bombas voladoras y misiles, escribiría en su diario: «[El primer ministro] estuvo espléndido, y dijo que había que exponer el asunto sin rodeos al

pueblo, y explicarle que sus tribulaciones formaban parte de la batalla que se libraba en Francia, y que debían estar muy alegres por poder compartir los peligros de sus soldados».

Pero lo cierto es que los hombres y mujeres de Gran Bretaña quedaron muy trastornados por la ofensiva de las V1. Eran cuatro años más viejos, y su cansancio incomparablemente mucho mayor que en los tiempos de los bombardeos masivos de 1940. La impersonalidad monstruosa de aquellos artefactos explosivos voladores, que caían sobre los objetivos a cualquier hora del día o de la noche, le parecía a la gente de una crueldad sumamente refinada. La señora Lylie Eldergill, una londinense de los barrios del este de la ciudad, escribía a una amiga estadounidense en los siguientes términos: «Espero que acabe muy pronto. Mis nervios ya no pueden más». Brooke se sintió realmente molesto por el sentimentalismo del secretario de Interior, Herbert Morrison: «No dejaba de repetir que a la población de Londres no podía pedírsele que soportara esa tensión después de cinco años de guerra... Fue una intervención patética». Los bombardeos tuvieron graves repercusiones sobre la producción industrial de las zonas afectadas. Durante la primera semana perecieron 526 civiles, y a partir de entonces el número de víctimas fue aumentando sin cesar. El hecho de que la caída de Roma y el Día D hubieran tenido lugar antes de que empezara la ofensiva de las V1 fue como un regalo llovido del cielo para la moral de los británicos. Hitler cometió un gravísimo error al malgastar tantos recursos en su programa de armamento secreto. Las bombas voladoras V1 y las V2, introducidas posteriormente, eran maravillas



de la tecnología para los parámetros de la época, pero su sistema de guía era poco preciso, y sus ojivas demasiado pequeñas, para alterar los resultados estratégicos. Simplemente permitieron a los nazis someter a una gran tensión y fatiga a la población británica. Habrían infligido unos daños mucho más importantes si hubieran sido dirigidas a la cabeza de playa de los aliados en Normandía.

Macmillan describe a Churchill durante una velada en Chequers celebrada por aquel entonces, y nos cuenta que el primer ministro, «sentado en el salón, dijo a eso de las seis: “Soy un hombre viejo y hastiado. Me siento exhausto”. La señora Churchill replicó: “¡Pues piensa por un momento cómo deben sentirse Hitler y Mussolini!”. A lo que Winston contestó: “¡Ah, pero al menos Mussolini ha podido tener la satisfacción de matar a su yerno! [el conde Ciano]”. Aquel gracioso intercambio de frases agudas le divirtió tanto que salió a dar un paseo y pareció revivir». Uno de los comentarios más célebres que escribió Brooke en su diario a propósito del primer ministro es el que corresponde al 15 de agosto:

*Hemos llegado al momento en el que, por el bien del país y por el bien de su propia reputación, sería un regalo llovido del cielo que desapareciera de la vida pública. Probablemente haya hecho por su país lo que ningún otro hombre ha hecho nunca, su reputación ha alcanzado el máximo apogeo, y sería una tragedia que semejante pasado se viera manchado por acciones alocadas durante una decadencia inevitable que se ha puesto en marcha desde el año pasado. Personalmente, me ha resultado imposible*

*trabajar con él últimamente, y me asusta pensar hacia dónde es capaz de dirigirnos ahora.*

Sin embargo, aunque era verdad que Churchill estaba viejo y cansado, y que a menudo se le iba la cabeza, era indiscutible su liderazgo como señor de la guerra de Gran Bretaña, y Brooke se deshonró a sí mismo manifestando semejante impaciencia con él. El primer ministro poseía una grandeza que elevaba el prestigio global de su país a unos niveles que superaban con creces los alcanzados a través de la menguada contribución militar británica. Jock Colville escribía: «Cualesquiera que sean las deficiencias del primer ministro, es indudable que él ofrece una guía y un sentido a los jefes de Estado Mayor y al Foreign Office en asuntos que, sin él, a menudo se perderían en el laberinto de los departamentos o se ignorarían por prudencia o por compromiso. Además, posee dos cualidades, imaginación y resolución, que brillan claramente por su ausencia entre los demás ministros y los jefes de Estado Mayor. Oigo cómo lo critican, con frecuencia individuos que están en estrecho contacto con él, pero, en mi opinión, buena parte de esas críticas se deben a una incapacidad de contemplar a las personas y sus acciones desde una perspectiva correcta cuando se las analiza desde demasiado cerca». Todas estas observaciones eran sumamente acertadas.

Incluso en la última fase de la guerra, cuando el dominio de los americanos se hizo dolorosamente explícito, Churchill cumplió con el difícil cometido de mantener vivo el ímpetu de su nación. Después

del Día D, de no haber sido por las aportaciones personales del primer ministro, Gran Bretaña se habría convertido en un país atrasado, en un centro de abastecimiento y en un portaaviones de los ejércitos capitaneados por Estados Unidos en Europa. En el campo de batalla era evidente que el ejército de tierra británico volvía a demostrar sus limitaciones. Alan Moorehead, el corresponsal de guerra que cubrió la campaña del desierto, de Italia y de Normandía, tenía muy buena relación con Montgomery. Una vez acabada la guerra, Forrest Pogue se haría eco de su opinión en unas anotaciones muy concisas: «En julio, el soldado americano [era] mejor que el británico. El de origen inglés... procedía de divisiones que habían sufrido muchísimas bajas. En los primeros días fui en tanques británicos. Se detenían en cada puente porque era probable que hubiera un 88 por ahí cerca». Estas censuras tal vez parezcan muy duras, pero los americanos no se equivocaban cuando pensaban que los británicos sentían, después de cinco años de guerra, más aversión que ellos por las bajas y los incidentes.

En 1944-1945 Churchill ejerció mucha menos influencia en los acontecimientos que en el período comprendido entre los años 1940 y 1943. Pero sin él, su país habría parecido una simple víctima exhausta del conflicto, y no la protagonista que el primer ministro estaba decidido a hacer que siguiera siendo considerada Gran Bretaña, hasta el final. «A estas alturas», dijo Churchill en la Cámara de los Comunes, «es indudable de que se trata de una historia gloriosa, no sólo liberar los campos de Francia de una atroz esclavitud, sino también unir en lazos de verdadera camaradería a

las grandes democracias de Occidente y a los pueblos de lengua inglesa del mundo... Sigamos, pues, con la batalla en todos los frentes... Avancemos a través de la tormenta, ahora que ha alcanzado su mayor furia, con la misma resolución y firmeza que demostramos al mundo cuando estábamos solos». Y eso es lo que él intentó hacer.

## **Capítulo 19**

### **Negociar con la cartera vacía**

Para Churchill, las semanas que siguieron al Día D estuvieron dominadas por nuevas desavenencias estériles con los americanos. Roosevelt le envió una reprimenda propia de un director de escuela, redactada por Cordell Hull, con motivo del protagonismo que, al parecer, había concedido a los rusos en los asuntos de Rumanía a cambio de la conformidad soviética con el dominio británico de Grecia. Para los americanos, aquella actitud reflejaba el deplorable entusiasmo británico por el establecimiento de esferas de influencias pactadas de forma bilateral. Churchill respondió enojado al día siguiente: «Me resultaría muy fácil, según el principio general del deslizamiento a la izquierda, tan popular en política exterior, dejar que maduraran las cosas, hasta que el rey de Grecia se viera obligado a abdicar y [los comunistas d]el EAM instauraran el reinado del terror... No puedo admitir haber hecho nada malo en este asunto». Si Roosevelt pretendía sentirse ofendido por el hecho de que los británicos no informaran a la Casa Blanca de todos los cables enviados a Stalin en torno a las cuestiones de Grecia y Rumanía, ¿qué habría que decir de los mensajes enviados por los estadounidenses a Moscú acerca de Polonia, de los que no se había hecho partícipes a los ingleses? Churchill concluía con tristeza: «No imagino ningún otro momento en el que la carga de la guerra haya pesado más sobre mis hombros o en el que me haya sentido menos a la altura de sus problemas, cada vez más complicados».

El primer ministro seguía estando a favor de efectuar desembarcos en la costa atlántica de Francia y no de la operación «Anvil», y, lo que es más espectacular, pretendía llevar a cabo una gran ofensiva contra Istria, en la costa del noreste de Italia, más allá de Trieste, que debía tener lugar en septiembre. Brooke actuó con mucha cautela en este sentido, advirtiéndole de que la escabrosidad del terreno habría favorecido la posición de los defensores y habría precipitado una campaña de invierno en los Alpes. Pero los jefes de Estado Mayor y su superior fueron galvanizados por un mensaje alemán interceptado el 17 de junio. En él declaraba Hitler su decisión de mantener las posiciones de los Apeninos «como línea de bloqueo definitivo» para impedir que los aliados invadieran la llanura del Po y el norte de Italia. Se trataba, a juicio de los británicos, de una prueba contundente del compromiso de los alemanes en Italia y, por ende, de lo valioso que era luchar por el dominio de ese país. A los americanos —tanto a Eisenhower como a los jefes de Estado Mayor estadounidenses— no les impresionó lo más mínimo. A continuación se produjo una de las broncas más enconadas entre ingleses y americanos.

Los jefes de Estado Mayor británicos insistieron en que era «inaceptable» retirar de Italia más fuerzas aliadas. En su calidad de comandante supremo, Eisenhower reafirmó su compromiso con los desembarcos en el sur de Francia y rechazó con más contundencia aún las pretensiones de los británicos, planteadas en un plan trazado por Maitland Wilson, comandante en jefe del Mediterráneo, consistente en llevar a cabo una ofensiva desde el noreste de Italia

hacia el llamado «pasillo de Liubliana». El 20 de junio, Ike escribió a Marshall diciendo que el plan de Maitland Wilson «parece no tener en cuenta el hecho de que los jefes del Estado Mayor conjunto han decidido hace ya algún tiempo convertir a Europa occidental en la base desde la que efectuarán las operaciones decisivas contra Alemania. Autorizar cualquier alejamiento de esa decisión tan cuerda me parece desacertado y potencialmente peligroso... En mi opinión, contemplar la idea de desviarnos por tierra vía Trieste hasta Liubliana, repito, Liubliana, constituye una forma intolerable de dedicarse a hacer conjeturas... No soy capaz de repetir, no soy capaz de ver en qué medida contribuye una cosa así a la imperiosa necesidad de explotar el anterior éxito de “Overlord”». El 24 de junio, los jefes de Estado Mayor americanos comunicaron que el plan de Maitland Wilson sobre Trieste era «inaceptable». Confirmaron su insistencia en que, como estaba previsto, debían retirarse de las operaciones que estaban llevándose a cabo en Italia las tres divisiones estadounidenses y las siete francesas que se había acordado destinar a «Anvil».

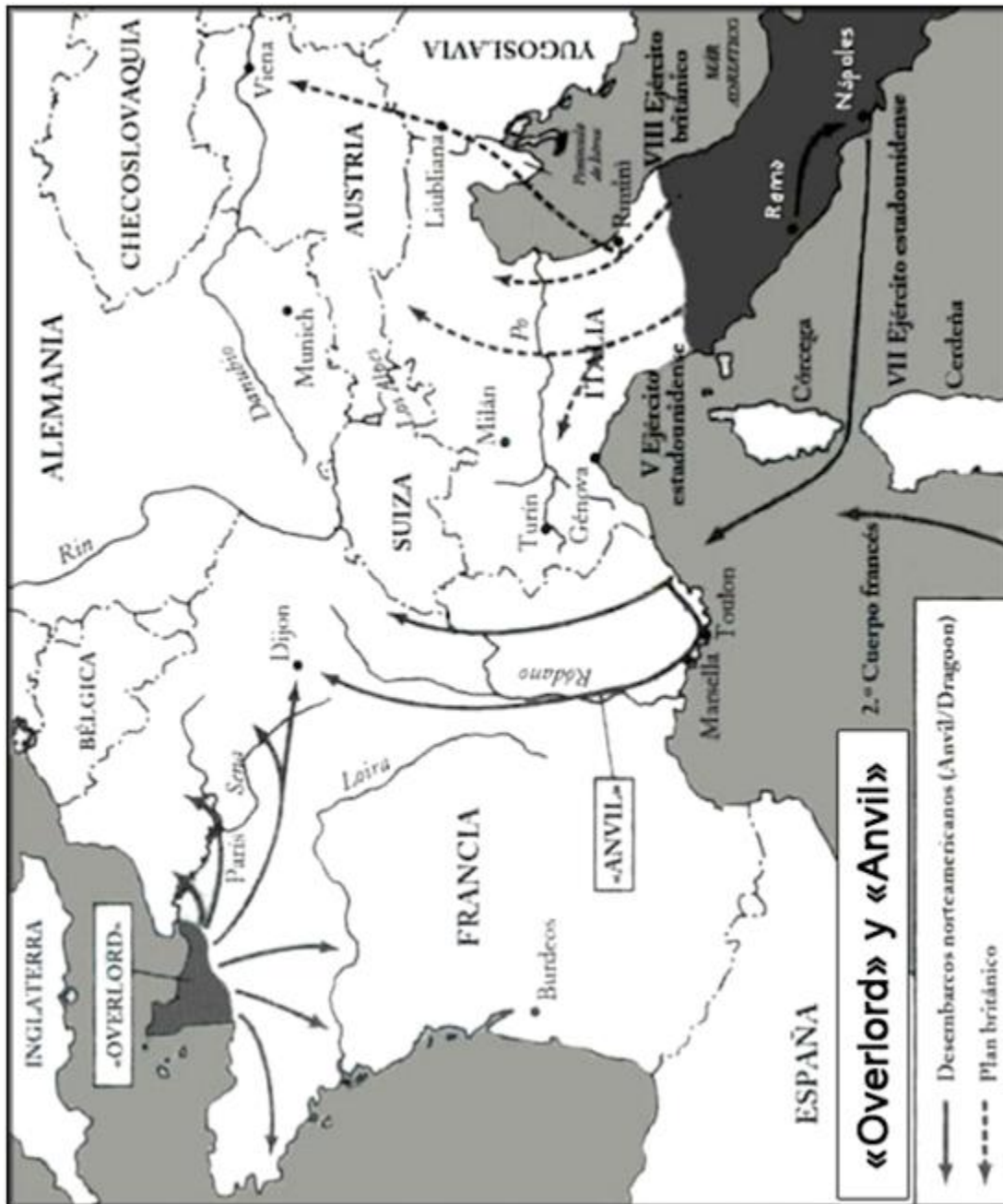
De modo muy inoportuno, Churchill apeló contra esta decisión a Roosevelt, mientras que el 26 de junio los jefes de Estado Mayor británicos reafirmaban en un comunicado a sus colegas de Washington lo «inaceptable» del nuevo despliegue. Marshall se mostró inconmovible. El día 28, Churchill envió una nota al presidente en la que decía: «Si debemos o no acabar con todas las esperanzas de una gran victoria en Italia y en todos su frentes y condenarnos a un papel pasivo en ese escenario, tras dividir al gran

ejército aliado que está avanzando con tanta rapidez por la península, en aras de “Anvil” y todas sus limitaciones, es una cuestión muy grave que deben decidir el gobierno de Su Majestad y el presidente, con la junta de jefes de Estado Mayor». Él, por su parte, añadía, era totalmente hostil a la operación «Anvil». Al día siguiente, Roosevelt respondió al comunicado de Churchill en los siguientes términos: «Mis intereses y mis esperanzas», decía, «se centran en derrotar a los alemanes que se enfrentan a Eisenhower y entrar en Alemania, y no en limitar esa acción con el fin de llevar a cabo un esfuerzo superior en Italia». En plena campaña para la reelección, Roosevelt añadía que había además otras implicaciones políticas: «Nunca sobreviviría al más mínimo revés de “Overlord” si se supiera que había sido desviado a los Balcanes un número bastante considerable de tropas».

Sorprendentemente, Churchill volvió a la carga. En un mensaje a Roosevelt del día 1 de julio, tras una larga exposición de la inutilidad de «Anvil» —«la división de la campaña del Mediterráneo en dos operaciones, ninguna de las cuales puede alcanzar ningún resultado decisivo, es, en mi humilde y respetable opinión, el primer gran error estratégico y político del que los dos nos haremos responsables»—, concluía: «¿Qué puedo hacer yo, señor presidente, cuando sus jefes de Estado Mayor insisten en descartar nuestra campaña de ofensiva en Italia, con todas sus deslumbrantes posibilidades..., cuando tenemos que ver cómo la savia entera de esa campaña es trasladada al valle del Ródano?... Estoy seguro de que si hubiéramos podido celebrar una reunión, como propuse



tantas veces, habríamos llegado a un feliz acuerdo». Aquello era deplorable. Suponía una falta de tacto extraordinaria por parte del primer ministro sugerir al presidente que, si hubiera tenido ocasión de engatusarlo en una entrevista cara a cara, lo habría convencido de que debía ignorar las opiniones de sus jefes de Estado Mayor. A su propia plana mayor les expresó su desprecio por sus aliados norteamericanos: «El conjunto Arnold-King-Marshall es uno de los equipos estratégicos más estúpidos que hayan podido verse nunca. Son unos buenos chicos y no hace falta decírselo». Los americanos se mostraron impasibles ante el bombardeo de cables procedentes de Londres. Con una formalidad glacial, los británicos accedieron a lanzar la operación «Anvil» —cuyo nombre había sido cambiado últimamente por el de «Dragoon»— el 15 de agosto. Fue entonces cuando Churchill se dio cuenta de que flaqueaba su influencia sobre el presidente estadounidense y, por ende, sobre su país. «Hasta “Overlord”», escribiría más tarde Jock Colville, «se veía a sí mismo como la autoridad suprema a la que se remitían todas las decisiones militares». En adelante, se convertiría, «por la fuerza de las circunstancias, en poco más que un mero espectador». El primer ministro dijo después a Moran: «Hasta julio de 1944, Inglaterra tuvo bastante que decir sobre todas las cosas; a partir de esa fecha fui consciente de que era América la que tomaba las grandes decisiones».



Los británicos siguieron adoptando una actitud obstinadamente protectora con la campaña de Italia mucho después de que ésta empezara a deteriorarse, e incluso tras el éxito deslumbrante de «Overlord». Marshall había cometido una buena cantidad de errores en la guerra, pero lo mismo les había pasado a Brooke y a

Churchill. Nada de lo que decían los comunicados intercambiados aquel verano entre Londres y Washington justificaba la actitud despectiva del primer ministro hacia las autoridades militares estadounidenses. Se ha criticado a menudo a Eisenhower, y a veces con razón, por su falta de imaginación estratégica, aunque indudablemente Marshall y él tuvieran razón en insistir en la concentración de fuerzas en Francia.

Pero a Churchill le costaba aceptar el hecho de verse a sí mismo —y de paso a su propio país— relegado a un segundo plano a la hora de tomar las grandes decisiones. Un especialista americano en ciencias políticas, William Fox, acuñó en 1944 el término «superpotencia». Daba por descontado que Gran Bretaña podía considerarse una superpotencia. La verdadera medida de lo que es una superpotencia, sin embargo, la da la capacidad que tiene una nación de actuar de forma unilateral. Y esa capacidad la había perdido el país de Churchill. La consternación y la frustración hicieron mella en su estado de ánimo. Eden escribió el 6 de julio: «Después de cenar [se celebró una reunión del] Comité de Defensa realmente espantosa, nominalmente acerca de la estrategia en Extremo Oriente. Comenzamos con una referencia de W. a las críticas de los americanos a la excesiva cautela de Monty, críticas con las que W. parecía estar de acuerdo. Ello provocó la explosión del jefe del Estado Mayor General del Imperio». Brooke anotó en su propio diario:

*¡Terrible reunión con Winston que duró hasta las dos de la madrugada! Fue la peor que hemos tenido con él. [Churchill]*

*estaba muy cansado como consecuencia de su discurso en la Cámara acerca de las bombas volantes, y había intentado recuperarse tomando un trago. Como consecuencia de todo ello se encontraba en un estado de sensiblería, irritabilidad y embriaguez, dispuesto a sentirse ofendido por cualquier cosa, sospechaba de todo el mundo, y tenía ganas de desquitarse de los americanos. Tantas ganas tenía de desquitarse de ellos que todos sus planteamientos estratégicos se vieron distorsionados. Empecé teniendo una buena pelotera con él. Se había puesto a insultar a Monty porque las operaciones no iban más deprisa... Yo estallé y le pregunté si no podía confiar en sus generales cinco minutos, en vez de estar siempre insultándolos y menospreciándolos... Planteó entonces una serie de propuestas pueriles, como, por ejemplo, crear una Guardia Nacional en Egipto que suministrara una fuerza capaz de ocuparse de los disturbios en Oriente Medio. Hasta media noche no pudimos entrar en materia y tratar el tema que habíamos ido a discutir, la guerra en Extremo Oriente... Acabó enfadándose con Attlee y teniendo una buena pelea con él acerca del futuro de la India. ¡Nos retiramos protegidos por esa cortina de humo justo a las dos de la mañana, sin conseguir nada más que perder los estribos y unas horas de sueño valiosísimas!*

Eden comentó más tarde: «La llamé “una velada deplorable”, como en efecto fue. Un año antes no habría podido producirse [una cosa así]; estábamos todos marcados por el hierro de cinco años de

guerra». Episodios como el descrito por Brooke, en los que se producían ese tipo de rifirrafes con Churchill, fueron motivo de consternación para todos los que apreciaban al primer ministro, tanto para sus colaboradores personales como para su familia, cuando fueron publicados durante la década siguiente. Los antiguos íntimos del primer ministro se ofendieron especialmente por las críticas que decían que su gestión se vio perjudicada de mala manera por el alcohol. El jefe del Estado Mayor General del Imperio fue equiparado con lord Moran, cuyo diario apareció en 1966, no sólo como traidor a la leyenda de Churchill, sino también como propalador de falsos testimonios acerca de su gestión. Pero las opiniones de uno y otro eran compartidas por muchos. Tras escuchar durante algún tiempo al primer ministro en una sesión del comité, Woolton se inclinó hacia Dalton y le susurró al oído, como habría hecho un escolar travieso: «Está muy mamado». El agotamiento y la frustración probablemente influyeran más que el brandy en los exabruptos de Churchill. Pero existen pruebas evidentes de que en 1944-1945 sufrió cada vez más de pérdida de disciplina intelectual, e incluso de coherencia.

Su combatividad, que tan maravillosamente útil había resultado para su país durante los años anteriores, se volvía desastrosa cuando iba dirigida contra sus propios colegas, hombres de grandes capacidades y de enorme dedicación, que sabían que no merecían ser tratados de modo tan brutal. Churchill aún podría revivir sus extraordinarios poderes en las grandes ocasiones, algunas de las cuales todavía estaban por llegar. Aún se producirían muchos más

destellos de agudeza y de genio. Pero los personajes clave para la dirección de la guerra en Gran Bretaña, en vez de mirar directamente hacia él como fuente de todas las decisiones, empezaban a mirar por encima de su hombro hacia un futuro del que suponían que iba a estar ausente. Deseoso de sucederlo, Eden se impacientaba terriblemente cuando el primer ministro parecía poco dispuesto a reconocer su propia mortalidad política. «Almuerzo a solas con W.», escribió el 17 de julio. «Estaba de bastante buen humor. Me quedé pálido cuando dijo que cuando se rompiera la coalición deberíamos estar dos o tres años en la oposición y luego volver juntos para arreglar el desaguisado».

Hubo, sin embargo, todavía muchos momentos en los que Churchill se ganó los corazones de la gente, empezando por el propio secretario del Foreign Office, con sus muestras de simpatía y de dulzura. El 4 de agosto, cuando Eden se presentó en Downing Street con su hijo Nicholas, recién llegado de Harrow School por las vacaciones, el primer ministro deslizó subrepticamente en la mano del niño dos billetes de una libra, más de lo que cobraba un soldado del ejército en quince días, recomendándole en voz baja y por supuesto en vano que «no se lo dijera [a su padre]». Los compañeros de Churchill se morían de aburrimiento cuando se ponía a recitar largos pasajes del *Marmion* y de los *Lays of Ancient Rome*<sup>12</sup> durante la sobremesa en Chequers, pero ¿cuántos otros líderes nacionales

---

<sup>12</sup> *Marmion* es un poema épico de Walter Scott (1771-1832) acerca de la batalla de Flodden Field (1513) entre escoceses e ingleses; *The Lays of Ancient Rome*, de lord Macaulay (1800-1859), es una colección de poemas narrativos que tratan de episodios heroicos de la historia de Roma. (N. del T.)

en la historia habrían sido capaces de deleitarlos con semejantes actuaciones? Se emocionó hasta el éxtasis durante la proyección de una nueva película de Laurence Olivier sobre el Enrique V de Shakespeare, entre otras cosas porque no le cabía la menor duda de quién era el que estaba desempeñando un papel comparable al del antiguo rey en la epopeya vivida por la Inglaterra de mediados del siglo XX. Su impaciencia seguía siendo la misma. Yendo una vez en coche de Downing Street a Northolt en compañía de Brooke, su séquito se encontró con un desvío por obras en la calzada. Churchill insistió en levantar las barreras para que los coches continuaran por una vereda. Ni siquiera el rey habría hecho nunca una cosa así, declaró con una sonrisa de desfachatez, «pues era mucho más respetuoso de la ley».

En cuanto a la guerra, a finales del verano de 1944, los temores que habían acosado a Churchill y a sus altos mandos militares durante la primavera fueron sustituidos por la certeza de que la sentencia de Alemania había sido dictada. ¿Pero para cuándo? En este sentido, el primer ministro mostró mejor criterio que sus generales. Hasta finales de septiembre, pensaron en que la caída final de los nazis se produciría a finales de aquel año o comienzos del siguiente. Churchill, en cambio, dijo en una sesión de la junta de jefes de Estado Mayor el 14 de julio: «Naturalmente era cierto que los alemanes se enfrentaban en aquellos momentos a graves dificultades y que podían dejar de combatir. Pero, por otra parte, las pruebas de las que disponían parecían demostrar que tenían intención de seguir luchando, y creía que si continuaban

haciéndolo, podrían seguir combatiendo hasta bien entrado el año siguiente». Su opinión no varió ni siquiera tras el drama del atentado fallido con bomba contra Hitler del 20 de julio. Aquel suceso vino a poner de relieve la existencia de la oposición interna a Hitler en Alemania... y su debilidad.

Persiste la ilusión de que los aliados no supieron aprovechar durante la guerra las oportunidades para promover la causa de los «alemanes buenos» que se oponían a Hitler, rechazando los planteamientos de individuos tales como Adam von Trott. Pero parece que los británicos tenían razón, en primer lugar, al suponer que los escarceos de ese tipo habrían acabado por saberse, alimentando así la paranoia soviética en torno a la consecución de una paz negociada; y, en segundo lugar, al creer que la facción anti-Hitler era débil y estaba mal organizada. Michael Howard ha escrito: «Sabemos que las “personas que piensan como es debido” existían, en efecto; pero lo curioso es que... fueran tan pocas, y que su influencia fuera tan escasa». Howard señala que casi todos los conspiradores del atentado de julio de 1944 eran nacionalistas fervientes, que abrigaban unas ambiciones grotescas sobre la forma de gobierno de su país después de la guerra.

Si lograban deponer a Hitler, sus enemigos internos esperaban convencer a los aliados de que reconocieran las fronteras que tenía Alemania en 1914, e incluso negarse a devolver a Francia Alsacia y Lorena, anexionadas en 1870 y de nuevo en 1940. La mayoría de los conjurados en el atentado compartía unas ideas obstinadamente derechistas en lo tocante al futuro gobierno de Alemania. En mayo



de 1944, Claus von Stauffenberg adoptó explícitamente una visión basada en el mantenimiento de la unión de Alemania y Austria, en la conservación de la región checa de los Sudetes, y en la oferta de una «autonomía» para Alsacia y Lorena. El principal objetivo de la mayoría de los que participaron en la conspiración contra Hitler, como supo ver en su momento el Foreign Office, era conseguir la ayuda de ingleses y americanos contra los rusos. Resulta fácil comprender por qué después de la guerra los alemanes intentaron hacer de los conjurados del atentado de julio unos santos. Pero para el gobierno de Churchill habría representado una locura coquetear con ellos, y no hay motivo alguno que obligue a los historiadores a tenerles un respeto excesivo. Una gran mayoría de los conjurados del 20 de julio se volvieron contra Hitler no ya porque fuera un malvado por encima de toda ponderación, sino porque veían que estaba conduciendo a Alemania a la catástrofe.

El historiador John Wheeler-Bennett, amigo de Eden y conocedor a fondo de Alemania, confeccionó un memorándum sobre la conspiración para el Foreign Office. Lo escribió el 25 de julio, y sugería en él que su fracaso había sido una bendición. Creía que si Hitler hubiera sido asesinado y los generales alemanes del «Viejo Ejército» se hubieran acercado a los aliados occidentales en busca de unos términos para la negociación que excluyeran la rendición incondicional, se habrían producido muchas situaciones incómodas. Oliver Harvey iba más allá cuando escribió en su diario: «Desprecio a los generales más que a Hitler, que merece de ellos un trato mejor». Es indudable que semejante afirmación venía a

expresar hasta extremos realmente perversos ciertas ideas británicas acerca de las obligaciones de un militar. Harvey declaró, al término de una conversación con el general sir Frederick Morgan, que éste se había mostrado de acuerdo «con la necesidad de erradicar al Gran Estado Mayor alemán (*Grosser Generalstab*) y [que] agradecía que Hitler no hubiera volado por los aires el otro día». Wheeler-Bennett escribía también que «la purga que está llevándose a cabo en estos momentos está retirando de escena presumiblemente a numerosos individuos que nos habrían causado muchas dificultades, no sólo de haber tenido éxito el complot, sino también tras la derrota de la Alemania nazi». Era un veredicto extraordinariamente brutal. Pero, desde luego, es cierto que la opinión pública inglesa y norteamericana se habría visto inmersa en un mar de confusión y las relaciones de Occidente con los soviéticos habrían entrado en crisis, si de repente se hubiera presentado una oportunidad de poner fin a la carnicería en Europa mediante unas negociaciones con los alemanes supuestamente «buenos».

Aquel mes de julio, en vista de los nuevos informes de los servicios de inteligencia acerca de las operaciones que estaban llevándose a cabo en el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, Churchill escribió a Eden en los términos más explícitos que utilizó en toda la guerra a propósito del carácter de las acciones de los nazis contra los judíos: «No cabe duda de que probablemente sea el crimen más grande y más horrible que se ha cometido en toda la historia del mundo... Es evidente que todos los individuos relacionados con este crimen que caigan en nuestras manos, incluidas las personas que

no hicieron más que obedecer órdenes al llevar a cabo esa carnicería, deberían ser ejecutados». No obstante, una vez más los británicos descartaron la idea de bombardear las instalaciones de los campos de exterminio y vías de comunicaciones, en parte por su supuesta ineficacia —en la idea de que cualquier daño ocasionado habría podido ser reparado fácilmente— y en parte por el motivo espurio de que las deportaciones de judíos de Hungría, cuyo conocimiento dio lugar a la nota de Churchill, al parecer, habían cesado.

Incluso en aquellos momentos, a los políticos británicos se les escapó la magnitud de las matanzas de los nazis. Un agente de los servicios de inteligencia, conocedor de los mensajes descifrados de Ultra, que dio una conferencia a algunos oficiales de alto rango acerca de la maquinaria de represión de los alemanes en 1944, habló en su informe de la matanza de miles, no de millones de personas, y no mencionó en ningún momento explícitamente a los judíos. Del mismo modo, la Declaración Conjunta de los Aliados efectuada en Moscú en noviembre de 1943, en la que se advertía de las represalias que se debían tomar contra los alemanes que hubieran participado en el «fusilamiento en masa de oficiales italianos o en la ejecución de rehenes franceses, holandeses, belgas o noruegos, o de campesinos de Creta, o que hubieran intervenido en la matanza infligida al pueblo de Polonia o en los territorios de la Unión Soviética», omitía a los judíos.

Parece que no hay duda de que los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos poseían a finales del verano de 1944

información suficiente, gracias a Ultra y a los prisioneros fugados de Auschwitz, para deducir que en la Europa ocupada por los nazis estaba haciéndose algo singularmente terrible con los judíos, si los testimonios hubieran sido puestos debidamente de relieve. El hecho de que ninguno de los dos gobiernos actuara ha merecido censuras brutales por parte de los más críticos. Pero, según parece, Churchill, Roosevelt y sus principales subordinados merecen un poco de comprensión por el hecho de no haber dado una respuesta adecuada. En primer lugar, incluso en 1944 tanto en Londres como en Washington seguía rechazándose instintivamente la idea de que una sociedad europea, incluso una sociedad gobernada por los nazis, fuera capaz de perpetrar unas matanzas de una magnitud tan titánica como las que fueron puestas al descubierto en 1945-1946. En segundo lugar, los testimonios en torno a la masacre de los judíos eran vistos todavía en el contexto de otras matanzas en masa ya conocidas, como las de rusos, polacos, griegos, yugoslavos, italianos y otros pueblos sojuzgados. Los británicos, en especial, tenían miedo de repetir los errores de la primera guerra mundial, cuando las atrocidades de los alemanes fueron exageradas adrede con fines propagandísticos. Aquella utilización tendenciosa dio lugar a que se desarrollara una importante ola de rechazo y de cinismo en el pueblo británico hacia su propio gobierno.

Por último, dadas las limitaciones, por lo demás bien sabidas, de los bombardeos de precisión incluso cuando había buena información sobre los objetivos suministrada por los servicios de inteligencia, la necesidad de llevar a cabo alguna acción concreta contra la

maquinaria de muerte de los nazis fue descartada porque se consideró más convincente el argumento general que propugnaba la aceleración de la victoria militar para poner fin a los sufrimientos de los pueblos oprimidos de Europa. Los aviadores podían estar seguros de que cualquier bombardeo de los campos habría causado la muerte de muchos prisioneros. La posteridad habría tenido el privilegio de reconocer que quizá fuera un precio que habría valido la pena pagar. Pero en plena vorágine de guerra, por utilizar una frase de Churchill tomada de un contexto distinto, podemos entender por qué ni los británicos ni los americanos actuaron con la energía y el compromiso que la retrospectiva demuestra que habrían sido adecuados. La mayoría de los historiadores moderados especializados en este período reconocen que, en realidad, es dudoso que una acción más o menos plausible de las fuerzas aéreas hubiera supuesto un impedimento importante para la continuación de las operaciones de la maquinaria de muerte de los nazis.

Una y otra vez durante aquel verano, Churchill vio frustradas sus aspiraciones. Deseaba ansiosamente que Gran Bretaña tuviera el honor de albergar una cumbre, después que él había tenido que viajar tan lejos y tantas veces para contentar a Roosevelt y a Stalin. Propuso entonces como sede de la cumbre Invergordon, en Escocia, aduciendo que los otros dos líderes habrían podido llegar hasta allí en un buque acorazado. El rey habría tenido ocasión de recibir a los «Tres Grandes» en Balmoral. Pero Stalin se negó rotundamente a salir de Rusia. Aunque Roosevelt se mostró dispuesto a celebrar un encuentro bilateral y durante algún tiempo se le vio entusiasmado

con la idea de ir a Invergordon, finalmente decidió que la conferencia no se celebrara en Gran Bretaña. El presidente no tenía ningunas ganas de dejarse ver, especialmente en un año de elecciones en Estados Unidos, como huésped del socio subordinado de su país. Se concertó así una segunda visita a Quebec para el mes de septiembre. La solitaria lucha que libraba Churchill para salvar los fragmentos que quedaban de la libertad de Polonia resultaría incluso menos gratificante. Se permitió un arranque de esperanza cuando Stalin le cablegrafió el 23 de julio apoyando una «unificación de los polacos que mostraran buena disposición hacia Gran Bretaña, la URSS y Estados Unidos». Interpretando aquel comunicado —cosa que no hizo Eden— como un signo de que el líder soviético estaba dispuesto a acoger a los «polacos de Londres» en un nuevo régimen, Churchill dijo a Roosevelt: «Parece que es lo mejor que hemos recibido nunca del tío Pepe». Pero pronto quedó claro el significado del reconocimiento concedido por Stalin al Comité Nacional Polaco, régimen títere de Moscú, llamado en Londres «los polacos de Lublin». Stalin estaba empeñado en imponer un gobierno polaco dominado por los comunistas, y sólo una representación simbólica de otros intereses. Debido a la presión extrema de Churchill, el primer ministro polaco en el exilio en Londres, Stanislaw Mikolajczyk, accedió a volar a Moscú. Pero Mikolajczyk tenía razón al suponer que la obediencia a Stalin no resultaría útil ni para él ni para la libertad de su país.

\* \* \* \*

El 11 de agosto aterrizó en Argel. Tras convocar a De Gaulle a una reunión, se puso hecho una furia cuando el francés, lleno de indignación por la negativa de los aliados a concederle autoridad en su propio país, se negó a acudir ante su presencia. Randolph Churchill, que estaba recuperándose del accidente aéreo sufrido en Yugoslavia, se encontró con su padre y lo escuchó lanzar una tormentosa diatriba contra De Gaulle. Luego, en una insólita intervención digna de todo un estadista, Randolph le instó a tener piedad: «Al fin y al cabo, es un frustrado que representa a un país vencido. Tú, como líder indiscutible de Inglaterra y principal artífice de la victoria, puedes permitirte el lujo de ser magnánimo». Churchill escribió más tarde a Clementine: «Creo que la Francia de De Gaulle será una Francia más hostil con Inglaterra que ninguna otra desde la de Fachoda [1898]».

No obstante, debido a la constante presión de Eden, Churchill apoyó la causa de De Gaulle frente a los americanos. Antes del Día D, el almirante Leahy, jefe de Estado Mayor de Roosevelt, que había prestado servicio como embajador norteamericano en Vichy, dijo al presidente que los aliados encontrarían en el mariscal Pétain a su socio más adecuado en las negociaciones con los franceses, debido a la popularidad de que gozaba entre el pueblo. En las semanas siguientes a la invasión, esta ilusión se vio frustrada por los combatientes de la resistencia, que se hicieron con el poder en las zonas liberadas y mostraron un apoyo abrumadoramente mayoritario a De Gaulle. Los hombres de Vichy fueron relegados por sus compatriotas a la cárcel o al olvido. A finales de agosto, el

general recibió permiso para volver a Francia, donde se convirtió de facto en el gobernante del país. Dos meses después, aunque muy en contra de su voluntad, Washington reconoció su liderazgo al frente del gobierno provisional de Francia.

\* \* \* \*

El 12 de agosto, Churchill voló a Italia, donde se instaló en la residencia de Maitland Wilson, Villa Rivalta, con vistas al golfo de Nápoles. Permaneció en Italia más de dos semanas, bañándose varias veces en el mar, con sumo gusto, y celebrando diversas reuniones. Siguió echando pestes contra el traslado de tropas de Italia a Francia. En aquellos días de mediados de agosto, cien mil hombres fueron sacados de Italia en naves de desembarco. Una mañana soleada que había salido a dar un paseo en barca, Churchill vio cómo lo vitoreaban cientos de soldados apoyados en las barandillas de los buques que se dirigían a la Costa Azul. Agradeció sus vítores, pero en sus memorias escribió el siguiente comentario: «No sabían que, si por mí hubiera sido, estarían navegando en una dirección bien distinta». En cuanto a la población de Italia, tras años y años de proclamar la necesidad de adoptar una actitud de firmeza, si no de intransigencia, frente al país de Mussolini, la vista de las caras sonrientes de los italianos aplacaron su corazón, reavivando su inveterado instinto hacia la clemencia.

Se reunió con Tito, que llegó en avión desde Yugoslavia, y lo agasajó calurosamente. El líder comunista regresó a su cuartel general tan encantado con el primer ministro que algunos de sus camaradas partisanos se alarmaron. Desoyendo sus advertencias acerca del



doble del líder británico, el yugoslavo comentó entusiasmado: « ¡La cosa no es tan simple como vosotros creéis! Sí, Churchill es un imperialista, y un anticomunista. Pero, aunque no lo creáis, sus ojos estaban arrasados en lágrimas cuando me vio. Dijo casi entre sollozos: “¡Es usted la primera persona de la Europa esclavizada a la que veo!”. ¡Churchill me dijo incluso que le habría gustado lanzarse en paracaídas sobre Yugoslavia, pero que era demasiado viejo!». Un partisano movió la cabeza con incredulidad y susurró a otro al oído: «Estos ingleses son muy listos. Una escolta de buques de guerra y unas maniobras en honor del Viejo [Tito], y ya veo el impacto que ha tenido todo ello sobre él».

\* \* \* \*

El 16 de agosto, Churchill contempló los desembarcos de la operación «Dragoon» desde un buque de asalto anclado a unas millas de la costa. En una carta a Clementine describía el esplendor de la flota «desplegada a lo largo de treinta kilómetros de costa con la pequeña St. Tropez en medio». Los invasores no encontraron demasiada oposición, y pronto se vieron avanzando a toda velocidad hacia el noreste para encontrarse con los ejércitos de Eisenhower el 12 de septiembre. El primer ministro se pasó horas hablando de política mediterránea con Macmillan, Maitland Wilson y otros. La forma en que habían llevado los ingleses los asuntos de Italia no había sido muy brillante, y esa misma impresión tenían los americanos. Churchill y Eden accedieron al regreso de Moscú del líder comunista en el exilio Palmiro Togliatti, y a su inclusión en el gobierno italiano a cambio del reconocimiento de éste por parte de

los rusos. El obstinado rechazo de los británicos a la participación en él del conde Carlo Sforza, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, que había vivido en Estados Unidos y gozaba de la estima de los americanos, molestó bastante a Washington. Londres había sido pillada por sorpresa cuando el mariscal Badoglio fue echado del gobierno italiano en junio de 1944. Después, el afán de los británicos por crear y mantener en Roma un régimen que resultara aceptable para Churchill y sus colegas provocó las críticas constantes del Departamento de Estado y de los medios de comunicación estadounidenses. Las ideas de los americanos eran muy ingenuas, pero se basaban en su compromiso con los derechos de autodeterminación de Italia, que, en su opinión, los británicos despreciaban, como era natural, dado su talante imperialista.

La atención de Churchill fue centrándose cada vez más en Grecia, donde veía un grave peligro de golpe de estado de los comunistas. Las guerrillas del EAM-ELAS, armadas por la SOE, eran la fuerza mejor organizada del país. Cuando los alemanes empezaron a retirarse del sur de Grecia, Churchill ordenó que se tuvieran tropas británicas listas para volar a Atenas en el momento en que el enemigo abandonara la ciudad, con el fin de prevenir un golpe de los comunistas. Resultó difícil encontrar los efectivos necesarios, pues los ejércitos aliados de Italia se habían visto muy mermados a fin de que sus tropas pudieran participar en la operación «Dragoon», pero el primer ministro insistió en que tenía que haber fuerzas disponibles para Grecia. Se destinaron a esa tarea algunas unidades aerotransportadas.

Luego avanzó hacia el frente, vestido con uniforme del ejército de verano, con galones y un salacot que habría parecido absurdo en cualquier otro. Alexander lo llevó en automóvil hasta lo alto de una colina desde donde pudo oír el fuego de las armas cortas, contempló cómo las ametralladoras golpeaban al enemigo en medio de una lluvia de casquillos vacíos dando vueltas entre el polvo, y vio cómo los tanques entraban en combate produciendo un horrible estridor. Aquella excursión le proporcionó más alegría que cualquier otra experiencia de los últimos meses de la guerra. Se encontraba en medio de un ejército británico que, aunque no inmediatamente triunfante, era indudable que llevaba las de ganar, en compañía de un general al que consideraba todo un paladín. Alexander recibió muchos menos reproches por la lentitud de su avance que Montgomery. Churchill echó la culpa de la triste y sangrienta situación del teatro de operaciones italiano exclusivamente a los americanos. En su opinión, habían arrebatado al ejército de Alexander todos los medios con los que habría sido posible cambiar la suerte de Europa e impedir que los Balcanes cayeran bajo la dominación soviética. Muchos de los que estaban interviniendo en la lucha y soportando todos los sacrificios, eran de su mismo parecer. Un humilde radiotelegrafista del VIII Ejército escribió en su diario el 27 de agosto de 1944: «Tengo la seguridad de que éste es un frente de segunda categoría y por eso se le niegan los medios imprescindibles para hacer la guerra».

\* \* \* \*

El 29 de agosto, Churchill aterrizó de nuevo en Gran Bretaña con una temperatura de casi 40 °C y una mancha en uno de sus pulmones que llevó a los médicos a prescribirle otra tanda de pastillas M & B. No había conseguido ningún resultado interesante en el Mediterráneo, ni tampoco en Normandía, excepto aliviar la sensación cada vez más intensa de impotencia que tenía, y satisfacer su pasión por ser testigo directo de los grandes acontecimientos. El funcionario del Foreign Office Oliver Harvey se quejó desdeñosamente de que el primer ministro anduviera «tonteando por ahí en Italia». En medio de la destrucción y las matanzas provocadas en Londres por la ofensiva con bombas volantes, Churchill se enfrentaba en su propio país a un riesgo personal mucho más grave que en Normandía o en el Mediterráneo. Aunque su gobierno tenía mucho que hacer, la mayoría de las tareas que le aguardaban no eran de su agrado. Los ministros tenían que dedicar cada vez más tiempo a preparar la paz. En el peor de los casos, como máximo faltaba para la victoria un año o dos. El pueblo británico miraba con unas ansias mezcladas con incertidumbre hacia un futuro sin guerra. Pero el interés del primer ministro por los asuntos internos era intermitente y superficial. David Reynolds señala que, en sus memorias, Churchill no menciona ni una sola vez la Ley de Educación Butler de 1944, la medida legislativa más importante en el orden interno de todo su mandato como primer ministro durante la guerra. Ismay observó en una ocasión: «Cabe suponer que el primer ministro anote cien puntos en un partido de cricket de la liga internacional, pero no vale

nada jugando en un partido de pueblo». Los temas de la reconstrucción de posguerra y los intereses mundanos del pueblo británico agobiado por los problemas necesitaban ministros capaces de salir a jugar en muchos partidos de cricket de pueblo.

Las preocupaciones constantes de Churchill eran ganar la guerra y asegurar el lugar ocupado por el imperio británico en el nuevo mundo. Para los que estaban obligados a trabajar con él, las dificultades aumentaron. Su salud deteriorada, sus estruendosos monólogos y su negativa en las reuniones del gabinete a abordar temas que no despertaran su interés, planteaban grandes dificultades. Leo Amery se lamentaba en los siguientes términos: «Desde luego, nuestras reuniones en el gabinete son cada vez más incoherentes, aunque veo que todo el mundo habla mucho más, incluso todos a la vez, de lo que solía ocurrir cuando Winston ocupaba todo el campo y no dejaba sitio a nadie... Lo que me harta tanto en los gabinetes es la misma sensación que tiene uno cuando va con prisa en taxi a coger el tren y el conductor va despacio y coge todos los semáforos en rojo».

El filósofo e historiador Isaiah Berlin escribió: «Churchill está preocupado por su propio mundo, y no está claro hasta qué punto ha sido consciente alguna vez de lo que pasa realmente por las mentes y los corazones de los demás. No reacciona, actúa; en él no se refleja nada de nadie, él afecta a todos los demás y es capaz de cambiarlos para ponerlos a su gigantesca altura... Su conducta surge de una gran profundidad y constancia de sentimientos; en particular del amor y la fidelidad a la gran tradición por la cual

asume una responsabilidad personal, una tradición que lleva sobre sus hombros y que debe entregar a unos sucesores dignos de aceptar esa sagrada carga no sólo intacta y en perfectas condiciones, sino reforzada y embellecida». Este comentario parece encajar a las mil maravillas con el comportamiento de Churchill durante los últimos meses de la guerra. Dos o tres años antes, tenía capacidad de dar forma a los acontecimientos y a la percepción de los mismos que pudiera tener la gente. Ahora, el mundo andaba por su cuenta haciendo menos caso que nunca de su grandiosa y anticuada visión de las cosas, aunque todavía pudiera ser movido por sus palabras.

Durante el otoño, las desgracias de Polonia constituyeron para él un tema recurrente, mientras los nazis sofocaban la Sublevación de Varsovia con su habitual ferocidad. No sólo no le hizo caso Stalin, sino que también Roosevelt rechazó las apasionadas peticiones de Churchill para que presionara a Moscú en lo tocante al Ejército Nacional de Varsovia. Los americanos querían utilizar las bases de Siberia para las operaciones de sus bombarderos B-29 contra Japón, y no estaban dispuestos a provocar a los rusos por lo que ellos consideraban cuestiones menores. El 26 de agosto el presidente rechazó un llamamiento de Churchill para enviar a Moscú una protesta angloamericana conjunta en términos muy duros por lo de Polonia. Roosevelt le contestó: «No considero ventajoso para las perspectivas generales de la guerra a largo plazo unirme a usted en el mensaje que propone enviar al tío P.». El 4 de septiembre, el primer ministro, todavía convaleciente, se sintió

obligado a levantarse de la cama para calmar a un gabinete cuyos miembros estaban realmente irritados por los sucesos de Varsovia. Aunque acogió con simpatía las expresiones espontáneas de consternación publicadas por los medios de comunicación, insistió en que los ministros conservaran la calma por el comportamiento de los rusos.

Churchill estaba todavía achacoso cuando el 6 de septiembre subió a bordo del *Queen Mary* en Greenock y zarpó rumbo a Quebec. Brooke comenta que parecía «viejo, enfermo y deprimido. Evidentemente le costaba trabajo concentrarse y sujetaba a menudo la cabeza entre sus manos». Para la mayoría de los viajeros, el ambiente bajo cubierta era opresivo y caluroso. Pero a pesar de las austeridades de la dieta británica, el séquito del primer ministro recibió el trato sibarítico habitual en el transatlántico. Jock Colville dice que las comidas eran «pantagruélicas por su cantidad y epicúreas por su calidad; una cosa casi vergonzosa». Las conversaciones de sobremesa fueron tan brillantes como de costumbre, según quedaron fielmente reflejadas por los tres ilustres diaristas que iban a bordo, Colville, Brooke y Moran. El primer ministro dijo que no lamentaría la pérdida de ningún colega de gobierno del Partido Laborista excepto la de Bevin, el único cuyo carácter y cuyas virtudes estimaba. Lamentaba el hecho de que, en su opinión, ya no tenía ningún mensaje que dar al pueblo británico: «Ahora todo lo que podía hacer era acabar la guerra, traer a los soldados de vuelta y ver que tenían casas a las que regresar. Pero

desde el punto de vista material y financiero las perspectivas eran muy negras».

Encontró tiempo para leer, primero el *Phineas Finn* de Trollope, y luego *The Duke's Children*, que describe los disgustos que dan a un figurón de la política victoriana sus retoños. Es bastante probable que esta última novela tocara en él un punto doloroso, en un momento como aquél en el que el matrimonio de su hijo con su esposa, Pamela, estaba haciendo aguas. Pamela había tenido una célebre aventura con Averell Harriman, su futuro marido, y más tarde algunos dirían de ella con muy poca simpatía que se había convertido en «una experta mundial en techos de dormitorios de hombres ricos». A comienzos de año, se produjo uno de los pocos momentos de intimidad que tuvo Churchill con Brooke, cuando una noche después de cenar discutieron *tête-à-tête* las dificultades que les ocasionaban sus respectivos hijos, ya adultos.

Pero mientras el primer ministro luchaba por recuperar sus fuerzas, pasó, como de costumbre, muchas horas en el *Queen Mary* preparándose para la cumbre. Durante la travesía dio instrucciones a los jefes de Estado Mayor asegurando que Gran Bretaña no debía «ceder por completo el centro y el sur de Europa a la ascendencia o la dominación de los soviéticos». Era, según dijo, una cuestión de «importantes consecuencias políticas, pero también tenía potencialidades militares graves». Expresó su preocupación por el hecho de que los ejércitos británicos e imperiales no hicieran avanzar en ninguna parte la bandera del país tan lejos como él habría querido. Un tercio de sus fuerzas, en el noroeste de Europa,



estaba al mando de los estadounidenses; en la India otro tercio estaba a punto de lanzar una ofensiva en Birmania, «el país más insalubre del mundo y en el que reinan las peores condiciones posibles», simplemente para aplacar las ambiciones de los americanos en China; y el tercio restante, el que estaba en Italia, había sido dolorosamente recortado para que se llevara a cabo la operación «Dragoon». De haber sabido, dijo, que los americanos iban a utilizar su monopolio de las lanchas de desembarco de manera unilateral para imponer su estrategia, se habría encargado de que Gran Bretaña construyera las suyas. Se horrorizó al oír decir que Mountbatten exigía trescientos setenta mil hombres y veinticuatro mil vehículos de las fuerzas destinadas a Europa antes de lanzarse al asalto de Rangún. Soñaba todavía con llevar a cabo un desembarco anfibio en la península de Istria, «en el recodo que forma el Adriático».

\* \* \* \*

Churchill llegó a Quebec en un tren nocturno el 11 de septiembre por la mañana, pocos minutos después que el presidente. A continuación fueron juntos en coche desde la estación hasta la Citadelle. Al día siguiente, Colville oyó decir al primer ministro que esa noche iba a discutir con Roosevelt las zonas de ocupación de Alemania después de la guerra. El secretario particular, consciente de que Churchill no había estudiado los documentos relevantes, se ofreció a leérselos en voz alta mientras tomaba un baño. Este procedimiento sólo salió bien a medias, por la tendencia del primer ministro a sumergirse de vez en cuando en el agua, pasando así por

alto algunos pasajes clave del informe. Churchill envió un cablegrama al gabinete de guerra en Londres diciendo que la conferencia había comenzado «en medio de una gran efusión de amistad». Efectivamente, hubo una gran efusión de cortesía, pero no de acuerdos en materia política. En la exposición inicial de los acontecimientos que hizo, Churchill intentó halagar a los americanos diciendo que los resultados de la operación «Dragoon», que tanto detestaba, habían sido «sumamente gratificantes». Roosevelt lo interrumpió, observando con picardía —incluso con malicia— que «parte del crédito por la concepción de la operación se debía al mariscal Stalin». Churchill habló luego mucho de Italia, y de los méritos de atacar Viena. Parecía no darse cuenta del aburrimiento y la indiferencia de los americanos. Cunningham, el primer lord del Mar, pensó que Roosevelt «tenía aspecto de estar muy débil y de no entender apenas lo que estaba pasando».

Los dos líderes gastaron bastante tiempo discutiendo el plan del secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, consistente en convertir a la Alemania de posguerra en una sociedad pastoril. El presidente, que sabía que Churchill estaba cada vez más preocupado por cómo iba a pagar Gran Bretaña sus deudas cuando se acabara el Lend-Lease, dijo que la desindustrialización del Ruhr supondría la eliminación del principal competidor de su país en Europa. De ese modo se le abrirían al pueblo británico grandes oportunidades económicas. Semejante idea provocó un estremecimiento de entusiasmo en Churchill. En una de sus siniestras intervenciones, Cherwell destacó los méritos del proyecto. El 15 de septiembre los

dos líderes apoyaron formalmente el Plan Morgenthau, para espanto de Cordell Hull y de Anthony Eden, que dijo que el gabinete británico no lo aceptaría nunca. Roosevelt se dio cuenta inmediatamente de que había cometido un error. El Plan Morgenthau fue olvidado, excepto por la propaganda nazi, cuando la noticia se filtró a la prensa. Durante los últimos meses de la guerra, muchos alemanes creyeron a Goebbels cuando les dijo que, si se plegaban a la derrota, serían condenados a convertirse en trabajadores esclavos en el marco de una economía campesina. La absurda iniciativa del secretario del Tesoro en Quebec hizo que algunos enemigos lucharan más desesperadamente de lo que lo hubieran hecho de no ser por eso, llegando hasta el extremo.

Oficialmente, la sesión de clausura de la conferencia tuvo lugar el 16 de septiembre. Churchill proclamó su compromiso con el envío de una gran flota para que tomara parte en la guerra del Pacífico, en cuanto lo permitiera la guerra europea. Dio mucha importancia a este punto, olvidando el hecho de que los barcos de la marina real estaban tan arruinados y vapuleados como sus tripulaciones. Carecían de sistemas de ventilación adecuados para el clima del Pacífico. Y las operaciones con los portaaviones, elemento fundamental en esta campaña, constituían una de las técnicas de la marina de guerra que peor se les daban a los británicos. En la conferencia de prensa que puso fin a la cumbre, sentado, como de costumbre, junto al presidente, el primer ministro anunció a bombo y platillo el compromiso de Gran Bretaña con el teatro de operaciones de Oriente. Provocó las risas de los corresponsales de

prensa americanos allí reunidos cuando dijo: «No os podéis quedar con todas las cosas buenas que tenéis vosotros solos. Tenéis que compartirlas». Luego se deshizo en elogios a las virtudes de las reuniones en la cumbre: «Cuando tengo la rara y feliz oportunidad de entrevistarme con el presidente de Estados Unidos, no nos limitamos en nuestras discusiones a ninguna esfera en concreto... El hecho de que hayamos trabajado tanto tiempo juntos, y el hecho de que hayamos llegado a conocernos tan bien en medio de las tensiones de la guerra, hace que la solución de los problemas resulte mucho más sencilla, más rápida y más fácil».

No era más que bambolla. En realidad, incluso después de pasar dos días con Roosevelt en Hyde Park antes de embarcar en Nueva York en el *Queen Mary* el 20 de septiembre para volver a Inglaterra, Churchill era consciente de lo poco que había conseguido. «¿Qué ha sido esta conferencia?», exclamó delante de Moran. «Dos charlas con los jefes de Estado Mayor; el resto ha sido esperar a echar una parrafada con el presidente». Los británicos se sintieron consternados al notar la ausencia de Harry Hopkins en Quebec. Incluso cuando su sabio americano favorito hizo su aparición en Hyde Park, quedó claro que Hopkins ya no gozaba de la intimidad que solía con Roosevelt. Especialmente en aquel año de elecciones, representaba un bagaje que el presidente no deseaba que se viera mucho, entre otras cosas porque sus conciudadanos opinaban que Hopkins era demasiado propenso a caer en los enredos de los británicos. Éstos se daban cuenta de que su influencia se había esfumado, y de que el afecto que otrora se les prodigara en América

había disminuido vergonzosamente. Brindan Braceen descartaba a Hopkins por considerarlo «débil» e «inútil». Pero no hay por qué suponer que Hopkins fuera movido por el resentimiento cuando advirtió a Halifax en Washington que una victoria republicana en las elecciones presidenciales que estaban a punto de celebrarse quizá hubiera resultado más conveniente para los intereses británicos que la renovación de Franklin Roosevelt. Hasta ese punto había caído la «asociación histórica» entre los dos países.

Churchill se sintió muy relajado durante el viaje de regreso, aunque no veía nada de lo que alegrarse. La Sublevación de Varsovia estaba a punto de concluir, a pesar del lanzamiento tardío y casi enteramente fallido de armas para el Ejército Nacional vencido que efectuaron las Fortalezas Volantes 110 de la fuerza aérea estadounidense, a las que los rusos permitieron repostar en su territorio a regañadientes. Eden no había conseguido convencer a la conferencia de Quebec de que reconociera al Comité de Liberación Nacional como gobierno legítimo de Francia. Churchill dijo a Colville que, a juzgar por los acontecimientos de los últimos años, «las ilusiones que había depositado en los franceses se han visto terriblemente erosionadas». Todo ello un mes antes de que la evidente primacía de De Gaulle entre sus compatriotas obligara a Washington a suavizar su postura.

\* \* \* \*

El 28 de septiembre, de nuevo en Londres, Churchill informó a la Cámara de los Comunes. Recurriendo a una hipérbole nacionalista apenas perdonable, describió Normandía como «la batalla más

grande y más decisiva de toda la guerra». Presentó Birmania como «la campaña del almirante Mountbatten», desairando al general Bill Slim, el comandante en jefe de la ofensiva británica. Intentó sacar el mayor partido posible de la derrota de Arnhem, viendo un motivo de celebración en la insólita muestra de audacia que hicieron los aliados, aunque el ataque aerotransportado no había conseguido asegurar el paso del Rin. A comienzos de octubre, las tropas británicas empezaron a avanzar por el sur de Grecia siguiendo a los alemanes en retirada. Churchill volvió a pedir a Roosevelt el traslado de tres divisiones americanas de Francia a Italia, recibiendo la consabida negativa.

Fue en ese contexto de repetidos desaires por parte de los americanos en el que Churchill decidió embarcarse en uno de sus viajes más discutidos de toda la guerra. Tomó la determinación de volar a Moscú para mantener conversaciones bilaterales con Stalin. Es imposible concebir su misión como otra cosa más que como un gesto de desesperación. Al no conseguir el apoyo de los americanos para ninguno de los objetivos que más le interesaban en aquellos momentos, intentó hacerlos realidad yendo mano a mano con los rusos. Pero Stalin sólo negociaba para sacar tajada. Y Gran Bretaña no tenía nada interesante que ofrecerle. El mandatario ruso se dio cuenta perfectamente de que los americanos se habían distanciado del país de Churchill. El comportamiento del primer ministro sólo puede explicarse reconociendo que aún tenía una exagerada confianza en sí mismo y en su capacidad de llegar a un entendimiento personal con Stalin. Hubo una fuerte dosis de

patetismo en su decisión de volar a Moscú en octubre de 1944, rasgo que supieron ver perfectamente todos los que trabajaban más estrechamente con el primer ministro, por entonces viejo y cansado. Churchill realizó una breve escala en Italia, para oír cómo sus altos mandos le contaban el cuento de lo inadecuados que eran los recursos con que contaban y de la lentitud que imponían a su avance. Se entrevistó con el primer ministro griego Georges Papandreou y lo puso en un aprieto sometiéndolo a una larguísima clase sobre las virtudes de la monarquía. El 9 de octubre llegó a Moscú y, una vez allí, fue conducido a la *dacha* de Molotov, la residencia que se le asignó durante su visita. En la primera entrevista con Stalin, se lanzó de inmediato a exigir que Gran Bretaña debía llevar la voz cantante a la hora de decidir el futuro de Grecia. Enseguida dejó patente al caudillo soviético que estaba hablando en nombre propio, en nombre de Gran Bretaña, y no en nombre de su socio transoceánico. Stalin observó sibilinamente que Roosevelt «exigía demasiados derechos para Estados Unidos de América, y dejaba muy pocos para la Unión Soviética y Gran Bretaña». Churchill redactó lo que él mismo llamó un «documento sinvergüenza». Era el borrador de lo que pasaría a llamarse el «pacto de los porcentajes», a juicio de los americanos la triquiñuela más notoria de Churchill en todo su mandato como primer ministro durante la guerra. En Rumanía, debía reconocerse que Rusia tenía un 90 por 100 de intereses, mientras que «los demás» tenían sólo un 10 por 100. En Grecia, esas cifras debían invertirse. En Yugoslavia y Hungría, los intereses debían repartirse al 50 por 100. En

Bulgaria, Rusia tendría el 75 por 100 de los intereses, y «los demás» el 25. Churchill pasó la cuartilla a Stalin, situado al otro lado de la mesa, que se la quedó mirando, puso en ella una gran marca azul, y se la pasó de nuevo.

Durante las horas y los días siguientes, hubo numerosas conversaciones de carácter general entre los dos hombres: acerca de Grecia y Yugoslavia, donde Stalin acordó con Churchill que debían intentar que no se desencadenara una guerra civil entre las ideologías rivales; acerca de Italia, donde el primer ministro pidió que Moscú no «azuzara a los comunistas italianos»; y sobre la monarquía: Churchill aseguró que Gran Bretaña no intentaría volver a colocar a nadie en el trono de ningún país contra la voluntad del pueblo. Puso de manifiesto que Gran Bretaña no apoyaría la ejecución en masa de los nazis vencidos, aunque esperaba que muriera el mayor número posible de ellos en el campo de batalla. Reafirmó su fe en que no se impusiera ninguna ideología a los estados pequeños, que debían ser libres de elegir su propio destino. Mientras tanto, Eden discutió con Molotov los detalles del pacto de los porcentajes, con el ministro de Exteriores ruso exigiendo, por ejemplo, una influencia 90-10 en Bulgaria a favor de su país.

\* \* \* \*

El 11 de octubre Churchill intentó resolver esas cuestiones en una larga carta a Stalin que redactó y luego mostró a Averell Harriman, a la sazón embajador de Estados Unidos en Washington. Harriman le dijo que Roosevelt y Cordell Hull rechazarían sin duda la carta, en



caso de que se les enviara. En vez de hacerlo, el primer ministro mandó un telegrama al presidente insistiendo en la importancia de actuar con rapidez para evitar una erupción de guerras civiles en los Balcanes. Los partisanos comunistas de Albania ya habían rechazado el regreso del rey Zog, exiliado del país desde 1941.

A continuación, la delegación de Churchill se trasladó a la embajada británica, donde se ofreció una cena en honor de Stalin y de Molotov. Stalin dijo a su anfitrión que no habían sido consideraciones políticas, sino realidades militares, las que habían impedido que el Ejército Rojo acudiera en ayuda de los polacos de Varsovia. El primer ministro preguntó a Lázar Kaganóvich, comisario de ferrocarriles, cómo hacía para que los trenes de su país llegaran puntuales. Cuando un maquinista no cumplía con su deber, dijo Kaganóvich mostrando una sonrisa de lobo... y a continuación deslizó la mano de un lado a otro por su garganta. Churchill rara vez mostró mayor preocupación por su seguridad personal, pero en Moscú montó en cólera al enterarse de que por la noche habían dejado su avión en manos de unos guardias rusos. Insistió en que en adelante un miembro del personal de la RAF permaneciera a bordo del aparato durante todo el día. No puede decirse que tanta angustia fuera una manifestación de paranoia.

Como sucedía siempre en este tipo de reuniones, las conversaciones se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. La actitud de los rusos parecía indiscutiblemente favorable. Churchill cablegrafió a Roosevelt hablando del «extraordinario clima de buena voluntad». El día 13 escribió a Clementine en los siguientes términos: «Las cosas

marchan bien. Hemos tomado un montón de acuerdos sobre los Balcanes y hemos cortado de raíz una legión de trifulcas que estaban madurando. Los dos grupos de polacos ya han llegado y por la noche los mantienen en jaulas separadas... He mantenido unas conversaciones mu[y] agradables con el Viejo Oso. Me gusta más cada vez que lo veo. Ahora aquí nos respetan y estoy seguro de que desean colaborar con nosotros. Debo mantenerme en contacto con el presidente en todo momento y ésa es la parte delicada».

En casi todo esto Churchill se equivocaba. La insólita amabilidad de los rusos, incluso su cordialidad, era inspirada por una nueva confianza en sí mismos, consecuencia del triunfo en el campo de batalla. Prácticamente ninguna de las garantías que ofreció Stalin tenía fundamento. Y él no tenía la menor intención de respetarlas.

En los Balcanes, lo que quisiera, lo cogería. Stalin siempre provocaría las risas de sus sumisos cortesanos diciendo, como solía hacer: « ¡Hemos dado por culo a esos ingleses! ». El primer ministro podría jactarse sólo de un éxito que resultó duradero: Grecia. Stalin se dio cuenta de la profundidad de los sentimientos británicos por el país, junto con la realidad del dominio de su espacio aéreo y del de las zonas circundantes por parte de los aliados occidentales. Todo el resto de los Balcanes estaba al alcance de las garras de la URSS. Aunque Grecia habría de pasar por una larga guerra civil, los rusos no hicieron el menor intento de fomentar la victoria de los comunistas. Hasta ahí, y sólo hasta ahí, puede que Churchill lograra algo útil en Moscú.

Su fracaso más notable fue su intento de salvar a Polonia. Hizo venir desde Londres a una delegación de los polacos en el exilio, encabezada por el primer ministro Mikolajczyk, que asistió bajo amenazas del propio Churchill. Se sucedieron varios días de discusiones glaciales alrededor de una mesa, en las que los rusos se sintieron mitad divertidos, mitad abochornados por el servil espectáculo de marionetas montado por sus protegidos, los «polacos de Lublin». Churchill escribió al rey desde Moscú: «Nuestro grupo de Londres es, como sabe Su Majestad, un grupo de locos decoroso, pero débil; en cambio, los delegados de Lublin da la impresión de que son la pandilla más grande de sinvergüenzas que cabe imaginar». Entre una sesión y otra, Churchill hizo esfuerzos desesperados por inducir a los polacos de Londres a aceptar las nuevas fronteras propuestas para su país, que debía ceder parte de su territorio a Rusia a cambio de las tierras arrebatadas a Alemania oriental. Los halagos y las amenazas no lograron persuadir a Mikolajczyk ni a sus colegas. Permanecieron inamovibles. Stalin rechazó una solución de compromiso propuesta por los británicos. Churchill se vio teniendo que aceptar las quejas de Stalin, según el cual «sus» polacos rechazaban llegar a un acuerdo. Quedó patente que, en aquellas circunstancias, los protegidos de Moscú iban a hacerse con el gobierno del país.

A Stalin le habría convenido obtener la aquiescencia de Mikolajczyk para el establecimiento de las nuevas fronteras y la aceptación de un papel marginal en el nuevo gobierno. Pero como no había posibilidad alguna de que se concediera una influencia real, y

menos aún poder, a los que no fueran comunistas, los polacos de Londres no perdieron nada y conservaron su honor rechazando las propuestas de Stalin. Churchill, en cambio, tuvo que resignarse a digerir su fracaso y su disgusto. Pensó que los polacos estaban medio locos al negarse a pactar con Moscú. Cuando el general Anders, comandante en jefe del cuerpo de polacos en Italia, manifestó sus esperanzas de que los aliados liberaran Polonia por la fuerza cuando Alemania fuera vencida, Churchill respondió con tristeza: «Es una locura. No podrán ustedes derrotar a los rusos». A su juicio, la obstinación de Mikolajczyk había puesto a su país en manos de Stalin. «El juego de los polacos se ha acabado», dijo francamente a Moran. En su opinión, más valía aceptar un cucharón de sopa de los rusos que nada en absoluto.

Seguramente la posteridad se sentiría conmovida al ver que Churchill se preocupó tanto por Polonia, donde Gran Bretaña no tenía interés de ningún tipo. Se enzarzó en una lucha larga y nunca agradecida en defensa de un país que había sido la víctima de la agresión nazi cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Le parecía intolerable y trágico que la inminente victoria de los aliados no ofreciera más que una nueva servidumbre al pueblo en defensa del cual Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania. Pero así estaban las cosas, y así habría sido también si Roosevelt hubiera entrado en liza en apoyo de Churchill. Los rusos estaban en el Vístula, mientras que los angloamericanos todavía no estaban ni en el Rin. «Con mucha más rapidez que los británicos y también que los americanos», ha dicho sir William Deakin, «los rusos se

percataron de la lógica interna de la situación, a saber, de que en el momento de la victoria final la suerte de los países ocupados de Europa... no sería decidida ni por los líderes de la resistencia in situ, ni por sus representantes... en Londres y en Moscú, sino a lo largo de una frontera entre los ejércitos de los aliados occidentales, por un lado, y los rusos, por otro».

La visita a Moscú concluyó con la habitual ronda de banquetes. Churchill dijo a Stalin que era favorable a alguna especie de agrupación de Polonia, Hungría y Checoslovaquia después de la guerra, cosa que al líder soviético no le importaba lo más mínimo. Stalin sorprendió a Churchill manifestando un apasionado odio hacia Suiza. Pero los rusos no mostraron ninguna hostilidad hacia los británicos, como a menudo habían hecho en el pasado. Por el contrario, Churchill y Stalin hablaron con libertad y, por parte de los rusos, con una mendacidad carente por completo de complejos. El 18 de octubre, Churchill dio una conferencia de prensa en la embajada británica. A la mañana siguiente, Stalin no sólo fue al aeródromo en medio de la lluvia a despedir al primer ministro, sino que accedió a revisar el interior de su avión York. Los dos estadistas se separaron dando muestras de una gran cordialidad. El 22 por la tarde, Churchill aterrizaba de nuevo en Gran Bretaña. Al resto del mundo se le dejó suponer que su visita a Moscú había sido un mero encuentro rutinario entre aliados. A Churchill le inspiró un breve arrebató de ilusión, imaginando que había forjado un entendimiento con Stalin que podía producir unos frutos como los que no había podido recoger con Roosevelt. El presidente norteamericano, en

cambio, se sintió irritado. No le cabía la menor duda respecto a cuáles eran las intenciones de Churchill. El primer ministro británico pretendía conseguir aquello a lo que Estados Unidos estaba absolutamente decidido a oponerse: la creación de esteras de influencia en la Europa y los Balcanes de posguerra. El abismo que separaba la política británica y la americana no había sido nunca tan grande desde 1941.

Pese a todas sus expresiones de respeto mutuo, cuesta trabajo imaginar que en aquellos momentos Churchill o Roosevelt sintieran mucho afecto el uno por el otro. Sus objetivos estaban demasiado alejados. La visión del mundo que tenía el presidente era más progresista que la del primer ministro, que era un viejo imperialista, pero, si cabe, era menos realista. Basaba su fe en el futuro en la nueva organización de las Naciones Unidas, la ascensión de la China de Chiang Kai-shek, y una asociación de trabajo entre América y la Unión Soviética. Sus motivos eran muy elevados. El apasionado compromiso de Churchill con la libertad excluía a la raza negra y a la cobriza, mientras que el del presidente no. Pero mientras Churchill tenía una vena quijotesca de humildad personal mezclada con su vanidad, Roosevelt no tenía nada de eso. Su fe en su propio poder y en el de su país era ilimitada. Su negativa a reconocer su propia mortalidad, más inminente incluso que la de los hombres amenazados de muerte en los campos de batalla de la guerra, supuso una dolorosa negligencia durante los últimos meses de su presidencia. Habría debido garantizar al menos, cosa que no

hizo, que el vicepresidente Harry Truman tuviera acceso a los secretos de la Gran Alianza.

Sin embargo, parece erróneo sorprenderse del trato caballeresco dispensado por Washington a Gran Bretaña y a su primer ministro. Al margen del nuevo orgullo desmesurado de Estados Unidos, en muchas cuestiones de estrategia y de política los británicos habían demostrado en 1944 tener peor criterio. Se equivocaron respecto a «Overlord», se equivocaron en lo concerniente a Italia tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista político, y además mostraron una actitud dilatoria y confusa ante la guerra con Japón. En el campo de batalla, sus fuerzas armadas tuvieron una actuación apropiada, aunque no impresionante. Churchill se permitió el lujo de distraerse persiguiendo pequeños caprichos absurdos, como por ejemplo la propuesta de trasladar al continente unos viejos cañones navales británicos montados en Dover para contribuir a la campaña de Eisenhower. Los intentos de los británicos por no tener en cuenta su empobrecimiento y conservar en el mundo su papel de gigante inspiraban compasión a sus amigos americanos, y desprecio a los enemigos que también tenían en América. Churchill dijo una vez a Smuts: «Debe usted recordar... que nuestros ejércitos son sólo la mitad de grandes que los de los americanos y pronto serán poco más de un tercio... No me resulta tan fácil como solía conseguir que se hagan las cosas». A menudo afirmó que, lejos de deber una gran cantidad de dinero a Estados Unidos y por lo tanto ser considerada deudora al término de la guerra, debía reconocerse el papel de Gran Bretaña como país

acreedor, por la defensa en solitario que había hecho de la libertad en 1940-1941. Aquel argumento nunca resultó convincente. Cuando acabó la guerra, el mundo valoraría el lugar que correspondiera en justicia a Gran Bretaña mirando simplemente sus extractos bancarios. Los británicos más enterados así lo reconocían, y temían, por tanto, lo que pudiera ocurrir.

\* \* \* \*

El 27 de octubre, Churchill informó a los Comunes de su visita a Moscú. Ahora inspiraba un afecto entre los diputados que transcendía las lealtades de partido. « ¡Cuántas cosas dependen hoy en día de este hombre!», escribió el diputado *tory* Cuthbert Headlam, otrora escéptico hacia su persona. «Sin el prestigio y la personalidad de Winston, ¿qué íbamos a hacer con Roosevelt y Stalin? Las cosas ya son bastante difíciles tal como son, pero ¿cómo iban a haber estado a su altura Anthony Eden o Attlee? No; nunca he sido winstoniano, pero me doy cuenta de que hoy día, si hay algún hombre que sea indispensable, ése es Winston».

Cuando Attlee dijo a los parlamentarios que Churchill estaba otra vez en Moscú, se vio a los diputados laboristas mover la cabeza con una mezcla de admiración y compasión, y se les oyó decir: «No habría debido hacerlo. Pobre viejo. Realmente no habría debido». Reinaba una predisposición a perdonarle todo, casi única en la experiencia parlamentaria: «Naturalmente no es tan combativo como en 1940», escribió Harold Nicolson, «pero no tiene necesidad de serlo. Hace bien en adoptar el tono más sobrio del estadista anciano». Los conservadores que habían desdeñado a Churchill en



1940 reconocían en 1944 que era quien ofrecía a su partido, profundamente impopular en el país, la única esperanza política que tenía. La vieja clase dirigente se daba cuenta de que el electorado ansiaba su relevo en cuanto tuviera a mano las papeletas de voto en unas elecciones generales. En palabras de Nicolson: «La clase alta piensa que todos estos sacrificios y sufrimientos significarán tan sólo que el proletariado la privará de todas sus comodidades e influencias, y luego procederá a hacer de este país y del imperio un estado de tercera clase». Pero ni siquiera el primer ministro era inmune a los efectos de la desafección del pueblo. Un día Nicolson se sorprendió al ver una pintada escrita en los lavabos de una estación: «Winston Churchill es un hijo de puta». Cuando se lo comentó a un oficial de la RAF que había a su lado, el aviador se encogió de hombros y dijo:

—*Sí. Se han cambiado las tornas. Podemos verlo en cualquier sitio.*

—*Pero ¡qué asco! ¡Qué cosa más asquerosa!*

—*Bueno, ya sabe usted, si se me permite decirlo, la gente odia a los políticos.*

—*Winston ¡un político! ¡Por Dios!*

El 27 de octubre, el primer ministro pronunció un brillante discurso acerca de su experiencia en Moscú. A continuación pasó a la sala de fumadores, y se dirigió al camarero: «Collins, póngame un whisky con soda. Sencillo». Después de permanecer un rato sentado, se levantó con dificultad del sillón y volvió a la barra. «Collins, borre la

palabra “sencillo” y ponga la palabra “doble”. «Luego», según contó un diputado, «sonriéndonos como un colegial, volvió a su asiento». Tenemos aquí otra de esas graciosas miniaturas que ayudan a entender por qué el cariño hacia Churchill estaba tan arraigado entre la gente que trabajaba con él. A pesar de toda la exasperación que sintiera hacia su superior por aquel entonces, Alan Brooke describe con afecto una escena que presencié aquel invierno, cuando los dos visitaron el frente francés totalmente nevado en los Vosgos. El primer ministro se presentó a almorzar con De Gaulle «completamente helado y casi enrollado sobre sí mismo como un erizo. Estaba sentado en una silla con una botella de agua caliente a los pies y otra colocada en el respaldo de su asiento. Al mismo tiempo trasegaba un buen brandy para calentarse por dentro. El resultado fue maravilloso. Entró en calor rápidamente y, llegado el momento, pronunció uno de esos discursos indescriptiblemente graciosos en francés que hizo que la casa se viniera abajo de la risa».

Pero el corazón de los británicos se había endurecido en relación con sus gobernantes, incluso los más grandes. Muchos no sentían hacia los promotores de la victoria en el conflicto más terrible de la historia la menor gratitud, sino que guardaban más bien un implacable resentimiento a los políticos a los que consideraban responsables en primera instancia de haberlos metido en la guerra. Aunque Churchill no había sido uno de *Los Culpables* <sup>13</sup> de los años

---

<sup>13</sup> *Los culpables* (Guilty Men) fue un libro polémico escrito bajo el seudónimo Cato y publicado en Gran Bretaña en 1940. Atacaba a quince personajes públicos por la política de apaciguamiento hacia la Alemania nazi durante los años treinta. (N. del T.)

treinta, ahora era su líder. Y a pesar de su talla gigantesca como líder de Gran Bretaña durante la guerra, millones de votantes tenían la sensación de que su interés por los monótonos problemas de la paz en el ámbito nacional era superficial. Un oficial anónimo del II Ejército que estaba combatiendo en Holanda, escribía en la revista *The Spectator* acerca del estado de ánimo reinante entre los soldados británicos a su mando: «[El soldado] lucha por el futuro del mundo y no cree en ese futuro... Pide muchas cosas al futuro, pero no espera obtener ninguna». El autor veía a sus hombres llenos de una desconfianza crónica hacia todo tipo de autoridad, hacia las instituciones y hacia los políticos, pero sobre todo hacia los *tories*. «Quizá sea alentador que el soldado inglés de 1944 no se deje engatusar por una palabrería fácil que habla de una tierra de héroes. Quiere hechos, no palabras». Pocos de esos hombres veían a Winston Churchill como el líder nacional capaz de satisfacer sus esperanzas cuando llegara la victoria. Además, él ya había cumplido con su grandioso deber.

## Capítulo 20

### **Atenas: «heridos en casa de nuestros amigos»**

La retirada de los alemanes de la región de los Balcanes precipitó una crisis en la que Churchill vería seriamente comprometida su posición con los americanos, se enzarzaría en duras disputas internas y encontraría la última aventura militar arriesgada de su vida. Al final de la Segunda Guerra Mundial quedaría demostrado que es mucho más difícil poner orden en los asuntos de las naciones liberadas que en los de las vencidas. Esto sucede porque resultaría verdaderamente despreciable, por no decir imposible, arbitrar sus asuntos con la misma implacabilidad. Si los neoconservadores del Washington del siglo XXI hubieran poseído un conocimiento más claro de lo sucedido en 1944-1945 y estudiado más detalladamente las dificultades de los aliados a la hora de organizar los territorios liberados en la época de Roosevelt y Churchill, probablemente no habrían causado tanto dolor en el mundo de nuestro tiempo con sus patochadas en Irak y en Afganistán.

Prácticamente en todos los países europeos liberados de la dominación nazi, los antiguos grupos de resistencia armados por la SOE intentaron reafirmarse en el gobierno. En Francia, sólo la extraordinaria autoridad personal de De Gaulle y la presencia de los ejércitos angloamericanos —junto con la abstención de Stalin de movilizar a sus partidarios en un país en el que la inestabilidad política podía perjudicar a los intereses soviéticos— permitieron

poner freno a los comunistas de los FTP. En la vecina Bélgica, el gobierno en el exilio, que regresó de Londres en septiembre, se encontró con la tarea de afrontar un claro desafío de los izquierdistas, incluidos los comunistas de la resistencia. Tras haber desempeñado un papel muy modesto en la liberación de su país, se negaban, para mayor sorpresa de las autoridades, a entregar las armas. Sentó muy mal la supuesta negativa del gobierno belga a imponer un justo castigo a los que habían servido al régimen de ocupación alemán. El 25 de noviembre, sindicalistas de izquierdas protagonizaron una gran manifestación de protesta en Bruselas y trataron, al parecer, de forzar la entrada en los edificios gubernamentales. La policía respondió con contundencia, disparando contra los manifestantes e hiriendo a cuarenta de ellos. Durante las semanas siguientes, la tensión fue en aumento. El ejército británico, con el firme respaldo de Churchill, decidió no tolerar ni una amenaza a sus líneas de comunicación con el frente ni lo que podía ser un intento por parte de los comunistas de hacerse con el poder. Gran Bretaña desplegó un gran número de tropas en Bruselas.

Esta acción restauró la paz en medio de un ambiente de resentimiento, pero provocó numerosos comentarios en la prensa hostil. Especialmente, los corresponsales americanos deploraron el uso de la fuerza para someter a «unos combatientes heroicos de la Resistencia» de toda tendencia política. Churchill demostraba insensibilidad con su apoyo a la restauración de gobiernos, que habían permanecido en el exilio durante largo tiempo, en sociedades

traumatizadas y radicalizadas por la experiencia de la ocupación. Sin embargo, el entusiasmo de los norteamericanos por la autodeterminación subestimaba tanto la perversidad de los comunistas como el peligro de que la anarquía se apoderara de los países liberados.

\* \* \* \*

Mientras tanto en los Balcanes, a medida que iban retirándose las fuerzas alemanas, los movimientos partisanos comunistas de Albania y Yugoslavia se dispusieron a hacerse con el control de sus regiones. No había ningún otro elemento político suficientemente fuerte para detenerlos, y en Serbia Tito contaba con la colaboración directa del Ejército Rojo. «Tito está convirtiéndose en un desagradable problema», comentó Churchill a Smuts el 3 de diciembre. Los partisanos yugoslavos exigían la expulsión de los británicos de la zona costera de Dubrovnik. Por su parte, en Europa oriental, los «polacos de Lublin» se erigieron como gobierno provisional de su país, negándose a aceptar la participación de las autoridades exiliadas en Londres. Todo ello vino a avivar la preocupación de Churchill por el futuro de Grecia. Durante los primeros días posteriores a la retirada de los alemanes, las tropas británicas que llegaron al país fueron recibidas con júbilo y entusiasmo. Cuando Eden visitó Atenas el 26 de octubre, su automóvil tuvo que abrirse paso entre una multitud que se agolpaba a su alrededor lanzando vítores de alegría. Lord Moyne, que lo acompañaba, comentó con satisfacción: «Es muy positivo que haya un país en el que gocemos de tanta popularidad».

Pero la luna de miel griega acabó bruscamente. Facciones armadas empezaron a llenar las calles, en medio de noticias procedentes de fuentes fidedignas que hablaban de que los comunistas estaban asesinando a supuestos «reaccionarios». El gobierno de Papandreou se esforzaba por mantener el control del país, mientras los comunistas del EAM-ELAS se negaban a desmovilizarse, y bandas de guerrilleros convergían en Atenas. Los británicos intentaron reforzar su débil presencia en la capital con su potencial humano disponible en el Mediterráneo. «Todo está en franca degeneración en el gobierno griego», escribía el 28 de noviembre Churchill a Eden, «y debemos decidir si conviene imponer nuestra voluntad mediante el uso de la fuerza, o es mejor marchar de allí». Dos días más tarde, tomó una decisión, por otro lado previsible: «Es importante que dejemos bien claro que si estalla una guerra civil en Grecia, estaremos al lado del gobierno que hemos instaurado en Atenas, y que, sobre todo, no dudaremos en emplear las armas».

Al día siguiente, 1 de diciembre, los seis ministros socialistas y comunistas del régimen de Atenas dimitieron en bloque, y convocaron una huelga general. El día 3, en el curso de una protesta, la policía, asustada y mal organizada, abrió fuego contra los manifestantes. La acción se saldó con la muerte de once civiles y un agente. Multitudes enfurecidas se lanzaron contra las comisarías de policía. Los agentes del orden, al igual que otros elementos de las fuerzas de seguridad improvisadas por el gobierno de Papandreou, eran considerados por muchos griegos antiguos colaboradores de los invasores alemanes. El historiador Mark Mazower comenta lo

siguiente: «Aunque Churchill creyera que había sabido adelantarse a las intenciones de los comunistas de hacerse con el poder, lo cierto es que nada indica que la revuelta de Atenas no fuera otra cosa más que un movimiento popular espontáneo que cogió a las autoridades del partido [comunista] por sorpresa». En un primer momento, las guerrillas del EAM-ELAS se dedicaron a abrir fuego exclusivamente contra las fuerzas gubernamentales griegas. Pero cuando se dieron cuenta de que las tropas británicas apoyaban la causa de sus enemigos derechistas, empezaron a disparar a los «liberadores».

Los comandantes británicos sobre el terreno no fueron capaces de discernir los matices de esta delicada situación. Simplemente percibieron un violento desafío a su autoridad. Debemos hacer hincapié en un hecho que la mayoría de observadores americanos de la época no supo apreciar, a saber, que por toda Grecia los comunistas se dedicaban a llevar a cabo sangrientas purgas de sus adversarios burgueses, a menudo familias enteras. Churchill se puso hecho una furia, pues veía la situación griega, y las intenciones de los comunistas, a través del prisma de lo que iba ocurriendo en Polonia, Albania, Yugoslavia y Bélgica.

La crisis griega estalló cuando la belga seguía copando los titulares de los periódicos. Churchill fue juzgado con dureza por los americanos, que pensaban que quería imponer un resultado no democrático en Grecia. Su error fue que, durante dos meses de graves turbulencias, concedió al rey de los helenos, Jorge II, exiliado en Londres, el derecho de vetar disposiciones constitucionales. Eran



tan destempladas sus expresiones de hostilidad a los comunistas del EAM-ELAS que la propia Clementine sintió la necesidad de escribirle una nota de advertencia:

*Mi querido Winston:*

*Te ruego que, antes de comprobar todos los hechos, no repitas delante de nadie lo que me has dicho esta mañana, esto es, que los comunistas de Atenas habían demostrado su propia cobardía al poner en primera línea de fuego a mujeres y niños. Pues parece que, aunque sean peligrosos, de hecho incluso siniestros, los comunistas han sabido demostrar en esta guerra en el continente su coraje...*

*Tuya siempre, Clemmie.*

Las palabras de Clementine resultan muy significativas, pues eran un reflejo de un sentimiento muy extendido entre la opinión pública británica y americana. Durante la ocupación nazi, la propaganda aliada había destacado en muchísimas ocasiones el papel de los comunistas en la resistencia, presentando a los integrantes del EAM-ELAS, al igual que a los partisanos de Tito en Yugoslavia, como combatientes heroicos que defendían la libertad. No sólo se exageró su contribución a la lucha contra los nazis, sino que fueron ocultados numerosos informes sobre sus atrocidades, bien conocidas por los oficiales de la SOE en el terreno. Así pues, no es de extrañar que mucha gente de uno y otro lado del Atlántico viera a la izquierda griega con tintes róseos.

Y lo que era peor: el firme propósito de Churchill de restaurar la monarquía en Grecia, a pesar de las evidentes muestras de su impopularidad, ponía en entredicho su autoridad. Casi todos sus ministros, Eden y Macmillan incluidos, no querían ofrecer ni el más mínimo apoyo a Jorge II. También eran perfectamente conscientes de la naturaleza endeble del régimen de Papandreou, unos cimientos muy poco consistentes para la restauración de la democracia. El instinto de Churchill probablemente no se equivocara, en el sentido de que, si los aliados no hubieran intervenido, los comunistas se habrían adueñado de Grecia con la misma implacabilidad que mostraban en Europa oriental y en los Balcanes. Pero la torpeza diplomática hizo que los británicos fueran considerados, sobre todo por Washington, futuros opresores imperialistas de un pueblo liberado. Lincoln McVeagh, delegado de Estados Unidos en Atenas, criticaba al Reino Unido por «tratar a ese país tan amante de la libertad como si estuviera formado por nativos indios sometidos al imperio británico».

El 5 de diciembre, el norteamericano Edward Stettinius, que acababa de sustituir a Cordell Hull como secretario de Estado, caldeó los ánimos criticando públicamente la política británica en Grecia y también en Italia, donde los ingleses estaban enfrentados con los americanos por la cuestión de si debía concedérsele o no al conde Sforza un cargo en el nuevo gobierno de Roma. Stettinius declaró lo siguiente: «Esperamos que los italianos solucionen sus problemas de gobierno siguiendo unas pautas democráticas y sin presiones del exterior. Se aplicará esta política incluso con mayor

rigidez en lo concerniente a los gobiernos de las Naciones Unidas<sup>14</sup> en sus respectivos territorios liberados». Independientemente de los méritos de ese principio, lo cierto es que fue de muy poca ayuda por parte de Stettinius, y sumamente dañino para Churchill, evidenciar públicamente con ese comentario el distanciamiento que había surgido entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Comenzó a producirse un giro drástico en la línea de pensamiento de los medios de información americanos. Los comentaristas de tendencia conservadora, hasta entonces críticos y escépticos respecto a la política exterior británica, empezaron a mostrar sus simpatías por el intento de Churchill de poner freno a la expansión del comunismo en Europa. La prensa liberal, sin embargo, deploraba lo que percibía como una nueva demostración de imperialismo británico. Cuando se estudia los estados de ánimo de la época, resulta sorprendente comprobar que lo que se entendió como un comportamiento arbitrario de los ingleses en Grecia e Italia provocó muchos más comentarios y protestas en Estados Unidos que la implacabilidad con que la Unión Soviética trataba a los territorios del este de Europa que acababa de ocupar.

Muchos periódicos americanos defendieron el derecho de los movimientos de resistencia, al margen de su ideología política, a tener voz y voto en la construcción de los gobiernos de sus respectivos países. Una encuesta de opinión encargada por el Departamento de Estado llegó a la siguiente conclusión: «Los periódicos “liberales”, que abogaban por una mayor representación

---

<sup>14</sup> Esto es, los países aliados. (N. del T.)

de las fuerzas de resistencia, se mostraron críticos con el supuesto intento de Churchill de mantener un régimen reaccionario en contra de los deseos del pueblo griego». William Shirer, de CBS, instaba al gobierno de Estados Unidos a reafirmarse en sus palabras emprendiendo acciones que contrarrestaran el «conservadurismo» británico. El Departamento de Estado emitió el siguiente comunicado: «La propuesta de que la composición de los gobiernos de Italia y otros “territorios liberados” sea un asunto interno ha sido acogida con entusiasmo generalizado... Representantes de organizaciones greco-americanas se entrevistaron con el Departamento de Estado para manifestar su repulsa por la intervención británica en Grecia... El Departamento de Estado también recibió numerosas cartas, tanto de organizaciones como a título personal, protestando por la política de Gran Bretaña y aplaudiendo la declaración de Estados Unidos [del 5 de diciembre]». En Estados Unidos, numerosos periódicos percibían a soviéticos y británicos como lobos de una misma camada, pues, en su opinión, unos y otros pretendían imponer sus intereses egoístas a pueblos libres. Los aislacionistas culpaban a Gran Bretaña, y explícitamente a Churchill, de «intentar enterrar la Carta del Atlántico» con su declaración del derecho a la autodeterminación. Por ejemplo, el periódico de Carolina del Norte *Raleigh News & Observer* hablaba de que «la matanza de griegos, cuyo único crimen era oponerse a un gobierno que pretende restaurar a un rey desacreditado», suponía, «no sólo un error, sino una verdadera tragedia». Comenzó a llegar una lluvia de peticiones, de las que el Congreso se hizo eco,

solicitando la revisión de la Ley de Préstamo y Arriendo, para vincular la ayuda americana a Gran Bretaña y Rusia a una política exterior mucho menos arbitraria. El Chicago Sun, que se manifestaba favorable a ese tipo de medidas, decía que «Washington tiene el derecho y la obligación de dejar bien claro al gobierno británico que no estamos dispuestos a ayudar a los enemigos de la democracia en Italia, Grecia u otros lugares del mundo mediante la Ley de Préstamo y Arriendo u otros métodos».

En diciembre, una encuesta dirigida por la Universidad de Princeton ponía de manifiesto que los americanos pensaban que Gran Bretaña era un aliado de posguerra mucho menos fiable que China. El 13 de diciembre de 1944, la prensa norteamericana informaba que se habían producido protestas y marchas antibritánicas organizadas por los estudiantes de Harvard, Radcliffe, Wellesley y Northeastern. En Boston, los universitarios portaron pancartas en las que se leía:

«LOS AMERICANOS APOYAMOS A CHURCHILL COMO  
LÍDER DE GUERRA, NO DE LOS *TORIES*».

Los manifestantes emitieron un comunicado: «No estamos en contra de Churchill como líder de guerra, sino que estamos en contra de su política reaccionaria en Bélgica, Italia y Grecia». Los sindicatos estadounidenses también salieron a la calle para expresar su repulsa por la política británica.

Tuvo mucho eco una declaración de H. G. Wells arremetiendo contra el primer ministro. «Churchill tiene que irse», escribió el

anciano novelista y pensador británico en Tribune. «Winston Churchill, actual *Führer* británico del futuro, es un individuo cuyas ideas se limitan a las aventuras y oportunidades que ofrece la vida política británica... Parece que ahora haya perdido por completo la cabeza... Cuando el pueblo británico sufrió críticas humillantes por culpa de la abominable política del viejo grupo conservador en el poder, la mordacidad de Winston lo puso en primera línea. El país quería combatir, y él disfrutaba con el combate. Sólo fue por esta razón por la que se convirtió en el símbolo de nuestro empeño nacional en el conflicto, un papel que ahora ya es historia». Thomas Stokes escribía el 12 de diciembre en *Los Angeles Times*: «A lo que estamos asistiendo es al comienzo de la gran batalla entre la derecha y la izquierda por el control de la Europa de posguerra. Por un lado está Gran Bretaña, y por otro Rusia, con Estados Unidos a modo de árbitro o mediador, tratando de establecer una vía intermedia, y encontrándose en la difícil posición del liberal al que se hostiga y se ve atrapado en el fuego cruzado de los dos bandos». Para Churchill, la única noticia positiva que llegaba de Grecia era la aparente retirada de los rusos. «Es una buena noticia», escribiría a Eden, «que pone de manifiesto cómo juega Stalin». Por una vez, el optimismo del primer ministro estaba justificado. Durante la crisis griega, Moscú no había hecho ningún gesto de intromisión. De hecho, Churchill llegó a declarar que, en esa crisis, los rusos habían sido mucho más comedidos que los americanos. Stalin reconocía las esferas de influencia de los demás, por mucho que quisiera extender las suyas propias. Roosevelt, no.

\* \* \* \*

El 8 de diciembre de 1944 se produjo un agitado debate en la Cámara de los Comunes sobre la cuestión griega, en el que Emanuel Shinwell y Aneurin Bevan, los dos de izquierdas, encabezaron el ataque contra el gobierno. Churchill, que volvió a recordar a los parlamentarios que podían destituirlo si ése era su deseo, ganó un voto de confianza por 279 a favor y 30 en contra. Pero muchos diputados siguieron mostrándose insatisfechos. En opinión de Harold Nicolson, el primer ministro no supo interpretar el estado de ánimo del Parlamento, que, «en el mejor de los casos era de angustiosa perplejidad, y en el peor de pura rabia contenida». Harold Macmillan, que asistió al debate, se reunió más tarde con el primer ministro en el Anexo de Downing Street. Lo vio cansado y jactancioso: «Daba vueltas triste y deprimido. Era evidente que el debate lo había dejado sumamente exhausto, y creo que se daba cuenta de los peligros que podía conllevar la política para Grecia en la que ahora estamos embarcados. Ha ganado el debate, pero no la batalla de Atenas».

Parecía que Churchill estaba decidido a mantenerse en sus trece. El 10 de diciembre envió un cablegrama a Rex Leeper, embajador británico en Grecia, diciendo: «En Atenas, como en el resto del mundo, nuestra máxima es “no hay paz sin victoria”». Pero el teniente general Ronald Scobie, al frente de las tropas británicas, mandó un telegrama informando que no disponía de hombres suficientes para controlar la capital, y mucho menos para satisfacer el deseo del primer ministro de desarmar a las guerrillas. En

aquellos momentos, el comandante en jefe en el Mediterráneo era Alexander, en sustitución de Maitland Wilson, que había sido trasladado a Washington en calidad de delegado militar de Gran Bretaña tras el inesperado fallecimiento de sir John Dill. Churchill pidió a Alexander que buscara con la máxima urgencia más soldados para Grecia.

Las relaciones con los americanos dieron un brusco giro para peor. El 5 de diciembre, Churchill había enviado un mensaje a Scobie, instándole a adoptar una política implacable que pusiera freno a las guerrillas comunistas. «Que no se dude en abrir fuego contra cualquier varón armado de Atenas que se resista a la autoridad británica o griega... Actúen como si estuvieran en una ciudad conquistada en la que está organizándose una rebelión». Jock Colville mandó este mensaje a las cinco de la mañana, pero en medio del cansancio olvidó marcarlo con la palabra «PRECAUCIÓN», que indicaba que su contenido no debía ser revelado a los americanos. El almirante Ernest King, por propia iniciativa e incluso antes de tener noticia del riguroso mensaje de Churchill, ordenó que los barcos estadounidenses no fueran utilizados para abastecer o reforzar a los británicos en Grecia. El 9 de diciembre Churchill envió el siguiente cablegrama a Harry Hopkins: «Me causa una profunda tristeza observar signos de discrepancias entre nosotros en un momento en el que mantenerse unidos es más importante que nunca, pues disminuyen los peligros, pero surgen las facciones». Hopkins convenció a King de que revocara la orden, según parece sin comentárselo a Roosevelt. Pero el 9 de diciembre el *Washington*



*Post* decía en su editorial: «el pueblo americano simplemente no quiere presenciar el espectáculo de unos tanques Sherman entrando en acción contra los hombres que defienden el paso a una Grecia destrozada por la guerra». El corresponsal Barnet Nover arremetía contra Churchill por la dureza de sus comentarios acerca de las guerrillas comunistas griegas: « ¿Qué ha transformado de repente a esos patriotas en “bandidos”?».

En la capital estadounidense, una mano malintencionada filtró el contenido del riguroso mensaje enviado por Churchill a Scobie al columnista Drew Pearson, que se encargó de publicarlo en el *Washington Post* el 11 de diciembre. Las invectivas contra Gran Bretaña que provocó su artículo hicieron que Churchill llegara a una conclusión muy desfavorable respecto a Estados Unidos, al comparar la actitud de este país con el silencio sumamente conveniente de Moscú. «Creo que Stalin se ha portado muy bien con nosotros en la cuestión de Grecia», escribió a Eden, «de hecho, mucho mejor que los americanos». El 6 de diciembre el *Washington Post* decía en su editorial: «El empleo de la fuerza lleva consigo las semillas de su destrucción». Y el día 8, en un artículo de Marquis Childs, añadía: «Winston Churchill y los que lo rodean pretenden creer que basta con dar una capa de pintura y un poco de barniz al viejo orden para que se sostenga de nuevo. Pero no se sostendrá. Esto es lo que indican las noticias llegadas de Bruselas y de Atenas... el camino que se está siguiendo en Grecia y en Bélgica es la mejor manera de asegurar la implantación final del comunismo».

En el mismo periódico Walter Lippmann escribía el 14 de diciembre que los problemas de Grecia se debían a que «el señor Churchill trata de aplicar el gran principio de la legitimidad de un gobierno sin valorar correctamente la situación sin precedentes derivada de la conquista y ocupación de los nazis». El problema que debían afrontar los que intentaban reconstruir Europa era ver cómo se podía «fusionar la legitimidad adquirida por los movimientos de la resistencia con la legitimidad heredada por los antiguos gobiernos». Esta reflexión constituye un análisis muy preciso del dilema al que se enfrentaba Churchill, pero sin ofrecer respuestas. Los acontecimientos en Grecia, y en el resto de Europa, se vieron fuertemente influenciados por los frutos de las políticas promovidas por el propio primer ministro a través de la SOE. Si el ELAS pudo desafiar al gobierno griego y a sus promotores británicos fue porque Londres había armado a los comunistas.

Desde la embajada británica en Washington, Halifax decía apesadumbrado en un telegrama: «Prácticamente nadie cree nuestra versión de los hechos». En Atenas, las unidades de Scobie en el terreno se enfrentaban a una presión cada vez más violenta por parte de grupos guerrilleros del ELAS. Estalló una insurrección abierta. Alexander mandó un mensaje: «Las fuerzas británicas se encuentran de hecho sitiadas en el corazón de la ciudad». En la embajada británica tanto Macmillan como Leeper pensaban que Churchill no había sabido comprender las complejidades de la situación. Por aborrecibles que fueran los comunistas, la derecha griega no les iba a la zaga. Macmillan instó al primer ministro a

aceptar el hecho de que el rey —«el verdadero villano de aquella obra»— debía permanecer exiliado en Londres, y el primado de Atenas, el arzobispo Damaskinos, tenía que ser nombrado regente en Atenas, con el fin de reconciliar a las facciones en lucha. Damaskinos, a la sazón de cincuenta y tres años, cuyo nombre civil era Dimitrios Papandreou, se había hecho famoso durante la ocupación alemana por desafiar abiertamente a los invasores, y especialmente por denunciar la persecución de los judíos. Macmillan no quiso perder tiempo con el primer ministro griego: «No tenemos ninguna intención de comenzar una tercera guerra mundial contra Rusia hasta que no hayamos ganado la Segunda Guerra Mundial contra Alemania, y menos aún para contentar al señor Papandreou». En Atenas los británicos, que se daban cuenta de que la opción de la regencia era la que tenía más posibilidades de ser una alternativa aceptable para el pueblo griego, se pusieron hechos una furia cuando percibieron el doble juego del primer ministro, que instaba a Jorge II a rechazar la propuesta de una regencia.

Los hombres del ejército de tierra británico, que tenían el cometido de mantener en el poder al régimen de Atenas con el uso de la fuerza, estaban tan divididos como el resto del mundo en lo concerniente a la validez de su causa. El capitán Phillip Zorab, por ejemplo, detestaba a los comunistas y consideraba execrable todo lo que veía y oía decir que hacían: «A estas guerrillas del ELAS no les importa contra quién disparan», escribió en una carta a los suyos, «y tengo en mi poder cuatro informes de primera mano sobre las

atrocidades que han cometido, contra otros griegos... Los griegos se dan cuenta ahora de que cuando decíamos que las diferencias políticas no iban a resolverse con el uso de las armas, sabíamos de lo que estábamos hablando».<sup>15</sup> Otros militares británicos, sin embargo, se sentían profundamente angustiados por el papel que les tocaba desempeñar. El comandante A. P. Greene, artillero como Zorab, contaba a su familia:

*He reflexionado mucho antes de ponerme a escribir esta carta, pues contiene una serie de opiniones bien definidas. Pero hay que exponerlas con claridad, o será como tirar por la borda diez años de principios. En pocas palabras, creo que nuestro país se está equivocando en la cuestión de Grecia. Acabo de leer el discurso pronunciado por Churchill, y no estoy en absoluto de acuerdo con él. Grecia es un país sin antecedentes realmente democráticos en su historia reciente... Nosotros, los que predicamos la no intervención, estamos imponiendo a los griegos el gobierno que queremos y que pensamos que quieren... El discurso de Churchill constituye, en mi opinión, una falacia política... La gente de nuestro país debería saber que es el Manchester Guardian, y no Churchill, el que representa la opinión del 80 por 100 de los soldados que nos encontramos aquí. Ya sean regulares o voluntarios, oficiales de alto rango o soldados rasos, lo cierto es que la inmensa mayoría de los miembros del ejército no quieren participar en lo que, a sus ojos, es una guerra para salvar las apariencias, ideada por el propio Churchill.*

Greene admitía que todas las facciones locales habían cometido graves atrocidades, «pero creo que la inmensa mayoría de los jóvenes griegos quieren el socialismo... Permaneceré aquí hasta que esté tan profundamente asqueado de asistir a la instauración de un régimen fascista en Grecia que sea capaz de reunir la suficiente dosis de valentía para presentar mi dimisión». No se equivocaba al creer que la experiencia de la guerra había radicalizado a la juventud griega, como parece que también lo radicalizó a él. Pero, aunque el apoyo de Churchill a la restauración de la monarquía fuera un error, sin duda estaba justificada la aprehensión que sentía el primer ministro ante la posibilidad de que, en su defecto, el poder cayera en manos de los comunistas, como muy probablemente habría ocurrido de no ser por la intervención militar de Gran Bretaña.

\* \* \* \*

El 17 de diciembre Alexander envió un mensaje comunicando que era necesario contar con otra división de infantería para mantener el control de Atenas, lo que suponía una verdadera conmoción porque había que retirar del frente italiano la formación que solicitaba. Dos días más tarde, en el cuartel general de las fuerzas aéreas inglesas en Kifissa, a las afueras de Atenas, se produjo la rendición de 563 hombres de la RAF al ELAS tras una batalla en la que 75 británicos perdieron la vida o resultaron heridos. Para el ejército de tierra inglés, el mes de combates en Atenas se saldó con 169 muertos y 699 heridos, además de 640 desaparecidos, que en

su mayoría habían caído prisioneros; un número extraordinario de bajas por lo que había comenzado como una operación de seguridad tras la liberación de Grecia. El 21 de diciembre Macmillan escribía en su diario: « ¡Pobre Winston! Entre Polonia, Grecia y el avance alemán en el frente occidental, éstas van a ser unas Navidades horribles». El 22, mientras la lucha se intensificaba, empezó a ser factible convencer a Churchill de que considerara la alternativa de la regencia, que implicaba mantener al rey alejado de Grecia hasta la celebración de un plebiscito para decidir su futuro. Pero dijo enfadado a Cadogan: «No colocaré a un dictador». En realidad, el primer ministro no sabía qué hacer. Prácticamente a diario el gobierno se veía presionado en la Cámara de los Comunes con un aluvión de preguntas hostiles. Churchill envió el siguiente mensaje a Smuts: «Hemos tenido un sinfín de problemas por lo de Grecia, donde, de hecho, podemos decir que hemos sido heridos en casa de nuestros amigos. Las fuerzas comunistas e izquierdistas de todo el mundo se han soliviantado en solidaridad con esta nueva oportunidad, y la prensa americana, con sus informaciones, ha contribuido en cierta medida a minar nuestro prestigio y nuestra autoridad en Grecia. No tendríamos ninguna posibilidad de basar la política británica en el regreso del rey. Debemos evitar a toda costa que dé la impresión de que se lo imponemos a golpe de bayoneta». Se habría podido evitar mucho sufrimiento —tal vez incluso el derramamiento de sangre en Grecia—, si Churchill hubiera llegado a esa conclusión meses antes, y la hubiera comunicado explícitamente al pueblo griego. Pero era una tarea muy ardua

resolver los asuntos de medio mundo —que acababa de salir de los horrores de la ocupación nazi—, en medio de la nueva realidad del expansionismo soviético. Si a veces se juzgó mal la política británica, lo mismo sucedió con la americana. La embajada de Gran Bretaña en Washington envió a Londres el siguiente informe acerca de la opinión de los medios de comunicación estadounidenses: «La indignación con Gran Bretaña ha dado paso a una especie de cinismo malhumorado y desencantado, según el cual fue una estupidez suponer que Europa, y en particular Rusia y Gran Bretaña, dejaría realmente de ser genio y figura hasta la sepultura simplemente a raíz de unas cuantas palabras idealistas de Estados Unidos».

¿Qué debía hacerse en aquellos momentos? La tarde del sábado 23 de diciembre, Churchill se dirigió en su automóvil a Chequers, donde lo aguardaba un nutrido grupo de familiares para celebrar la Navidad. Al poco de llegar anunció su decisión de abandonar la fiesta para viajar inmediatamente a Atenas. Su firme determinación provocó una gran tristeza, sobre todo a Clementine. Aquél fue uno de los poquísimos momentos de la guerra en los que su esposa se derrumbó. Clementine salió corriendo escaleras arriba, envuelta en un mar de lágrimas. Su marido ya tenía setenta años, y su estado de salud era delicado. John Martin, secretario privado del primer ministro, escribiría en su diario: «Me alegra no participar en una expedición que desapruuebo, pues lo que puede obtenerse con ella no recompensa los riesgos». Así pues, aquel día de Nochebuena, Churchill y su séquito, en el que figuraba Anthony Eden, se

dirigieron a Northolt para volar hasta Italia en un avión nuevo C-54 Skymaster de fabricación americana. «Hagan que parezca británico», dijo el primer ministro cuando fue entregado el aparato, que había sido remodelado y equipado para alcanzar unos niveles de confort extraordinarios en la época. Su pasajero más importante sólo se quejó de que el tictac del reloj que había en su compartimiento privado resultaba muy ruidoso, e insistió en que fuera desconectado el sistema de calefacción eléctrica del asiento del lavabo.

¿Qué esperaba conseguir Churchill con su viaje a Atenas? En su opinión, era esencial para el prestigio global de Gran Bretaña, y sobre todo para sus relaciones con Estados Unidos, conseguir estabilizar la situación de Grecia; y no se equivocaba. Era harto improbable lograrlo con Papandreou. Se necesitaba un gobierno de coalición de amplio espectro. Sus asesores pensaban que el arzobispo Damaskinos podría convertirse en el ancla de la esperanza que se necesitaba y en el supervisor de la creación del nuevo régimen. Pero a Churchill le daba mala espina tener que poner el país en manos de un prelado local célebre por su astucia. Como siempre, quería ver las cosas, y que se viera que las hacía, personalmente. A primera hora de la tarde del día de Navidad, su Skymaster aterrizó en el aeródromo de Kalamaki.

Uno de los integrantes de la comitiva de bienvenida comentaría cínicamente que los visitantes «tenían el aire de unos hombres a los que se les había ocurrido una idea después de tomar la tercera copa de Oporto, tras lo cual habían decidido actuar inmediatamente, pero que ya no podían recordar con claridad cuál era esa idea».



Macmillan encontró al primer ministro «muy dócil, por no decir sumiso». El grupo celebró una conferencia de dos horas en el avión, en cuyo interior hacía cada vez más frío. La mecanógrafa de Churchill, Elizabeth Layton, titiritaba, y cada vez estaba más preocupada por la «salud del Jefe». En cuanto a la seguridad, la situación era mucho peor de lo que se había pensado en Londres, pues había francotiradores activos en muchas zonas de la capital griega. Hacia el atardecer un convoy de vehículos blindados condujo a los miembros de la comitiva, en lo que fue un viaje largo, tenso e incómodo, hasta Falero, desde donde fueron trasladados en lanchas al crucero ligero *Ajax*, veterano de la batalla del Río de la Plata de 1939, que se encontraba anclado frente a la costa, fuera del alcance de armas cortas.

El capitán del navío advirtió a su entusiasmado visitante de que su tranquilidad tal vez se viera alterada si había que abrir fuego con las baterías principales del barco para apoyar a las fuerzas terrestres británicas. Ni que decir tiene que Churchill se sintió encantado con esa perspectiva: «Le ruego que no olvide, capitán, que vengo aquí como arrulladora paloma de la paz que trae en su pico una pequeña rama de muérdago, pero lejos de mí está entorpecer las exigencias militares». Al poco rato, Macmillan, Leeper, Papandreu y Damaskinos subieron a bordo. El espectáculo de todo un prelado, ataviado con su traje eclesiástico y con un báculo negro en la mano cuya asta estaba adornada de nudos de plata, bajando por las escalerillas del barco entre los marineros que celebraban la Navidad

vestidos con disfraces, impresionó a los británicos por lo insólito y divertido que resultaba.

Churchill quedó cautivado por la alegría y la jovialidad del arzobispo, que expresó su aversión por los comunistas y las atrocidades que éstos habían cometido. Más tarde, el primer ministro diría a los parlamentarios británicos que el prelado «me sorprendió por su singularidad, con esa especie de birreta cilíndrica que se eleva sobre su cabeza, tanto moral como físicamente, por encima del caos». Colville escribió: «Ahora nos encontramos en la confusa posición de que el primer ministro se siente un pro Damaskinos acérrimo... mientras que [Eden] se inclina por lo contrario». A la mañana siguiente, los visitantes subieron para inspeccionar el campo de batalla, lo que Churchill definiría «el panorama rosado y ocre de Atenas y El Pireo, vibrante de vida placentera y adornado con las glorias clásicas y el sinfín de miserias y de triunfos de su historia». La costa brillaba bajo los resplandecientes rayos del sol. «Puede verse el humo de la batalla en las calles del oeste del Pireo», escribió Colville, «y se oyen constantemente los disparos de cañones y ametralladoras. Hemos tenido una vista espléndida del ataque de los Beaufighter contra un fortín del ELAS».

El artista Osbert Lancaster, que por aquel entonces servía como agregado de prensa en la embajada británica, nos describe la llegada de Churchill al día siguiente por la tarde, de nuevo en un vehículo blindado, que lo trajo del puerto por unas calles tristes, polvorientas y acribilladas a balazos. El primer ministro vestía el

uniforme de comodoro del Aire de la RAF, y «su aspecto había cambiado mucho desde que lo viera de cerca por última vez unos tres años antes. Parecía como si su rostro hubiera sido moldeado con manteca salpicada de venitas rojas, y en la cabeza apenas le quedaban cabellos que cortar. Pero el ruido de los morteros y de los disparos de los fusiles, en combinación con los vínculos históricos de los campos que acababa de cruzar, comenzaba a tener un claro efecto estimulante, y él se distinguía de todos sus acompañantes por un evidente e inquebrantable sentido del propósito, todavía más impresionante porque éste seguía sin estar definido». En esta última apreciación Lancaster se equivocaba. Los británicos ya habían acordado celebrar una conferencia de todas las facciones en lucha, bajo el auspicio de Churchill, pero presidida por Damaskinos.

La embajada parecía el fortín asediado de una avanzadilla durante el motín de la India. No había corriente eléctrica, y las paredes retumbaban con los disparos de los cañones. El personal, formado por unas cincuenta personas, en su mayoría mujeres, había estado subsistiendo durante los últimos nueve días gracias a las raciones del ejército, en unas condiciones penosas, sin ningún tipo de comodidades. La esposa del embajador, cuya personalidad, en opinión de Harold Macmillan, era mucho más impresionante que la de su marido, dirigía las actividades domésticas con un coraje y una energía propios de un drama imperial de época victoriana. Por suerte para los habitantes de la casa, las guerrillas del ELAS disponían únicamente de armas cortas, por lo que los británicos estaban a salvo siempre y cuando evitaran situarse junto a puertas

y ventanas. Entre una y otra reunión con los comandantes, Churchill encontró un hueco para conocer y ovacionar a los miembros del personal de la embajada, y, más tarde, dispuso que fueran distinguidos con condecoraciones.

A las cuatro de la tarde, los representantes de las distintas facciones griegas se reunieron alrededor de una mesa alargada, en la helada y fría sala de conferencias del Foreign Office. El orden del día estuvo salpicado por el traqueteo de fusiles, y en diversos momentos las explosiones de los cohetes y los morteros ahogaron las voces de los participantes. Churchill se sentó en el centro, flanqueado por el arzobispo Damaskinos, Eden y Macmillan. En un extremo se encontraban los representantes de Estados Unidos, Rusia y Francia. Los griegos ocuparon los demás asientos, dejando un espacio vacante para los comunistas, que llegaron con retraso. Churchill y el prelado heleno hablaron largo y tendido con gran brillantez, haciendo largas pausas para que los intérpretes pudieran realizar su trabajo, antes de que llegaran noticias de los ausentes, «tres bandidos harapientos». Los comunistas se habían retrasado debido a la discusión mantenida con los guardias británicos de seguridad por querer entrar con armas en la sala de la reunión. Churchill escribió más tarde las siguientes líneas a Clementine a propósito de la llegada de los tres individuos en cuestión: «tras pensármelo, decidí extender la mano a los delegados del ELAS, y por su reacción fue evidente que se sintieron gratificados». El primer ministro volvió a repetir buena parte de su discurso de apertura: «El señor Eden y yo hemos realizado este largo viaje, a pesar de que en

Bélgica y en la frontera alemana se estén librando duras batallas, con el fin de hacer un esfuerzo para salvar a Grecia de un destino miserable, y elevarla a una posición de gran prestigio y reputación... Que sea una monarquía o una república es una cuestión de los griegos, que sólo los griegos pueden decidir. Os deseo todo lo mejor, y lo mejor para todos».

Alexander dijo: «En vez de enviar mis brigadas a Grecia, preferiría ver cómo las brigadas griegas acuden a Italia en mi ayuda para combatir a nuestro enemigo común en la guerra». Macmillan sintió repugnancia por las bobadas empalagosas que dijeron los comunistas cuando ensalzaron sus deseos de paz: «Pensé que todo aquello era una verdadera hipocresía, sobre todo al recordar las horribles atrocidades que esos hombres cometen con nuestras tropas y con sus propios paisanos, gente de campo inofensiva, por toda Grecia. Winston, sin embargo, se sintió conmovido». Luego los extranjeros se levantaron y abandonaron la mesa de las conversaciones para que los griegos negociaran entre ellos.

Una vez fuera de la sala, su charla dio lugar a una serie de anécdotas muy notables. El primer ministro abordó al jefe de la misión militar soviética, y le dijo: « ¿Cómo se llama? ¿Popov? Bien, Popov, ¡el otro día vi a tu jefe, Popov! ¡Muy buenos amigos tu jefe y yo, Popov! ¡No lo olvides, POPOV!». Incluso el poco inglés que hablaba el coronel ruso bastó para que comprendiera que Churchill quería alardear de su relación con Stalin. Luego contaron al grupo que el retraso de los delegados comunistas se había debido a una negativa a dejar las armas antes de acceder a la reunión. El primer

ministro, que había sido previsor, sacó una pistola de uno de sus bolsillos y exclamó complacido: « ¡No os imagináis lo seguro que se siente uno cuando sabe que es el único hombre armado en una asamblea como ésta!». Guardó el arma en un bolsillo de su gabardina antes de retirarse con su comitiva, abandonando el lugar en un vehículo blindado que lo condujo a la embajada, y de allí a Falero. Cuando Elizabeth Layton, su mecanógrafa, se sentó en el banco de la motonave opuesto al que ocupaba Churchill, éste dijo, «No, venga a sentarse a mi lado». Para diversión del retorcido Alexander, los dos realizaron el viaje por mar hasta el *Ajax* abrazados y tapados por una enorme manta.

\* \* \* \*

Al día siguiente el arzobispo se presentó en la embajada británica para informar sobre los avances de las ruidosas y duras conversaciones mantenidas en el Foreign Office. Por lo visto, llegado un punto, el general Plastiras —al que Churchill siempre se dirigía llamándolo «plaster-arse<sup>15</sup>»— gritó a un comunista: « ¡Siéntate, asesino!». El primer ministro estaba de muy buen humor, pues Alexander lo había conducido a un lugar estratégico desde donde pudo darle todo tipo de detalles y explicaciones sobre el campo de batalla de Atenas. Macmillan vio aquello como una repetición de la famosa aparición de Churchill de 1911 en un tiroteo contra terroristas en Londres durante su breve etapa como ministro de Interior: «Ni que decir tiene que este asunto es una especie de “super Sidney Street”, y le ha gustado mucho que un maestro del

---

<sup>15</sup> La traducción literal de «plaster-arse» es «culo de yeso». (N. del T.)

arte militar le haya dado una explicación pormenorizada de toda la situación». Cuando los delegados del ELAS solicitaron entrevistarse con Churchill en privado, el primer ministro aceptó encantado, pero Macmillan y Damaskinos lo convencieron de que en aquellos momentos era esencial dejar que los griegos resolvieran solos sus diferencias. Esa misma tarde, a última hora, el arzobispo comunicó al primer ministro británico la dimisión de Papandreou. Su último acto en el cargo fue mandar un cablegrama al rey Jorge II en Londres, informándole de que los políticos de Grecia apoyaban unánimemente la instauración de una regencia. Churchill escribió a Clementine: «Este miércoles ha sido un día apasionante y bastante fructífero en general. El odio que se tienen estos griegos es terrible. Si un bando conserva todas las armas que les entregamos para combatir a los alemanes, y el otro, pese a contar con un número mucho mayor de partidarios, no tiene ninguna, es evidente que, de retirarnos, se producirá una horrible matanza».

La falta de corriente eléctrica por un lado, y de flashes por otro, obligó a hacer las fotografías de grupo con el primer ministro en el jardín de la embajada, para disgusto de los responsables de la seguridad del líder británico. Sólo podía llegarse hasta allí pasando por un caminito enlosado al que se accedía por el salón, desde el que Churchill era visible por cualquiera que anduviera por la Avenida de la Constitución. Los intentos de conducirlo a toda prisa al jardín en aras de su seguridad se vieron frustrados por una avalancha de fotógrafos que hicieron que el primer ministro se detuviera en el caminito. Para horror del agregado de prensa que se

encontraba a sus espaldas, «el ruido de un pequeño estallido, seguido de una lluvia de yeso, anunció que una bala había dado en la pared, pasando a unos sesenta centímetros por encima de nuestras cabezas. Reuniendo todo el valor que pude... propiné al primer ministro un empujón en la espalda, precipitándolo rápidamente escaleras abajo hasta la relativa seguridad del jardín». El 28 de diciembre abandonó Atenas en un vuelo que lo condujo hasta Nápoles. Había pensado en quedarse un poco más de tiempo para volver a reunirse con los griegos. Macmillan, sin embargo, logró convencerlo de que su deber era regresar a Londres y conseguir que Jorge, el rey de los helenos, aceptara un gobierno de regencia. Churchill permitió que le abrocharan el cinturón de seguridad de su asiento en el Skymaster, reconociendo que «incluso las personas más eminentes están sometidas a las leyes de la gravedad». Cuando el avión se puso a rodar por la pista, ordenó de repente que lo detuvieran. Insistió en que tenía que transmitir al grupo que se quedaba en tierra una modificación del comunicado final preparado por los británicos. A continuación emprendió el vuelo hacia Italia, y de allí a Inglaterra.

Tras llegar a Londres al día siguiente por la tarde, el primer ministro se entrevistó dos veces con el soberano griego, a las 22.30 y a la 01.30. A las 04.00, Jorge II aceptó por fin el gobierno de regencia. Churchill se acostó tras una jornada de trabajo y viajes que había durado veintidós horas. El general Plastiras fue nombrado primer ministro, pero poco después se vio obligado a dimitir, tras filtrarse una carta que revelaba que en 1941 se había puesto a disposición



de los nazis como líder de un gobierno griego colaboracionista. La noche del 4 de enero de 1945, el poder de la artillería del ejército británico y la falta de confianza en sus propias perspectivas convencieron a las guerrillas comunistas a retirarse al campo. Las distintas facciones acordaron un armisticio inseguro. Disminuyó la violencia en Atenas, aunque para ello fue necesario el despliegue de noventa mil soldados británicos que garantizaran la seguridad del país. Grecia permaneció en un estado de guerra civil desde 1946 hasta 1949, pero un gobierno no comunista —de hecho, totalmente anticomunista— logró permanecer en el poder hasta que los americanos libraron a los británicos de la responsabilidad de velar por la seguridad del país.

La visita de Churchill fue importante sobre todo porque lo reconcilió con un plan de acción que todos los demás actores británicos ya habían avalado. El factor decisivo en Grecia fue la ausencia de Stalin, en consonancia con el principio reconocido por Moscú de que el aliado que liberara a un país sería el encargado de decidir su posterior forma de gobierno. Los líderes de las guerrillas del ELAS quedaron mucho más sorprendidos por el silencio del coronel Popov, el hombre de Stalin en Atenas, que por la elocuencia del primer ministro británico. En Grecia Churchill recibió su única recompensa por el «acuerdo de porcentajes» con Moscú, que tan poco gustaba a los americanos. Era tal la división y el sufrimiento de la sociedad griega una vez expulsados los invasores que es difícil imaginar un plan de acción que hubiera podido derivar en el establecimiento pacífico de un gobierno democrático. A lo que se

llegó fue probablemente la salida menos mala, aunque nadie pudiera enorgullecerse de ella.

La espectacular aventura de Churchill en la diplomacia personal mereció menos atención por parte del mundo de la que habría tenido en otro momento porque coincidió con la batalla de las Ardenas que se libraba en Bélgica y Luxemburgo. Según un informe del Departamento de Estado, la opinión de la prensa americana respecto a la actuación de Gran Bretaña siguió siendo desfavorable: «Las diferencias entre ingleses y americanos, así como la actuación militar de Gran Bretaña en Grecia durante los primeros días de diciembre, han ocupado en las primeras páginas de los periódicos más del doble de espacio que la misión de Churchill en Atenas... La opinión que ha predominado en los editoriales a lo largo de la crisis nunca ha sido contraria de manera categórica al liderazgo de Gran Bretaña en Grecia y el Mediterráneo, pero sí a la posible imposición a los griegos de un gobierno no representativo e impopular, así como a la posible creación de una cerrada esfera de influencia británica». El último artículo de 1944 del columnista Drew Pearson comparaba desfavorablemente el «imperialismo desmesurado» de Churchill con otras actitudes más ilustradas del cuerpo político británico. Las deficiencias de Gran Bretaña, tanto en el interior como en el exterior del país, eran objeto de crítica, y un tema recurrente, en la prensa norteamericana. El 31 de diciembre, Virginia Dabney escribía en el *New York Times* que la opinión en el sur de Estados Unidos, tradicionalmente favorable a Gran Bretaña, estaba cambiando: «El tema que provoca los comentarios más

adversos es la política que sigue Winston Churchill en Grecia e Italia. Incluso en esta zona del país tan pro británica se oyen numerosas críticas, no sólo hacia Churchill, sino también hacia el pueblo británico».

En Gran Bretaña, este aluvión de críticas no fue recibido en silencio. El 30 de diciembre, tras una marea de comentarios en la prensa americana que añadían, a las acusaciones ya vertidas contra el aliado de Estados Unidos, la de «flojedad», el *Economist* contraatacó:

*Las críticas americanas resultan intolerables no sólo porque son injustas, sino porque la fuente de la que proceden ha hecho bien poco para ganarse el derecho de mantener posturas de superioridad. Decir que el pueblo británico demuestra flojedad en su esfuerzo de guerra ya resultaría imperdonable para una gente que sufre su sexto invierno de cortes de electricidad, racionamiento y frío; pero cuando las críticas llegan de un país que se dedicó a practicar la venta al por mayor durante la batalla de Inglaterra, cuyos índices de consumo han aumentado en los años de la contienda y que sigue sin una ley de prestación del servicio militar, entonces es insufrible.*

*En Gran Bretaña todavía hay el espejismo, incluso dentro de las altas esferas, de que un buen comportamiento por nuestra parte conllevará una gran recompensa, como, por ejemplo, una alianza angloamericana... Por bruto que parezca, debemos decir, para ser francos, que las posibilidades de que eso ocurra son las mismas que las que hay de que Estados Unidos formule*

*una petición para volverse a integrar al imperio británico... ¿A qué conclusión, pues, debería llegar la política británica en lo concerniente a lo que se dice en Estados Unidos? Evidentemente, que no hay que entrar al trapo... Pero que debe ponerse fin a la política de apaciguamiento que, por orden personal del señor Churchill, ha venido siguiéndose, con todas las humillaciones e ignominias que ello ha conllevado.*

Tras la publicación de esta contraofensiva del *Economist*, el Departamento de Estado americano informaría de «una orgía de recriminaciones entre la prensa estadounidense y la británica». La semana siguiente, la embajada británica en Washington enviaba a Londres el siguiente informe sobre lo que se pensaba en Estados Unidos al respecto: «En general se opina que, aunque el ataque británico no era injustificado y nadie podía esperar que los ingleses recibieran impasibles el aluvión de críticas vertido por la prensa y la radio de Estados Unidos, los británicos son evidentemente demasiado susceptibles, y el tono de su réplica demasiado duro». Aunque el 14 de enero la revista *Life* decía en su editorial que las críticas lanzadas por el *Economist* estaban bien merecidas, numerosas publicaciones americanas siguieron mostrando una actitud de hostilidad. Los sondeos realizados por la OWI y el Departamento de Estado a comienzos de 1945 ponían de manifiesto que la mayoría de los americanos consideraban a los británicos más responsables que los rusos de las dificultades que debía afrontar la Gran Alianza.

El estudio del Departamento de Estado precisaba: «A pesar de los últimos comentarios aparecidos en la prensa favorables a los británicos, un sondeo confidencial indica que ha aumentado entre la opinión pública en general el sentimiento de desafección hacia Gran Bretaña. Los resultados ponen de relieve que la mayoría de los encuestados, insatisfechos por la manera en la que cooperan Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña, culpan de ello principalmente a esta última... La prensa “patriótica”, aunque elogia en sus comentarios al mariscal de campo Montgomery y al pueblo británico, sigue con sus acusaciones de que “los británicos y los rusos se dedican a competir en un juego político por el poder en medio de esta guerra, mientras nosotros libramos, al menos por el momento, casi todas las batallas”».

Churchill tuvo muy pocas cosas que celebrar en el que denominó el «nuevo y horrible año» de 1945. La intransigencia de los rusos era un hecho habitual, pero la actitud despótica de los americanos supuso un amargo cáliz. Había mucha crispación, tanto en el gobierno como entre la población británica. Eden escribió el 12 de enero: «La reunión del gabinete ha sido horrible, primero con lo de Grecia... En total ha durado cuatro horas y media. Ha sido verdaderamente insufrible. Me he puesto de un humor de perros... pues todo el mundo empezó a intervenir en la preparación de mensajes dirigidos a mí». A Churchill le resultaba mucho más difícil mantener una inactividad relativa en Downing Street que llevar a cabo iniciativas en el extranjero, por muy mal que éstas fueran recompensadas. Una mañana hizo a su mecanógrafa, Marion

Holmes, el siguiente comentario: «Ya sabe que todos los días no puedo ofrecerle aquella emoción de Atenas».

Parecía que los problemas que se presentaban para afligirlo no tenían límite. Montgomery dio una conferencia de prensa ensalzándose a sí mismo con fanfarronería tras aportar una modesta contribución personal a la batalla de las Ardenas. Esto provocó un nuevo sentimiento de hostilidad en Estados Unidos y, en consecuencia, la exasperación del primer ministro. Churchill se vio obligado a admitir que ya no había ninguna posibilidad de volver a sentar en el trono al rey Pedro de Yugoslavia, ni tampoco a Zog de Albania ni a Carol de Rumanía. Roosevelt aceptó la propuesta de Stalin de celebrar una conferencia en Yalta, en la península de Crimea, lo que hizo que Churchill contestara con el siguiente telegrama: «Estaré esperando en el muelle. ¡Qué nada nos haga vacilar! ¡De Malta a Yalta! ¡Qué nadie cambie los planes!». En realidad, sin embargo, los británicos se quejaban amargamente del lugar elegido para el encuentro. Seguían sintiéndose despechados porque Roosevelt no deseaba visitar su país y tampoco aceptaba la alternativa propuesta por Churchill de celebrar la reunión en Islandia. El primer ministro envió sus felicitaciones a Stalin por la ofensiva del Ejército Rojo en el Vístula, tanto más obsequiosas debido a su preocupación por contar con la buena voluntad de los soviéticos en Grecia y Polonia. Brooke sintió un gran alivio cuando Churchill pareció por fin resignarse a no llevar a cabo un desembarco anfibio en el Adriático ni una ofensiva contra Viena. El primer ministro rechazó de plano la pretensión de De Gaulle de

asistir a la conferencia de Yalta en nombre de su país. «Francia no puede hacerse pasar por una Gran Potencia para los objetivos de la guerra», espetó delante de Eden.

\* \* \* \*

Un día, Churchill dijo a Marion Holmes: «No le gustaría mi trabajo; siempre hay un montón de asuntos que deben ser solucionados en dos o tres minutos». En un período en el que muchos de los ministros de Churchill estaban hartos de él, Holmes le rinde un homenaje que pone de manifiesto el gran cariño y la lealtad que le profesaban los miembros de su personal: «En todas las facetas de su estado de ánimo —ya fuera cuando estaba absorbido por completo por los asuntos graves del momento o mortificado tras haber recibido una mala noticia de la guerra, cuando un sentimiento de compasión lo embargaba, cuando se sentía emocionado y lloroso, o se mostraba truculento, mordazmente sarcástico, travieso o increíblemente divertido—, siempre resultaba impresionantemente entretenido, humano y adorable». Aunque los ministros y los comandantes militares se quejaban, cada vez más impacientes, de la falta de concentración y los ataques de irracionalidad del primer ministro, lo cierto es que él seguía siendo un singular depositario de sabiduría y prudencia. Consideremos, por ejemplo, las palabras que dirigió a Eden, después de que éste hubiera insistido una y otra vez en la necesidad de elaborar un plan para la Alemania de posguerra: Es un error intentar expresar por escrito en unas cuantas hojas de papel cuáles serán las inmensas emociones de un mundo ultrajado y estremecido inmediatamente después de la finalización de la

contienda o cuando el inevitable frío suceda debidamente al calor. Esas imponentes avalanchas de sentimientos dominan la mente de la mayoría de las personas... El camino que debemos seguir en estas cuestiones mundanas lo iremos viendo paso a paso, o a lo sumo después de haber dado uno o dos pasos. Así pues, es de sabios reservar las decisiones el mayor tiempo posible, hasta poder conocer todos los factores y las fuerzas que en su momento intervendrán.

Análogamente, el 18 de enero Churchill informó a la Cámara de los Comunes de la situación de la guerra, utilizando unas palabras que algunos consideraron propias de esos despliegues de brillante oratoria a los que los había venido acostumbrando desde 1940. En su discurso, de dos horas de duración, dijo a propósito de Grecia:

*Los miembros de esta Cámara no deben suponer que en esas tierras extranjeras los problemas se solucionan como se resolverían en Inglaterra. Incluso aquí es bastante difícil mantener una Coalición unida, por mucho que esté compuesta de hombres que, aunque divididos por sus partidos, tienen un objetivo supremo y muchas otras cosas en común. Pero imaginemos las dificultades que hay en los países trasegados por una guerra civil, pasada o inminente, donde diversas facciones de partidos intolerantes tienen sus propias ambiciones, sus propias culpas y su propia sed de venganza. Si yo hubiera dejado abandonada en medio de la nieve a la esposa del viceprimer ministro para que muriera de frío, si el ministro de Trabajo hubiera mandado a un largo exilio al*



*secretario de Asuntos Exteriores, si el ministro de Hacienda hubiera: disparado contra el secretario de Estado para la Guerra, dejándolo gravemente herido... si nosotros, que nos sentamos aquí juntos, nos hubiéramos dedicado a hablar mal unos de otros y a traicionarnos unos a otros, fingiendo una colaboración, y hubiéramos antepuesto a nuestro grupo o partido por delante de cualquier cosa, olvidándonos del país, y hubiéramos impuesto ideologías, contraseñas o etiquetas en vez de raciocinio, camaradería y responsabilidad, es indudable que, como poco, habríamos convocado unas elecciones generales mucho antes de lo que probablemente vamos a hacerlo. Cuando unos hombres han sentido un deseo vehemente de matarse los unos a los otros, y mucho miedo de que fueran a matarlos muy pronto, es imposible que al día siguiente se pongan a trabajar juntos como amigos con unos colegas hacia los que han tenido ese sentimiento y que han sido la causa de ese temor.*

En una conversación mantenida por aquel entonces sobre el primer ministro de Sudáfrica, Churchill dijo a Colville: «Smuts y yo somos como dos viejos periquitos que mudan juntos las plumas agarrados a una percha, pero que todavía pueden picotear». Y él «picoteaba» con efectos sorprendentes. Tras atravesar en diciembre un período difícil con los miembros del Parlamento por la cuestión de Grecia, en aquellos momentos había recuperado su posición. Sin embargo, en su discurso del 18 de enero había dicho una mentira bastante grave a la Cámara de los Comunes al negar que los acontecimientos

en el Mediterráneo pudieran verse influidos de alguna manera por diferencias del concepto «esfera de influencia». En realidad, en su gratitud por la contención de Stalin en el tema de Grecia, quería a toda costa que se viera que mantenía su propia posición en el pacto con Moscú. Se desesperó cuando le comunicaron que los diplomáticos británicos en Rumanía habían protestado por lo que hacían los soviéticos en este país, y, enfurecido, envió la siguiente nota a Eden: « ¿A qué vienen, por nuestra parte, tantos aspavientos por las deportaciones de sajones y otros que llevan a cabo los rusos en Rumanía? Se sobrentiende que los rusos hacen lo que quieren en esa esfera. En cualquier caso, no podemos impedirselo». Y el 23 de enero dijo a Colville: «No se lleve a engaño, todo los Balcanes, con la excepción de Grecia, serán bolchevizados; y no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Tampoco hay nada que pueda hacer por la desdichada Polonia».

Aunque Churchill demostrara con frecuencia su enorme talla en los grandes asuntos, sus ministros y comandantes eran cada vez más sensibles a las limitaciones «del anciano». Las vagas disertaciones del líder británico en las reuniones del gabinete, a menudo sobre documentos que no se había molestado en leer, exasperaban a sus colegas. Lo mismo ocurría con su manía de pedir y aceptar la opinión poco fundamentada que desde el otro lado de la mesa pudieran darle Brendan Bracken y Beaverbrook, anteponiéndola a la bien informada de los comités del gabinete. Clement Attlee escribió una nota de protesta por su actitud, que encendió de ira al primer ministro, pero que tanto los miembros de su personal como

Clementine calificaron de valiente y justa. Con sus torpes dedos, Attlee se encargó personalmente de mecanografiar la nota para tener la seguridad de que nadie más la viera. Pero, una vez recibida, Churchill descargó toda su bilis leyéndola en voz alta a Beaverbrook por teléfono. John Martin, su secretario particular, comentó: «Ésa es la faceta del primer ministro que no me gusta». Jock Colville estuvo de acuerdo con él. Al final se logró convencer a Churchill de que reconsiderara su idea inicial de contestar a Attlee con dureza. Su respuesta fue moderada. Luego exclamó: « ¡Dejemos ya de pensar en Hitler y en Attlee! ¡Vamos a ver una película! ». Aunque a veces reaccionara con un exceso de orgullo al sentir atacada su dignidad, raramente mantenía esa postura mucho tiempo. Aunque a veces se comportara de un modo inapropiado, se había ganado el derecho de recibir inmediatamente el perdón.

## Capítulo 21

### Yalta

Durante la guerra, si no estaba de viaje, Churchill visitaba casi todos los días la sala de mapas. El larguirucho galés que la dirigía, el capitán Richard Pim de la marina real, era una figura clave del personal de Downing Street, y a menudo acompañaba al primer ministro en sus viajes para llevar al día el flujo de noticias llegadas del campo de batalla, como le gustaba al primer ministro. Churchill seguía interviniendo constantemente en asuntos relacionados con los pormenores de sus fuerzas armadas. La falta de empuje de los soldados británicos era preocupante. El primer ministro deploraba la disgregación de algunas unidades para completar la falta de soldados de otras. Esa escasez de hombres provocaba constantes peleas por las reclamaciones respectivas del ejército de tierra, la RAF y el sector minero del carbón. Churchill estaba empeñado en aumentar la paga de los soldados que fueran enviados a Extremo Oriente cuando acabara la guerra contra Alemania. Seguía con detenimiento las acciones de los submarinos que Alemania estaba enviando al Atlántico, los progresos de la industria aeronáutica británica en la producción de unos cazas equiparables a los de Hitler y los esfuerzos para contrarrestar los ataques con bombas voladoras V2, que continuaban atormentando a la población del sur de Inglaterra.

Pero todos esos asuntos eran menudencias en comparación con las importantísimas decisiones estratégicas de los años anteriores. Los

ejércitos aliados avanzaban por toda Europa sin que el primer ministro tuviera la oportunidad de influir en sus tácticas. Celebraba las victorias, se impacientaba como era habitual cuando se sufría algún revés o se producía un retraso, pero era perfectamente consciente de que el poder estaba en el cuartel general de Eisenhower y en Washington. Oliver Harvey escribiría con cierto desdén: «Como los problemas puramente militares se simplifican, el chico está dirigiendo principalmente su atención hacia los asuntos internacionales». Churchill tenía fijados casi todos sus pensamientos en la organización de la Europa de posguerra, que se vería fuertemente influida por las decisiones que se tomaran en Yalta. «Tengo grandes esperanzas depositadas en esta conferencia», dijo en la Cámara de los Comunes, «porque tiene lugar en un momento en el que es posible preparar muchísimos moldes para recibir una gran cantidad de metal fundido». No obstante, se lamentó con Harry Hopkins, que estaba en Londres, de que, si los aliados se hubieran pasado diez años buscando lugares en los que celebrar su entrevista, no habrían podido encontrar uno más inapropiado que Crimea. Era absurdo que el presidente de Estados Unidos, terriblemente enfermo, se viera obligado a realizar un viaje de casi diez mil kilómetros para satisfacer los antojos de los médicos rusos que supuestamente habían recomendado a Stalin que no se moviera de la Unión Soviética. En cuanto al primer ministro británico, llegó el 29 de enero a Malta, escala de la misión angloamericana que se dirigía a Yalta, con 39 °C de fiebre.

Los jefes del Estado Mayor conjunto celebraron una desagradable reunión preliminar, en la que reinó un ambiente envenenado por las diferencias personales que mantenían respecto a la campaña militar en el noroeste de Europa. La grosera actitud de Montgomery hacia Eisenhower provocó numerosas tensiones. Brooke tuvo una gran decepción al comprobar que, en lo referente a estrategia, Marshall no quiso ni siquiera sacar el tema con los británicos. Estados Unidos ya había tomado una decisión, y el avance hacia el Elba sería gradual y calculado. Franklin Roosevelt llegó a bordo del crucero *Quincy* el 2 de febrero. Si Churchill presentaba un cuadro clínico con síntomas febriles, el líder estadounidense sorprendió a los británicos porque parecía la ruina de un hombre. No era una perspectiva alentadora empezar una cumbre con el presidente norteamericano en condiciones lamentables para abordar asuntos de suma importancia. Después de cenar por primera vez juntas en Malta las dos delegaciones, Eden se quejó por la ausencia de conversaciones sobre temas serios. Fue «imposible entrar incluso en cuestiones básicas. Hablé de ello sin tapujos con Harry [Hopkins]... remarcando que íbamos a celebrar una conferencia decisiva y que todavía no habíamos acordado los asuntos que se debían discutir ni el modo en el que abordarlos con un Oso que seguramente tendría muy claro lo que quería». La compasión inicial por Roosevelt dio paso a una gran consternación por las implicaciones que su incapacidad iba a tener en la defensa de los intereses de Occidente. La llegada de los líderes aliados a Crimea el 3 de febrero no auguró nada bueno. Después de que aterrizaran los aviones en los que

viajaban los grandes protagonistas del acontecimiento, Roosevelt tuvo que ser ayudado a subir a un Jeep para pasar revista a una guardia de honor rusa, mientras Churchill caminaba junto al vehículo. Luego vino una pesadilla de seis horas de viaje hasta Yalta, por unas carreteras en pésimas condiciones. El primer ministro miraba a su alrededor sin entusiasmo. « ¡En qué agujero la he metido!», exclamó dirigiéndose a Marion Holmes. Más tarde describiría con tristeza la localidad balnearia como «la Riviera de Hades». A los generales los colocaron en habitaciones cuádruples, y a los coroneles en dormitorios de once camas. Todos, empezando por los líderes nacionales, se quejaron de la falta de cuartos de baño. El 4 de febrero, antes de inaugurar la conferencia, se celebró una cena con los máximos responsables. Eden escribiría: «En mi opinión, una fiesta horrible. El presidente vago, perdido y poco eficaz. W., comprendiendo que la conversación languidecía, se esforzó denodadamente, pronunciando largos discursos, para que las aguas volvieran a su cauce. Me sorprendió la postura lúgubre, por no decir siniestra, de Stalin hacia los países pequeños». La seguridad que rodeaba al líder soviético era tal que, cuando llegó la hora de realizar una sesión fotográfica para conmemorar el encuentro, apareció oculto por una falange de guardias armados. A pesar de todas las críticas de las que Churchill había sido objeto en Estados Unidos durante los últimos meses, pocos americanos de los que acudieron a Yalta dudaban del poder de su personalidad. C. L. Sulzberger escribía en el *New York Times* que, de los «Tres Grandes», Roosevelt era «seguramente el más blando», mientras que

Churchill, «con sus concepciones románticas, su toque de misticismo, su imperialismo, su amor por los uniformes y las banderas, es una especie de figura renacentista. Posee más talento que Stalin o Roosevelt, más que prácticamente cualquier personaje político de su nivel».

Los sondeos realizados en Estados Unidos seguían poniendo de manifiesto el respeto que los americanos en general profesaban por la persona del primer ministro, así como una fe renovada en que Gran Bretaña acabaría siendo un buen aliado en la posguerra. Pero el entusiasmo por el país de Churchill venía acompañado de una serie de condiciones. La mayoría de los americanos —el 70 por 100— se mostraba implacable en su demanda de que, una vez acabada la guerra, los británicos pagaran los miles de millones que habían recibido en forma de suministros por la Ley de Préstamo y Arriendo. Incluso cuando se les decía que el aliado carecía de medios para ello, el 43 por 100 exigía que lo hicieran como fuese. Para Gran Bretaña era un cumplido perverso y desagradable que los americanos y su líder siguieran valorando de manera exagerada la riqueza del país de Churchill. Pocos se daban cuenta de la envergadura de su agotamiento moral, estratégico y financiero. Además, ni que decir tiene que la guerra no había contribuido a disminuir el antiimperialismo de Estados Unidos. Un informe de la OWI del mes de marzo decía: «Durante el último año, Gran Bretaña... ha sido duramente atacada por una minoría activa por su supuesta incapacidad a la hora de desempeñar el papel que le corresponde en el “Grupo de los Tres Grandes”... En los meses de



diciembre y enero la desafección respecto a la cooperación de los Tres Grandes... ha señalado principalmente a Gran Bretaña... [a la que se ha] acusado principalmente de “no mantenerse en el marco de la Carta del Atlántico”. La postura de esa minoría antibritánica insólitamente numerosa... ha encontrado un gran eco en un artículo muy difundido de la *Army and Navy Journal*. En un pasaje mordaz, tan crítico con la política rusa como con la británica, esta revista acusaba a Gran Bretaña de “mostrar una mayor preocupación por Italia, Grecia y Albania, con el fin de proteger su vía de acceso a la India a través del Mediterráneo, que por conseguir el objetivo principal de nuestros ejércitos americanos, esto es, derrotar lo antes posible a Alemania”». El informe terminaba con la siguiente conclusión: «Los últimos sondeos revelan que las mayores acusaciones ya no se imputan a Rusia sino a Gran Bretaña».

Todo esto debe contemplarse en el contexto de un verdadero milagro político; a saber, el milagro de que, gracias a la talla de unos grandes estadistas como George Marshall, Dwight Eisenhower, Alan Brooke, Winston Churchill y Franklin Roosevelt, los aliados occidentales lograran preservar hasta el final de la guerra una imagen de unidad. Si consideramos las deficiencias que han caracterizado a todas las alianzas de la historia, la relación que supieron mantener británicos y americanos no deja de ser realmente sorprendente. No obstante, durante sus últimos meses de vida Roosevelt desarrolló su política sabiendo perfectamente que los estadounidenses secundaban la visión que él tenía de la posguerra,

y que no veían con mucho agrado la de Churchill. Gran Bretaña gozaba de muy pocos apoyos en Estados Unidos.

La primera entrevista de los líderes occidentales con Stalin, en el palacio Livadia, sede de la conferencia, sirvió para que Churchill recuperara brevemente su sentido del humor. Stalin, el afable anfitrión, utilizó las únicas frases que conocía en lengua inglesa: « ¡Tú lo has dicho!», « ¿Y qué pasa?», « ¿Qué diablos ocurre aquí?» y «El lavabo está allí» (todas ellas, excepto la última, probablemente oídas en películas americanas). Para describir la sensación que le producía ser uno de los tres hombres más poderosos de la tierra, reunidos en aquellos momentos, Churchill escribiría más tarde: «Teníamos el mundo a nuestros pies, a veinticinco millones de hombres marchando a nuestras órdenes por tierra y por mar. Parecía que fuéramos amigos». Aquel espejismo romántico no tardaría en desvanecerse. Al menos para los británicos, la experiencia de Yalta sería cada vez más dolorosa y agotadora.

Churchill comenzó con muy mal pie cuando expuso durante la primera sesión plenaria sus esperanzas de que los aliados decidieran avanzar desde el noreste de Italia a través del «pasillo de Liubliana». Hacía meses que esta idea había quedado aparcada en la mente de todos, con la excepción del primer ministro. Revivirla fue absurdo.

Como los ejércitos de Eisenhower se aproximaban al Rin, Churchill quiso halagar a los rusos invitándoles a dar un consejo sobre cómo efectuar el cruce de un río a gran escala. Stalin, a su vez, pidió a Roosevelt y a Churchill que le dijeran qué querían que hiciera el

Ejército Rojo, precisamente como si sus respuestas pudieran alterar lo que ya tenía pensado. Con hipocresía, declaró que había considerado el lanzamiento de la gran ofensiva rusa de enero «un deber moral», después de que los americanos hubieran pedido una actuación que ayudara a mitigar la presión de la ofensiva alemana en las Ardenas. En realidad, es harto improbable que el ataque soviético se adelantara ni un solo día para satisfacer los deseos de los aliados occidentales.

Churchill respondió a Stalin que las fuerzas de Eisenhower sólo querían una cosa del Ejército Rojo: que siguiera avanzando. Sin embargo, los soviéticos siempre fueron perfectamente conscientes de que las dosis de halagos de los británicos encubrían una profunda hostilidad hacia sus objetivos, mientras que el presidente americano tenía un trato más fácil. «Nuestros guardias comparaban a Churchill con un perro de aguas que movía el rabito para agradar a Stalin», escribió Sergo Beria. «Compartíamos un sentimiento de amistad hacia Roosevelt que no era extensivo a Churchill». Pero uno y otro líder fueron objeto del cinismo de los soviéticos en la misma medida. Molotov citaría a un camarada anónimo que hizo el siguiente comentario a propósito de Roosevelt: « ¡Menudo estafador debe de ser este hombre, que ha conseguido trepar y llegar a la presidencia en tres mandatos consecutivos estando paralítico!». Los escuchas soviéticos rieron a carcajadas cuando oyeron a Churchill quejarse de que por las noches no podía conciliar el sueño por culpa de las chinches.

Los grandes dignatarios se reunían cada día a las cuatro de la tarde durante cuatro o cinco horas. Entre reunión y reunión se celebraban almuerzos, cenas y tensas consultas nacionales de cada una de las delegaciones. Stalin se mostró sorprendentemente afable, cosa que no es de extrañar, pues era el que más provecho sacaba de la guerra. Roosevelt no se concentraba nunca del todo en los temas que se trataban. Cuando parecía seguir el hilo de las conversaciones, era normalmente para insistir en no precipitarse — por ejemplo, en organizar las zonas de ocupación alemanas— o para aceptar las posturas de los soviéticos.

Una y otra vez, los británicos se veían aislados. Churchill se oponía al «desmembramiento» de Alemania que pretendía Stalin, así como a la imposición de exageradas indemnizaciones a los vencidos. Recordó a los asistentes el fracaso de semejante política en 1919: «Si quieren que el caballo tire del carro, deben darle algo de heno». Pero los estadounidenses y los rusos ya habían estipulado una cifra provisional en concepto de indemnizaciones de veinte mil millones de dólares, la mitad de los cuales sería para la Unión Soviética.

Los americanos se unieron a los rusos para oponerse a la propuesta de Churchill de que Francia formara parte de la Comisión de Control Aliada en Alemania. No obstante, gracias a la insistencia de los británicos, se acordó a regañadientes conceder a Francia una zona de ocupación. Las reuniones bilaterales que mantuvo Churchill con Roosevelt fueron estériles. En los almuerzos y las cenas se entablaban charlas, pero no se abordaba ningún asunto serio. La postración de Roosevelt, propia de un hombre a las

puertas de la muerte, junto con su rechazo a satisfacer los deseos británicos, fue como un mazazo para las esperanzas de Churchill. No cabe duda de que, tanto en Yalta como en Teherán, el presidente norteamericano intentó deliberadamente mantener una sintonía con Stalin, distanciándose del primer ministro inglés. No es que pueda afirmarse que semejante táctica perjudicara gravemente los intereses de Occidente, pues Stalin ya tenía perfectamente decidido su plan. Pero ni que decir tiene que no supuso ninguna ventaja tangible.

La noche del 5 de febrero, cuando llegó a su villa, Churchill se sintió muy molesto al comprobar que no había recibido de Londres ningún informe de los servicios de inteligencia. John Martin escribiría: «Me ha dolido mucho tener que oír al “coronel Kent” llamar una y otra vez pidiendo noticias, y ver que sólo le ofrecían caviar». Aquella noche, antes de acostarse, Churchill dijo a su hija Sarah: «No creo que en ningún momento de la historia el sufrimiento del mundo haya sido tan grande y haya estado tan extendido». La compasión por el enemigo que sentía Churchill desde lo más profundo de su alma, incomparablemente mayor que la de sus compañeros de Yalta, era una de sus cualidades más notables. «Puedo confesarte claramente», escribió a Clementine, «que mi corazón está afligido por las historias que se cuentan acerca de mujeres y niños alemanes que, en columnas de más de sesenta kilómetros de longitud, huyen en masa por las carreteras de su país hacia el oeste ante el avance de los ejércitos. Estoy plenamente convencido de que se lo han buscado, pero ello no implica que pueda quitármelo de la vista. Las

miserias del mundo entero me repugnan, y cada vez temo más que surjan nuevos conflictos a partir de los que ahora estamos concluyendo con éxito». Ante frases como éstas, se desmorona cualquier argumento que acuse a Churchill de «amante de la guerra».

A menudo se ha criticado al presidente norteamericano y al primer ministro británico por haber acordado en Yalta la entrega a Stalin de todos los soviéticos detenidos en Europa. De los que regresaron, incluidos los que habían sido cautivos de los alemanes, unos fueron ejecutados, y la mayoría enviados a campos de trabajo. Prácticamente todos los que habían vestido el uniforme enemigo fueron liquidados. Sin embargo, en lo tocante a la repatriación, resulta imposible concebir otro modo de actuar por parte de ingleses y americanos. La Unión Soviética había cargado con la abrumadora tarea de combatir en tierra contra las fuerzas de Hitler. Los aliados occidentales seguían solicitando la ayuda del Ejército Rojo para completar la derrota de Japón. El precio que hubo que pagar por la colaboración militar soviética, por la gran cantidad de sangre rusa derramada mientras Estados Unidos y Gran Bretaña evitaban verter la de sus ciudadanos, fue en gran medida el reconocimiento del imperialismo soviético. Churchill expresó a Stalin su ansiedad por el regreso de los prisioneros de guerra británicos, a los que los rusos estaban liberando en gran número. En un mundo consumido por el sufrimiento y el dolor, como Churchill lo describió vívidamente, era difícil que los angloamericanos pudieran exigir comprensión para los súbditos soviéticos que habían servido a la causa nazi. La

integridad de los objetivos aliados en la Segunda Guerra Mundial estuvo inexorablemente comprometida por asociación con la tiranía de Stalin para conseguir derrotar a la de Hitler. Una vez aceptado este mal, llegaron implacablemente otros males menores. Entre ellos, la entrega de centenares de miles de rusos sospechosos de haber renegado de la Unión Soviética.

El tema principal de la conferencia de Yalta, sobre todo en opinión de Churchill, era el futuro de Polonia. Stalin quería que se reconocieran las nuevas fronteras del país, la llamada «línea Curzon» en el este, y la Oder-Neisse en el oeste. Churchill dejó bien claro que en aquellos momentos no estaba tan preocupado por cuestiones territoriales como por la naturaleza democrática del nuevo gobierno de Varsovia. Con el fin de conseguir un poco de libertad para los polacos, intentó convertir en moneda de cambio el reconocimiento por parte de Occidente de las fronteras que deseaba Moscú. No podía, dijo, aceptar que los «polacos de Lublin» representaran la voluntad de la nación. Stalin respondió que el nuevo régimen de Varsovia era tan representativo del pueblo polaco como el nuevo gobierno de De Gaulle lo era del francés. Roosevelt trató de aplazar la sesión, pero Churchill insistió en que había que resolver la cuestión de Polonia. Lleno de impaciencia, el presidente americano comentó que «Polonia había sido fuente de problemas a lo largo de más de quinientos años». El primer ministro replicó: «Debemos hacer todo lo humanamente posible para poner fin a este conflicto». Fue otro duro intercambio de palabras que ponía gravemente en entredicho los objetivos de los británicos. Los rusos

eran de nuevo testigos de la aparente indiferencia de Roosevelt hacia los ingleses.

Por la noche, sin embargo, se logró que la causa polaca obtuviera cierto apoyo. Roosevelt firmó una carta a Stalin diciendo que Estados Unidos —al igual que Gran Bretaña— no podía reconocer al gobierno de Polonia tal y como estaba compuesto en aquellos momentos. El 7 de febrero, durante la tercera reunión plenaria de la conferencia, el presidente calificó la cuestión de Polonia de «sumamente importante». Hubo más conversaciones relacionadas con las zonas de ocupación en Alemania. Se llegó a un acuerdo en lo referente a los derechos de voto de los respectivos estados en lo que debería ser la futura Organización de las Naciones Unidas. El 8 de febrero, Churchill volvió a incidir en la necesidad de llegar a una solución en lo tocante a Polonia. Molotov dijo que el nuevo gobierno comunista había sido «acogido con entusiasmo por la mayoría de los polacos». Churchill insistió en que fueran convocadas inmediatamente unas elecciones libres, lo que provocó que Stalin comenzara de nuevo a establecer comparaciones con Francia, donde no se había previsto que el pueblo manifestara su opinión. No obstante, el líder ruso accedió luego a que se convocaran elecciones en Polonia en menos de un mes. Aún no había signos evidentes de enfado en la sala de la conferencia. De hecho, a continuación se sucedieron una serie de intercambios de elogios entre los dignatarios allí reunidos. Pero aquella noche Churchill comentaría con tristeza: «El único lazo que une a los vencedores es su odio común» hacia Hitler.



El único factor con el que contaban los angloamericanos en sus negociaciones con Stalin derivaba exclusivamente de la Ley de Préstamo y Arriendo. Aunque Roosevelt hubiera amenazado con la suspensión de suministros a la Unión Soviética si no se satisfacían las pretensiones de las potencias occidentales en lo referente a Polonia, los rusos no habrían dado su brazo a torcer. Stalin se había mostrado implacable en sus exigencias territoriales desde 1941, cuando la ayuda de Occidente era mucho más indispensable que en 1945. En todo momento fue plenamente consciente de que británicos y americanos necesitaban el inmenso sacrificio humano de la Unión Soviética mucho más que la Unión Soviética los suministros de Occidente. Aunque Roosevelt se hubiera mostrado dispuesto a utilizar esa arma de presión —cosa que, desde luego, ni siquiera se planteó—, ni el pueblo americano ni el británico habrían aprobado la medida. El entusiasmo popular que suscitaba la existencia de un frente común contra los países del Eje seguía siendo muy alto. Cualquier intento de imposición de las pretensiones de Occidente a los heroicos rusos sólo habría conseguido la adhesión de una reducida minoría que se daba cuenta de la realidad de aquella lúgubre servidumbre a la que se veían abocados los pueblos del este de Europa.

El 9 de febrero, en el curso de la quinta reunión plenaria, Churchill dijo que un grupo de diplomáticos debía velar por el desarrollo sin incidencias de las elecciones polacas en calidad de observadores. Los rusos contestaron amablemente que les parecía una propuesta perfectamente aceptable, pero que el gobierno de Varsovia tenía que

dar su opinión al respecto: la presencia de esos observadores podría ofender a los polacos porque implicaba falta de confianza. Análogamente, cuando Churchill dijo que había que enviar a un embajador británico a Varsovia, los rusos dejaron este asunto a discreción de los polacos. Con la malicia que lo caracterizaba, Stalin recordó al primer ministro su deuda con Moscú diciendo que tenía «plena confianza» en la política que iba a seguir Gran Bretaña en Grecia.

Un día más tarde, el 10 de febrero, Roosevelt dejó consternada a la delegación británica con su anuncio de que iba a abandonar Yalta a la mañana siguiente. Cuando en enero el presidente comunicó en un mensaje a Churchill su propósito de permanecer sólo cinco días en Yalta, el primer ministro británico se quejó a su personal, diciendo que hasta Dios Todopoderoso se había concedido un plazo de siete días para crear el mundo. En aquellos momentos, a juicio de los británicos, todavía quedaban decisiones importantísimas que tomar. Pero el presidente no andaba equivocado al pensar que, por mucho que se prolongara la cumbre, era hartamente improbable que se alcanzaran más compromisos. El abismo que separaba las intenciones de los rusos y las aspiraciones de las potencias occidentales en Europa oriental era insalvable. No obstante, se había llegado a un acuerdo en lo concerniente a Polonia, que, si Stalin cumplía su palabra, podría conservar ligeros tintes de democracia. Churchill manifestó su satisfacción. Poco más podía hacer. Dedicó el 12 de febrero a hacer turismo, visitando los campos de batalla en los que lucharon los británicos durante la guerra de

Crimea y contemplando las ruinas de Sebastopol. Al día siguiente, estuvo descansando a bordo del transatlántico británico *Franconia*, que se hallaba anclado frente a la costa a su disposición, y luego voló hasta Atenas.

No habría podido haber más contraste entre su anterior visita, en medio de los disparos y los cañonazos, y la ovación apasionada con la que fue recibido en la capital griega el 14 de febrero. La multitud se agolpó en las calles de la ciudad, en un acto de vindicación que le resultó muy agradable. Churchill decidió hacer otra escala en El Cairo. Recordando un popular motivo de sus admirados Gilbert y Sullivan, se puso a cantar entre dientes: «Un juglar errante soy; un montón de hilos y remiendos...». Llegó a Gran Bretaña el 20 de febrero. Beaverbrook fue uno de los que cometieron la extravagancia de felicitarlo por su «supuesto» triunfo en Yalta, que «ha llegado tan rápido después del triunfo en Grecia, que se ha convertido usted para sus compatriotas en el mejor estadista y el mejor guerrero de todos los tiempos».

Incluso para los parámetros de Beaverbrook, aquello no era más que una parodia. En la Cámara de los Comunes reinaba una gran preocupación por los resultados de Yalta y lo que éstos podrían suponer para los polacos. En el comunicado final emitido por los «Tres Grandes» se declaraba que el gobierno provisional de Polonia debía «reorganizarse sobre unas bases democráticas más amplias, en las que tengan cabida líderes democráticos de la propia Polonia y de los grupos polacos del exterior». El nuevo gobierno «deberá comprometerse a convocar sin trabas elecciones libres lo antes

posible... En estas elecciones tendrán derecho a participar todos los partidos democráticos y antinazis». Se reconocía la cesión de Polonia oriental a Rusia, a cambio de una compensación territorial en el oeste no precisada, que quedaría «establecida en la conferencia de paz».

Churchill dijo al gabinete de guerra que estaba «bastante seguro» de que Stalin «tenía buenas intenciones hacia el mundo y hacia Polonia». Del mismo modo, el 27 de febrero, temiendo las duras críticas de la Cámara de los Comunes, citó el hecho de que «el mariscal Stalin y el estado Soviético se han manifestado solemnemente» a favor de la celebración de elecciones en Polonia. «Niego y rechazo cualquier sugerencia de que nuestro compromiso es cuestionable o que estamos cediendo ante presiones o temores... Los polacos tendrán su futuro en sus propias manos, con la única condición de que sigan honestamente... una política de amistad con Rusia. Se trata de algo a todas luces razonable». Fortalecido por el cumplimiento de la promesa de Stalin de no interferir en Grecia, se aferró a la esperanza de que el caudillo soviético mantuviera su palabra en lo concerniente a Polonia: «No conozco un gobierno que se atenga a sus obligaciones, aunque sea a su pesar, con mayor firmeza que el gobierno soviético de Rusia. Me niego rotundamente a entrar en discusiones sobre la buena fe de los rusos». Más tarde, mientras tomaba una copa en la sala de fumadores con Harold Nicolson y lord De la Warr, comentó que no sabía qué más habría podido hacer en Yalta, salvo aceptar la palabra de Stalin.

El día 28 por la noche dijo a Jock Colville que no estaba dispuesto a tolerar que le tomaran el pelo con lo de Polonia, «aunque esto nos ponga al borde de una guerra con Rusia». Expresó en voz alta su temor de que Stalin lo engañara, del mismo modo que Neville Chamberlain había sido engañado por Hitler, pero luego descartó esa posibilidad. Se llenó de alegría cuando una enmienda sobre Polonia presentada en la Cámara de los Comunes por un grupo de parlamentarios del ala más conservadora de los *tories* fue derrotada por 396 votos en contra frente a 25 que la apoyaron. Pero once ministros se abstuvieron, y uno presentó la dimisión. Eden, que no confiaba en la buena voluntad de los rusos, quedó sumido en una profunda depresión. Por parte de los polacos, el general Anders dijo a Brooke que «nunca se había sentido tan angustiado desde que comenzara la guerra... No veía esperanzas por ninguna parte».

De regreso a Moscú, Stalin manifestó su satisfacción por los resultados de Yalta. Como era de esperar, habló con más entusiasmo de Roosevelt que del primer ministro británico. «Churchill quiere una Polonia burguesa como vecina de la URSS», dijo a Zhukov, «una Polonia que nos sea hostil. No podemos tolerarlo. Nuestro deseo es garantizar que haya una Polonia amiga de una vez por todas, y esto es lo que también quiere el pueblo polaco». Un columnista político de *Pravda* decía con satisfacción a sus lectores: «Vemos en Estados Unidos y en Inglaterra una unanimidad sin precedentes en aceptar las resoluciones de la conferencia de Crimea». El periódico afirmaba que los comentaristas

americanos y los británicos trataban las protestas de los exiliados polacos con el desprecio que merecían.

Excepto una guerra con Rusia, nada habría podido salvar a la democracia polaca en 1945, y en el mes de febrero sólo una mezcla de vanidad y desesperación habría podido inducir a Churchill a pretender lo contrario. La Unión Soviética consideraba que al haber pagado sobradamente el precio más elevado para conseguir la derrota de Hitler, había adquirido el derecho a decidir la política de Europa oriental en concordancia con los intereses de su propia seguridad. Hasta hoy día, los admiradores de Roosevelt sostienen que el presidente norteamericano demostró mayor realismo que el primer ministro de Gran Bretaña por darse cuenta de este hecho. Los aliados occidentales carecían de poder para lograr que las cosas fueran de distinta manera. Churchill, que había luchado con más nobleza que nadie por la liberación de Europa, se veía obligado ahora a presenciar no la liberación de los países del este, sino la simple sustitución en ellos de una tiranía asesina por otra.

## Capítulo 22

### Último acto

En los últimos meses del mandato de Churchill como primer ministro durante la guerra, su satisfacción por la inminente caída de los nazis se vio casi completamente ensombrecida por la consternación que le causó el triunfo de la tiranía soviética en el este de Europa. El 6 de marzo escribió a un diputado *tory*. «Ahora estamos trabajando para asegurarnos de que los acuerdos de Yalta sobre Polonia y las elecciones libres se cumplen tanto en el espíritu como en la letra». En realidad, fueron incumplidos en su totalidad. Casi a diario llegaban a Downing Street noticias de la brutal opresión soviética en Polonia, empezando por el encarcelamiento de dieciséis destacadas personalidades polacas que acudieron a una reunión con el debido salvoconducto del Ejército Rojo, y la deportación a campos de concentración de miles de personas no comunistas. El NKVD de Beria llevó a cabo una guerra de represión contra los demócratas de Polonia que se prolongó hasta el término de la guerra contra Alemania, e incluso después. Churchill redactó un iracundo telegrama a Stalin, para el cual solicitó la aprobación de los americanos: «Todas las partes estaban preocupadas», decía en él, «por los informes que aseguraban que la administración de Varsovia estaba poniendo en práctica a gran escala deportaciones, liquidaciones de personas y otras medidas opresivas contra los que creyera que estaban en desacuerdo con ella».

Roosevelt, casi moribundo, vetó el envío de semejante mensaje, y después rechazó repetidamente las peticiones de Churchill solicitando que Estados Unidos adoptara una postura más severa hacia Moscú. El presidente propuso una «tregua política» en Polonia, que, a juicio de los británicos, no haría más que fortalecer al régimen marioneta de los soviéticos. «No puedo convenir en que estemos ante una ruptura de los acuerdos de Yalta», escribió Roosevelt el 15 de marzo. «... Debemos tener cuidado y no dar la impresión de que proponemos que se ponga freno a las reformas agrarias [colectivización] impuestas por las nuevas autoridades polacas». A continuación se produjo una marea de mensajes de Churchill a Roosevelt, en los que el primer ministro subrayaba su idea sobre la urgencia y la gravedad de la situación de Polonia. Casi ninguno obtuvo respuesta. Los británicos siguieron con sus esfuerzos, pero recibieron poco consuelo de Washington y ninguno de Moscú. Los acontecimientos en el campo de batalla seguían su propia inercia, sobre la que Churchill no podía influir. En ese último instante, hizo un breve intento por reafirmar la influencia británica sustituyendo a Tedder por Alexander. El 1 de marzo escribió a su mariscal de campo, como si fuera ya un hecho consumado: «He escrito en privado a Eisenhower para decirle que sustituirá usted a Tedder como comandante supremo adjunto a mediados de este mismo mes y que propongo que Tedder le sustituya a usted en el Mediterráneo». La justificación aducida era que la presencia de Alexander en el noroeste de Europa reduciría las tensiones entre Eisenhower y Montgomery. En realidad, Churchill quería que su



favorito asumiera el control de todos los combates terrestres de los aliados durante la última fase de la campaña alemana. La propuesta constituía un error desde todos los puntos de vista imaginables, empezando por la falta de idoneidad de Alexander para el desempeño del papel. Los americanos la rechazaron de inmediato. Churchill tampoco recibió mayor satisfacción de Washington cuando se manifestó en contra del comunicado enviado por Eisenhower a Stalin afirmando que los ejércitos occidentales se mantendrían lejos de Berlín. Los americanos no lo escuchaban. Aunque la forma en la que trataban al primer ministro era cada vez más brusca, desde el punto de vista del fundamento militar no cabe duda de que tenían razón.

Churchill hizo una nueva intervención acerca de la política de bombardeos estratégicos, que arrojaría una sombra siniestra sobre la historiografía de la Segunda Guerra Mundial. El 28 de marzo informó a Portal, jefe del Estado Mayor del Aire, y al comité de jefes de Estado Mayor:

*Me parece que ha llegado el momento de revisar la cuestión del bombardeo de las ciudades alemanas simplemente con el fin de intensificar el terror, aunque se aduzcan otros pretextos. De lo contrario, acabaremos apoderándonos de un país completamente arrasado... La destrucción de Dresde sigue planteando una objeción importante en contra de la forma que tienen los aliados de llevar a cabo los bombardeos... Siento la necesidad de una concentración más precisa en objetivos militares, como los oleoductos o las vías de comunicación*

*inmediatamente detrás de la zona de combate, y no en meros actos de terror y destrucción gratuita, por impresionante que ésta sea.*

Portal, abanderado de la Real Fuerza Aérea, se sintió ofendido por esos comentarios, tanto como habría cabido imaginar. Convenció a Churchill de que los retirara, sustituyéndolos por otro documento que omitía expresiones tales como «actos de terror». El nuevo informe empezaba en términos más prosaicos: «Me parece que ha llegado el momento de revisar la cuestión de los llamados “bombardeos de zona” de las ciudades alemanas desde el punto de vista de nuestros intereses...». Esta versión modificada fue firmada el 1 de abril. A Churchill, sin embargo, no le cabía la menor duda de que había ordenado una interrupción de los ataques contra las ciudades. Se sintió, por consiguiente, consternado cuando poco después se enteró de que quinientos Lancasters del Mando de Bombarderos habían arrasado Potsdam. Se dijo que habían perdido la vida unos cinco mil civiles porque la población había descuidado las precauciones antiaéreas, convencida de que los tesoros arquitectónicos de la ciudad le garantizaban la inmunidad frente a los bombardeos. Churchill escribió enfurecido a Sinclair, secretario de Estado del Aire, y a Portal: « ¿Qué sentido tiene presentarse en Potsdam y hacerla saltar por los aires?». Portal respondió que el cuartel operacional de la Luftwaffe había sido trasladado allí y que el ataque había sido «calculado para acelerar la desintegración de la resistencia enemiga».

La verdadera respuesta a la pregunta de Churchill era que había una fuerza gigantesca de bombarderos pesados británicos y que la renuencia a prescindir de sus servicios era enorme mientras continuara la resistencia en Alemania. El Ejército Rojo había empezado a librar la última batalla de la guerra europea por Berlín, a pocos kilómetros de Potsdam. La actitud de Churchill, manifestada en el borrador de nota enviado a Portal el 28 de marzo, era típica en él por su impulsividad, incluso por su irracionalidad. En una fase anterior de la guerra había sido un apasionado partidario de los bombardeos de área, aunque una vez pasada la desesperada situación del período 1940-1941, nunca había compartido la exagerada fe de los miembros de las fuerzas aéreas en que de esa forma podía ganarse la guerra. Cuando dieron comienzo las grandes campañas por tierra en Italia y en Francia, perdió el interés por el Mando de Bombarderos. Su contribución quizá fuera útil, pero no era a todas luces decisiva. Puede parecer frívolo pensar que el primer ministro de Gran Bretaña no era consciente de las operaciones realizadas por cientos de aviones pesados, dedicados a sembrar la muerte y la destrucción en plena noche por algunas de las ciudades más importantes de Europa. Pero en medio de las terribles cuestiones que se le amontonaban cada día, la ofensiva aérea pasiva a segundo plano, lo mismo —hay que decir también— que la cuestión de los campos de exterminio nazis y las eventuales operaciones de la RAF para entorpecer sus actividades. En la mente de Churchill, el destino de los judíos estaba inextricablemente unido al de millones de otros cautivos de Hitler. El mejor medio de

asegurar su liberación era ganar la guerra lo más rápidamente posible.

Tan enorme era la magnitud de la guerra en 1944-1945 y tan diversas sus manifestaciones, que ningún ser humano, ni siquiera Winston Churchill, habría podido abordar todos sus aspectos con el compromiso que algunos críticos modernos creen que habría cabido esperar de él. ¿Cómo habría podido ser de otra forma? Se interesó por una variedad mucho mayor de asuntos que cualquier otro líder nacional de la historia. Pero muchos asuntos, incluida la política aérea de los últimos años de la guerra, fueron descuidados. Se permitió a los altos mandos que hicieran lo que les pareciera mejor. La única controversia importante sobre los bombardeos de la que se ocupó en serio Churchill a partir de 1942 fue la relativa al ataque contra la red de carreteras y ferrocarriles de Francia antes del Día D, sobre la que fue convencido, aunque a regañadientes, de que apoyara.

Durante toda la guerra, la dirección de los bombardeos estratégicos se vio dificultada por el hecho de que sus logros estuvieron siempre envueltos en el misterio. El progreso de los ejércitos de tierra era medido enseguida por los avances o las retiradas, y el de las armadas rivales por el número de hundimientos. Pero las exageradas afirmaciones de los hombres de la fuerza aérea sólo podían evaluarse mediante la problemática interpretación de la fotografía aérea, con la limitada ayuda suministrada por los mensajes descifrados por Ultra. En diciembre de 1941, el informe del señor Butt presentado al Cabinet Office llevó al primer ministro

a admitir que la campaña de la RAF contra Alemania, tremenda por la demanda de recursos nacionales que suponía, no estaba obteniendo unos resultados en consonancia. Se tomó así la decisión de cambiar de política y llevar a cabo «bombardeos de área» sobre las ciudades, en vez de los desacreditados ataques de precisión contra objetivos militares e industriales. «En plena vorágine de la guerra», observaría Churchill en su vejez, «aquél era el único medio de devolver los golpes. Naturalmente yo fui en último término responsable... Pero luego dejé de estar seguro de la eficacia del empleo de los métodos expeditivos». Hasta junio de 1944, cuando los ejércitos aliados se lanzaron al campo de batalla, al primer ministro le pareció conveniente fomentar la idea de que los bombardeos estratégicos suponían una contribución importante a la derrota del enemigo. Si no hubiera sido así, mucha gente —empezando por Stalin— se habría preguntado si Gran Bretaña estaba desempeñando un papel lo bastante importante en la consecución de la victoria.

Al intentar distanciarse del bombardeo de Dresde, como hizo Churchill el 28 de marzo de 1945, se olvidaba de la petición que había hecho él mismo a Sinclair como responsable del Ministerio del Aire, justo antes de la conferencia de Yalta, encargándole que lanzara grandes ataques aéreos contra el este de Alemania para ayudar e impresionar a los rusos. Dresde había figurado durante años en las listas de objetivos del Mando de Bombarderos. Había salido ilesa hasta entonces sólo porque era una prioridad menor y porque estaba demasiado lejos de los aeródromos británicos.

Durante toda la guerra, ningún alto mando de las fuerzas aéreas británicas mostró demasiada sensibilidad estética. Portal se había manifestado a favor de efectuar un bombardeo pesado sobre Roma cuando la ciudad estaba todavía en manos de Mussolini. Harris había asegurado al jefe del Estado Mayor del Aire que no albergaba «falsos sentimientos» sobre la idea de mandar a sus bombarderos contra uno de los centros culturales más importantes del mundo. Sólo la oposición de los americanos evitó los ataques. La intervención personal de Churchill fue la causa de que Dresde, junto con Chemnitz y Leipzig, fuera adelantada en la lista de objetivos programados para el mes de febrero y destruida casi por completo la noche del 13-14 de ese mismo mes. No es de extrañar que en el cuartel general del Mando de Bombarderos nadie manifestara la menor preocupación por la suerte de las iglesias barrocas antes de enviar a los Lancasters.

El primer ministro, sin embargo, no se lo pensó dos veces antes de presentar su petición, casi informal, a Sinclair. Durante toda la guerra hubo una legión de asuntos que atrajeron brevemente su atención y que luego pasaron a segundo plano. Es bastante poco plausible, aunque no imposible, que el 28 de marzo hubiera olvidado realmente «que había pedido a la RAF que atacara las ciudades del este de Alemania». La clave para entender la destrucción de Dresde, interpretada demasiado a menudo como una atrocidad única, es que en medio de la carnicería global diaria, la orden de ataque tenía para los responsables de la misma menos importancia de la que la posteridad piensa que habría merecido.

Después de lo de Dresde, sin embargo, el bombardeo fue objeto de muchos comentarios... y de algunas críticas. Al término de una conferencia del SHAEF<sup>16</sup> acerca de la política de bombardeos celebrada el 16 de febrero, un corresponsal de Associated Press llamado Howard Cowan presentó un informe en el que afirmaba: «Los mandos de las fuerzas aéreas aliadas han tomado la decisión, esperada durante largo tiempo, de llevar a cabo el bombardeo terrorista deliberado de centros de población alemanes como medio cruel de acelerar la caída de Hitler». Este artículo recibió una atención destacada en los periódicos norteamericanos, aunque fue censurado en los ingleses. El secretario de Guerra estadounidense Henry Stimson exigió una investigación del bombardeo de Dresde, que llevó al general «Hap» Arnold, de las fuerzas aéreas norteamericanas, a responder en los siguientes términos: «No debemos volvernos blandos. La guerra debe ser destructiva y hasta cierto punto inhumana y cruel». En Gran Bretaña, aunque no se produjeron muchas protestas, el inveterado crítico del gobierno, el diputado laborista Richard Stokes, planteó algunas preguntas en la Cámara de los Comunes. Por primera vez en muchos meses, Churchill abordó seriamente la cuestión de los bombardeos de área. Se daba cuenta de que, efectivamente, era una crueldad gratuita seguir adelante con la destrucción de las grandes ciudades cuando los alemanes estaban a punto del colapso. Con su habitual instinto de compasión con los vencidos, quiso detener el proceso. Era una

---

<sup>16</sup> Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force (Cuartel General de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas). (N. del T.)

decisión justa y humana. Pero se ofendió a sí mismo cuando en el borrador de orden a Portal intentó situar semejante opinión en un momento anterior y condenar la decisión del bombardeo de Dresde, de la cual había sido partidario implícitamente, si no de manera absolutamente explícita.

Se hizo también rehén de la historia al declarar que la campaña del Mando de Bombarderos era de carácter terrorista. Ninguna personalidad de los niveles más altos de la maquinaria de guerra británica había dudado nunca en privado de que así era, aunque los ministros y los oficiales de la fuerza aérea se habían tomado muchas molestias para no tener que reconocerlo. No fue aquélla la primera alusión que hizo Churchill al terror, en el contexto de los bombardeos. Había utilizado un término parecido mucho antes, en un memorándum presentado al gabinete de guerra en noviembre de 1942, acerca de la política sobre Italia. «Deberían ser atacados de manera intensiva todos los centros industriales», escribió, «haciendo toda clase de esfuerzos para aterrorizar y paralizar a la población». En la guerra como en la paz, no es muy verosímil que nadie se enorgullezca de adoptar una política en la que se considera necesario engañar al pueblo. La reputación de Churchill, Portal y el Mando de Bombarderos queda muy malparada si se leen los comunicados intercambiados entre marzo y abril de 1945. El primer ministro, y él habría debido ser el primero en saberlo, había estampado su firma en un documento en el que se declaraba, aunque luego lo retirara, que la ofensiva aérea británica había sido de carácter terrorista. Y luego había estado al corriente del juego de



manos administrativo llevado a cabo para suprimir esa admisión de la verdad.

Algunos escritos de Churchill que datan de la época de la primera guerra mundial ponen de manifiesto que consideraba que el bombardeo aéreo de la población civil era un acto de barbarie. Durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania ya había asolado la mitad de las ciudades de Europa y Gran Bretaña no tuvo otro medio plausible de atacar al Reich de Hitler, reprimió sus instintos y apoyó la ofensiva de bombardeos. Parece que semejante decisión fue inevitable y que estaría justificada. Identificar bombardeo de área y «crimen de guerra», como hacen algunos críticos modernos, constituye un abuso lingüístico de lo más burdo. Aquella política tenía por objeto acelerar la derrota de Alemania destruyendo su base industrial, no matar gratuitamente a personas inocentes. Pero no deja de ser una mancha en la manera de hacer la guerra de los aliados el hecho de que se permitiera la continuación de los ataques contra las ciudades hasta 1945, cuando se emplearon unas fuerzas aéreas enormes provistas de una tecnología sofisticada contra unas defensas insignificantes, y cuando la producción industrial alemana ya no podía influir en los resultados. Tanto la necesidad operacional de atacar las ciudades —porque la RAF no podía hacer otra cosa— como el objetivo estratégico de dichas operaciones habían desaparecido. Pero la ofensiva siguió adelante porque, hasta la tardía intervención de Churchill, nadie pensó en decir a las fuerzas

aéreas que pararan, o mejor, que se limitaran a atacar objetivos militares residuales.

Tenemos aquí un ejemplo clásico de determinismo tecnológico. Las armas existían y por consiguiente siguieron siendo utilizadas. La lástima del memorándum de Churchill del 28 de marzo, si no más desde el punto de vista de los aproximadamente doscientos mil civiles alemanes que perdieron la vida en 1945, fue que no lo escribiera varios meses antes. Sin embargo, cuesta trabajo no compadecer al primer ministro, viejo y agotado, obligado a cargar sobre sus hombros con todos los problemas del mundo, por actuar con tanta lentitud. La historia de su conducta con el pueblo de Hitler pone de manifiesto un instinto en general hacia la compasión, notable en el líder de un país que había sufrido tanto a manos de los alemanes desde 1939. Los papeles de Churchill correspondientes a 1945 contienen muchas reflexiones e instrucciones caritativas sobre el trato dispensado a los alemanes. Esos comentarios deberían ponerse también en la balanza para compensar los indudables excesos de la ofensiva de los bombarderos y la responsabilidad que tuvo en ella.

Durante las últimas semanas de la guerra europea, Churchill realizó otras dos escapadas al campo de batalla. El 3 de marzo tuvo la satisfacción de aliviar su cuerpo en la Línea Sigfrido, en un momento en que pudo librarse de los fotógrafos: «Es una de las operaciones relacionadas con esta gran guerra que no deben ser reproducidas gráficamente». Ejecutó la misma ceremonia tres semanas después a orillas del Rin, durante una visita para

contemplar en compañía de Alan Brooke cómo Montgomery cruzaba el gran río. Mientras observaba el vasto panorama que se desplegaba ante sus ojos, sentado en una silla que habían colocado para él en lo alto de la colina de Xanten, dijo: «Ojalá hubiera desplegado a mis hombres con casacas rojas ahí abajo y les hubiera ordenado marchar a la carga». Y añadió, no sin satisfacción: «Pero ahora mis ejércitos son demasiado grandes». Al oír el rugido de los aviones, se levantó de un salto: « ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!».

Y vio fascinado cómo pasaba sobre sus cabezas la gran armada aerotransportada, miles de paracaídas multicolores que se abrían como si fueran flores sobre la orilla alemana del río. Los generales le instaron a retroceder rápidamente en busca de refugio cuando empezaron a caer bombas alemanas lanzadas de modo intermitente. Brooke escribió: «Fue un verdadero alivio tener de nuevo en casa a Winston sano y salvo... Honradamente creo que en realidad le habría gustado que lo mataran en el frente en aquel momento de triunfo. Me había dicho a menudo que la mejor forma de perder la vida es morir cuando le hierve a uno la sangre y no se siente nada».

Durante un almuerzo en Chequers unos días después, Churchill contó a su prima Anita Leslie cuánto había disfrutado con aquella excursión: «Soy un viejo y trabajo mucho. ¿Por qué no iba a poder divertirme un poco? Al menos, creo que fue entretenido, aunque uno tiene que detestar ver morir a los valientes». Leslie hacía de conductora de ambulancia para la Francia Libre. «Con un anhelo infantil en su voz, Winston me preguntó qué pensaban de él los franceses. “¿Les gusto? ¿Me quieren? Dales muchos recuerdos de

mi parte”. Aunque fueran las palabras de un viejo sentimental, su interés cada vez menor por su trabajo diario reflejaba la situación de un hombre agotado. «El primer ministro está convirtiéndose ahora en una rémora para la administración», escribió Colville.

Pudo apreciarse un último espasmo de frustración en su incapacidad para influir en las operaciones militares. Cuando se enteró de que Eisenhower había enviado un comunicado a Stalin diciendo que los ejércitos angloamericanos no harían ningún intento de unirse a los rusos en Berlín, expresó su profundo disgusto por el hecho de que se hubiera tomado semejante decisión sin hacer la menor alusión a los gobiernos británico y americano. A medida que fue empeorando el comportamiento de los rusos, insistió en que los ejércitos angloamericanos avanzaran lo más al este que les fuera posible y en que se quedaran allí, sin tener en cuenta las zonas de ocupación acordadas, hasta que Moscú se mostrara dispuesto a permanecer en el lado que le correspondía según los pactos de Yalta. Mientras tanto, la paranoia rusa fue intensificándose en la idea de que Occidente iba a firmar su propio tratado de paz con los alemanes. El 29 de marzo Zhukov visitó el Kremlin. Stalin se dirigió a su escritorio, hojeó unos cuantos documentos, cogió uno y se lo entregó a su mariscal. «Lee esto», dijo. Era un expediente basado en información proveniente de unos «simpatizantes extranjeros» que afirmaba que ciertos representantes de los aliados occidentales estaban manteniendo conversaciones secretas con unos emisarios de Hitler para alcanzar una paz por separado. Las propuestas de Berlín habían sido rechazadas, decía la carta, pero seguía cabiendo

la posibilidad de que el ejército alemán abriera su frente occidental para dejar paso a los aliados hasta Berlín. « ¿Qué te parece?», preguntó Stalin, y continuó diciendo sin esperar la respuesta de Zhukov: «No creo que Roosevelt viole los acuerdos de Yalta. Pero en cuanto a Churchill... Ese hombre es capaz de cualquier cosa».

Efectivamente, los americanos no mostraron ningún interés en tensar la cuerda de las relaciones diplomáticas con el Kremlin. Aunque Roosevelt fuera convencido de que enviara a Stalin una última misiva desafiante sobre Polonia, Washington no precipitaría la confrontación. Cuando Himmler intentó parlamentar con los aliados occidentales, Churchill comunicó el hecho a Stalin, que había enviado una marea de cables enfurecidos e incluso insultantes a Londres y a Washington a propósito de las negociaciones llevadas a cabo por los estadounidenses en Suiza con el general de la SS Karl Wolff a propósito de la rendición de los alemanes en Italia. En esta ocasión, el líder ruso mandó un mensaje particularmente suave a Churchill: «Conociéndolo a usted, no tenía la menor duda de que iba a actuar de esa forma». El primer ministro encontró el cable esperándolo en Downing Street cuando volvió de cenar con el embajador francés la noche del 25 de abril. La misiva le provocó un espasmo de sensiblería y de buena voluntad hacia Stalin. Jock Colville anotó consternado que Churchill, que no estaba del todo sobrio, se pasó noventa minutos en el Anexo conversando lleno de entusiasmo con Brendan Bracken acerca del cablegrama, y luego gastó otros noventa minutos haciendo lo mismo con su joven secretario particular: «Su vanidad era asombrosa y me alegro de que

el t[ío] P[epe] no sepa qué efecto pueden tener sobre nuestra política respecto a Rusia unas pocas palabras amables, después de soltar tantas otras duras... No se había hecho nada y yo me sentí irritado y ligeramente disgustado por aquella exhibición de susceptibilidad al halago. Eran casi las cinco de la mañana cuando me fui a acostar». Tres días después, Churchill cablegrafió a Stalin ofreciéndole una nueva rama de olivo: «Me ha preocupado mucho el malentendido que se ha suscitado entre nosotros en lo tocante a los acuerdos de Crimea sobre Polonia». No había habido ningún malentendido, por supuesto. Stalin estaba decidido a reafirmar la hegemonía soviética sobre Polonia, y ahí se acababa la cuestión.

\* \* \* \*

Allá por diciembre de 1941, cuando Eden cablegrafió a Churchill desde Moscú ponderándole la necesidad de aceptar las exigencias planteadas por Rusia sobre el reconocimiento de sus fronteras anteriores a la operación «Barbarroja», el primer ministro contestó: «Cuando dice usted que “nada de lo que podamos hacer o decir nosotros y Estados Unidos afectará a la situación cuando acabe la guerra”, está usted haciendo una gran conjetura sobre las condiciones que reinarán entonces. Nadie puede prever cómo estará el equilibrio de fuerzas ni dónde se situarán los ejércitos vencedores. Parece probable, sin embargo, que Estados Unidos y Gran Bretaña, lejos de estar agotados, sean el bloque armado y económico más poderoso que el mundo haya visto nunca, y que la Unión Soviética necesite nuestra ayuda para su reconstrucción mucho más de lo que nosotros podamos necesitar la suya». En 1945, la frustración de

esas esperanzas era evidente. Los soviéticos eran infinitamente más fuertes y los británicos mucho más débiles de lo que había previsto Churchill. El compromiso de Estados Unidos con los intereses comunes angloamericanos, en Europa o en cualquier otro sitio, era mucho más tenue que nunca.

A la fría luz del día, el primer ministro se dio cuenta de ello. El 4 de mayo, escribió a Eden, por entonces en San Francisco con motivo de la sesión inaugural de las Naciones Unidas, acerca de la evolución de la situación en la Europa del Este, tal como él la veía:

*Me temo que han ocurrido cosas terribles durante el avance de los rusos por Alemania en dirección al Elba. La retirada del ejército estadounidense a las líneas de ocupación acordadas que se propone... significaría una ola de dominación rusa que avanzaría ciento ochenta kilómetros en un frente de entre trescientos y seiscientos. Se trata de un acontecimiento que, de producirse, sería uno de los más tristes de la historia. Una vez pasado y cuando el territorio fuera ocupado por los rusos, Polonia habría quedado totalmente sumergida y sepultada entre las tierras ocupadas por los rusos... La frontera de Rusia iría desde el cabo Norte, en Noruega... a lo largo del Báltico hasta un punto situado justo al este de Lübeck... atravesando [Austria] hasta el río Isonzo, a partir del cual Tito y Rusia reclamarían todo lo que queda hacia el este. De ese modo, los territorios controlados por los rusos incluirían las provincias bálticas, toda Alemania hasta la línea de ocupación, toda Checoslovaquia, gran parte de Austria, toda Yugoslavia,*

*Hungría, Rumanía y Bulgaria, hasta Grecia, en la situación de inestabilidad en la que se halla en la actualidad... Esto constituye un acontecimiento en la historia de Europa del que no se conoce paralelismo alguno... Todas estas cuestiones deben solucionarse antes de que los ejércitos estadounidenses queden debilitados en Europa... Es en esa confrontación y en el rápido e inmediato acuerdo con Rusia en lo que debemos volcar ahora nuestras esperanzas. Mientras tanto, estoy totalmente en contra de suavizar nuestras reclamaciones contra Rusia en nombre de Polonia.*

Los aliados se vieron de pronto en un nuevo mundo desconcertante y desconocido, pues Roosevelt había desaparecido. Tras el golpe demoledor que supuso su fallecimiento el 12 de abril, Churchill tuvo por un breve instante la idea de volar a Washington para asistir al funeral. Finalmente, decidió que lo necesitaban en Londres, conclusión a la que probablemente llegara influido por su propia falta de ganas de emprender semejante viaje. El entusiasmo del primer ministro por el difunto presidente había disminuido de, forma espectacular. Había sufrido demasiados desaires. Algunos habían sido relativamente triviales, como, por ejemplo, la decisión tomada por Washington en el mes de marzo de interrumpir las exportaciones de carne a Gran Bretaña. Otros habían sido más graves, como la imposición de restricciones durísimas a la aviación civil británica durante la posguerra en cumplimiento de las condiciones del Plan de Préstamo y Arriendo. Pero, naturalmente,



estaba sobre todo la unilateralidad de los americanos en las cuestiones relacionadas con el este de Europa. La grandeza de Roosevelt no estaba en duda, y menos aún en la mente de Churchill. Pero esa grandeza había sido desplegada al servicio de Estados Unidos, y sólo de manera tangencial y a regañadientes en interés del imperio británico o incluso de Europa. «Las cosas han cambiado mucho», escribía Moran en el mes de febrero, «desde que, hablando de Roosevelt, Winston me dijo: “Me encanta este hombre”».

Ahora Churchill se veía obligado a tratar con la figura totalmente desconocida de Harry Truman. En las primeras semanas del nuevo presidente en el cargo, aunque su inexperiencia fuera evidente, se vieron algunos indicios alentadores de que estaba dispuesto a tratar a los rusos con más dureza que la que había mostrado Roosevelt durante sus últimos meses. Pero el nuevo inquilino de la Casa Blanca no estaba más dispuesto que su antecesor a arriesgarse a un enfrentamiento armado con la Unión Soviética por Polonia, ni por ningún otro país europeo. Dada la situación, Washington creía que no valía la pena adoptar poses huecas, cuando el Ejército Rojo se hallaba a orillas del Elba. La combatividad de Churchill frente a Moscú tampoco tuvo mucha resonancia entre su pueblo. Durante cuatro años los británicos habían acogido a los rusos como héroes y camaradas, ignorando la falta de entusiasmo mutuo. Excepto unas decenas de hombres y mujeres situados en la cúspide de la maquinaria de guerra británica, pocos conocían la perfidia y la brutalidad de los soviéticos. Y, como en Estados Unidos, tampoco en

Gran Bretaña había muchas ganas de emprender una cruzada churchilliana contra un nuevo enemigo.

Se decretó que el Día de la Victoria en Europa fuera el 8 de mayo. La tarde del 7, los jefes de Estado Mayor se reunieron en Downing Street para celebrar una pequeña fiesta. El propio Churchill sacó la bandeja y las copas, y luego brindó con Brooke, Portal y Cunningham como «artífices de la victoria». Ismay escribió en sus memorias: «Esperaba que levantaran sus copas en honor del jefe, que había sido el máximo responsable de la planificación; pero quizá estuvieran demasiado emocionados para fiarse de sus voces». El comentario no puede ser más hipócrita. Brooke y Cunningham, cuando no también Portal, abrigaban unos sentimientos muy complejos hacia el primer ministro. Otros, entre ellos el propio Ismay y el personal de Downing Street, perdonaban la rudeza del trato de Churchill debido al amor y la admiración que sentían por él. Al mariscal de campo y al almirante les costaba más trabajo. Brooke escribió el 7 de mayo: «No me puedo sentir contento, lo que tengo sobre todo es una sensación de infinito cansancio mental. Una especie de letargo cerebral que se niega a registrar los momentos más brillantes, y que continúa en un tono homogéneo, apagado, plano». Al día siguiente añadió con cierta amargura: «No cabe duda de que la opinión pública no ha entendido nunca lo que han estado haciendo los jefes de Estado Mayor mientras dirigían la guerra. En general, el primer ministro no lo ha aclarado mucho, y ni una sola vez en sus discursos ha mencionado a los jefes de Estado Mayor... Es indudable que sin él Inglaterra estaba perdida, pero con

él ha estado al borde del desastre una y otra vez. Y, pese a todo, prácticamente ni una sola muestra de reconocimiento a todos los que lo han ayudado, excepto algunas migajas ocasionales, con el fin de que el perro no se aleje demasiado de la mesa».

Brooke estaba envidioso del poder y la fama mucho mayores de que gozaba Marshall, su homólogo norteamericano. Hombre de considerable vanidad, como se pone de manifiesto en sus diarios, sobrestimaba su propio talento y fue muy poco generoso en su estima del de Churchill. Pero una parte importante de lo que consiguió como jefe del Estado Mayor General del Imperio —y fue bastante— se debió a su decisión de enfrentarse día y noche a Churchill cada vez que creía que éste se equivocaba. Aunque Brooke era un militar precavido, que tal vez no habría prosperado nunca como comandante de campo, supuso un contraste excelente con el primer ministro, librándolo de muchos sinsabores. Su contribución al esfuerzo de guerra de los británicos fue notabilísima. Como si fuera un erizo, había sabido darse cuenta de una cosa importante: de que los aliados no debían hacer frente prematuramente a todo el peso de la Wehrmacht. Fue incapaz, sin embargo, de admitir que el precio de ponerse al servicio de un personaje histórico de gran talla era quedar oscurecido por su sombra.

Clementine se hallaba visitando Rusia en representación de la Cruz Roja el Día de la Victoria en Europa, para su propio disgusto y el de su marido. A las tres de la tarde Churchill hizo una alocución radiofónica al pueblo británico: «La pasada madrugada, a las 2.41 de la mañana, en el cuartel general, el general Jodl, representante

del alto mando alemán, y el gran almirante Dönitz, designado jefe del estado alemán, firmaron el acta de rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas de tierra, mar y aire de Europa a la Fuerza Expedicionaria Aliada, y simultáneamente al alto mando soviético... Por consiguiente, la guerra contra Alemania ha terminado». Recordó la lucha en solitario de Gran Bretaña, y la gradual llegada de los grandes aliados: «Finalmente casi todo el mundo se unió contra los malhechores, que ahora están postrados ante nosotros. Quizá nos permitamos un breve período de regocijo; pero no olvidemos ni por un instante el trabajo y el esfuerzo que tenemos por delante. Japón, con toda su perfidia y su codicia, sigue sin ser sometido... Ahora debemos dedicar todas nuestras fuerzas y todos nuestros recursos a la terminación de nuestra tarea, tanto en nuestro país como en el extranjero. ¡Adelante, Gran Bretaña! ¡Viva la causa de la libertad! ¡Dios salve al rey!». Sus secretarios y el personal a su servicio se pusieron en fila en el jardín de Downing Street para aplaudirlo cuando salió en su coche. Él les dijo sonriendo: « ¡Muchísimas gracias! ¡Muchísimas gracias!». A continuación se dirigió a la Cámara de los Comunes para repetir ante los diputados el discurso que acababa de hacer a la nación.

Unos pocos protestones se quejaron de que les habría gustado oírle decir alguna expresión de gratitud a la divinidad, y sería interesante especular si Churchill manifestó o no alguna expresión de agradecimiento a un poder superior en la ceremonia de acción de gracias de la Cámara de los Comunes celebrada en la capilla de Sta. Margarita, en Westminster. Jock Colville creía que los

acontecimientos de la guerra, especialmente la batalla de Inglaterra, alejaron bastante a Churchill del ateísmo desafiante y lo acercaron a la religión. El primer ministro comentó una vez a su secretario particular que no podía dejar de preguntarse si el gobierno de lo alto no sería tal vez una monarquía constitucional, «en cuyo caso siempre cabía la posibilidad de que el Altísimo lo mandara llamar». Aquella noche, desde un balcón de Whitehall, Churchill se dirigió a un gentío inmenso que lo vitoreaba: « ¡Queridos amigos, ésta es vuestra hora! No es la victoria de un partido ni de ninguna clase en particular. Es la victoria de la gran nación británica en general. Los habitantes de esta antigua isla hemos sido los primeros en desenvainar la espada contra la tiranía...». La multitud se puso a cantar «*Land of Hope and Glory*» y «*Por ser un chico excelente*» mientras el primer ministro regresaba al Anexo de Downing Street a pasar el resto de la velada con lord Camrose, propietario del *Daily Telegraph*. En compañía suya, Churchill dejó a un lado la exuberancia de las primeras horas de la tarde, repitiendo una vez más su consternación por la barbarie de los soviéticos en el este. A la una y cuarto de la madrugada, cuando se fue Camrose, Churchill volvió con sus secretarios y sus papeles.

*Pravda* afirmaba en tono triunfal que «el significado de la unión del Ejército Rojo y de las fuerzas aliadas angloamericanas es muy grande desde el punto de vista político y militar. Ofrece una prueba más de que las provocaciones del pueblo de Hitler con el fin de destruir la solidaridad y la hermandad en las armas entre nosotros y nuestros aliados... han fracasado». Pero Churchill pasó los

primeros días de la paz sumido en la más profunda tristeza por el destino de Polonia. El 13 de mayo envió el siguiente cablegrama a Truman:

*El poder de nuestras armas en el continente está en rápida decadencia. Mientras tanto, ¿qué va a pasar con Rusia? Siempre he trabajado en pro de la amistad con Rusia, pero, como usted, siento una profunda angustia por la mala interpretación que ellos han hecho de las decisiones de Yalta, por su actitud frente a Polonia, su influencia arrolladora en los Balcanes, con la excepción de Grecia, las dificultades que ponen respecto a Viena... y sobre todo por su capacidad de mantener unos ejércitos grandísimos en campaña durante mucho tiempo. ¿Cuál será la situación dentro de un año o dos, cuando los ejércitos británicos y americanos hayan sido disueltos... y cuando Rusia pueda decidir mantener doscientas o trescientas [divisiones] en servicio activo? Caerá un telón de acero sobre su frente... Ahora es indudablemente fundamental llegar a un acuerdo con Rusia, o ver dónde estamos con ellos antes de que debilemos de manera mortal a nuestros ejércitos, o nos retiremos a las zonas de ocupación. Le estaría agradecidísimo si me diera su opinión o su consejo... En resumen, esta cuestión del acuerdo con Rusia antes de que nuestra fuerza haya desaparecido me parece que deja pequeñas a todas las demás.*

Truman respondió en los siguientes términos: «Desde el punto de vista actual, es imposible hacer conjeturas sobre lo que puedan

hacer los soviéticos cuando Alemania está en poder de unas pequeñas fuerzas de ocupación y la mayor parte de los ejércitos que podemos mantener está luchando en Oriente contra Japón». El presidente estaba de acuerdo con Churchill en que era urgentemente necesaria una reunión tripartita con Stalin.

Pero ¿qué pasaría si las conversaciones con Stalin no llegaban a ninguna parte, como era más que probable? Al cabo de unos días de la rendición de Alemania, el primer ministro británico sorprendió a sus jefes de Estado Mayor preguntándoles si las fuerzas angloamericanas podrían lanzar una ofensiva para hacer retroceder a los soviéticos por la fuerza de las armas. Churchill estaba entusiasmado por la decidida actitud de Truman, cuyo tono sugería una nueva disposición a responder despiadadamente al incumplimiento de los términos acordados en Yalta por parte de los soviéticos. El 13 de mayo, al término de una reunión del gabinete de guerra, Brooke escribió: «Winston estaba encantado. ¡Me da la sensación de que ya está soñando con otra guerra! ¡Aunque supusiera combatir contra los rusos!». El 24, el primer ministro ordenó a los jefes de Estado Mayor que, con «el oso ruso despatarrado sobre toda Europa», consideraran las posibilidades militares de hacer retroceder hacia el este al Ejército Rojo antes de que se produjera la desmovilización de los ejércitos angloamericanos. Pidió a los expertos en planificación que estudiaran los medios para «imponer a Rusia la voluntad de Estados Unidos y el imperio británico» y conseguir «un trato justo para Polonia». Se les decía que contaran con disponer de todo el apoyo de

la opinión pública británica y americana, y se les invitaba a suponer que podrían «contar con la utilización de los recursos humanos de Alemania y lo que quedara de su capacidad industrial». La fecha prevista para el lanzamiento de tal ofensiva sería el 1 de julio de 1945.

El Foreign Office —aunque no el propio Eden— retrocedió espantado ante la belicosidad de Churchill. Uno de los informantes de Moscú en Whitehall dio inmediatamente noticia a Stalin de la orden enviada desde Londres a Montgomery, pidiéndole que acaparara las armas capturadas a los alemanes para su posible utilización en el futuro. Zhukov escribe en sus memorias:

*Recibimos información fiable en el sentido de que la campaña final seguía en marcha. Churchill envió un telegrama secreto al mariscal Montgomery ordenándole que recogiera cuidadosamente armas y pertrechos alemanes y que los almacenara de modo que pudiera localizarlos fácilmente de cara a repartirlos entre algunas unidades alemanas con las cuales habrían debido cooperar si hubiera continuado el avance soviético. Nos vimos obligados a efectuar una declaración muy dura en la siguiente sesión de la Comisión de Control Aliada. Hicimos hincapié en que la historia conocía pocos ejemplos de perfidia y de traición de las obligaciones y deberes de los aliados tan grandes como aquél. Afirmamos que pensábamos que el gobierno y el ejército de Gran Bretaña merecían la condena más rotunda. Montgomery intentó refutar la afirmación soviética. Su colega americano, el general [Lucius] Clay guardó*



*silencio. Al parecer, estaba al tanto de esa orden del primer ministro británico.*

A pesar de su carácter sensacionalista, la versión de Zhukov se basaba en una realidad no conocida en sus detalles en Gran Bretaña hasta que no fue levantado el secreto de los documentos relevantes por el Archivo Nacional en 1998. Alan Brooke y sus colegas ejecutaron fielmente los deseos del primer ministro de estudiar los posibles escenarios para el inicio de una acción militar contra los rusos. El informe preparado por el gabinete de guerra junto con los expertos en planificación exigió de sus creadores unas proezas de imaginación sin precedentes durante todo el mandato de Churchill. En el preámbulo, los redactores del informe afirmaban que daban por supuesto que, en caso de que se rompieran las hostilidades entre los rusos y los aliados occidentales, Rusia se aliaría con los japoneses. «El objetivo general o político es imponer a Rusia la voluntad de Estados Unidos y del imperio británico». Pero los expertos en planificación señalaban a continuación que el alcance de cualquier nuevo conflicto iniciado por las potencias occidentales no podrían determinarlo ellas: «Aunque “la voluntad” de esos dos países pudiera definirse simplemente como un trato justo para Polonia, ello no limita necesariamente su compromiso militar. Un éxito rápido podría inducir a los rusos a someterse a nuestra voluntad... pero podría ser que no fuera así. A los rusos les tocará decidir. Si quieren la guerra total, están en condiciones de tenerla».

Los expertos en planificación observaban que, aunque la ofensiva inicial de los occidentales saliera bien, los rusos podrían adoptar luego las mismas tácticas que habían empleado con tanto éxito contra los alemanes, cediendo terreno en la inmensa extensión de la Unión Soviética: «Prácticamente no hay límite a la distancia hasta la cual tendrían que penetrar en Rusia los aliados a fin de hacer imposible la resistencia... Conseguir la derrota definitiva de Rusia... exigiría... (a) El despliegue en Europa de una gran proporción de los enormes recursos de Estados Unidos; (b) el reequipamiento y la reorganización de la población alemana y de todos los aliados de Europa occidental».

Los expertos en planificación llegaban a la conclusión de que el potencial aéreo occidental podría utilizarse con eficacia contra las vías de comunicación soviéticas, pero afirmaban que «la industria soviética está tan dispersa que no es probable que constituya un objetivo aéreo provechoso». Proponían que en el caso de una ofensiva occidental, se consideraba razonable el despliegue de cuarenta y siete divisiones aliadas, catorce de ellas acorazadas. Habría que situar asimismo más de cuarenta en la retaguardia para tareas defensivas y de ocupación. Los rusos podrían hacer frente a la acometida aliada con ciento setenta divisiones de una fuerza equivalente, treinta de ellas acorazadas. «Resulta difícil evaluar hasta qué punto nuestra superioridad táctica en el terreno de la aeronáutica y la mejor dirección de nuestras fuerzas permitirían restablecer el equilibrio, pero las desventajas citadas harían claramente del lanzamiento de tal ofensiva una empresa

arriesgada». Los expertos en planificación proponían dos ataques principales, uno a lo largo de un eje norte, Stettin-Schniedemuhl-Bydgoszcz, y otro por el sur, a lo largo del eje Leipzig-Poznan-Wroclaw. Concluían diciendo: «Si vamos a embarcarnos en una guerra contra Rusia, debemos estar preparados para comprometernos con una guerra total, que será larga y costosa».

En un anexo advertían que Moscú probablemente solicitara la ayuda de los comunistas de Francia, Bélgica y Holanda para que llevaran a cabo una amplia campaña de sabotaje contra las líneas de comunicación de los aliados. La palabra «arriesgada» se utilizaba ocho veces en el documento de planificación para calificar las operaciones angloamericanas propuestas. El Anexo IV abordaba la cuestión de las posibles actitudes de los alemanes ante una invitación a participar en las hostilidades entre Rusia y Occidente: «El Estado Mayor Alemán y su Cuerpo de Oficiales probablemente decidirían que lo más conveniente para sus intereses era ponerse al lado de los aliados occidentales, aunque la medida en la que pudieran prestar una colaboración eficaz y activa probablemente se vería limitada al principio por el agotamiento de guerra que sufrían tanto el ejército alemán como la población civil». Se indicaba lacónicamente que los veteranos alemanes que hubieran combatido en el frente oriental podrían mostrarse reacios a repetir la experiencia. Sin embargo, al abordar la cuestión de la moral de los soldados aliados invitados a combatir contra los rusos, los expertos en planificación mostraban un optimismo asombroso. Afirmaban que cabía esperar que sus hombres combatieran con un espíritu no

muy inferior al que habían mostrado contra los alemanes; eso, a pesar de que Alexander había empezado ya a dar la lata al primer ministro desde Italia comunicándole que sus tropas eran reacias a enfrentarse a los comunistas de Tito.

Los jefes de Estado Mayor nunca se hicieron muchas ilusiones respecto a la impracticabilidad militar, y no digamos política, del lanzamiento de una ofensiva contra los rusos para liberar a Polonia. El jefe del Estado Mayor General del Imperio escribía el 24 de mayo: «La idea es naturalmente pura fantasía y las posibilidades de éxito nulas. No cabe duda de que a partir de ahora Rusia es todopoderosa en Europa». El 31 de mayo, los jefes de Estado Mayor «debatieron una vez más la cuestión de la “guerra impensable” contra Rusia... y quedaron todavía más convencidos de que era “impensable”». Es imposible que el debate no despertara en la mente de los que estaban al tanto del secreto ecos de la situación de 1918-1919, cuando Churchill insistió en enviar a Rusia una expedición militar británica con el fin de revocar el veredicto de la revolución bolchevique de 1917.

El 8 de junio, al entregar el informe de los expertos en planificación al primer ministro, Ismay escribió: «En el informe adjunto sobre la operación “IMPENSABLE”, los jefes de Estado Mayor han expuesto los hechos desnudos, que pueden elaborar mejor en el curso de una discusión con usted, si así lo desea. Pensaron que cuanto menos se pusiera sobre el papel en este sentido, mejor». Los propios jefes de Estado Mayor añadieron un comentario al informe: «Nuestra opinión es... que una vez que se rompan las hostilidades, no estaría a

nuestro alcance obtener un éxito rápido, pero limitado, y nos veríamos abocados a una guerra prolongada con muchas desventajas. Además esas desventajas serían increíbles si los americanos se cansaran o se mostraran indiferentes y empezaran a retirarse atraídos por el imán de la guerra del Pacífico».

El 10 de junio Churchill respondió:

*Si los americanos se retiran a su zona y trasladan el grueso de sus tropas a Estados Unidos y al Pacífico, los rusos tendrán la facultad de avanzar hacia el mar del Norte y el Atlántico. Les ruego que hagan un estudio de cómo podríamos defender nuestra isla, suponiendo que Francia y los Países Bajos no fueran capaces de resistir el avance de los rusos hasta el mar. ¿Qué fuerzas navales nos harían falta y dónde estarían situadas sus bases? ¿Cuál sería la fuerza que se requeriría para el ejército, y cómo habría que disponerla? ¿Cuánta aviación sería necesaria y dónde estarían localizados los principales aeródromos?... Al mantener el nombre clave «IMPENSABLE», los jefes de Estado Mayor se darán cuenta de que éste sigue siendo un estudio preliminar de algo que, al menos eso espero, sigue siendo una contingencia puramente hipotética.*

En el borrador original de esta nota, las palabras finales de Churchill eran «un suceso sumamente improbable». Las modificó con su habitual tinta roja, para subrayar que la puesta en práctica de «Impensable» pareciera todavía más remota. El 11 de julio, el comité de planificación conjunta de los jefes de Estado Mayor

respondió a las preguntas del primer ministro acerca de las implicaciones de un posible avance soviético hacia el canal de la Mancha tras la desmovilización de los ejércitos de Eisenhower. La fortaleza naval de los rusos, concluían, era demasiado limitada para que resultara verosímil una invasión anfibia de Gran Bretaña en fecha temprana. Excluían asimismo un ataque aerotransportado de los soviéticos. Más verosímil les parecía, aseguraban, que Moscú recurriera a un bombardeo intensivo con cohetes, de una magnitud más destructiva que las V1 y V2 alemanas. Para disponer de una defensa eficaz contra una amenaza rusa a largo plazo, calculaban que serían necesarios doscientas treinta escuadrillas de cazas, cien de bombarderos tácticos y doscientas de bombarderos pesados.

El expediente «Impensable» fue cerrado unos días después, cuando llegó otro cablegrama de Truman. Rechazaba en él los argumentos a favor de una denuncia o incluso un retraso de la retirada de los aliados a las zonas de ocupación acordadas en Yalta. Washington había llegado a la conclusión de que no había necesidad de nada parecido. El primer ministro se vio obligado a reconocer que no había ni la más mínima posibilidad de que los americanos encabezaran un intento de expulsar a los rusos de Polonia por la fuerza, ni siquiera de amenazar a Moscú con hacerlo. Era asimismo inimaginable que el gobierno y los compatriotas de Churchill apoyaran semejante acción. En 1945, la percepción que tenía Churchill de la Unión Soviética estaba a años luz de la que tenía su país. La mayoría de los británicos estaban mucho menos impresionados por los peligros que acechaban a Polonia que por las

hazañas durante la guerra de sus camaradas rusos, a los que se habían acostumbrado a mirar con entusiasmo. Churchill se vio obligado a emprender un espectacular cambio de opinión. Si los aliados occidentales no podían liberar Polonia, habría que hacer un nuevo intento para persuadir a Stalin de la conveniencia de llegar a un compromiso sobre su futuro. Olvidándose de sus escarceos con la operación «Impensable», el primer ministro se dedicó a hacer nuevos esfuerzos diplomáticos con el fin de aprovechar sus supuestas buenas relaciones con Stalin en beneficio de los intereses polacos.

Fue una suerte para la reputación de Churchill que sus especulaciones sobre una eventual confrontación con Rusia tardaran otro medio siglo en ser reveladas en todos sus detalles. Durante los años inmediatamente posteriores al término de la guerra, fue quedando cada vez más claro para los jefes de Estado Mayor y para todo el mundo occidental que los aliados occidentales debían adoptar las medidas defensivas más fuertes posibles contra eventuales nuevas agresiones soviéticas en Europa. El 30 de agosto de 1946, el mariscal de campo «Jumbo» Maitland Wilson comunicaba desde Washington que los jefes de Estado Mayor norteamericanos estaban lo bastante asustados de que llegara a producirse un posible conflicto con los rusos para favorecer el inicio de una planificación militar de semejante contingencia. En Londres, se sacó del cajón en el que había ido acumulando polvo el expediente «Impensable». Los preparativos militares para un eventual conflicto con la Unión Soviética se convirtieron en elemento

esencial de la guerra fría, aunque en ningún momento se consideró aceptable desde el punto de vista político ni practicable desde el punto de vista militar intentar liberar a la Europa del Este por la fuerza de las armas. En mayo y junio de 1945, los instintos guerreros de Churchill eran sorprendentemente fuertes. Pero la sociedad en la que vivía sólo tenía energía suficiente para poner fin a la guerra de Japón. No había nadie en absoluto a favor de plantar cara a nuevos enemigos, fueran cuales fuesen los méritos y los principios de la causa.

El líder laborista Clement Attlee se mostró favorable en un principio a apoyar un gobierno de coalición y retrasar las elecciones generales hasta que se consiguiera la derrota de Japón. Su partido, en cambio, pensaba de otra forma. El 23 de mayo, la coalición quedó disuelta después de cinco años y trece días de vigencia. Hubo una emotiva reunión de despedida de los ministros en Downing Street. Luego Churchill emprendió la tarea de formar nuevo gobierno, sin participación de laboristas ni liberales. Se convocaron elecciones para el 6 de julio, que casi todos los expertos preveían que ganarían los conservadores. Se suponía que la gratitud del país hacia Winston Churchill podría más que su desafección por el Partido Conservador y el fracaso de éste antes de la guerra.

\* \* \* \*

Pero los aficionados a buscar en el ambiente pistas acerca del estado de ánimo del pueblo británico habrían podido encontrar muchas. El 3 de julio de 1940, el general americano Raymond Lee había almorzado en Londres con un diputado *tory* innominado que



afirmó estar convencido de que, aunque Gran Bretaña ganara la guerra, el Partido Laborista gobernaría cuando acabara el conflicto. En 1945 había llegado el momento de que muchos viejos pasaran por el espetón. Anthony Eden, considerado por muchos la estrella más rutilante de los *tories* de su generación, encontraba su partido todavía menos de su agrado que el propio Churchill. Durante una visita a Grecia escribió acerca de su sensación de alejamiento de los soldados británicos a los que vio, y de sus dudas sobre cómo llegar hasta ellos en una campaña electoral: «Sería el mayor honor estar al servicio de esos hombres y ser su líder. Pero ¿cómo conseguirlo a través de una política de partido? La mayoría de estos hombres no tiene ninguna, del mismo modo que tampoco yo creo tenerla. ¿Y cómo van a expresar estas elecciones generales algo de eso, pues no pueden estar más alejados de los hombres de Múnich en su manifestación más extrema, a favor de los cuales debo pedir a los electores que voten? Es un infierno. Curiosamente, W[inston] no parece darse cuenta de nada de esto y está lleno de ganas de pelea electoral, y aparentemente contento de trabajar luego con unos hombres con muchos de los cuales, con la mayoría probablemente de los cuales, no está de acuerdo. No cabe duda de que está seguro de que puede dominarlos, pero yo me siento culpable de pedir al electorado que vote por ellos». El soldado británico Edward Stebbing había escrito en noviembre de 1940: «Hay... muchos que piensan que sólo valdrá la pena luchar en esta guerra si después viene un nuevo orden de cosas». Todo lo que había sucedido posteriormente había reforzado esta creencia en la mente de muchos británicos. En

diciembre de 1944, el *Wall Street Journal* hizo gala de un gran poder de adivinación al identificar la cólera popular hacia la política de Churchill en Grecia con un profundo rechazo del viejo imperialismo *tory*: «Es evidente que el gobierno de Churchill aguantará hasta el final de la guerra en Europa, pero más dudosas son sus posibilidades de repetir el mandato cuando se celebren elecciones después de la victoria. No es muy probable que se repita [la victoria en] las “elecciones caquis” del señor Lloyd George [en 1919]».

Los Mayhew eran una familia de clase media alta de Norfolk, uno de cuyos retoños, Christopher, se presentó en 1945 como candidato del Partido Laborista en su condado frente a un *tory*, antiguo miembro del destacado movimiento derechista llamado *The Link*. El tío de Christopher Mayhew, Bertram Howarth, secretario de la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia, escribió en una carta a su familia: «Estoy sufriendo la angustia de un vuelco político en mi cabeza. Creo que he votado por los conservadores toda mi vida, pero a menos que suceda algo que verdaderamente haga época entre este momento y las elecciones generales, no puedo volver a hacerlo». Su esposa, Ellie, comandante de distrito del Servicio de Mujeres Voluntarias, era de la misma opinión: «Personalmente no puedo votar por nuestro actual diputado *tory*; es estúpido, viejo y reaccionario... Fue el único diputado que votó contra el Informe Beveridge. Así que tendré que hacerme liberal». Cuando Churchill manifestó su optimismo ante sus perspectivas electorales al general Bill Slim, de permiso en Inglaterra procedente de Birmania, éste le

contestó con su característica franqueza: «Bueno, señor primer ministro, yo sólo sé una cosa. Mi ejército no va a votarle a usted».

Fue apoderándose de los británicos de todas las clases sociales un movimiento de opinión, fruto de la preocupación por la construcción de un nuevo futuro más que del orgullo por el pasado. El propio Churchill había dicho allá por 1941 a propósito de los chicos de la escuela secundaria que pilotaban la mayoría de los aviones de la RAF: «Han salvado a este país; tienen derecho a gobernarlo». El laborista Aneurin Bevan dijo en uno de sus numerosos mítines electorales: «Hemos sido los que han soñado, hemos sido los que han sufrido, ahora somos los que van a construir». Churchill fue aplaudido en todos los sitios a los que fue durante su gira electoral en junio de 1945, y la admiración que despertaba en el público era real. Pero con la sabiduría que a veces demuestran las democracias, pocos permitieron que ese sentimiento influyera en su voto. Las alocuciones radiofónicas de Churchill durante la campaña fueron muy combativas. Desplegó contra la amenaza del socialismo toda la apasionada retórica que había utilizado durante tanto tiempo contra los enemigos del país. Pero incluso muchos de sus partidarios consideraron imprudentes aquellas diatribas, y hubo momentos en los que él mismo pareció reconocerlo.

\* \* \* \*

Clementine escribió a su hija Mary el 20 de junio: «Papá habla por la radio esta noche. Está muy bajo de moral, el pobre. Cree que ha perdido su “toque” y se lamenta de ello». La londinense Jennifer McIntosh escribió a su hermana, residente en California, el 4 de

julio: «Una de las cosas más extraordinarias ha sido el terrible bajón sufrido por el prestigio de Churchill... Me gustaría que hubieras oído sus alocuciones radiofónicas con motivo de las elecciones... han sido deplorables; la última, lamentablemente rastrera». De modo parecido, aunque más sorprendente, Oliver Harvey, del Foreign Office, pensaba que Churchill estaba haciendo una campaña «electoral patriotería que es terriblemente inadecuada». Churchill era un conservador más en el terreno social que en el político. Carecía realmente de simpatía o de interés por el partido al frente del cual se presentaba a las elecciones. Supuso que el resultado electoral iba a representar un voto de confianza a su liderazgo durante la guerra, y no un veredicto sobre la idoneidad de los *tories* para gobernar. Pero la guerra ya estaba casi acabada.

Mientras los candidatos rivales hacían su campaña, casi todas las complejidades de la ocupación de Alemania y de la continuación de la lucha contra Japón fueron abordadas sin que interviniera el primer ministro. Acostumbrado a los informes procedentes de los campos de batalla, a menudo irrumpía en la sala de los secretarios en Downing Street para preguntar: « ¿Ha llegado alguna noticia?». Después de escuchar, quizá por sexta vez al cabo del día, que no había ninguna, decía lleno de irritación: «No voy a tenerlas... Tengo que tener informes con más regularidad. ¡Su obligación es mantenerme informado!». Pero en aquellos momentos había pocas oportunidades de ordenar el movimiento de ejércitos, flotas o fuerzas aéreas. Ordenó a Alexander que actuara enérgicamente para echar a los partisanos de Tito de Trieste y del noreste de Italia, zona

que reclamaban. Cuando el comandante en jefe advirtió que las tropas británicas mostraban menos entusiasmo por luchar contra los yugoslavos que por combatir contra los alemanes, Churchill desoyó sus temores y ordenó que efectuara una demostración de fuerza. Al verla, los yugoslavos se retiraron detrás del río Isonzo. Una vez más el primer ministro utilizó tropas británicas para obligar a los franceses a retirarse de Siria, que había dejado en manos de un gobierno árabe autóctono. Francia ocupó una zona del noroeste de Italia que reivindicaba. También en este caso el primer ministro actuó sin compasión y con éxito, insistiendo en la expulsión de las tropas de De Gaulle.

En el Sureste Asiático, el XIV Ejército de Slim estaba acabando con los últimos japoneses de Birmania y preparándose para un ataque anfibio contra Malaca, previsto para septiembre. El capitán Pim movió diligentemente las chinchetas y las flechitas necesarias en la pared de la Sala de Mapas de Downing Street, pero el primer ministro nunca se interesó demasiado por el asunto en el fondo de su corazón. Seguía preocupado por el destino de Europa y por insistir ante el nuevo presidente norteamericano en la necesidad de adoptar políticas firmes frente a los rusos.

El 18 de mayo los Churchill ofrecieron un almuerzo en Downing Street en honor del embajador ruso, Fyodor Gusev. Cuando Clementine y otros invitados se levantaron de la mesa, el primer ministro se desahogó con el emisario soviético. Vale la pena citar por extenso la versión que da Gusev de la entrevista, como testimonio de las opiniones de Churchill y de la forma en que éstas

fueron comunicadas a Moscú. El primer ministro empezó describiendo la importancia que concedía a la celebración de una nueva reunión en la cumbre, en la que «o alcanzamos un acuerdo en torno a la cooperación futura de nuestros tres países, o la comunidad angloamericana se unirá en oposición a la Unión Soviética. Es muy difícil prever las posibles consecuencias de esta segunda alternativa». Gusev escribió:

*Aquí Churchill levantó la voz y dijo: «Tenemos muchas quejas». Le pregunté a qué se refería. Irritado y elevando el tono de la voz empezó el catálogo de asuntos: 1) Trieste. Tito se ha «colado subrepticamente en Trieste y quiere conquistarla». Churchill puso las manos sobre la mesa y mostró cómo Tito se había colado en Trieste subrepticamente igual que una serpiente. «No consentiremos», rugió, «la resolución de las disputas territoriales por medio de la conquista... Los americanos y nosotros estamos unidos en nuestra determinación de que todas las cuestiones territoriales se resuelvan por medio de una conferencia de paz». Comenté que, por lo que yo sabía, Tito no tenía intención de resolver ninguna cuestión territorial. Churchill no me hizo caso y siguió diciendo: «Los ejércitos están enfrentados. En cualquier momento pueden desencadenarse graves disturbios a menos que se muestre buena voluntad». 2) Praga. Churchill afirmó que no permitíamos la entrada de representantes británicos en Praga. «Se ha impedido a nuestro embajador acreditado en el país entrar en Checoslovaquia», dijo. Yo señalé que sólo el día antes de que los representantes del gobierno checo viajaran de*

*Londres a Praga en un avión británico. Churchill continuó diciendo: «Ustedes pretenden reclamar derechos exclusivos en todas las capitales ocupadas por sus tropas. El gobierno británico no puede comprender una actitud semejante por parte de los soviéticos y no puede justificarla ante el pueblo británico, teniendo en cuenta que estamos obligados mutuamente a hacer alarde de amistad y cooperación... Nosotros, los británicos, somos una nación orgullosa y no podemos tolerar que nadie nos trate de ese modo».*

*«Churchill no quiso escuchar mi comentario a este respecto y continuó: 3) Viena. “No nos permiten ustedes entrar en Viena. La guerra ha terminado, pero nuestros representantes no pueden buscar alojamiento para nuestros soldados”».*

Gusev pasaba a continuación a hacer una exposición de la postura soviética, pero el primer ministro lo cortó en seco: « ¿Por qué no permiten a nuestros representantes entrar en Viena? Ahora la guerra ya ha terminado, ¿qué posible consideración puede justificar la negativa del gobierno soviético a admitir a nuestros representantes en Viena?». Hubo otros intercambios de opinión más bruscos en torno al establecimiento de un gobierno títere en Austria, y a continuación Churchill abordó la cuestión de la capital de Alemania:

*«No nos permiten ustedes entrar en Berlín. Pretenden ustedes hacer de Berlín una zona exclusivamente suya». Yo aseguré que su afirmación no tenía fundamento, pues tenemos un acuerdo*

sobre las zonas de ocupación y el control del Gran Berlín. Churchill repitió una vez más que él está dispuesto a permitir que los representantes soviéticos, sea cual sea su número, vayan a todas partes. Churchill pasó a hablar de Polonia y lo hizo con más rabia todavía. Las cosas iban de mal en peor en lo que concernía a la cuestión polaca, dijo. No veía esperanza alguna de llegar a ninguna solución satisfactoria al respecto. «Hemos dado nuestro respaldo a unos delegados polacos, y ustedes los han metido en la cárcel. El Parlamento y el pueblo están profundamente preocupados...». Churchill piensa que los próximos debates en el Parlamento pondrán de manifiesto la gran indignación del pueblo británico, y él no sabrá cómo satisfacer a la opinión pública. Churchill apuntó entonces vagamente a la posibilidad de que un desenlace satisfactorio de la cuestión polaca podría dar lugar a una solución de la cuestión de los estados bálticos.

Churchill no quiso ni oír mis comentarios y pasó a describir la gravedad de la situación en general. «Su frente se extiende desde Lübeck hasta Trieste. No permiten ustedes entrar a nadie en las capitales que tienen bajo su control. La situación de Trieste es alarmante. Los asuntos de Polonia han llegado a un punto muerto. El clima en general ha alcanzado el punto de ebullición». Yo dije a Churchill que ya conocía la postura del gobierno soviético, es decir, que no reclama territorio ni capitales europeas. Nuestro frente no llega hasta Trieste. Puede que las tropas del mariscal Tito estén allí, pero nosotros no somos



*responsables del mariscal Tito. El pueblo yugoslavo y él se han ganado un lugar de honor en las Naciones Unidas debido a la lucha que han librado. Churchill dijo: «Sé que son ustedes un gran país. Por la lucha que han librado se han ganado ustedes un estatus de igualdad entre las grandes potencias. Pero nosotros, los británicos, somos también un país orgulloso y no permitiremos a nadie que nos insulte y pisotee nuestros intereses. Quiero que comprendan ustedes que estamos profundamente preocupados por la situación actual. He ordenado que se retrase la desmovilización de la Real Fuerza Aérea». Luego concluyó bruscamente la conversación, pidió disculpas por su franqueza y se fue a discutir con Attlee las próximas elecciones parlamentarias.*

El embajador soviético agregó un apéndice al despacho con un comentario personal acerca de la entrevista:

*Churchill estaba extraordinariamente enfadado y parecía estar haciendo un esfuerzo por mantener el control de sí mismo. Sus comentarios estaban llenos de amenazas y chantajes, pero no eran sólo chantajes. A raíz de su alocución radiofónica del 13 de mayo, la prensa inglesa ha adoptado una línea antisoviética más rigurosa a la hora de informar sobre los sucesos de Europa. Parece interpretar todos los problemas que surgen apelando a la actitud de la URSS. El discurso de Churchill ha sido una orden para la prensa. Agentes polacos están llevando a cabo una audaz campaña antisoviética en los círculos parlamentarios y*

*exigen nuevos debates acerca de la cuestión polaca. Eden ya ha anunciado en la Cámara de los Comunes que tendrá lugar un debate sobre asuntos exteriores después de las vacaciones. Cabe esperar que se convierta en una gran manifestación antisoviética destinada a presionar y amenazar a la URSS. Hasta el momento no tenemos información concreta sobre la finalidad de la inminente visita de Eisenhower y Montgomery a Londres, pero tenemos razones para pensar que han sido convocados para discutir y evaluar la posición militar de los aliados. Deberíamos reconocer que tenemos que vérnoslas con un aventurero que se encuentra en su elemento en la guerra y que se siente mucho más a gusto en una situación de guerra que en las condiciones impuestas por la paz.*

Es muy poco probable que se mostrara a Stalin la versión de esta entrevista realizada por Gusev, pues la franqueza de Churchill no habría sido de su agrado. En cualquier caso, no habría tenido la más mínima influencia sobre la política de Moscú. Los rusos sabían que los americanos no compartían demasiado la pasión del primer ministro por la Europa del Este. A pesar de las baladronadas de Churchill y sus comentarios a los jefes de Estado Mayor acerca de la posibilidad de lanzar la operación «Impensable», ningún país occidental estaba dispuesto a desafiar a los rusos por la fuerza. La diatriba del anciano estadista no era más que un desahogo de su amargura y sus frustraciones personales. En el fondo de su corazón sabía que la tiranía establecida por el Ejército Rojo no podía ser

desmantelada ni por medio de la diplomacia ni por la fuerza de las armas.

Después de las elecciones del 6 de julio, hubo una pausa de tres semanas hasta que se anunciaron los resultados de las votaciones, para permitir el recuento de los votos de ultramar. Churchill voló al suroeste de Francia para gozar de sus primeras vacaciones desde 1939, en el castillo propiedad de un admirador canadiense. Luego, el 15 de julio, tomó un avión a Berlín para asistir a la última gran conferencia de los aliados, episodio final de la que había sido su guerra.

Churchill manifestó su confianza en el resultado de las elecciones. Esa misma confianza era compartida por Stalin, que creía que volvería al poder con una mayoría parlamentaria de al menos ochenta escaños. No obstante, en un nobilísimo gesto de respeto por la democracia, Churchill invitó a Clement Attlee, el posible primer ministro a la espera, a que se uniera a la delegación británica en Potsdam. El líder laborista estaba esperándolo en el palacete que le había sido asignado, Ringstrasse número 23, junto con Montgomery, Alexander y Eden. El día 16, Churchill mantuvo su primera entrevista, de dos horas de duración, con Harry Truman. Salió muy animado por lo que vio y oyó en ella. Truman hablaba con mucha más energía de lo que lo hacía Roosevelt en sus últimos meses de vida. Luego, el primer ministro dio una vuelta por las ruinas de Berlín y miró sin animosidad a los alemanes que rebuscaban entre los escombros. «Mi odio había muerto con su rendición», escribiría más tarde. «Me conmovió mucho su desolación

y también su aspecto flaco y macilento, y sus ropas hechas jirones». Contemplando lo que quedaba del búnker de Hitler, pensó que así habría sido como habría quedado Downing Street si las cosas hubieran salido de modo distinto en 1940. Pero enseguida se cansó del turismo. En aquellos momentos, como de costumbre, lo que atraía su imaginación era la oportunidad de discutir grandes cuestiones con los hombres más poderosos de la tierra, y si no como uno más en términos de poderío nacional, sí al menos como su igual por su talla personal.

La conferencia de Potsdam, cuya primera sesión oficial tuvo lugar el 17 de julio, acabó sin que se tomaran decisiones ni se llegara a conclusiones significativas. Churchill dijo de sí mismo: «Sólo seré medio hombre hasta saber el resultado de las elecciones». El diplomático John Peck notó, como si fuera una especie de presentimiento, que cuando el primer ministro y Attlee pasaron revista a unas tropas británicas en Berlín, Attlee se llevó los vítores más clamorosos. Durante la inauguración de un club de militares, Churchill dijo: « ¡Ojalá no muera nunca el recuerdo de este glorioso peregrinaje de guerra!». Pero muchos de los integrantes de su público, hombres de los ejércitos de Montgomery, veían su pasado reciente y sus perspectivas futuras en términos mucho más pragmáticos.

La primera responsabilidad de Churchill era tomar las medidas a Harry Truman, y exponer ante el nuevo presidente sus temores por Gran Bretaña y el mundo. Truman, a su vez, sintió cierto recelo ante aquel encuentro. Harry Hopkins, en Moscú a finales de mayo,

dijo a Zhukov, cuando se despidió de él antes de volar a Londres para ver a Churchill: «Respeto mucho al viejo, pero es un hombre difícil. La única persona a la que le resultaba fácil hablar con él era Franklin Roosevelt». Ahora, en Potsdam, el primer ministro expuso a Truman sus temores por la solvencia de Gran Bretaña, pues la deuda externa del país ascendía a tres billones de libras. Manifestó sus esperanzas en el apoyo de los norteamericanos. Hablaron mucho de Europa del Este, de donde llegaban peores noticias cada día. Churchill se alegró mucho de la noticia que recibió el presidente en Potsdam, acerca del éxito de las pruebas de la bomba atómica en Alamogordo. Animó al presidente a revelar a Stalin «el simple hecho de que tenemos esa arma», en un empleo muy significativo y optimista del posesivo en plural.

Churchill se mostró de acuerdo, sin consultar al gabinete británico, en que los estadounidenses emplearan la bomba atómica contra Japón sin decir nada más a Londres. Insistió en que Gran Bretaña y Estados Unidos mantuvieran los vínculos militares más estrechos después de la guerra, con derechos mutuos de estacionamiento de tropas por todo el mundo. Cuando Truman intentó buscar refugio en las perogrulladas y se negó a comprometerse de manera explícita, el primer ministro exclamó decepcionado: «Un hombre puede hacer una petición de matrimonio a una señorita, pero de nada le sirve si ella le contesta que siempre será una hermana para él». Fue lo bastante audaz como para permitirse lanzar una diatriba contra China y sus pretensiones, cosa que naturalmente irritó a los americanos. Brooke se indignó al ver que los jefes de Estado Mayor

norteamericanos discutían la estrategia para la fase final de la guerra del Pacífico en ausencia de los británicos. ¿Qué otra cosa habría cabido esperar? El papel más importante de los británicos era respaldar y modificar de manera marginal la llamada declaración de Potsdam sobre Japón, en la que se advertía a este país de las funestas consecuencias que le aguardaban si no se rendía inmediatamente a los aliados.

Brooke se exasperó de mala manera ante las exuberantes muestras de entusiasmo de Churchill cuando llegaron noticias sobre «Tube Alloys», nombre en clave del proyecto de bomba atómica, y demostró una extraordinaria falta de comprensión cuando el 23 de julio el primer ministro discutió el asunto con sus jefes de Estado Mayor en la sobremesa del almuerzo. « ¡Me quedé hecho polvo ante las perspectivas del primer ministro!», escribió el jefe del Estado Mayor General del Imperio.

Había absorbido todas las pequeñas exageraciones de los americanos, y en consecuencia estaba completamente entusiasmado. Ya no hacía falta que los rusos entraran en la guerra de Japón, el nuevo explosivo bastaba solito para arreglar las cosas. ¡Además ahora teníamos en nuestras manos algo que podía restablecer el equilibrio con los rusos! ¡El secreto de ese explosivo y la capacidad de usarlo alteraría por completo el equilibrio diplomático! Ahora teníamos un nuevo tesoro que permitía remediar nuestra posición (y de paso levantaba la barbilla y fruncía el ceño), ahora podíamos decir: Si insistís en hacer esto o lo otro, bueno, pues no tendremos más que borrar del mapa Moscú, y luego

Stalingrado, y luego Kiev, y luego Kuibyshev, Kharkov, Stalingrado, Sebastopol, etc., etc. ¿Y ahora dónde están los rusos? Intenté calmar ese optimismo excesivo basado en los resultados de un experimento, y se me preguntó con desprecio qué motivos tenía para minimizar los resultados de aquellos descubrimientos. Yo intentaba que se desvanecieran sus sueños y, como de costumbre, no le gustó nada. ¡Pero me estremezco al pensar que está permitiendo que los resultados aún sin perfilar de un experimento distorsionen todas sus perspectivas diplomáticas!

Si el primer ministro no supo ver las limitaciones estratégicas de las armas nucleares, su máximo asesor militar mostró en este encuentro una extraordinaria falta de comprensión de la empresa científica más importante de la guerra, de hecho la más transcendental de la historia. Se trata de una manifestación del modo en que hasta los dirigentes militares más encumbrados de los aliados tardaron en entender el significado de la bomba. Allá por 1940-1941, las investigaciones nucleares teóricas de los científicos británicos iban por delante de las de los americanos. Tras llegar conjuntamente al compromiso de fabricar una bomba atómica, y una vez trasladados a Estados Unidos todo el material y el personal británico relevante, los norteamericanos adoptaron una política de ordeno y mando cada vez más descarada ante el proyecto «Tube Alloys». Se había acordado que el proyecto fuera una empresa común. Pero sir John Anderson, el ministro responsable, no tardó en hacer saber a Churchill que los americanos ocultaban información a los británicos de un modo «realmente intolerable». En

Quebec, en mayo de 1943, se llegó a un nuevo pacto entre el primer ministro de Gran Bretaña y el presidente de Estados Unidos, posteriormente confirmado por escrito en Hyde Park en el mes de agosto. De nuevo en Hyde Park, en septiembre de 1944, Churchill convenció a Roosevelt, aunque demasiado tarde, de que firmara un documento reconociendo que la cooperación nuclear y el intercambio de información entre ingleses y americanos continuarían una vez acabada la guerra. Pero los americanos se mostraron muy poco dispuestos a considerar las investigaciones atómicas una empresa común, y, dado su empobrecimiento, Gran Bretaña no estaba en condiciones de fabricar una bomba ella sola. Después de la guerra, los sucesivos gobiernos británicos se vieron obligados a suplicar a Washington que respetara los acuerdos nucleares alcanzados por Roosevelt y Churchill.

Los matices sociales de Potsdam fueron infinitos. Durante una recepción de los aliados en el palacete de Churchill, el anfitrión hizo un brindis por el mariscal Zhukov. El militar ruso, pillado por sorpresa, respondió tratando al primer ministro de «camarada». Luego, alarmado por el peligro de que lo oyeran emplear un lenguaje tan fraternal con un super capitalista, se corrigió rápidamente llamándolo «camarada en las armas». Al día siguiente, en el despacho de Stalin, el mariscal tuvo que aguantar las pullas que le lanzaron por la facilidad con la que había hecho a Churchill su camarada. Sólo Stalin, entre todos los demás rusos, se consideraba con derecho a tomarse libertades personales con los aliados occidentales.



Churchill pasó mucho tiempo —una de las sesiones llegó a durar cinco horas— a solas con el caudillo soviético. Stalin estaba de un humor excelente. Se veía a sí mismo como el gran vencedor de la Segunda Guerra Mundial. Hasta muchas décadas después no se pondría de manifiesto que la devastación de la Unión Soviética y las consecuencias económicas de supeditar todos los demás intereses del país a su enorme maquinaria de guerra habían echado la semilla de la caída final del sistema comunista. En julio de 1945, el mundo entero, como el propio líder soviético, veía sólo que estaba al frente de la potencia más grande del continente europeo, militarmente incontestable. Stalin aseguró que confiaba en Churchill como si fuera un viejo amigo, pidiendo disculpas por el hecho de que Rusia no mostrara públicamente su gratitud por los suministros proporcionados por los británicos durante la guerra, y prometiendo que enmendaría el error en el momento oportuno. En un banquete celebrado en su honor por Churchill, el tirano sorprendió a los invitados dando la vuelta a la mesa para que todos los asistentes estamparan su firma en el menú: «Le brillaban los ojos de júbilo y buena voluntad». Aduló descaradamente al primer ministro, y fue recompensado con la radiante benevolencia de Churchill. Eden escribió consternado: «Otra vez está bajo el hechizo de Stalin. No deja de repetir: “¡Me encanta ese hombre!”». Pero el señor de la guerra soviético no hizo, como era inevitable, ninguna concesión. Las autoridades títeres polacas fueron obligadas a acudir a Potsdam a instancias de Churchill y escucharon impertérritas sus peticiones de que dieran cabida a los no comunistas en el gobierno de Varsovia

y de que moderaran sus expectativas en lo referente a las fronteras de su país por el oeste.

Churchill no dudó nunca de la malevolencia de las intenciones soviéticas en la Europa del Este, y de hecho en todo el mundo. Pero seguía haciéndose la ilusión de que iba a ser capaz de influir en Stalin, y de que lograría así hacer realidad los objetivos a los que los americanos habían retirado su pleno apoyo. Sergo Beria, hijo del director del NKVD, escribió: «Entre todos los líderes occidentales Churchill era el que mejor entendía a Stalin y el que lograba ver claro entre casi todas sus maniobras. Pero cuando se dice que llegó a tener influencia sobre Stalin, no puedo más que sonreír. Parece increíble que una persona de su talla pudiera engañarse hasta ese punto».

La única forma de arrebatarse a Stalin el enorme botín que había conseguido era por la fuerza de las armas. Sabía que los aliados occidentales no tenían agallas ni medios para hacer una cosa así. Por eso no tuvo ningún empacho en divertirse en compañía de aquel viejo imperialista, al que efectivamente tal vez encontrara gracioso, como lo encontraba gracioso el resto del mundo. Gran Bretaña no perdió nada con los escarceos del primer ministro con Stalin en Potsdam, pues no habría habido nada que hacer ni que decir que pudiera cambiar los resultados. Pero fue un triste final para la magnífica gestión que había llevado a cabo Churchill durante la guerra ver al león obligado a acostarse con el oso, a ponerse boca arriba y a dejar que le hicieran cosquillas en la tripa. Mucho tiempo atrás, en octubre de 1940, Churchill había comentado que «muchas

gente ha dicho un montón de tonterías cuando ha afirmado que las guerras nunca han arreglado nada; en la historia no se ha arreglado nunca nada excepto mediante guerras». En julio de 1945 no se podía pretender que los asuntos de Europa se habían «arreglado» satisfactoriamente mediante la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

El 25 de julio, la delegación británica dejó que los americanos y los rusos siguieran conferenciando y regresó a Gran Bretaña para enterarse del resultado de las elecciones. Churchill aterrizó en Northolt por la tarde, esperando volver a Potsdam dos días después. Incluso los rusos lo daban por descontado: «Ningún miembro de nuestra delegación en la conferencia tenía la menor duda de que sería reelegido», recordaba el almirante Kuznetsov. En Downing Street, el capitán Pim había reorganizado la Sala de Mapas para exponer los resultados de las votaciones según iban llegando, en una interpretación un tanto generosa de sus obligaciones como capitán de marina en beneficio del líder de un partido político. El día 26 por la mañana, Churchill se instaló delante de los cuadros de Pim, permaneciendo allí todo el día en compañía de Beaverbrook y Brendan Bracken. Pronto quedó claro que los conservadores habían sufrido un desastre. En la nueva Cámara de los Comunes el Partido Laborista había conseguido 393 escaños. Los de los *tories* bajaron de 585 a 213. El gobierno conservador había acabado. Churchill había perdido su mayoría parlamentaria. Ya no podía ser primer ministro. A las siete de la tarde dijo a Pim utilizando una curiosa expresión: «Vaya a buscar mi carruaje; debo ir a palacio». A

continuación presentó la dimisión. Clement Attlee asumió el cargo, formó gobierno y regresó a Potsdam en sustitución de Churchill. Los rusos quedaron impresionados por la derrota sufrida por éste. « ¡Todavía no he podido comprender cómo pudo ocurrir que perdiera las elecciones!», dijo luego Molotov. «Parece que es preciso conocer mejor el modo de vida de los ingleses... ¡En Potsdam... estaba tan activo!».

El líder caído se esforzó por actuar como un hombre. A su regreso a Downing Street procedente del palacio de Buckingham dijo a su secretario particular Leslie Rowan: «Ya no tiene usted que pensar en mí; ahora su obligación es ponerse al servicio de Attlee, si él desea que lo haga. Por lo tanto vaya usted a hablar con él, pues tiene usted que pensar también en su futuro». Rowan no pudo contenerse y se echó a llorar. Cuando Moran dijo algo sobre la ingratitud de los votantes, Churchill respondió: « ¡Oh no! ¡Yo no diría eso! Han pasado por unos momentos muy malos». Pero lo terrible de su situación lo hería en lo más vivo. Durante más de cinco años había vivido en un mundo de acción enfebrecida. Una marea casi ininterrumpida de informes, comunicados, cablegramas y cuestiones que requerían una decisión llegaba a su despacho, a la sala de mapas, a la sala de gabinete, a su dormitorio e incluso al cuarto de baño tanto de día como de noche. Ahora, en cambio, con una brusquedad brutal, no quedaba nada de eso. El vacío resultaba casi insoportable. «Pasaré el resto de mi vida de vacaciones», dijo a Moran. «Es una sensación extraña. Todo el poder ha desaparecido».

Churchill se trasladó de Downing Street al Claridge's Hotel. Tuvo que enfrentarse a un sinfín de problemas domésticos, que se había tomado la licencia de descuidar durante los últimos seis años, por ejemplo la necesidad de pagar las facturas. Sus finanzas personales durante los años de guerra siguen estando bastante opacas. Cobró del Tesoro un sueldo mensual de 449 libras por sus servicios como primer ministro. Además, sus libros generaron considerables ingresos en concepto de derechos de autor. Se desencadenó cierta controversia política una vez acabada la guerra en torno al hecho de que durante la contienda obtuvo cuantiosos beneficios de los derechos de autor generados por las ventas de las colecciones de los discursos pronunciados durante su mandato como primer ministro. Por ejemplo, con *Into Battle*, el primer volumen, ganó 11 172 libras, suma de la cual ordenó a su banco que pasara la mitad a la cuenta de su hijo Randolph. En octubre de 1943 cobró una enorme cantidad de dinero, cincuenta mil libras, en concepto de derechos de autor por la película basada en su biografía de Marlborough, y recibió de Alexander Korda otras cincuenta mil en abril de 1945 por los derechos de la película basada en su Historia de los pueblos de habla inglesa. Pudo adoptar una actitud arrogante con su editorial, Macmillan, ante los contratos de libros y las fechas de entrega porque uno de sus directivos más influyentes era miembro de su gobierno. Un viejo amigo, sir Henry Strakosch, que murió en 1943, dejó en herencia al primer ministro veinte mil libras. Pero los niveles punitivos alcanzados por los impuestos durante la guerra, de más del 80 por 100, se llevaron una parte considerable de ese dinero.

Incluso en concepto de cuidado y mantenimiento, Chartwell, su casa de Kent, generaba muchos gastos. Y Randolph, el monstruoso pelícano de la familia, suponía una importante sangría para su bolsa. Como primer ministro, Churchill aportó unas treinta y cinco libras al mes como contribución personal a los gastos de Chequers. De lo que no cabe duda en cualquier caso es que salió casi sin un céntimo de su experiencia como salvador del país.

Smuts había dicho más de dos años antes: «La mente de Winston tiene un tope cuando acabe la guerra». Y el propio Churchill farfulló: «No creo en ese estupendo mundo nuevo... Dígame algo bueno que haya en cualquier cosa nueva». Aunque hubiera ganado las elecciones, al gran conflicto con el que habría sido identificado irremisiblemente durante el resto de la historia de la humanidad le quedaba menos de tres semanas. Las decisiones militares menores que aún quedaban al arbitrio del líder nacional británico poca influencia podían tener sobre el modo en que se llevaran a cabo sus últimas operaciones. Después, aunque Churchill hubiera disfrutado de seguir luciendo los arreos del poder, como cualquier otro primer ministro, no habría sido el adecuado para afrontar los retos de la paz. Isaiah Berlin escribió: «Churchill ve la historia —y la vida— como un gran espectáculo del Renacimiento: cuando piensa en Francia o en Italia, en Alemania o los Países Bajos, en Rusia, en la India, en África, en los países árabes, ve animadas imágenes históricas, una cosa intermedia entre las ilustraciones victorianas de un libro infantil de historia y la gran procesión pintada por Benozzo Gozzoli en el Palacio Medici-Riccardi... Nadie ha amado

nunca la vida con más vehemencia ni ha infundido tanta en todas las personas y en todas las cosas que ha tocado».

Pero en julio de 1945 los británicos ansiaban cosas más sencillas y más inmediatas. Habían desempeñado su papel en el drama global más terrible de la historia. Y ahora tenían ganas de salir de escena, de dedicarse a sus propios asuntos y a objetivos sociales que Churchill sólo entendía apenas, y que no estaba capacitado para ayudarles a hacer realidad. Alejandro Dumas escribió: *«Il existe des services si grands qu'on ne peut les payer que par l'ingratitude»*. El electorado había hecho un favor a Churchill y se lo había hecho a sí mismo separándose de su gran líder de guerra cuando éste se había quedado sin nada que liderar. Estaba profundamente feliz por su país, viendo que su lucha estaba a punto de concluir, pero se sentía profundamente triste por sí mismo. El 27 de julio a medio día celebró su última reunión de gabinete, «un acto bastante lúgubre», en palabras de Eden.

*Una vez terminado, me dirigía yo a la puerta principal cuando W. me llamó y estuvimos media hora solos. Estaba bastante afligido, pobre hombre. Dijo que esa mañana ya no se sentía resignado, por el contrario, le hacía más daño, como una herida que se vuelve más dolorosa después del primer golpe. No podía dejar de pensar que el trato recibido había sido una vileza. «Treinta años de mi vida los he pasado en esta habitación. No volveré a ella. Usted sí, pero yo no», y más cosas del mismo estilo.*

Cuando abandonó Chequers después de pasar allí un último fin de semana con su familia y sus íntimos, escribió en el libro de visitas: «*FINIS*». Tres semanas después, el 15 de agosto, la rendición de Japón ponía fin a la Segunda Guerra Mundial.

Churchill había tenido más poder que el que cualquier otro primer ministro británico había conocido hasta entonces o habría de conocer después. En 1938 parecía un hombre de su tiempo, un patricio imperialista cuya visión del mundo estaba enraizada en el pasado Victoriano de Gran Bretaña. En 1945, aunque eso seguía siendo cierto, y así se explican también muchas de sus decepciones, no fue un obstáculo para que se convirtiera en el líder de guerra más grande que su país había conocido, en un estadista cuyo nombre se ha difundido por todo el mundo como el de ningún otro inglés de la historia. Convencido como estaba de la grandeza de Gran Bretaña, durante una breve temporada consiguió que así fuera. En una medida extraordinaria, lo que consiguió entre 1940 y 1945 definiría la imagen que de sí mismo tenía el país hasta el siglo XXI.

Su gran hazaña fue ejercer los privilegios de un dictador sin quitarse en ningún momento los ropajes del demócrata. Ismay se lo encontró una vez quejándose de lo molesto que resultaba preparar un discurso para la Cámara de los Comunes, y lo vio evidentemente temeroso de la acogida que pudiera tener. El militar dijo para consolarlo: « ¿Por qué no les dice que se vayan al infierno?». Churchill se volvió al instante y le dijo: «No debería usted decir una cosa así: soy el servidor de la Cámara». El general Sikorski comentó



en una ocasión en Chequers que el primer ministro era un dictador elegido por el pueblo. Churchill lo corrigió: «No. Soy un criado privilegiado, un valet de chambre, el servidor de la Cámara de los Comunes». En vez de poner en duda sus palabras, debería ser causa de asombro y de orgullo que un hombre semejante guiara a Gran Bretaña durante la guerra. Fue sumamente oportuno que encabezara un gobierno de coalición, pues nunca fue un hombre de partido. Como ejemplar sui generis, vivía fuera del marco de la política convencional, y nunca se sintió más cómodo con el Partido Conservador de lo que éste se sintió con él. A. G. Gardiner escribió del futuro primer ministro allá por 1914: «No se le ocurriría nunca consultar al partido, como al chófer no se le ocurriría nunca consultar al coche». La afirmación seguía siendo válida en 1945.

En cuanto a la dirección de la guerra por Churchill, no entraña ninguna dificultad identificar sus errores ni sus entusiasmos inmerecidos. Anatole France escribió: «*Après la bataille, c'est la que triomphent les tacticiens*». Pero los resultados lo justifican todo. El hecho definitorio del liderazgo de Churchill fue que Gran Bretaña salió de la Segunda Guerra Mundial entre los vencedores. Y eso lo reconocería la mayor parte de su pueblo. No ha habido ningún caudillo guerrero, ningún comandante de la historia que no haya cometido errores. Como observó Tedder, «la guerra es la confusión organizada». Resulta tan fácil catalogar los errores de Alejandro Magno, de Julio César o de Napoleón como los de Churchill. Los líderes de guerra más ilustres de la Gran Bretaña de otro tiempo,

los dos Pitt, el Viejo y el Joven, fueron responsables de locuras estratégicas más graves que las suyas.

Los historiadores y los biógrafos tienen la obligación de presentar pruebas para la acusación, de identificar las meteduras de pata y las deficiencias. Pero antes de que el jurado se retire a deliberar, es preciso quitar de en medio toda la hojarasca y centrarse en lo esencial. La figura de Churchill domina toda la guerra, destacando por encima de cualquier otro ser humano al frente de las fuerzas de la luz, como muchos americanos han reconocido. Mark Sullivan escribió en el *New York Herald Tribune* el 11 de mayo de 1945: «La grandeza de Churchill no hay quien la supere... El papel desempeñado por Churchill en esta guerra mundial reduce a los personajes clásicos de Grecia y Roma a la talla relativamente insignificante de actores de dramas de menor entidad... Churchill fue el líder combativo y su propio poeta». Sin él, el papel de Gran Bretaña habría parecido bastante pequeño el Día de la Victoria en Europa. Cualquiera que intente abordar la difícil tarea de imaginar la historia de Gran Bretaña durante la guerra sin su presencia, verá como la estatura de este país se encoge tristemente. Hasta Brooke se sintió en una ocasión movido a lamentarse: «Gabinete sosísimo sin el primer ministro». En una medida extraordinaria, hubo un hombre que levantó a su país dentro de la Gran Alianza muy por encima del lugar que le habría correspondido por su contribución en tropas, tanques, barcos y aviones a partir de 1943, Sería un error valorar aisladamente la figura de Churchill como líder de guerra. Cuando se la compara con la de Roosevelt o Stalin, por no

hablar de Hitler, Mussolini o Tojo, sus fallos y sus deficiencias se reducen de manera espectacular. No hay ninguna acción honrosa que hubiera podido evitar la bancarrota y el agotamiento de su país en 1945, ni su eclipse de las potencias mundiales en medio de la nueva primacía ostentada por Estados Unidos y Rusia.

Gracias a la oratoria, Churchill poseyó la capacidad de revestir de majestad las hazañas e incluso los fracasos de los mortales. Más que cualquier otro líder nacional de la historia, y ayudado por el poder de las comunicaciones radiofónicas, logró que las palabras se convirtieran no en meras expresiones de hechos o declaraciones de intenciones, sino en actos de gobierno: «Sus compatriotas se han dado cuenta de que dice lo que a ellos les gustaría decir si supieran cómo hacerlo», escribió Moran. «... Quizá por primera vez en su vida, parece que ve las cosas a través de los ojos del hombre corriente. Sigue diciendo lo que siente en cada momento, pero resulta que ahora habla por todo el país».

En realidad, como el presente libro ha intentado demostrar, Churchill no contó en todo momento con el respeto y la confianza de todo el pueblo británico. Pero dio fuerzas a millones de personas para que miraran más allá de los estragos del campo de batalla, y de la miseria de sus circunstancias domésticas en medio de las privaciones y los bombardeos, y para que vieran un sentido más elevado en su lucha y en su sacrificio. Desde luego eso tuvo más importancia para evitar la derrota en 1940-1941 que más tarde, cuando los aliados pudieron emplear cantidades muy superiores de hombres y de materiales a la consecución de la victoria. La retórica

de Churchill desempeñó un papel destacado al hacer que la lucha contra Hitler fuera vista por la posteridad como una «guerra justa». Explicó lo que era esa lucha como nadie más fue capaz de hacerlo, en términos que la humanidad pudiera comprender y con los que pudiera identificarse, tanto entonces como ahora. Incluso los historiadores americanos, cuando hacen la crónica de los años de la guerra, son en su mayoría más generosos en el uso de citas de las palabras de Winston Churchill que en el de las de su propio presidente, Franklin Roosevelt.

Churchill a menudo tuvo aspiraciones que resultaron más grandes de lo que su país era capaz de dar de sí. Éste también ha sido uno de los principales temas de nuestra narración. Pero parece absurdo aplaudir que desafiara a la razón insistiendo en que Gran Bretaña debía lanzarse al combate en junio de 1940, y denunciar luego la extravagancia de las exigencias que planteó al país y a sus fuerzas armadas. Los jefes del ejército a menudo deploraron sus errores de juicio y su intemperancia. Pero su instinto para la guerra estaba mucho más desarrollado que el de ellos. Aunque a menudo tuvieran razón quejándose de que el momento no estaba suficientemente maduro para el combate, si se hubieran seguido sólo sus consejos habrían sido de una lentitud intolerable a la hora de luchar. Aunque Brooke fuera un oficial de cualidades notables, como tantos militares era un ser humano con muchas limitaciones. Se engañó a sí mismo afirmando, como haría una vez acabado el conflicto, que la estrategia occidental evolucionó conforme a las concepciones que él tenía. Por mucho que pudiera ser así en 1942-1943, entre 1943 y

1945 la guerra llegó a su fin fundamentalmente como consecuencia de los esfuerzos de los soviéticos, con la ayuda de los suministros proporcionados por los americanos, y con un apoyo significativo de la ofensiva aérea estratégica y los ejércitos de Eisenhower. En Occidente, las principales operaciones militares —lo que significa la campaña del noroeste de Europa— respondieron a los planes de los americanos, a los cuales la contribución británica más notable consistió en retrasar la invasión del continente hasta que las condiciones fueron absolutamente favorables.

Gran Bretaña aportó muy pocos altos mandos destacados a la Segunda Guerra Mundial, reflejo de la debilidad institucional del ejército británico, que afectaba también a sus tácticas, la elección de su armamento y su actuación en los campos de batalla. La marina real fue el mejor cuerpo de combate británico durante la guerra, y su actuación se vio ensombrecida únicamente por las limitaciones del Brazo Aéreo de la Armada. La RAF también realizó una contribución destacada, pero, al igual que las fuerzas aéreas estadounidenses, se vio perjudicada por la obsesiva renuencia de sus altos mandos a subordinar sus propias ambiciones estratégicas a los intereses de las operaciones navales y terrestres.

A menudo se afirma, y con razón, que Churchill disfrutaba con la guerra. Veneraba a los héroes. Pero, fuera de los campos de batalla, raras veces encontró en esos hombres a unos compañeros de su agrado. Hay pocos generales que sean hombres cultos o grandes conversadores, capaces de dar brillo a una sala de conferencias o a un grupo de comensales al mismo nivel que Churchill. En tiempos

de paz, incluso después de las dos guerras mundiales, los militares veteranos tuvieron en su vida un papel muy pequeño. Mucha gente supuso que habría ambicionado recibir la Cruz Victoria. Seguramente fue así en su juventud. Pero cuando su hija Mary le preguntó, siendo ya un anciano, si consideraba que faltaba algo en su imponente colección de laureles, no habló de condecoraciones, sino que dijo con voz pausada: «Me habría gustado que mi padre viviera lo bastante para ver que yo había conseguido hacer algo de mi vida».

Durante los años de la contienda, sus comandantes frustraron sus esperanzas muchas más veces de las que las satisficieron. Siempre estuvo buscando grandes capitanes, Marlboroughs y Wellingtons, pero hacia el final de la guerra comenzó a perder la paciencia incluso con Alexander, su general favorito, aunque poco merecedor de tan alta estima. Valoró a Brooke y a Montgomery, pero nunca sintió demasiada simpatía por ellos, excepto como instrumentos de su voluntad. Ni el ejército de tierra ni sus mandos respondían a su elevado ideal de guerrero, y nunca fue probable que pudieran conseguirlo. La historia de Churchill y de la Segunda Guerra Mundial es en buena parte la de un líder británico que buscaba en la aletargada cultura militar de su país cosas más grandes que las que ésta era capaz de dar de sí. Él supo inspirar a la nación para que llevara a cabo proezas que ni siquiera imaginaba que fueran posibles en junio de 1940, aunque nunca tan grandes como él habría querido. Ésa es la naturaleza de las relaciones existentes entre muchos grandes líderes y sus pueblos, conscientes de que son

simples mortales. Si Gran Bretaña —o Estados Unidos— hubiera producido legiones de guerreros como los que produjeron Alemania y Japón durante todo el conflicto, habrían dejado de ser el tipo de democracias liberales por cuya conservación se había desencadenado la guerra.

Si la retórica y la personalidad de Churchill hubieran sido menos notables, si él mismo no hubiera sido una persona tan encantadora, algunas de sus decisiones militares probablemente habrían sido juzgadas con mayor dureza por sus contemporáneos y por la posteridad. Pero lo cierto es que en la Cámara de los Comunes y en sus escritos supo fabricar conjuros que ahuyentaron incluso las críticas más merecidas. La única acusación que hizo mella en la opinión pública y que lo llevó a perder las elecciones generales de 1945 fue fruto de su indiferencia a la creación de una nueva sociedad. Moran escribió en 1943: «Con Winston, la guerra es un fin en sí mismo más que un medio para la consecución de un fin». El pueblo británico se dio cuenta de su indiferencia por los asuntos rutinarios del país, y actuó con tanta cordura echándolo de Downing Street en 1945 como había mostrado apoyando su nombramiento en 1940.

Macmillan tenía al menos un 50 por 100 de razón cuando afirmaba que sólo Churchill habría podido garantizar el compromiso de Estados Unidos en el Mediterráneo y en Europa al año siguiente de lo de Pearl Harbor. Sin su influencia personal, el atractivo del Pacífico probablemente habría resultado irresistible para Roosevelt y sus jefes de Estado Mayor. Aunque en 1944-1945 los americanos se

lamentaran a veces de haber tenido que intervenir en el Mediterráneo, es imposible imaginar de qué otra forma habrían podido los ejércitos aliados de Occidente desempeñar su papel luchando en 1942-1943 contra las fuerzas de Hitler.

Hay un evidente patetismo en la difícil situación que vivió Churchill durante el último año de la guerra, pues prácticamente todas sus ambiciones se vieron frustradas con la excepción de la victoria sobre las potencias del Eje. Su relación con los ejércitos fue casi exclusivamente la del turista, pues ya no podía seguir influyendo en sus movimientos. Para un guerrero tan ardoroso, semejante situación era motivo de infelicidad. Los límites a su poder de negociación con Roosevelt y Stalin fueron impuestos por las realidades económicas y estratégicas del momento. Pero consiguió lo poco que habría podido conseguir un líder británico.

La visión que tenía Churchill del imperio británico y de sus pueblos era muy poco progresista comparada con la del presidente norteamericano, o incluso con los parámetros de su propia época. Este hecho debemos colocarlo en el otro plato de la balanza frente a sus grandes virtudes. Excluyó en todo momento a los negros y a los pueblos de piel oscura en general de la visión personal que tenía de la libertad. Pero prácticamente todos hacemos alguna discriminación, aunque no necesariamente por cuestiones de raza, en la manera y la medida en que concentramos nuestra mayor o menor dosis de compasión. En esto, como en otras muchas cosas, Churchill demostró que no era infalible, como cualquier mortal. Los grandes líderes nacionales son en su mayoría individuos fríos, como



en último término lo fue Roosevelt, por mucha capacidad que tuviera de simular calor y afabilidad. A pesar de su monumental egoísmo, Churchill mostró una ternura humana impresionante, por mucho que a menudo descuidara a las personas que lo rodeaban y que estaban a su servicio, y que no supiera hacer extensiva su caridad a las razas sometidas del imperio.

Cualquier valoración de lo que significó Churchill en la Segunda Guerra Mundial debe incluir palabras de elogio para su esposa. Clementine prestó servicio al mundo a través de los interminables servicios que prestó a su marido, el más importante de los cuales fue decirle claramente la verdad en lo concerniente a su persona. Churchill fue un fracaso en el hogar y como padre, como suele ocurrirles a casi todos los grandes hombres. Para cualquier familia supondría un gran trastorno tener un león en el salón de su casa. Sin lograr nunca domar a Winston, Clementine supo manejarlo y moderar sus excesos como ningún otro mortal, manteniendo a la vez vivo el amor de su marido de una manera que sigue conmoviendo a la posteridad. Independientemente de adónde hubiera llegado sin su indómita esposa, ni que decir tiene que nunca habría llegado tan alto como llegó.

La historia debe tomar a Churchill en su totalidad, como sus compatriotas se vieron obligados a hacer durante la guerra, en vez de utilizar un raspador para eliminar las imperfecciones creadas por sus arranques de exceso y de locura. Aunque en la paz el gobierno de una nación está mejor en manos de hombres razonables, en tiempos de guerra hay buenos motivos para defender el liderazgo de

aquéllos que en ocasiones están dispuestos a adoptar medidas que exceden los límites de la razón, como hizo Churchill en 1940-1941. Su principal cualidad era la fuerza de voluntad. Fue tan importante para su éxito durante los primeros años de la guerra que parece absurdo sugerir que habría debido mostrarse más dócil, simplemente porque en 1943-1945 puso a veces su obstinación al servicio de objetivos errados.

Probablemente fuera el mejor actor en el escenario de los asuntos de estado que haya conocido el mundo. El hecho de estar familiarizados con sus discursos, sus conversaciones y el fabuloso anecdotario de sus actos durante la guerra no merma en absoluto nuestra capacidad de sentir el más profundo respeto, y de vernos movidos al llanto o a la risa por la constante excelencia de su actuación. No ha habido otro hombre tan grande que haya ocupado su cargo. Aunque su liderazgo durante la Segunda Guerra Mundial no fue perfecto, no cabe duda de que ningún otro gobernante británico ha igualado la forma en que dirigió el país en momentos de peligro, ni de que probablemente, Dios lo quiera así, se vea en la necesidad de superarla.

## **Agradecimientos**

Ante todo quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Richard Johnson, de Harper Collins en Londres, y a Ash Green, de Knopf en Nueva York, por la confianza que han demostrado al encargarme esta obra, cuando otras almas menos optimistas probablemente habrían considerado que ya no queda nada por decir sobre la figura de Winston Churchill. Robert Lacey, de Harper Collins, es un magnífico editor, que ha contribuido de manera inconmensurable a la coherencia de todos mis libros, al igual que Andrew Miller, de Knopf. Michael Sissons y Peter Matson han sido mis agentes durante más tiempo del que pueda recordar, y han constituido en todo momento un gran apoyo.

La Dra. Lyuba Vinogradova se ha encargado de la investigación y la traducción en Moscú de este libro, así como de otros dos anteriores, Armageddon y Nemesis. El acceso a los archivos soviéticos resulta actualmente mucho más difícil que hace diez años, pero Lyuba pudo recopilar un sinfín de datos de las colecciones de documentos que se han publicado. Quiero darle especialmente las gracias por haber traducido cientos de páginas de material relacionado con Churchill y los aliados procedentes de la prensa soviética de los tiempos de la guerra.

Edward Young, al que tuve el placer de conocer cuando estuvo ayudando a Douglas Hurd con su biografía de Peel, ha realizado una notable y exhaustiva labor de investigación para mí en los archivos de Estados Unidos. Está prácticamente a punto de

convertirse en un historiador distinguido por propio derecho. Como de costumbre, he podido contar con la colaboración del magnífico personal de la London Library, cuya paciencia y buena disposición son infinitas; vaya para todos ellos mi más sincero agradecimiento. Allen Packwood y su equipo del Churchill Archive Centre de Cambridge me han ayudado hasta la extenuación, y más si tenemos en cuenta el constante goteo de historiadores especializados en la figura de Churchill que llega cada día a su lugar de trabajo. Además de su generosidad por el tiempo que me dedicó durante mi visita al Churchill College, Allen no tuvo ningún inconveniente en leer y repasar el borrador manuscrito del presente libro, aportando útiles comentarios y correcciones.

William Spencer y sus compañeros del British National Archive, junto con sus homólogos americanos del National Archive de Washington, especialmente Tim Nenninger, demuestran día a día con su labor el perfecto funcionamiento de las grandes colecciones cuando están dirigidas y controladas por hombres y mujeres que se preocupan por cumplir debidamente con su trabajo. La biblioteca y el archivo de manuscritos del Imperial War Museum tienen una importancia fundamental para cualquier estudioso, sobre todo en la actualidad, cuando la mayoría de los testigos de primera mano de los hechos de 1939-1945 ya ha fallecido. El Liddell Hart Archive del King's College, en Londres, conserva muchos documentos importantísimos, y desde estas páginas quiero expresar especialmente mi agradecimiento a esta institución por permitirme el acceso al diario de sir John Kennedy. He contraído una deuda de

gratitud con los propietarios de los derechos de autor que han dado su permiso para incluir en mi texto citas de sus obras, así como con Antonia Yates por los documentos del capitán Andrew Yates. Las citas del material escrito y de los discursos de Winston Churchill han sido reproducidas con la autorización de Curtis Brown Ltd., de Londres, en nombre de The Estate of Winston Churchill, copyright © Winston S. Churchill.

Cualquiera que escriba sobre Winston Churchill debe rendir homenaje a sir Martin Gilbert, su biógrafo oficial, cuyo trabajo ha sido el punto de partida de todos los que han aparecido después. La colosal Vida de Gilbert, junto con las colecciones de documentos igualmente apasionantes que la acompañan, representa una de las mayores hazañas académicas de nuestros tiempos. Los autores y biógrafos del futuro tendrán con sir Martin Gilbert una deuda más, cuando aparezca su próxima colección de documentos de guerra correspondientes al período 1942-1945.

El profesor sir Michael Howard, distinguido con la Order of Merit, la Order of the Companions of Honour y la Military Cross, y otros dos viejos amigos, Godfrey Hodgson y Don Berry, han tenido la amabilidad de leer el manuscrito del presente libro. Los tres aportaron útiles sugerencias y propuestas de modificaciones, la mayoría de las cuales he seguido. Quiero expresar también mi más profundo agradecimiento a Antony Beevor por haberme ayudado a centrar mi atención en la operación «Impensable» (Un-thinkable), y por el tiempo y los consejos del profesor David Reynolds, el profesor Robert Gildea, el profesor Christopher Andrew y Chris Bellamy. El

índice analítico confeccionado por Douglas Matthew constituye una verdadera obra de arte, por la que le estoy inmensamente agradecido. En Estados Unidos, el Dr. Williamson Murray me dio unas indicaciones muy útiles relacionadas con el texto, basadas en sus conocimientos exhaustivos de la época. La Dra. Tami Biddle, del US Army War College, ha demostrado su gran generosidad al poner a mi alcance su precioso material, señalándome los informes de Harris y Slessor desde Washington del año 1941. La colaboración de mi secretaria, Rachel Lawrence, ha sido, como siempre, indispensable, por no hablar del gran trabajo que ha hecho cotejando notas y referencias. Y también lo ha sido la de mi abnegada esposa, Penny, que se siente condenada eternamente a compartir mi pobre existencia, cuyo espíritu vive en 1939-1945. Merece creer que algún día avanzaremos juntos hacia una vida real en nuestra verdadera época.

## Fotografías



**Pasión y desprecio: Winston Churchill camina por Whitehall en compañía de lord Halifax en marzo de 1938, cuando el orgulloso aristócrata ya era secretario de Asuntos Exteriores y todavía no habían acabado los «años salvajes» para su compañero.**

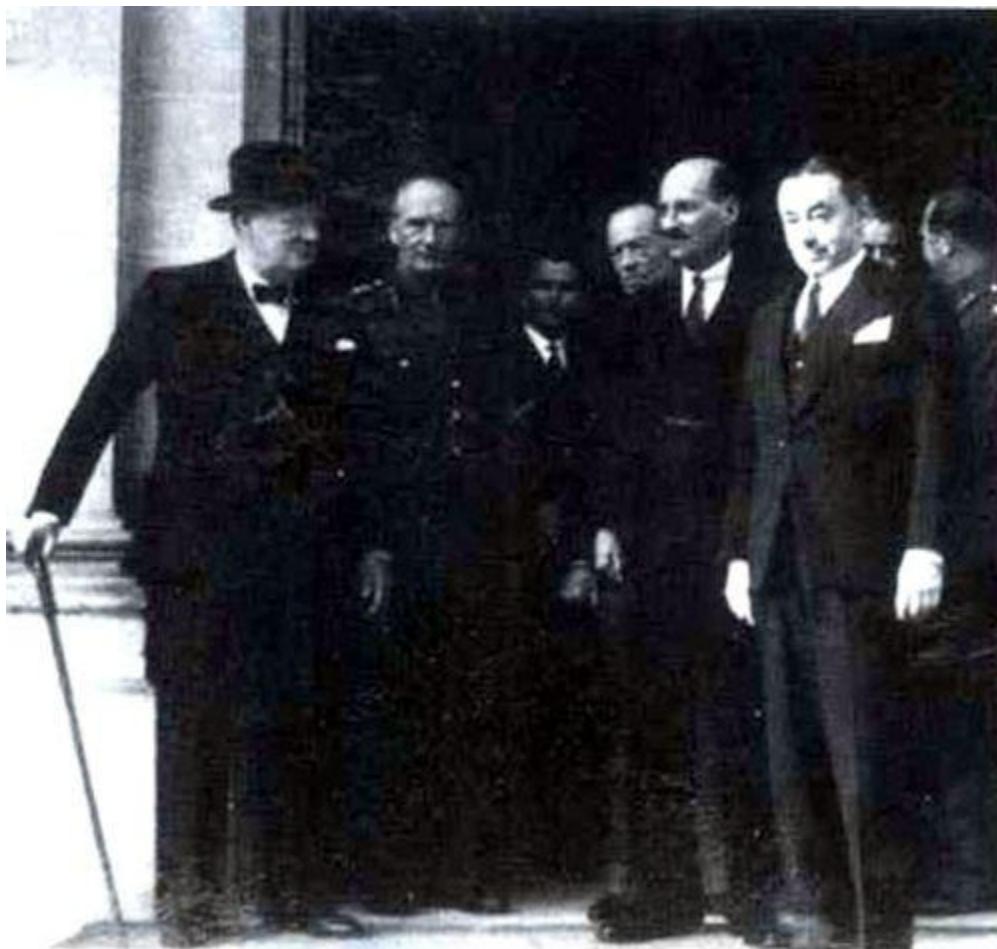


**En Downing Street, mayo de 1940.**



*La guerra relámpago: columnas alemanas avanzan por Francia en mayo de 1940.*





*Con Dill, Attlee y Reynaud en París, 31 de mayo de 1940.*



El desastre y el rescate: Dunkerque.

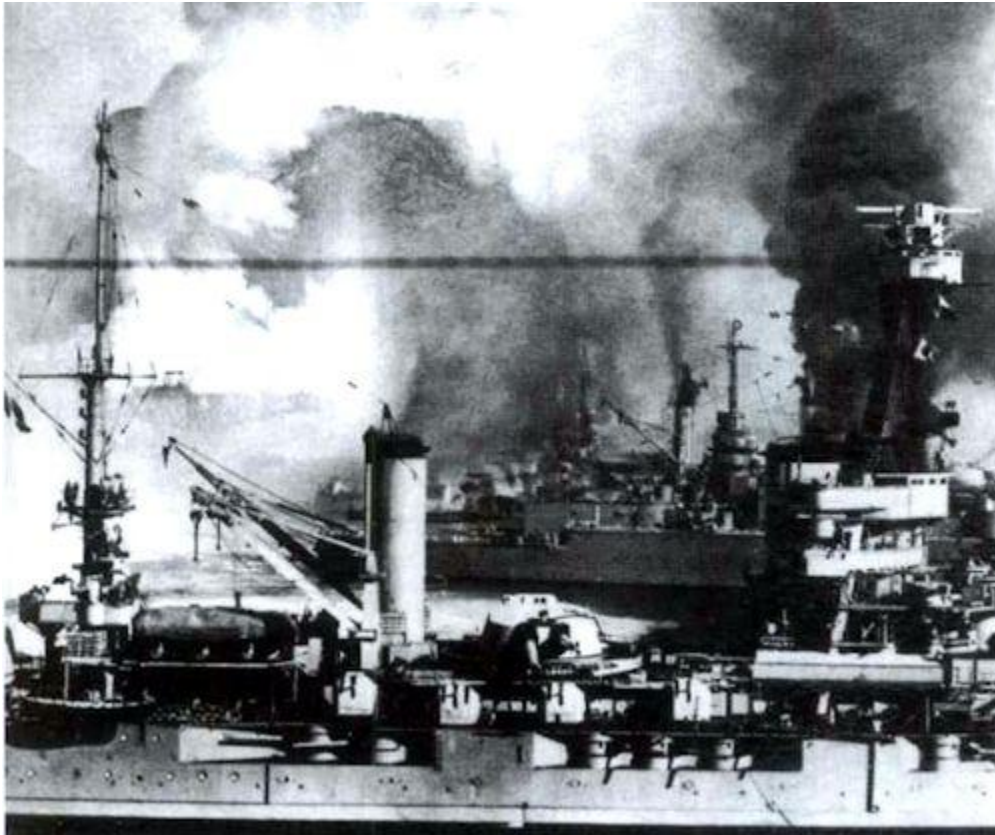




Fiebre de invasión:  
(izquierda)  
inspeccionando un  
obstáculo poco  
convinciente colocado  
en un camino, y  
(abajo)  
las partidas de caza  
de Mid-Devon  
combinan trabajo con  
placer patrullando  
en Dartmoor.







*Mers-el-Kebir: Barcos de guerra franceses en llamas tras ser bombardeados por los británicos, 3 de julio de 1940.*



*La batalla de Inglaterra: suena la alarma, y un grupo de pilotos corre hacia sus aviones Hurricane para despegar a toda prisa.*



*El núcleo de operaciones de la guerra en 1940: centro neurálgico del sistema de radares del Mando de Cazas de la RAF, Bentley Priory.*



(Arriba) Una imagen clásica, a veces tildada de falsa en beneficio de la propaganda alemana, pero no por ello menos simbólica: un Heinkel de la Luftwaffe sobrevuela los muelles de Londres en septiembre de 1940.



(Abajo) El bombardeo alemán de Gran Bretaña en 1940-1942: una escena que se repitió miles de veces en las ciudades de todo el país.





*Churchill fotografiado en actitud desafiante por Cecil Beaton en la sala del Gabinete en el N° 10 de Downing Street, 20 de noviembre de 1940.*



Los alemanes alcanzan grandes victorias en el oeste y el este de Europa. (Arriba) Mayo de 1941: destrucción de las instalaciones situadas junto a la costa en Creta, y (derecha) uno de los aproximadamente tres millones de soldados rusos que se rindieron a la Wehrmacht durante el primer año de la operación «Barbarroja».







*Amistad de Estado. Harry Hopkins y su anfitrión posan para una fotografía en Downing Street el 10 de enero de 1941, junto con Brendan Bracken, que aparece en un segundo plano.*



*Amistad de estado. FDR y Churchill en la bahía de Placentia el 10 de agosto; el presidente se apoya en el brazo de Elliott, su antipático hijo.*



*La guerra en el desierto. Tropas británicas avanzan por un campo de minas.*



*La guerra en el desierto. Parte de los diez mil italianos que fueron hechos prisioneros por los británicos en el curso de la operación «Compass» de Wavell.*

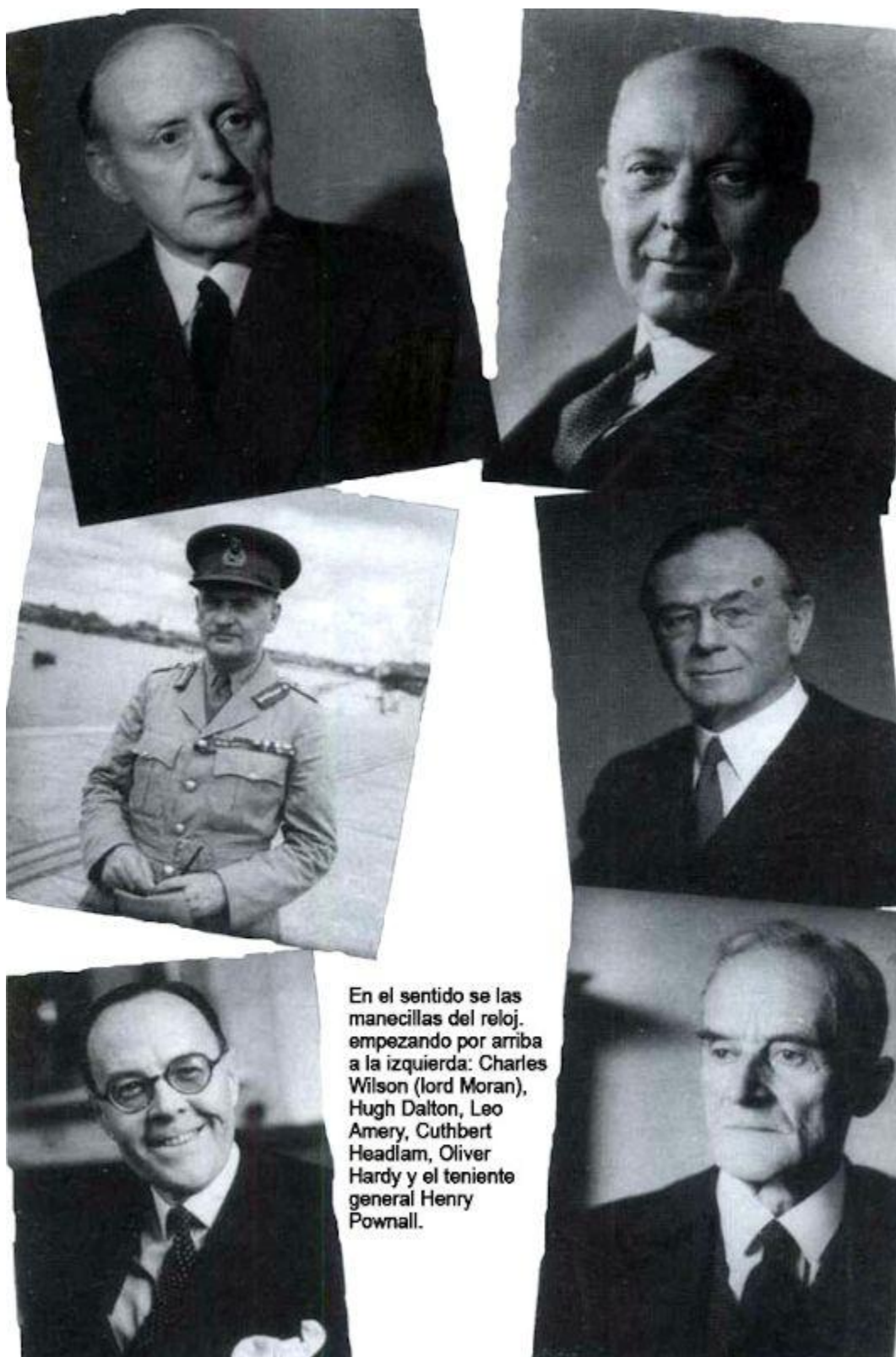


Algunos civiles escribieron crónicas sobre su experiencia en la guerra: Vere Hodgson y George King, vestido con el uniforme de la Guardia Local.

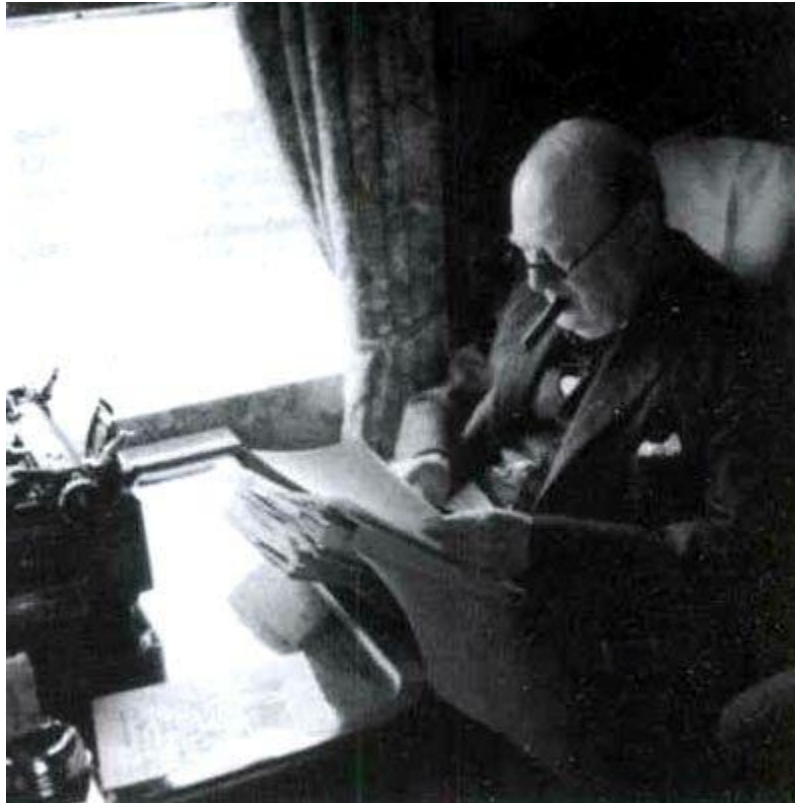


Tres autores de diarios en Whitehall: Sir John Kennedy, Sir Alexander Cadogan y Harold Nicolson.





En el sentido de las manecillas del reloj, empezando por arriba a la izquierda: Charles Wilson (lord Moran), Hugh Dalton, Leo Amery, Cuthbert Headlam, Oliver Hardy y el teniente general Henry Pownall.



*Churchill trabaja en su tren, con la máquina «silenciosa» de una secretaria preparada para que le dicten algún documento.*



*En una visita para inspeccionar nuevos modelos de avión, junto con  
(de izquierda a derecha) Lindemann, Portal y Pound.*





*Fotografía tomada con motivo de la despedida de Jock Colville en Downing Street, junto a las escaleras que conducían al jardín. De izquierda a derecha: Colville, Leslie Rowan, el «Jefe», John Peck, John Martin, Miss Watson, el comandante «Tommy» Thompson, Tony Bevir y Charles Barker.*



*Regreso de Arcadia: Churchill a los mandos del avión británico que lo condujo de vuelta a Inglaterra desde Washington en enero de 1942.*



*Una de las muchas concentraciones multitudinarias en favor de un segundo frente que se produjeron en las ciudades de Gran Bretaña en 1942-1943.*





*El Cairo, agosto de 1942. De izquierda a derecha: Tedder, Smuts, Brooke, WSC, Harwood, Auchinleck, Richard Casey y Wavell.*



*Llegada a Moscú: Molotov (con anteojos) aparece junto a Harriman y Churchill con el Liberator británico como fondo*



*Dos caras de una misma moneda: un fracaso británico... Escena en la playa de Dieppe tras la desastrosa incursión de agosto de 1942.*



*... Y un triunfo soviético. Soldados soviéticos avanzan hacia su gran victoria en Stalingrado a finales de 1942.*



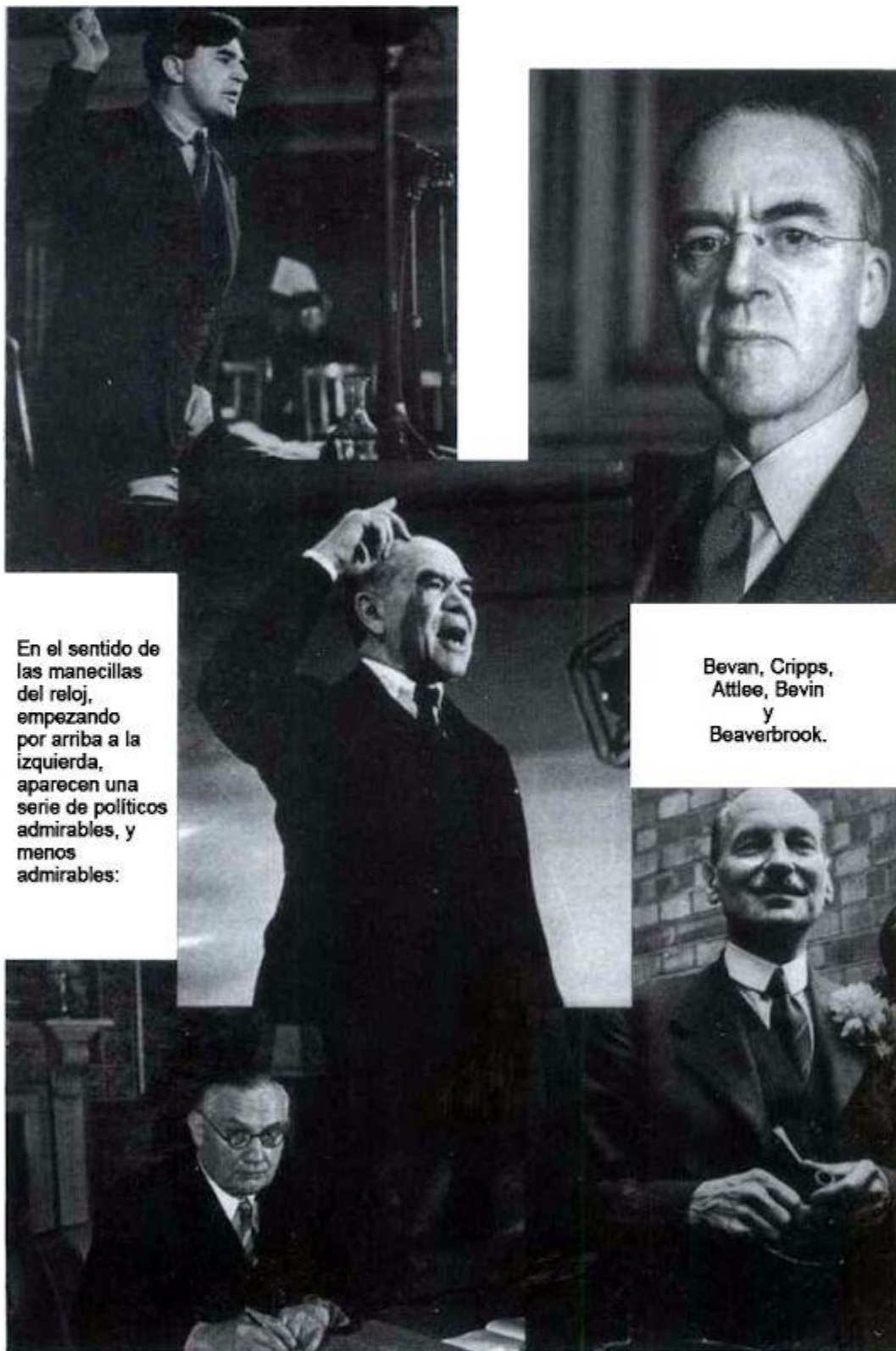
*Llega por fin la victoria en el desierto. El avance británico en El Alamein en noviembre de 1942.*





*Los líderes de guerra estadounidenses en Casablanca en enero de 1943: Marshall y King aparecen sentados a uno y otro lado de Roosevelt, y de pie, detrás de ellos, podemos ver a Hopkins, Arnold, Somervell y Harriman.*







*La agonía de Italia: tropas estadounidenses avanzan por un territorio típicamente inhóspito.*



*La locura de Churchill en el Dodecaneso. Unos Beaufighter atacan barcos alemanes frente a la costa de Cos el 3 de octubre de 1943.*





*Tropas alemanas desembarcan en la isla, donde obtendrán, aunque al final sirviera de poco, uno de sus últimos éxitos militares de la guerra.*



*En Argel con (de izquierda a derecha) Eden, Brooke, Tedder, Cunningham, Alexander, Marshall, Eisenhower y Montgomery en junio de 1943.*



*Canadá, agosto de 1943. Con Clementine en la salita de su tren especial.*



*Los «Tres Grandes» en Teherán el 30 de noviembre de 1943, celebrando el sexagésimo noveno aniversario de Churchill, con el presidente estadounidense visiblemente delicado de salud.*



*La última gran iniciativa estratégica de Churchill, el desembarco de Anzio en enero de 1944.*





*Enseñando a los maquisards franceses a utilizar un subfusil automático Sten como los que proporcionó en grandes cantidades la SOE a la resistencia en 1944.*



*Llamativo aspecto de una misión de la SOE en la Yugoslavia ocupada.*





*Churchill y el general Anderson en el anfiteatro romano de Cartago, donde pronunció un discurso ante los hombres del ejército del desierto británico en mayo de 1943.*



*Imágenes del Día D: operación «Overlord», 6 de junio. Momento culminante de la Segunda Guerra Mundial en el oeste de Europa.*



*Imágenes del Día D: operación «Overlord», 6 de junio. Soldados americanos alcanzan las playas de Normandía.*



*El 26 de agosto de 1944 en Italia con su general favorito, Alexander, que no merecía tan alta estima.*



*En París, el 11 de noviembre de 1944, día del Armisticio, con De Gaulle en un momento de afabilidad poco habitual.*





*En Atenas el 26 de diciembre de 1944, durante su entrevista con las facciones griegas en lucha, acompañado de Eden, el arzobispo Damaskinos, Alexander y Macmillan, mientras en la calle seguían los alborotos y los tiroteos.*



*Yalta, febrero de 1945. El almirante King de la Marina de los Estados Unidos durante una conversación con Brooke, Ismay y Marshall.*



*Uno de los tanques Valentine de los que Gran Bretaña proporcionó al Ejército Rojo, pasea triunfante por las calles de la capital de Bulgaria, Sofía, ocupado por un grupo de victoriosos soldados rusos.*



*Una de las escenas finales de la campaña del oeste de Europa:  
Desde un punto de observación Churchill contempla el Rin en  
compañía de Brooke y Montgomery antes de que los británicos  
cruzaran el río en marzo de 1945.*



*La sublime consumación del liderazgo de Churchill en Gran Bretaña durante la guerra: en el balcón del palacio de Buckingham acompañado de la familia real el 8 de mayo de 1945, Día de la Victoria en Europa...*





*...y Churchill se dirige a la nación, y al mundo, desde Downing Street.*



*Con Truman y Stalin en Potsdam el 17 de julio de 1945. Aunque Churchill lo supiera, sólo le quedaban nueve días para abandonar su cargo de primer ministro de Gran Bretaña.*

## Autor

**Max Hastings.** (Nacido el 28 de diciembre de 1945), es un periodista e historiador británico. Es hijo de MacDonald Hastings, conocido corresponsal de guerra británico, y Anne Scott-James, asimismo periodista.

Hastings se formó en la Charterhouse School y en el University College de Oxford, que abandonó al cabo de solo un año. Fue durante muchos años corresponsal de guerra de la televisión *BBC* y el periódico londinense *Evening Standard*.



Luego dirigió el *Daily Telegraph* y regresó como director al *Standard* en 1996, hasta su retiro, en 2001. Fue nombrado caballero en 2002. En el ámbito hispanohablante es conocido especialmente como corresponsal de la Guerra de las Malvinas y como historiador de la Segunda Guerra Mundial.